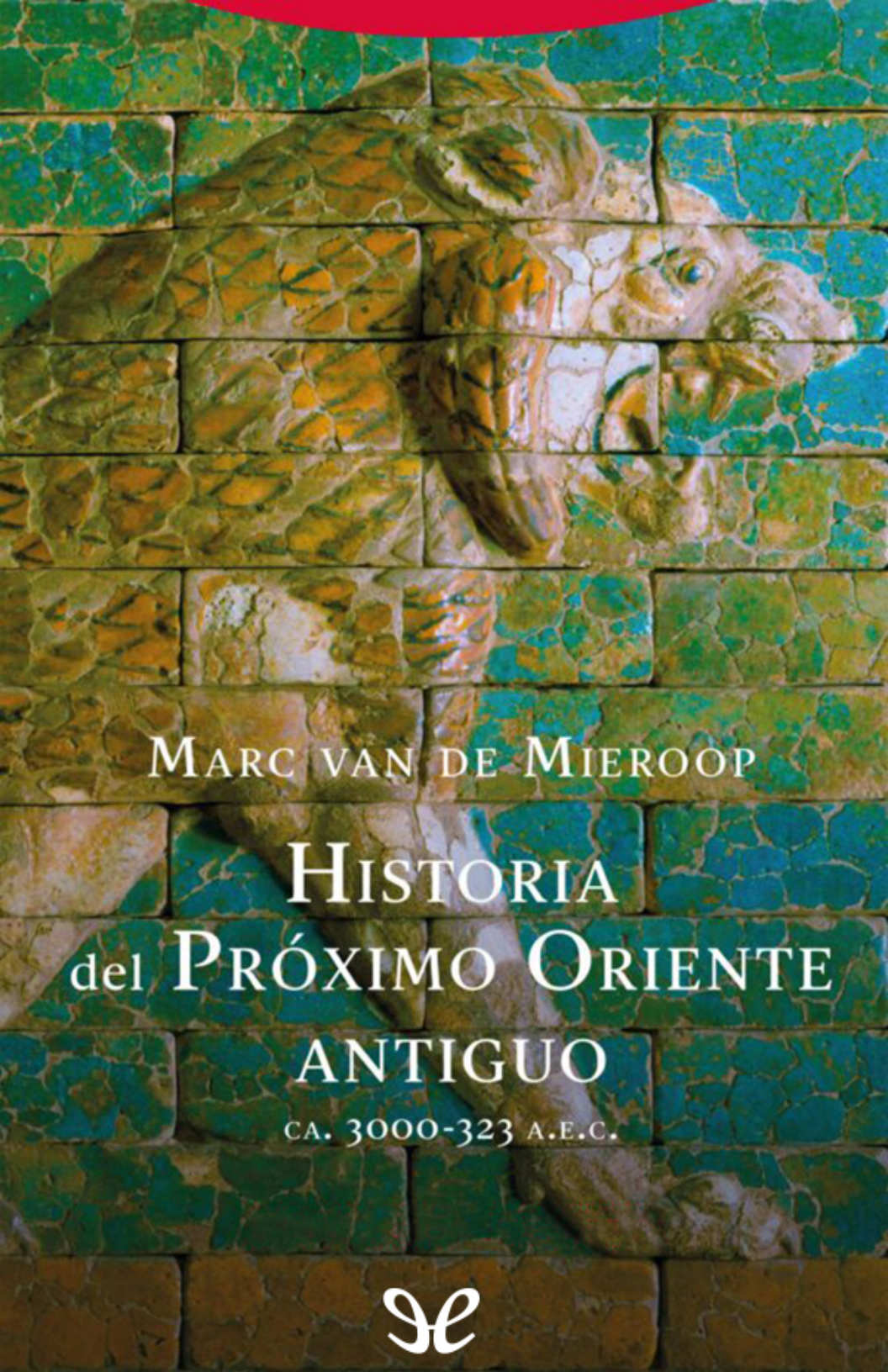


Marc van de Mieroop

Historia del Próximo Oriente antiguo

ca. 3000-323 a.e.c.

En el Próximo Oriente antiguo se establecieron las primeras sociedades con cultura escrita de la historia universal. Partiendo tanto del registro escrito como de los restos materiales arqueológicos, esta obra ofrece una visión de conjunto, innovadora y actualizada, de las civilizaciones que se desarrollaron en esa rica confluencia de continentes. Presenta su compleja historia multicultural: desde el surgimiento de la escritura, los orígenes de las primeras ciudades en Mesopotamia y los reinos babilonio e hitita, hasta el auge de los imperios asirio y persa y la transformación del Próximo Oriente tras las conquistas de Alejandro. E incluye numerosos materiales auxiliares como documentos, debates, gráficos, mapas e ilustraciones.

epublibre

Marc Van de Mieroop

HISTORIA DEL PRÓXIMO ORIENTE ANTIGUO

(CA. 3000-323 A.E.C.)

ePub r1.0
Titivillus 13-04-2025

Marc Van de Mieroop, 2020
Traducción: Andrés Piquer & Sara Arroyo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PREFACIO

El año 334 a.e.c., un joven rey de Macedonia y su ejército bien entrenado pasaron a Asia desde Europa, se enfrentaron al inmenso imperio de Persia y lo conquistaron en el transcurso de una década. Las tropas de Alejandro marcharon a través de un mundo de antigüedades que albergaba los restos de miles de años de historia precedente. Su encuentro previo con Grecia no podía haberlos preparado para lo que iban a ver en el Próximo Oriente y Egipto. Entraron en ciudades como Uruk, que habían existido durante tres milenios, y visitaron pirámides y templos que se habían mantenido en pie desde hacía casi el mismo tiempo. Era un mundo inmerso en la historia, no un mundo en declive, que aguardaba inspiración nueva. Los habitantes de las ciudades eran conscientes de que sus tradiciones eran tan antiguas que llegaban a afirmar que procedían de los propios orígenes del tiempo. Las gentes escribían con signos que habían estado en uso casi treinta siglos, leían y copiaban textos de siglos de antigüedad. No se trataba de afirmaciones vanas, puesto que durante largo tiempo habían sido realmente hogar de las culturas más avanzadas del mundo, mucho antes de que Grecia hubiese desarrollado su gran civilización clásica.

Es en el Próximo Oriente y en el noreste de África donde muchos de los elementos que asociamos a la civilización avanzada aparecieron por vez primera, incluyendo la agri-

cultura, las ciudades, los estados, la escritura, las leyes y muchos otros. Dado que esta región se ubica en la convergencia de tres continentes, aquí se juntaron prácticas y conceptos de pueblos numerosos y diversos, se inspiraron y complementaron mutuamente y se usaron por sus habitantes para manipular el entorno. Crearon dicho entorno, más que reaccionar al mismo. Esto había sucedido a lo largo de muchos siglos, milenios de hecho, mediante procesos que presenciaron desarrollos tanto suaves como abruptos, cambios de fortuna y comienzos en falso. Hoy nos sentimos naturalmente atraídos a indagar cómo y por qué sucedieron cosas así y quién participó en ellas. La investigación de los siglos XIX y XX solía remontar las raíces de la civilización moderna a la historia antigua de esta región, pero aproximaciones de este tipo ya no son aceptables, puesto que ahora somos conscientes de que la historia no es una mera evolución larga e ininterrumpida desde una única fuente. Podemos afirmar, con todo, que en el Próximo Oriente y en el noreste de África podemos estudiar por primera vez en la historia cómo vivían los seres humanos, en circunstancias que incluyen muchos de los elementos de nuestra propia cultura. Podemos estudiarlo a partir de un registro escrito aparte de los restos materiales, puesto que allí aparecen las primeras sociedades con cultura escrita de la historia universal. Y este estudio se vuelve especialmente intenso, puesto que a menudo vemos aquí la creación indígena de factores culturales, más que elementos que se hubiesen tomado prestados.

El Próximo Oriente y Egipto abarcan un área muy vasta que se extiende del mar Negro a la presa de Asuán y del mar Egeo a las tierras altas de Irán, un área que estuvo densamente poblada a lo largo de su historia. La diversidad de

culturas e historias en toda esta región es inmensa, demasiado amplia para ser descrita en un único libro. Por lo tanto me dedicaré únicamente al Próximo Oriente, esto es, las regiones del continente asiático, y dejaré a Egipto fuera del estudio. Aun así, nos queda un elenco ingente de pueblos, culturas, lenguas y tradiciones. Hay cierta unidad en esta diversidad, sin embargo, que hace deseable un estudio conjunto. En la variedad podemos ver numerosas similitudes. Las circunstancias políticas y militares en ocasiones unieron a muchos de estos pueblos bajo un único sistema y podemos ver procesos casi constantes de interacción e intercambio social y cultural que conectaban las distintas regiones.

La historia del Próximo Oriente no debería tratar sólo de principios o interesarnos exclusivamente porque contiene los testimonios más antiguos de ciertas preguntas que pueden formularse los historiadores. Muchos otros factores estaban implicados. Es una historia de unos tres mil años, un período un poco más largo que el que nos separa de Homero. Este largo arco temporal, con sus innumerables gentes, puede estudiarse a través de un registro histórico continuo que nos permite ver las circunstancias cambiantes y las reacciones humanas en un grado de detalle que no puede hallarse en ninguna otra región del mundo antiguo. El pasado ha sido descrito como un país extranjero y estudiarlo es como viajar: conocemos a gente que se parece mucho a nosotros, pero que es claramente diferente. Igual que cuando viajamos, tenemos un acceso restringido y no podemos verlo todo. Sin embargo, contamos con abundante información para el Próximo Oriente antiguo y esa abundancia nos permite ver mucho más que con otras culturas del pasado.

Como visitantes en un país extranjero, no comprendemos todo lo que vemos, puesto que no somos participantes plenos de las vidas y culturas que encontramos. Con todo, es de esperar que aprendamos a apreciar las diferencias como respuestas a retos y oportunidades tan humanos como los nuestros. Aprendemos que nuestros hábitos de conducta y pensamiento no son los únicos que pueden tener sentido. Los historiadores son como guías de viajes: al afirmar que poseen una mayor familiaridad con los países extranjeros que sus lectores, señalan lo que les resulta interesante y formulan su entusiasmo en formas que les parecen lógicas. Esperan informar a los lectores a la vez que los invitan a explorar más. Éste es también el objetivo de este libro: aportar una introducción a una materia rica y fascinante que puede examinarse de muchas maneras y desde muchas perspectivas diferentes. Es *una* historia, no *la* historia. Puesto que los materiales disponibles son tan abundantes y diversos, un libro de resumen como éste necesariamente presentará el punto de vista personal del autor sobre la materia, y mis intereses y prejuicios se ven reflejados claramente en los temas que trato y en las interpretaciones que propongo. El propósito no es escribir una historia definitiva de esta región y era de la historia humana, sino inspirar a los lectores a que emprendan su propio viaje por este mundo del Próximo Oriente antiguo.

Ésta es la tercera edición de este libro, escrita una década después tras la publicación de la primera. Los lectores familiarizados con versiones anteriores percibirán cambios menores y mayores en el texto. Son en parte resultado de nuevas investigaciones, que continúan a pesar de que los trágicos acontecimientos en el Oriente Medio de hoy hagan imposible visitar muchas zonas de la región. Algunos cambios

son el resultado de mis propias reconsideraciones de ideas y cambios de intereses, aunque me mantengo en la aproximación básica que coloca la historia política en la posición central de la narración. Algunos fueron inspirados por las reseñas publicadas o por las observaciones hechas por profesores que utilizan el libro en clase. He añadido un capítulo al final e introducido un nuevo elemento que denomino «Debates» en cada capítulo. Como un resumen de estas características por necesidad presenta afirmaciones e ignora los debates que mantienen los expertos en casi todos los puntos, he presentado secciones donde esbozo varias aproximaciones y posturas académicas sobre ciertos temas, aportando referencias bibliográficas. Su número es limitado, pero espero que muestren a los estudiantes cómo se producen desacuerdos entre los investigadores y sus posturas cambian en ciertas áreas.

Querría agradecer al personal de Wiley Blackwell su apoyo continuado a este libro. Mi mayor deuda la he contraído con una serie de grupos de estudiantes de Columbia University y durante una temporada en la Universidad de Oxford, que continúan obligándome a dar sentido al material que estudio y que por su mera presencia hacen que merezca la pena.

Nueva York

Marc van de Mieroop

FINDIV

NOTA DEL AUTOR

He intentado reproducir los numerosos nombres de lugares y personas de este libro de un modo que los haga tan reconocibles como sea posible. Así, cuando existan formas familiares en castellano, Nabucodonosor, por ejemplo, en vez del más preciso Nabu-kudurri-usur, Alepo en vez de Halab, las usaré. Mis colegas se darán cuenta de lo inconsistente de mi uso, pero también tendrán claras las distintas representaciones de esos nombres. Para los demás, espero haber facilitado la lectura del libro. No he intentado representar ciertos elementos fonéticos de las lenguas del Próximo Oriente antiguo, como la *s* enfática, pronunciada *ts*, que reproduzco como *s* sencilla. No se hace indicación específica de las vocales largas excepto cuando todo un término aparece en acadio.

He intentado utilizar términos de las distintas lenguas antiguas del Próximo Oriente, pero cuando lo hago, sigo la práctica habitual en nuestra disciplina de marcarlas en cursiva, excepto las palabras sumerias, que aparecen en el estilo de fuente estándar.

En las traducciones de los textos antiguos, las reconstrucciones de los pasajes dañados no se marcan siempre a fin de mejorar la legibilidad del texto. Cuando se indican, aparecen entre corchetes. Cuando una palabra se halla parcialmente entre corchetes, se indica que parte de ella es aún legible. Las traducciones dudosas aparecen en cursiva.

1

PROBLEMAS SOCIALES

1.1 ¿QUÉ ES EL PRÓXIMO ORIENTE ANTIGUO?

Pocos utilizan hoy el término «Próximo Oriente». Pero ha sobrevivido en el estudio de la historia antigua en una disciplina académica enraizada en el siglo XIX, cuando el término se usaba para identificar los restos del Imperio otomano en las costas orientales del Mediterráneo. Hoy decimos Oriente Medio para designar esta área geográfica, pero los dos términos no son totalmente equivalentes, y los historiadores y arqueólogos del mundo antiguo siguen hablando de Próximo Oriente. Este hábito, de por sí, implica una cierta vaguedad a la hora de determinar qué constituye la historia antigua de esa zona y las fronteras geográficas pueden diferir sustancialmente entre distintos estudios. Algunas definiciones, pues, de qué cubre este libro se hacen necesarias.

En este resumen de historia, Próximo Oriente designa la región de la costa oriental del Mediterráneo al Irán central y del mar Negro al mar Rojo. Egipto, cuya historia antigua se cruza con la del Próximo Oriente en múltiples ocasiones, no se incluye, excepto cuando su imperio se extendió por Asia durante la segunda mitad del segundo milenio. Las fronteras siguen siendo vagas, porque en esencia estudiamos un conjunto de áreas nucleares y la extensión de cada una de ellas fue cambiando en los distintos períodos. Destacada en cualquier estudio del Próximo Oriente antiguo es Mesopotamia, término que usamos para designar el área entre los ríos Tigris y Éufrates en lo que hoy son Iraq y el norte de Siria. Fue hogar de muchas culturas

y formaciones políticas, cuya secuencia conocemos bien gracias a abundantes documentos. En ocasiones los estados mesopotámicos se extendieron mucho más allá de sus fronteras, atrayendo a su órbita regiones por lo demás escasamente conocidas, como la península arábiga. Lo mismo puede decirse de otras áreas nucleares en la Anatolia central, el suroeste de Irán y demás. Como historiadores, dependemos de las fuentes; su contenido, tanto en términos geográficos como en las facetas de la vida que documentan, fluctúa enormemente a lo largo del tiempo. Cuando informan de alguna actividad en cierto lugar, dicho lugar se vuelve parte del Próximo Oriente; cuando no es así, poco podemos decir. La historia antigua del Próximo Oriente es como un cuarto oscuro donde las fuentes ofrecen puntos de luz aislados, unos más brillantes que otros. Brillan con especial claridad sobre ciertos lugares y períodos, pero dejan mucho más en sombra. Es labor del historiador intentar sacarle sentido al conjunto.

Los límites cronológicos de la historia del Próximo Oriente antiguo también son ambiguos y tanto las fechas iniciales como finales son flexibles. Si consideramos la Historia dependiente de las fuentes escritas, la postura tradicional frecuente, los orígenes de la escritura en Babilonia en torno al 3000 a.e.c. deben verse como el principio de la historia. Pero la escritura fue una más de las muchas innovaciones que tuvieron sus raíces en épocas anteriores y los textos más antiguos no contienen información «histórica» que podamos interpretar, más allá del hecho de que la gente podía escribir. Así, la mayoría de las historias del Próximo Oriente comienzan con la denominada prehistoria, a menudo en torno al 10 000, y describen los desarrollos que tuvieron lugar antes de que existiera la escritura. Durante esos siete mil años, tuvieron lugar tantos cambios importantes en las formas de vida de los seres humanos que se hacen merecedores de un tratamiento en profundidad, que emplee fuentes y metodologías arqueológicas. No hay suficiente espacio en es-

te libro, que persigue estudiar de manera sistemática los períodos históricos, para hacer justicia a todos los desarrollos prehistóricos. Así, comenzaremos a finales del cuarto milenio, cuando varios procesos prehistóricos culminaron simultáneamente, aparte de la aparición de la escritura, lo que cambió los materiales que constituyen nuestras fuentes. Me limitaré a bosquejar los desarrollos precedentes de manera sumaria en esta introducción.

La Historia rara vez presenta finales nítidamente definidos. Incluso cuando los estados son destruidos definitivamente, dejan una huella, cuya duración depende de que se examinen los aspectos históricos en la política, la economía, la cultura u otras áreas. Pero el historiador tiene que detenerse en algún momento y la elección de cuándo lo hace ha de justificarse. Se usan a menudo varias fechas para concluir la historia antigua del Próximo Oriente, muy frecuentemente la caída de la última dinastía mesopotámica nativa en 539 o la derrota de Persia por Alejandro en 331. He elegido a Alejandro como la última figura de mi historia política, porque aunque los cambios que instituyó probablemente no tuviesen gran impacto en la mayoría de la población en aquella época, nuestro acceso a los datos históricos se transforma a partir de su reinado. El cambio gradual de fuentes indígenas a fuentes clásicas externas requiere una aproximación historiográfica diferente. La llegada del helenismo es una línea de demarcación adecuada porque el acceso del historiador a los acontecimientos cambia significativamente.

Entre 3000 y 331 transcurrieron unos veintisiete siglos. Pocas disciplinas históricas se enfrentan a un arco temporal tan extenso, comparable a resúmenes de la civilización europea que conectasen la Grecia homérica con nuestros días. Aunque podemos apreciar períodos marcadamente distintos en ese desarrollo occidental y percibir los cambios esenciales que tuvieron lugar a lo largo del tiempo, es más difícil hacerlo en la historia del Próximo Oriente antiguo. Nuestra distancia del Próximo

Oriente, tanto en tiempo como en espíritu, a veces conduce a un punto de vista que difumina las diferencias y lo reduce todo a una gran masa estática. Por otro lado, puede asumirse un punto de vista diametralmente opuesto y fragmentar esta historia en segmentos breves, coherentes y manejables. La discontinuidad se convierte entonces en foco. Esta segunda actitud es la base de la periodización de la historia de Próximo Oriente, que hilvana una serie de fases casi siempre denominadas según dinastías reales. Cada fase experimentó su ciclo de desarrollo, prosperidad y decadencia, como si fuera una entidad biológica y entremedias aparecían las llamadas eras oscuras, momentos de silencio histórico.

Adopto aquí una posición intermedia, y aunque sigo la subdivisión tradicional en períodos dinásticos, los agrupo en unidades mayores. No deberíamos sobredimensionar las continuidades, pero podemos reconocer patrones básicos. En términos políticos, por ejemplo, el poder del Próximo Oriente a menudo se hallaba fragmentado y tan sólo hubo momentos relativamente efímeros de centralización bajo líderes de dinastías cuyo ámbito territorial se hacía cada vez más amplio. Pero estos momentos de centralización suelen llamar más la atención, porque han producido un gran número de fuentes escritas y arqueológicas. Teniendo en cuenta el crecimiento progresivo de las formas políticas, esta historia se divide en las edades de ciudades-estado, estados territoriales e imperios, cada uno con sus momentos de grandeza y disgregación (si consideramos que el poder equivale a la grandeza). La ciudad-estado fue el elemento político primero de 3000 a aproximadamente 1600; los estados territoriales dominaron la escena desde ese momento hasta comienzos del primer milenio; y los imperios caracterizan la historia posterior. Los estados mesopotámicos a menudo demuestran de la manera más clara estas fases de desarrollo, pero es evidente que también tuvieron lugar en otros lugares del Próximo Oriente.

A la postre, el acceso y la extensión de las fuentes definen el Próximo Oriente como materia histórica y subdividen su historia. En ciertos lugares y épocas aparece documentación escrita y arqueológica extensa, y estas regiones y momentos constituyen el núcleo de la materia. En este sentido, las culturas de Mesopotamia son dominantes. A menudo fueron las civilizaciones pioneras de la época y tuvieron impacto en todo el Próximo Oriente. Cuando influyeron o controlaron regiones no mesopotámicas, incluiremos esas áreas en nuestra investigación; cuando no fue así, a menudo perdemos la pista de lo que estaba sucediendo fuera de Mesopotamia. La exploración arqueológica en décadas recientes ha hecho cada vez más visible que otras regiones del Próximo Oriente experimentaron desarrollos independientes de Mesopotamia y que a ella no podemos asignar todas las innovaciones culturales. Aun así, sigue resultando difícil escribir historias continuas de esas regiones sin depender de un modelo centrado en Mesopotamia. Mesopotamia aporta unidad geográfica y cronológica a la historiografía del Próximo Oriente. Su uso de un sistema de escritura venerable, su preservación de prácticas religiosas y su continuidad cultural del tercer al primer milenio nos permiten contemplar su larga historia como un todo. El estudio de las otras culturas de la región está en su mayor parte ligado al de la cultura mesopotámica, pero no deberíamos ignorar tampoco sus contribuciones a la historia del Próximo Oriente.

1.2. LAS FUENTES

La presencia de fuentes determina los confines de la historia del Próximo Oriente antiguo. Afortunadamente, son increíblemente abundantes y variadas en su naturaleza a lo largo de toda ésta extensa historia. Los textos, fuente primaria del historiador, han sobrevivido por cientos o millares —una estimación publicada recientemente habla de más de un millón—. Desde los momentos más antiguos, los reyes realizaron inscripciones en monumentos de piedra, muchos de los cuales se contaron

entre los primeros hallazgos arqueológicos en Mesopotamia en tiempos modernos. Más importante, con todo, fue la tablilla de arcilla, el soporte de escritura que se desarrolló en el sur de Mesopotamia y que adoptaron todas las culturas del Próximo Oriente. Tiene una resistencia increíble en los terrenos duros de la región y los textos, desde el recibo por una sola oveja hasta la extensa *Epopeya de Gilgamesh*, son abundantes. La supervivencia de numerosos documentos de uso cotidiano diferencia al Próximo Oriente antiguo de otras culturas antiguas. En Egipto, Grecia y Roma se ponían por escrito cosas similares, pero en pergamino y papiro, materiales que solamente han sobrevivido en circunstancias excepcionales. Los escritos del Próximo Oriente antiguo son ricos no sólo en número, sino también en lo que abarcan: economía, actividad urbanística real, campañas militares, gestión del gobierno, literatura, ciencia y muchos otros aspectos de la vida que se ven ricamente documentados.

Los materiales arqueológicos han adquirido importancia progresiva como una de las herramientas del historiador. Las excavaciones no sólo nos permiten determinar, por ejemplo, que los hititas estaban presentes en el norte de Siria en el siglo XIV, sino que también nos permiten estudiar las condiciones materiales de sus vidas en esa zona. El Próximo Oriente está cuajado de montículos artificiales formados a lo largo de los siglos por los restos de ocupación humana. Se denominan *tell* en árabe, *tepe* en persa y *hüyük* en turco, términos que aparecen en los nombres de la mayoría de yacimientos arqueológicos. Las posibilidades de excavación son tan grandes que hasta ahora nos hemos limitado a arañar la superficie, aun tras más de ciento cincuenta años de trabajo. Las ciudades principales como Uruk, Babilonia, Nínive y Hattusa han sido exploradas a lo largo de muchas décadas y han suministrado numerosos edificios, monumentos, objetos y textos. Pero cuando uno compara lo que se ha descubierto con lo que permanece oculto, queda claro que esto es solamente el principio. Quedan miles de yacimientos

por explorar y no todos ellos pueden ser investigados de manera sistemática. Puesto que hay construcciones continuas de pantanos, carreteras y desarrollos agrícolas que amenazan con destruir totalmente yacimientos antiguos, los esfuerzos de rescate a menudo determinan la selección de qué se excava.

RECUADRO 1.1. ¿QUÉ HAY EN UN NOMBRE?

Al igual que uso del término 'Próximo Oriente' es hoy poco frecuente fuera del campo de estudio de la historia y la arqueología, el significado exacto de muchos otros nombres geográficos tiene un valor particular en estas disciplinas. A menudo este uso es cuestión de hábito y rara vez se detalla explícitamente lo que esos nombres designan. A menudo derivan de fuentes antiguas, pero se modificó su significado para indicar una realidad algo diferente, a menudo según la terminología imperial británica del siglo XIX, cuando se desarrolló el estudio del Próximo Oriente antiguo. Uno de esos términos es 'Mesopotamia', una etiqueta griega para el área delimitada por la gran curva del Éufrates en Siria, pero que hoy día se aplica a toda la región comprendida entre los ríos Tigris y Éufrates y a veces incluso a zonas más allá de esas fronteras. Mesopotamia está compuesta por dos zonas diferenciadas: Asiria al norte y Babilonia al sur. Ambos son en origen términos políticos que hacen referencia a estados antiguos que

existían después de 1450 a.e.c., pero que a menudo se usan como designaciones puramente geográficas aplicables a cualquier momento histórico (y así las usaré aquí). Muchos expertos utilizan otro término político, 'Sumer' (o a veces el no existente 'Sumeria'), para referirse a la mitad meridional de Babilonia en el cuarto y tercer milenios. No sigo esa práctica.

Fuera de Mesopotamia, los estudios de historia del Próximo Oriente antiguo a menudo hablan del Levante, esto es, el lugar por donde sale el sol desde una perspectiva europea, para designar la región a lo largo de la costa mediterránea oriental entre Turquía y Egipto. Al norte, la parte asiática de la actual Turquía a menudo es denominada Anatolia, nombre derivado del término griego que expresa la salida del sol. Para la misma región se utiliza también la expresión latina Asia Menor. A menudo aparecen nombres de países, como Irán, Siria, Egipto e Israel, pero sus fronteras no coinciden exactamente con las de los correspondientes estados-nación modernos. El uso del término Traq' es raro, excepto en publicaciones británicas. Siria-Palestina y el correspondiente adjetivo son términos puramente geográficos. Todo esto puede parecer confuso de entrada, pero pronto resulta claro lo que el autor está pensando.

No deberíamos subestimar la medida en que los altibajos de la exploración arqueológica influyen en nuestra visión de la historia del Próximo Oriente. Las circunstancias políticas en el Oriente Medio contemporáneo, especialmente, han determinado dónde se puede excavar. La competición imperial entre Gran Bretaña y Francia a mediados del siglo XIX llevó a sus representantes a concentrarse en yacimientos masivos en el Iraq septentrional, la región de Asiria. Allí hallaron los monumentos más impresionantes, que se exhibirían en los museos nacionales, algo que desencadenó el primer interés en la historia de Asiria. Sólo en fechas posteriores de ese siglo, cuando la inquietud por los orígenes alcanzó su apogeo, comenzarían los arqueólogos a explorar sistemáticamente el sur de Iraq, en busca de los antiguos sumerios. Los acontecimientos más recientes han tenido un impacto dramático en la investigación arqueológica. La Revolución iraní de 1979, las guerras de Iraq de 1991 y 2003, la presente guerra civil en Siria y otros conflictos han obligado a los arqueólogos a abandonar proyectos, especialmente en el corazón de Mesopotamia. Han buscado nuevos terrenos en regiones antes tenidas por periféricas y con ello han resaltado sus desarrollos. Como consecuencia, nos han obligado a reconsiderar la primacía y dominio de Mesopotamia en muchos aspectos de la Historia.

Hay que presentar una última idea sobre la distribución y naturaleza de las fuentes. En el Próximo Oriente antiguo hay una correlación directa entre la centralización política del poder, el desarrollo económico, la construcción de arquitectura monumental y el incremento de la producción de todo tipo de documentos escritos. Así, las fuentes, tanto arqueológicas como textuales, acentúan los momentos de fortaleza política. La Historia es por naturaleza una ciencia positiva (es decir, discutimos lo que se ha preservado) y se concentra necesariamente en esos momentos en que las fuentes son más abundantes. Entremedias aparecían lo que denominamos «eras oscuras». Con todo, los

tres milenios de historia del Próximo Oriente antiguo están cubiertos con una continuidad casi total y en ocasiones las fuentes son muy abundantes. Por ejemplo, la documentación disponible sobre la Babilonia del siglo XXI supera en número y ámbito los textos escritos de muchos períodos posteriores de la historia. El Próximo Oriente antiguo no da a conocer las primeras culturas de la Historia sobre las que puede desarrollarse una investigación histórica auténtica y detallada. En esta investigación hemos de ser muy conscientes de la naturaleza de las fuentes, sin embargo. Puesto que derivan casi exclusivamente de las instituciones e individuos que ejercían el poder, se concentran en sus actividades y presentan sus puntos de vista. Siempre describen los éxitos de los reyes, por ejemplo, nunca sus fracasos. Representan a los poseedores del poder como los actores únicos de las sociedades, ignorando al pueblo, y los procesos que se oponían a sus acciones y debilitaban su efectividad. Es fácil ser llevado al error y acabar viendo la historia del Próximo Oriente antiguo como una larga secuencia de gestas gloriosas de reyes, cuyo control sobre las sociedades era absoluto. Ciertamente no era así y a lo largo de la historia hubo políticas fallidas, operaron líneas de oposición e individuos y comunidades escaparon a los controles cuya existencia proclaman las fuentes oficiales y demás. Existieron discursos alternativos, pero no podemos recuperarlos a partir de relatos explícitos. Por el contrario, tenemos que cuestionarnos los relatos que tenemos —leer entre líneas— a fin de obtener una imagen equilibrada.

1.3. GEOGRAFÍA

El Próximo Oriente es una vasta extensión de tierra situada en la intersección de tres continentes: África, Asia y Europa. Allí se juntan tres placas tectónicas y sus movimientos determinan la geografía de la región. La placa árabe presiona hacia el norte bajo la placa irania, empujándola hacia arriba y viéndose obligada a descender. Donde chocan ambas placas hay una lar-

ga depresión que se extiende desde el mar Mediterráneo hasta el golfo Pérsico, por donde corren los ríos Tigris y Éufrates, convirtiendo el desierto en tierra muy fértil allí donde alcanzan sus aguas. Las placas africana y árabe se encuentran en el extremo occidental del Próximo Oriente y están separadas por un angosto valle a lo largo de los montes Amanus y del Líbano, situados en paralelo a la costa mediterránea. Hay poco espacio disponible para asentamientos costeros, excepto al sur, donde se ensancha la llanura. El norte y el este del Próximo Oriente están también definidos por cordilleras elevadas, el Tauro y los Zagros, que contienen las fuentes de todos los ríos de la región. El sur de la región es una enorme masa llana, que forma los desiertos de Siria y Arabia. Se vuelven más montañosos al dirigirse al sur y carecen de agua casi por completo.

Los fenómenos geológicos, terremotos y erupciones volcánicas, así como los efectos del viento, la lluvia y el agua, han creado un área de gran diversidad. En considerable contraste con la imagen popular del Oriente Medio como una extensión llana y monótona, la variación entre entornos naturales es enorme, desde grandes pantanos hasta vastos y áridos desiertos, y desde zonas deprimidas de carácter aluvial hasta montañas elevadas. También, en la escala local, existen grandes variaciones ecológicas en microentornos muy definidos. Dos ejemplos demuestran esto. Babilonia, el área entre el golfo Pérsico y la actual Bagdad, puede parecer un área con poca diversidad que dependía de la irrigación del Éufrates y el Tigris para su supervivencia. Pero esa extensión contenía zonas ecológicas muy diferenciadas. El norte era una meseta desértica donde la agricultura sólo podía darse en los angostos valles fluviales. Algo más río abajo, los ríos penetraban una zona aluvial llana, pero mantenían canales claramente definidos que hacían posible la agricultura por irrigación en parcelas cuadradas. Al sur de la ciudad de Babilonia, los ríos se dividían en ramales en cambio constante que corrían casi al nivel del suelo y numerosos cana-

les de construcción humana conducían agua a parcelas alargadas. Finalmente, cerca del golfo Pérsico extensas marismas hacían la agricultura imposible. En cada una de estas zonas había presencia de distintos nichos ecológicos próximos, dependiendo del acceso al agua y otros factores, orientados al suministro de recursos: pescado y juncos en las marismas, pasto para rebaños de ovejas en la estepa septentrional, etc. La extensión y localización de estos nichos fue variando a causa de factores naturales y de la actividad humana y el paisaje experimentó cambios a lo largo del tiempo. Pero la diversidad natural siempre caracterizó el área que genéricamente denominamos Babilonia.

Figura 1.3. Figurillas femeninas de la cultura de Halaf. Estas figurillas de terracota que representan mujeres sin cabeza con pechos y caderas exageradas son típicas de la cultura de Halaf, que se extendió por el norte de Mesopotamia y Siria. Estas figuras suelen asociarse con la fertilidad y el parto. Museo del Louvre, París. Izquierda, 8,3 cm de altura, AO 21095; derecha, 6,3 cm de altura. AO 21096. *Ca.* 6000-5100 a.e.c.

En las montañas del Líbano hay un abanico de ecosistemas incluso mayor. El valle de la Beqa'a, entre las cordilleras del Líbano y el Antilíbano, tiene unos cien kilómetros de largo y veinticinco de ancho. Sobre el mapa, esta pequeña área parece uniforme, pero hay diferencias locales. Las altas montañas producen precipitaciones abundantes en la zona occidental; el área al este es consecuentemente seca. Los manantiales, aunque nu-

merosos, se hallan dispersos de forma irregular a lo largo de la región y el río Orontes no es una buena fuente para agua de irrigación. Las zonas húmedas alternan con áreas muy secas, las zonas de horticultura intensiva con zonas donde sólo pueden subsistir los pastores. El valle es por lo tanto una colección de lo que se ha denominado microecosistemas, cada uno de los cuales permitía distintos modos de vida.

Dentro de esta zona tan vasta debemos reconocer la gran variabilidad del entorno natural. Sin embargo, hay ciertas características básicas con importantes repercusiones para el sustento de sus pobladores. La agricultura, el requisito previo para asentamientos permanentes de elevado número de habitantes, es difícil. Las precipitaciones son escasas en casi todas partes porque las cordilleras elevadas del oeste dejan extensas zonas del Próximo Oriente en la zona de sombra de la lluvia. La agricultura que depende de la lluvia, la llamada agricultura seca, requiere al menos 200 mm anuales de agua. La isoyeta de los 200 mm, esto es, la línea que conecta los puntos con ese mismo nivel de precipitaciones, traza un amplio arco desde el Levante meridional hasta el golfo Pérsico. Las montañas y colinas reciben más lluvia, las planicies menos e incluso prácticamente nada. Pero la línea del mapa puede resultar engañosa: la variabilidad anual es grande y hay una amplia zona marginal que a veces recibe suficiente lluvia pero a veces no. La agricultura dependiente de la lluvia sólo está garantizada al llegar a la isoyeta de los 400 mm. El efecto en los asentamientos humanos es drástico. Al sur de la isoyeta de los 400 mm, la agricultura sólo es posible si hay ríos que aporten agua para irrigación. El Tigris y el Éufrates constituyen una línea de salvación para la llanura de Mesopotamia, donde las precipitaciones son escasas y erráticas. Ambos ríos y sus afluentes, Balij, Habur, Gran Zab y Pequeño Zab, Diyala, Kerkheh y Karum, nacen en las montañas de Turquía e Irán, donde la lluvia y la nieve los alimentan. Como ríos perennes, su agua puede explotarse para irrigar culti-

vos mediante gestión cuidadosa y técnicas que se analizarán posteriormente en este mismo capítulo.

En el período de tiempo que estudiamos es muy posible que tuvieran lugar largas fases de sequía. Aunque podemos asumir que en los últimos diez mil años el clima del Próximo Oriente no ha cambiado sustancialmente, es seguro que incluso las variaciones marginales tuvieron graves consecuencias para sus habitantes e impacto en los desarrollos históricos. ¿Fue la llamada Edad Oscura el resultado de un período de clima más seco? Habría hecho imposible la agricultura dependiente de la lluvia en zonas que habitualmente dependían de ella y habría hecho descender el nivel de los ríos hasta tal punto de que las zonas irrigadas mermasen. ¿O debemos concentrarnos en factores humanos a la hora de explicar esos períodos? Veremos que las explicaciones del declive y el colapso siempre son complejas e implican múltiples factores. El clima probablemente tuviera un papel en muchas ocasiones, pero por desgracia carecemos de suficientes detalles sobre el clima de la Antigüedad para que pueda servir como explicación de los drásticos cambios políticos y económicos que observamos.

Otro rasgo importante de la geografía son las fronteras. Las crearon montañas, mares y desiertos, que podían cruzarse, pero en lugares muy concretos y sólo con tecnología especial. Los montes Zagros y el Tauro eran barreras masivas para los estados de Mesopotamia y sólo podían ser rebasadas por los valles fluviales. Por lo tanto, ahí la expansión militar siempre se veía restringida, incluso en el caso de grandes potencias como Asiria. Las cordilleras del Levante dejaban sólo un estrecho pasillo de acceso de Siria septentrional a Egipto y el control de un solo valle podía bloquear el acceso entre ambos. Las montañas eran también el hogar de muchos grupos que los estados que estudiamos eran incapaces de gobernar. Para los habitantes de las llanuras, las montañas a menudo constituían por lo tanto una visión inhóspita y aterradora.

Los mares componían un tipo de frontera muy distinto; las más importantes eran el Mediterráneo y el golfo Pérsico. Creaban una frontera, pero, una vez franqueados, permitían el acceso a regiones muy distantes. Así, el golfo Pérsico y las marismas en su extremo formaban el límite meridional de Mesopotamia, pero a partir del quinto milenio los mesopotámicos navegaron en naves primitivas a regiones a lo largo de la costa del Golfo. A finales del cuarto milenio, es posible que algunos marineros llegasen a Egipto por esa vía, y en el tercer y segundo milenios los contactos marítimos directos con el valle del Indo eran habituales. El Mediterráneo era otra cuestión. Sólo había un puñado de puertos a lo largo de su costa, ninguno al sur de Jaffa. A finales del tercer milenio, de todos modos, los egeos navegaban a la costa de Siria-Palestina y en la segunda mitad del segundo milenio la navegación por el Mediterráneo oriental era común. En torno al 1200, las innovaciones tecnológicas permitieron a pueblos de los puertos siro-palestinos viajar largas distancias y el Mediterráneo entero quedó a su alcance. Los fenicios del primer milenio establecieron colonias tan al oeste como España y la costa atlántica de Marruecos.

El gran desierto que se extiende entre Mesopotamia y el Levante constituye una frontera más formidable. Durante milenios, sólo se podía avanzar por los valles del Tigris o del Éufrates y cruzar la estepa de Siria septentrional. Con la domesticación del camello en torno al año 1000 se hizo posible la travesía directa, aunque siguió siendo poco frecuente. Aun cuando pequeños grupos pudieran cruzarlo directamente, la falta de agua seguía obligando a los ejércitos a dar un rodeo por Levante y el norte de Siria para ir de Egipto a Mesopotamia. El desierto, como las montañas, era hogar de grupos temidos y odiados por las tribus sedentarias, nómadas cuyos estilos de vida eran despreciados y cuya gobernabilidad era imposible. Aunque el desierto se pudiera atravesar, los estados del Próximo Oriente no podían someter a sus habitantes.

La permeabilidad de las fronteras no sólo permitía a los pobladores del Próximo Oriente moverse hacia fuera, sino que también permitía a los de fuera entrar en la región. La posición del área en el punto de conexión entre tres continentes es única en el mundo. Pueblos de África, Europa y Asia han penetrado en la región desde los inicios de la prehistoria hasta la actualidad, causando interacciones, intercambio de tecnologías y creciente presión en los recursos naturales. Esto puede explicar por qué tantas «revoluciones» en el modo de vida de los seres humanos tuvieron lugar aquí: la aparición de la agricultura, de las ciudades, de los imperios. Es cierto que los movimientos de población tuvieron lugar en toda la historia antigua, pero estudiarlos resulta difícil. Aunque podamos afirmar con confianza que las tribus mongolas que invadieron Iraq en el siglo XIII e.c. venían del interior de Asia, no estamos tan seguros de los orígenes de los hititas, por ejemplo. Tal vez, en cuanto hablantes de una lengua indoeuropea, vinieran de una región al norte de la India y llegasen a Anatolia a principios del segundo milenio. Pero la supuesta patria ancestral indoeuropea al norte de la India podría ser un mero fantasma y podría ser el caso que hablantes de lenguas indoeuropeas hubiesen residido en Anatolia desde la prehistoria y no apareciesen en el registro histórico hasta inicios del segundo milenio. Se puede decir lo mismo de muchos pueblos —sumerios, hurritas, Pueblos del Mar, israelitas, etc.— que antes eran tenidos como invasores de distintas regiones del Próximo Oriente. Para retomar a la metáfora de antes, el Próximo Oriente es un punto de luz en un mundo de oscuridad prehistórica. Cuando distintos pueblos entran de repente en el alcance de su foco, a menudo es imposible determinar si llegaron de cerca o de lejos, o si habían estado siempre en la región cuando aparecieron por primera vez en los documentos. Debemos emprender el estudio de la larga evolución cultural de la prehistoria desde una perspectiva que tenga en consideración la totalidad del Próximo Oriente. A pesar de la

gran diversidad ecológica de la región, apreciamos desarrollos simultáneos en distintos lugares. La cronología absoluta de los acontecimientos sigue siendo incierta y debatida, pero tenemos una idea bastante clara de las líneas generales. Especialmente con los inicios del período neolítico en torno a 9000, tuvieron lugar importantes desarrollos culturales que establecieron el marco de las civilizaciones históricas futuras.

El desarrollo tecnológico más crucial fue la agricultura, que hizo posible que grandes grupos de personas permaneciesen en el mismo lugar todo el año. El Próximo Oriente fue la primera región del mundo donde se inventó la agricultura. El proceso llevó varios milenios e implicó la domesticación de plantas, fundamentalmente cereales, y de animales. Los yacimientos arqueológicos donde vemos la llegada de estos cambios se localizan a menudo en los límites de zonas ecológicas distintas, cuyos ocupantes supieron aprovecharse de recursos vegetales variados y cazaban distintos tipos de animales. La variedad natural descrita más arriba puede haber sido de hecho una de las razones por las que la agricultura se desarrolló tan pronto en el Próximo Oriente. Sus habitantes se acostumbraron tanto al acceso a una variedad de recursos alimentarios que intentaron garantizar su suministro interfiriendo en los ciclos de crecimiento de cultivos y animales. Además, daba la casualidad de que los recursos salvajes a su alcance eran más adecuados a la domesticación que los de otros lugares. El trigo y la cebada cosechados pueden almacenarse durante más tiempo que la mayoría de las plantas africanas, por ejemplo.

Durante milenios, la humanidad había vivido recolectando comida de manera local y se mudaba al agotarse el suministro. La caza de animales probablemente era el complemento de una dieta que dependía primariamente de cereales, frutas y legumbres silvestres, marisco y cualquier otra cosa que el entorno ofreciese. Su modo de vida no tiene que considerarse necesariamente difícil y hostil. Los estudios etnográficos muestran que la

vida de los primeros granjeros era más ardua que la de los cazadores-recolectores, especialmente en zonas del Próximo Oriente ricas en recursos, donde la comida podía recolectarse fácilmente sin mucho esfuerzo. La cuestión de por qué la población cambió hacia la agricultura sigue siendo por tanto difícil de resolver y el deseo de vivir en comunidades más grandes puede haber sido el principal estímulo. Algunos yacimientos prehistóricos muestran una increíble voluntad de cooperación anterior incluso a la agricultura. El yacimiento de Göbekli Tepe al sureste de Anatolia, recientemente descubierto, contiene estructuras monumentales de piedra con imágenes talladas, algo que sólo pudo haber sido construido por grupos grandes de trabajadores (figura 1.1). Estos grupos tendrían que proceder de distintas comunidades recolectoras de la región, que usarían el enclave para reunirse en lo que pueden denominarse ceremonias religiosas. El asentamiento permanente hacía más fáciles las interacciones de ese tipo.

El control directo del suministro alimentario mediante la agricultura de cereales se logró a través de una serie de pasos probablemente inadvertidos entre el decimoprimer y séptimo milenios, a medida que los humanos ganaban práctica en sembrar, criar animales, cosechar y almacenar. Los cereales salvajes tienen dos características que causan problemas a los consumidores humanos —tienen tallos débiles para que sus semillas se dispersen con facilidad y caen al suelo antes de la cosecha—. Además, es difícil llegar a las semillas, que están cubiertas de vainas fuertes que evitan la germinación prematura. Al cosechar, los agricultores recolectarían más semillas que no habían caído al suelo de las plantas que tuvieran los tallos más fuertes, lo que los llevaría a promover el crecimiento de esas plantas tras sembrar las semillas. En un proceso más consciente, pudieron elegir granos de vainas más finas para sembrar, contribuyendo así a propagar esas especies. A lo largo de muchos siglos, los seres humanos modificaron genéticamente los cereales me-

diante la selección y la hibridación. La escanda y la espelta que crecían silvestres en el Próximo Oriente mutaron en los trigos harinero y racimoso modernos.

La caza selectiva de animales salvajes también reemplazó a la caza indiscriminada precedente. Los cazadores entresacaban las manadas silvestres para lograr un equilibrio de edades y sexos, y las protegían de los depredadores naturales. Ovejas y cabras fueron los animales domesticados más comunes y entre ellas se dio preferencia a las razas que aportasen la mayor cantidad de recursos, como ovejas de lana abundante. Con el tiempo, los humanos se hicieron responsables de todos los aspectos de la existencia de los animales, cuyo comportamiento ya se había apartado completamente del de sus progenitores salvajes y cuyos atributos físicos también se habían hecho muy diferentes. Las ovejas desarrollaron un largo pelaje que podía convertirse en hebras para tejer. Los perros domesticados comían cereales, algo que sus ancestros salvajes jamás habrían hecho. El cuerpo humano también cambió. Por ejemplo, algunos pueblos desarrollaron las enzimas necesarias para la digestión de la leche animal no procesada.

Así, no hubo un cambio repentino de la caza y la recolección a las granjas, sino un proceso lento durante el cual la población aumentó su dependencia de la comida que cultivaba, pero suplementando sus dietas con recursos salvajes. Está claro que el proceso no era irreversible. A veces, los pueblos tenían que regresar a una existencia de cazadores-recolectores o incrementar su ingesta de recursos salvajes cuando el suministro domesticado no colmaba sus necesidades. Tenemos que recordar que ambos modos de vida existían en la misma área geográfica: la agricultura se desarrolló donde los recursos naturales eran abundantes.

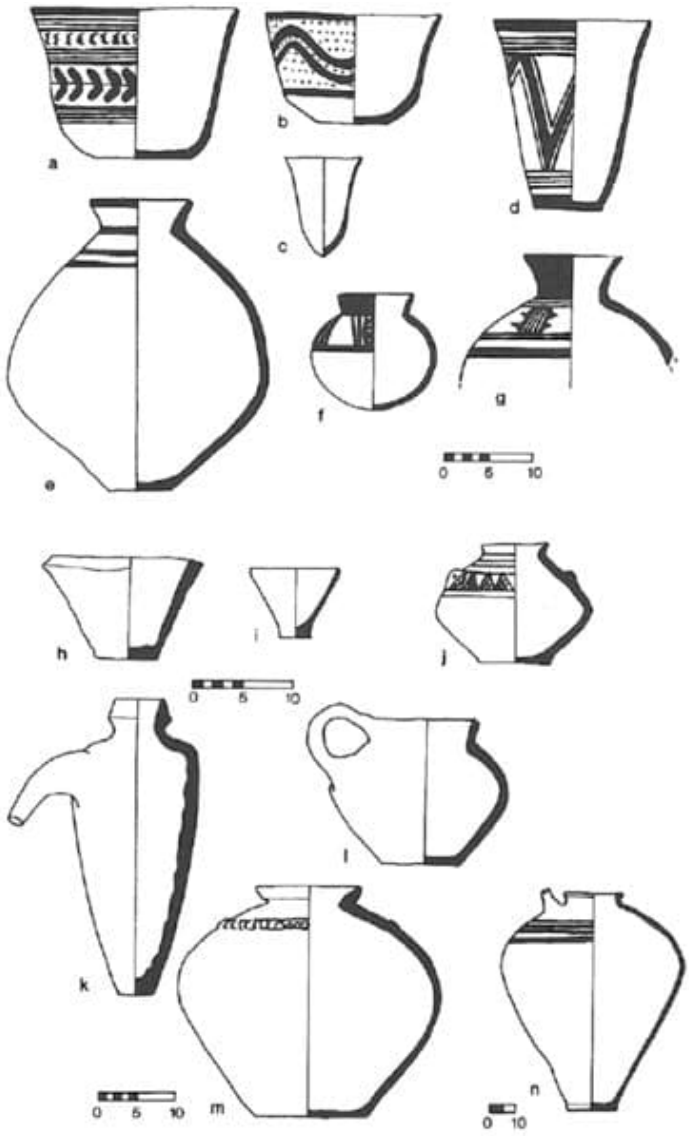
La agricultura permitió a la población permanecer en el mismo lugar largos períodos de tiempo. Las distintas culturas arqueológicas que diferenciamos entre los años 9000 y 5000 ates-

tiguan una permanencia en la residencia y comunidades mayores. La casa es el atributo de la vida sedentaria más reconocible en el registro arqueológico. En el Levante, las casas se construían en piedra o con cimientos de piedra; en otros lugares del Próximo Oriente sus muros eran de capas de barro y luego de adobe. Los asentamientos se hicieron cada vez más grandes, lo que demuestra la capacidad de alimentar a un número de personas cada vez mayor. En el noveno milenio se produjo un cambio de casas de planta redonda a planta rectangular, lo que muestra que grupos más grandes de personas cohabitaban con algún tipo de jerarquía social y de especialización en el uso de las habitaciones. En los poblados más antiguos del noveno milenio, la población utilizaba receptáculos de almacenamiento de arcilla, pero en el séptimo milenio desarrollaron la cerámica cocida. Aunque quizá no sea uno de los grandes adelantos tecnológicos, puesto que sólo era una extensión de prácticas de almacenamiento precedentes y del uso de la arcilla, facilitaba la cocina y permitía un almacenaje más seguro de los productos. Una afortunada coincidencia, la cerámica suministra al arqueólogo una de las herramientas más útiles para datar los restos excavados, en parte por tratarse de una tecnología en continuo desarrollo (recuadro 1.2).

RECUADRO 1.2. EL USO DE LA CERÁMICA EN LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA

Los restos cerámicos constituyen una importante herramienta para los arqueólogos. La cerámica es ubicua en el registro arqueológico, los fragmentos prácticamente indestructibles; y los estilos de decoración, así como la forma de las vasijas cambian con considerable velocidad a lo largo del tiempo, indicando los gustos de grupos de personas diferentes. Al

igual que hoy la forma y decoración de las botellas de refrescos se desarrolla con el tiempo y podemos fechar una fotografía por la botella que una persona tiene en la mano, también los estilos cambiantes de la cerámica de la Antigüedad pueden usarse como forma de datar yacimientos y los distintos niveles arqueológicos en ellos. Consecuentemente, las culturas prehistóricas a menudo son denominadas por el tipo de cerámica que las representa: Hassuna, Samarra, Obeid y demás, cuyos estilos cerámicos se identificaron por primera vez en los yacimientos con esos nombres (figura 1.2). Cuando aparecen distintos grupos cerámicos en una secuencia estratigráfica, podemos establecer su cronología relativa. Todos los *tell* del Próximo Oriente están cubiertos de fragmentos que representan los períodos de ocupación. Así, incluso sin excavación, el arqueólogo puede determinar cuándo estuvo habitado un yacimiento a partir de los restos de cerámica.



En torno al 7000 existían aldeas plenamente agrícolas a lo largo del Próximo Oriente, todas ellas localizadas en áreas con suficientes precipitaciones para el cultivo. El foco de los desarrollos tecnológicos ulteriores se desplazó entonces hacia el este, en especial a la región bajo la zona de agricultura seca, es decir, las llanuras de Mesopotamia. Poco después de 7000, se desarrollaron comunidades agrícolas en áreas del norte de Me-

sopotamia que carecían de lluvia suficiente y dependían de la irrigación. La tecnología que conducía el agua de ríos y cuencas a los cultivos ya se había utilizado mucho antes en zonas como el Levante, pero con el paso de los asentamientos a zonas áridas la irrigación se hizo esencial. Hubo un cambio radical en la interacción de los granjeros con los cultivos naturales. Mientras que anteriormente habían potenciado el crecimiento de cereales que también existían en la naturaleza, ahora los introducían en áreas que no les eran naturales y donde dependían plenamente del apoyo humano. Los desafíos a los que hicieron frente en Mesopotamia eran enormes. Al contrario que el Nilo en Egipto, que aportaba agua a finales del verano, justo cuando se necesitaba para preparar los campos húmedos para plantar semillas, el Tigris y el Éufrates crecen a finales de la primavera cuando un exceso de agua puede destruir las plantas que ya casi han acabado de crecer. Los ríos están en su nivel más bajo cuando llega la temporada de la siembra, y los granjeros tuvieron que construir canales y cuencas de almacenamiento para controlar el agua y sólo dejar que llegara a los campos cuando hiciese falta. El sistema no tenía que ser elaborado y podían gestionarlo comunidades reducidas, pero, con todo, era necesario un conocimiento de los ciclos de ríos y cultivos, por lo que planificación y organización eran necesarias para irrigar desde los ríos de Mesopotamia.

Sistemas de irrigación de pequeña escala aparecieron por primera vez en las colinas de los Zagros y probablemente también en las marismas al sur de Babilonia. La tecnología necesitaba más desarrollo, sin embargo, antes de que pudiera extenderse a la Mesopotamia meridional, donde lo extremadamente llano de la planicie exponía los campos a inundaciones, especialmente del Éufrates, que prácticamente carece de valle. El río, con todos sus brazos y canales artificiales, tenía que ser gestionado cuidadosamente y los granjeros no sólo tenían que conducir el agua a los cultivos, sino también protegerlos del ex-

ceso de agua. Siempre que un ramal del río crecía en exceso, se formaba un límite por los depósitos de limo que quedaban atrás al perder velocidad el agua. Aunque los diques podían reforzarse artificialmente, la sedimentación a menudo hacía que los lechos fluviales quedasen por encima de los campos que los rodeaban. No había un drenaje natural del agua depositada en los campos y el clima cálido causaba evaporación y por tanto un nivel de sal más elevado en la tierra. Además, la capa freática ascendía tras la irrigación, dañando las raíces cuando se acercaba a la superficie. Pero, a lo largo de los milenios, los habitantes de Babilonia fueron desarrollando la tecnología para irrigar áreas cada vez mayores. Aunque la agricultura por irrigación se convirtió en el rasgo distintivo de la vida económica de la región en fases posteriores, al beneficiarse de la mayor fertilidad del suelo, su mero potencial no animaba a la población a establecerse allí. La considerable abundancia de recursos en las marismas —juncos para edificios y pasto animal— también jugó un papel clave. Entre 6000 y 5500, el asentamiento permanente en la llanura de la Baja Mesopotamia se hizo común y persistió como rasgo constante.

Gráfico 1.1. CRONOLOGÍA DE LA PREHISTORIA DEL PRÓXIMO ORIENTE

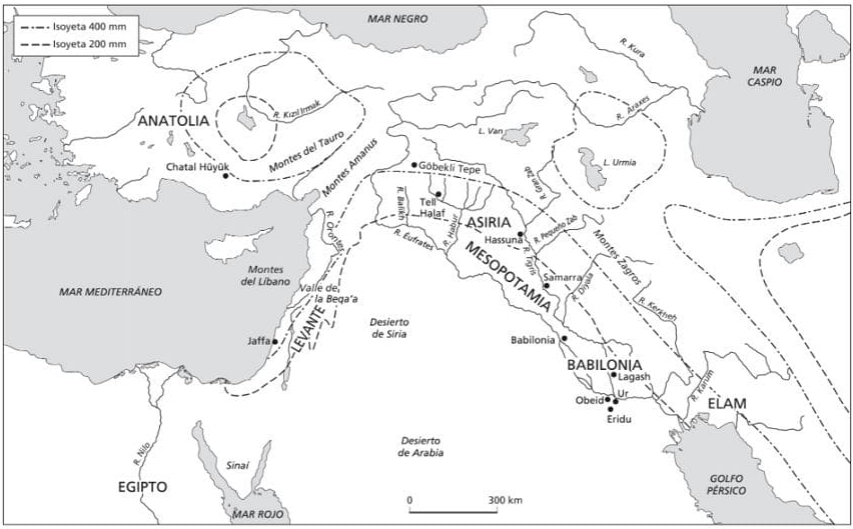
Fecha a.e.c.	Levante	Anatolia	N. Mesopotamia	S. Mesopotamia
9000	Proto-Neolítico (NPC A)	Göbekli Tepe		
8500	Neolítico Acerámico (NPC B-C)			
7000	Neolítico			
Cerámico		Proto-Hassuna		

6500	Amuq B	Chatal Hüyük	Hassuna / Samarra	
6000	Halaf	Halaf	Halaf	Obeid Antiguo
5500				
5000				
4500				
4000	Obeid			
Calcolítico	Obeid	Obeid	Obeid Tardío Uruk Antiguo	

Fundamentalmente a partir de los estilos de cerámica, los arqueólogos trazan una secuencia de culturas del Próximo Oriente en el período comprendido entre 7000 y 3800: Proto-Hassuna y Hassuna en las áreas lluviosas de la Mesopotamia septentrional en el séptimo milenio, y Samarra en la zona irrigada del norte a finales del séptimo milenio. Una cultura menos desarrollada denominada Amuq B caracterizaba el oeste del Próximo Oriente en esa época. El sexto milenio experimentó una expansión masiva de la cultura de Halaf de Mesopotamia septentrional, que abarcaría toda la zona lluviosa en contacto con la llanura de Mesopotamia y se extendería hacia el Levante. Al mismo tiempo, la Mesopotamia meridional vería asentamientos permanentes por usuarios de un conjunto cultural que denominamos Obeid. En torno a 4500, esta cultura de Obeid reemplazaría a la de Halaf al norte y en los Zagros.

Los aspectos más notables de estas culturas son su amplitud geográfica y sus contactos con zonas distantes. Teniendo en cuenta que se trataba de comunidades pequeñas sin una organización superior a la aldea, la extensión de una cultura material como la de Halaf desde los Zagros centrales hasta la costa mediterránea resulta asombrosa. Hay restos limitados y las diferencias locales resultan confusas, pero los aspectos de la cultura de Halaf son bastante específicos, como la planta única de sus casas y las figurillas de terracota (figura 1.3). Además, observamos que los materiales preciosos recorrían distancias

enormes. Por ejemplo, la obsidiana sólo podía obtenerse por medios naturales en la Anatolia central, pero se ha hallado en yacimientos de todo el Próximo Oriente. Los arqueólogos suelen pensar que el éxito de Chatal Hüyük, un gran asentamiento de la Anatolia central que existió desde *ca.* 7200 hasta 6000, fue consecuencia del intercambio de esta roca volcánica. También se obtenían en zonas remotas bienes de menor prestigio. La cerámica de Obeid producida en el sur de Mesopotamia apareció por el golfo Pérsico en zonas tan meridionales como Omán, y los expertos han interpretado esto como restos de expediciones de pesca de pescado y perlas.



Otra característica de estas primeras culturas es su longevidad. La cultura de Halaf duró casi mil años y gradualmente dio paso a la meridional de Obeid. La permanencia de la última durante casi dos milenios y el alto grado de continuidad cultural que exhibe son sorprendentes. Estos factores parecen sugerir que una vez que las comunidades se establecieron en la Baja Mesopotamia, mantuvieron un desarrollo local y estable. Preservaron la misma cultura material a lo largo de su existencia y se hicieron más extensas y complejas sólo de manera gradual.

Uno de los principales desarrollos sociales fue la aparición de una jerarquía y la centralización de poderes y funciones, resultado del crecimiento del tamaño de las comunidades. Pueden verse diferencias fundamentales entre el norte y el sur de Mesopotamia en este aspecto. En la cultura meridional de Obeid, algunos miembros de las comunidades tenían un estatus diferenciado, como indican el mayor tamaño y el trazado particular de los edificios que habitaban o supervisaban. El poder de estas élites recién desarrolladas parece haber derivado del control de los recursos agrícolas. Entre las familias que constituían las comunidades, aparecería una que administraría el almacenaje de las cosechas en una ubicación central. Esto ya puede verse en el sur, mientras que la cultura contemporánea de Halaf al norte presenta un alto grado de homogeneidad social. Cuando la cultura de Obeid se extendió en el territorio de Halaf a partir de 5500, también allí llegó la diferenciación social. Las nuevas élites se nos hacen visibles en su reivindicación de bienes extranjeros escasos y exóticos. Posiblemente fueran inmigrantes del sur que impusieran alguna forma de autoridad política sobre las más débiles familias locales y controlaran el intercambio a larga distancia. Sólo en fases posteriores del período de Obeid empezarían a ejercer el tipo de dominio agrario local ya antes visible en el sur.

El foco físico de estas funciones centralizadas parece haber sido un edificio al que tal vez ya llamarían templo. A partir de mediados del sexto milenio, el yacimiento de Eridu cerca del golfo Pérsico presenta una secuencia de edificios cada vez mayores en el mismo emplazamiento, que culminan en un gran templo de finales del tercer milenio. Si proyectamos hacia atrás en el tiempo la función de los primeros templos históricos, es probable que desde inicios del período de Obeid este edificio funcionase simultáneamente como lugar comunitario de culto y como centro para recolección y distribución de bienes agrarios. Algunos de los niveles arqueológicos de Eridu contenían

grandes acumulaciones de espinas de pescado, lo que parecen ser los restos de ofrendas a la divinidad. Así, se estaba desarrollando dentro de las comunidades una organización social por encima del hogar individual, con la aportación de todas las familias al culto del templo. Allí también se desarrolló una jerarquía de asentamientos en el extremo meridional de Mesopotamia, con unos pocos de 10 a 15 hectáreas rodeados de otros más reducidos que no solían superar las 0,5 a 2 hectáreas de extensión. Esto demuestra que las comunidades individuales se estaban integrando en una organización territorial cooperativa más amplia.

Las evoluciones prehistóricas esbozadas brevemente aquí demuestran que muchos de los aspectos culturales de la historia posterior del Próximo Oriente fueron resultado de un largo desarrollo en el tiempo. Una culminación de estos procesos ocurrió en el cuarto milenio, cuando la convergencia de varias innovaciones condujo al origen de la civilización mesopotámica. Estudiaremos esos acontecimientos con mayor detalle en el próximo capítulo.

Debate 1.1. LA DATACIÓN EN LA HISTORIA DEL PRÓXIMO ORIENTE

En la misma línea que la casi totalidad de obras de historia, este libro usa fechas absolutas para indicar cuándo tuvieron lugar los distintos acontecimientos. Estas fechas se fijan dentro del constructo artificial de la era cristiana o común y, como toda la historia del Próximo Oriente antiguo tuvo lugar antes del inicio de esa ésa, todas las fechas son a(ntes de) c(risto) o a(ntes de la) e(ra) c(omún), con los números más altos pre-

cediendo a los más bajos. Esto es una mera convención que nos permite entender la secuencia de acontecimientos y su distancia en el tiempo, aunque la era tenga una base ideológica sin relevancia para el Próximo Oriente antiguo. Todas las fechas de este libro, pues, han de leerse como a.e.c., excepto cuando se explicite e.c.

Los números dan una falsa sensación de certeza y la cronología absoluta de la historia del Próximo Oriente es un problema frustrante y controvertido. Los mesopotámicos eran bastante hábiles a la hora de documentar secuencias de gobernantes, aunque las fuentes pueden variar en cuanto al número de años de reinado de un rey y otros detalles. Para la cronología absoluta, la mayor dificultad reside en establecer un punto firme en el tiempo con el que puedan relacionarse las listas reales. Las herramientas empleadas derivan de múltiples disciplinas *(e.g.*, astronomía, arqueología, filología) y los debates académicos son muy técnicos. La cronología del primer milenio es segura por la presencia de varios datos fiables, incluida la lista real compilada en griego por el astrónomo Ptolomeo de Alejandría en el siglo II e.c., que se remonta a 747 a.e.c., y la noticia de un eclipse solar que tuvo lugar el 15 de junio de 763, lo que nos permite asociar una larga secuencia de epónimos asirios

(ver capítulo 6). Pero la incertidumbre surge en los primeros siglos de ese milenio y se agrava en el segundo milenio y en épocas anteriores. Los expertos han reconstruido una secuencia relativa aceptada, basada primariamente en listas reales de Asiria y Babilonia, pero esa secuencia no puede asociarse con seguridad a una datación absoluta. En 1912 e.c. un experto creyó haber descubierto evidencia astronómica sólida en un registro de momentos visibles y no visibles del planeta Venus durante el reinado de Ammisaduqa, incluido en una lista de predicciones astrológicas conservada en un manuscrito del siglo VII a.e.c. El comportamiento del planeta encaja con varios momentos de principios del segundo milenio a.e.c. y tras numerosas propuestas académicas tres sistemas fueron considerados los más probables, las cronologías alta, media y baja. Fechaban el reinado del rey más famoso del período, Hammurabi de Babilonia, en 1848-1806, 1792-1750 y 1728-1686, respectivamente, y el final de su dinastía en 1651, 1595 o 1531 (ver Garelli *et al.*, 1997: 225-240; Eder y Renger, 2007: 8-9: y Pruzsinszky, 2009: 23-30 para detalles de la investigación). En los años cincuenta la mayor parte de los expertos comenzó a adherirse a la cronología media, que también determinó la datación absoluta de acon-

tecimientos del tercer milenio y anteriores.

Esta engañosa certidumbre está siendo atacada desde ya hace algo de tiempo. Surgieron dudas sobre la fiabilidad de la información de la *Tablilla de Venus de Ammisaduqa*, escrita mil años tras los hechos que describe, cuando volvió a editarse (Reiner y Pingree, 1975) y se ha llegado a sugerir que debería ser ignorada por completo en la datación (Cryer, 1995: 658), aunque hay una defensa reciente de su valor (Mebert, 2010). Acuciados por la preocupación de que la fecha de 1595 para la caída de Babilonia implicase una Edad Oscura excesivamente larga a mediados del segundo milenio, una reinvestigación a gran escala de la evidencia arqueológica, textual y astronómica defendió con fuerza una cronología ultrabaja y ubicó el evento en 1499 (Gasche *et al.*, 1998). Esto ha inspirado una avalancha de nuevos estudios que incorporaban evidencia, como los anillos de troncos de árbol de edificios de Anatolia, las referencias históricas en la literatura de presagios, la incidencia de los eclipses solares y demás (ver Pruzsinszky, 2009, para un examen detallado de toda la evidencia), pero al final sigue sin haber certeza. La cronología media sigue siendo, pues, «demasiado útil para abandonarla» (Roaf, 2012: 171), consejo que sigo aquí para que a los lec-

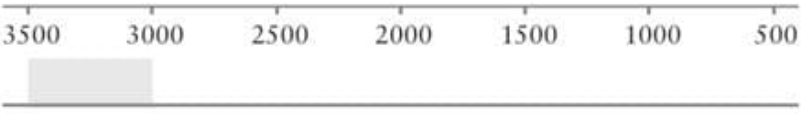
tores de este libro les resulte más fácil consultar otras obras académicas[1].

PARTE I

CIUDADES-ESTADO

2

ORÍGENES: EL FENÓMENO DE URUK



4000-3500 Período de Uruk Antiguo

3500-3100 Período de Uruk Tardío

3400-3100 Nivel de Uruk IV, recinto del Eanna, Uruk

3100-3000 Nivel de Uruk III, recinto del Eanna, Uruk

A finales del cuarto milenio, el Próximo Oriente alcanzó un momento crítico en su historia. Varios procesos de la prehistoria culminaron en numerosas innovaciones de importancia trascendental para la vida de las personas, entre ellas, las ciudades, los estados y la escritura, que revelan la existencia de una sociedad urbana con una jerarquía social y mano de obra especializada. Los desarrollos fueron un fenómeno en todo el Próximo Oriente y en muchas regiones, desde Anatolia hasta el oeste de Irán, observamos como las poblaciones comenzaron a vivir en comunidades mayores,

que eran económica y socialmente más complejas que antes. Pero fue en el mismo sur de Mesopotamia, cerca del golfo Pérsico, donde a partir del 3500 crecieron hasta tal punto que podemos identificar la primera ciudad propiamente dicha. En el apogeo de su desarrollo, esa ciudad, Uruk, dejó su huella en todo el Próximo Oriente.

Una indicación de los cambios apareció en un utensilio cotidiano, la cerámica. A principios del cuarto milenio en todo el Próximo Oriente, toscos platos, cuencos y vasijas sin decorar que parecen haber sido puramente utilitarios, reemplazaron a los recipientes cuidadosamente diseñados y decorados de las culturas previas (figura 2.1). Su aparición fue el resultado de un cambio en la sociedad: más personas conviviendo necesitaban más vasijas, y la producción masiva satisfacía la creciente demanda. Lo que ocurrió en el período de Uruk, que se prolongó durante todo el cuarto milenio y fue enteramente el resultado de las fuerzas indígenas, resultó tan radical que los especialistas solían referirse a ello como «la revolución urbana», estableciendo un paralelo con la Revolución Industrial del siglo XIX e.c. El término 'revolución' puede ser un nombre algo inadecuado para un proceso que ocurrió hace más de mil años, pero los cambios afectaron a la mayoría de los ámbitos de la vida y no sólo al origen de las ciudades. Muchas otras innovaciones en otros aspectos de la sociedad, la economía, la tecnología y la cultura fueron igualmente significativas para la humanidad. En consecuencia, al estudiar el período, los antropólogos, por ejemplo, se centran en el desarrollo del estado y enfatizan la relación entre los asentamientos y sus alrededores. Los historiadores subrayan los orígenes de la escritura, que nos proporciona un nuevo medio de acceso a los pueblos que estudiamos. Los historiadores del arte se centran en el sur-

gimiento del arte monumental, reflejo de una relación completamente nueva entre el arte y la sociedad. El hecho de que estas innovaciones coincidieran ciertamente no fue accidental. Sin embargo, las analizaremos por separado para entender más claramente lo que sucedió.

Figura 2.1. Pila de cuencos de borde biselado. Característicos de la cerámica del período Uruk son los denominados cuencos de borde biselado, que se fabricaban en masa en tamaños estándar y que aparecen en todos los yacimientos arqueológicos de la época. Su función exacta no está clara, pero se pudieron haber usado para

entregar raciones a los dependientes del templo. Estos proceden de Susa, en el oeste de Irán. Museo del Louvre, París.
Créditos: © RMN-Grand Palais/Franck Raux.

2.1 EL ORIGEN DE LAS CIUDADES

No es fácil definir en términos absolutos qué es una ciudad. Intuitivamente pensamos en un gran número de habitantes que viven muy cerca unos de otros y en edificios monumentales, pero éstos son conceptos relativos que dependen de las circunstancias históricas. Mientras que hoy consideramos que una comunidad de treinta mil personas es una ciudad pequeña, para los griegos clásicos, por ejemplo, habría sido una gran ciudad. A esto se une que los monumentos por sí solos no constituyen una ciudad, sino que tienen que formar parte de los entornos que los sustentan y que se benefician de ellos, incluidas las personas a ellos asociadas y que viven en las inmediaciones. Una característica fundamental de una ciudad es que no existe de forma aislada. No sólo atiende a las necesidades de sus propios residentes, sino que también es importante para las personas que viven a su alrededor en pequeños asentamientos, ciudades y pueblos. Estos quizá no se dirijan a la ciudad para cubrir las necesidades cotidianas, pero cuando necesitan artículos y servicios especiales, dependen de ella. Una ciudad actúa como mediadora entre las personas, tanto las que viven dentro de sus límites como las que se encuentran en asentamientos permanentes o estacionales en los alrededores; actúa como punto de recogida y redistribución de bienes y presta servicios centrales. La ciudad es un centro neurálgico en su entorno geográfico, el punto focal tanto para sus propios habitantes como para las personas que viven en el campo. A la inversa, una ciudad necesita su *hinterland* para sobrevivir.

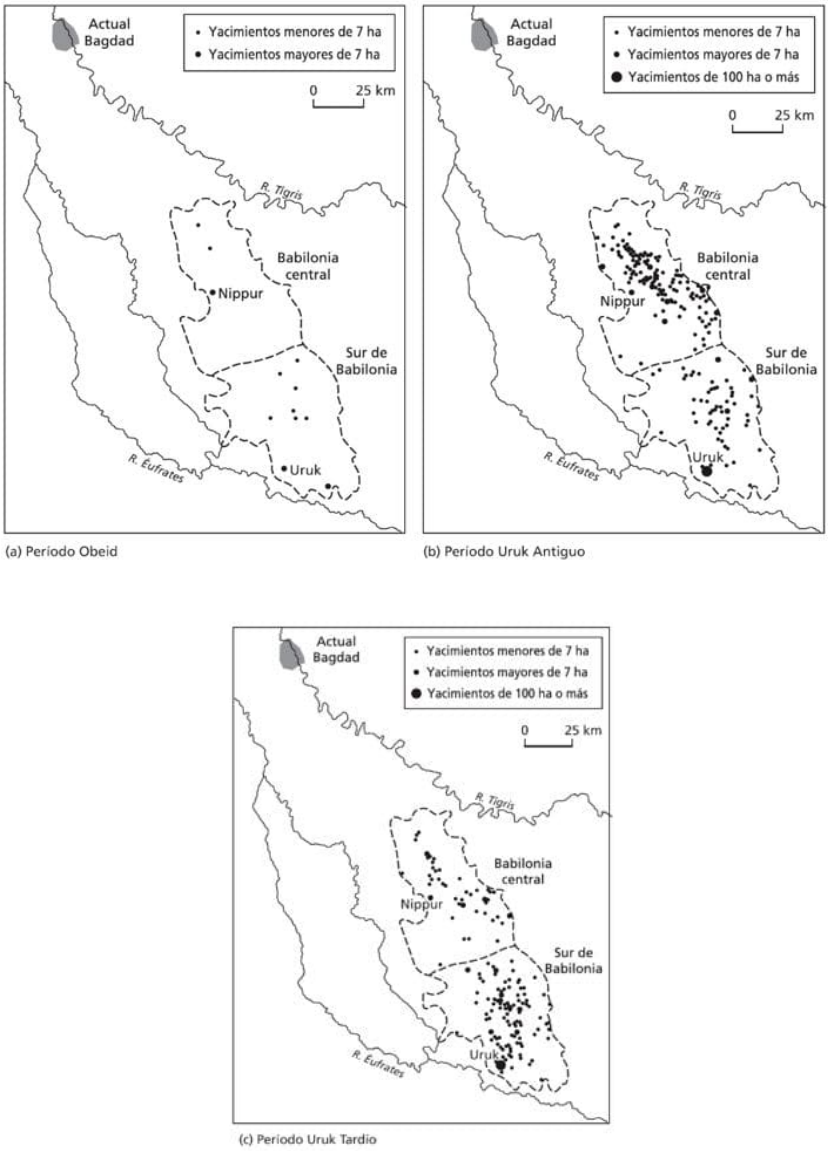
La mayoría de los historiadores cree que la primera auténtica ciudad en la historia universal apareció en el sur de Mesopotamia, en Uruk, un asentamiento masivo en el último cuarto del cuarto milenio, de un tamaño quizá diez veces superior al de cualquiera de sus contemporáneos. Algunos argumentan que hubo precedentes en las llanuras mesopotámicas del norte a principios de ese milenio, pero, aunque se trataba de grandes asentamientos, no alcanzaron las proporciones verdaderamente urbanas que se encuentran en el sur. Resulta frustrante que esa área siga siendo arqueológicamente poco conocida. Sólo en una zona se han excavado niveles relevantes del período Uruk, es decir, en el propio Uruk, pero incluso allí sólo se ha descubierto la arquitectura monumental. Pero hay otra fuente de información, que en realidad revela los patrones hacia la urbanización mucho mejor que la excavación de un solo lugar: la prospección de los asentamientos. Según este enfoque, los arqueólogos caminan por el campo y recogen los restos de cerámica para determinar dónde vivía la población y fechan su presencia sobre la base de los estilos de cerámica utilizados por los residentes. La técnica permite a los arqueólogos calcular el tamaño de los asentamientos en diferentes momentos y, utilizando el tamaño como indicador de importancia, nos permite establecer una jerarquía. Los yacimientos mayores y centrales pueden considerarse ciudades, los poblados más reducidos como pueblos y los más pequeños como aldeas.

Éste es el método que revela el crecimiento de las ciudades de Mesopotamia en el cuarto milenio. En el período de Obeid, que duró unos dos mil años, el número de asentamientos se incrementó gradualmente y comenzaron a mostrar una diferenciación en su tamaño. Algunos eran peque-

ños centros con aldeas subsidiarias a su alrededor, lo que sugiere la presencia de jefes locales con autoridad sobre las tierras circundantes. A principios del cuarto milenio, con el comienzo del período de Uruk, el número y el tamaño de las poblaciones aumentó repentinamente en todo el Próximo Oriente. Sin embargo, había diferencias entre el norte y el sur. En el norte de Mesopotamia aparecieron asentamientos centrales densamente poblados con un círculo de poblaciones más pequeñas a su alrededor. Con el tiempo, éstos se fusionaron en grandes asentamientos, como, por ejemplo, Tell Brak, con unas dimensiones de 130 hectáreas. Estos asentamientos estaban dispersos en una amplia área con grandes espacios abiertos entre ellos. En contraste, los habitantes del sur de Mesopotamia se asentaron a lo largo del campo. A principios del período de Uruk el número total de habitantes parece haber sido casi igual en el centro y en el sur de Babilonia, pero en la Babilonia central vivían en tres centros de 30 a 50 hectáreas, mientras que en el sur dominaba un solo asentamiento, con un tamaño de unas setenta hectáreas: Uruk (mapa 2.1). El rápido aumento de los asentamientos de población en ese momento no puede explicarse con certeza, pues parece demasiado rápido como para haber sido el resultado sólo del crecimiento de la población indígena, incluso si las nuevas condiciones agrícolas hubieran fomentado la expansión demográfica. Pudo haberse producido un aumento en la sedentarización de pueblos seminómadas previamente irreconocibles en el registro arqueológico, o pudieron haber entrado en la región pueblos foráneos debido a cambios climáticos u otras razones.

La primera ciudad propiamente dicha apareció en el Período de Uruk Tardío y en una sola región, el sur de Babilonia. Después de mediados del cuarto milenio, el aumento de

la población permanentemente asentada en Babilonia central fue menor y puede explicarse como resultado del crecimiento natural. Sin embargo, en el sur, alrededor de la ciudad de Uruk, hubo un enorme incremento del área ocupada por los asentamientos permanentes. Una gran parte de ese aumento tuvo lugar en la misma Uruk que, ya con una extensión de 250 hectáreas, se convirtió en un verdadero centro urbano rodeado no sólo por un único nivel de asentamientos secundarios, sino por una jerarquía dentro de los mismos: pueblos, aldeas y aldeas más pequeñas. A pesar de que las estimaciones sobre la población no son notoriamente fiables, los estudiosos suponen que los habitantes de Uruk aún podían mantenerse a sí mismos con la producción agrícola de los campos que rodeaban la ciudad, a los que podían desplazarse diariamente. Pero la dominante extensión de Uruk en toda la región, muy superior a la de otros asentamientos, indica que era un centro regional y una verdadera ciudad. Su existencia provocó una reestructuración del modo de vida de la población en una gran área. El número de personas que residía en su órbita era tan grande que no pudieron haber llegado sólo de Babilonia, sino que algunos parecen haber emigrado desde el oeste de Irán y el norte de Mesopotamia hacia el sur.



Mapa 2.1. Cambios en los patrones de asentamiento en Babilonia durante los períodos Obeid y Uruk
Según Susan Pollock, *Ancient Mesopotamia: The Eden That Never Was* (Cambridge University Press, Cambridge, 1999), pp. 56-58.

El aumento masivo del número de personas conviviendo naturalmente tuvo repercusiones en el funcionamiento de la

sociedad. En las primeras comunidades prehistóricas había pocas disparidades de riqueza y poder entre las familias, cuyos miembros se ocupaban principalmente de las tareas agrícolas. Pero con el paso del tiempo se desarrollaron diferencias, como muestran los tamaños de las casas y la cantidad de bienes depositados en las tumbas que nos ofrece el registro arqueológico. En las sociedades urbanas de decenas de miles de habitantes existía una compleja jerarquía, con las élites controlando a los demás y una especialización de las actividades económicas. Una muestra de ello son los restos excavados en Uruk. Dos áreas en su centro contenían materiales del cuarto milenio cerca de la superficie, ambas con una arquitectura monumental: un complejo llamado Eanna, «Casa del Cielo», con una secuencia de estratos numerados de Eanna XIV (el más antiguo) a Eanna III (el más reciente) y asociados a la diosa Inanna y un área en la que se llevó a cabo el culto al dios del cielo Anu. Las estructuras del complejo del Eanna fueron las más elaboradas y se reconstruyeron varias veces en el período de Uruk IV (distinguimos los niveles IVb más antiguos de los IVa posteriores). Dentro de un área rodeada por un muro perimetral, varios edificios enormes estuvieron en uso simultáneamente. No sólo eran grandes, del orden de 50 por 80 metros, sino que también estaban decorados con una técnica típica del período de Uruk Tardío: en las paredes se insertaban conos de arcilla de color blanco, negro y rojo que formaban mosaicos con patrones geométricos en la superficie. En un edificio estos conos eran de piedra, un material más difícil de obtener en la región de Uruk que la arcilla. El templo de Anu —o Blanco— se construyó sobre una plataforma artificial repetidamente levantada en el período de Uruk y que finalmente alcanzó los 13 metros de altura. En su base había un edificio

de piedra caliza de 25 por 30 metros que había sido traído desde el lejano desierto.

La disposición arquitectónica de ambos complejos muestra que se trataba de lugares de culto y que el acceso a parte de ellos estaba restringido. Su monumentalidad nos dice mucho sobre la sociedad en Uruk. Sólo pudieron haber sido construidos por una gran fuerza laboral que requería organización y liderazgo. Los arqueólogos han calculado que, por cada complejo, trabajaron unos quince mil obreros diez horas al día durante cinco años[2]. Aunque los sentimientos religiosos les pudieron haber inspirado en parte para hacerlo, probablemente también hubo algún tipo de coerción. Si bien estos proyectos sólo podían tener éxito en las grandes comunidades, también fortalecían los vínculos sociales entre las personas que estaban involucradas o que tenían parientes que lo estaban, generando un sentimiento de propósito común.

La agricultura siguió siendo la base de la economía, y lo fue durante el resto de la historia del Próximo Oriente antiguo, pero proyectos constructivos como éstos requerían que algunas personas reorientaran su atención hacia otras tareas y se especializaran en ellas. La especialización del trabajo es una característica de una sociedad urbana y podemos observarlo tanto en las tierras como en la ciudad de Uruk. Uruk estaba situado justo en el interior de las marismas, a la cabecera del golfo Pérsico. Su agricultura se basaba en el agua de riego que proporcionaba el Éufrates, lo que permitía el cultivo abundante de cereales y productos hortofrutícolas, especialmente dátiles. Entre las zonas de irrigación se encontraba la estepa, donde, además de la caza, se practicaba la ganadería ovina y caprina. En las inmediaciones se encontraban las marismas, con un abundante sumi-

nistro de peces y aves de caza, donde se pastoreaban los búfalos de agua para la producción de leche y donde se podían cosechar los juncos para el forraje animal. Los diferentes nichos ecológicos fomentaban la especialización laboral de los productores: pescadores, agricultores, hortelanos, cazadores y pastores eran más productivos si dedicaban la mayor parte de su tiempo al cuidado de los recursos que tenían a su disposición. Algunos avances tecnológicos también pudieron hacer la especialización más deseable. Así, la invención del arado de vertedera, un instrumento que deposita las semillas en el surco mientras se está arando, hizo la labranza más difícil y requirió la mano de un experto.

La gran mayoría de la población se mantuvo activa en la agricultura, incluso los que vivían en la propia ciudad, pero un segmento de la sociedad urbana comenzó a centrarse en tareas no agrícolas como resultado del nuevo papel de la ciudad como centro en su entorno geográfico. Dentro del sector productivo, los artesanos se convirtieron en especialistas. Ya en el Período de Uruk Antiguo, el cambio a la cerámica utilitaria no decorada fue probablemente el resultado de la producción masiva especializada. En el nivel XII de la secuencia del Eanna en Uruk, datado a comienzos del cuarto milenio, aparece un estilo cerámico que es el más característico de este proceso, el denominado cuenco de borde biselado (figura 2.1). Se trata de un cuenco bastante poco profundo que se fabricaba toscamente en un molde, y, por tanto, sólo en un número limitado de tamaños estandarizados. Por alguna razón desconocida, muchos fueron descartados, a menudo aún intactos, y se han encontrado cientos de miles en todo el Próximo Oriente. El cuenco de borde biselado, de cuyo uso se hablará más adelante, es uno de los hallazgos más reveladores para identificar un yacimiento

del período de Uruk. En este caso es importante el hecho de que fue producido rápidamente en grandes cantidades, probablemente por especialistas, en una localización céntrica.

Una variedad de documentación indica que los artesanos hábiles también producían en masa otros bienes, mientras que anteriormente cada familia los fabricaba para uso privado. Algunas imágenes muestran grupos de mujeres que participaban en el hilado de tejidos, una actividad que sabemos por textos posteriores del tercer milenio que fue vital en la economía y que se administraba de forma centralizada. Podría haberse excavado un taller de fundición de metal en una pequeña área en Uruk, pues contenía una serie de canales alineados por una secuencia de agujeros de unos quinientos centímetros de profundidad, todos ellos con marcas de quemaduras y llenos de cenizas. Esto se ha interpretado como los restos de un taller donde los especialistas recogían el metal fundido del canal y lo vertían en moldes en los agujeros.

Los propios objetos muestran que eran obra de profesionales cualificados. En el Período de Uruk Tardío, apareció por primera vez un tipo de objeto característico de Mesopotamia a lo largo de toda su historia: el cilindro-sello. Se trataba de un pequeño cilindro, generalmente de no más de 3 centímetros de alto y 2 centímetros de diámetro, de concha, hueso, loza o una variedad de piedras (por ejemplo, cornalina, lapislázuli, cristal), en el que se tallaba una escena en espejo. Cuando se hacía rodar sobre un material blando —principalmente la arcilla de *bullae*, tablillas o terrones adheridos a cajas, frascos o cerrojos— la escena aparece un número indefinido de veces en relieve, fácilmente legible (figura 4.4). El cilindro-sello fue una importante herramienta administrativa de cuyo uso se hablará más adelante. Los co-

nocimientos tecnológicos necesarios para tallarlo eran muy superiores a los de los sellos estampillados, que habían aparecido a principios del Neolítico. Desde la primera aparición de los cilindros-sellos, las escenas talladas pueden ser muy elaboradas y refinadas, lo que indica el trabajo de canteros especializados. Del mismo modo, el Período de Uruk Tardío muestra el primer arte monumental, el relieve y la estatuaria de bulto redondo, realizados con un grado de maestría tal que sólo un profesional podría haberlos producido.

Con esta especialización de la producción, la necesidad de intercambio se hizo imperativa y es aquí donde Uruk adquirió su verdadero estatus de ciudad, coordinando dichos intercambios respecto a su entorno. Los productores agrícolas intercambiaban sus variados productos y obtenían así herramientas y artículos de lujo, mientras que los artesanos obtenían sus alimentos a través de este sistema. Se requería algún tipo de autoridad para organizar esto y esta autoridad tenía que apoyarse en una base ideológica compartida por los participantes en el sistema para que fuera aceptable para ellos y que éstos contribuyeran con parte de su producción a cambio de algo más en el futuro. En el período de Uruk de Mesopotamia, la religión proporcionaba esa ideología: el dios de la ciudad recibía los bienes y los redistribuía a los habitantes. El templo monumental, casa del dios y construido por la comunidad, fue la institución central que hizo funcionar el sistema. Sus edificios presentaban una vista impresionante y un enfoque visual de los alrededores de Uruk, que se encontraba en una región extremadamente plana. Tenían un papel de culto en el que los bienes se ofrecían a los dioses. Una de las principales obras de arte de la época, el vaso de Uruk (figura 2.2; véase el recuadro 2.1), expresa pictóricamente el papel del complejo del templo Eanna en la

sociedad de Uruk: recogía los productos de la tierra como si fuera una ofrenda a la diosa. Un humano, distinguido de los demás por su altura y su vestimenta, actuaba como intermediario. Lo más probable es que podamos identificarlo con el jefe de la organización del templo, tal vez referido por el título «señor», EN en sumerio.

Figura 2.2. El vaso de Uruk. La talla de esta vasija ceremonial muestra como el líder de la comunidad de la ciudad provee a la diosa Inanna de los productos de la tierra. Encontrado dentro del complejo del templo de Uruk, el vaso representa el papel de ese edificio en la recolección de los recursos de la región para su redistribución a la comunidad. Museo de Iraq, Bagdad.
Créditos: M. van de Mieroop, *The Ancient Mesopotamian City* (Oxford University Press, Oxford, 1999), p. 32.

El papel del templo en la recolección y redistribución de bienes creó la necesidad de un tipo de especialista completamente nuevo: el administrador. La economía se volvió tan

compleja que se necesitaban mecanismos de contabilidad para registrar las entradas y salidas de mercancías de la organización central. Esto requería las habilidades de personas capaces de trabajar con las herramientas y técnicas de una burocracia. Se habían establecido medidas estándar para las cantidades de productos secos y líquidos, para la tierra, para la mano de obra y para el tiempo, y se había creado la escritura, la tecnología de registro para futuras consultas. Al considerar los cambios en la sociedad, es importante darse cuenta de que toda esta actividad burocrática estaba en manos de un grupo especializado de personas.

Recuadro 2.1: EL VADO DE URUK

En un depósito de objetos de culto de los niveles de Uruk III se encontró un vaso de alabastro, de aproximadamente un metro de altura, cuya superficie está totalmente grabada con una elaborada escena (figura 2.2). Representa una procesión de hombres desnudos que llevan cuencos, recipientes y canastas que contienen productos agrícolas. Los granos de cereales y las ovejas y cabras en el registro inferior representan sumariamente la agricultura de la región. El punto culminante de la historia del relieve es aquél en el que una figura femenina se encuentra con el gobernante humano masculino, vestido con gran ornato y con un asistente que porta la cola de sus vestiduras. En algún momento posterior, la representación del hombre fue elimi-

nada de la escena, pero podemos reconstruir su apariencia a partir de representaciones contemporáneas de otros objetos. Los símbolos que se encuentran detrás de la mujer la identifican como la diosa Inanna: los denominados «fardos de cañas en forma de anillo», que actuaban como postes en las casas de caña de la época, fueron la base de la escritura del nombre de Inanna en escritura cuneiforme. Detrás de sus símbolos hay animales y tarros de almacenamiento, así como dos pequeñas figuras humanas en pedestales, probablemente estatuas. Una mujer tiene el símbolo de Inanna detrás de ella, mientras que un hombre tiene en sus manos un montón de cuencos y algo semejante a una caja, que juntos dan forma al signo cuneiforme de «señor», EN en sumerio. Ese signo es el más común en las tablillas de la época y parece indicar un alto funcionario del templo. Aunque no está inscrito con un texto, el relieve del vaso de Uruk puede leerse como la descripción del gobernante humano que ofrece los productos de la región a la diosa.

La especialización del trabajo que caracterizó al establecimiento de la vida urbana en el sur de Mesopotamia provocó una reestructuración fundamental de la sociedad. El proceso

de diferenciación social culminó con la existencia de una sociedad estratificada en la que la ocupación profesional determinaba en primer lugar el rango en la jerarquía. La gran mayoría de las personas seguían siendo agricultores, pescadores, pastores, etc., que vivían en comunidades con poca diferenciación social más allá de la de la familia individual. Estas comunidades probablemente mantenían una relación tributaria con la ciudad y le proporcionaban parte de sus ingresos, pero por lo demás seguían siendo socialmente libres y poseían la tierra que trabajaban. Muchos de los residentes de la ciudad (no podemos determinar qué porcentaje, sin embargo) eran parte de la organización del templo, cuyos miembros dependían totalmente de los primeros para su supervivencia. Estaban organizadas de manera estrictamente jerárquica. El elemento más indicativo de la jerarquía urbana es un texto llamado *Lista estándar de profesiones* (documento 2.1). Apareció primero al final del Período de Uruk Tardío y, por tanto, entre los primeros textos escritos y fue copiado fielmente durante unos mil quinientos años, siendo las versiones posteriores más claras para nosotros que las precedentes.

La lista contiene varias columnas con los títulos de los funcionarios y los nombres de las profesiones ordenados en una jerarquía que comienza con el rango más alto. Aunque la primera entrada no es del todo comprensible para nosotros, más tarde los babilonios la equipararon con la palabra acadia para rey, que probablemente sería una forma anacrónica de hacer referencia al más alto funcionario de la tierra. Las siguientes entradas en la *Lista estándar de profesiones* contienen un número con el elemento NAM$_2$, que creemos representa al «líder» y con el signo $_{\text{gal}}$, que significa «grande». Los títulos incluyen términos como «líder de la ciu-

dad», o «del arado» y «grande de la ganadería», o «de los corderos». La lista contiene términos para sacerdotes, jardineros, cocineros, herreros, joyeros, alfareros y otros. Aunque no se comprenda del todo, es evidente que proporciona un inventario de las profesiones especializadas dentro de las ciudades.

En la cima de la sociedad de Uruk, por tanto, había un hombre cuyos poderes derivaban de su papel en el templo. Los eruditos lo llaman a menudo 'rey-sacerdote'. En la parte inferior de la escala social de los dependientes del templo estaban las personas involucradas en la producción, tanto agrícola como de otro tipo. La extensión de este grupo sigue siendo imposible de determinar, pero a través de una proyección de las condiciones del tercer milenio asumimos que el templo tenía un personal lo suficientemente grande como para atender todas sus necesidades. En el tercer milenio, los trabajadores dependientes recibían raciones, cantidades fijas de cebada, aceite y tela, como recompensa por sus servicios. Es probable que tal sistema ya existiera en el Período de Uruk Tardío. Las tablillas de Uruk IV contienen relación de granos distribuidos a los trabajadores, que parecen ser precursores de listas de raciones posteriores. La entrega de raciones a numerosas personas puede explicar la abundancia del cuenco de borde biselado en el registro arqueológico. Estos cuencos, en un número limitado de tamaños, posiblemente funcionaban como contenedores para medir las raciones de cebada. La semejanza del primer signo cuneiforme de ración (NINDA) y el cuenco de borde biselado respaldan esta sugerencia. Si es correcto, la primera aparición del cuenco de borde biselado a mediados del cuarto milenio atestiguaría la presencia de un sistema de distribución del grano ya existente en ese momento. Tenía lugar una oposi-

ción fundamental en este primer período entre los dependientes del templo, mantenidos pero no libres, y los habitantes del campo, libres pero sin seguridad frente a desastres como las malas cosechas. Sin embargo, el templo, situado en la ciudad, era un punto focal para todos, y a través de su recaudación de tributos atrajo a toda la región. A finales del cuarto milenio se había desarrollado, aunque pequeño, un estado en el que la ciudad detentaba el control organizativo.

2.2. EL DESARROLLO DE LA ESCRITURA Y LA ADMINISTRACIÓN

La burocracia permitió el control de la economía regional en los centros urbanos. En el Período de Uruk Tardío existía un sistema de registro mediante textos que fue la base de toda la escritura cuneiforme administrativa posterior utilizada durante el siguiente período de más de tres mil años. La escritura de Uruk se llama protocuneiforme porque los signos se dibujan en la arcilla con líneas finas en lugar de ser impresionados con cuñas, como sucedió con la escritura cuneiforme posterior. Sin embargo, no hay necesidad de ver una diferencia conceptual entre la primera escritura y los desarrollos posteriores. Ésta es la primera vez en la historia en la que los seres humanos desarrollaron un sistema de escritura y la evidencia más antigua de escritura real proviene de la ciudad de Uruk. Las primeras tablillas aparecen en los estratos arqueológicos Uruk IVa y III del recinto del Eanna (figura 2.3). Estos términos han acabado utilizándose para hacer referencia a etapas en el desarrollo de la escritura en sí, y, como tales, se aplican a textos hallados fuera de Uruk.

Las cuentas proporcionan dos conjuntos de datos: un registro de cantidades y una identificación de la persona u oficio involucrado en la transacción como participante o su-

pervisor. Además de la escritura, hay otras técnicas que pueden indicar el segundo elemento. Los sellos, por ejemplo, pueden implicar un supervisor, y estaban en uso mucho antes del Período de Uruk IV. A partir del séptimo milenio, los sellos impresos en frascos o en trozos de arcilla adheridos a los contenedores identificaban a la autoridad que garantizaba el contenido. A mediados del período de Uruk el cilindro-sello reemplazó al sello de estampillar. Permitió una cobertura mucho más rápida porque el sello podía rodar sobre la superficie en un delicado movimiento. Se han atestiguado numerosos sellos con una gran variedad de imágenes pictóricas. Cada sello pertenecía a un funcionario o a una oficina administrativa cuya identidad podía reconocerse a través del diseño. La profusión de sellos distinguibles demuestra la presencia de una clase de funcionarios en la ciudad de Uruk que supervisaban las transacciones y garantizaban su legitimidad con su marca de autoridad.

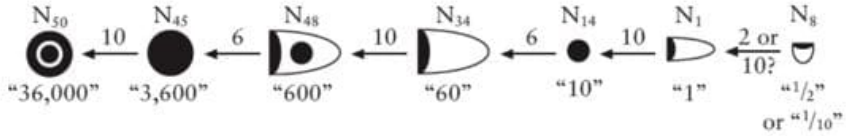
Los sellos no revelaban la cantidad o el contenido real de una transacción. Al parecer, se llevaron a cabo al mismo tiempo o en rápida sucesión varias técnicas para registrar esa información y se han documentado en diversos lugares de todo el Próximo Oriente. En Uruk la estratigrafía arqueológica es demasiado confusa para establecer una secuencia de técnicas. En el yacimiento iraní occidental de Susa, sin embargo, vemos, antes del nivel correspondiente a Uruk IV, un nivel en el que aparecieron por primera vez las *bullae*, seguido por otro con tablillas numéricas. Las *bullae* son esferas de arcilla huecas con improntas de sellos rodados por toda su superficie que contienen colecciones de pequeños objetos que llamamos fichas. Estos últimos son objetos geométricos de piedra y arcilla, en forma de conos, esferas, discos, cilindros y muchas otras. Se cree que estos registran la

medida de un artículo en particular (bienes, animales, seres humanos). La recepción de tres unidades de cebada, por ejemplo, podría haberse confirmado mediante la entrega de tres fichas que representarían una unidad cada una. Es probable que las fichas mayores de la misma forma indicasen una unidad superior en un sistema metrológico. Se guardaban juntas en el sobre de arcilla, que se sellaba para garantizar el contenido a través de la autoridad de quien lo sellaba.

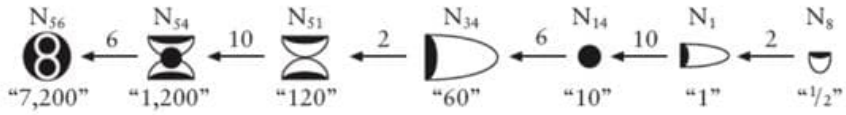
Figura 2.3. Tablilla de Uruk III. Este recuento de cereales, escrito alrededor del año 3100 a.C., sigue siendo principalmente un conjunto de números que indican cantidades de trigo y cebada utilizando círculos de varios tamaños. En el lado que se muestra aquí, el contador registró los totales de los desembolsos efectuados. 6,2 × 4,7 × 1,65 cm.
Créditos: © 2014 The Metropolitan Museum of Art/Art Resource/Scala, Florencia.

Como la consulta de estos registros era imposible sin romperlos, surgió la idea de imprimir marcas en la superficie exterior. Simultáneamente aparecen *bullae* sobre las que se hicieron impresiones, muy probablemente por las fichas insertadas en el interior, y tablillas sólidas con conjuntos de signos numéricos trazados en ellas. Las «tablillas numéricas» no nos revelan qué elementos se contabilizan, pero el sistema metrológico y la forma de los números debieron de proporcionar esa información a las personas que las utilizaban. Estos dispositivos de registro fueron encontrados en Uruk y otros lugares hasta los que se extendió su influencia. Sólo en Uruk y en Susiana, al oeste de Irán, finalmente aparecieron registros que acabaron con esta ambigüedad: los números se combinaban con uno o dos signos que indicaban lo que estaba en juego, ovejas, granos, textiles, etc. Mientras que las dos regiones compartían el mismo sistema, inmediatamente después desarrollaron sistemas distintos e independientes de verdadera escritura: en los niveles arqueológicos de Uruk IVa y III, apareció la escritura protocuneiforme; algo más tarde, el protoelamita apareció en Susiana.

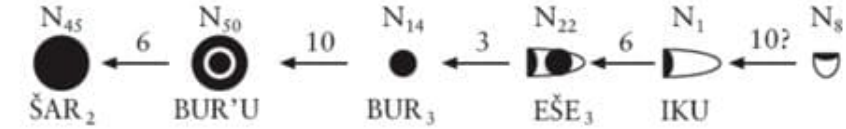
Gráfico 2.1. Ejemplos de sistemas de pesos y medidas utilizados en las cuentas del período Uruk.
Créditos: basado en Hans J. Nissen, Peter Damerow y Robert K. Englund, *Archaic Bookkeeping: Early Writing and Techniques of Economic Administration in the Ancient Near East* (University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1993), pp. 28-29.



Sistema de recuento sexagesimal para objetos discretos, incluidos animales, humanos y pescado desecado



Sistema de recuento bisexagesimal para productos cerealísticos procesados, queso y pescado fresco



Sistema de medidas de áreas

El protoelamita sigue sin descifrar porque las escrituras posteriores en la región tienen un carácter muy diferente y no muestran formas posteriores de los signos utilizados. El sistema de Uruk se entiende mejor porque sus prácticas continuaron en una escritura cuneiforme posterior y bien conocida. La escritura contenía dos tipos de signos para indicar números y palabras. La existencia de un sistema de signos numéricos era fundamentalmente importante, ya que el 90 por ciento de las tablillas protocuneiformes eran de cuentas. Había que registrar el número de bienes, animales,

seres humanos y tiempo. Las notaciones de Uruk IV nos parecen complicadas porque se utilizaron simultáneamente siete sistemas diferentes, en los que variaba la forma física de los números según lo que se midiera. Por ejemplo, un sistema sexagesimal, basado en unidades con incrementos de seis y diez, se utilizó para contabilizar animales, humanos y peces secos, entre otras cosas. Para productos de granos procesados, queso y pescado fresco se utilizó un sistema bisexagesimal, que difiere del anterior en el hecho de que sus unidades también muestran incrementos de dos. Los volúmenes de grano o las superficies de los campos se medían de manera diferente. De este modo, la secuencia básica de las unidades variaba de un sistema a otro (gráfico 2.1). Aunque la forma de los signos numéricos puede diferir de un sistema a otro, las mismas formas se pueden encontrar en varios sistemas, pero a veces con valores diferentes. Por ejemplo, • indica 10 cuando se contabilizan objetos discretos, pero 18 cuando se mide la superficie de un campo. En total, había sesenta signos numéricos diferentes.

Un grupo mucho más grande de signos, unos novecientos, designaba conceptos no numéricos. Cada signo representaba una palabra, una entidad física como la cebada o la vaca, o una acción como la distribución o la recepción. El origen de las formas de los signos es objeto de controversia. Las ideas de que se basaban en dibujos de los objetos que significan o que eran representaciones bidimensionales de las formas de las fichas no explican por sí solas las formas de todos los signos, sino que hubo varias fuentes de inspiración. Algunos de los contornos reflejaban el objeto físico representado o parte de él, como una cabeza de buey para un buey. Otros eran de forma puramente arbitraria, como un círculo con una cruz para indicar una oveja. Se crearon nue-

vas señales combinando varias básicas, inclinándolas o trazando partes de ellas en forma de cruz. Por ejemplo, el área de la boca de una cabeza humana estaba marcada con sombreados para indicar la palabra *boca*, o el signo para agua se añadía al de la cabeza para indicar el verbo *beber*. Para que el sistema funcionara, todos los usuarios tenían que conocer el significado de estos signos y las convenciones ya debían existir para que cualquiera pudiera reconocer la intención del escritor y guiar la creación de nuevos signos.

Los signos con valor ideográfico son la preocupación central del segundo grupo de tablillas que se encuentran en Uruk, los textos léxicos, que constituyen el 10 por ciento del corpus de Uruk. Son listas de palabras que designan ciudades, funcionarios, animales, plantas y productos manufacturados, siempre en la misma secuencia. Su función era mostrar a los escribas cómo escribir signos, y muchos manuscritos son el trabajo de los estudiantes que copiaban partes de una lista. Estos textos siguen formando parte del corpus mesopotámico durante toda su historia, que luego se amplió a miles de entradas con traducciones a uno o más idiomas. Los textos léxicos son una parte fundamental de la tradición cultural mesopotámica, reflejando una organización del vocabulario con fines prácticos. Sin embargo, las preocupaciones ideológicas también influyeron en el orden dado. En primer lugar, la agrupación de palabras en la misma lista indica que existía un sistema de clasificación. En segundo lugar, el orden de las palabras en una lista podía ser importante: la interpretación de que la *Lista estándar de profesiones* refleja la jerarquía social sugiere que los rangos de los funcionarios y su importancia relativa se habían sistematizado.

Documento 2.1. LISTRAS LÉXICAS

Desde los comienzos de la escritura en Mesopotamia las tablillas incluían un género que llamamos textos léxicos. Proporcionaban largas listas de palabras de las mismas categorías, tales como designaciones de profesiones, animales, objetos, etc. Las listas siguieron siendo una parte central de la escritura hasta el final del uso de la escritura cuneiforme y en el primer milenio incluían compendios con miles de entradas. Aparecieron no sólo en Babilonia, sino en todas las áreas donde se escribía cuneiforme a partir del tercer milenio. Al principio eran monolingües en sumerio, luego añadieron traducciones a otros idiomas, especialmente al acadio, e indicaban cómo pronunciar los términos sumerios. Un importante ejemplo temprano fue una lista de designaciones profesionales, la *Lista estándar de profesiones*, que aparecería a partir del Período de Uruk IV en adelante y fue fielmente copiada en el período paleobabilónico, mil quinientos años después. Proporciona una secuencia de unos ciento veinte términos, que creemos que estarían organizados para reflejar una jerarquía que comienza con el

funcionario más importante. Sin embargo, debido a la antigüedad de la lista no podemos traducir la mayoría de las palabras. La popularidad de la lista fue enorme, a pesar de que muchos de los términos encontrados en ella no se utilizaban en documentos contemporáneos. Aparecieron manuscritos de la misma en numerosas ciudades babilónicas durante todo el período desde Uruk IV hasta principios del segundo milenio. Fuera de Babilonia aparecieron ejemplares en Ebla, al oeste de Siria, y en Susa, al oeste de Irán. En Ebla la lista se utilizó como base para otra que enseñaba a los escribas a pronunciar los signos sumerios (el silabario de Ebla).

En sus primeras cinco líneas en sumerio leemos lo siguiente:

NAMEŠDA (escrito con los signos ŠITA.GIŠ.KU)
NÁM KAB
NÁMDI
NÁM NÁM
NÁM URU

Los significados de estos términos son vagos para nosotros, ya que las palabras no aparecen en el contexto y no se proporciona ninguna traducción a otra lengua que se entienda mejor. Sin embargo, aunque la lista ya no se copió después del período paleobabi-

lónico, los términos de la misma aparecen en textos léxicos posteriores cuando los escribas incluían una guía de pronunciación y una traducción al acadio. Escribieron, por ejemplo, para la línea 1:

> *eš-da ŠITA.GIŠ.KU šar-ru.*
>
> *La última palabra es el término acadio para 'rey', y sugiere fuertemente que la primera entrada sumeria en la Lista estándar de profesiones de Uruk hacía referencia al más alto funcionario de la sociedad urbana.*

Los signos protocuneiformes muestran poca conexión con la lengua hablada, pero hay indicios de que fueron desarrollados por los hablantes de la lengua sumeria. Representaban la palabra sumeria para madre, AMA, por ejemplo, dibujando una estrella en un signo en forma de caja. Como la estrella podía ser leída AM, sugería la pronunciación de todo el signo. El valor fonético de los signos permitía su uso para indicar términos más allá de los nombres de objetos concretos. El principio de *rebus* se empleó para ampliar su alcance. Por ejemplo, el signo «caña» se usaba para indicar el verbo *retornar*, ya que ambas palabras sonaban igual en sumerio, GI. La mayoría de las palabras sumerias eran monosilábicas. Por consiguiente, los signos para escribirlas también pueden utili-

zarse para representar silábicamente una palabra más larga o un elemento gramatical. El nombre de una persona puede ser deletreado con varias sílabas. Sin embargo, la escritura cuneiforme nunca tuvo la intención de dar una representación fonética completa de un texto, aunque tuviera la capacidad de hacerlo. A lo largo de su historia, un solo signo podía registrar una palabra, como *rey,* independientemente del idioma del texto o de la forma gramatical de la palabra. Fue ya a mediados del tercer milenio cuando se escribieron los marcadores de la conjugación de los verbos sumerios, y sólo a principios del segundo milenio, cuando el sumerio era ya probablemente una lengua muerta, se hizo un esfuerzo considerable por registrar todos los elementos gramaticales en una oración. Es importante tener en cuenta que el cuneiforme es una escritura, no un idioma. Al igual que el alfabeto latino tiene el potencial de poner por escrito cualquier idioma, la escritura cuneiforme podía hacer lo mismo y un gran número de lenguas antiguas del Próximo Oriente fueron escritas con ella (recuadro 2.2). Sólo podemos determinar la identidad de la lengua basándonos en la escritura silábica de las

palabras o en elementos gramaticales. La escritura inventada en el Período de Uruk Tardío tenía todos los componentes de la escritura cuneiforme. Se desarrolló reduciendo aún más el número de signos, aumentando el uso de sílabas y cambiando los signos mismos, reemplazando las líneas curvas trazadas en la arcilla por otras cada vez más rectilíneas impresas en ella. Una sola línea se parece a un triángulo porque el escriba primero presionaba la cabeza de una caña contra la arcilla y luego empujaba hacia abajo su borde fino para crear una marca. Esta forma llevó a nuestra moderna designación de la escritura como cuneiforme, es decir, en forma de cuña.

Recuadro 2.2. LENGUAS DEL PRÓXIMO ORIENTE ANTIGUO

En el Próximo Oriente siempre convivieron personas que hablaban distintas lenguas. No todas las lenguas vernáculas llegaron al registro escrito y a menudo sólo la onomástica nos da una idea del idioma que hablaban. Todas las lenguas podían escribirse en escritura cuneiforme, que fue siempre el sistema de escritura dominante en la región hasta los últimos siglos del primer milenio a.e.c. En ese milenio las escrituras alfabéticas comenzaron

a ser usadas en todo el Próximo Oriente y reemplazaron lentamente a las cuneiformes. Las lenguas más ampliamente escritas de Mesopotamia fueron el sumerio y el acadio. La primera era una lengua sin parientes conocidos y con una gramática y un vocabulario únicos. Se habló a lo largo del tercer milenio en el sur de Mesopotamia. A principios del segundo milenio, sólo los burócratas y el personal del culto lo seguían utilizando; la fecha de su desaparición como lengua hablada sigue siendo incierta. El acadio era una lengua semítica relacionada con el hebreo, el árabe y muchas otras lenguas del Próximo Oriente, pero con una estructura gramatical algo diferente. Su sistema verbal permite clasificarla como una lengua «semítica oriental». El acadio se escribió y habló desde mediados del tercer milenio hasta finales del primer milenio en una amplia región geográfica. Había dos dialectos principales: asirio en el norte de Mesopotamia y babilonio en el sur. Ambos dialectos presentan variaciones léxicas y gramaticales a lo largo del tiempo y según el género de los textos. Usamos los términos paleo-, medio- y neobabilonio, y paleo-, medio- y neoasirio para las fases cro-

nológicas y babilonio estándar para referirnos a un dialecto literario que se encuentra tanto en el sur como en el norte. Se utilizaron versiones anteriores del acadio antes del segundo milenio. Hablamos de acadio antiguo para los dialectos que se encuentran en los textos de las dinastías de Acad y Ur III. Las huellas de la lengua semítica que se encuentran en textos anteriores a estos períodos son más difíciles de identificar y se utiliza el término protoacadio para referirse a ellas. El babilonio fue el idioma de la cultura y la diplomacia en todo el Próximo Oriente durante la segunda mitad del segundo milenio: se utilizó desde Anatolia hasta Egipto, desde el Levante hasta los montes Zagros, siempre escrito en cuneiforme sobre tablillas de arcilla. Existía paralelamente a las lenguas y escrituras nativas, como el ugarítico, una lengua semítica occidental registrada bajo la forma de escritura alfabética en la Siria occidental.

A mediados del tercer milenio, varios de otros dialectos semíticos fueron escritos en escritura cuneiforme, siendo el de Ebla el más conocido. El idioma muestra afinidades gramaticales con las lenguas semíticas occiden-

tales posteriores, pero también con el acadio de la Babilonia de la época. Una lengua semítica occidental que se hablaba comúnmente a principios del segundo milenio era el amorreo, que se encontraba desde el oeste de Siria hasta el sur de Babilonia. Sin embargo, no se conservan textos completos escritos en ese idioma y se conoce principalmente por la onomástica. Lo mismo ocurre con el arameo, lengua semítica occidental del primer milenio, que tuvo una gran difusión como vernáculo. Se registró principalmente como escritura alfabética sobre materiales perecederos y se conocen relativamente pocos restos. Sólo un par de textos arameos en cuneiforme han sobrevivido.

Durante el segundo milenio, los hititas de Anatolia central utilizaron una gran variedad de lenguas, varias de las cuales estaban escritas en cuneiforme. Entre ellos se encontraban el hitita, una lengua indoeuropea, y el hurrita, relacionado lingüísticamente sólo con el urarteo, una lengua utilizada en el primer milenio al este de Anatolia. El hurrita se utilizó en el norte de Siria a partir del tercer milenio y fue muy importante en esa área hasta finales del segundo milenio, pe-

ro se conservan pocos textos escritos en dicha lengua.

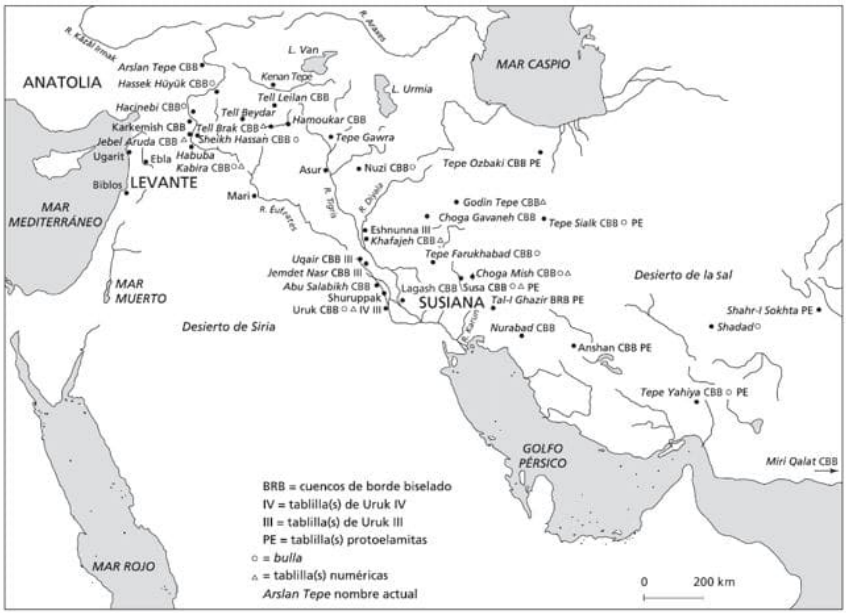
Finalmente, el elamita se escribió desde el tercer hasta el primer milenio en el suroeste de Irán. Era lingüísticamente distinto de los otros idiomas del Próximo Oriente y evolucionó con el tiempo. En ciertos períodos, el acadio lo sustituyó como lengua de la administración en el Irán occidental. Los persas todavía escribían elamita en el siglo V, pero estos gobernantes utilizaban otras lenguas en todo su vasto imperio, incluido el antiguo persa, escrito en una forma simplificada especialmente desarrollada de cuneiforme.

Para que la contabilidad funcionara correctamente, también tenía que existir una metrología completamente desarrollada. En el Período de Uruk Tardío apareció un sistema completo de pesos y medidas que sentó las bases para todos los sistemas mesopotámicos posteriores. Las unidades básicas se inspiraron en los fenómenos naturales y se ordenaron con una mezcla de los sistemas sexagesimal y decimal que caracterizaba a los numerales. Respecto al registro del tiempo, un año estaba constituido por doce meses de treinta días cada uno, a los que se añadía un mes adicional intermitentemente para ajustar el ciclo al año solar. En pesos, la carga que un hombre podía llevar, un talento, se subdividía en sesenta minas, cada una de las cuales contenía sesenta sidos. Las longitudes utilizaban el codo como unidad básica, subdividida en treinta dedos. Seis codos formaban una caña. En ese momento se estableció un conjunto de equivalencias

para facilitar el intercambio de bienes medidos de diferentes maneras. Estas equivalencias permanecieron esencialmente iguales durante toda la historia mesopotámica: un siclo de plata = un gur de grano = seis minas de lana = doce silas de aceite de sésamo.

Por lo tanto, no hubo una evolución de los precursores de la escritura, de las *bullae* con fichas a las tablillas con signos impresos en ellas, como muy a menudo se sugiere. Estas supuestas etapas coincidieron y deben ser vistas como intentos diferentes y competitivos de conceptualizar el entorno. El de más éxito e importante de estos intentos terminó siendo el sistema de escritura cuneiforme. Proporcionó una nueva forma de dar significado al mundo físico que rodeaba a sus usuarios, y organizó ese mundo como un sistema lógico que podía expresarse a través de la escritura. El desarrollo de la escritura fue un avance conceptual, no meramente administrativo.

Las herramientas de la burocracia —escritura, sellos, medidas y pesos— continuaron desarrollándose en la historia posterior del Próximo Oriente sobre la base de los cimientos establecidos en el período de Uruk. En gran medida, estos elementos definen el Próximo Oriente antiguo: la escritura cuneiforme en tablillas de arcilla, el cilindro-sello y la mezcla de unidades decimales y sexagesimales en los numerales. Aunque hubo variaciones y cambios locales a lo largo del tiempo, la continuación de los elementos que observamos por primera vez en el Período de Uruk Tardío muestra lo importante que fue ese período para la formación de la cultura del Próximo Oriente.



Mapa 2.2. La expansión de Uruk.
Según Michael Roaf, *Cultural Atlas of Mesopotamia and the Ancient Near East* (Equinox, Oxford, 1990), pp. 64-65.

2.3. LA «EXPANSIÓN DE URUK»

Los acontecimientos que se acaban de describir ocurrieron en el extremo sur de Mesopotamia, en los alrededores de la ciudad de Uruk. No podemos determinar si tuvieron lugar procesos similares de manera independiente en otras partes del sur de Mesopotamia debido a la falta general de excavaciones de los niveles del período de Uruk en esas zonas. Sin embargo, el tamaño de Uruk, aproximadamente 250 hectáreas, sugiere que fue un centro inusual cuya complejidad llevó al uso de la escritura y a la organización de una ciudad-estado. Irónicamente, proviene mucha más información arqueológica sobre el período de Uruk de regiones no pertenecientes al sur de Mesopotamia, especialmente del oeste de Irán, el norte de Siria y el sur de Turquía.

A mediados del cuarto milenio, los avances locales se vieron influidos fundamentalmente por el sur de Mesopotamia. Se ha podido atestiguar una variedad de interacciones entre las poblaciones locales y las de la región de Uruk y entre algunas de las preguntas difíciles por determinar se incluye por qué estas interacciones tuvieron lugar y hasta qué punto los impulsos locales o extranjeros causaron el cambio.

Justo al este de la Baja Mesopotamia está el área del suroeste de Irán, en sí misma una llanura aluvial a los pies de los montes Zagros, a menudo llamada Susiana por el gran enclave de Susa en su centro. Aunque es geográficamente similar al sur de Mesopotamia y está cerca de allí, el viaje entre las dos regiones es difícil, ya que están separadas por marismas, siendo las estribaciones de los Zagros, que rodean las marismas, la vía de acceso más cercana. Las dificultades de comunicación podrían explicar por qué las culturas de las dos áreas permanecieron diferenciadas hasta el cuarto milenio. Probablemente debido a las fuerzas indígenas de principios del cuarto milenio, surgió un gran centro en Susa, pero durante el Período de Uruk Tardío la cultura material de Susa se vio totalmente influenciada por el sur de Mesopotamia. Encontramos grandes cantidades de cerámica típica del Período de Uruk Tardío y muestras de los precursores de la escritura protocuneiforme: *bullae* con fichas, tablillas numéricas, y tablillas con números y signos de una o dos palabras. Aparentemente inspirada por Uruk, Susa se había convertido en una ciudad por derecho propio, con recursos de toda la región de Susiana. Además, Susa extendió su influencia cultural a una amplia zona de Irán, como lo demuestra la aparición del cuenco de borde biselado en lugares de todo el país. Se han excavado muestras en los montes Zagros (por ejemplo, Godin Tepe, Choga Gavaneh), en el

norte (por ejemplo, Tepe Ozbaki, Tepe Sialk), en el centro (por ejemplo, Tepe Yahiya) y en el sur de Irán (por ejemplo, Nurabad) e incluso, en la costa del Pakistán moderno (Miri Qalat). Algunos de estos lugares estaban a más de mil kilómetros de Susa, que asumimos fue el punto de tránsito de las influencias de Uruk, ya que los contactos entre estos lugares y Susa sobrevivieron después de que la expansión de Uruk hubiera cesado.

La situación en el norte era diferente. En el norte de Iraq, Siria y el sur de Turquía aparecieron elementos de la cultura de Uruk desde mediados del cuarto milenio, pero varió el grado en que éstos afectaron a las culturas locales. La influencia del sur había disminuido después del período Obeid y las culturas locales atestiguadas se subsumen bajo el nombre de Calcolítico Tardío (gráfico 1.1). En la primera mitad del milenio surgieron en la región grandes centros con arquitectura monumental que dominaban los recursos de su entorno inmediato como resultado de los avances locales hacia el poder centralizado. Algunos especialistas las llaman ciudades, pero su crecimiento se estancó a mediados del cuarto milenio, mientras que Uruk en el sur aumentó masivamente en tamaño y complejidad. La nueva ciudad del sur estableció estrechos vínculos con el norte, aunque su influencia variaba de un lugar a otro. En algunos lugares aparecieron asentamientos de proporciones urbanas en suelo virgen con un conjunto cultural importado masivamente del sur de Mesopotamia, como Habuba Kabira en el Éufrates Medio, que era una ciudad densamente habitada y fortificada. La mayoría de los estudiosos piensan que los inmigrantes del sur fundaron estas ciudades como colonias.

En otros lugares, los pobladores de Uruk se establecieron en asentamientos existentes, creando enclaves para sí mis-

mos. Su interacción con las poblaciones locales introdujo innovaciones en el contexto de las tradiciones nativas. Por ejemplo, en Tell Brak dominó la cerámica del sur, incluido el cuenco de borde biselado, y los artesanos usaron mosaicos de conos pintados, *bullae* selladas y tablillas de notación numérica, todos ellos elementos inspirados en las influencias del sur, aunque no sustituyeron totalmente a los productos locales. En otros lugares, la presencia de Uruk estaba restringida a unos pocos edificios, en los que la influencia sobre las poblaciones locales pudo ser drástica. En Arslan Tepe, en el sur de Turquía, por ejemplo, las élites locales parecen haber imitado las prácticas del sur y construido un enorme edificio monumental. Por último, había antiguos asentamientos, como Kenan Tepe en Turquía, donde la influencia de Uruk estaba completamente ausente.

Los elementos culturales de Uruk que aparecieron en esta región son las plantas de construcciones y la decoración, la cerámica (especialmente el cuenco de borde biselado) y los precursores de la escritura, las *bullae* con fichas y las tablillas numéricas. La escritura protocuneiforme, encontrada en los niveles de Uruk IVa en el sur, no se abrió camino hacia el norte, por lo que los contactos debieron haber cesado justo antes de este desarrollo. Estos elementos materiales son menos importantes que el cambio social causado por la expansión de Uruk. Los centros urbanos surgieron repentinamente con la concomitante jerarquía social y organización económica. No queda claro qué fue lo más importante en este proceso, si la evolución indígena o la influencia extranjera. Las tendencias locales hacia asentamientos mayores y una jerarquía de asentamientos precedieron a la expansión de Uruk, de modo que la influencia de esta última pudo haber acelerado un proceso que tenía sus raíces en las culturas

locales. Por otro lado, la masiva influencia extranjera observada en una ciudad como Habuba Kabira muestra claramente la inspiración meridional.

Algunos aspectos de la cultura de Uruk penetraron más allá de las áreas donde su impacto era directo. El cuenco de borde biselado se encuentra, por ejemplo, en varios lugares cerca de la costa norte de Siria. Lo más intrigante es la posibilidad de que Uruk influyera en el Egipto más antiguo, donde a finales del cuarto milenio aparecieron una serie de características culturales similares a las de Mesopotamia: arquitectura de ladrillos de adobe con entrantes y salientes, conos de arcilla decorativos, algunos estilos de cerámica, cilindros-sellos y ciertos motivos artísticos. El hecho de que estos elementos aparezcan en el centro de Egipto y no en el norte sugiere que los contactos se hicieron a través de viajes por el golfo Pérsico y el mar Rojo en lugar de a través de Siria por tierra.

El reto más difícil sigue siendo explicar por qué se produjo esta expansión. ¿Por qué razón la joven ciudad-estado o los estados del sur de Mesopotamia decidieron enviar emisarios a lugares lejanos para instalarse allí, trayendo consigo su bagaje cultural? La mayoría de los estudiosos sugieren que los habitantes de Uruk querían acceso a recursos raros o ausentes en el propio territorio, y enfatizan que Babilonia carece de madera, piedra y metales. Sin embargo, esa deficiencia es exagerada, ya que había materiales disponibles localmente para compensarla. Parece más apropiado tener en cuenta los cambios demográficos e ideológicos fundamentales que se produjeron en la Mesopotamia meridional del período de Uruk. Los estados se habían desarrollado con un nuevo tipo de ideología y una nueva estructura social. Ciertas personas ocuparon puestos de importancia ine-

xistentes hasta el momento e influyeron en la vida de muchos. Las nuevas élites emergentes pudieron haber deseado el acceso a materiales exóticos, cuya posesión los distinguía del resto de la población. Muchos artículos de lujo sólo estaban disponibles fuera de Mesopotamia: piedras semipreciosas, oro, plata, etc. Los asentamientos al este y al norte podrían haber sido colonias de pueblos meridionales, que aseguraban el acceso a estos recursos a través de la interacción con las poblaciones locales. Además, la convicción de que un dios tenía influencia más allá de los límites de la ciudad pudo haber contribuido a una ideología expansionista. No sólo el entorno inmediato, sino también las regiones lejanas pudieron haber sido consideradas como dependientes del dios patrón de la ciudad. Tales elementos ideológicos, aunque imposibles de determinar en la documentación, no se deben ignorar por completo en nuestra interpretación de la expansión de Uruk.

2.4 LAS REPERCUSIONES DE URUK

El final del período de Uruk llegó con cambios fundamentales en el país y en el extranjero. Aquellos que tuvieron lugar fuera del sur de Mesopotamia son los más claros para nosotros, ya que vemos una interrupción repentina de los contactos. Habuba Kabira, el puesto al sur de Siria, desapareció por razones desconocidas. En los lugares donde las culturas locales habían adoptado las prácticas de Uruk, las tradiciones indígenas resurgieron. La vida en las aldeas y la organización social volvieron a ser la norma en el norte de Mesopotamia y Siria. En Susiana, los inmigrantes de los montes Zagros parecen haberse apoderado del centro de Susa. En lugar de la fragmentación política, como en el norte, la región se convirtió en un estado equivalente a lo que encontramos en el sur de Mesopotamia. Lo llamamos estado

protoelamita porque parece haber sido el precursor de entidades políticas posteriores en la zona. La cultura protoelamita mantuvo algunas tradiciones de Uruk, pero las adaptó como locales. Desarrolló una escritura distinta, que difería de la del Uruk contemporáneo y se utilizó en una amplia zona de Irán durante unos doscientos años. Las tablillas inscritas con la escritura protoelamita fueron excavadas a 1200 kilómetros de Susa. La centralización del poder inspirada por la de Uruk en la región de Susa condujo a un estado competidor que ha sido culpado de cortar el acceso del sur de Mesopotamia a la meseta iraní y a áreas más al este. El momento del colapso del sistema de Uruk está indicado por la interrupción de las prácticas contables en el norte y el desarrollo independiente de una escritura en Susiana. Los precursores de las tablillas protocuneiformes se encuentran en todas partes, pero no se trata de las tablillas tipo Uruk IV. Estas últimas sólo se encuentran en Uruk al final de la época (en el nivel arqueológico IVa), por lo que parece que los contactos con las zonas periféricas se habían interrumpido justo antes.

Lo que sucedió en Uruk es más difícil de discernir. Los edificios monumentales que dominaban el complejo del Eanna fueron arrasados y toda la zona fue allanada. En la parte superior, en el nivel III, se construyó un nuevo conjunto de edificios en los que se encontraron muchas tablillas, más elaboradas que las de Uruk IV. En Jemdet Nasr y Uqair, en el norte de Babilonia, se encontraron pequeñas cantidades de tablillas estrechamente relacionadas. Arqueológicamente, este período se llama Jemdet Nasr por el lugar donde se descubrió por primera vez su conjunto cultural. La ciudad de Uruk continuó siendo de tamaño considerable, pero también se desarrollaron otros centros babilónicos a medida

que la población se trasladó a ellos desde el campo, posiblemente como resultado de trastornos sociales o invasiones. Los contactos lejanos de los siglos anteriores cesaron, pero la cultura Jemdet Nasr penetró más profundamente en las regiones cercanas, como el valle del río Diyala, que antes había sido marginal. Además, se atestigua el contacto directo con la zona del golfo Pérsico. Se produjo así una reorganización de la sociedad en el sur de Mesopotamia en más y más centros de escala similar con una influencia más profunda en las áreas cercanas. Así, las bases para un mayor desarrollo político en la región ya estaban establecidas.

Debate 2.1. ¿POR QUÉ CIUDADES?

¿Qué inspiró a los pueblos a moverse en grandes cantidades para vivir en pequeños espacios con mucho ruido, suciedad y enfermedades? Las ciudades antiguas eran trampas mortales con tasas de mortalidad tan altas que muchos estudiosos creen que no podrían haber mantenido sus niveles de población sin una inmigración constante. Si en el período de Uruk los habitantes de toda Babilonia, si no más lejos de hecho, se trasladaron a Uruk y sus alrededores, debió de haber algo que los animara a hacerlo — a menos que aceptemos que fue un resultado accidental de muchas personas haciendo lo mismo (Ur, 2014)—.

Los especialistas modernos tienden a no plantearse la pregunta en estos términos, sino que se centran en los

procesos que dieron origen a las sociedades urbanas, que también fueron los primeros estados en la historia del mundo (ver Rothman, 2004 y Ur, 2014, para estudios sobre el tema). El breve libro de Robert Mc. Adams, *The evolution of urban society* (1966), en el que comparó la Mesopotamia más antigua con México en el primer milenio e.c., fue pionero. Vio el desarrollo de las ciudades como resultado de la diversidad ecológica, que alentaba la especialización de la producción agrícola y hacía necesario el intercambio. La variedad ambiental se acentúa aún más en investigaciones muy recientes que muestran como las primeras ciudades de Babilonia se insertaron en un paisaje pantanoso y dependieron en gran medida de sus recursos (Pournelle, 2013). La especialización de la mano de obra en la agricultura, la manufactura y la administración llevó a que estos trabajadores se apegaran más a sus compañeros profesionales que a los miembros de su familia y a una sociedad verdaderamente urbana, que era muy diferente de las comunidades de las aldeas anteriores.

Mientras que otros especialistas reconocen la importancia del medio ambiente, se centran, sin embargo, en di-

ferentes elementos como motores principales hacia el urbanismo. Algunos ven un desarrollo universal de la regulación burocrática y enfatizan la proliferación de herramientas de administración (Wright y Johnson, 1975). Otros ven el intercambio a larga distancia como fundamental y enfatizan las interacciones de Uruk con áreas distantes. El control del acceso a la madera, las piedras semipreciosas, etc., proporcionó a las élites urbanas su legitimidad (Algaze, 2005). El estudio más reciente y extenso utiliza una perspectiva más local y considera fundamental el aumento de la productividad de la mano de obra especializada y la necesidad de intercambio, así como la presencia de una excelente infraestructura para ello en las vías fluviales (Algaze, 2008). La mayoría de los especialistas piensan que un pequeño segmento de la sociedad, la élite, se benefició de las nuevas condiciones. Algunos retratan la ciudad como un medio para dominar y explotar al pueblo (Pollock, 1999). Pero no todos están de acuerdo; también se ha sugerido que la sociedad de Uruk era muy igualitaria e intentaba distribuir la riqueza de la manera más democrática posible (Charvát, 2002). ¿Fueron las

raciones un servicio social para todos o un medio para vincular a los trabajadores con quienes les daban trabajo?

También hay voces que nos advierten de que no debemos ver a la sociedad urbana como el resultado necesario de una mayor complejidad social. Siempre hubo personas que vivían fuera del alcance de las instituciones urbanas y éstas no buscaban hacer las cosas más complejas, sino más bien más sencillas (Yoffee, 2005). Es notable, sin embargo, cómo en las fuentes disponibles para nosotros a través de la historia de Mesopotamia se veía a la ciudad como el centro estándar de la actividad política, económica y religiosa, de modo que no se aprecia una alternativa a la misma o nostalgia hacia la vida no urbana.

Para volver a la pregunta de por qué los grupos habían preferido vivir en las ciudades, podemos trazar un paralelo con la historia posterior. Durante la Revolución Industrial del siglo XIX e.c., la vida en las ciudades inglesas era verdaderamente miserable, como demuestran los escritos de Friedrich Engels y Charles Dickens. Sin embargo, la gente acudía a ellas porque había más oportunidades de trabajo allí que en el campo. Quizás la si-

tuación habría sido similar en la Babilonia del cuarto milenio a. C.

3

CIUDADES-ESTADO RIVALES: EL PERÍODO DINÁSTICO ARCAICO

***ca.* 2800**	Ur arcaico
***ca.*2500**	Tablillas de Fara y Abu Salabikh
***ca.* 2500-2350**	Conflicto fronterizo Lagash-Umma
***ca.* 2400**	Uru'inimgina de Lagash
***ca.* 2400-2350**	Archivo del templo de Bau en Girsu
***ca. 2*350**	Archivos de Ebla

Al final del período de Uruk, alrededor del año 3100, la influencia cultural de gran alcance de Babilonia sobre el Próximo Oriente disminuyó y los pobladores de toda la región volvieron a las tradiciones locales y dejaron de escribir para registrar las transacciones. En el sur de Mesopotamia, sin embar-

go, las fuentes escritas aumentaron enormemente en número, permitiéndonos estudiar los acontecimientos políticos y culturales con mucho más detalle que antes. Dichas fuentes muestran que la situación política del país se caracterizaba por una red de ciudades-estado que interactuaban y competían constantemente entre sí. Después de varios siglos, resurgieron los contactos culturales entre Babilonia y el resto del Próximo Oriente, lo que nos permite ampliar una vez más el enfoque geográfico del estudio histórico y demuestra que en otros lugares los pequeños estados también integraban la organización política predominante.

Babilonia se convierte así en nuestro centro de atención en la era de quinientos cincuenta años conocida como «Período Dinástico Arcaico». Este período se subdivide a menudo en Dinástico Arcaico I *(ca.* 2900-2750), II *(ca.* 2750-2600), IIIa *(ca.* 2600-2450) y IIIb *(ca.* 2450-2350), pero se trata de distinciones arqueológicas basadas en cambios estilísticos en restos materiales con poco valor histórico. El período debe considerarse como una unidad en términos políticos, presentan-

do las mismas características básicas durante toda su duración.

3.1. LASA FUENTES ESCRITAS Y SUS USOS HISTÓRICOS

Las fuentes escritas para el estudio de este período cubren una variedad de géneros. Los documentos administrativos siguen dominando en número, pero también tenemos narraciones políticas escritas por algunos gobernantes de la época y, más tarde, relatos literarios sobre otros. Los archivos administrativos aparecen en diferentes sitios en cantidades cada vez mayores. La información que contienen es cada vez más amplia, y entendemos mejor los propios textos porque reflejan mejor el idioma hablado mediante la escritura de elementos fonéticos y gramaticales. En Ur se excavaron unas 280 tablillas que datan de alrededor del 2800. Las tablillas administrativas de Fara (antiguo Shuruppak; aproximadamente mil tablillas) y Abu Salabikh (nombre antiguo incierto; aproximadamente quinientas tablillas) datan de alrededor del 2500 y se mezclaron con material léxico. El mayor número de textos se remonta al final del período, con las 1500 tablillas procedentes de Girsu. Durante la mayor parte del Período Dinástico Arcaico sólo los ha-

bitantes de Babilonia parecen haber usado la escritura y fue sólo más tarde cuando la tecnología apareció en Siria, donde se han excavado archivos en Mari (aproximadamente 40 tablillas), en Nabada (moderno Tell Beydar; unas 250 tablillas) y especialmente en el oeste en Ebla (cerca de 3600 tablillas), todas datadas alrededor del 2350.

Un nuevo tipo de textos, las inscripciones reales, proporcionan la información más útil respecto al estudio de la historia política. Al principio era una simple escritura de un nombre y el título real en un objeto votivo, indicando qué individuo lo dedicó, como, por ejemplo, «Mebaragesi, rey de Kish» en una vasija de piedra que data de alrededor del 2650. Pronto las inscripciones reales incluyeron breves declaraciones, como que el gobernante había encargado la construcción de un templo, haciéndose más largas con el tiempo al dar cuenta de las hazañas militares asociadas con el acontecimiento conmemorado. El género culminó en el primer milenio con largos y detallados informes anuales de las campañas y descripciones de los edificios construidos. Así, estos registros proporcionan datos importantes sobre las actividades del gobernante como

constructor y como guerrero. Se ha encontrado un conjunto de textos del Período Dinástico Arcaico en Adab, Kish, Nippur, Umma, Ur y Uruk. Mari, en el Éufrates, es la única ciudad siria donde se han excavado inscripciones reales. Pero el grupo más numeroso proviene, con diferencia, del estado meridional de Lagash, donde nueve miembros de la dinastía local dejaron un total de 120 inscripciones reales. En ellas se describen explícitamente las guerras entre ese estado y su vecino, Umma, claramente sesgadas hacia el punto de vista de Lagash, ya que fueron sus reyes quienes escribieron las inscripciones. Este conjunto de textos nos permite, por primera vez en la historia del Próximo Oriente, reconstruir el relato de un acontecimiento sobre la base de fuentes contemporáneas.

Recuadro 3.1. LA *LISTA REAL SUMERIA*

Entre los textos mesopotámicos posteriores que tratan sobre el Período Dinástico Arcaico, la *Lista real sumeria* ha sido la más influyente en las reconstrucciones

históricas modernas. El texto se conoce por un manuscrito del siglo XXI y por diecisiete de los siglos XIX y XVIII, incluso de dos lugares fuera de Babilonia: Susa en el oeste de Irán y Shehna en el norte de Siria. Representa un mundo en el que la realeza «descendió del cielo» y pasó de ciudad en ciudad, teniendo sus dinastías locales una hegemonía temporal sobre toda la región. El número de dinastías incluidas aumentó con el tiempo. Una sección típica sería la siguiente:

En Ur, Mesannepada fue rey; gobernó 80 años; Meski'agnuna, hijo de Mesannepada, fue rey; gobernó 36 años; Elulu gobernó 25 años; Balulu gobernó 36 años; cuatro reyes gobernaron 177 años. Ur fue derrotado en batalla y su rei-

nado fue llevado a Awan[3].

Cronológicamente, el texto en su última edición aborda el período desde el momento en que la realeza apareció por primera vez, antes del diluvio, hasta el final del reinado de Sinmagir de la dinastía de Isin (1817). En el segmento que cubre el Período Dinástico Arcaico, las ciudades-estado mencionadas están ubicadas principalmente en Babilonia, dándose especial prominencia a Ur, Uruk y Kish. También se incluyen tres ciudades no babilónicas, Awan en el este, Hamazi en el norte y Mari en el oeste. Por otra evidencia sabemos que algunos de los reyes incluidos en la lista gobernaron consecutivamente al mismo tiempo. El texto los enumera secuencialmente porque entre los principales ele-

mentos ideológicos expresados en él se encuentra que sólo había un gobernante divinamente legitimado al mismo tiempo y que la realeza hegemónica circuló entre un número restringido de ciudades. En él se incorporaron listas dinásticas de reyes de diferentes ciudades y el número de años que gobernaron. La exactitud de las secciones posteriores se puede comprobar con la información de documentos económicos fechados. Sin embargo, las primeras partes de la *Lista real sumeria* son legendarias, asignando reinados de una duración inverosímil de, por ejemplo, tres mil seiscientos años a figuras mitológicas como Dumuzi, que era conocido como el marido de la diosa Inanna y probablemente era puramente ficticio. En

su versión final, los reyes de la dinastía de Isin utilizaron el texto para legitimar su pretensión de poder supremo en Babilonia, a pesar de que no controlaban políticamente toda el área cubierta por la *Lista real.*

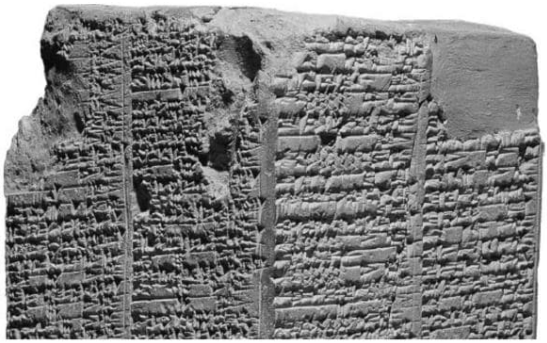


Figura 3.1. Prisma de Weld-Blundell inscrito con la *Lista real sumeria*. Este es el manuscrito más completo de la *Lista real sumeria* que conocemos, quizás procedente de Larsa en Babilonia. Cada uno de sus cuatro lados tiene dos columnas que enumeran una secuencia de ciudades en las que se desarrolló el reinado y los gobernantes de las dinastías con el número de años que gobernaron. La lista comienza con los gobernantes antediluvianos y termina con Sin-magir de la dinastía de Isin (r. 1827-1817), y probablemente se escribió en el último año de ese rey o poco después. Ashmolean Museum, Oxford. Terracota; cuatro lados iguales, cada uno de 20 cm de alto y 9 cm de ancho.

Créditos: Ashmolean Museum, University of Oxford/Bridgeman Images.

En la literatura mesopotámica posterior de finales del tercer milenio y principios del segundo milenio, varias son las composiciones que hablan sobre los reyes del Período Dinástico Arcaico. A menudo son bastante detalladas y, por tanto, ocupan un lugar destacado en las reconstrucciones históricas modernas, aunque su fiabilidad como fuentes históricas es dudosa. La más influyente de ellas ha sido la llamada *Lista real sumeria*, que incluye

una larga secuencia de dinastías según las ciudades y reyes del Período Dinástico Arcaico (recuadro 3.1 y figura 3.1). Su parte más antigua registra reinados fantásticamente largos —tres mil seiscientos años, por ejemplo— y nombres reales como Perro, Escorpión y Gacela, por lo que claramente es poco fiable. Aunque las secciones posteriores parecen más realistas y a veces pueden ser confirmadas por otras fuentes, en general fue sin duda una elaboración posterior para legitimar la situación política de entonces. En consecuencia, la lista pierde gran parte de su valor como fuente histórica, aunque su concepto de dinastías según las ciudades sigue siendo nuestro principal medio de estructurar la historia del Dinástico Arcaico. Otros textos literarios sumerios, también conocidos sólo por manuscritos mucho más tardíos, cuentan historias sobre tres reyes de la ciudad de Uruk (Enmerkar, Lugalbanda y Gilgamesh), e incluyen aventuras militares y conflictos locales. Estos textos son más importantes por la visión que proporcionan sobre el sentido del pasado de los sumerios que como fuentes del Período Dinástico Arcaico.

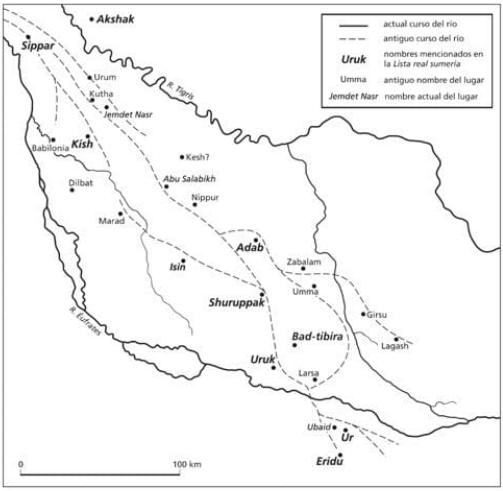
Un estudio de la Babilonia del Dinástico Arcaico debería basarse primero en los restos textuales del propio período, y en torno al 2400, ciertos lugares nos proporcionan una miscelánea de escritos que nos permiten investigar cuestiones desde varios ángulos simultáneamente. Del estado de Lagash, por ejemplo, tenemos inscripciones reales relacionadas con acontecimientos militares y políticos y un gran número de documentos administrativos que registran las actividades de una importante institución pública. Esto nos permite reconstruir la administración real y comparar la retórica oficial con los registros de los asuntos cotidianos. Uno de los problemas es que algunas de las palabras que se encuentran en estas fuentes sólo se entienden porque aparecen en una documentación posterior más extensa. Tenemos que tener en cuenta la posibilidad de que su sentido cambiara con el tiempo debido a las nuevas circunstancias y no podemos simplemente aplicar un significado del siglo XXI para explicar un término utilizado en un registro a partir del XXV. Por ejemplo, el título énsi, más tarde conocido como gobernador provincial al servicio del rey, aparece en el Período Dinásti-

co Arcaico para referirse a un gobernante que actúa de manera autónoma. Los cambios en la situación política y otras circunstancias tenían un efecto en el significado de esos términos.

El creciente número de fuentes escritas y los temas que discuten es una gran ventaja para el historiador, pero tenemos que ser conscientes de un sesgo importante en ellas. Son producto exclusivamente de los líderes de las organizaciones estatales —reyes, administradores de templos, etc.— y solamente revelan sus intereses. Esto también es cierto para las obras de arte producidas en esta época. Su ámbito no sólo se centró en las ciudades-estado, que en su mayoría ignoraba lo que había fuera de ellas, sino que también podían expresar más las ambiciones de sus autores que la realidad. Los reyes pudieron haber deseado aplastar al ejército de un oponente en lugar de haberlo hecho en realidad. Este sesgo de la documentación escrita sigue siendo un desafío a lo largo de toda la historia del Próximo Oriente, pero es especialmente marcado en este período inicial, en el que las voces de los actores no estatales estaban totalmente ausentes.

3.2. LOS AVANCES POLÍTICOS EN EL SUR DE MESOPOTAMIA

El elemento básico de la organización política de Babilonia en el Período Dinástico Arcaico fue la ciudad-estado: un centro urbano que controlaba directamente un *hinterland* con un radio de unos quince kilómetros, donde la población vivía en aldeas. Debido a que la agricultura de la región dependía totalmente de la irrigación para sus cultivos, los asentamientos tenían que estar cerca de los ríos, principalmente de los múltiples brazos del Éufrates, o de los canales excavados junto a ellos. A lo largo de Babilonia existían unas treinta y cinco ciudades-estado, repartidas de forma más o menos uniforme por toda la región (mapa 3.1). Algunas de ellas contenían varios centros urbanos, siendo el más importante de ellos Lagash, que englobaba tres ciudades, Girsu, Lagash y Nina. La estepa se situaba entre las zonas cultivadas y las que estaban habitadas permanentemente, y se utilizaba para el pastoreo y la caza estacional de animales. Estas zonas y sus habitantes estaban controlados sólo indirectamente por los poderes urbanos.



Mapa 3.1. Las ciudades-estado de Babilonia en el Período Dinástico Arcaico. Según Joan Oates, *Babylon* (Thames and Hudson, Londres, 1986), p. 13.

A comienzos del tercer milenio, Babilonia experimentó un crecimiento general de la población, posiblemente acelerado por la inmigración o el asentamiento de grupos seminómadas. En toda la región hubo un aumento general en el número de ciudades, su tamaño y la densidad de su población. Cada una de ellas constituía un pequeño estado con una jerarquía política bajo un solo gobernante. Al principio, estas ciudades-estado estaban situadas a suficiente distancia entre sí como para estar separadas por estepas y tierras que no formaban parte de sus zonas agrícolas. Pero el continuo aumento de la población requería una extensión de las áreas cultivadas, por lo que las fronteras de las ciu-

dades-estado, especialmente en el sur, se volvieron contiguas, e incluso, se superpusieron. La desecación del clima puede haber agravado este proceso, ya que provocó un descenso del nivel del mar y una reducción del caudal de los ríos en menos ramificaciones. La desaparición de las zonas intersticiales tuvo importantes repercusiones tanto dentro de los propios estados como en toda la región. Entre los cambios había una secularización del poder dentro de las ciudades-estado y su centralización en términos regionales.

Un elemento fundamental en la ideología mesopotámica era el concepto de que cada ciudad era la morada de un dios o diosa en particular. Se pensaba que las ciudades habían sido construidas en tiempos primordiales como residencias para los dioses, que actuaban como sus deidades patronas. Así, Ur fue la casa de Nanna, Uruk de Inanna, Nippur de Enlil, etc. Este concepto estaba relacionado con el papel del templo, o la casa de Dios (ver más abajo), en las ciudades. La función del templo como recolector y distribuidor de recursos agrícolas se basaba en la ideología de que el dios los recibía como dones y los redistribuía al pueblo. Así, el jefe de la administración del

templo servía como líder en la ciudad y desde el período de Uruk el sustento ideológico principal para el gobernante de la ciudad fue su función en el templo. El templo era, de hecho, la institución dominante en la ciudad primitiva y la estructura más grande dentro de sus murallas, a veces construida sobre una plataforma de tierra que se elevaba sobre los otros edificios. Se imaginaba que los dioses vivían en un mundo paralelo al de los humanos, por lo que cada dios tenía un hogar, un cónyuge, hijos y sirvientes. Las deidades dependientes también tenían templos y santuarios más pequeños en las ciudades, clasificados según su estatus y cada ciudad tenía una multitud de templos.

Con la expansión de las zonas de influencia de las ciudades-estado, la competencia por las áreas abiertas restantes creció y pronto condujo a guerras interurbanas por tierras agrícolas. El papel militar de un líder, más que su papel cultual, se convirtió en algo de suma importancia en tales situaciones. En las historias sumerias posteriores que hablan de este período, el pueblo otorgaba a un líder de la guerra una autoridad temporal en momentos de crisis. La asamblea popular

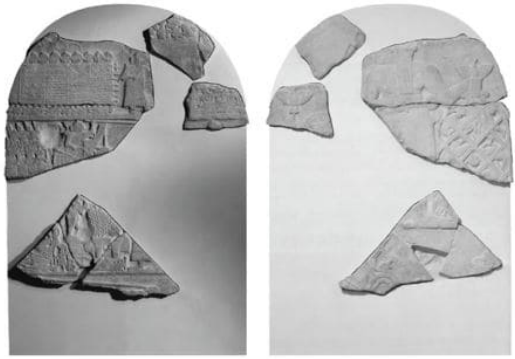
elegía a un hombre físicamente fuerte como líder de la guerra y ese organismo controlaba sus movimientos. Los historiadores modernos a menudo consideran esta práctica como una evidencia de una «democracia primitiva» que se desentrañó en un sistema dinástico bajo el cual el gobierno se transmitía de padre a hijo a lo largo de varias generaciones. El ideal dinástico del líder de la guerra no era compatible con el del administrador principal del templo elegido por los dioses por su capacidad de gestión. Tenían diferentes bases de autoridad, una derivada de la prominencia en la guerra, y la otra de la percepción del favor divino. Asociamos la nueva clase militar con el palacio y la realeza. En el Período Dinástico Arcaico vemos la primera aparición de un nuevo tipo de edificio monumental, el palacio, identificable como tal por su planta residencial. Además, los documentos de la época mencionan una nueva institución central, el é-gal, literalmente la «gran casa», que en épocas posteriores se refiere claramente a la casa real. Esto es distinto del é, «casa», de la ciudad-dios, el templo. Estas dos fuentes de autoridad no tienen por qué considerarse intrínsecamente antagónicas en-

tre sí, pero fusionarlas en una sola no era una tarea sencilla.

Las evidencias procedentes de Lagash, el estado mejor documentado de la época, muestran cómo se armonizaron las dos bases del poder. Alrededor del 2450, su gobernante Eannatum levantó una gran estela de piedra plana tallada con una inscripción e imágenes visuales a ambos lados para conmemorar una victoria en su guerra contra Umma. Su nombre moderno es *Estela de los buitres* (figura 3.2). Un lado muestra a la deidad protectora Ningirsu capturando a los enemigos en una red y sometiéndolos con su maza. En el otro lado, el rey lidera a sus tropas en la batalla. Dios y rey son como las dos caras de la misma moneda: juntos tienen éxito, pero son distintos. Sin embargo, el último gobernante independiente de Lagash parece haber borrado esta distinción. Era un usurpador llamado Uru'inimgina. A principios de su reinado proclamó una reorganización del estado, quitándose ostensiblemente a sí mismo y a su familia el control de la tierra agrícola y otorgándoselo al dios de la ciudad Ningirsu y a su familia. Además, abolió varios derechos e impuestos y canceló ciertas obligaciones de las fami-

lias endeudadas. Al mismo tiempo, vemos un cambio fundamental en la administración de la institución mejor documentada del estado de Lagash. Lo que se había llamado el é-mí, el hogar de la esposa (del gobernante de la ciudad), fue rebautizado como é-Bau, el hogar de la diosa Bau, la esposa de Ningirsu. Pero, primero Uru'inimgina mismo y luego su esposa, aparecían como administradores principales, aunque los bienes del terreno supuestamente pertenecían a Bau. El cambio de nombre de la institución coincidió con un aumento sustancial de sus actividades, duplicando el número de sus dependientes y las zonas agrícolas mediante una transferencia de recursos de otros templos. Estos movimientos parecen indicar un intento de fusionar las diversas casas de la ciudad bajo la familia del gobernante. Como rey y líder de la guerra, Uru'inimgina ostensiblemente transfirió la propiedad de la tierra y los bienes al dios de la ciudad y a su familia, mientras que en la práctica él y los miembros de su familia tomaron el control de los bienes de los dioses. El rey gobernaba por el favor divino, pero tenía el control total sobre las posesiones terrenales de los dioses, así que cualquier dis-

tinción previa entre la autoridad secular y la divina había desaparecido. Esta idea encontró su máxima expresión en el período posterior bajo la dinastía de Acad. Como veremos, su cuarto rey, Naram-Sin, se declaró un dios y cuando representó una victoria militar en su estela (figura 4.1), fusionó los dos lados de la *Estela de los buitres* en uno solo: Naram-Sin dirigía a sus tropas en la batalla como un rey-dios.



(a) (b)

Figura 3.2. Estela de los buitres, anverso y reverso. Excavada en Girsu, la estela muestra visualmente un episodio de la guerra entre Umma y Lagash y lo describe en el texto. Por un lado, el rey de Lagash, Eannatum, aparece guiando a sus tropas a pie y en carroza; por otro, la gran figura del dios Ningirsu de Lagash está representada sosteniendo una red llena de cuerpos de enemigos. El nombre «estela de los buitres» deriva de una pequeña escena de buitres que se cierne sobre las tropas humanas. Museo del Louvre de París, hacia 2450 a.C. Piedra caliza; 180 cm de altura; 130 cm de anchura; 11 cm de grosor.
Créditos: (a) akg images/Erich Lessing; (b) © RMN-Grand Palais/Hervé Lewandowski.

La creciente competencia por la tierra entre las ciudades-estado es más explícita en una serie de inscripciones encontradas en el estado meridional de Lagash (documento 3.1). Durante

un período de ciento cincuenta años, aproximadamente del 2500 al 2350, los reyes escribieron relatos sobre un conflicto fronterizo con su vecina del norte, Umma. Describieron la guerra en términos de una disputa entre Ningirsu, deidad patrona de Lagash y Shara, dios de Umma, por un campo llamado Gu'edena, que significa «borde de la llanura». Los reyes se presentaban a sí mismos como delegados que actuaban en nombre de los dioses. En la *Estela de los buitres*, Eannatum incluso se describió a sí mismo como el gigante hijo de Ningirsu, que lo engendró para luchar por su causa. Según los relatos de Lagash, el dios principal Enlil había demarcado en el pasado remoto la frontera entre los dos estados que pasaban por Gu'edena. Las inscripciones reconocen que históricamente un rey de Kish llamado Mesalim, que habría vivido alrededor del año 2600, había realizado el acto. Por lo tanto, ya en esa época las dos ciudades-estado tenían reivindicaciones enfrentadas y buscaban recurrir a un arbitraje externo. La secuencia de los acontecimientos es difícil de establecer, ya que sólo se documenta el punto de vista de Lagash. Siempre que el estado es fuerte, trata de hacer valer

sus reivindicaciones sobre la tierra, estén o no justificadas. Los sucesivos reyes declararon que Umma había ocupado ilegalmente la tierra y que el ejército de Lagash había hecho retroceder repetidamente al enemigo. Sin embargo, el conflicto persistió durante varios siglos, lo que demuestra lo poco concluyentes que fueron estas batallas, así como la importancia de la zona agrícola para ambos estados. Podemos aceptar que otros estados también intentaron ampliar sus zonas de cultivo anexionando los campos de los vecinos.

Documento 3.1. EL CONFLICTO FRONTERIZO DE UMMA Y LAGASH

Durante un período de ciento cincuenta años, cinco gobernantes de Lagash y uno de Umma le dedicaron inscripciones reales, incluyendo grandes monumentos como la Estela de los buitres *(figura 3.2). Contextualizaron su propia participación en el contexto histórico de toda la guerra. Enmetena, por ejemplo,*

afirma en esta inscripción que la frontera original se había establecido en la época de Mesalim, rey de Kish, alrededor de 2600. El rey Ush de Umma violó la frontera poco después del 2500 y el dios de Lagash, Ningirsu, lo hizo retroceder. (Akurgal, no mencionado, era el rey de Lagash en ese momento). Luego cuenta cómo su tío, Eannatum, restableció la frontera cuando Enakale gobernaba Umma. En un pasaje no citado aquí, afirma que su padre, Enanatum, hizo la guerra con Ur-lumma, una guerra que continuó Enmetena. El último rival fue 𒅆, *que había usurpado el trono de Umma hacia el 2425. Notablemente, este tipo de profundidad histórica desaparece más adelante a partir de las inscripciones reales asirias y babilónicas.*

Extractos del relato del rey Enmetena

Enlil, rey de las tierras, padre de los dioses, bajo su firme orden trazó la frontera entre Ningirsu y Shara[4]. Mesalim, rey de Kish, por orden del dios Ishtaran, midió el campo y colocó una estela. Ush, gobernante de Umma, actuó con arrogancia. Arrancó la estela y marchó hacia la llanura de Lagash. Ningirsu, el héroe de Enlil, al mando de este último, luchó contra Umma. A la orden de Enlil, lanzó la gran red de batalla sobre ella. Se le preparó su gran túmulo funerario en la llanura. Eannatum, gobernador de Lagash, tío de Enmetena, gobernador de Lagash, y Enakale, gobernador de Umma, trazaron la frontera. Extendió el cauce del canal Inun hasta Gu'edena, cediendo 2105 nindan

(unos 12,5 kilómetros) del campo de Ningirsu al lado de Umma. Lo estableció como un campo sin dueño. Inscribió una estela en el canal y la estela de Mesalim volvió a su lugar. No entró en la estepa de Umma.

En ese momento IL, que era la cabeza del templo de Zabalam, se retiró de Girsu a Umma. Il recibió el gobierno de Umma allí. Al canal fronterizo de Ningirsu y al canal fronterizo de Nanshe, el dique de Ningirsu —estando al borde del Tigris y en el límite de Girsu— el Namnundakigara de Enlil, Enki y Ninhursag, su agua fue desviada. De la cebada de Lagash sólo devolvió 3600 gur_7. Cuando Enmetena, gobernante de Lagash, a causa de estos canales envió hombres a IL, IL, el gobernante de Umma, el que roba campos, dijo

de una manera hostil: «El canal fronterizo de Ningirsu y el canal fronterizo de Nanshe son míos. Del Antasura al Edingalabzu voy a desplazar el dique», dijo. Pero Enlil y Ninhursag no le dieron eso. Enmetena, gobernante de Lagash, nombrado por Ningirsu, a la justa orden de Enlil, a la justa orden de Ningirsu, a la justa orden de Nanshe, construyó ese canal desde el Tigris hasta el canal Inun. Él construyó los cimientos del Namnundakigara en piedra. Para el señor que lo ama, Ningirsu, para la dama que lo ama, Nanshe, él lo restauró. Enmetena, gobernante de Lagash, al que fue dado el cetro por Enlil, la sabiduría por Enki, elegido en el corazón de Nanshe, administrador principal de Ningirsu, el que capta las órdenes de los

dioses, que su dios personal Shuturul se pare ante Ningirsu y Nanshe para siempre por la vida de Enmetena. Si el hombre de Umma, para llevar los campos, cruza el canal fronterizo de Ningirsu y el canal fronterizo de Nanshe, ya sea un hombre de Umma o un extranjero, que Enlil lo destruya, que Ningirsu, después de lanzar su gran red de batalla, ponga sus manos y pies sobre él. ¡Que la gente de su propia ciudad, después de levantarse contra él, lo mate en medio de su ciudad!

Traducción según Cooper, 1986: 54-57.

Sin embargo, no todas las interacciones entre los estados fueron hostiles. Las casas reales se comunicaban entre sí como iguales y tenían relaciones diplomáticas. El intercambio de regalos fortaleció estos lazos. En una pila de objetos preciosos encontrados en Mari, había una cuenta inscrita con el nombre de Mesannepada, rey de Ur:

el grupo de objetos probablemente se lo dio un rey al otro. Se sabe que la esposa del gobernante de Lagash, Baranamtara, intercambió regalos con su homóloga en Adab, lo que probablemente era una práctica común.

Aunque la ciudad-estado caracterizó la situación política de la época, se produjeron diversos procesos de centralización del poder en grandes unidades territoriales, debido a las interacciones tanto hostiles como pacíficas entre los estados. Las guerras entre vecinos pudieron llevar a ocupaciones territoriales. Alrededor del 2400, por ejemplo, un rey de Uruk, Lugalkiginedudu, reclamó el reinado sobre Ur, una ciudad a 50 kilómetros al sur. El proceso de conquista y unificación culminó al final del Período Dinástico Arcaico cuando el rey de Umma, Lugalzagesi, conquistó Ur y Uruk y luego derrotó a Uru'inimgina de Lagash, gobernando así todo el sur de Babilonia. Es cierto que pudo haber exagerado sus logros en sus propias inscripciones, en las que afirmaba su control desde el mar Superior hasta el mar Inferior, es decir, desde el Mediterráneo hasta el golfo Pérsico. Pero ciertamente el alcance de su poder se

extendía más allá de las fronteras tradicionales de una sola ciudad-estado.

Las alianzas políticas cuyos participantes acordaban aceptar la autoridad de un forastero se documentan a partir del año 2600. Un ejemplo de tal superestructura regional puede deducirse del título «rey de Kish». Cuando el dios Enlil demarcó la frontera entre Umma y Lagash, fue Mesalim, «rey de Kish», quien la midió y colocó un marcador limítrofe. El hecho de que Mesalim tenía algún tipo de poder en Lagash lo confirma una cabeza de maza ceremonial inscrita con su nombre encontrada allí; pero el texto termina mencionando que Lugalsha'engur era el gobernante de la ciudad (el énsi en sumerio) de Lagash en ese momento. De manera similar, una inscripción de Mesalim procedente de la ciudad babilónica central de Adab reconoce la existencia de su gobernante local, un tal Ninkisalsi. El título «rey de Kish» aparece repetidamente en las inscripciones reales de finales del Período Dinástico Arcaico y no puede considerarse que indique sólo a los reyes que controlaban la ciudad babilónica septentrional de Kish. A Eannatum de Lagash, por ejemplo, después de derrotar a un número de ciudades del sur, la

diosa Inanna le concedió el reinado de Kish. ¿Por qué la realeza de Kish tenía ese prestigio? Es muy poco probable que el título confiriera el control total sobre Babilonia y que los otros gobernantes de la ciudad cuyas inscripciones leemos fueran meramente dependientes de una dinastía en Kish. El poder del rey de Kish parece haberse derivado de algún tipo de entendimiento político en la región. Respaldado por el poder militar (recuérdese que Eannatum se convirtió en rey de Kish sólo después de derrotar a varios vecinos), tenía una autoridad que se aceptó regionalmente.

Los textos administrativos de Shuruppak, que datan de alrededor del 2500, atestiguan otro acuerdo político de este tipo. En esta pequeña ciudad se guardaban registros de soldados de Ur, Adab, Nippur, Lagash y Umma. Se dice que esos hombres están «situados en KI.EN.GI[5]», un término que algunos siglos después llegó a significar Sumer, la mitad sur de Babilonia, pero que en este momento probablemente se refería a una sola localidad. El mismo grupo de textos también hace referencia a una coalición en un lugar llamado Unken, la palabra sumeria para 'asamblea', compuesta por Lagash,

Umma y Adab. Estos arreglos fueron efímeros: los dos últimos se vieron afectados por el conflicto fronterizo entre Umma y Lagash. Probablemente fueron el resultado de las luchas propias de la época: las ciudades concluyeron varias alianzas para hacer frente a los enemigos.

Sin embargo, había un entendimiento común de que todas las ciudades-estado pertenecían a un sistema religioso común que las unía en la guerra y la paz. Esto ya está atestiguado alrededor del 3000, cuando múltiples ciudades terminaron de desarrollarse, y no es de extrañar que el centro urbano más antiguo, Uruk, jugara un papel prominente en ello. Un grupo de impresiones de sellos en tablillas y trozos de arcilla sugiere la existencia de prácticas cultuales colectivas centradas en Uruk, ya que muestran símbolos que representan los nombres de varias otras ciudades. Las impresiones de los sellos en las tablillas del Período de Jemdet Nasr (3100-2900) muestran una secuencia fija de símbolos de la ciudad, incluyendo los de Ur, Larsa, Zabalam, Urum, Arina y probablemente Kesh. Es posible que las tablillas informaran de contribuciones hechas a la diosa Inanna de Uruk y

que los habitantes de varias ciudades apoyaran su culto. En los niveles más tardíos del Dinástico Arcaico I en Ur, se encontró un gran número de sellos, dando combinaciones algo diferentes de símbolos de la ciudad y a menudo combinados con el símbolo de la roseta de Inanna. Éstos se habían usado principalmente para cerrar las puertas, lo que indicaba que se había reservado un almacén para contener materiales para su culto en Ur.

En algún momento en el Período Dinástico Arcaico el foco del culto unificado cambió a la ciudad de Nippur en el centro de Babilonia. Las familias divinas de las ciudades individuales se unieron en un panteón babilónico común que, a finales del Período Dinástico Arcaico, estaba encabezado por Enlil, patrón de Nippur. Tenía el poder supremo en el mundo divino y demarcó, por ejemplo, la frontera entre Umma y Lagash, como vimos antes. La ciudad de Enlil, Nippur, alcanzó un estatus único que duró hasta el siglo XVIII. A finales del tercer milenio, todas las ciudades babilónicas debían proporcionar apoyo a su culto y a principios del segundo milenio el control político sobre él dio a un rey el derecho a reclamar un gobierno so-

berano. De alguna manera, los sacerdotes de esta ciudad militarmente insignificante tenían la autoridad para conceder un estatus especial a uno de los muchos competidores. Ellos parecen haber tenido este poder ya en los tiempos del Dinástico Arcaico, cuando los reyes de Adab, Kish, Lagash, Umma y Uruk dejaron breves inscripciones en Nippur, sugiriendo que buscaban obtener el favor de su sacerdocio.

Este sentido de unidad no se limitaba a los hablantes de una sola lengua. Podemos afirmar con certeza que en Babilonia se hablaban al menos dos idiomas durante el Período Dinástico Arcaico: sumerio y una lengua semítica a la que a veces se hace referencia como protoacadio. Los dos idiomas tenían un carácter muy diferente, pero compartían vocabulario y la gramática sumeria influyó en el acadio, lo que indica que las mismas personas los utilizaban simultáneamente. No es fácil determinar el idioma hablado de alguien en una sociedad antigua multilingüe. Todos los babilonios alfabetizados en este período (o para el caso, los del Próximo Oriente) compartían la misma cultura de los escribas, que se describe a continuación. Aunque podían grabar sus propios vernáculos,

todos ellos escribían mayormente en sumerio. Por lo tanto, un texto escrito en sumerio no es prueba de que la lengua materna del autor fuera el sumerio. Los escribas de Abu Salabikh, alrededor del año 2500, llevaban nombres semíticos, pero escribían casi exclusivamente en sumerio. De hecho, los nombres de las personas son probablemente el mejor indicador del idioma que hablaban. En el Próximo Oriente antiguo, los nombres de las personas eran a menudo frases cortas, por lo que dan una indicación de su familiaridad con una lengua. Por ejemplo, el nombre sumerio Aba-a'a-gin significa «¿Quién es como el padre?». Tendemos a tomar la lengua de la onomástica —sumerio, acadio, y más tarde amorreo, arameo, etc.— como evidencia de la lengua hablada en el propio territorio. Así, vemos en la sociedad del Dinástico Arcaico una mezcla de nombres sumerios y semíticos, el primero predominante en el sur de Babilonia, el segundo en el norte. Esta distinción no condujo a conflictos étnicos, como se ha argumentado a veces, sino que los miembros de los dos grupos lingüísticos vivían uno al lado del otro. Políticamente, la Babilo-

nia del Predinástico Arcaico estaba dividida; culturalmente no lo estaba.

3.2. EL PRÓXIMO ORIENTE EN SU CONJUNTO

La Babilonia del Dinástico Arcaico no existía en un vacío (mapa 3.2), sino que la rodeaban países que los babilonios consideraban extranjeros y con los que mantenían diversas relaciones. Es necesario reconstruir la situación política en el resto del Próximo Oriente principalmente a partir de datos arqueológicos, ya que los habitantes de la zona no escribieron hasta finales del período, cuando aparecieron textos en algunos lugares sirios. Para entonces, los documentos babilónicos comienzan a referirse también al mundo exterior. Se trata de una situación desafortunada, ya que hacen demasiado hincapié en los contactos con Babilonia y se centran en el sur. Con el fin de la expansión de Uruk a finales del cuarto milenio, los contactos entre Babilonia y el mundo circundante cambiaron radicalmente. A principios del tercer milenio, las tradiciones locales resurgieron con fuerza en el norte y el este, y el Próximo Oriente muestra una gran variedad cultural. Cualquier influencia del sur había desaparecido. Simultáneamente, ciertas

regiones cercanas se aproximaron más a la órbita de Babilonia, incluyendo una que había estado fuera de la esfera de Uruk, el golfo Pérsico.

Mapa 3.2. EL Próximo Oriente en torno al 2400.

El Golfo dio acceso a las minas de cobre omaníes, que eran cruciales para la recién desarrollada tecnología del bronce. El interés de Babilonia en la región no fue, por lo tanto, inesperado. Los textos empiezan refiriéndose a una tierra de «Dilmun» como un importante socio comercial y una fuente de madera y cobre. Dilmun sólo se había atestiguado una vez en textos del Período de Uruk IV, pero a lo largo del Dinástico Arcaico las referencias al mismo se hicieron más numerosas. Su ubicación es incierta: en este período, el noreste de Arabia o la isla de Bahréin son los candidatos más probables. En cualquier caso, la propia Dilmun no era productora de madera y cobre, sino que actuaba como un centro mer-

cantil, intercambiando bienes obtenidos de tierras más lejanas. El material arqueológico de Arabia oriental y Omán muestra un gran contacto con Babilonia. Muchas vasijas de cerámica fueron importadas de Mesopotamia, pero fueron encontradas en contextos arqueológicos que no son en absoluto de carácter mesopotámico. En Omán, por ejemplo, se construyeron en este período muchas tumbas circulares con piedras apiladas sobre ellas, una práctica que no era mesopotámica en absoluto. Así, vemos aquí un tipo de interacción diferente de la que se atestigua en el período de Uruk: en ese momento los babilonios parecen haber comerciado a través de colonias, mientras que en el Período Dinástico Arcaico lo hicieron sin una presencia permanente en la región.

Los países al este de Babilonia habían sido incorporados en la expansión de Uruk y la cultura de Uruk IV había influido fuertemente en Susa, el principal centro urbano de la región. Esto cambió repentinamente al comienzo del tercer milenio, y apareció una cultura local que llamamos protoelamita, más estrechamente relacionada con el este de Irán. Unos cuatrocientos kilómetros al sureste de Susa,

otro centro, Anshan (actual Tal-i Malyan), se hizo prominente y aumentó sustancialmente de tamaño. Susa dominaba las tierras bajas al oeste de los montes Zagros, Anshan las tierras altas de la cordillera sur. Es improbable que un estado territorial que incluía tanto a las ciudades como a los territorios intermedios se desarrollara así en fechas tan tempranas, con textos que ya a mediados del tercer milenio comienzan a hacer referencia a la tierra de Elam. Probablemente se trataba de una coalición de sistemas de gobierno poco unidos, algunos de los cuales también aparecían de forma independiente en los textos mesopotámicos. Los gobernantes tardíos del Dinástico Arcaico de Lagash hicieron campañas contra Elam, probablemente para tener acceso a rutas comerciales que llegaban a lugares lejanos. Por ejemplo, las cuentas de cornalina hechas en el valle del Indo y el lapislázuli de Afganistán aparecen en contextos arqueológicos en la Babilonia de este período. Babilonia parece estar en el extremo receptor, importando artículos de lujo que sus nuevas élites demandaban. A cambio, lo más probable es que se exportaran textiles y otros productos manufacturados fácil-

mente transportables. La cultura material de Irán no muestra una fuerte influencia babilónica, lo que sugiere que no hubo una presencia permanente de comerciantes babilonios.

A lo largo del norte de Irak y Siria, al este del río Éufrates, una nueva cultura material apareció a principios del tercer milenio, la denominada Ninivita 5. Sus hallazgos se encuentran generalmente en lugares situados en importantes rutas terrestres, y parece que los pobladores de esta cultura tenían el control del comercio. Las áreas más al oeste muestran una variedad de culturas materiales, lo que sugiere la ausencia de cualquier entidad regional. Estas sociedades no estaban urbanizadas, al menos en comparación con Babilonia. Varios asentamientos que más tarde se convirtieron en centros importantes se originaron en esta época, pero las verdaderas características urbanas estuvieron ausentes hasta alrededor del año 2600. Sólo entonces reaparecieron las ciudades amuralladas y una densidad de población más elevada. Si bien la influencia del sur puede haber sido un catalizador en este desarrollo urbano tardío, fue un proceso indígena y hubo claras diferencias con respecto al sur.

El régimen agrícola del norte de Mesopotamia y Siria difería del de Babilonia en que dependía de las lluvias en lugar de la irrigación para cultivar cereales. Sin embargo, los rendimientos por hectárea eran menores que cuando se utilizaba el riego, por lo que se cultivaban áreas de mayor extensión para alimentar al mismo número de personas, aunque con una mano de obra menos intensa. En consecuencia, las ciudades del norte tendían a ser más pequeñas que las del sur, y una mayor parte de la población vivía en aldeas periféricas. Otra diferencia estaba en el papel del palacio en la sociedad del norte. A diferencia del sur, donde el templo era la institución más importante en las primeras ciudades, la autoridad secular era preeminente en el norte y el palacio dominaba el paisaje de la ciudad.

Las ciudades del norte eran el núcleo de pequeños estados que incorporaban el campo circundante donde los aldeanos cultivaban. Los asentamientos en estos estados eran más extensos que en el sur y su territorio interior era más grande, pero, focalizados en la ciudad central, éstos seguían siendo, en esencia, ciudades-estado. Conocemos muchos de ellos por su nombre:

por ejemplo, Nagar, Shehna y Urkesh en la región del Khabur; Mari, Tuttul, Emar y Karkemish a lo largo del Éufrates; Asur y Hamazi en el este y Ebla, Ugarit y Biblos en el oeste. Estos estados estaban en contacto entre sí por medios diplomáticos y comerciales. El tema del comercio domina los documentos de palacio encontrados en Ebla, lo que sugiere amplios contactos diplomáticos. Reyes y otros representantes de estados foráneos visitaban usualmente Ebla, celebraban matrimonios diplomáticos e intercambiaban regalos con regularidad. La guerra también fue parte de tales contactos. Ebla tuvo un largo conflicto con Mari en el Éufrates, probablemente por el control del comercio hacia Babilonia, y durante algún tiempo tuvo que pagar un pesado tributo, hasta que el último gobernante de Ebla de la época, Ish'ar-Damu, revirtió la situación. Algunos de estos centros —Mari, Nagar y Ebla— parecen haber sido capaces de imponer su voluntad a los estados vecinos, pero los detalles de sus acciones militares siguen siendo desconocidos. Junto con la centralización del poder secular, también se desarrolló un sentido de unidad religiosa, ya que los gobernantes de varias ciuda-

des prestaron juramento en el templo de Dagan en Tuttul, en el Éufrates. Esta última ciudad puede haber tenido un prestigio regional comparable al de Nippur en Babilonia.

Otra similitud entre Babilonia y la región del norte es que ambas tenían sociedades multilingües. La mayoría de la población hablaba dialectos semíticos, pero también encontramos evidencias del hurrita, un idioma que no es semítico ni está relacionado con el sumerio. La onomástica es de nuevo el principal indicador de esta multiplicidad lingüística. Los hurritas probablemente predominaban en el norte de Siria, donde más tarde surgió el estado hurrita de Urkesh y Nawar, pero los individuos con nombres hurritas aparecieron poco después del Período Dinástico Arcaico en lugares tan meridionales como Nippur en Babilonia. Las personas con nombres semíticos vivieron también en toda Siria y el norte de Mesopotamia, aunque esta heterogeneidad lingüística no es la base de ningún conflicto social o étnico que conozcamos.

La organización política del norte —una zona mucho mayor que Babilonia— era, por tanto, esencialmente similar a la del sur. Los centros urbanos

eran las sedes del poder y dominaban el campo circundante, aunque los estados del norte fueran geográficamente mayores. Sin embargo, había una diferencia en la base ideológica del poder: en el norte era secular y no religioso. La ciudad de Kish, en el extremo norte de Babilonia, funcionaba como un punto intermedio entre estos dos mundos. Mantuvo estrechos contactos tanto con los estados del sur como con los sirios y pudo haber tenido una organización política basada más en el poder secular que en el religioso. Tal vez no sea sorprendente, entonces, que un hombre de Kish, Sargon, fuera a alterar todo el sistema.

3.4. LA SOCIEDAD DEL DINÁSTICO ARCAICO

Para el estudio de la historia social en el Período Dinástico Arcaico debemos confiar principalmente en los documentos administrativos. La organización de la sociedad en «casas» era una característica del período y de todo el tercer milenio. Se trataba de entidades cuyos miembros residían juntos, incluidas varias generaciones de una familia, así como las personas dependientes, como los sirvientes. Las casas se originaron en grupos de parentesco económicamente indepen-

dientes, pero el concepto se expandió como la estructura de grandes instituciones centradas en torno a los dioses y los reyes. Por ello, la palabra sumeria para palacio era é-gal, «gran casa», y para templo era é seguido del nombre de un dios, como, por ejemplo, «casa del dios Ningirsu». Todos los archivos importantes de tablillas derivan de estas unidades y retratan un mundo con la casa como el centro, dejando sin documentar otras actividades. Cada casa se puede considerar una unidad autónoma y autosuficiente: poseía tierras, ganado, herramientas y barcos de pesca, e incluía agricultores, pastores, pescadores y personas que producían y preparaban alimentos y fabricaban bienes. Las casas más grandes incorporaron varios departamentos con tareas distintas, que a menudo fueron designados por el término é. A finales del Período Dinástico Arcaico, los miembros individuales de las élites también tenían sus propias casas. En Lagash, por ejemplo, la reina tenía una, llamada «casa de la mujer» (en sumerio é-mí), que ella dirigía de forma independiente. Su propiedad era más pequeña que la del rey, pero era autosuficiente y parece que las mujeres administraban el hogar de

la reina. No podemos documentar esto en el Período Dinástico Arcaico, pero en el período posterior de Ur III sus funcionarios eran en su mayoría mujeres.

Internamente, el personal de cada hogar estaba organizado jerárquicamente. Los trabajadores y trabajadoras (gurush y géme sumerios) se encontraban en la parte inferior de esta jerarquía y eran, con mucho, los más numerosos de sus miembros. Aunque no carecían de libertad, en el sentido de esclavos, eran trabajadores dependientes que podían vivir con sus familias o en alojamientos institucionales proporcionados por la organización para la que trabajaban. Se les recompensaba con raciones: las cantidades estándar de cebada, contabilizadas mensualmente, y de aceite y lana, que se contabilizan anualmente (documento 3.2). Las personas que recibían estos bienes eran principalmente hombres y mujeres activos, pero también incluían a niños y ancianos. Es evidente que las raciones constituían el apoyo que se daba a todos los dependientes del hogar, fueran o no productivos. Las cantidades se calculaban según el sexo y la condición del trabajador: un hombre recibía regularmente

el doble de la cantidad de grano que se le daba a una mujer, los supervisores recibían más que sus subordinados, los artesanos especializados más que los obreros no cualificados, etc. Este patrón por el cual el hogar proveía a sus dependientes mediante la provisión de necesidades básicas de alimentos y ropa siguió siendo una característica fundamental de la sociedad del Próximo Oriente a lo largo del tercer milenio. Dado que los bienes entregados no constituían una dieta completa, debemos concluir que estas personas tenían acceso a otros alimentos a través de canales ajenos al sistema de raciones. Las verduras y el pescado eran probablemente cultivados en casa o recogidos por miembros de la familia; o quizás los trabajadores cambiaban parte de sus raciones por esos alimentos.

Documento 3.2. EXTRACTO DE UNA LISTA DE RACIONES

Proporcionan los nombres de los destinatarios o los identifican por sexo y edad y enumeran las cantidades de cebada que se les expiden. Estos textos a menudo terminan

con un resumen de los totales e identifican al funcionario responsable del desembolso. Por ejemplo:

En total: 1 hombre a 50 litros

1 hombre a 40 litros

5 hombres a 15 litros cada uno

23 hombres a 10 litros cada uno

Son varones

56 trabajadoras a 20 litros cada una

72 trabajadoras a 15 litros cada una

34 mujeres a 10 litros cada una

Un total de 192 personas, entre jóvenes y adultos, recibieron cebada.

La cebada eran 2935 litros. Raciones de cebada. Las trabajadoras y los niños son propiedad de la diosa Bau.

Shasha, la esposa de Uru'inimgina, rey de Lagash.

En el mes de la ingesta de malta para Nanshe, el inspector Eniggal la distribuyó desde el granero de Bau. Es la novena distribución del año 4.

Traducción según Selz, 1989: 93-94.

La mayoría de los trabajadores realizaban trabajos manuales repetitivos. Las mujeres estaban especialmente

comprometidas como moledoras y tejedoras. La molienda en ese momento era una tarea agotadora que requería que el grano se frotara de un lado a otro sobre una losa de piedra con una piedra de mano más pequeña. Se suponía que las mujeres debían producir cuotas fijas de harina o tela diariamente. Las cantidades producidas dependían de la calidad del producto final, que variaba enormemente. Por textos posteriores del Período Ur III sabemos que las cuotas eran altas: una mujer tenía que producir 10 litros de harina regular o 20 litros de harina gruesa al día. Las cuotas de tejido podrían llegar fácilmente a 2 metros cuadrados al día. Ésas eran tareas pesadas y podían conducir a lesiones físicas, como ilustran los esqueletos de mujeres en la excavación del asentamiento neolítico del séptimo milenio de Abu Hureyra en Siria: las rodillas, muñecas y parte inferior de la espalda mostraban signos de artritis, mientras los dedos de los pies estaban deformados por haberlos metido constantemente debajo del pie en una posición necesaria para la molienda[6]. Mientras que los relatos del Dinástico Arcaico se refieren a las mujeres como grupos, es probable que trabajaran individual-

mente en el hogar, al mismo tiempo que cuidaban a los niños. Estas tareas eran principalmente industrias artesanales.

Sin embargo, pertenecer a una gran casa también proporcionó un medio de supervivencia a los débiles de la sociedad. Las viudas y los niños que no podían alimentarse entraban en las casas del templo, donde recibían apoyo básico. Las casas no sólo existían en las ciudades, sino también en el campo, donde las comunidades rurales, compuestas por familias numerosas que poseían tierras en común, sobrevivían fuera del control institucional. Su presencia en la sociedad del Dinástico Arcaico —pero también la disminución de su importancia— es evidente en un grupo de unos cincuenta documentos de venta de tierras. Cuando se vendía una parcela de tierra agrícola, usualmente pasaba de múltiples vendedores a un solo comprador. Los vendedores tenían niveles desiguales de derechos sobre la tierra. Los más estrechamente vinculados a ella recibían la mayor recompensa, otros algo menos, y grandes grupos de personas recibían regalos simbólicos, como comidas, en el momento de la transacción. Originariamente, la tierra

era probablemente de propiedad comunal. Pero todos los compradores registrados eran actores individuales, miembros de la élite que podían adquirir la titularidad individual de los derechos, posiblemente a veces por la fuerza. Estas élites eran probablemente todos miembros de las casas institucionales, que se aprovechaban de su estatus para obtener bienes personales.

Dentro de cada ciudad-estado convivían varias casas institucionales: algunas pertenecían a dioses, otras a autoridades seculares. Entre los templos había una jerarquía que reflejaba la de los dioses del panteón local. Por ejemplo, en Lagash la casa del dios patrón de la ciudad, Ningirsu, era más grande que la de su divina esposa Bau; y la suya era a su vez más grande que la de sus hijos Shulshagana e Igalima. Es notable lo amplio que podría ser el control de estas instituciones; los registros de Shuruppak, por ejemplo, muestran un control altamente centralizado de la economía. Las cuentas de cebada registran cantidades que podrían proporcionar raciones diarias a 10 000 personas durante un año completo, y los silos de grano excavados en el lugar muestran que esas

cantidades podrían almacenarse juntas. Las áreas agrícolas anexas a los hogares institucionales eran igualmente enormes. Sin embargo, como toda nuestra documentación textual del sur de Babilonia proviene de los templos, se solía pensar que los templos eran completamente dominantes en la sociedad del Dinástico Arcaico. Debido a que el templo de la diosa Bau es nuestra principal fuente de textos, Lagash fue una vez descrito como un templo-estado, donde los dioses poseían toda la tierra y la propiedad. Hoy, la mayoría de los estudiosos rechazan esta idea, reconociendo el hecho de que otros sectores de la sociedad eran importantes participantes en la vida económica, aunque simplemente permanecen sin documentar.

La naturaleza de gran alcance de la administración central es aún más clara en el caso de Ebla, en el noroeste de Siria. Toda nuestra documentación fue excavada en un archivo de palacio y demuestra cómo esta institución controlaba extensamente la actividad económica. Administraba múltiples unidades, incluyendo la casa del rey y entidades a las que se hacía referencia con un término que en Babilonia significaba «aldea». No está claro si el

uso de la palabra indica que las comunidades de las aldeas coincidían con las unidades administrativas o si se convirtieron en unidades administrativas con el advenimiento del poder centralizado. Podemos decir, sin embargo, que la agricultura en el territorio de Ebla seguía siendo responsabilidad de las aldeas bajo supervisión real, a diferencia de Babilonia, donde gran parte de la misma estaba directamente a cargo de la mano de obra institucional.

La capacidad de ciertos individuos para atraerse lotes desiguales de recursos se muestra mejor en el registro arqueológico. El llamado Cementerio real de Ur revela claramente la existencia de un pequeño grupo de personas que podían encargar grandes cantidades de objetos de lujo para ser enterradas con ellos. Dieciséis de las aproximadamente dos mil tumbas excavadas tenían cámaras elaboradas de piedra y ladrillo. En ellas se colocaban objetos funerarios de gran valor: cascos dorados, dagas, instrumentos musicales con incrustaciones, etc. (figura 3.3). Lo más revelador del poder de las personas enterradas es el hecho de que algunas de ellas estaban acompañadas por asistentes humanos, asesi-

nados o dispuestos a morir en el funeral de su amo o amante. No sabemos exactamente quién fue honrado con entierros tan elaborados, si eran miembros de las élites del palacio o del templo. Esto en sí mismo demuestra como las estructuras de poder que adquirieron legitimidad sobre diversas bases ideológicas coexistieron a finales del Período Dinástico Arcaico, y que la definición completa de las jerarquías sociales y políticas todavía era insuficiente en aquel momento.

3.5. LA CULTURA DE LOS ESCRIBAS

Durante el Período Dinástico Arcaico en Babilonia, la tecnología de la escritura recientemente inventada evolucionó tanto en su capacidad de reflejar los idiomas hablados como en el alcance de la información que proporcionaba. El sistema cambió de varias maneras. Primero, los escribas comenzaron a imprimir los signos en la arcilla de la tablilla usando una lengüeta con punta biselada en lugar de trazarlos. Cuando la punta del estilo se presionaba sobre la arcilla, formaba un pequeño triángulo y una fina línea, creando así la forma de cuña que ahora llamamos cuneiforme. Los signos se volvieron cada vez más esquemáticos

y estandarizados, y fue posible impresionarlos rápidamente con un número limitado de trazos. Al final del período, pocos de los signos se parecían ya a los elementos pictóricos en los que se basaron originalmente.

El uso de signos que representan sílabas también se expandió, indicando más y más elementos de la lengua hablada. Sin embargo, los signos que representaban palabras enteras y que requerían que el lector proporcionara elementos gramaticales seguían siendo dominantes. Mientras que las indicaciones de conjugación verbal, por ejemplo, estaban ausentes en los textos protocuneiformes de Uruk, la expresión de tales elementos se hizo cada vez más explícita, aunque nunca hubo una obligación de expresarlos todos en el sistema de escritura cuneiforme. El uso creciente de los signos silábicos permitía escribir en lenguas distintas del sumerio; los escribas podían escribir nombres propios en dialectos semíticos y en hurrita, insertar preposiciones semíticas en el texto y así sucesivamente.

También estandarizaron la disposición de las tablillas, dividiéndolas en una o más columnas verticales enmarcadas por recuadros para ser leídas de

arriba a abajo, conteniendo en su mayoría una sola palabra, con o sin elementos gramaticales. La secuencia de los signos reflejaba mejor la pronunciación de las palabras, aunque a veces, incluso en los últimos textos del Dinástico Arcaico, todavía estaban revueltos. Estos desarrollos hicieron que los textos fueran más comprensibles para sus lectores en la Antigüedad y para nosotros hoy. Los registros administrativos se hicieron más explícitos, indicando, por ejemplo, si una persona específica había emitido o recibido mercancías. Las inscripciones reales pasaron de ser simples marcas de propiedad a largas narraciones. La escritura adquirió así una función ampliada y aumentó su capacidad de informar a cualquiera sobre nuevos conocimientos, al tiempo que se preservaba la información para las generaciones futuras. Un rey que dejaba un objeto votivo en un templo podía indicar en él que lo había otorgado para que los visitantes posteriores reconocieran su acto.

Estos acontecimientos tuvieron lugar en Babilonia, donde hubo un uso continuo de la escritura desde el período Uruk en adelante. Fuera de la región, incluso cuantos habían estado

expuestos a la escritura de Uruk o protoelamita de Elam habían abandonado la tecnología. Sólo a finales del Período Dinástico Arcaico los habitantes de varias ciudades de Siria la retomaron, claramente bajo la influencia babilónica. El uso cada vez mayor de signos silábicos facilitó la adaptación de la escritura a los diferentes grupos lingüísticos. Los escribas sirios importaron formas de tablillas babilónicas, formas de signos y sus lecturas, y, aunque usaban principalmente signos de palabras sumerias para escribir sus textos, está claro que los pronunciaban en los idiomas que hablaban. En Ebla regularmente insertaban elementos gramaticales semíticos entre las palabras.

Los textos arcaicos de Uruk ya muestran que la escritura no se limitaba a las transacciones económicas, aunque estos textos seguían dominando numéricamente el corpus. Las listas léxicas, palabras en una secuencia establecida, proporcionan la evidencia sistemática más temprana de pensamiento especulativo y asociativo. Incluyen listas de nombres de dioses, profesiones, animales, aves, metales, bosques, nombres de ciudades, etc. En el Período Dinástico Arcaico este gé-

nero floreció y muestra la aceptación de los mismos oficios en una amplia área geográfica. Lo más notable es la fidelidad con la que se copiaron estos textos en todas las ciudades donde se han encontrado. Las listas de Abu Salabikh están duplicadas con sólo variantes menores en Ebla, a unos novecientos kilómetros de distancia. Hay otros textos literarios de la época, generalmente composiciones cortas que incluyen conjuros, himnos y literatura sapiencial, es decir, catálogos de proverbios o proverbios que se establecen en un diálogo artificial en el que un padre aconseja a su hijo. Éstos son difíciles de entender porque el sistema de escritura era todavía muy tosco. Las mismas composiciones se encuentran a menudo en diferentes lugares (las de Shuruppak y Abu Salabikh especialmente muestran mucha superposición), lo que demuestra que una fuente común inspiró a las diversas escuelas de escribas. Aunque la mayor parte del material está en sumerio, hay un himno protoacadio a Shamash, que se encontró tanto en Ebla como en Abu Salabikh.

A mediados del tercer milenio, vemos así una koiné cultural en el alfabetizado Próximo Oriente. El centro

intelectual fue Babilonia, donde se produjeron por primera vez las prácticas de los escribas y la mayoría de los textos literarios. Después de que las culturas urbanas se desarrollaran en Siria y el norte de Mesopotamia, adoptaron de nuevo la técnica desde Babilonia y algunas ciudades probablemente actuaron como intermediarias en este proceso. En el norte de Babilonia, Kish era muy importante, al igual que Mari en el Éufrates Medio. Algunos textos de Ebla afirman que «los jóvenes escribas vinieron de Mari», lo que sugiere que la ciudad proporcionó formación a los escribas sirios. Los habitantes de la Siria occidental leían los mismos textos que los del sur de Iraq. Emplearon las mismas prácticas de escritura, dieron forma a sus tablillas de arcilla de manera similar, escribieron los mismos signos cuneiformes, los organizaron de la misma manera en las tablillas, y así sucesivamente. Sin embargo, políticamente estaban separados, viviendo en ciudades-estado independientes. Los estados del sur eran relativamente pequeños en extensión territorial, mientras que los del norte y el oeste de Siria tenían una extensión más amplia. Los estados competían a través del

ejército y otros medios, y los gobernantes ganaban rutinariamente la supremacía sobre sus vecinos o concluían alianzas efímeras con ellos. Estas acciones sentaron las bases para Sargon de Acad, que inició un nuevo período en la historia del Próximo Oriente al llevar a cabo una política de conquista al extremo.

Debate 3.1. ¿QUÉ SUCEDIÓ EN EL CEMENTERIO REAL DE UR?

En la década de 1920, el arqueólogo británico Leonard Woolley, excavando en la ciudad meridional de Ur, descubrió en el centro de la ciudad un cementerio que había estado en uso durante quinientos años y que contenía unas dos mil tumbas. Los primeros entierros pertenecían al Período Dinástico Arcaico y databan de alrededor del 2600 al 2450, en un momento en el que Ur era una de las ciudades-estado independientes de Babilonia. Un pequeño número de tumbas sorprendió a los arqueólogos: contenían grandes cantidades de riquezas y, lo que es más sorprendente, siete de ellas mostraban evidencias de sacrificios humanos. Woolley anunció inmediatamente su hallazgo como el Cementerio real de Ur en publicaciones tan populares como *Illustrated London News* y llamó

tanto la atención como el descubrimiento de la tumba de Tutankhamon en Egipto lo había hecho unos años antes.

Woolley no dudó en llamar a sus tumbas reales, pero contenían muy pocas inscripciones, todas ellas muy breves, y ninguno de los nombres registrados en ellas era conocido como real en otro lugar. Así que los ocupantes podrían haber obtenido sus poderes de otras fuentes, quizás de los templos (Moorey, 1977). Algunos estudiosos han argumentado ampliamente que estas personas eran de la realeza (Marchesi, 2004), pero persisten las dudas, de modo que sabemos muy poco sobre ellas.

Sin embargo, es más sorprendente cómo pudieron haber adquirido tan distinguidos enterramientos. Después de todo, Ur no controlaba un vasto territorio en aquel momento y, aunque era el puerto de Babilonia, al parecer la ciudad no era excepcionalmente rica. Sin embargo, los ajuares estaban hechos de materiales preciosos importados muy caros —oro, plata, lapislázuli, cornalina y otros— y estaban tan finamente trabajados que su fabricación debió haber requerido numerosos días de trabajo altamente cualificado.

Además, ¿cómo pudieron estas personas exigir que otros seres humanos murieran para servirles en la otra vida? Hasta setenta y cuatro hombres y mujeres fueron depositados en una sola tumba, como músicos, asistentes y guardaespaldas. Woolley creía que habían muerto voluntariamente, suicidándose al beber veneno en una ceremonia acompañada de música (Woolley, 1982: 74-76). Si esto fuera cierto, ¿cómo se les pudo convencer para aceptar su destino? Es posible que se les lavara el cerebro esencialmente para creer que contribuían al bienestar de la sociedad y que los rituales que incluían banquetes —a menudo representados en objetos descubiertos en las tumbas— los atrajeran a esto (Pollock, 2007).

La reciente revisión de algunos esqueletos sugiere, sin embargo, una alternativa más escalofriante. Los muertos había sido asesinados con un golpe de un hacha puntiaguda en la nuca. Posteriormente, los cuerpos fueron calentados, embalsamados con mercurio y vestidos (Baadsgaard *et al.*, 2011). Luego se dispusieron ordenadamente como si formaran grupos musicales, filas de guardias, etc. (Vidale, 2011). Todavía es posible que la población se

sometiera voluntariamente a este destino, pero también que constituyeran acciones de crueldad para asustar a los ciudadanos y someterlos (Dickson, 2006). También podría ser que las personas capturadas en la guerra fueran las víctimas.

¿Por qué alguien habría pensado que esto era necesario? Los entierros podrían haber constituido ocasiones rituales con la esperanza de crear un apoyo público hacia la institución del gobierno dinástico y mostrar que la muerte de un rey o reina no afectaba al cargo (Cohen, 2005). El hecho de que ocurriera relativamente pronto en la historia del estado en Babilonia puede indicar que las fuentes de poder político eran aún inciertas en ese momento y necesitaban confirmación. La práctica terminó alrededor del 2450 y nunca resurgió en la región. Tal vez cuando los reyes se sintieron más seguros, ya no necesitaban llamar la atención de su poder sobre las vidas y muertes de otros.

4

LA CENTRALIZACIÓN POLÍTICA A FINALES DEL TERCER MILENIO

2288	Ascenso de Sargon de Acad
2211-2175	Naram-Sin de Acad
ca. 2100	Gudea de Lagash y Puzur-Inshushinak de Awan
2100	Comienzo del Período de Ur III
2003	Caída de Ur

Los últimos siglos del tercer milenio se caracterizaron por períodos sucesivos de centralización del poder bajo dos dinastías urbanas: una desde Acad, en el norte de Babilonia durante los siglos XXIII y XXII, y la otra desde Ur, en el extremo sur, durante el siglo XXI No sólo ejercieron control directo sobre el sur de Mesopotamia, sino que sus ejércitos desempeñaron una gran influencia sobre grandes partes del Próximo Oriente. Hay un aumento sustancial de las fuentes disponibles, que los historiadores modernos también entienden mucho mejor, lo que permite una reconstrucción más detallada de estos períodos que de los anteriores. Los dos estados compartían una serie de características: ambos fueron creados a través de acciones militares en Babilonia propiamente dicha y en las regiones circundantes; aplicaron políticas de centralización en términos políticos, administrativos e ideológicos; y colapsaron a través de una combinación

de oposición interna y fuerzas externas. Sin embargo, diferían en la extensión de su alcance y en su cohesión interna.

4.1. LOS REYES DE AGAD

La *Lista real sumeria* retrató a la dinastía de Acad[7] de la misma manera que lo hizo con las dinastías que la precedieron: una lista de gobernantes de ciudades que tenían el reinado universal, que había sido transferido a la ciudad de Acad (para una lista de reyes, véase la Sección 1 en las Listas de Reyes al final del libro). Sin embargo, la naturaleza de su gobierno era muy diferente a la de los anteriores, y temporalmente Acad puso fin al sistema de ciudades-estado que había caracterizado a Babilonia hasta entonces. Los procesos de centralización política en Babilonia y la expansión de las influencias babilónicas por todo el Próximo Oriente, evidentes en el Período Dinástico Arcaico, alcanzaron un clímax sin precedentes. Además, nunca antes los ejércitos babilónicos habían hecho campaña de forma sistemática hasta ese momento, ni el dominio político de una ciudad había sido tan grande. El punto central de los acontecimientos fue el norte de Babilonia. El creador de la dinastía, Sargon, parece haber sido un habitante común que se hizo famoso en la ciudad de Kish. Probablemente usurpó el poder allí, tomando el programático nombre del trono acadio Sharrukin, que significa «el rey es legítimo». Sus dos sucesores aún llevaban el título de «rey de Kish», pero Sargon trasladó el centro de su gobierno a Acad, una ciudad completamente nueva, como afirman fuentes posteriores, o bien a un lugar que previamente había tenido poca importancia. Aunque su ubicación es desconocida, ciertamente estaba en el norte de Babilonia, quizás bajo la moderna Bagdad. Esta posición geográfica refleja el doble interés de la dinastía: el do-

minio total del corazón de Babilonia y una extensa presencia en todo el Próximo Oriente.

Acad alcanzó su prominencia a través del poderío militar: se escribió de Sargon que «diariamente 5400 hombres comían en su presencia[8]», lo que puede referirse a la existencia de un ejército permanente que habría tenido superioridad sobre los ejércitos de levas que sus oponentes desplegaban. La actividad militar es el único tema de sus propias inscripciones. El sur de Babilonia, donde las ciudades-estado de finales del Período Dinástico Arcaico habían estado parcialmente unidas, fue una de las áreas en las que hizo campaña activamente. Lugalzagesi, que gobernó Uruk, Umma y varias otras ciudades del sur, actuó como centro de la oposición a Sargon, y este último afirmó que capturó «cincuenta gobernadores... y al rey de Uruk[9]», una victoria que le otorgó el control sobre toda la región.

Había que desarrollar un nuevo sistema de gobierno: las cuidades-estado, que antes eran independientes, debían integrarse en una estructura más amplia en todos los aspectos, tanto políticos como económicos e ideológicos. Políticamente, la mayoría de los gobernantes de la ciudad original permanecieron en su lugar, sólo que ahora actuaban como gobernadores del rey de Acad, a pesar de la afirmación de Sargon de que se trataba de funcionarios de Acad. Así, los reyes Meskigal de Adab, Lugalzagesi de Uruk y quizás Uru'inimgina de Lagash todavía están atestiguados bajo los primeros gobernantes sargónidas. El título sumerio énsi, que en el Período Dinástico Arcaico designaba a gobernantes independientes, ahora se usaba en toda Babilonia en referencia a los gobernadores. Sin embargo, este sistema no funcionó bien. Los sentimientos de independencia podían aglutinarse en torno a los gobernadores nativos, y durante

todo el período los reyes de Acad tuvieron que lidiar con las rebeliones, como se describe más adelante en este capítulo.

Recuadro 4.1. EL NOMBRE DEL AÑO

Un aspecto de la centralización administrativa del estado de Acad fue la introducción de un sistema de datación anual que se aplicaría en toda Babilonia, aunque no a expensas de otros sistemas utilizados para los registros locales. Se eligió uno de los primeros sistemas existentes, al que llamamos nombre del año. Cada año se identificaba con un nombre que hacía referencia a un acontecimiento importante del año anterior o de principios de año. Por ejemplo, la destrucción de Mari por parte de Sargon se utilizó para nombrar el año siguiente. Este sistema se mantuvo en uso en Babilonia hasta aproximadamente el 1500 y nos proporciona una lista de lo que los mismos gobernantes consideraron como acontecimientos importantes. Los nombres suelen mencionar campañas militares, la construcción o restauración de templos o muros de la ciudad, la excavación de canales, el nombramiento de sumos sacerdotes o sacerdotisas, o la donación de objetos de culto. Las fechas aparecen principalmente en los registros económicos (no

en las cartas). Para recordar el orden correcto de los años, se elaboraron listas oficiales de nombres de años a partir del Período de Ur III. Aunque no hemos recuperado completamente la secuencia de nombres para todo el período, las secciones largas son seguras. Estas proporcionan una visión muy útil del orden cronológico de los acontecimientos y nos permiten fechar los numerosos documentos administrativos conservados.

Bajo la dinastía casita en Babilonia en la segunda mitad del segundo milenio, un sistema numerado por el año de reinado de cada rey reemplazó los nombres de los años. El primer año oficial comenzaba con el primer día de Año Nuevo de su reinado. El período comprendido entre la muerte del antiguo rey y ese día se indicó como el año de adhesión. Este sistema se mantuvo en uso hasta el período seléucida.

Sin embargo, la corte siguió centralizando activamente las políticas. Desarrolló un nuevo sistema de impuestos en el que parte de los ingresos de cada región se desviaban y se enviaban a la capital o se utilizaban para apoyar a la burocracia estatal local. En el reinado de Naram-Sin es visible una estandarización de la contabilidad en ciertos niveles de la administración para facilitar el control central. Para los aspectos de la economía que afectaban a la corona, los escribanos tenían que utilizar un sistema estándar de medidas

y pesos. Así se introduce el «gur acadio» de unos trescientos litros para medir la cebada. La forma y la disposición de las tablillas de contabilidad y la formación de los signos cuneiformes se prescribieron de forma centralizada. Para tener un método consistente de datación en cuentas controladas centralmente, se utilizaron nombres de años en todo el estado (recuadro 4.1).

Los escribas locales, que se vieron obligados a adoptar nuevas técnicas de contabilidad, también tuvieron que

adaptarse a un nuevo idioma. Acad era una ciudad del norte de Babilonia situada en la región en la que se hablaba una lengua semítica en lugar de la sumeria del sur. La lengua, de hecho, llegó a ser conocida como la lengua de Acad, de ahí nuestro término 'acadio'. La escritura cuneiforme existente, sin embargo, se había desarrollado como un vehículo para el sumerio, enraizado en una familia lingüística totalmente diferente. El acadio requiere más flexibilidad y precisión en la indicación de las formas gramaticales, lo que puede obtenerse mediante un mayor uso de los signos silábicos. Las inscripciones reales de los reyes sargónidas estaban escritas en acadio, ya fuera en sí mismas o, con menor frecuencia, a través de una traducción sumeria. Pocos de estos textos se conocen sólo en versión sumeria, a pesar de lo cual el sumerio se siguió escribiendo comúnmente en áreas de Babilonia con una larga tradición del idioma. La administración real sólo exigía el uso del acadio y de prácticas contables centralizadas para los registros que necesitaba consultar. Éstos tenían que ser uniformes; para los asuntos locales se permitieron las vías tradicionales.

La casa real atrajo muchos recursos económicos hacia sí, y los reyes acadios probablemente confiscaron las propiedades que antes eran propiedad de los gobernantes de la ciu-

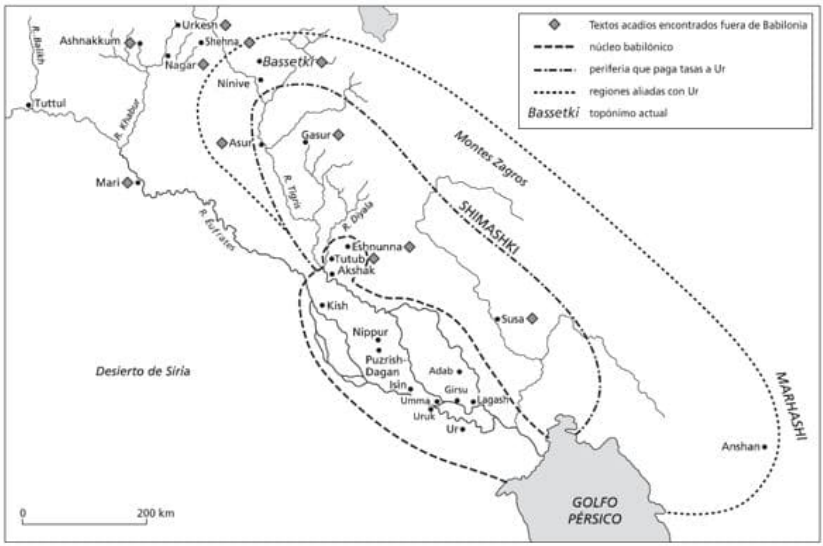
dad. Sin embargo, incluso esto era aparentemente insuficiente para sus necesidades. El obelisco del rey Manishtushu, uno de los principales monumentos de la época, es un pilar de diorita de 1,5 metros de altura en el que se grabó un texto que registraba la compra de ocho grandes campos en el norte de Babilonia, con una superficie total de casi 3,5 kilómetros cuadrados. Aunque el precio pagado no fue inusualmente bajo, es casi seguro que Manishtushu forzase a los propietarios a su venta para así poder repartir la tierra entre sus propios partidarios. La creación de fincas agrícolas concedidas por el rey a los privilegiados fue una novedad que introdujeron los reyes sargónidas. Se apoderaron de la tierra que necesitaban los propietarios locales, lo que sin duda provocó resentimiento y oposición al dominio acadio.

También en términos ideológicos la dinastía trató de unir Babilonia y de conectar el sistema de culto de la región, con su panteón compartido, a la familia real. Por ejemplo, Sargon instaló a su hija como sacerdotisa del dios lunar Nanna en Ur, donde fue nombrada esposa del dios. Para esa función recibió un nombre puramente sumerio, Enheduanna, «sacerdotisa, ornamento del cielo». Así, una princesa acadia residió en uno de los principales centros sumerios del sur y participó activamente en la vida religiosa y cultural del lugar. Se le atribuye la autoría de varias composiciones literarias en lengua sumeria (lo que la convierte en la primera autora identificable de la literatura universal), incluyendo un conjunto de himnos a los templos ubicados en treinta y cinco ciudades de Babilonia. La compilación de estos himnos en una serie muestra como se consideraba que los diversos cultos de la región pertenecían a un sistema integrado. Durante unos cinco siglos a partir de entonces, el control del sumo sacerdocio de Nanna en Ur siguió siendo una

indicación de la prominencia política en Babilonia. Cualquier gobernante que pudiera reclamar autoridad sobre Ur instaló a su hija allí, dándole acceso a los considerables bienes económicos del templo. Naram-Sin expandió esta política al colocar a varias de sus hijas como sacerdotisas de cultos prominentes en otras ciudades de Babilonia, un claro intento de ganar un sólido punto de apoyo en toda la región. También explicó su propia deificación (ver abajo) como resultado de una decisión tomada por los dioses de varias ciudades de su estado.

Sin embargo, los reyes de Acad no ejercieron su poder sólo sobre Babilonia. Algunos reyes del Dinástico Arcaico declararon que habían hecho campaña en diferentes áreas del Próximo Oriente, pero ninguno ni remotamente a la altura de los logros de los reyes sargónidas. Para determinar el alcance regional y la naturaleza de su influencia, tenemos que recurrir a las inscripciones reales y a los nombres de los años. Se conservan muchas inscripciones reales acadias y los asuntos militares dominan su contenido. Originariamente fueron inscritos en estatuas que los reyes colocaron en el patio del templo de Nippur, continuando la tradición del Dinástico Arcaico que le dio a esta ciudad prominencia regional. Ya no tenemos las estatuas, pero los escribas de principios del segundo milenio copiaron los textos en los que los primeros cinco reyes acadios se jactaban de sus hazañas militares y algunos de estos ejemplares han sobrevivido. Destacan las declaraciones de Sargon y Naram-Sin por su amplio alcance geográfico: fueron sin duda los mayores militares de la época. Sin embargo, como Naram-Sin tuvo que repetir muchas de las campañas de su abuelo, parece que a menudo no fueron más que incursiones de saqueo.

Los reyes centraron su atención militar en las regiones del oeste de Irán y el norte de Siria. En el este se encontraron con una serie de estados, como Elam, Parahshum y Simurrum, cuya ubicación no siempre podemos determinar con exactitud. En el norte entraron en la zona del alto Éufrates, llegando a la ciudad de Tuttul en la confluencia con el río Balikh, el centro de culto de Dagan que actuaba como foco central del norte y el oeste de Siria. Mari y Ebla, los centros políticos más prominentes de la región hasta entonces, fueron destruidos. Estos lugares, que habían estado tan cerca del norte de Babilonia en términos culturales durante el Período Dinástico Arcaico, ahora eran considerados como enemigos principales.



Mapa 4.1. Los estados de Acad y de Ur III. Según Piotr Steinkeller, «The Administrative and Economic Organization of the Ur III State: The Core and the Periphery», en McGuire Gibson y R. D. Biggs (eds.), *The Organization of Power: Aspects of Bureaucracy in the Ancient Near East* (The Oriental Institute, Chicago, 1987), p. 38.

Los relatos mencionan muchos lugares aún más remotos, como los bosques de cedros en el Líbano, las cabeceras de

los ríos Tigris y Éufrates en el centro de Turquía, Marhashi, al este de Elam, y áreas al otro lado del «mar Inferior», es decir, el golfo Pérsico. Los reyes de Acad afirman haber llegado a estos lugares en lejanas incursiones para conseguir bienes raros, como piedra dura, madera y plata, llevando a Babilonia botines procedentes de estas zonas. Varias vasijas de piedra excavadas en Ur y Nippur fueron inscritas con la declaración de que eran un botín de Magan (Omán), por ejemplo. Sin embargo, parece poco probable que Acad estableciera un control firme sobre estas áreas. Más bien, las redadas tenían por objeto asegurar el acceso a las rutas comerciales. Se dice que buques de zonas de ultramar, como Dilmun (Bahréin), Magan y Meluhha (el valle del Indo) atracaron en el puerto de Acad. Por tanto, cuando Naram-Sin afirma que conquistó Magan, parece más probable que usara su poderío militar para garantizar el suministro de sus recursos.

Las circunstancias locales determinaron en gran medida cómo Acad mantuvo su influencia en esta amplia región. Observamos una variedad de interacciones. Después de que Rimush estableciera el control total sobre Susa en el oeste de Irán, por ejemplo, el acadio se convirtió en la lengua de la burocracia, mientras que los funcionarios locales tenían títulos sumerios, como gobernador (énsi) o general (shagina), que implican una dependencia total de Acad. Sin embargo, los gobernantes de Susa conservaron cierto grado de autoridad. Naram-Sin concluyó un tratado con un gobernante o alto funcionario anónimo de Susa, un documento escrito en lengua elamita pero en cuneiforme babilónico. El acuerdo no especificaba una sumisión a Acad, sino sólo una promesa por parte de los elamitas de seguir el ejemplo de Naram-Sin en los asuntos internacionales: «El enemigo de

Naram-Sin es mi enemigo. El amigo de Naram-Sin es mi amigo», de modo que la autonomía de Elam no se debe subestimar.

En Siria, los acadios se establecieron en algunos de los centros existentes, lo que se refleja en la presencia de guarniciones militares o de representantes comerciales. En Nagar (moderno Tell Brak), construyeron un edificio monumental con ladrillos estampados con el nombre de Naram-Sin. Sin embargo, su carácter —militar o administrativo— no puede establecerse. En Nínive, se dice que el rey Manishtushu construyó un templo dedicado a Ishtar, lo que sugiere que quería promover el culto a una diosa que era de especial importancia para su dinastía.

La cuestión sigue siendo cómo de completa era la presencia acadia en la periferia. En todo el Próximo Oriente aparecen documentos de estilo administrativo acadio: en la región de Diyala (probablemente parte del núcleo acadio); en Susa en Elam; Gasur y Asur en Asiria; Mari en el Éufrates Medio, y en el norte de Siria en varios lugares, como Nagar, Urkesh (moderno Tell Mozan), Shehna (moderno Tell Leilan) y Ashnakkum (moderno Tell Chagar Bazar). Sin embargo, los registros que utilizan el estilo acadio no son necesariamente una evidencia de una administración real acadia: al igual que a finales del Período Dinástico Arcaico, esto simplemente puede mostrar la propagación de las prácticas de los escribas del sur, pues el control territorial generalizado de la región parece poco probable. Los antiguos reyes acadios probablemente establecieron puntos a través de los cuales podían canalizar sus intereses comerciales, como Nagar, y posiblemente utilizaron la amenaza de la acción militar para obtener lo que querían. Las zonas más distantes estaban vinculadas a Acad por medios diplomáticos, incluidos

los matrimonios. Encontramos sellos de la hija de Naram-Sin, Taram-Agade, en la ciudad siria de Urkesh, y es probable que viviera allí como esposa del gobernante local. Una princesa del estado oriental de Marhashi estaba, por el contrario, casada con Sharkalisharri o con su hijo. Estos matrimonios indican que el antiguo estado acadio no existía en un vacío político, sino que estaba rodeado de estados con los que tenía que negociar en un nivel de igualdad. Desgraciadamente, estos últimos sólo los conocemos a través de la óptica acadia, por lo que no podemos evaluar su alcance o poderes con ningún grado de certeza.

La influencia de gran alcance de Acad tuvo un gran efecto en la forma en que los reyes se percibían a sí mismos y se presentaban a sus súbditos. Ya bajo Sargon el título tradicional «rey de Kish» llegó a significar «rey del mundo», utilizando la similitud del nombre de la ciudad de Kish y el término acadio para «todo el mundo habitado», *kishshatum.* Naram-Sin llevó la autoglorificación al extremo. Primero, introdujo un nuevo título, «rey de las cuatro partes del universo». Sus éxitos militares lo llevaron a proclamar un estatus aún más elevado. Después de aplastar una gran rebelión en Babilonia, dio el paso sin precedentes de convertirse en dios. Una inscripción única encontrada en el norte de Iraq pero no necesariamente erigida en tiempos de Naram-Sin, afirma que los ciudadanos de la capital lo solicitaron a las principales deidades del estado. Como ciudad recién fundada, Acad necesitaba su propia deidad protectora, y Naram-Sin había demostrado que podía cumplir ese papel cuando protegió la ciudad contra numerosos rebeldes:

> *Naram-Sin, el fuerte, rey de Acad: cuando las cuatro partes del universo juntas le eran hostiles, se mantuvo victorioso en nueve batallas en un solo año por el amor que Ishtar le tenía, y tomó cautivos a aquellos reyes que se habían levantado contra él. Debido a que había sido capaz de preservar su*

ciudad en tiempos de crisis, (los habitantes de) su ciudad le pidieron a Ishtar en Eanna, a Enlil en Nippur, a Dagan en Tuttul, a Ninhursaga en Kesh, a Enki en Eridu, a Sin en Ur, a Shamash en Sippar, y a Nergal en Kutha, que fuera el dios de su ciudad, Acad, y le construyeron un templo en medio de Acad[10].

A partir de entonces, su nombre aparece en textos precedidos por el signo cuneiforme derivado de la imagen de una estrella; indicaba que lo que seguía era el nombre de un dios.

Conceptualmente, esto lo colocó en una esfera muy diferente a la de los gobernantes anteriores. A los reyes anteriores se les había otorgado un culto después de la muerte, pero Naram-Sin lo recibió mientras aún estaba vivo. La corte inició un proceso de glorificación real también por otros medios. Quizás el más visible de estos esfuerzos fue en las artes. Los cambios estilísticos que se originaron en el reinado de Sargon culminaron en un refinamiento, naturalismo y espontaneidad asombrosos durante el reinado de Naram-Sin. Lo más impresionante es su estela de la victoria, una piedra de 2 metros de altura tallada en bajorrelieve que representa al rey liderando a sus tropas en la batalla en las montañas. Naram-Sin domina la composición en una pose de grandeza, y es mucho más grande que los que le rodean. Portador de la insignia de la realeza —arco, flecha y hacha de guerra—, también está coronado con el símbolo de la divinidad, el casco con cuernos (figura 4.1). El patrocinio de la corte también llevó la excelencia tecnológica y estilística a otras áreas de las artes, ya que la escultura de bulto redondo mostraba ahora un enorme refinamiento. La estatua de cobre de Bassetki (que contiene el texto sobre la divinización de Naram-Sin), por ejemplo, muestra un gran naturalismo en la representación del cuerpo humano. También presenta un gran avance tecnológico, ya que se hizo con la técnica de

la cera perdida, una técnica que se atribuye desde hace mucho tiempo a los griegos clásicos. La elegancia estilística de estas esculturas también es visible en las artes menores. Los sellos de los miembros de la familia real y de muchos otros en la administración acadia son obras de arte notables. Incluso la escritura de la época muestra un alto nivel de elegancia en el trazo de signos cuneiformes. La impresión que se obtiene de los restos materiales de este período es de habilidad, atención al detalle y talento artístico.

Sin embargo, la antigua hegemonía acadia era inestable, pues encontró resistencia tanto en Babilonia como en todo el Próximo Oriente, un problema exacerbado por las presiones externas sobre el estado. La oposición a Acad en Babilonia fue una característica permanente del período y pudo haber sido la causa principal de su fracaso. Las rebeliones fueron reprimidas violentamente; en varias de sus inscripciones, Rimush afirmó haber matado o desplazado a decenas de miles de hombres de las ciudades del sur. Incluso permitiendo la exageración, se trata de medidas muy drásticas. La descripción más elaborada de un levantamiento deriva del reinado de Naram-Sin, cuando se enfrentó a dos coaliciones de ciudades babilónicas: una al norte bajo Iphur-Kish, rey de Kish, y otra al sur bajo Amargirid, rey de Uruk. El hecho de que incluso la región de Kish, cerca de la capital, participara en la oposición a Acad es una señal de que la idea de un gobierno centralizado era intolerable en todas partes. Las batallas se describen como trabándose a campo abierto y entre dos ejércitos bien organizados con numerosos hombres. La capacidad de los rebeldes para montar esa oposición militar indica que las estructuras locales habían seguido existiendo incluso después de decenios de dominio acadio. Naram-Sin se proclamó vencedor en una rápida su-

cesión de batallas, y probablemente fue después de esto cuando se proclamó a sí mismo dios. La amenaza hacia su gobierno había sido seria. Probablemente no deja de ser irónico que Naram-Sin afirmara que se les pidió a los dioses de las mismas ciudades rebeldes que le concedieran el estatus divino.

Figura 4.1. La *Estela de Naram-Sin*. La escena muestra a Naram-Sin como un dios (identificado como tal por la corona de cuernos) liderando a sus tropas en la batalla contra un pueblo montañés llamado Lullubi en la breve inscripción que la acompaña. La representación es mucho más dinámica que en la anterior *Estela de*

los buitres. El rey aplasta a los enemigos bajo sus pies y uno de ellos es mostrado cayendo desnudo en el inframundo. Cuando se llevó la estela a Susa en el siglo XII a.C., el rey Shutruk-Nahhunte grabó su propia inscripción en la zona de la ladera de la montaña. Museo del Louvre, París. Caliza espicular, altura 2 m; anchura 1,5 m. Créditos: akg images/Erich Lessing.

La oposición a Acad en otras áreas del Próximo Oriente exacerbó estos problemas babilónicos. Dado que nuestro conocimiento de la presencia acadia en diferentes lugares es, en el mejor de los casos, aleatorio, y que la naturaleza de esa presencia variaba en el primer lugar, es difícil determinar cuándo y cómo fue rechazada con éxito. En Susa, en Elam, el gobernador local, Epir-mupi, apareció con el título «el Fuerte», un epíteto normalmente reservado para los reyes. Ititi de Asur asaltó Gasur, un acto que probablemente habría sido imposible si el gobernante acadio hubiera controlado firmemente ambas ciudades. Como realmente no sabemos cómo de directo era el dominio sobre estas regiones, no podemos determinar si esto representa un debilitamiento grave del dominio acadio.

Acad estaba frecuentemente a la defensiva, de hecho, contra amenazas militares de grupos dentro de o adyacentes a su zona de influencia. Uno de los principales opositores había sido siempre el estado iraní de Marhashi, que se encontraba al este de Susa. En el reinado de Sharkalisharri parece haber invadido Elam, y juntos los estados libraron una batalla contra Acad cerca de Akshak en la confluencia de los ríos Diyala y Tigris, un sitio muy cercano a la capital. La amenaza más grave provenía de los montañeses del este, los guti, cuya patria probablemente se encontraba en los Zagros. En la época de Sharkalisharri aparecieron cada vez en mayor número en Babilonia como colonos, lo que hizo necesario el nombramiento de un intérprete del lenguaje de

los guti en Adab. Aunque parecen haber entrado en Babilonia principalmente en el proceso de migración, su llegada no siempre fue pacífica.

Sharkalisharri luchó contra ellos en un lugar desconocido, y tenemos al menos una carta en la que se les acusa de robo de ganado.

La combinación de presiones internas y externas llevó a un rápido colapso del gobierno de Acad durante el reinado de Sharkalisharri. Todo el Próximo Oriente volvió a un sistema de estados independientes, algunos de los cuales ahora estaban gobernados por nuevas poblaciones. En Babilonia, los guti se apoderaron de varias ciudades-estado y pudieron haber sido la potencia más fuerte de la región, presentándose incluso como herederos de la dinastía de Acad. Uno de ellos, Erridu-pizir, erigió estatuas en Nippur a imitación de los reyes acadios y reivindicó su título de «rey de las cuatro partes del universo», añadido al de «rey de los guti». Sin embargo, no sustituyeron a Acad, ya que junto a ellos existían varios gobernantes independientes. El más conocido para nosotros es el estado de Lagash, donde una dinastía local dejó numerosos restos arqueológicos y textuales. Las estatuas e inscripciones de uno de sus reyes, Gudea, figuran entre las obras maestras del arte y la literatura mesopotámicas del tercer milenio (figura 4.2). En la ciudad de Acad, la dinastía de Sargon continuó gobernando. La situación era tan confusa que en la *Lista real sumeria* se exclamaba: «¿Quién era rey? ¿Quién no era rey?».

Fuera de Babilonia, la desaparición de la influencia acadia permitió el desarrollo de varios nuevos estados. En el norte de Siria, las personas que hablaban la lengua hurrita crearon un pequeño reino llamado «Urkesh y Nawar», posteriormente dos de sus principales ciudades, muy próximas

entre sí en el norte de Siria. En Mari, una «dinastía de generales» *(shakkanakku* en acadio) quizás ya existente en el reinado de Manishtushu, gobernó la ciudad como estado independiente durante los siguientes trescientos años. Susa se convirtió en la capital de un estado llamado Awan, una entidad política que pudo haber existido ya en el Período Dinástico Arcaico, extendiéndose desde el centro de los Zagros hasta el área al sur de Susa. Sin embargo, cuando Acad perdió su poder, un nuevo rey llamado allí Puzur-Inshushinak se embarcó en un importante programa de conquista militar. Unificó todo el suroeste de Irán y también ocupó partes del norte de Babilonia y del valle de Diyala, mientras que los guti dominaban el sur. Es quizás en este momento cuando una nueva escritura indígena entró en uso en el oeste de Irán. Aunque Puzur-Inshushinak encargó varias inscripciones en cuneiforme acadio, también hay algunas escritas en una escritura que llamamos elamita lineal, vagamente relacionada con el protoelamita y aún sin descifrar. Junto con un pequeño número de breves inscripciones en objetos como jarrones de plata, son evidencia del desarrollo de una escritura local que desapareció junto con Puzur-Inshushinak. Se convirtió en el blanco de las campañas militares de Gudea de Lagash y del primer gobernante de Ur III, Ur-Namma, que logró destruir su estado y ocupar Susa. Pero Puzur-Inshushinak pudo haber sentado las futuras bases para la centralización política en la región.

Figura 4.2. Estatua de Gudea. Esta estatua que muestra al gobernante de Lagash sentado es uno de los ejemplos más pequeños de un grupo de unos quince excavados en su capital, Girsu, y el único en el que se conserva íntegramente la imagen del rey. La inscripción en la falda dice que construyó templos para Nanshe y Ningirsu, y ofrece el nombre de la estatua «Ningizzida dio vida a Gudea, el constructor de la casa». Era costumbre en Mesopotamia que cada estatua tuviera su propio nombre. Museo del Louvre, París. Diorita; altura 46 cm; anchura 33 cm; diámetro 22,50 cm, AO 3293, AO 4108. Créditos: akg images/Album/Oronoz.

Documento 4.1. TRADICIONES POSTERIORES SOBRE LOS REYES

DE ACAD

Sargon y Naram-Sin en particular fueron recordados a lo largo de la historia mesopotámica en numerosos textos que les atribuyeron éxitos militares cada vez más extensos hasta verlos como gobernantes de casi todo el mundo. Sin embargo, estos textos también incluían desde el principio elementos de crítica contra Naram-Sin, mientras que contra Sargon sólo en el primer milenio. Un ejemplo de una tradición posterior sobre Sargon se encuentra en una crónica del primer milenio que habla de varios reyes antiguos:

Sargon, rey de Acad, subió al poder en la Era de Ishtar. No tenía rival ni igual, extendió su esplendor por todas las tierras y cruzó el mar por el este. En su undécimo año, conquistó la tierra occidental hasta su punto más lejano y la puso bajo su única autoridad. Colocó sus estatuas en el oeste y envió su botín a través del mar en balsas. Hizo residir a sus cortesanos a intervalos de cinco millas dobles y gobernó todas las tierras a la vez. Fue a Kazalla y la redujo a ruinas, destruyéndola hasta el último punto en el que un pájaro podía posarse. Después, en su vejez, todas las tierras se rebelaron contra él y lo asediaron en Acad.

> Pero Sargon salió a pelear y los derrotó, los derrotó y dominó a su gran ejército. Más tarde, Subartu se levantó con toda su fuerza y lo hizo tomar las armas. Sargon tendió una emboscada, la derrotó, venció a su gran ejército y envió sus posesiones a Acad. Desenterró tierra del pozo de arcilla de Babilonia e hizo una contrapartida de Babilonia junto a Acad. A causa de esta transgresión, el gran señor Marduk se enfureció y aniquiló a su pueblo con una hambruna. De este a oeste se rebelaron contra él, y él (Marduk) lo afligió con insomnio.
>
> Traducción según Glassner, 2004: 268-271.

El siglo de dominio e influencia acadia en todo el Próximo Oriente fue una importante novedad en la historia de la región. Los ejércitos jamás habían hecho campaña de manera tan consistente en un área tan amplia y los mesopotámicos nunca lo olvidaron. Sargon y Naram-Sin se convirtieron en paradigmas de poderosos gobernantes y fueron objeto de numerosas historias detalladas, creadas y conservadas durante casi dos milenios. La realidad y la ficción se combinaron en cuentos que les otorgaban logros cada vez mayores (documento 4.1). Estas creaciones literarias, a la vez que nos proporcionan abundante información, también plantean grandes desafíos para el historiador moderno (debate 4.1). ¿Cómo reconocemos los hechos históricos en los relatos que tenemos? ¿Cuánto añadieron a las imágenes de estos gobernantes los posteriores mesopotamios u otros habitan-

tes del Próximo Oriente para sus propios fines? Si no incluimos información de los relatos posteriores en nuestra reconstrucción histórica, aunque sean mucho más detallados y explícitos que los textos producidos durante los reinados de estos reyes, parece que ignoramos datos importantes. Sin embargo, algunos de esos mismos detalles pueden ser totalmente fabulosos, o estar entretejidos con anacronismos, y podrían producir sólo historias de cómo fueron percibidos esos reyes primitivos en épocas posteriores. Mantener los dos tipos de fuentes completamente separadas es imposible; los historiadores siempre llenarán los vacíos en el registro contemporáneo basándose en el conocimiento de las historias posteriores. Pero podemos trabajar para mantenernos conscientes de los anacronismos y «mejoras» que estas historias posteriores incluyen. Y podemos usarlos para estudiar a sus creadores, hombres tan distantes en el tiempo como los asirios del siglo VII, y tratar de entender por qué los antiguos gobernantes acadios dejaron una impresión tan profunda en ellos.

No todos los relatos posteriores presentaron a los reyes acadios bajo una luz positiva. Durante mucho tiempo Sargon fue visto sólo como un guerrero heroico, hasta que a mediados del primer milenio aparecen acusaciones de arrogancia. Naram-Sin ya había sido culpado por su insolencia a finales del tercer milenio. Se dice que destruyó el templo de Enlil en Nippur, por lo que fue castigado con la pérdida de su estado. Así que los mesopotámicos también vieron los aspectos negativos de estos estallidos de poder militar y el ensalzamiento que estos reyes expresaron en sus textos y su arte.

4.2. LA TERCERA DINASTÍAS DE UR

El período de fragmentación del poder después de la hegemonía de Acad duró poco. Aunque la cronología es confusa —la *Lista real sumeria* registra treinta y dos gobernantes que de otra manera serían en su mayoría desconocidos— probablemente sólo unos cincuenta años separaron la muerte del rey Sharkalisharri del comienzo de la reunificación babilónica, que comenzó con la expulsión de los guti. El rey Utu-hegal de Uruk cuenta cómo los persiguió desde el sur de Babilonia y devolvió la realeza a Sumer. Su hermano y sucesor, Ur-Namma, impuso el dominio de una nueva dinastía sobre toda Babilonia, utilizando la ciudad de Ur como su capital. Ur-Namma continuó el trabajo de Utu-hegal: obligó a someterse a los gobernantes autónomos y a los que dependían de los guti, pero los detalles son vagos. Ni sus inscripciones ni los nombres de sus años dedican atención a las batallas en Babilonia. ¿Hubo poca oposición, o no quiso describir cómo ganó la supremacía? En cualquier caso, al final de su reinado pudo reclamar un nuevo título, «rey de Sumer y Acad», que se refería a la totalidad de Babilonia. Sin embargo, la expulsión de los guti no se detuvo en las fronteras nacionales. Ur-Namma hizo campaña en la región del Diyala contra ellos, y esto lo llevó a entrar en conflicto con Puzur-Inshushinak de Awan, que había unificado una amplia zona de Irán occidental. Pronto Ur ocupó su capital, Susa.

Alrededor del año 2100 Ur-Namma comenzó la Tercera Dinastía de Ur (o Dinastía de Ur III), una sucesión de cinco gobernantes de la misma familia (para un listado de reyes, ver la Sección 2 de las Listas de Reyes al final del libro). De acuerdo con la *Lista real sumeria*, fue la tercera vez que Ur celebró la realeza, de ahí nuestra designación moderna. Durante unos setenta años, esta dinastía gobernó Babilonia y

las regiones adyacentes al este, utilizando una burocracia elaborada que produjo un gran número de documentos escritos. Prácticamente ningún período de la historia antigua del Próximo Oriente ofrece al historiador tal abundancia y variedad de documentación. De hecho, incluso en todas las historias antiguas de Grecia y Roma, hay pocos períodos en los que se encuentre una profusión similar de material textual. Y como la sucesión de nombres de años es bien conocida desde el comienzo del reinado de Shulgi hasta el final del reinado de Ibbi-Sin, podemos reconstruir la secuencia básica de los acontecimientos políticos durante unos noventa años. La corte real también produjo inscripciones conmemorativas de las campañas militares y de la actividad de construcción, y sus escribas compusieron una serie de himnos en honor a los reyes que hacen referencia a algunos de sus actos importantes (documento 4.2).

Los textos procedentes de archivos son más abundantes durante este período. Actualmente se han publican cerca de cien mil de ellos y se sabe que existen miles más en museos y otras colecciones. Van desde la simple recepción de una oveja hasta el cálculo de la cosecha de 38 millones de litros de cereales. Documentan muchos aspectos de la vida económica, incluyendo la agricultura en todos sus aspectos, la manufactura, el comercio, los impuestos y la venta de bienes, y provienen de muchas ciudades del estado. Los grupos más numerosos son de Ur, Umma, Girsu, Puzrish-Dagan, Nippur, Garshana e Iri-Sagrig (se desconoce la ubicación exacta de los dos últimos lugares) en la mitad sur de Babilonia. Pero se hicieron hallazgos más pequeños en Sumer y Acad. Irónicamente, esta abundancia presenta un gran desafío. Frente a esta masa de documentos, los académicos tuvieron que desarrollar enfoques que les escritos.

Prácticamente ningún período de la historia antigua del Próximo Oriente ofrece al historiador tal abundancia y variedad de documentación. De hecho, incluso en todas las historias antiguas de Grecia y Roma, hay pocos períodos en los que se encuentre una profusión similar de material textual. Y como la sucesión de nombres de años es bien conocida desde el comienzo del reinado de Shulgi hasta el final del reinado de Ibbi-Sin, podemos reconstruir la secuencia básica de los acontecimientos políticos durante unos noventa años. La corte real también produjo inscripciones conmemorativas de las campañas militares y de la actividad de construcción, y sus escribas compusieron una serie de himnos en honor a los reyes que hacen referencia a algunos de sus actos importantes (documento 4.2).

Los textos procedentes de archivos son más abundantes durante este período. Actualmente se han publican cerca de cien mil de ellos y se sabe que existen miles más en museos y otras colecciones. Van desde la simple recepción de una oveja hasta el cálculo de la cosecha de 38 millones de litros de cereales. Documentan muchos aspectos de la vida económica, incluyendo la agricultura en todos sus aspectos, la manufactura, el comercio, los impuestos y la venta de bienes, y provienen de muchas ciudades del estado. Los grupos más numerosos son de Ur, Umma, Girsu, Puzrish-Dagan, Nippur, Garshana e Iri-Sagrig (se desconoce la ubicación exacta de los dos últimos lugares) en la mitad sur de Babilonia. Pero se hicieron hallazgos más pequeños en Sumer y Acad. Irónicamente, esta abundancia presenta un gran desafío. Frente a esta masa de documentos, los académicos tuvieron que desarrollar enfoques que les permitieran consultar grupos de textos en lugar de documentos individuales. Esta tarea es complicada por el hecho de que la ma-

yoría de ellos cayeron en manos de los saqueadores y se dispersaron en innumerables colecciones por todo el mercado de antigüedades. Más seria es la impresión que da la masa de textos, esto es, que es completa en su cobertura de la actividad económica, aunque no es el caso. El registro es extremadamente sesgado, producido casi exclusivamente por el estado, e ilumina esa área de la sociedad, dejando otros aspectos, como la actividad de negocios privados, casi en la oscuridad. Si bien estos documentos proporcionan información sobre la vida económica de la época, también aparecen en ellos figuras políticas: cuando se menciona a reyes, reinas, altos funcionarios y dignatarios extranjeros, nos hacemos una mejor idea de cuándo y dónde estuvieron activos, cómo estaban relacionados y otros aspectos de la vida de las élites del estado.

Documento 4.2. HIMNOS A LOS REYES DE LA DINASTÍA DE UR III

Con la Dinastía de Ur III apareció una nueva forma de celebración real en forma literaria, la composición de himnos que cantaban alabanzas al rey. Sus logros eran muy variados, incluyendo especialmente habilidades en la guerra, pero también su capacidad como atleta, pareja sexual viril, erudito y gobernante justo. Los himnos conectaban al rey con el panteón, afirmando que los dioses lo protegían y lo promovían, y a veces declaraban que estaba relacionado con héroes míticos del pasado, como Gilgamesh. El género fue popular hasta

la última dinastía babilónica y se usó la lengua sumeria. Las composiciones son conocidas sobre todo por los manuscritos que los escolares escribieron a principios del segundo milenio, cuando integraban una parte importante de la formación de los escribas. Fue al rey Shulgi del Período de Ur III a quien se dedicó un mayor número de estos himnos, probablemente debido a su largo reinado de cuarenta y ocho años. El extracto que sigue elogia sus habilidades como estudiante y como guerrero, utilizando un lenguaje metafórico.

Soy un rey, descendiente de un rey y nacido de una reina. Yo, el noble Shulgi, he sido bendecido con un destino favorable desde el vientre. Cuando era pequeño, estaba en la academia, donde aprendí el arte de la escritura de las tablillas de Sumer y Acad. Ninguno de los nobles podía escribir en arcilla como yo. Allí donde la gente iba regularmente para la tutela en el arte de la escritura, me cualifiqué completamente en sustracción, adición, cálculo y contabilidad. La bella diosa Nanibgal, la diosa Nisaba, me proporcionó ampliamente el conocimiento y la comprensión. Soy un escriba experimentado que no descuida nada.

> Cuando me levanté, musculoso como un guepardo, galopando como un asno purasangre al galope, el favor del dios An me trajo alegría; para mi deleite, el dios Enlil habló favorablemente de mí y me dieron el cetro a causa de mi justicia. Pongo mi pie en el cuello de las tierras extranjeras; la fama de mis armas se establece hasta el sur y mi victoria se establece en las tierras altas. Cuando salgo para la batalla y la lucha a un lugar que el dios Enlil me ha ordenado, me adelanto al cuerpo principal de mis tropas y despejo el terreno para mis exploradores. Tengo una pasión positiva por las armas. No sólo llevo lanza y arpón, sino que también sé cómo manejar las piedras con una honda. Los proyectiles de arcilla, las bolas traicioneras que disparo, vuelan como una tormenta violenta. En mi rabia no dejo que fallen.
>
> Traducción: Jeremy Black *et al.*, **http: //etcsl.orinst.ox.ac.uk/cgi-bin/etcsl.cgi**? text=t.2.4.2.02#.

La falta de interés por este período por parte de los mesopotámicos posteriores es notable cuando se compara con el período de tiempo durante el que recordaron a los reyes de Acad y la cantidad de relatos que crearon sobre ellos. En los primeros siglos del segundo milenio, los gobernantes de Ur III eran conocidos principalmente a través del currículo escolar. Los estudiantes en ese tiempo copiaron himnos, co-

rrespondencia real y algunas inscripciones, pero se crearon pocas composiciones nuevas alrededor de los reyes de Ur III. El fracaso de Ur, más que su éxito, fue el foco de estos nuevos textos literarios. Poco después de su colapso se compusieron varios lamentos que describían las destrucciones de Ur, Nippur y otras ciudades del sur. Éstas no narran la ruina del estado de Ur III por su interés histórico, sino que probablemente tenían la intención de justificar la presencia de nuevas dinastías, que pudieron haber reclamado la restauración del orden después de grandes calamidades. En siglos posteriores, sólo aparecen un puñado de referencias a los reyes de Ur III. Estos están casi totalmente restringidos a presagios que dan comentarios vagos sobre la muerte de los reyes, como uno que afirma que Amar-Suen murió por «un mordisco de su zapato», una referencia que no entendemos. Estos reyes no dejaron la impresión en la conciencia mesopotámica que los acadios sí habían hecho.

El estado de Ur III era de un carácter diferente al de su predecesor: geográficamente más restringido en tamaño, pero internamente más centralizado. El propio estado tenía dos partes bien diferenciadas: el corazón de Sumer y Acad, y una zona controlada militarmente al este entre el río Tigris y los montes Zagros. En el exterior se encontraba el resto del Próximo Oriente con el que Ur mantenía contactos diplomáticos o donde sus ejércitos hacían incursiones. El sistema se desarrolló principalmente durante el reinado de cuarenta y ocho años del rey Shulgi, quien reestructuró el corazón del estado y conquistó las zonas adyacentes al este a partir de su vigésimo año de reinado. No se puso en marcha de la noche a la mañana —ni se mantuvo sin cambios con el tiempo—, pero en líneas generales funcionó de la siguiente manera.

El centro era la zona tradicional de Babilonia, incluido el valle inferior del Diyala. Estaba dividido en una veintena de provincias, en esencia los territorios de las antiguas ciudades-estado independientes. Los gobernadores los administraban en nombre del rey y se identificaban con el término sumerio énsi, que en los primeros tiempos de la dinastía había designado al gobernante soberano de la ciudad-estado. Los hombres a menudo provenían de familias locales prominentes, y el cargo de gobernador pasaba regularmente de padre a hijo. Otros miembros de la familia ocupaban altos cargos en la provincia. Parte de la estrategia del rey era, por lo tanto, mantener a estas familias de su lado, algo que también pudo haber perseguido a través del matrimonio. Por ejemplo, se sabe que Shulgi se casó al menos con nueve mujeres, cada una de las cuales pudo haber pertenecido a varias familias locales importantes. Los gobernadores controlaban principalmente las propiedades del templo, que eran especialmente extensas en el sur. Eran responsables del mantenimiento del sistema de canales y actuaban como los jueces supremos de la provincia. Al tiempo que representaban al rey, una amplia gama de poderes se concentraba en sus manos.

Paralelamente a la administración militar encabezada por generales (shagina en sumerio) había una administración civil de los gobernadores, aunque sus zonas de autoridad no siempre coincidían plenamente con las provincias. La provincia de Umma, por ejemplo, tenía un gobernador y varios generales, cada uno a cargo de un distrito separado. Los generales no eran nativos de la región en la que estaban destinados ni descendientes de familias antiguas prominentes, sino que el rey los elegía entre grupos de hombres que habían hecho su carrera en el servicio real. Muchos de ellos te-

nían nombres acadios o extranjeros (hurritas, elamitas, amorreos), estos últimos aparentemente recién llegados a Babilonia. Estaban personalmente vinculados al rey, a menudo se casaban con mujeres de la familia real, y recibían sus ingresos de las fincas agrícolas reales y de otras propiedades.

La administración central estableció un sistema de impuestos que recaudaba una parte sustancial de los recursos de las provincias. A este sistema se le dio la designación sumeria bala, que básicamente significaba 'intercambio'. Se trataba de un fondo masivo al que todas las provincias tenían que contribuir y del que retiraban bienes, lo que permitía al estado utilizar recursos de todo su territorio. El montante y la composición de las contribuciones de cada provincia dependían de su potencial económico y de la naturaleza de su sector productivo. Por ejemplo, Girsu proporcionaba grano, que crecía en abundancia, mientras que su vecina Umma también contribuía con productos manufacturados de madera, caña y cuero. Muchos de los impuestos los consumían localmente los dependientes de la corona, aunque algunos se enviaban a puntos de recolección especializados desde los cuales se distribuían en el momento y lugar en que se necesitaban los bienes. La contribución de cada provincia se calculaba por adelantado sobre la base de su potencial agrícola y de gestión. En el caso de los cereales, por ejemplo, los funcionarios medían el tamaño del área agrícola y calculaban la supuesta cosecha. Sobre la base de esta cifra, determinaban el importe que debía aportarse al estado. Al final del año, las contribuciones reales se comparaban con lo que se había exigido y, a menudo, el saldo positivo o negativo se trasladaba al año siguiente. Además, las contribuciones de la periferia, especialmente en forma de

ganado, se añadían al fondo del bala (véase más adelante). Las provincias podían retirar parte del fondo para cubrir sus necesidades, obteniendo así acceso a los recursos de sus vecinos. Los administradores del estado contabilizaban cuidadosamente todos estos movimientos de mercancías.

Bajo la Dinastía de Ur III, Sumer y Acad florecieron económicamente, en parte como resultado de obras regias. El registro arqueológico muestra que había un alto nivel de urbanización en ese momento y que la densidad de población era más alta que nunca. Las extensas actividades constructivas de los reyes en todo el estado también indican el grado de riqueza disponible. En sus nombres del año, los reyes a menudo conmemoraban la excavación de canales de irrigación para ampliar las zonas agrícolas disponibles. Necesitaban una gran fuerza de trabajo para estas obras y su organización tal vez sea la que mejor muestre el alcance de la influencia de la corona en la vida económica. Cientos de hombres sanos y muchas mujeres (llamados gurush y géme, respectivamente, en sumerio) fueron reclutados para proporcionar mano de obra al estado, y esa mano de obra también era parte del fondo del bala. Se pueden distinguir dos clases de trabajadores: los que trabajaban para el estado durante todo el año, y a los que sólo se les pedía que lo hicieran durante parte del año. El servicio se pagaba predominantemente en raciones —cebada, aceite y lana— cuyas cantidades dependían de la condición del trabajador. Por lo general, se les asignaban tareas específicas, como tejer o cortar la caña, pero cuando era necesario, en tiempos de gran demanda, podían ser transferidos a tareas agrícolas, para la cosecha o el mantenimiento de los canales. Parece que las personas cuya mano de obra sólo se requería a tiempo parcial se contrataban a sí mismas para el estado en otras ocasiones.

Dado que los activos del estado eran tan enormes, incluyendo campos, caladeros, talleres de fabricación, etc., la demanda de mano de obra era muy alta. El archivo Garshana, con una ubicación desconocida en la provincia de Umma, documenta que grandes grupos de mujeres podían ser contratadas como obreras no cualificadas en proyectos de construcción, en este caso la construcción de una finca de una princesa en el campo, para la que fueron contratadas con el objetivo de transportar ladrillos desde su lugar de fabricación hasta la obra. El estado de Ur III no era un régimen totalitario cuyos habitantes estaban totalmente sometidos a la burocracia, por lo que había que reclutar mano de obra ofreciéndole una compensación suficiente. Muchos textos registran la emisión de raciones, que se tuvieron que tomar de los recursos centrales del estado. La mayoría de los receptores los complementaban con los de la cosecha propia o con otro tipo de verduras y otros alimentos adquiridos. Algunos, sin embargo, recibieron todos sus suministros de alimentos del estado. El archivo de una pequeña ciudad cuya ubicación exacta desconocemos, Iri-Sagrig, incluye registros de distribuciones de sopa, carne, pescado, pan, dulces y cerveza a mensajeros y funcionarios reales.

Esta profunda organización se aplicó en todo el corazón del estado de Ur III, que incluía la región aluvial mesopotámica en la que se practicaba la agricultura de irrigación. Ur gobernaba los territorios hacia el este a través de medios diferentes a los que se empleaban en el centro del estado. Ur-Namma ya había llevado a cabo campañas en la zona entre el Tigris y los montes Zagros, y al final del reinado de Shulgi Ur controlaba completamente la zona desde Susa en el sur hasta la llanura de Mosul en el norte. Los reyes de Ur III impusieron un gobierno militar sobre esta región. Pusieron

en marcha un sistema de explotación directa que estaba encabezado por generales (shagina), que podían ser trasladados a su antojo de un centro a otro. El canciller real (sukkalmah) representaba los intereses de la corona y supervisaba el sistema desde la capital. Encargaba a los generales que recolectaran tributos calculados en números exactos de ganado bovino, ovino y caprino para ser adquiridos por el establecimiento militar. No hay información sobre cómo los soldados adquirían los animales, pero lo más probable es que los requisaran a las poblaciones locales. Se llevó un gran número de animales a Babilonia, donde se agruparon en un lugar cerca de Nippur llamado Puzrish-Dagan, que Shulgi fundó especialmente para este propósito en su trigésimo octavo año. Allí entraron en el sistema impositivo del bala y podían ser entregados como alimento para la corte o para ofrendas en embargo, recibieron todos sus suministros de alimentos del estado. El archivo de una pequeña ciudad cuya ubicación exacta desconocemos, Iri-Sagrig, incluye registros de distribuciones de sopa, carne, pescado, pan, dulces y cerveza a mensajeros y funcionarios reales.

Esta profunda organización se aplicó en todo el corazón del estado de Ur III, que incluía la región aluvial mesopotámica en la que se practicaba la agricultura de irrigación. Ur gobernaba los territorios hacia el este a través de medios diferentes a los que se empleaban en el centro del estado. Ur-Namma ya había llevado a cabo campañas en la zona entre el Tigris y los montes Zagros, y al final del reinado de Shulgi Ur controlaba completamente la zona desde Susa en el sur hasta la llanura de Mosul en el norte. Los reyes de Ur III impusieron un gobierno militar sobre esta región. Pusieron en marcha un sistema de explotación directa que estaba encabezado por generales (shagina), que podían ser traslada-

dos a su antojo de un centro a otro. El canciller real (sukkalmah) representaba los intereses de la corona y supervisaba el sistema desde la capital. Encargaba a los generales que recolectaran tributos calculados en números exactos de ganado bovino, ovino y caprino para ser adquiridos por el establecimiento militar. No hay información sobre cómo los soldados adquirían los animales, pero lo más probable es que los requisaran a las poblaciones locales. Se llevó un gran número de animales a Babilonia, donde se agruparon en un lugar cerca de Nippur llamado Puzrish-Dagan, que Shulgi fundó especialmente para este propósito en su trigésimo octavo año. Allí entraron en el sistema impositivo del bala y podían ser entregados como alimento para la corte o para ofrendas en los numerosos templos. Muchos animales fueron mantenidos por su lana. El número de animales implicados, tanto de los territorios orientales como de Babilonia propiamente dicha, era asombroso: los registros demuestran que hasta doscientas ovejas y cabras y quince cabezas de ganado podían pasar por Puzrish-Dagan en un solo día. La periferia oriental fue, de este modo, explotada por sus recursos animales, que entraron en la economía del corazón de la región.

Más allá de estos dominios orientales había grandes regiones consideradas hostiles y, con frecuencia, objetivos de campañas militares. Las inscripciones reales mencionan una variedad de pueblos y lugares que se asaltaban por el botín y los cautivos. Algunos de los estados que se encontraban allí ya existían en la época de Acad y seguían siendo formidables opositores. Los reyes de Ur III usaron la diplomacia para apaciguar a sus gobernantes: tres de los cinco reyes de Ur enviaron a sus hijas a casarse con príncipes iraníes. Al final la política fracasó: los estados orientales como Shimas-

hki permanecieron hostiles, y finalmente jugaron un papel importante en el derrocamiento del estado de Ur III. En el golfo Pérsico, Ur mantuvo los contactos comerciales que existían desde la antigua época acadia. Ya Ur-Namma afirmó haber restablecido el comercio con Magan, y a lo largo del Período de Ur III encontramos documentos administrativos que mencionan esa región. Los registros de los comerciantes indican que la tela tejida, abundantemente producida en Babilonia, se envió allí para ser cambiada por cobre y piedras como la diorita. Los contactos de Ur con el este y el sur tenían, por tanto, el propósito de obtener recursos minerales a través del comercio, la diplomacia y las incursiones militares.

Los reyes de Ur III se acercaron a las regiones del norte y del oeste de manera diferente. Establecieron relaciones diplomáticas con los estados de la región y no hicieron ningún intento de control militar. Ur-Namma arregló el matrimonio de una princesa de Mari con su hijo Shulgi, quizás con la esperanza de que este estado en el Éufrates Medio actuara como un amortiguador e intermediario con regiones más al norte. Los Estados sirios mantuvieron relaciones amistosas con Ur, pero los contactos fueron escasos. El registro arqueológico muestra que el urbanismo declinó en Siria a finales del tercer milenio. En la región a lo largo del río Khabur, las ciudades desaparecieron casi por completo, mientras en otros lugares se hicieron más pequeñas. Algunos estudiosos han sugerido que esto se debió al cambio climático, pero es discutible. Las incursiones de los reyes de Acad pudieron haber causado una recesión económica, y sólo las ciudades que controlaban las rutas comerciales continuaron manteniendo contactos con Babilonia. En las fuentes de Ur III de Babilonia encontramos referencias a perso-

nas de las ciudades sirias de Tuttul, Ebla y Urshu, y también aparecen mensajeros del puerto mediterráneo de Biblos. No hay indicios de que ninguna ciudad dominara Siria política o militarmente. Estos acontecimientos parecen haber permitido que las personas seminómadas ganaran mayor influencia y probablemente su número se amplió con personas que abandonaron la vida urbana.

Las interacciones militares de Acad con Siria habían sido reemplazadas por la diplomacia bajo Ur. Aunque los gobernantes de Ur III se proclamaron a sí mismos «reyes de las cuatro partes del universo», su alcance militar era geográficamente menor que el de los antiguos gobernantes acadios. Sin embargo, la coherencia interna del estado de Ur III era mayor. En Babilonia se instituyeron varias reformas para facilitar el funcionamiento del estado. El sistema impositivo del bala era una organización importante que permitía la recaudación y distribución de recursos en todo Sumer y Acad. La participación del estado en las economías locales fue enorme, y su empleo de hombres y mujeres fue extensivo. Se necesitaba una burocracia elaborada para dar cuenta de todos los movimientos de sus activos, razón por la cual hay tanta abundancia de registros administrativos. Los escribas que los escribieron tuvieron que ser entrenados para usar técnicas y fórmulas de contabilidad apropiadas. Vemos una uniformidad del sistema de escritura en los documentos oficiales en todo el estado de Ur III y es probable que se establecieran escuelas para enseñarlo. El sistema de pesos y medidas se simplificó, y es posible que Shulgi intentara introducir un calendario estándar en todo el país. Mientras que cada ciudad seguía usando su propia secuencia de nombres de meses, en su reinado apareció un calendario que se usaba en Puzrish-Dagan y en otros lugares para los negocios re-

gios. Sin embargo, nunca se impuso en toda la región, ni siquiera en las cuentas centrales, lo que demuestra que las prácticas locales tenían una gran resistencia. Sólo en el siglo siguiente, cuando la región volvió a estar políticamente fragmentada, se utilizó un calendario, el de Nippur, en toda Babilonia.

Los reyes siguieron una política activa para unificar la tierra también en términos ideológicos. Colocaron a sus hijos como sumos sacerdotes y sacerdotisas en los cultos mayores, y construyeron y restauraron templos por todo el reino (figura 4.3). Antes de su vigésimo año de gobierno, Shulgi fue deificado y sus sucesores asumieron este estatus cuando llegaron al trono. Eran considerados como dioses de toda la tierra, más que de ciudades individuales, y para ellos existían cultos en todo el estado. Se construyeron templos y estatuas de los reyes como dioses en varias ciudades, proporcionando así un foco de centralización también a través del culto. Muchos funcionarios utilizaban cilindros-sellos para certificar el negocio que emprendían, y en esos sellos normalmente figuraba una inscripción en la que se indicaba el nombre del propietario y su título (figura 4.4). Es importante que siempre se refirieran a su condición de «servidores del rey», lo que indica que su autoridad derivaba en última instancia de él. Además, la población daba a sus hijos nombres que hacían referencia al rey como dios, y se animaba a los funcionarios a cambiar sus nombres para incluir una referencia al rey. Nombres como «Shulgi es mi dios» eran comunes. La ideología del estado centralizado impregnaba así a toda la ciudadanía.

Sin embargo, podemos dudar de que en la práctica se alcanzara este ideal real. Las economías y jerarquías locales sobrevivieron de forma bastante independiente, aunque tu-

vieron que pagar impuestos y homenajes al rey en Ur. Las secuelas del colapso del estado de Ur III lo demuestran más claramente. Babilonia no experimentó un período de declive en ese momento, pero las regiones que habían formado parte del estado unificado volvieron a sus hábitos locales sin evidencias de interrupción. Esto no habría sido posible si sus economías se hubieran convertido en componentes especializados e interdependientes de un único sistema. Hay que recordar el sesgo de la documentación: casi todos los textos derivan de la burocracia estatal y describen las actividades del estado. Por lo tanto, sería fácil ver el estado de Ur III como un estado altamente autoritario, documentando y que dirigía todos los movimientos de sus dependientes. Pero dentro de esta abundancia de registros estatales vemos rastros de actividad económica que no estaba controlada por él. Los habitantes a menudo proporcionaba servicios al estado e interactuaban económicamente con otros en su propio nombre. También vemos que las variaciones regionales habían sobrevivido en muchos aspectos: en el sur, el estado administraba sus extensas propiedades a través de las haciendas de los templos que habían existido durante muchos siglos, mientras que en el norte se dependía más de agentes individuales que podían haber contratado otros negocios por separado. Otras tradiciones sobrevivieron a lo largo de este período, y no hay que olvidar la multiplicidad de los sistemas locales.

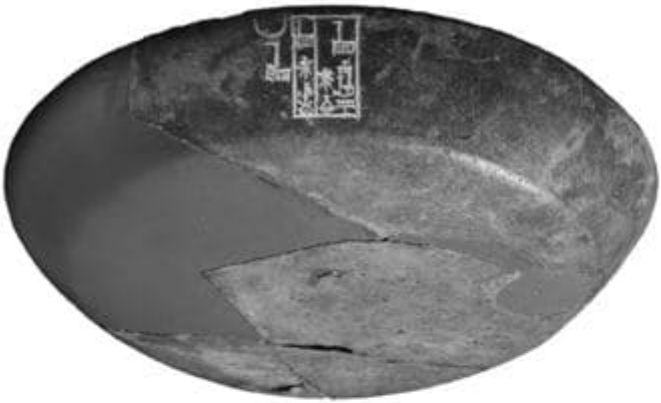


Figura 4.3. Plato inscrito con el nombre de la suma sacerdotisa del dios Nanna. Este plato fue extraído en Ur y contiene una breve inscripción que identifica al propietario o donante como «Enmahgalanna, la sacerdotisa de (el dios lunar) Nanna». Al lado hay un pictograma inusual del creciente lunar y el signo cuneiforme EN, «sacerdotisa». Por otros textos sabemos que Enmahgalanna era hija del rey Amar-Suen. British Museum, Londres. 19 cm base; 24,30 cm borde exterior, altura 3,50 cm.
Créditos: © The Trustees of the British Museum.

Figura 4.4. Cilindro-sello con su impronta, utilizado por el oficial del rey Ibbi-Sin, Ilum-bani. Este es uno de los típicos cilindros-sellos de un oficial de Ur III, que muestra al dueño del sello siendo presentado a una deidad sedente a través de una diosa intercesora. La inscripción también tiene un texto muy estándar para la época. Alaba al rey Ibbi-Sin como rey de Ur y de las cuatro partes del universo, y afirma que Ilum-bani, un funcionario *nubanda*, era su sirviente. Esto sugiere que este era el sello que usaba para los asuntos oficiales. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York, regalo de Martin y Sarah Cherkasky, 1988 (1988.380.2). Hematita; altura 2,8 cm, diámetro 1,7 cm.
Créditos: © 2014 The Metropolitan Museum of Art/Art Resource/Scala, Florencia.

El final de la hegemonía de Ur fue repentino y (como de costumbre) no entendemos del todo qué pasó ni cuáles fueron las principales causas. Tanto los factores internos como los externos jugaron un papel importante. Dentro de la propia Babilonia, las antiguas ciudades-estado y sus gobernadores locales siempre habían cultivado sentimientos de independencia. A principios del reinado del último rey de Ur, Ibbi-Sin, las provincias dejaron de contribuir con sus impuestos, y para su noveno año todo el sistema del bala había desaparecido. Los escribas ya no fechaban sus cuentas con los nombres de Ur III en Puzrish-Dagan, Garshana e Iri-Sagrig después del año 3 de Ibbi-Sin, en Umma después del año 5 y en Girsu después del año 6, lo que indica que estas ciudades habían roto sus lazos con Ur. En el octavo año de Ibbi-Sin, un hombre llamado Ishbi-Erra estableció una dinastía independiente en Isin, cerca de Nippur, el centro religioso de Babilonia, y pronto anexionó esa ciudad. Simultáneamente, una hambruna pudo haber golpeado la región de Ur. La correspondencia del rey, conocida sólo por copias posteriores y quizás ficticias, incluye cartas en las que Ibbi-Sin imploraba a Ishbi-Erra que adquiriera grano en el norte a cualquier precio que fuera necesario. En Ur, parece que el

grano subió quince veces su precio y ya no se podía utilizar como forraje. No está claro en qué medida esta situación se debió a la falta de buenas cosechas o a la negativa de las provincias a pagar sus impuestos. La idea de que el cambio climático, las inundaciones o las sequías contribuyeron a los problemas parece verse contradicha por el hecho de que ciertas esferas de la economía se desempeñaban bien en este momento. Ur tenía un taller que producía bienes preciosos para los templos y el palacio, y los relatos del decimoquinto año de Ibbi-Sin indican que ese año se utilizaron unos dieciocho kilogramos de oro y setenta y cinco kilogramos de plata. Las arcas del estado aún estaban bien abastecidas y, a pesar de sus muy reducidos poderes, Ibbi-Sin permaneció como rey durante veinticinco años.

El golpe decisivo para Ur vino de fuera de Babilonia. El gobernante de Shimashki, que había sido el principal oponente de Ur en el este, se apoderó de Susa y Elam cuando la autoridad de Ibbi-Sin disminuyó en su tercer año. Dos décadas más tarde se volvió contra la misma Babilonia. Capturó la capital, Ur, y deportó al rey Ibbi-Sin a Susa. Durante unos siete años los elamitas ocuparon la ciudad, hasta que Ishbi-Erra de Isin los expulsó. Ishbi-Erra y sus sucesores afirmaban ser los herederos de los reyes de Ur, pero no podían controlar la misma área geográfica. Más y más ciudades-estado independientes surgieron en Babilonia, una situación que analizaremos en el próximo capítulo. El centro de atención de Babilonia en el siglo XXI es tan brillante que a menudo se ignora el resto del Próximo Oriente en las reconstrucciones históricas. Las regiones normalmente se pueden estudiar sólo cuando estaban en la órbita de Ur, pero los estados del este, como Shimashki en Irán, escaparon al control de Ur. Y estas fuerzas externas aprovecharon la oposición

interna al dominio centralizado de Ur para poner fin a ese estado.

En el apogeo de sus poderes, la corte real de Ur patrocinó la creatividad literaria, que en gran medida estaba a su propio servicio, ya que los textos incluían muchos himnos de alabanza a los reyes (documento 4.2). También es probable que gran parte de la literatura sumeria sobre héroes como Gilgamesh estuviera compuesta en ese momento, y los reyes de Ur III afirmaron que estaban relacionados con ellos (por ejemplo, Shulgi alegó que era el hermano de Gilgamesh). Pero casi ningún manuscrito del Período Ur III de esa literatura sobrevive. Los conocemos por las copias que los estudiantes hicieron durante su formación a principios del segundo milenio. Los himnos de alabanza a los reyes de Ur III formaban parte del plan de estudios, y los escribas aprendieron de la grandeza de la dinastía a una temprana edad.

Al mismo tiempo, sin embargo, copiaban literatura que se centraba en los fracasos de Ur. Dos tipos de textos se ocupaban especialmente de este tema. El más explícito fue un grupo de poemas que llamamos «lamentos de la ciudad». Describían cómo los dioses se disgustaron con las principales ciudades de Ur III, Ur, Nippur, Eridu y Uruk, los abandonaron y los dejaron en manos de los elamitas para que los destruyeran. El *Lamento por la destrucción de Sumer y Ur* narra cómo se llevaron al rey Ibbi-Sin encadenado a Elam. Un segundo tipo de texto que los estudiantes copiaron decía ser parte de la correspondencia que los reyes de Ur mantenían con los oficiales. Éstos identificaron como el principal enemigo del estado a un grupo de personas llamadas amorreos, el tema de otra literatura de la época que los describe como la negación de la vida civilizada. El papel de los amo-

rreos en la historia de Oriente Próximo es una cuestión difícil (debate 5.1), y hay pocas pruebas del Período de Ur III que confirmen la imagen que dibuja la correspondencia real. Sin embargo, a principios del segundo milenio se les asignó gran parte de la culpa del colapso de Ur.

Después del Período Paleobabilónico, parece que los recuerdos de Ur III se volvieron vagos. A diferencia de la dinastía de Acad, sus éxitos militares fueron ignorados y en los presagios Ibbi-Sin se convirtió en el modelo de un gobernante cuyo reinado terminó en desastre, de modo que el fin de la dinastía fue más interesante que sus éxitos. Como dice el *Lamento por la destrucción de Sumery Ur*: «A Ur se le dio la realeza, pero no un reinado eterno».

Debate 4.1. ¿PODEMOS CONFIAR EN LOS RELATOS MESOPOTÁMICOS POSTERIORES SOBRE LA DINASTÍA DE ACAD?

La dinastía de Acad nunca fue olvidada en la antigua Mesopotamia: en el período persa, cerca de dos mil años después de su muerte, una estatua del rey Sargon todavía recibía ofrendas como si fuera un dios. Él y varios de sus sucesores, pero especialmente Naram-Sin, fueron objeto de una larga tradición de leyendas, que con el tiempo les atribuyeron hazañas cada vez mayores (Westenholz, 1997). No sólo los babilonios, sino también los asirios, hititas e incluso egipcios, leyeron sobre ellos. Se siguen descubriendo nuevos textos, incluyendo un relato de

las habilidades heroicas de Sargon escrito por asirios en el siglo XIX y recientemente encontrado en su colonia anatolia de Kanesh (Günbatti, 1997). El significado de ese texto es muy debatido: algunos dicen que es una parodia (*e.g.*, Foster, 2005: 71-75), otros que debe tomarse en serio (*e.g.*, Dercksen, 2005). A mediados del primer milenio Sargon fue representado como viviendo en el borde del mundo con el único sobreviviente de la inundación, Utnapishtim, y una descripción de su «imperio» lo extiende desde Creta en el Mediterráneo hasta Omán y desde Anatolia hasta Egipto (Van de Mieroop, 1999a: 59-76).

¿Cómo de fiable es esta información y cómo de útil es para nuestra comprensión de la dinastía de Acad? Algunos especialistas adoptan un enfoque maximalista y argumentan que sería imprudente ignorar lo que estas historias nos cuentan. Sus autores vivieron mucho más cerca de los acontecimientos que nosotros y debieron de haber tenido acceso a información ahora perdida (Hallo, 1998 y 2001; véanse también allí los términos maximalista y minimalista). Por supuesto, debemos ignorar las exageraciones, pero hay un «núcleo histórico» que descubrir a

través del examen crítico de las leyendas combinadas con otras fuentes (Potts, 2001). ¿Qué puede servir como evidencia externa que, sin embargo, ayude a verificar las afirmaciones hechas en las leyendas? Regularmente parece haber un razonamiento circular. Por ejemplo, la literatura de *omina* a veces reclama el haber descrito signos que aparecieron cuando algo le sucedió a un rey de Acad, como cuando Naram-Sin conquistó la ciudad de Apishal, probablemente en el noroeste de Siria. Algunos estudiosos han afirmado que las alusiones históricas en los augurios son la única información fiable que los mesopotámicos nos proporcionaron (Finkelstein, 1963). Pero estas referencias se derivan claramente del mismo trasfondo que las leyendas de los reyes (véase Liverani, 1993a, para un estudio de la literatura hasta entonces).

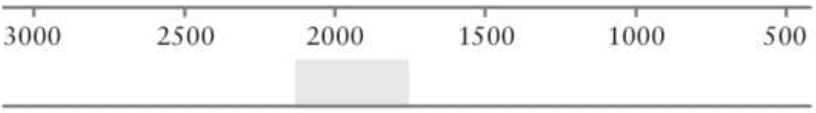
También aparecen actitudes minimalistas mucho más críticas, y algunos argumentan que no hay indicios de que los hechos reales inspiraran ninguna creación literaria en Mesopotamia (Cooper, 2001). Es más importante estudiar el contexto en el que se escribió un relato que los detalles históricos que pretende dar, ya que todas

las historias forman parte de su propio mundo mental (Beckman, 2005). Así, los eruditos han tratado de conectar las leyendas sobre los reyes de Acad con momentos posteriores de la historia mesopotámica. Por ejemplo, cuando alrededor de 1950 el gobernante de Isin,

Ishme-Dagan, planeó restaurar el templo del Ekur en Nippur, un grupo de su corte desarrolló un relato sobre el maltrato del santuario por parte de Naram-Sin para instar al rey a restaurarlo a su gloria preacadia (Liverani, 1993a). El problema con tal análisis es que a menudo no sabemos exactamente cuándo se compuso una obra literaria en particular. Estudiamos manuscritos que pueden reproducir o editar historias que existieron durante siglos. Así que es más apropiado preguntarse por qué alguien habría escrito una historia sobre los reyes de Acad en el momento de la datación de los manuscritos (Van de Mieroop, 1999a). Las leyendas no son fuentes sobre los reyes a los que describen, sino sobre la gente que pensó que esos cuentos eran de suficiente interés para leerlos.

5

EL PRÓXIMO ORIENTE A COMIENZOS DEL SEGUNDO MILENIO



2019	Ishbi-Erra funda una dinastía en Isin
***ca.* 1970-1719**	Karum-Kanesh
1898	Comienzo de los enfrentamientos entre Isin y Larsa
1835	La dinastía de Kudur-Mabuk se establece en Larsa
***ca.* 1800-1762**	Archivos de Mari
1793	Rim-Sin de Larsa conquista Isin
1763	Hammurabi de Babilonia conquista el sur de Babilonia
1762	Hammurabi saquea Eshnunna
1761	Hammurabi conquista Mari

En los cuatro siglos comprendidos entre los años 2000 y 1600 existieron estructuras políticas y sociales similares en todo el Próximo Oriente. Numerosos estados se extendieron por el paisaje desde el oeste de Irán hasta la costa mediterránea y sus gobernantes, todos militares, compitiendo por el poder, se unieron en alianzas siempre cambiantes y efí-

meras. Un pasaje de una carta de la excavación en Mari y escrita a principios del siglo XVIII resume bien la situación:

> *Ningún rey es verdaderamente poderoso por sí solo. De diez a quince reyes siguen a Hammurabi de Babilonia, Rim-Sin de Larsa, Ibal-pi-El de Eshnunna o Amut-pi-El de Qatna; pero veinte reyes siguen a Yarim-Lim de Yamkhad*[11].

Un conjunto de poderosos gobernantes, desde el sur de Babilonia hasta el oeste de Siria, habían dividido el Próximo Oriente obligando a los reyes más pequeños a ser sus vasallos. La abundante correspondencia diplomática, especialmente desde el palacio de Mari, situado estratégicamente en la frontera entre Babilonia y Siria, ofrece un detalle sin precedentes sobre la situación política y militar de la época. Muestra que la guerra era casi constante y que los reyes repetidamente formaban y rompían alianzas, se traicionaban unos a otros y se volvían contra sus antiguos amigos sin ningún reparo. Parece que no confiaban en nadie, ni siquiera en su propia corte, y su supervivencia dependía no sólo del liderazgo militar, sino también de la habilidad diplomática. Después de 1800, algunos lograron establecer el dominio sobre territorios más extensos, siendo el más famoso Hammurabi de Babilonia; pero estas unificaciones sólo tuvieron una vida breve. No existe una clara división cronológica entre los momentos de fragmentación política y los de centralización. Aquí exploraremos la primera, que todavía ejemplifica la estructura política básica del Próximo Oriente en su historia más antigua, la ciudad-estado predominante. En el próximo capítulo examinaremos los momentos de centralización. Por este motivo, no es posible aportar una secuencia puramente cronológica de la narrativa.

Con el comienzo del segundo milenio, nuestra comprensión de la historia del Próximo Oriente se vuelve muy amplia en términos geográficos. Escribir en cuneiforme se con-

virtió en una habilidad común conocida desde el suroeste de Irán hasta el centro de Anatolia y el oeste de Siria. Babilonia claramente continuó siendo la fuente de la mayoría de las tradiciones de los escribas. Su lengua, que ahora puede ser identificada como un dialecto separado del acadio, fue utilizada casi en todas partes por hablantes nativos de otras lenguas (amorreo, hurrita, elamita), que también adoptaron el estilo de escritura y la ortografía del sur. La excepción más prominente a esto aparece en una colonia en Anatolia central de mercaderes de Asur que escribieron un dialecto distinto del acadio, el asirio antiguo. Utilizaban diferentes formas de los signos cuneiformes y los leían a menudo de manera poco convencional. Esto es aún más notable si se tiene en cuenta que los textos oficiales encontrados en su ciudad natal eran de carácter babilónico. El sumerio floreció como lengua de la cultura, pero casi exclusivamente en Babilonia.

Existe una gran variedad en el origen de los textos de que disponemos, ya que derivan tanto de contextos institucionales como privados. Sin embargo, la fuente primaria varía regionalmente. En Babilonia, los registros cuneiformes recuperados proceden predominantemente de contextos privados, en gran contraste con el Período de Ur III, cuando casi todos procedían de archivos centrales. Es notable la extensión de la alfabetización en la región; incluso en las aldeas pequeñas había personas que sabían leer y escribir. En las colonias asirias de Anatolia también encontramos únicamente registros privados, pero en otras partes del Próximo Oriente son los palacios y otras instituciones reales los que proporcionan casi todos los textos de principios del segundo milenio (recuadro 5.1). Especialmente en el norte de Siria, las cancillerías reales entrenadas en las prácticas babilónicas dejaron los escritos que tenemos. Un género de escri-

tura que floreció en estos siglos es el epistolar, y tenemos restos de la correspondencia de comerciantes en Babilonia y Asur, miembros de cortes reales, oficiales, generales, embajadores, etc. La mayoría de las veces se escribían sobre asuntos de negocios, pero de vez en cuando se vislumbran otras preocupaciones —salud, amor, rivalidades...—. Las cartas nos proporcionan una visión más íntima de las personas que estudiamos, una perspectiva que no estaba disponible antes de este período.

Recuadro 5.1. LAS CARTAS DE MARI

Las excavaciones francesas realizadas desde los años treinta en el yacimiento de Mari en Siria han desenterrado un gran palacio real de los siglos XIX y XVIII en el que se encontraron unas 20 000 tablillas. Muchas de ellas son cartas escritas entre el palacio y sus representantes de la corte, tanto propios como extranjeros. Debido a la ubicación de Mari entre Babilonia y Siria, y entre las zonas agrícolas del valle del Éufrates y la estepa utilizada por las tribus seminómadas, las tablillas nos informan sobre una amplia gama de asuntos políticos y militares en todo el Próximo Oriente y sobre las interacciones entre los pueblos asentados y los pastores. Las cartas eran documentos cuidadosamente redactados en los que los escribas a menudo resumían las preguntas u ór-

denes originales antes de dar una respuesta. Estaban compuestas según las formas babilónicas: el idioma, el estilo de escritura y las formas de las tablillas eran de origen meridional, aunque la mayoría de la gente de Mari y de otras cortes con las que Mari estaba en contacto hablarían una lengua semita occidental en lugar del acadio. Las influencias de las lenguas vernáculas se pueden identificar en las cartas de varias regiones. Cuando Hammurabi conquistó Mari en 1761, sus escribas inventariaron los archivos del palacio e identificaron y retiraron cartas relacionadas con asuntos babilónicos, que probablemente fueron llevadas a la capital. Esto indica lo importantes que él consideraba estos archivos diplomáticos.

La corte de Mari no era la única que tenía esos archivos: los palacios excavados en Qattara (Tell Rimah), Shushara (Shemshara), Shubat-Enlil (Tell Leilan) y otros han producido archivos diplomáticos más pequeños pero similares. Muestran como la totalidad de Siria y Mesopotamia formaron un sistema integrado de reinos cuyos gobernantes tuvieron que permanecer informados para sobrevivir.

5.1. PUEBLOS NÓMADAS Y SEDENTARIOS

Todos nuestros textos y restos arqueológicos proceden de ciudades y otros asentamientos permanentes. En todo el Próximo Oriente, las ciudades florecieron en este período y zonas como el norte de Siria, cuyas ciudades habían experi-

mentado un declive a finales del tercer milenio, volvieron a estar plenamente urbanizadas en el siglo XIX. Sin embargo, en la vida política y social del Próximo Oriente eran muy importantes las personas cuyo sustento no estaba ligado a la agricultura de cereales que sostenía los centros urbanos. Se trataba de pastores seminómadas que pasaban parte del año moviéndose con sus rebaños en busca de pastos en la estepa y la otra parte en los pueblos cercanos a los ríos. Estas personas son una característica duradera en el Próximo Oriente, pero en ciertos períodos se hicieron más visibles en el registro urbano porque interactuaron más estrechamente con los residentes de la ciudad, compitiendo por el poder político. Se les dieron diferentes denominaciones, siempre desde el punto de vista de los habitantes de las ciudades que escribieron los textos. A finales del tercer milenio y principios del segundo milenio parecen haber sido agrupados bajo el nombre de amorreos, que coincidía con el término para 'oeste', en acadio *amurru*. La expresión 'amorreo' no se refería a un grupo étnico o tribal bien definido, sino que su uso era flexible y se refería principalmente a personas que se consideraban de origen seminómada y con raíces en el oeste. La cuestión de quiénes eran los amorreos y cuál era su papel en las sociedades del Próximo Oriente a principios del segundo milenio es muy discutida (debate 5.1). Aquí nos centraremos en su estilo de vida pastoril.

La vida de los pastores giraba en torno a sus rebaños. En todo el Próximo Oriente, millones de ovejas y cabras fueron pastoreadas por sus denominados recursos renovables: especialmente lana y pelo y, cuando mueren, pieles, huesos, cuernos y tendones. Aunque la población también comía carne, era un lujo, así que relativamente pocos animales eran sacrificados. El entorno natural, con sus veranos secos,

obligaba a trasladar los rebaños a diferentes pastos. En verano, se quedaban cerca de los fértiles valles fluviales, cerca de las ciudades y pueblos, mientras que en invierno la estepa tenía suficiente vegetación como para que pastaran los animales. Los patrones de movimiento estaban bien planeados y los grupos usaban los mismos pastos invernales año tras año. Los pastores llevaban así una vida híbrida — sedentarios en las aldeas en verano, nómadas en la estepa en invierno— y los estudiosos modernos utilizan el término seminómada para referirse a ellos.

Las interacciones entre los nómadas y los sedentarios tuvieron lugar a varios niveles. Los dos grupos eran económicamente complementarios, pues uno de ellos producía productos de origen animal y el otro productos agrícolas y artesanales, y el intercambio beneficiaba a ambos. Tuvieron que tomar medidas para asegurar que los animales no destruyeran los cultivos de cereales al pastarlos o pisotearlos, pero los agricultores también pusieron los campos en barbecho a disposición de los rebaños para el pastoreo, lo que alentaba el crecimiento de las plantas y proporcionaba fertilización natural. Debido a esta interacción, las ciudades y los estados pudieron imponer cierto control sobre los pastores. Dependiendo de la proximidad de las aldeas de los pastores y de los pastizales a los centros de poder, estaban más o menos sujetos a la dominación política, a los gravámenes militares y laborales y a los impuestos.

Cada vez que los pastores se movían en la órbita de las sociedades establecidas, entraban en el ámbito de la documentación escrita que estudiamos. A principios del segundo milenio, se nos proporciona un registro informativo único de los archivos del palacio de Mari en el Éufrates Medio. Esa ciudad controlaba un largo tramo del valle del Éufrates,

que incorporaba pueblos de pastores que utilizaban la estepa siria como pasto de invierno. La organización social de los pastores seminómadas era tribal. Los individuos decían que descendían de un antepasado común, real o ficticio, pero esas filiaciones eran laxas: a veces las tribus absorbían a otras y algunas personas cambiaban de tribu. Las tribus eran unidades sociales flexibles. Los que vivían alrededor de Mari se dividían en dos grandes ramas: «de la izquierda», es decir, al norte, frente al sol naciente, los sim'alitas, y «de la derecha», es decir, al sur, los yaminitas. Estos últimos eran los que vivían más cerca de la ciudad y de los que conocemos mejor sus subdivisiones. Entre ellos se encontraban, por ejemplo, los amnanu y yakhruru, grupos que también estaban presentes en Babilonia. Por tanto, tenían una larga historia a principios del segundo milenio, y las tribus de una amplia zona geográfica pudieron reivindicar una ascendencia común. Se dieron nombres tribales tanto a las personas asentadas como a las no asentadas, una práctica que muestra la hibridación del estilo de vida de los pastores.

En las interacciones entre Mari y los grupos de pastores, el palacio tenía el mayor control sobre aquéllos cuyos pueblos estaban cerca de las zonas agrícolas. Sus habitantes eran objeto de censos, tenían que prestar servicios laborales y militares, y los jefes eran responsables de las interacciones del grupo con el palacio. Las tribus más distantes, como los suteos, escaparon a este control y a menudo la relación de Mari con ellos se presenta en términos muy negativos. Fueron acusados constantemente de ser ladrones y asesinos, una imagen que derivaba en parte de los prejuicios comunes que se tenía contra los no asentados. Por otra parte, no debemos descartar completamente los relatos por intoleran-

tes: la competencia por los escasos recursos entre agricultores y pastores podría haber sido feroz y violenta.

Las investigaciones etnográficas muestran que la sedentarización por parte de los pastores nómadas solía tener lugar entre los más ricos y los más pobres del grupo. Los pastores más destacados no podían continuar expandiendo el tamaño de sus rebaños, ya que no habrían sido manejables, así que comenzaron a invertir parte de su riqueza en la tierra, y se establecieron para cuidarla. Los más pobres tenían muy pocos animales para mantenerse y trataban de conseguir empleo entre la población asentada, incluso como mercenarios en los ejércitos. En los albores del tercer al segundo milenio, vemos un aumento importante en la presencia de personas designadas como amorreos en ciudades de todo el Próximo Oriente, y durante los primeros cuatro siglos del segundo milenio muchas personas afirmaron ser de ascendencia amorrea. Los amorreos habían estado presentes en el Próximo Oriente desde mediados del tercer milenio, como se documenta en textos de Shuruppak y de la antigua dinastía de Acad. En los textos de Ur III aparecieron en cifras cada vez mayores: podemos reconocerlos ya sea porque se identifican explícitamente como amorreos, o porque sus nombres están en lengua amorrea, una lengua semítica distinta del acadio. Aunque eran activos en todos los niveles de la sociedad, incluso como generales en el ejército, la tradición de principios del segundo milenio culpó en gran medida a los amorreos del colapso del estado de Ur III. La literatura de la época incluía descripciones muy negativas. Un poema llamado *Matrimonio de Martu* dice, por ejemplo:

> *(El amorreo) está vestido con pieles de oveja;*
> *vive en tiendas de campaña bajo el viento y la lluvia;*
> *no ofrece sacrificios.*
> *Armado [vagabundo] en la estepa,*

desentierra trufas y está inquieto.
Come carne cruda,
vive su vida sin un hogar,
y, cuando muere, no es enterrado de acuerdo a los rituales apropiados[12].

La vida amorrea era, pues, totalmente opuesta a la vida urbana civilizada.

Tras la desaparición del estado de Ur III y la fragmentación política que siguió en Babilonia, a partir de mediados del siglo XX algunas de las nuevas dinastías reivindicaron la ascendencia amorrea, y lo mencionaban con orgullo en contraste con la representación negativa del amorreo en la literatura. Después del 1800, Hammurabi de Babilonia, que llegó a gobernar un gran territorio urbanizado, todavía se refería a sí mismo como «rey de los amorreos» y bajo su cuarto sucesor, Ammisaduqa, una lista de antepasados de la dinastía reconoció explícitamente que eran amorreos. Los mismos nombres aparecieron en una lista de antepasados del rey Shamshi-Adad encontrados en Asur y, por lo tanto, tal vez había un conjunto de antepasados comunes que todos los amorreos reconocían. No había ningún estigma asociado a ser amorreo.

De la información fragmentaria y a veces contradictoria surge esta situación. Los grupos de pastoreo seminómadas existían en todo el Próximo Oriente desde el surgimiento de la agricultura; el pastoreo y la agricultura eran actividades complementarias y se originaron al mismo tiempo. A mediados del tercer milenio, el nombre 'amorreo' se hizo común para referirse a los pastores, y entre ellos surgieron algunos individuos en las jerarquías políticas de las ciudades-estado existentes, a menudo a través de una carrera militar. Cuando el poder centralizado en Babilonia se desmoronó a principios del segundo milenio, los hombres con nombres

amorreos pudieron hacerse con el trono en varias ciudades-estado. Posiblemente debido a la competencia entre los viejos y nuevos linajes de autoridad, entre sumerios y acadios urbanos y amorreos no urbanos, se hizo hincapié en estos antecedentes. El claro reconocimiento de las raíces dinásticas fuera de las ciudades en las listas de antepasados puede indicar que la importancia del concepto de ciudad-estado como centro de todo el poder estaba menguando, y que la idea de un territorio más grande como unidad política comenzaba a desarrollarse. Sin embargo, la presencia de los amorreos en todo el Próximo Oriente no se tradujo en la creación de un nuevo ideal cultural. En Babilonia, los amorreos adoptaron plenamente la cultura existente, incluido el uso del sumerio y el acadio para su literatura; en ningún lugar se convirtió la lengua amorrea en lengua oficial del registro escrito.

5.2. BABILONIA

El fin de la hegemonía de Ur sobre Sumer y Acad no condujo a una inmediata fragmentación del poder político allí. A principios del reinado de Ibbi-Sin, el último rey de la Dinastía de Ur III, Ishbi-Erra había establecido una dinastía en Isin y se había hecho con el control de gran parte de Babilonia. Cuando los elamitas capturaron Ur, fue Ishbi-Erra quien liberó la ciudad, y sus sucesores adoptaron el título de «rey de Ur» como propio. Aun así, las fuerzas descentralizadoras eran fuertes, y un número creciente de dinastías locales surgieron en los siglos XX y XIX. Las más prominentes eran las familias reales de Isin y Larsa en el sur, y Babilonia en el norte, pero ciudades como Uruk, Kish y Sippar a veces tenían sus propios reyes. En la región al este del Tigris, las dinastías independientes se establecieron en Eshnunna y Asur, mientras que Elam permaneció fuera de la órbita polí-

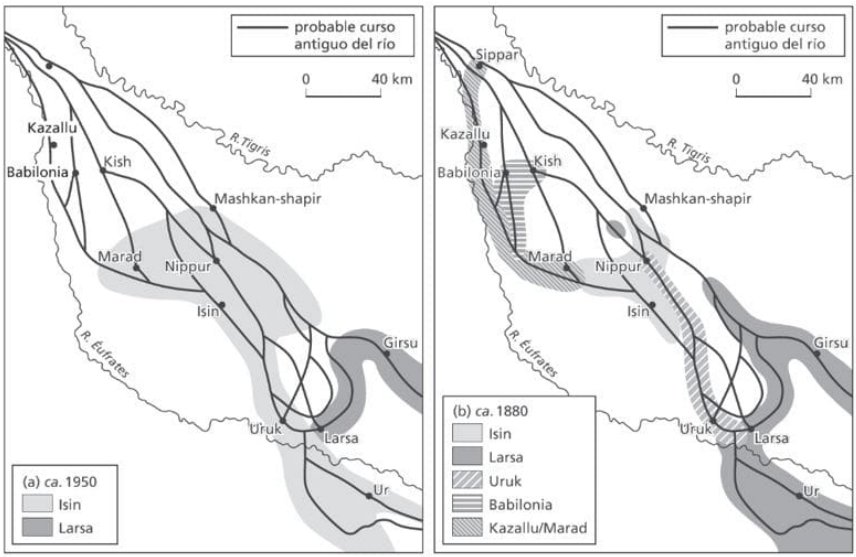
tica babilónica. Los gobernantes reclamaron el derecho a emitir nombres de años, y la presencia de tablillas fechadas con los nombres de determinadas dinastías por ciudades nos permite identificar qué áreas controlaban y cuándo. A principios del siglo XIX, la competencia se convirtió en un conflicto abierto y dio lugar a lo que parece una guerra incesante. Sin embargo, los estados de Babilonia reconocían que eran parte de un sistema común, uno que se centraba en torno a Nippur como capital religiosa. El control político sobre esa ciudad, que cambió varias veces, le daba a un rey el derecho de llamarse a sí mismo «rey de Sumer y Acad». El calendario de nombres de meses de Nippur fue usado como el oficial en toda la región, y la bendición del sacerdocio de Nippur le dio al rey un estatus especial. Otra tradición que sobrevivió y que demuestra que las ciudades se consideraban miembros de un sistema común fue el nombramiento de la suma sacerdotisa de Ur. Desde la época de Sargon de Acad, la hija del gobernante dominante de la región había ocupado ese cargo. A principios del segundo milenio, las altas sacerdotisas fueron nombradas por la dinastía que gobernaba en Ur, aunque la titular no era reemplazada inmediatamente cuando cambiaba el control político. Por ejemplo, la hija del rey de Isin Ishme-Dagan permaneció en el cargo después de que Gungunum de Larsa conquistara Ur, y los cultos de las sacerdotisas fallecidas sobrevivieron mucho más que la autoridad de las dinastías de su ciudad natal. La convicción de que las ciudades-estado de Babilonia formaban parte de un sistema único permitió a los gobernantes locales adherirse a la ideología de que en Babilonia sólo había una realeza, que pasaba de una ciudad a otra. Fuera quien fuera, el clero de Nippur reconocía que era el rey de Sumer y Acad, aunque en realidad sus poderes fue-

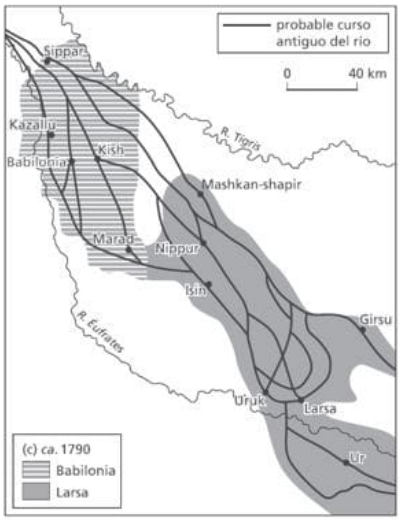
ran limitados. Es en este contexto en el que tenemos que ver el mensaje de la *Lista real sumeria*, un documento que promovía la idea de que sólo había un rey a la vez.

Isin y Larsa fueron los principales actores de la escena política en el sur de Babilonia. Al principio, la dinastía de Isin era heredera del muy reducido estado de Ur III (para una lista de reyes, ver Sección 3 de las Listas de Reyes al final del libro). El clero de Nippur reconoció a sus reyes, quienes mantuvieron el control sobre la mayoría de las ciudades del sur, incluyendo Ur, y emprendieron obras públicas en varias de ellas. Durante un siglo la región estuvo en paz. Sin embargo, más tarde, en el siglo XX, una dinastía rival se estableció en Larsa (para una lista de reyes, ver la Sección 4 de las Listas de Reyes al final del libro), tomando pronto el control total sobre el sur y el este de Babilonia, mientras que el poder de Isin se redujo a la Babilonia central. En 1898 Abi-sare, rey de Larsa, atacó abiertamente a su compañera Isin, lo que permitió a otras ciudades rechazar la supremacía de Isin. En este momento, la región tenía el mayor número de dinastías rivales en el período, varias de las cuales podían a su vez reclamar el apoyo del clero de Nippur.

Sin embargo, las fuerzas centralizadoras también estaban trabajando, y la iniciativa provino de la ciudad de Larsa. Después de un período de inestabilidad interna, con una serie de gobernantes de corta vida, a menudo de diferentes familias, una familia de la zona oriental del Tigris, la llamada dinastía Kudur-Mabuk, se apoderó del trono de Larsa. El padre, Kudur-Mabuk, se estableció en la ciudad más oriental de Babilonia central, Mashkan-shapir. Situó a su hijo Warad-Sin (gobernó en 1834-1823) en el trono de Larsa, pero se entrometió en los asuntos locales. Cuando murió Warad-Sin, su hermano Rim-Sin lo sucedió y tuvo el reinado más

largo registrado en la historia de Mesopotamia, sesenta años (1822-1763). Su vida ilustra vividamente las vicisitudes políticas y militares de la época, que podemos reconstruir a partir de una variedad de fuentes, incluyendo nombres de años, registros económicos y cartas. En el momento de su adhesión, el territorio controlado por la familia de Rim-Sin tenía 230 kilómetros de largo extendidos por la Babilonia oriental, desde Nippur y Mashkan-shapir en el norte hasta el golfo Pérsico en el sur, donde se expandió hacia el oeste para incluir a Larsa y Ur. Los estados de Babilonia, Isin y Uruk lo bordeaban de norte a sur. La muerte de Kudur-Mabuk poco antes del octavo año de Rim-Sin pudo haber puesto a toda el área bajo el mando de este último, y pronto él mismo lo confirmó militarmente. En su decimotercer año (1810), Rim-Sin derrotó a una coalición de fuerzas liderada por Uruk, Isin y Babilonia, y capturó aldeas cerca de Uruk. Después de más éxitos militares cerca de Larsa y una reconquista de Nippur, que había perdido contra Isin en su noveno año, destruyó Uruk en el 1800.





Mapa 5.1. La división política de Babilonia durante los primeros siglos del segundo milenio. Según Michael Roaf, *Cultural Atlas of Mesopotamia and the Ancient Near East* (Equinox, Oxford, 1990), p. 109.

Cuando Rim-Sin derrotó a Isin en 1793, su trigésimo año, el único rival de Larsa en Babilonia era el estado de Babilonia, donde Hammurabi heredó el trono al año siguiente. Rim-Sin pasó los siguientes treinta años consolidando su dominio sobre el sur al concentrar las funciones administrativas en la capital y parece que redujo la independencia económica de las primeras ciudades-estado. Hammurabi esperó hasta que Rim-Sin fue un anciano para iniciar su rápida conquista de todos sus vecinos, incluida Larsa, que capturó en 1763. Sin embargo, dejó intacta la organización de Rim-Sin y continuó confiando en los hombres de Larsa para supervisar la administración de la Babilonia meridional. De este modo, Rim-Sin sentó las bases para el estado centralizado de Hammurabi, que se estudiará en el próximo capítulo.

A pesar de la fragmentación política y de los extensos conflictos, no hay indicios de un declive económico de Babi-

lonia en los tres primeros siglos del segundo milenio. La urbanización siguió siendo densa y los documentos de un número cada vez mayor de ciudades muestran altos niveles de actividad económica. Incluso la ciudad de Ur floreció, a pesar de estar privada del sistema regional que la había apoyado antes. Sin embargo, se produjeron cambios fundamentales en la administración de la economía. En el siglo XXI, la burocracia estatal había supervisado prácticamente todo y había empleado a grandes segmentos de la población como mano de obra, a la que apoyaba con raciones. A principios del segundo milenio se produjo lo que podríamos llamar una «privatización» parcial de la economía a través de un proceso gradual y probablemente no planificado. Las grandes instituciones, palacios y templos, aún poseían recursos muy extensos. Poseían grandes extensiones de tierra y otras propiedades y eran grandes consumidores de bienes y servicios. A principios del segundo milenio, hubo una continuación de las prácticas de Ur III, aunque a escala local, ya que el poder político se había fragmentado. Por ejemplo, tenemos un archivo de un taller de artesanía anexo al palacio de Isin que se encargaba de la fabricación de artículos de madera, caña, cuero y lana para la casa real. Los administradores reales supervisaban el taller, pero los artesanos que empleaban también pasaban parte de su tiempo trabajando para otros. Otras instituciones empezaron a subcontratar trabajos y servicios. En lugar de que sus tierras fueran cultivadas por personal dependiente, dieron el uso de los campos a aparceros, que debían entregar una parte de la cosecha y conservar el resto para sus propias necesidades. Se asignaron rebaños de ovejas y cabras a los pastores, que estaban obligados a entregar cantidades fijas de lana y pelo y a aumentar el rebaño con un número fijo de animales. El exceso

de producción beneficiaba a los productores, pero tenían que compensar el déficit de su propia parte. Cuando las instituciones requerían mano de obra, contrataban a personas, pagándoles salarios sólo por el tiempo de empleo, en lugar de raciones anuales. Poco a poco, personas ajenas a las instituciones fueron asumiendo más tareas y los oficios anteriores, como el del cervecero del templo, se convirtieron en sinecuras divididas en partes tan pequeñas como la mitad de un día al año. Éstos se negociaban porque garantizaban un pequeño porcentaje de los ingresos de la institución durante el período en que se mantuvo el oficio.

Los contratistas independientes también asumieron tareas administrativas. En lugar de emplear y apoyar a un gran personal burocrático, las instituciones pidieron a los empresarios privados que actuaran como intermediarios entre ellos y la ciudadanía, recaudando cuotas, emitiendo pagos y organizando la recolección y distribución de recursos. Además, los emprendedores privados convirtieron esas recolecciones, pagadas en productos perecederos y de uso limitado a las reducidas instituciones, en plata fácilmente almacenable. Nuestras fuentes no registran cómo lo hicieron, pero lo más probable es que los vendieran a organizaciones e individuos a cambio de plata. Como recompensa por sus servicios, los emprendedores se quedaban con una parte de los activos transferidos. La privatización de la administración se adaptaba bien a las nuevas circunstancias políticas. En tiempos de Ur III, los burócratas debían su nombramiento al rey, y un cambio de dinastía llevaba a una interrupción de las prácticas administrativas. Los comerciantes privados que fueron contratados para sus servicios no debían lealtad política a ninguna dinastía y les dejaron funcionar solos en tiempos de incertidumbre política.

Sin embargo, en última instancia, los efectos de este sistema de organización y gestión económica en la sociedad babilónica fueron desastrosos. Las contribuciones exigidas a los productores parecen haber sido elevadas y, en una región como Babilonia, donde eran frecuentes las malas cosechas, la población a menudo era incapaz de satisfacer las demandas. Sólo podían pedir crédito a los patronos que cobraban sus cuotas. Además, cuando no podían ni siquiera sobrevivir hasta la próxima cosecha con las cantidades reservadas para sus propias necesidades, recurrieron a estos mismos hombres en busca de préstamos de emergencia. Éstos eran préstamos de alto interés: las proclamaciones tradicionales y reales permitían un 20 por ciento de interés en los préstamos de plata y una tasa del 33 por ciento en los préstamos de granos. Las tasas se cobraban independientemente de la duración del préstamo y, dado que estos préstamos solían ser a corto plazo, su reembolso con el tipo de interés completo al cabo de sólo un mes o menos suponía una enorme carga para los deudores. Los registros encontrados en las casas de los empresarios incluyen un gran número de contratos de préstamo y muestran que el nivel de endeudamiento era alto. El hecho de que hubiera una crisis de deudas queda claro por los repetidos edictos en los que los reyes reclamaban restaurar el orden mediante la anulación de los préstamos al consumo pendientes. Las referencias a tales actos son especialmente claras en las declaraciones oficiales de los reyes de Isin, Larsa y Babilonia. Sólo uno de los edictos originales, emitido por Ammisaduqa de Babilonia (gobernó entre 1646-1626), está lo suficientemente bien conservado como para que podamos entender sus detalles. En él abolió todas las deudas que los productores habían contraído para su supervivencia o para pagar las cuotas pen-

dientes, pero no las de los emprendedores que buscaban capital para empresas comerciales (documento 5.1). Fue el palacio el que absorbió la pérdida, pero lo hizo debido a la tradición de que un rey necesitaba mantener el orden y la justicia en la tierra —y porque, después de todo, una gran población endeudada ya no formaría una base impositiva estable, sino que existiría sólo para enriquecer a una clase competitiva de emprendedores privados—.

5.3. ASIRIA Y EL ESTE

En todo el Próximo Oriente la situación política en ese momento era paralela a lo que vimos en Babilonia. Desde el oeste de Irán hasta la costa mediterránea, dinastías locales encabezaron pequeños estados que a menudo competían por el poder. El estudio de sus historias se ve facilitado por el hecho de que muchos lugares han legado su propio registro textual, pero la evidencia sigue siendo muy parcial y su foco de atención varía de un lugar a otro. A principios del segundo milenio, el material de la región de Asiria destaca por su pleno énfasis en el comercio internacional, que llevaron a cabo los comerciantes de la ciudad de Asur. Situada en el Tigris, en el sur de Asiria, Asur era el punto central de una red que comercializaba estaño desde el este, textiles desde Babilonia, y plata y oro desde Anatolia. Conocemos el sistema por las 22 500 tablillas que dejaron los comerciantes asirios en una colonia en las afueras de la ciudad de Kanesh, en el centro de Anatolia, a unos mil doscientos kilómetros de Asur (figura 5.1). La colonia, si bien estaba bajo el control del gobernante local, funcionaba como una entidad autónoma, y los textos asirios se refieren a ella como Karum-Kanesh, el puerto de Kanesh.

Documento 5.1. EXTRACTO DEL EDICTO DEL REY AMMISADUQA

DE BABILONIA

Los reyes de la Babilonia de comienzos del segundo milenio intervinieron drásticamente en las economías de sus estados al abolir las deudas pendientes de los productores a intervalos irregulares. Llamaron a esto restaurar el orden en la tierra y lo vieron como parte de su deber como guardianes del pueblo. Todos los textos están mal conservados, excepto el Edicto del Rey Ammisaduqa, que en muchas partes sigue siendo enigmático.

§ 1: La tablilla [del decreto de que se ordenó a la tierra] escuchar cuando el rey estableció la justicia para la tierra.

§ 2: Se adjuntan las deudas de los agricultores, pastores, carniceros de las provincias y otros tributarios de la corona - los... de sus firmes acuerdos y los pagarés... de sus pagos. El oficial de los cobros no puede demandar a la familia del tributario de la corona para obtener el pago.

§ 4. Quien haya dado cebada o plata a un acadio o a un amorreo como préstamo con intereses o como honorarios, y haya hecho redactar un documento - como el rey ha establecido la justicia en la tierra, su documento es nulo; no puede recoger la

cebada o la plata sobre la base de su documento.

§ 8: Un acadio o un amorreo que haya recibido cebada, plata u otros bienes, ya sea como mercancía para un viaje comercial o como empresa conjunta para la producción de beneficios, su documento no es nulo; debe devolverlo de acuerdo con las estipulaciones de su documento.

Traducción según Pritchard, 1969: 526-527.

La fortuna de la colonia dependía de los acontecimientos locales en Anatolia, poco conocidos por nosotros. La arqueología ha distinguido varios períodos de ocupación. Casi todas las tablillas proceden de casas del nivel II, datadas entre 1970 y 1834, cuando el asentamiento fue destruido. Pronto fue reocupada en el nivel Ib, que duró hasta aproximadamente 1719, pero se conservan muchas menos tablillas de ese período. Alrededor del 90 por ciento del material textual fechado se deriva del período comprendido entre 1895 y 1865, y proporciona una visión extremadamente detallada de las actividades de los comerciantes asirios en ese momento.

Asur actuó casi exclusivamente como punto de tránsito en el comercio. Importó estaño de fuentes desconocidas de Irán o de otros lugares (Afganistán y quizás incluso del oeste de China) y textiles de Babilonia. El estaño era necesario para la producción de bronce, que requería una medida de estaño por cada diez medidas de cobre. Los textiles babilónicos debieron de haber sido de muy alta calidad y hechos de

lana fina; los textos contienen términos para ellos que no entendemos completamente, pero parecen haber incluido alfombras y cubiertas, así como capas y túnicas. Dado que los artesanos elaboraban textiles en todo el Próximo Oriente, los que estaban involucrados en este comercio debieron de haber estado muy bien hechos y haber tenido una gran demanda. Sabemos que las mujeres de Asur también tejían textiles, pero los babilonios parecen haber sido los mejores. No hay documentación directa sobre cómo llegaban el estaño y los textiles a Asur ni sobre cómo se pagaba por ellos.

Figura 5.1. Antigua tablilla cuneiforme asiria y su sobre. El texto es un depósito legal en el que un comerciante afirma que otro ha robado objetos de valor personales, así como dos contenedores con registros comerciales, que enumera en detalle. El sobre está impreso con dos sellos diferentes rodados por la parte delantera y trasera. El breve texto escrito en él identifica a los propietarios de los sellos que presenciaron el proceso. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Regalo de Mr. y Mrs. J. J. Klejman, 1966 (66.245.5a and b). Tablilla 16,9 × 7,3 cm; envoltura 18,5 × 9 cm.
Créditos: © 2014 The Metropolitan Museum of Art/Art Resource/Scala, Florencia.

Sin embargo, las conexiones con Anatolia son muy conocidas. En Asur se organizaban caravanas de asnos, cada animal cargado con unos setenta kilogramos de estaño y treinta textiles. Los grupos de comerciantes compartían los gastos invirtiendo sus propios recursos o los asignados por otros: pagaban por los animales, la mercancía, el personal que acompañaba a la caravana, y los diversos impuestos y

gastos acarreados por el viaje. El viaje a Kanesh duraba fácilmente cincuenta días y era imposible durante cuatro meses en invierno cuando el clima impedía el paso a través de los montes Tauro. Cuando las caravanas llegaban a Kanesh, se vendían la mayoría de los asnos y se intercambiaba la mercancía por plata y oro, que luego se devolvían a Asur. Los comerciantes asirios, que solían ser hermanos o hijos de los habitantes de Asur y residentes permanentes en Anatolia, distribuían los productos importados por toda Anatolia utilizando una red de pequeños asentamientos comerciales. También recogían los lingotes para prepararlos para la siguiente caravana. Aunque es difícil hacer estimaciones firmes del volumen del comercio, sobre la base de las pruebas existentes se ha calculado que anualmente se importaban en Kanesh 4000 textiles y 10 toneladas de estaño, es decir, unas 150 cargas de asnos. Los empresarios privados estaban en el centro de toda esta actividad, y el palacio no estaba directamente involucrado. Dado que las empresas familiares se dedicaban al comercio, las mujeres también participaban activamente en él. A menudo se quedaban en casa en Asur mientras sus maridos, padres o hermanos se iban a Anatolia, y estaban en contacto constante por carta sobre el negocio. Las mujeres eran responsables de los textiles que se utilizaban en el intercambio y tenían que organizar el tejido en Asur, si no lo hacían ellas mismas. Los hombres a menudo criticaban la calidad de los productos que se les enviaban y, a la inversa, las mujeres se quejaban de la falta de recursos que se les asignaban o incluso de que no tenían suficiente para comer. La situación doméstica a veces lleva a dificultades en el matrimonio. Los hombres a menudo se mantenían alejados durante muchos años y se casaban con mujeres

anatolias locales, mientras que sus esposas en Asur se sentían abandonadas e ignoradas (documento 5.2).

Los márgenes de beneficio de este comercio eran elevados: el coste del estaño en Anatolia era al menos el doble que en Asur, y los textiles triplicaban su valor. Un comerciante podría fácilmente lograr de un 50 a un 100 por ciento de ganancia en un envío. Ésa era la recompensa por una empresa de alto riesgo. El comercio funcionaba en un contexto político en el que no podía depender de una sola potencia para su protección y apoyo. Las caravanas hacia y desde Anatolia, Babilonia e Irán discurrían a través de territorios de muchos gobernantes independientes, y a veces hostiles. Asur no era más poderoso que sus vecinos, pero podía negociar acuerdos comerciales. Hoy sólo se conocen cuatro tratados, todos ellos parcialmente conservados. Asur exigió que sus comerciantes fueran juzgados justamente si se metían en problemas legales, que sus propiedades estuvieran protegidas y que los anatolios locales no trataran directamente con los babilonios. Era muy importante que Asur mantuviera el monopolio sobre el comercio y en el siglo XX el rey Ilushuma de Asur proclamó que los comerciantes babilonios que viajaran del golfo Pérsico a Asur estuvieran exentos de impuestos. Aunque oímos hablar mucho de la guerra en este momento, parece que los intereses comerciales impidieron que los estados bloquearan a los comerciantes.

Documento 5.2. LA CORRESPONDENCIA DEL PERÍODO ASIRIO ANTIGUO: EJEMPLOS DE CARTAS ESCRITAS POR Y DIRIGIDAS A MUJERES

Muchos correspondientes están representados en los miles de cartas encontradas en Kanesh e incluyen un número considerable de mujeres. Como la mayoría de los negocios eran asuntos familiares, todos los miembros estaban involucrados y las mujeres a menudo escribían a sus maridos, padres y hermanos para informarles de lo que pasaba en Asur, donde permanecían mientras los hombres se iban a Kanesh. La mayoría de sus escritos se refieren a asuntos de negocios, pero hay claros indicios de que se sentían abandonadas e insuficientemente apreciadas por el trabajo que hacían. A continuación, se presentan algunos ejemplos.

Tell Pushuken; Lamassi[13] dice:

Kulumaya te trae nueve textiles, Iddin-Sin tres. Ela se ha negado a cuidar de los textiles, mientras Iddin-Sin se ha negado a cuidar de cinco (más).

¿Por qué sigues escribiéndome? «¡Los textiles que me envías son siempre de mala calidad!». ¿Quién es el hombre que vive en tu casa y critica los textiles que se le traen? Yo, por otro lado, sigo esforzándome por producir y enviarte textiles para que en cada viaje tu negocio gane diez sidos de plata.

Traducción según Michel, 2001: 430, n.º 302.

Tell Innaya; Taram-Kubi[14] dice:

Me escribiste de la siguiente manera: «Guarda los brazaletes y anillos que tienes; serán necesarios para comprarte comida». Es cierto que me envías media libra de oro a través de Ili-bani, pero ¿dónde están los brazaletes que has dejado atrás? Cuando te fuiste, no me dejaste ni un sido de plata. Limpiaste la casa y te llevaste todo contigo.

Desde que te fuiste, una [terrible] hambruna ha golpeado la ciudad (de Asur). No me dejaste ni un litro de cebada. Necesito seguir comprando cebada para nuestra comida. ¿Dónde está la extravagancia de la que sigues escribiendo? No tenemos nada para comer. ¿Crees que podemos permitirnos complacencia? Todo lo que tenía disponible lo reuní y te lo envié. Ahora vivo en una casa vacía y las estaciones están cambiando. Asegúrate de enviarme el valor de mis textiles en plata, para que pueda comprar al menos diez medidas de cebada.

Con respecto a la tablilla con la lista de testigos que obtuvo Asur-imitti, hijo de Kura: ha causado mu-

chos problemas al negocio y se ha apoderado de los sirvientes como garantía. Luego sus representantes han resuelto el asunto. Tuve que pagar dos tercios de una libra de plata para que no presentara una queja hasta que llegues tú. ¿Por qué sigues escuchando calumnias y me escribes cartas irritantes?

Traducción según Michel, 2001: 466, n.º 344.

Puzur-Asur dice; Tell Nuhshatum:

Tu padre me ha escrito sobre ti para que me case contigo. He enviado a mis siervos y una carta sobre ti a tu padre para que te deje venir. Te lo pido, en el momento en que leas mi carta, pídele permiso a tu padre y ven aquí con mis sirvientes. Estoy solo. No tengo a nadie que me sirva o que ponga mi mesa. Si no vinieras con mis sirvientes, me casaría con una joven de Wahshushana. Presta atención. ¡No os retraséis tú y mis sirvientes y venid!

Traducción según Michel, 2001: 507-508, n.º 397.

Los dos estados más poderosos al sureste de Asur fueron Eshnunna en la región del Diyala y Elam en el suroeste de Irán. Se pueden reconstruir sus historias sólo a grandes rasgos debido a nuestra falta de datos cronológicos sobre la du-

ración de los reinados y a veces incluso la secuencia correcta de los reyes. Sin embargo, estos estados siguieron patrones similares de comportamiento en el ámbito internacional. Eshnunna (el actual Tell Asmar) se había independizado de Ur al principio del reinado de Ibbi-Sin. El gobernador local se proclamó gobernante, pero se dijo que la realeza del estado pertenecía al dios de la ciudad, Tishpak. Después del primer gobernante independiente, Shu-ilija, que fue el único que se deificó a sí mismo y tomó el título de rey (lugal sumerio), los gobernantes del estado se limitaron a utilizar el título de «gobernador (énsi, en sumerio) del dios Tishpak» durante más de un siglo. Fue sólo a principios del siglo XIX cuando los gobernantes volvieron a tomar el título de rey. Se observa un comportamiento similar en otros lugares en los que Ur había dominado políticamente. En Asur, los gobernantes locales independientes se convirtieron en «gobernadores (énsi, en sumerio) del dios Asur», y en Elam el título más alto fue «gran regente» (sukkalmah, en sumerio), el título que anteriormente había sido ostentado por el principal funcionario de Ur III de la región. La aceptación final de Eshnunna del título de rey pudo haber sido el resultado de la pérdida de control de Isin sobre Nippur. Si en Babilonia no estaba claro quién era el verdadero rey, quizás sus vecinos se sentían más cómodos al reclamar el título ellos mismos. Fue en este momento cuando Eshnunna expandió su control sobre el valle del Diyala hasta su confluencia con el Tigris, incorporando ciudades anteriormente independientes como Nerebtum (actual Ishcali), Shaduppum (actual Tell Harmal) y Dur-Rimush (ubicación desconocida). Los hijos de Ipiq-Adad, Naram-Sin y Dadusha, continuaron su política expansionista, que llevó a Eshnunna al torbellino que caracterizó a Mesopotamia a principios del siglo XVIII, convir-

tiéndose en uno de los actores más poderosos de la región (para una lista de los reyes de Eshnunna, véase la Sección 5 de las Listas de Reyes al final del libro).

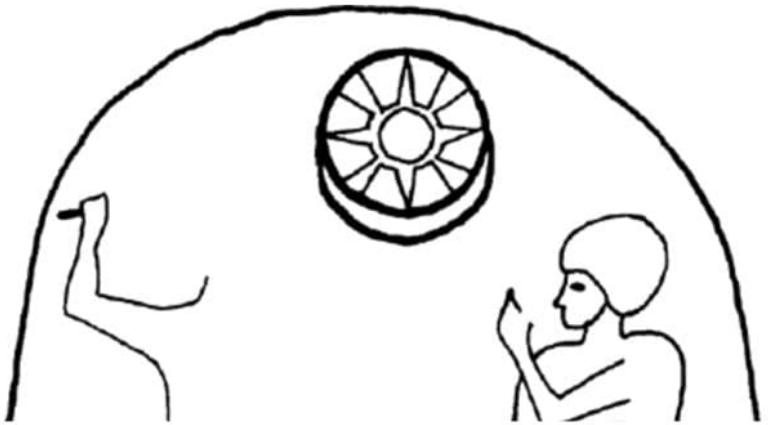
Eshnunna compitió con los otros estados de su entorno y mezcló guerra y diplomacia para ganar prominencia. Por ejemplo, su rey Dadusha unió fuerzas con Shamshi-Adad del reino de la Alta Mesopotamia en 1781 para conquistar la región entre los dos ríos Zab, y conmemoró la campaña en una estela de la victoria, en la que declaraba que había entregado las tierras a Shamshi-Adad (figura 5.2). Algo más tarde, este último se volvió contra su aliado y se apoderó de parte del territorio de Eshnunna, pero cuando Shamshi-Adad murió, los papeles se invirtieron y Eshnunna capturó ciudades cercanas a Asur. Para entonces, era el estado más fuerte de la región.

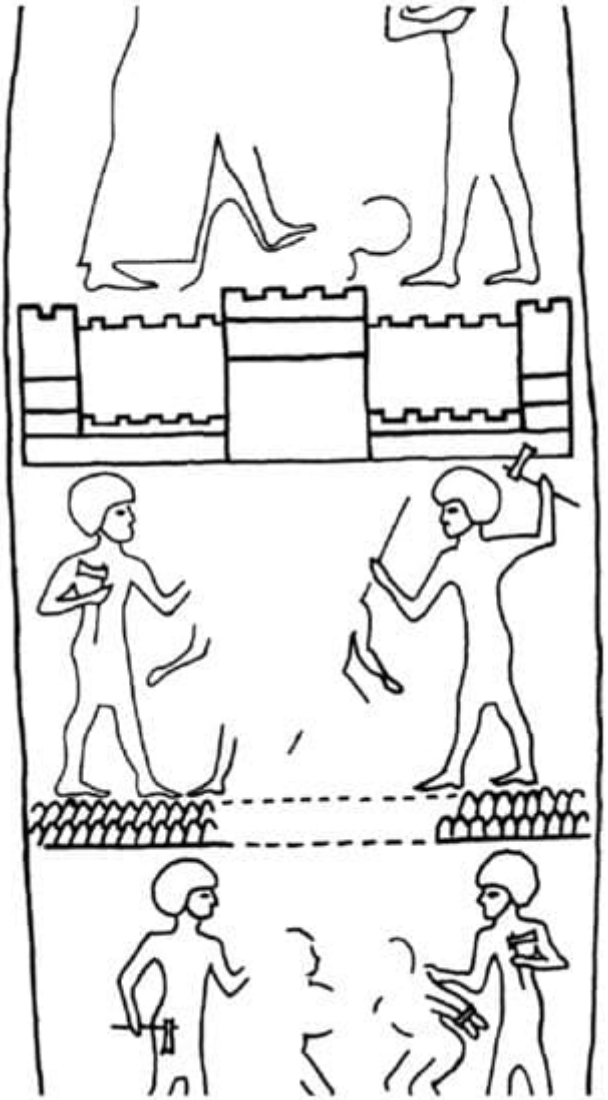
Cruzando a lo largo de la frontera norte del estado todavía aislado de Babilonia, Eshnunna entró en el valle del Éufrates y llegó a Mari. Cuando el hijo de Shamshi-Adad, Yasmah-Addu, gobernaba allí, las relaciones habían sido hostiles. Con el establecimiento de un nuevo rey en Mari, Zimri-Lim, Ibal-pi'el II de Eshnunna buscó concluir una alianza, que Zimri-Lim rechazó. En una carta a su enviado a Alepo, declaró:

> *Cuando te encuentres en presencia de Yarim-Lim (rey de Alepo), háblale de Eshnunna de la siguiente manera: «El rey de Eshnunna sigue enviándome mensajes sobre una alianza. Una primera vez me envió un mensajero y yo lo envié de vuelta a la frontera. Una segunda vez me envió un mensajero y yo lo envié de vuelta a la frontera. Entonces vino un alto funcionario y lo envié de vuelta a la frontera, diciendo: '¿Cómo podría concluir una alianza con Eshnunna sin el consentimiento de Yarim-Lim?'»*[15].

Se desató una guerra entre los dos estados y Eshnunna obligó a Mari a someterse. Tres años después, sin embargo, el gobernante de Elam se alió con Mari, Babilonia, y proba-

blemente también con Larsa, y atacó y saqueó Eshnunna en 1766. Él colocó allí a un gobernante títere, pero pronto un rey nativo de Eshnunna llamado Silli-Sin lo reemplazó. Silli-Sin ayudó a Hammurabi de Babilonia en su destrucción del estado elamita, pero en 1762 Hammurabi se volvió contra su antiguo aliado y saqueó a Eshnunna. No incorporó la región del Diyala a su estado, pero le impidió tener un gobernante fuerte. La historia posterior del estado no está clara.





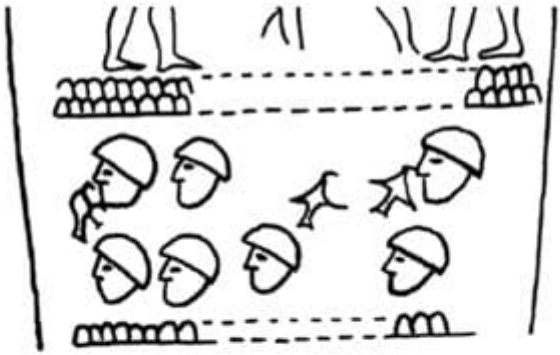


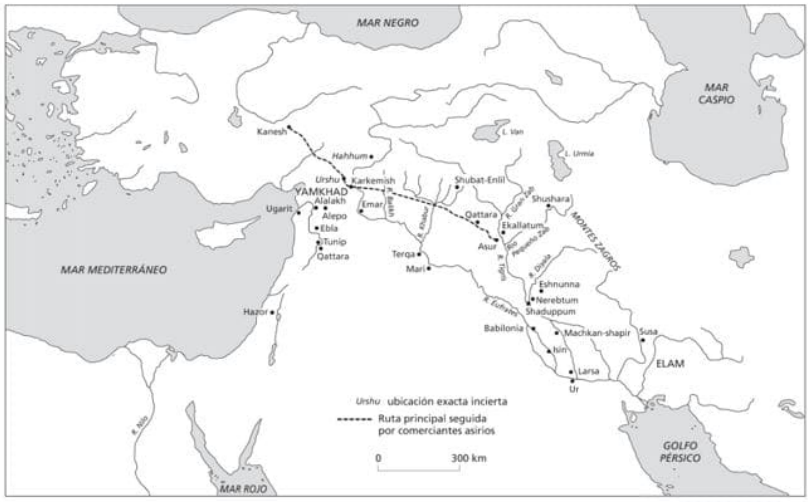
Figura 5.2. Estela de Dadusha. Esta estela de piedra, encontrada accidentalmente en 1983 al cavar un pozo cerca de Eshnunna y dañada en el centro, muestra la conquista de Qabara por el rey y la derrota de su gobernante Bunu-Eshtar. La larga inscripción (220 líneas divididas en 17 columnas) describe algunas de las escenas del relieve. Por ejemplo, dice que las murallas que se muestran son las de Qabara. Iraq Museum, Bagdad. Altura 180 cm, anchura 37 cm, diámetro 18,5 cm.
Créditos: Dibujo de Frans van Koppen, en Mark W. Chavalas, ed., *The Ancient Near East: Historical Sources in Translation* (Blackwell, Oxford, 2006), p. 100.

Elam fue un actor crucial en todos los acontecimientos descritos anteriormente, pero su papel exacto sigue siendo vago, ya que las fuentes autóctonas de este período son escasas. Estos siglos muestran que estuvo más involucrada en Mesopotamia que en ningún otro momento de su historia. Elam incorporó tanto las tierras bajas que rodean a Susa como las tierras altas de los Zagros alrededor de Anshan, una dualidad reflejada en el título del gobernante «rey de Anshan y Susa». El sukkal-mah, «gran regente», un título del Período de Ur III que continuó usándose aunque ahora como gobernante independiente, dirigía la organización política. A su lado actuaban funcionarios con títulos como sukkal de Susa y de Elam, a menudo el hijo de la hermana del sukkal-mah gobernante. Cuando este último moría, a veces le sucedía su sobrino, pero no estamos seguros de que ésta fuera la regla normal de la sucesión.

Poco después de que Elam se independizara de Ur, se volvió contra su antiguo señor y sus tropas tomaron la capital e hicieron prisionero al rey Ibbi-Sin. Los ejércitos de Isin poco después liberaron Ur y posteriormente impidieron que Elam tuviera mucha influencia en Babilonia. Un siglo más tarde, sin embargo, cuando otras ciudades babilónicas afirmaron su independencia a expensas de Isin, a menudo buscaron ayuda extranjera y atrajeron a Elam hacia sus cambiantes alianzas y conflictos. Varios reyes de Larsa conquistaron ciudades elamitas, y Elam se alió con Uruk, Isin y otros en las guerras babilónicas locales. Es posible que los dos últimos gobernantes de Larsa, Warad-Sin y Rim-Sin, fueran de ascendencia elamita: eran hijos de Kudur-Mabuk y nietos de Simti-Silhak, ambos gobernantes de tribus de una zona al este del Tigris. Su relación con el estado de Elam es desconocida, pero es posible que hubieran actuado en su nombre en los conflictos babilónicos, lo que hace aún más complejo el ya complicado panorama político y militar.

Hasta la desaparición de Eshnunna como potencia principal, Elam se mantuvo alejada de los asuntos en el norte de Babilonia y Mesopotamia en general, aunque todos reconocían su importancia. La eliminación de Eshnunna por una coalición de Babilonia, Mari y Elam puso a esta última en contacto directo con los estados mesopotámicos. Ahora su influencia era notable y muy amplia. El gobernante de Qatna en el oeste de Siria, por ejemplo, ofreció sumisión a Elam para obtener apoyo en su conflicto con Alepo. El sukkal-mah recibió correspondencia de Hammurabi de Babilonia, Zimri-Lim de Mari y otros. Todos ellos se declararon a sí mismos como sus «hijos» y no como sus «hermanos», según es habitual cuando se escribían entre ellos. Para ellos era «el Gran Rey de Elam». Sus ejércitos colocaron go-

bernantes en tronos tan lejanos como Shubat-Enlil en el norte de Siria. La fuerza de Elam se derivaba del tamaño de su estado y de la mano de obra que podía reunir. A su prominencia contribuyó también el hecho de que controlaba el flujo de estaño iraní hacia el oeste más allá del final de Karum-Kanesh. Este ingrediente crucial para la producción de bronce llegaba al Mediterráneo desde Elam vía Mari. Elam también estaba en estrecho contacto con Dilmun en el golfo Pérsico, por lo que pudo haber monopolizado el acceso a otros recursos y rutas extranjeras. Sin embargo, su éxito fue efímero. Hammurabi de Babilonia concluyó una alianza con Mari y Alepo contra Elam y en su vigésimo noveno año (1764) la derrotó. Aunque Elam no fue incorporado al estado babilónico, su influencia terminó y nuestro conocimiento del mismo concluye.



Mapa 5.2. El Próximo Oriente a comienzos del segundo milenio.

5.4. MARI Y EL OESTE

Los embajadores del rey de Mari presentaban informes sobre los últimos días de Larsa, Eshnunna y Elam a su se-

ñor, lo que nos permite estudiar estos acontecimientos con gran detalle. Debido a la ubicación de Mari y a su papel como intermediaria entre el sur de Mesopotamia y Siria, sus archivos también arrojan abundante luz sobre los asuntos en el oeste, donde numerosos estados cayeron en la órbita de los representantes de Mari. Se mencionan ciudades tan distantes como Hatsor en el actual Israel. La zona occidental del Próximo Oriente constituía un sistema único y políticamente integrado de pequeños estados. Las casas reales de sus pequeños reinos estaban a menudo relacionadas por sangre y matrimonios mixtos, y el rey de Mari visitaba ciudades tan lejanas como Ugarit, en la costa mediterránea. Las historias de unos pocos estados servirán para demostrar que el patrón de competencia, coalición y hegemonía descrito para la parte oriental del Próximo Oriente también tuvo lugar en la parte occidental. Aquí describiré las historias de Mari y Yamkhad, los dos estados más poderosos de la región, aunque bien podrían escribirse igualmente media docena más.

Mari había sido independiente del estado de Ur III, aunque en estrecho contacto diplomático con él. Sin embargo, el colapso de Ur coincidió con un descenso en la fortuna de Mari: aunque su dinastía de gobernantes que ostentaban el título de «general» (*shakkanakku* acadio) permaneció en el poder durante otro siglo, la importancia de la ciudad disminuyó considerablemente. Finalmente, por razones desconocidas, la dinastía terminó y la ciudad pudo haber sido abandonada. A mediados del siglo XIX, sin embargo, una nueva dinastía ocupó su lugar, y Mari comenzó su siglo más próspero (para una lista de reyes, véase la Sección 6 de las Listas de Reyes al final del libro). La nueva dinastía tuvo su origen en el noroeste de Siria entre la rama sim'alita de los amo-

rreos, que habían conquistado varias ciudades del valle del Éufrates Medio antes de establecerse en Mari. El primer gobernante que podemos estudiar fue Yahdun-Lim, quien, a pesar de sus raíces occidentales, introdujo el lenguaje babilónico y el estilo de escritura como un estándar de la cancillería, incluyendo la práctica de usar nombres de años. Estableció Mari como el estado dominante en el Éufrates Medio, extendiéndose tan al norte como la confluencia del Balikh y persiguió a los yaminitas tan al oeste como las montañas del Líbano. Las obras de desarrollo en la región, como la construcción de sistemas de riego y fortalezas, consolidaron su dominio. Sin embargo, la expansión en la región del río Khabur lo llevó a entrar en conflicto con el recientemente emergente reino de la Alta Mesopotamia, y luchó en varias batallas contra Shamshi-Adad. Yahdun-Lim fue asesinado en una conspiración de palacio, y su hijo, Sumu-Yaman, no sobrevivió mucho más tiempo. Dos o tres años después, en el 1795, Shamshi-Adad conquistó Mari y la integró en su gran estado (estudiado en el siguiente capítulo). Shamshi-Adad situó a su hijo menor Yasmah-Addu en el trono de Mari para vigilar los estados occidentales y las tribus amorreas.

El gobierno de Yasmah-Addu duró unos veinte años y terminó repentinamente cuando su padre murió en 1775. El reino de Shamshi-Adad se desmoronó y las piezas fueron recogidas por hombres ambiciosos. En Mari ese hombre era Zimri-Lim. Aunque a menudo se declaró a sí mismo como hijo de Yahdun-Lim, está claro que no lo era y que, en el mejor de los casos, pudo haber sido su nieto o sobrino. Cuando tomó el poder, Mari volvió a actuar plenamente en su propio interés. Zimri-Lim restableció fuertes lazos con Babilonia y especialmente con Alepo, con cuya princesa,

Shiptu, se casó. Su estado abarcaba el valle del Éufrates desde el sur de Mari hasta la frontera con Alepo y el valle inferior del Khabur. Más al norte ejercía el control a través de vasallos y se aseguraba de que los gobernantes independientes estuvieran de su lado. Mari floreció: el palacio de Zimri-Lim es uno de los mayores monumentos arquitectónicos de principios del segundo milenio que conocemos y fue famoso por su opulencia en su época (figura 5.3). El reino era respetado por sus competidores en la región y mantenía a raya a las tribus nómadas. Aunque Zimri-Lim fue un fiel aliado de Hammurabi de Babilonia, su prestigio y riqueza debieron de haber empujado a este último a volverse contra él. En su trigésimo segundo año (1761), Hammurabi derrotó a Zimri-Lim y conquistó Mari. Dos años más tarde, causas desconocidas incitaron su ira, y Hammurabi arrasó el palacio y los muros de la ciudad e incorporó el valle del Éufrates hasta Mari a su estado. Mari perdió su estatus preeminente y el centro de poder para el Éufrates Medio se desplazó unos cien kilómetros al norte hacia Terqa.

La ciudad de Alepo era la capital del estado de Yamkhad (para una lista de gobernantes, véase la Sección 7 de las Listas de Reyes al final del libro). Situado estratégicamente en la ruta comercial desde el valle del Éufrates hasta el mar Mediterráneo, parece haber adquirido importancia sólo a principios del segundo milenio, quizás tras el declive de Ebla. Dado que Alepo ha estado continuamente ocupada desde entonces hasta hoy, las excavaciones son difíciles y no se conocen fuentes escritas de esta época en la propia ciudad. Pero los archivos de Mari arrojaron luz sobre la historia de Alepo en ese momento. Muestran que fue un importante centro de culto al dios de la tormenta Addu, cuyo templo fue excavado en la ciudadela de la ciudad. En la his-

toria política, los textos de Mari revelan que el oponente más obstinado de Yamkhad en el oeste era Qatna, una ciudad de Siria central situada al sur que recibió el apoyo de Shamshi-Adad, del reino de la Alta Mesopotamia. Los dos primeros gobernantes conocidos de Yamkhad, Sumu'epuh y Yarim-Lim, se involucraron en guerras con Shamshi-Adad, lo que los arrastró a ellos y a sus sucesores a la volátil política del sur. La muerte de Shamshi-Adad creó el ambiente propicio para que Yarim-Lim de Yamkhad se expandiera por el valle del Éufrates hasta Mari, cuyo rey, Zimri-Lim, era su yerno. La prominencia de Yarim-Lim en el oeste está clara en la carta de Mari citada al principio de este capítulo, en la que se dice que veinte reyes le siguieron, más que a ningún otro gobernante de la época.

Cuando Hammurabi de Babilonia recogió a sus vecinos uno por uno, Yamkhad, como Mari, le dio apoyo al principio. Pero entonces Babilonia se volvió contra sus viejos aliados y conquistó Mari. Yamkhad simplemente estaba demasiado lejos como para que las tropas babilónicas pudieran llegar, por lo que los dos estados principales no estaban en conflicto directo. Posteriormente, las fuentes del sur dejaron de ocuparse de asuntos relacionados con Yamkhad. Por aquel entonces, sin embargo, los textos de la ciudad más pequeña de Alalakh al oeste de Yamkhad indican que Abba'el de Alepo había situado a su hermano allí en el trono. Yamkhad siguió siendo la fuerza dominante del noroeste de Siria y controló un gran número de vasallos y aliados en ciudades como Karkemish, Urshu, Hashshu, Ugarit, Emar, Ebla y Tunip. Presentaba así el principal obstáculo para la expansión militar hitita desde Anatolia a Siria durante la segunda mitad del siglo XVII. El rey hitita Hattusili I relata en sus anales cómo atacó y destruyó a varios vasallos de Ya-

mkhad, como Alalakh, Karkemish y Hashshu, a lo largo de los años. Sin embargo, no parece haberse involucrado en la propia Yamkhad. Esa tarea fue encomendada a su hijo, Mursili I, quien capturó y destruyó la ciudad en su camino a Babilonia en 1595, poniendo fin así a la situación política que había caracterizado al Próximo Oriente durante cuatro siglos.

Los estudios sobre las interacciones entre los pueblos sedentarios y nómadas de Oriente Medio a lo largo de su historia rechazan la idea de que exista un deseo constante de estos últimos de establecerse. Los grupos eran complementarios, pues cada uno de ellos aportaba recursos diferentes, y compartían los mismos espacios, aunque con fines diferentes. Los llamados nómadas eran pastores que estuvieron presentes en las sociedades de Oriente Medio desde el surgimiento de la agricultura hasta la era moderna (Briant, 1982). Otros estudiosos encuentran pocas evidencias de un impacto fundamental de los amorreos en la vida y la política de Babilonia. No hay una clara participación de los amorreos en el derrocamiento del estado de Ur III, no hay indicios de infiltración o invasión amorrea, ni siquiera evidencias de que las personas llamadas amorreos vivieran al oeste de Babilonia. En cambio, ya en el Período de Ur III los amorreos estaban bien integrados en todas las partes de la sociedad babilónica. El término no hace referencia a un grupo étnico distinto (Michalowski, 2011).

Es un error recopilar todo tipo de referencias sobre los amorreos (como grupo, como individuos, en el lenguaje de los nombres de las personas) y considerar que se refieren a un mismo grupo claramente identificable, independientemente de cuándo, dónde y en qué contexto aparezcan. El «amorreo» sugería regularmente un estilo de vida pastoril,

pero muchos amorreos eran residentes urbanos. Varios pueblos en el Próximo Oriente reivindicaron sus raíces amorreas, pero lo que eso significara exactamente no está claro para nosotros. Algunas veces el término se usó de una manera muy negativa (en el *Matrimonio de Martu*, por ejemplo), otras veces distinguía a un grupo de personas de otro (en el Edicto del rey Ammisaduqa, por ejemplo), y también existían otros significados. El amorreo es uno de los términos denominados «étnicos» que encontramos a lo largo de la antigua historia del Próximo Oriente, cuyo sentido dependía del contexto en el que se utilizaban. Otros términos similares son los guti, casitas, arameos, suteos y muchos más. Aparecen en el registro en múltiples contextos y no podemos verlos como simples y claras categorizaciones de personas dentro de las sociedades del Próximo Oriente. Su uso era flexible y dependía de circunstancias que hoy rara vez podemos reconocer.

Debate 5.1. ¿QUIÉNES ERAN LOS AMORREOS?

Los escritos del Próximo Oriente de principios del segundo milenio contienen numerosas referencias a personas a las que llamamos amorreos. Lo que el término significa exactamente y quiénes eran estas personas es una de las cuestiones más controvertidas de la historia de la época. Varios datos antiguos se combinan usualmente cuando los eruditos hablan de amorreos. Ningún individuo se llamaba a sí mismo amorreo, sino que era un término usado por otros. Los textos

declaran regularmente que alguien es un martu (o mardu) en sumerio o *amurra* en acadio o usan cualquiera de los dos nombres para referirse a un grupo de personas: el Edicto del rey Ammisaduqa, por ejemplo, habla de acadios y amorreos. Los antiguos también distinguían una lengua amorrea, pero no ha sobrevivido ninguna frase completa de la misma por escrito. Los eruditos modernos identifican la lengua amorrea cuando analizan la gramática de los nombres propios, gran número de los cuales aparecen en textos de ciudades de todo el Próximo Oriente a principios del segundo milenio. Las referencias procedentes de Mari son especialmente numerosas, incluyendo algunos de los nombres de sus reyes, como Yahdun-Lim, que significa «Él agrada a Lim», es decir, a un dios a menudo invocado en los nombres propios amorreos. Los términos Martu y *Amurru* también se utilizaron a lo largo de la historia mesopotámica para indicar el oeste y en la segunda mitad del segundo milenio hubo un reino de Amurru en el oeste de Siria. Además, la Biblia hebrea habla de una población preisraelita, Emori, que se presenta como amorrea en inglés. Los últimos ciertamente no tenían ningu-

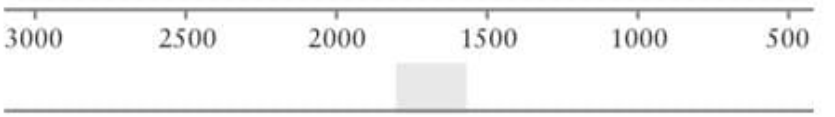
na relación directa con los de principios del segundo milenio y para evitar confusiones algunos estudiosos prefieren usar el término amorreo para las referencias anteriores (Fleming, 2004; ver Whiting, 1995, para todos estos usos). Mientras que los eruditos reconocen que todas las referencias divergentes no pueden referirse al mismo pueblo, la mayoría de ellos piensan que existió un grupo identificable de amorreos a finales del tercer milenio y principios del segundo milenio. Sin embargo, ¿qué los caracterizaba?

Hasta mediados del siglo XX era común ver a los amorreos como parte de una secuencia de oleadas de nómadas semitas que invadían las zonas agrícolas de Mesopotamia desde una región desértica en algún lugar de su parte occidental. Los acadios lo hicieron antes que ellos, los arameos y los árabes más tarde (por ejemplo, Moscati, 1960: 30, 204-205). Un análisis profundo de las fuentes de Mari reemplazó este modelo por uno en el que los amorreos, como pastores seminómadas, trataban constantemente de establecerse en zonas agrícolas, un movimiento resistido y resentido por las poblaciones sedentarias (Kupper, 1957). Muchos eruditos todavía ven a

los amorreos como pastores del oeste del Próximo Oriente que se infiltraron en la sociedad asentada y tomaron el poder a principios del segundo milenio (por ejemplo, Charpin y Ziegler, 2003; Jahn, 2007). En su opinión, estos inmigrantes tuvieron tanto éxito político que deberíamos llamar al comienzo del segundo milenio «era amorrea» (por ejemplo, Charpin, 2004, adoptado por Milán en 2012: fig. XXVII y Frahm, 2013-135). Los amorreos habrían introducido cambios radicales en las estructuras políticas y sociales de Babilonia y del Próximo Oriente en general.

6

EL CRECIMIENTO DE LOS ESTADOS TERRITORIALES A COMIENZOS DEL SEGUNDO MILENIO



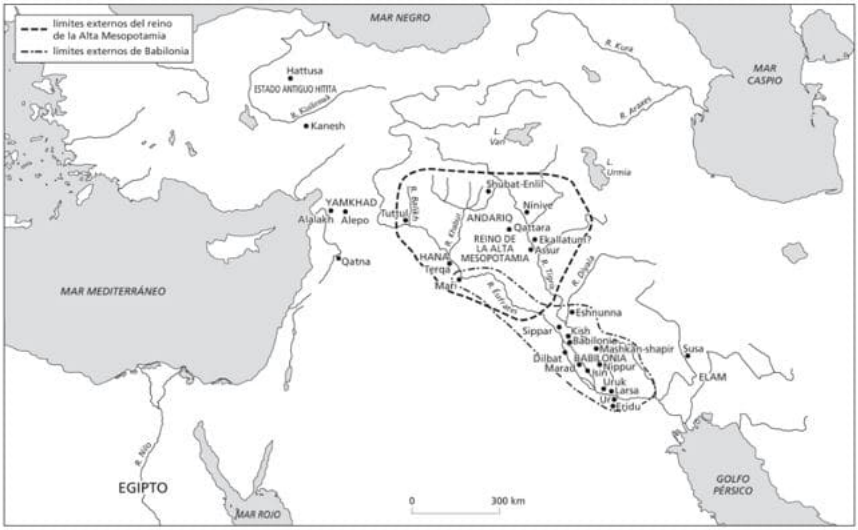
1807 Shamshi-Adad se apodera de Asur

ca.	Yasmah-Addu ocupa el trono de Mari
1795	Hammurabi hereda el trono de Babilonia
1792	Muerte de Shamshi-Adad
1775	
ca. 1740	Samsuiluna pierde el control sobre el sur de Babilonia
ca.	Creación del Antiguo Estado Hitita
1650	El rey hitita Mursili saquea Babilonia
1595	

Dentro del torbellino de dinastías en competición que caracterizaron la primera mitad del segundo milenio, destaca un pequeño número de gobernantes altamente cualificados. Durante breves períodos de tiempo, estos hombres pudieron extender su control político a una amplia zona geográfica, creando estados territoriales efímeros. Estos estados no eran radicalmente diferentes en naturaleza de otros de la época, sólo que tenían más éxito en competir con sus vecinos. Eran el resultado de los éxitos militares de un individuo y se desintegraron poco después de la muerte de sus fundadores. Primero, Shamshi-Adad unificó la Mesopotamia septentrional, luego Hammurabi Babilonia, y más tarde Hattusili I Anatolia central (mapa 6.1). A pesar de la naturaleza efímera de sus estados, los cambios que estos hombres iniciaron sentaron las bases para el sistema de estados territoriales en siglos posteriores.

Dado que estos acontecimientos se solaparon con los acontecimientos tratados en el capítulo anterior, las fuentes históricas disponibles son en gran medida las mismas. En Babilonia y la Alta Mesopotamia, los registros más explícitos no derivan de las capitales, sino de otras ciudades con-

quistadas y controladas por los gobernantes territoriales. Por el contrario, en el caso del antiguo estado hitita, casi toda nuestra información proviene de la capital, Hattusa, pero los textos están fechados siglos más tarde y sólo se pueden considerar copias de los anales reales originales. Por lo tanto, su información tiene que ser verificada cuidadosamente con fuentes contemporáneas a los sucesos que describen.



Mapa 6.1. Estados territoriales de comienzos del segundo milenio.

6.1 SHAMSHI-ADAD Y EL REINO DE LA ALTA MESOPOTAMIA

El comienzo de la historia del rey Shamshi-Adad es vago para nosotros. Ni siquiera podemos establecer cuándo y dónde ascendió por primera vez a un trono mesopotámico en particular. Lo más probable es que alrededor de 1830 heredara el gobierno de su padre, Ila-kabkabu, en Ekallatum, una ciudad aún sin ubicar, pero ciertamente en las cercanías de Asur. Allí gobernó durante unos diez años, hasta que tuvo que huir a Babilonia cuando Naram-Sin de Eshnunna

conquistó Ekallatum. Siete años más tarde, Shamshi-Adad aprovechó la muerte de Naram-Sin para volver del exilio y tres años más tarde conquistó Asur. Allí integró a sus antepasados en la lista de gobernantes de la ciudad y se dice que fue rey durante treinta y tres años (para una lista de los primeros gobernantes asirios, véase la Sección 18 de las Listas de Reyes al final del libro). Esto nos permite fechar su acceso al trono de Asur en 1807.

En ese momento era sólo un jugador menor en la región. Sin embargo, pronto extendió su influencia hacia el oeste, hacia el norte de Siria, donde se enfrentó con Yahdun-Lim de Mari. Shamshi-Adad tomó el control del valle del norte del Khabur y de los reinos anexionados, como la tierra de Apum, cuya capital, Shehna, se convirtió en su propio trono real, cambiando su nombre por el de Shubat-Enlil. El poderoso reino de Mari al sur se convirtió en presa fácil cuando Yahdun-Lim fue asesinado, y probablemente en 1792 Shamshi-Adad conquistó su capital. Ahora gobernaba un área desde Asur en el Tigris al este hasta Tuttul en el Balikh al oeste. Toda la región al norte de Babilonia fue incorporada a su estado, que aquí llamaremos «reino de la Alta Mesopotamia» (figura 6.1).

Shamshi-Adad era muy tolerante con las prácticas existentes en los diversos estados que había unido. En Asur asumió el título real habitual allí, «gobernador del dios Asur», y en Nínive restauró el templo de Ishtar, del que se decía que había sido construido por Manishtushu cinco siglos antes. Ciertas ciudades, como Qattara, conservaron a sus antiguos gobernantes, ahora convertidos en sus vasallos. Los procedimientos administrativos locales sobrevivieron, aunque los funcionarios utilizaron sellos que indicaban que estaban al servicio de Shamshi-Adad. Tal vez su administra-

ción impuso un cambio crucial: la datación de los documentos con el sistema de epónimos de Asur para indicar los años (recuadro 6.1). Bajo el dominio de Shamshi-Adad se utilizó en lugares tan variados como Mari, Tuttul, Shubat-Enlil y Terqa. Este sistema «asirio» de datación se convirtió así en una práctica oficial del reino de la Alta Mesopotamia.

Figura 6.1. Estela fragmentaria, probablemente de Shamshi-Adad. La estela fragmentaria está inscrita en ambos lados y contiene una inscripción que registra la victoria sobre la ciudad de Qabara, también conmemorada en la estela de Dadusha (figura 5.2). Es probable que Shamshi-Adad comisionara el monumento y que él sea el hombre que aparece golpeando a un enemigo con su hacha. Louvre, París, AO2776. Diorita, altura 49 cm; anchura 55 cm. Créditos: akg images/Album/Prisma.

Teniendo que controlar este gran reino, Shamshi-Adad, que residía en Shubat-Enlil, situó a sus dos hijos en lugares estratégicos. El mayor, Ishme-Dagan, ascendió al trono en

Ekallatum, el hogar ancestral, mientras el menor, Yasmah-Addu, se instaló en Mari. Así pues, se prestó atención directa a las fronteras sudoriental y sudoccidental. Al este, el reino de la Alta Mesopotamia limitaba con Eshnunna y sus estados en las estribaciones de los Zagros, al oeste con Yamkhad y la estepa siria controlada por grupos seminómadas. A los dos hijos, a su vez, se les asignó la supervisión de varios distritos mediante gobernadores que los representaban: Ishme-Dagan se ocupaba de los que estaban entre el Tigris y los Zagros, Yasmah-Addu de los que estaban a lo largo de los ríos Éufrates, Balikh inferior y Khabur. Shamshi-Adad gobernaba directamente la región de Shubat-Enlil, mientras los gobernadores militares estaban a cargo de las ciudades del sur. Ishme-Dagan claramente tenía más autoridad que su hermano pequeño y a menudo reprendía a Yasmah-Addu por sus acciones. Sin embargo, el padre mantuvo la máxima autoridad, enviando numerosas cartas a sus hijos. Las de Mari acusaban a Yasmah-Addu de ser un vago y débil. Declaró repetidamente:

Recuadro 6.1. EL SISTEMA DE DATACIÓN POR EPÓNIMOS

A diferencia de Babilonia, donde los años se identificaban con nombres basados en sucesos importantes de los años anteriores, en el norte de Mesopotamia existía un sistema de datación según el cual cada año se nombraba por un individuo. El término acadio utilizado para referirse a tal individuo era *limmu*, que significa algo así como rotación, y que traducimos con la palabra griega que indica un

cargo rotativo, 'epónimo'. El sistema de datación probablemente se originó en la ciudad de Asur y siguió siendo el sistema oficial en Asiria hasta el final del Imperio asirio en el siglo VII (documento 12.2). Los individuos que se convertían en epónimos eran seleccionados originalmente por sorteo, pero en el primer milenio el *limmu* estaba constituido por una rotación fija de oficiales encabezados por el rey. En el primer milenio, el cargo era de naturaleza cultual.

A principios del segundo milenio, el cargo de epónimo en Asur tenía un carácter administrativo y aparentemente tenía más relación con el comercio que el rey. Los primeros testimonios conocidos de los epónimos anuales se encuentran en Kanesh. Se utilizaron en otras colonias asirias de Anatolia, correspondiendo con el tiempo a la posterior ocupación de esos lugares. La práctica de la datación está atestiguada en todo el norte de Mesopotamia y su difusión se debió sin duda a la unificación del norte por parte de Shamshi-Adad: vemos que en algunos lugares como Mari los epónimos sustituyeron a los nombres de año sólo durante los años bajo su ocupación. Cuando su estado se des-

moronó, varias ciudades continuaron usando epónimos y se adhirieron a un sistema compartido en toda la región. Por lo tanto, aunque eran políticamente independientes, eligieron coordinar sus sistemas de referencias para facilitar las interacciones.

Con el fin de hacer un seguimiento de la secuencia de los años, se elaboraron listas de epónimos, a veces añadiendo también declaraciones sucintas sobre los acontecimientos. Éstos se han podido reconstruir con seguridad desde el siglo XI hasta el siglo VII. Para el segundo milenio la situación no siempre está clara, pero los nuevos descubrimientos siguen mejorando nuestros conocimientos. Las listas de epónimos de Kanesh recientemente publicadas han sido especialmente importantes para la cronología de principios del milenio. Ahora conocemos la secuencia casi completa de los epónimos de aproximadamente 1972 a 1718.

¿Cuánto tiempo tenemos para guiarte en cada asunto? ¿Eres un niño y no un adulto? ¿No tienes barba en la barbilla? ¿Cuándo te harás cargo de tu casa? ¿No ves que tu hermano está dirigiendo grandes ejércitos? Así que, ¡tú también, ocúpate de tu palacio, de tu casa[16]!.

La intromisión de grandes líderes en los asuntos locales no era inusual y esta microgestión era parte del ideal de realeza de la época, como mostraré en la referencia a Ham-

murabi de Babilonia. El hecho de que sus súbditos no siempre se dieran cuenta de ello queda claro en un episodio en el que Shamshi-Adad organizó el matrimonio de Yasmah-Addu con Beltum, la princesa de Qatna, un aliado crucial en su conflicto con Yamkhad. El rey de Qatna quería que su hija tuviera un papel destacado en Mari, pero Yasmah-Addu ya tenía una esposa principal, la hija de Yahdun-Lim. Así que Yasmah-Addu prefirió mantener a Beltum en una posición secundaria fuera de su palacio, entre las mujeres de menor rango. Shamshi-Adad lo reprendió severamente y obligó a su hijo a mantenerla a su lado. La jerarquía del poder en el reino era inconfundible.

El estado de Shamshi-Adad desapareció de repente y en circunstancias poco claras. Cuando era anciano, sus dos principales vecinos, Yamkhad y Eshnunna, atacaron simultáneamente, y murió en batalla o por causas naturales en 1775. Los poderes locales se reafirmaron rápidamente. Zimri-Lim, un advenedizo amorreo, persiguió a Yasmah-Addu de Mari, mientras Ishme-Dagan perdió el control del reino de su padre, a excepción de Ekallatum y Asur. El norte de Siria se convirtió en un mosaico de pequeños estados independientes, mientras en el sur Eshnunna recogió los fragmentos más cercanos. Algunas de las historias de los nuevos estados pueden escribirse todavía porque Mari mantuvo una estrecha vigilancia de los acontecimientos, pero también porque algunos de los reyes locales mantuvieron burocracias de corte y se comunicaron activamente entre sí por carta. La región, políticamente dividida, estaba abierta a los ataques de Eshnunna, Elam y Babilonia, cuyos reyes podían elevar o destituir a los gobernantes locales. Las intrigas políticas y los conflictos militares fueron numerosos y complicados. Zimri-Lim de Mari era el gobernante más poderoso

de la zona, pero demasiado marginal geográficamente como para controlar todo lo que sucedía. Mientras existían dinastías locales en toda la Alta Mesopotamia, algunos reyes, como el gobernante de Andariq, ejercieron una fuerte influencia sobre sus vecinos, a veces imponiendo gobernantes en sus tronos. Los palacios de estas ciudades continuaron dominando la economía y mantuvieron una administración centralizada. Sin embargo, hacia 1720, el norte de Mesopotamia se volvió incapaz de mantener este modo de vida. Muchas ciudades fueron abandonadas por razones que sólo podemos sospechar. Posiblemente una mezcla de oposición popular a la dominación de la corte y cambios en el patrón de las precipitaciones llevaron a un cambio hacia una vida seminómada en las aldeas y en la estepa. Con el final de los palacios, el registro histórico desapareció.

6.2. LA BABILONIA DE HAMMURABI

Durante las últimas décadas de la vida de Shamshi-Adad, un hombre que se convertiría en uno de los reyes más famosos de la historia de Mesopotamia ocupó el trono en Babilonia: Hammurabi. Babilonia, conocida desde el período de Acad, había existido durante varios siglos, y los predecesores de Hammurabi habían logrado crear gradualmente un estado que incorporaba ciudades norteñas anteriormente independientes, como Sippar, Kish, Dilbat y Marad. Pero estaba rodeada por los estados más prominentes de Eshnunna, Larsa y el reino de la Alta Mesopotamia. Cuando Hammurabi se convirtió en rey en 1792, Rim-Sin acababa de unificar la totalidad de la Babilonia meridional, mientras que Shamshi-Adad reinaba supremo en el norte. Puede que Hammurabi en un principio incluso le debiera lealtad a Shamshi-Adad: un contrato redactado en Sippar en 1782 contiene juramentos a ambos reyes, lo que apunta a la autoridad de

Shamshi-Adad en la zona. Hammurabi marcó el comienzo de lo que ahora llamamos «período Paleobabilónico», el comienzo del dominio político de Babilonia sobre el sur de Mesopotamia durante los siguientes mil quinientos años (para una lista de los reyes paleobabilónicos, véase la Sección 8 de las Listas de Reyes al final del libro).

En estos tiempos tan volátiles, el joven rey no pudo evitar verse arrastrado a los conflictos regionales. Sus primeros nombres de año mencionan campañas contra todos sus poderosos vecinos, pero los resultados fueron ambiguos. La mayor parte de la atención de Hammurabi parece haberse dedicado al desarrollo interno de su estado, principalmente a la excavación de canales y a la fortificación de ciudades. Cuando decidió actuar a gran escala, sus movimientos militares fueron rápidos y devastadores, y también utilizó sus considerables habilidades diplomáticas con gran efecto. Al principio, usando tropas de aliados como Mari, se volvió contra aquellos que le habían ayudado con anterioridad una vez que fue lo suficientemente fuerte. La correspondencia diplomática de Mari muestra como utilizó primero la diplomacia y luego la acción militar para alcanzar sus objetivos (documento 6.1). En sólo cinco años, de 1766 a 1761, Hammurabi estableció su dominio total sobre el sur de Mesopotamia, después de la muerte de Shamshi-Adad y cuando Rim-Sin era un anciano. Derrotó a Elam, Larsa, Eshnunna y Mari en rápida sucesión e incorporó Larsa y el área del Éufrates Medio hasta Mari al estado babilónico. Eshnunna se quedó sin líder, mientras que bloqueó la capacidad de Elam para ejercer cualquier influencia sobre Mesopotamia. La única zona de preocupación seguía siendo el norte de Mesopotamia, donde Hammurabi hizo campaña dos veces en años posteriores sin establecer plenamente el control. Sin

embargo, no hay duda de que era el rey más fuerte de Mesopotamia. Después de estos acontecimientos, pudo proclamarse como «el rey que hizo obedientes los cuatro cuartos de la tierra[17]».

Documento 6.1. CARTAS A ZIMRI-LIM DE MARI SOBRE HAMMURABI Y ESHNUNNA

Como colega y a menudo aliado de Hammurabi de Babilonia, Zimri-Lim de Mari quería mantenerse informado sobre las interacciones de este último con otros estados. Sabía bien que las alianzas eran efímeras y que todos los reyes de la época buscaban fortalecer sus posiciones buscando apoyo externo. He aquí dos ejemplos de cartas que Yarim-Addu, que estaba destinado en Babilonia, envió a su señor sobre la búsqueda por parte de Hammurabi de un tratado con Silli-Sin de Eshnunna, un rey al que Zimri-Lim también cortejó para una alianza. Yarim-Addu informa de que Silli-Sin era reacio a aceptar la oferta de Hammurabi y que Hammurabi había iniciado conversaciones directas con Elam en un posible movimiento contra Eshnunna. Sabemos que al final Hammurabi logró formar su alianza y que se casó con la hija de Silli-Sin. Pero poco después marchó contra Eshnunna y la derrotó en 1762.

Dile a mi Señor (Zimri-Lim); Yarim-Addu, tu siervo, dice:

He escrito a mi señor acerca de las instrucciones sobre el hombre de Eshnunna que Hammurabi dio a [ ]. Cuando Hammurabi estaba en Borsippa, los mensajeros del hombre de Eshnunna vinieron a él, pero él no los vio. Sólo el segundo día se reunieron con él. Después de hacerlos esperar una noche, les dio una respuesta a sus noticias. Dio instrucciones a [Sin-], hijo de Kakkaruqqum y Mar[duk-mushallim, hijo de], y las envió. Se llevaron consigo la pequeña tablilla (es decir, el borrador del tratado), y harán que el hombre de Eshnunna la acepte. [ ] irá y Hammurabi lo aceptará. Después de que hayan aceptado la tablilla pequeña, Hammurabi enviará una tablilla grande, que es una tablilla de tratado, al hombre de Eshnunna, y él le hará jurarla. El hombre de Eshnunna enviará la tablilla grande, la tablilla del tratado, de vuelta a Hammurabi y establecerán una alianza. La alianza entre Hammurabi y el hombre de Eshnunna está concluida o lo estará muy pronto, eso es seguro. En este momento la respuesta a la misión diplomática de Sin-[ ] y Marduk-mushallim aún no ha llegado de Eshnunna. No puedo in-

formar de ello a mi señor. Después de esta carta le escribiré a mi señor todas las noticias que me llegan de Eshnunna.

La carta continúa con noticias sobre Larsa y Andariq.

Traducción según Charpin, 1988, volumen 1, parte 2: 179-182.

Dile a mi señor (Zimri-Lim); Yarim-Addu, tu siervo, dice: He escrito antes a mi señor que las palabras de Hammurabi eran secretas. Hammurabi ha renovado las conversaciones francas con el gobernante de Elam como lo hizo antes. Los mensajeros elamitas que han venido de parte del gobernante de Elam a Hammurabi se están quedando en la entrada de su palacio en este momento. Después de que el gobernante de Elam les hubo dado sus instrucciones, fueron escoltados desde Susa hasta Der del dios Ishtaran. El hombre de Der los recibió y los ha enviado *Silli-Sin. Pero poco después marchó contra Eshnunna y la derrotó en 1762.*

Dile a mi Señor (Zimri-Lim); Yarim-Addu, tu siervo, dice:

He escrito a mi señor acerca de las instrucciones sobre el hombre de Eshnunna que Hammurabi dio a [ ]. Cuando Hammurabi estaba en Borsi-

ppa, los mensajeros del hombre de Eshnunna vinieron a él, pero él no los vio. Sólo el segundo día se reunieron con él. Después de hacerlos esperar una noche, les dio una respuesta a sus noticias. Dio instrucciones a [Sin-], hijo de Kakkaruqqum y Mar[duk-mushallim, hijo de], y las envió. Se llevaron consigo la pequeña tablilla (es decir, el borrador del tratado), y harán que el hombre de Eshnunna la acepte. [ ] irá y Hammurabi lo aceptará. Después de que hayan aceptado la tablilla pequeña, Hammurabi enviará una tablilla grande, que es una tablilla de tratado, al hombre de Eshnunna, y él le hará jurarla. El hombre de Eshnunna enviará la tablilla grande, la tablilla del tratado, de vuelta a Hammurabi y establecerán una alianza. La alianza entre Hammurabi y el hombre de Eshnunna está concluida o lo estará muy pronto, eso es seguro. En este momento la respuesta a la misión diplomática de Sin-[ ] y Marduk-mushallim aún no ha llegado de Eshnunna. No puedo informar de ello a mi señor. Después de esta carta le escribiré a mi señor todas las noticias que me llegan de Eshnunna.

La carta continúa con noticias sobre Larsa y Andariq.

Traducción según Charpin, 1988, volumen 1, parte 2: 179-182.

Dile a mi señor (Zimri-Lim); Yarim-Addu, tu siervo, dice: He escrito antes a mi señor que las palabras de Hammurabi eran secretas. Hammurabi ha renovado las conversaciones francas con el gobernante de Elam como lo hizo antes. Los mensajeros elamitas que han venido de parte del gobernante de Elam a Hammurabi se están quedando en la entrada de su palacio en este momento. Después de que el gobernante de Elam les hubo dado sus instrucciones, fueron escoltados desde Susa hasta Der del dios Ishtaran. El hombre de Der los recibió y los ha enviado bajo escolta a Malgium, y se suponía que el hombre de Malgium les daría una escolta hasta Babilonia. Pero el ejército de Eshnunna les impidió el paso y no pudieron entrar (al territorio). Hammurabi oyó que el ejército de Eshnunna bloqueaba las carreteras. Ya no envía misiones regulares a Elam vía Malgium y Der, como antes. Pero hay áreas abiertas en la tierra de Eshnunna y sus mensajeros van al gobernante de Elam a través de estas áreas. El mensaje del gobernante de Elam aún no le ha llegado.

La carta continúa con noticias sobre Malgium y sobre Ishme-Dagan del reino de la Alta Mesopotamia.

Finalmente, con respecto a la pequeña tablilla del tratado que Hammurabi envió previamente al rey de Eshnunna, Silli-Sin: Silli-Sin sigue respondiendo con una negativa y no ha concluido un tratado con Hammurabi.

Traducción según Charpin, 1988, volumen 1, parte 2: 182-184.

Sus inscripciones dejan claro, sin embargo, que el núcleo de su estado era Babilonia. Muchas de las primeras ciudades-estado de la zona y sus cultos recibieron el favor del gobierno de Hammurabi. Es en esta región donde podemos estudiar su estilo de gobierno: como gobernante se preocupó hasta el más mínimo detalle. Debido a la extensa reconstrucción posterior y al reciente aumento de la capa freática, la misma ciudad de Babilonia es virtualmente desconocida arqueológicamente durante este período, y sólo un grupo de tablillas procedentes de ella han sobrevivido. Nuestra información proviene principalmente de otras ciudades, donde los agentes reales representaban los intereses de Babilonia. En Larsa, por ejemplo, estos hombres eran Sin-iddinam y Shamash-hazir, y se conservan unas doscientas cartas que el rey les escribió. Estas tratan asuntos aparentemente poco importantes, por ejemplo:

> *Dile a Shamash-hazir, así habla Hammurabi: «De los campos que pertenecen al palacio, dale uno que mide una hectárea cerca de la puerta de Larsa, un campo de barbecho que es de buena calidad y se encuentra cerca del agua, a Sin-imguranni, el cortador de sellos*[18]*».*

Esta preocupación quizás no encaje en nuestra imagen de un gran gobernante, pero refleja bien la ideología de la realeza de la época. El rey era pastor y granjero. Tenía que cuidar de su gente, proveerles de campos para su sustento y hacerlos fértiles a través de proyectos de irrigación. Eso es lo que se esperaba de él.

La misma ideología se expresaba repetidamente en la introducción y conclusión de su monumento más famoso, el código legal de Hammurabi. En éste declaró:

> *Yo soy el pastor que trae la paz, cuyo cetro es justo. Mi sombra benevolente se extendió por toda mi ciudad, y tuve a la gente de las tierras de Sumer y Acad a salvo en mi regazo.*

Se ha debatido mucho sobre la función del código legal en sí, pero ahora hay consenso en que su designación moderna es errónea: no se trata de un código legal, sino de un monumento que presenta a Hammurabi como un rey ejemplar de la justicia (debate 6.1). El texto nos es más conocido gracias a una estela negra de basalto casi totalmente cubierta con una inscripción (figura 6.2). Enmarcadas entre un prólogo y un epílogo se enumeran unas trescientas cláusulas, todas estructuradas según el mismo patrón: «si… entonces…». Por ejemplo, «Si un hombre comete un robo y es capturado, será muerto» (§ 22). Aunque tratan de muchas áreas de la vida, las instancias no cubren, de lejos, todos los posibles crímenes, e incluso hay algunas contradicciones. Además, los numerosos documentos jurídicos de la época, incluidos los expedientes de causas judiciales, nunca hacen referencia al código. En lugar de una lista de preceptos legales, todo el monumento es una vivida expresión de Hammurabi como rey que hace justicia en su tierra. Él mismo decía:

> *Que cualquier hombre agraviado que tenga un caso comparezca ante mi estatua como rey de la justicia, y que se le lea en voz alta mi estela inscrita. Que escuche mis preciosas palabras y que mi estela le aclare su caso. Que*

examine su demanda y que calme su (turbado) corazón. Que él diga: «Hammurabi... proporcionó caminos justos para la tierra[19]*».*

Para demostrar su capacidad de garantizar la justicia, Hammurabi enumeró estos 300 casos e instó a los futuros reyes a estudiar y seguir su ejemplo.

A pesar de esto, el contenido del código proporciona una visión de la sociedad babilónica en ese momento. Demuestra una jerarquía social con una estructura tripartita de hombre libre *(awilum*, en acadio), dependiente *(mushkenum)* y esclavo *(wardum*). Los castigos varían en función de la condición de la víctima y del autor del delito: herir a un hombre libre da lugar a una pena más severa que herir a una persona dependiente. Pero estos términos no eran absolutos, ya que a menudo definían la posición de una persona en relación con otra. Un alto funcionario de la corte era todavía un «esclavo» del rey. La situación del grupo intermedio de dependientes *(mushkenum)* es muy difícil de definir. El término podría indicar una relación con el palacio o con otra persona, pero no entendemos exactamente cuál era la base o el grado de dependencia. La estructura de la sociedad había cambiado desde el tercer milenio, en parte a través del proceso de «privatización» descrito en el capítulo anterior. Los dependientes a tiempo completo del palacio eran raros y el trabajo por contrato proporcionaba la mayoría de los servicios. Por lo tanto, la clase dependiente del Código de Hammurabi se encontraba a menudo en una situación en la que tenía obligaciones para con los ciudadanos particulares. El uso de contratistas privados para atender los negocios del palacio fue una característica de la época y sus transacciones crediticias dieron lugar a los disturbios sociales descritos en el capítulo 5. Los contratos de préstamo siguen siendo numerosos en los archivos privados. Se sabe que Hammurabi y varios de sus sucesores decretaron varias veces

la anulación de deudas, pero la necesidad de repetir tales actos indica que no lograron rectificar la situación.

Figura 6.2. La estela de Hammurabi. El monolito de basalto de 2,25 metros de altura está totalmente inscrito con un texto cuneiforme, excepto por una pequeña escena que representa al rey frente al dios de la justicia, Shamash. El espacio vacío en la parte inferior fue obra de un rey posterior que borró parte del texto. Los signos están grabados en bandas horizontales utilizando escritura monumental arcaizante. La estela fue llevada a Susa en el siglo XII, donde fue hallada, y actualmente se encuentra en el Museo del Louvre de París. Louvre, París, Sb 8. Basalto. Altura 2,25 m; anchura 0,65 m. Créditos: © RMN-Grand Palais/Franck Raux.

Al final de su reinado, Hammurabi había alterado fundamentalmente el panorama político de Mesopotamia. Babilonia era la única gran potencia, rodeada de débiles restos de grandes rivales: Elam, Eshnunna y Asur. Los únicos estados que no se vieron afectados por sus acciones fueron los estados occidentales de Siria, como Yamkhad. Sin embargo, su unificación de Babilonia duró poco. Menos de diez años des-

pués de su muerte, su hijo, Samsuiluna, se enfrentó a grandes rebeliones, especialmente en el sur. Allí, un hombre que se hacía llamar Rim-Sin, después del último gobernante de Larsa, fue declarado rey de Larsa, Ur, Nippur y otras ciudades, mientras simultáneamente Rim-Anum se convirtió en rey en Uruk. A Samsuiluna le llevó más de dos años derrotar a estos y otros rebeldes con lo que parecen haber sido despiadadas acciones militares, aunque, como en el pasado, la diplomacia también jugó un papel: Rim-Anum cambió de bando para apoyar a Babilonia. Pero el control de Babilonia por parte de Samsuiluna se fue desvaneciendo poco a poco. Los textos fechados con los nombres de sus años desaparecieron de las ciudades del sur al cabo de diez u once años. A los treinta años, Nippur y otras ciudades de Babilonia central dejaron de estar bajo el control de Babilonia. Sin embargo, los problemas no eran puramente políticos. La arqueología muestra que ciudades anteriormente florecientes como Ur y Nippur fueron en su mayoría abandonadas. Parte de la población, como el clero de Uruk, emigró a las ciudades del norte de Babilonia. Es difícil determinar exactamente lo que sucedió. La respuesta de Babilonia a las rebeliones pudo haber sido tan feroz que la infraestructura urbana del sur se dañara irreparablemente, los cursos de agua tal vez se desviaron y los campos agrícolas se convirtieron en estepas. También es posible que las políticas de Hammurabi y su predecesor en la región, Rim-Sin, tuvieran finalmente un resultado negativo. Habían integrado las economías locales del sur de Babilonia en un sistema bajo el cual los distritos se volvieron interdependientes. Cuando el centro requerido para la coordinación de la producción se debilitó, los intercambios de mercancías se detuvieron, llevando a un declive económico de todas las regiones. Una vagamente conocida

«Dinastía del País del Mar» surgió en el sur de Babilonia y tomó el control de varias ciudades, pero, por lo que sabemos, la actividad económica y cultural era mínima, y en 1712 la región ya había entrado en una Edad Oscura.

Sin embargo, el norte de Babilonia continuó floreciendo. Hammurabi tuvo cinco sucesores que gobernaron sin oposición durante ciento cincuenta y cinco años sobre el área que había heredado originalmente cuando era un joven rey, además del valle del río Éufrates hasta Mari. Samsuiluna dirigió campañas militares hacia el norte y tal vez se anexionó el nuevo estado septentrional de Hana, que había surgido alrededor de Terqa después del final de Mari. En 1728 sus tropas llegaron hasta el alto Khabur y saquearon la antigua capital de Shamshi-Adad, Shubat-Enlil, ahora de nuevo llamada Shehna. Aparecieron nuevos opositores en la zona, lo que indica que la situación política era inestable. Un grupo de personas no atestiguado anteriormente, llamados casitas, se convirtió en objetivo de la actividad militar de Babilonia. En el siglo XVI se convertirían en gobernantes de Babilonia.

Figura 6.3. «Quiet Street» en Ur. Cuando Leonard Woolley excavó áreas con residencias privadas en Ur, descubrió una casa llena de evidencias de actividad escolar en una calle que bautizó como «Quiet Street» en honor a una calle de Bath, Inglaterra. La casa era muy pequeña y las tablillas administrativas encontradas en ella revelan que allí residían sacerdotes conectados con el templo de Ur. Pero también enseñaban técnicas de escritura a los niños del vecindario.
Créditos: gentileza del Penn Museum, imagen número 8838.

El rápido abandono de las ciudades del sur y del centro de Babilonia bajo Samsuiluna a mediados del siglo XVIII tuvo como efecto secundario involuntario la preservación de la mayoría de los manuscritos de los textos literarios sumerios que conocemos actualmente. Los jóvenes que fueron educados como escribas en casas privadas (figura 6.3) los copiaron o los extrajeron, y en Ur y Nippur se han excavado los restos de su trabajo. Normalmente las tablillas que contenían sus ejercicios habrían sido recicladas y su arcilla reutilizada, pero cuando la actividad de la escritura cesó, las últimas obras quedaron atrás. Podemos estudiar el currículo es-

colar basándonos en estos ejercicios, y que incluía matemáticas, topografía y música. La más elaborada fue la formación en escritura cuneiforme y en lengua sumeria. El aprendizaje de memoria era la norma. Al principio, los estudiantes tenían que practicar cómo hacer trazos sencillos con el estilo. Esto condujo al aprendizaje de los signos cuneiformes y sus lecturas. Memorizaban los signos por la forma o por el sonido de su pronunciación, y el orden de aprendizaje se basaba en su creciente complejidad. Luego los estudiantes pasaban a copiar listas de palabras sumerias. El corpus léxico, ya conocido a partir de las tablillas de finales del período de Uruk, fue, por tanto, una parte central del plan de estudios. En este período se realizaron algunas revisiones importantes. Las listas léxicas se centraban en los elementos que componían las palabras y empezaron a aparecer las primeras traducciones acadias de palabras sumerias. La gramática se enseñaba de manera similar repitiendo los paradigmas de sustantivos y verbos en diferentes formas.

Los estudiantes aprendieron sintaxis escribiendo composiciones sumerias reales, elegidas por su complejidad gramatical. Así se introdujo en esta época el estudio de ciertos himnos reales de Ur III. Finalmente, el entrenamiento culminaba con la copia de pasajes de los clásicos de la literatura sumeria. Se representan una gran variedad de géneros literarios: mitos, himnos, proverbios, cartas literarias y otros. Los ejercicios de los estudiantes son a menudo los únicos manuscritos que tenemos de estos textos, cuya fecha original de composición es desconocida. El patrocinio de la corte es claro: muchas de las composiciones tenían por objeto glorificar al rey vivo o a sus ancestros lejanos. Ese mensaje es más obvio en los himnos reales y en los relatos de gobernantes legendarios. Las cortes de principios del segundo mi-

lenio continuaron la tradición de Ur III de glorificar al rey con himnos. Lo retrataron en términos sobrehumanos y así perpetuaron la ideología que lo veía como una divinidad. Ideas similares se expresaron en un ciclo de historias sobre los legendarios gobernantes de Uruk: Enmerkar, Lugalbanda y Gilgamesh. Parcialmente humanos, parcialmente divinos, eran considerados los antepasados de los reyes de Ur III y parece probable la creación de los relatos en esa corte. Su popularidad a principios del segundo milenio sugiere que los ideales de la realeza que allí se exhibían aún estaban vivos.

Los himnos reales dedicados a reyes de principios del segundo milenio como Rim-Sin demuestran la habilidad de algunos escribas para componer textos enrevesados en lengua sumeria, que probablemente ya no se hablaba en ese momento. Es probable que otros géneros de la literatura también se compusieran durante estos siglos, mientras las primeras composiciones se pusieron por escrito con una forma fija. La intensidad de la actividad de los escribas en sumerio puede deberse al hecho de que la lengua estaba amenazada: la preservación oral ya no estaba garantizada, por lo que se necesitaban versiones escritas con indicación explícita de todos los elementos gramaticales. Los principales autores de los manuscritos existentes eran muchachos formados para redactar contratos y las cuentas administrativas estaban compuestas casi en su totalidad por frases comunes. Su educación fue más allá de las habilidades que necesitaban a diario. Fueron entrenados en las casas particulares de hombres cultos, cada uno de los cuales trabajaba con un grupo de chicos asistidos por un estudiante asistente. Los maestros estaban probablemente afiliados a los templos y lo más probable es que fueran los autores a los que se acudía cuando

se necesitaba componer textos sumerios para ocasiones como una visita real.

También en el norte de Babilonia estudiaron literatura las personas alfabetizadas. La mayoría de las composiciones allí encontradas son de naturaleza litúrgica y a menudo escritas más silábicamente que en el sur. Sin embargo, las habilidades de los escribas no eran necesariamente inferiores. Los modelos procedentes de Babilonia inspiraron las numerosas cartas escritas en todo el Próximo Oriente. Las cortes eran importantes patrocinadores de los escribas, y la escolarización pudo haber estado centralizada en los palacios en lugar de en las casas particulares de los afiliados del templo. No se conoce la situación en Babilonia, ya que no tenemos acceso a los restos arqueológicos de la época. No obstante, se siguió componiendo tanto literatura en lengua babilónica como en sumerio. Algunas de las inscripciones reales de Samsuiluna, incluidos ejemplos bilingües en sumero-acadio, son de alta calidad literaria. Éste fue también el primer período significativo de la composición literaria en lengua acadia. Ciertos textos que tienen una larga historia en Mesopotamia, como la *Epopeya de Gilgamesh* o la *Historia del diluvio*, se atestiguan por primera vez en los tiempos paleobabilónicos, y se conocen muchos himnos y encantamientos acadios de este período. Su estado de ánimo reflejaba la situación política de la época: la incertidumbre y la violencia son los temas dominantes. Los autores de estos textos no se libraron de las dificultades a las que se enfrentaban los habitantes del estado paleobabilónico.

En este momento encontramos la primera documentación escrita extensa de una ciencia por la cual Babilonia era famosa en el mundo antiguo: las matemáticas. Desde el surgimiento de la escritura, los administradores de Babilonia

demostraron sus habilidades matemáticas al medir campos, cosechas, números de ladrillos, volúmenes de tierra y muchas otras cosas que eran de importancia para los burócratas. Había que enseñar las herramientas para calcularlos, pero, al igual que con la literatura, en las habilidades que se muestran en los textos escolares se aprecia un nivel mucho más alto que el que se necesitaba en la práctica diaria. Al principio, los estudiantes copiaban repetidamente listas estándar de capacidad, peso, área y longitud, división y multiplicación. Sus tareas más desafiantes fueron formuladas como planteamientos de problemas, pero no eran realmente de gran valor práctico, incluso si su redacción se relacionaba con tareas de contabilidad reales. Por ejemplo, el ejercicio proporcionaba el tamaño de una pila de granos y preguntaba cómo se podía calcular el contenido, o daba la circunferencia y la pendiente de una pila de grano para calcular su altura:

Figura 6.4. Tablilla matemática paleobabilónica. En esta tablilla escolar redonda hay una imagen de un cuadrado con las diagonales dibujadas. A un lado del cuadrado está escrito el número 30, a lo largo de una de las diagonales está el número 1,24,51,10 y debajo está 42,25,35. En el sistema sexagesimal babilónico el número inferior es igual a 30 veces el número superior. Un cuadrado con 30 lados largos tiene diagonales de la longitud 42,25,35. El número 1,24,51,10 se aproxima mucho a la raíz cuadrada de 2, lo que muestra que los babilonios eran conscientes de los principios subyacentes al posterior teorema de Pitágoras.
Créditos: Gentileza de The Yale Babylonian Collection (YBC 7289).

Un montón. La circunferencia es 30. En 1 codo la pendiente es de 0,15. ¿Cuál es la altura? Tú: dobla 0,15, la pendiente. Verás 0,30.

Toma el recíproco de 0,30. Verás 2. Multiplica los 0,30 de la circunferencia por 2. Verás 1: la altura. <Este es> el método[20].

El conocimiento de las matemáticas que se muestra en estos textos es muy sofisticado y se basa en la lógica alge-

braica. Por ejemplo, los babilonios habían calculado con precisión la raíz cuadrada de 2 y la habían aplicado en cálculos geométricos (figura 6.4). Eran conscientes de los principios subyacentes al teorema de Pitágoras de que en un triángulo rectángulo la longitud de la hipotenusa es igual a la raíz cuadrada de la suma del área de los cuadrados. La base de la mayoría de estos cálculos fue la información proporcionada en las tablillas, enumerando los números en su notación sexagesimal y sus recíprocos (es decir, 60 dividido por ese número), y su creación es uno de los muchos logros de las escuelas babilónicas.

La supremacía política de Babilonia cambió el enfoque religioso de la región hacia esa ciudad. Los reyes Hammurabi y Samsuiluna favorecieron a la deidad patrona de Babilonia, Marduk. Se integró en el panteón sumerio de Nippur al convertirlo en hijo de Ea, el propio dios de Eridu en el extremo sur. Mientras que el culto a Marduk en ese momento predominaba sólo en la región que rodeaba Babilonia, unos siglos más tarde se convertiría en el culto principal de Babilonia. La popularidad de las deidades del norte de Babilonia aumentó y la población de toda Babilonia las adoptó como sus dioses personales. Así, en los siglos de la dinastía paleobabilónica se desarrollaron muchos de los elementos culturales característicos del Próximo Oriente en la segunda mitad del segundo milenio, y el enfoque político, religioso y cultural de Babilonia se trasladó permanentemente a su parte septentrional.

El final de este período es un misterio. Cada uno de los sucesores de Hammurabi gobernó durante más de dos décadas, una situación que suele ser indicativa de estabilidad política. Mantuvieron el norte de Babilonia unificado durante ciento cincuenta y cinco años, más tiempo que todo el Pe-

ríodo de Ur III, por ejemplo. La evidencia escrita de la región muestra una continuación de las prácticas administrativas y económicas, y no hay indicios de un debilitamiento del estado paleobabilónico. Sin embargo, existía en un vacío rodeado de regiones escasamente habitadas. Las únicas potencias políticas iguales a ella estaban situadas a gran distancia en el noroeste de Siria (Yamkhad) y en Anatolia (Reino Antiguo hitita). El conflicto entre esos estados finalmente afectó a Babilonia. En 1595, el rey de los hititas, Mursili, después de una campaña en el norte de Siria, dirigió a sus tropas por el río Éufrates, aparentemente sin mucha resistencia. Saqueó la ciudad de Babilonia, poniendo fin a su famosa dinastía, y dejó a la región sin líder.

6.3. EL REINO ANTIGUO HITITA

Anatolia central se convirtió en este momento en un actor fundamental en la historia del Próximo Oriente. La aparición de un ejército hitita en el corazón de Mesopotamia fue el resultado de un proceso relativamente corto de centralización del poder y de creación de una entidad que ahora llamamos Reino Antiguo hitita. La historia anterior de Anatolia está en su mayor parte envuelta en misterio: no hay fuentes escritas hasta el Período del Reino Antiguo, y nuestra información para esos primeros siglos del segundo milenio proviene únicamente de las colonias de comerciantes asirios en la región. Estas fuentes representan una red de pequeños reinos, a menudo en conflicto entre sí, y con poblaciones que utilizaban idiomas variados. Muchas de las lenguas sobrevivieron hasta los siglos posteriores: háttico, luvita, palaico, hurrita, y lo que ahora se llama hitita. En la tradición nativa, esta última se llamaba nesili, la lengua de Nesa, que era el nombre indígena de Kanesh, donde se encontraba la principal colonia mercantil asiria. El nesili se

convirtió en la lengua oficial escrita del estado hitita, aunque no lo hablaran la mayoría de sus súbditos. Varias de las lenguas anatolias del segundo milenio, sobre todo el hitita, eran indoeuropeas. Bajo la influencia de una idea anticuada de que había una patria indoeuropea en algún lugar del norte de la India, la academia ha puesto mucha atención en intentar averiguar cuándo y dónde entraron los indoeuropeos en Anatolia, y en encontrar pruebas de una invasión. Sin embargo, esta búsqueda es inútil. No hay razón para suponer que los hablantes de lenguas indoeuropeas no siempre estuvieron presentes en Anatolia, ni podemos decir que habrían sido un grupo claramente identificable en el segundo milenio. Sólo podemos observar que cuando las fuentes textuales nos informan de las lenguas utilizadas en Anatolia, algunas personas hablaban lenguas indoeuropeas, otras no.

El hecho de que el hitita fuera considerado el idioma de Nesa, es decir, Kanesh, proporciona una conexión entre el período de las antiguas colonias asirias y la historia hitita posterior. Otro eslabón es el hallazgo de una daga en la ciudadela de esa ciudad, inscrita con el nombre de Anitta, a quien se identifica como el gobernante. La inscripción fue escrita en la antigua escritura y lenguaje asirios, lo que parece indicar que los comerciantes asirios importaron la tecnología de la escritura en ese momento. Anitta fue el personaje central de uno de los primeros registros de los hititas, el llamado «texto de Anitta». Describía cómo él y su padre, Pitkhana, reyes de la ciudad no localizada de Kussara, conquistaron varias ciudades de Anatolia central, entre ellas, Nesa, que podría haberse convertido en la nueva capital. Unificaron todo el valle del río Kizilirmak (llamado Halys en la Antigüedad clásica) hasta su desembocadura en el mar Negro. Tales operaciones militares pudieron haber causado

el fin de la red comercial asiria. Aunque el reino de Anitta se derrumbó poco después de su muerte, la preservación de su memoria en registros posteriores sugiere que fue considerado como el antepasado de la posterior casa real hitita.

La historia del Reino Antiguo hitita se ha escrito usando fuentes que son muy diferentes de las disponibles para el resto del Próximo Oriente. Los archivos del palacio del estado hitita posterior contenían una serie de textos que relacionan las campañas militares de estos primeros gobernantes o tratan problemas de sucesión (documento 6.2). Por ejemplo, las campañas del rey Hattusili se describen en anales, que, si dataran de su reinado, serían los más antiguos del Próximo Oriente. Pero los manuscritos que tenemos fueron escritos en su mayoría en los siglos XIV y XIII, y no está claro si se trata de copias reales de textos más antiguos o de composiciones posteriores ambientadas en la Antigüedad con fines políticos del momento. A menudo proporcionan descripciones vividas de los sucesos, pero su precisión histórica es difícil de establecer. Los registros relacionados con los problemas de sucesión se deben ver como muy sesgados, ya que tenían la intención de retratar al gobernante bajo el cual fueron escritos como el sucesor legítimo. El hábito hitita de proporcionar datos de los reinados anteriores es una bendición para el historiador, pero puede ser una trampa en la que repetimos relatos ficticios.

Documento 6.2. UN RELATO DE COMIENZOS DE LA HISTORIA HITITA: EXTRACTO DEL EDICTO DE TELIPINU

Los escritos de los hititas se destacan en el registro del segundo milenio del Próximo Oriente en el sentido de que

proporcionan narraciones de acontecimientos políticos y militares anteriores en un marco cronológico claro. Éstos aparecen a menudo al comienzo de documentos legales como los tratados, donde se aclara la naturaleza de las relaciones previas entre los estados, o en este Edicto del rey Telipinu, que gobernó alrededor de 1500. Esperaba resolver los problemas de la sucesión real y demostró la necesidad de un cambio relatando cómo la violencia había caracterizado la historia anterior del reino. Todos los manuscritos conservados datan del siglo XIII y aunque la mayoría de los eruditos asumen que hay un grado de verdad en el relato, no hay garantía de que la descripción no haya sido redactada en gran medida para sustentar ideas relevantes para el período posterior de la historia hitita.

Después Hattusili fue rey, y sus hijos, hermanos, suegros, familiares y tropas se unieron. Dondequiera que fuera en la campaña, controlaba la tierra del enemigo con fuerza. Destruyó las tierras una tras otra, les quitó su poder y las convirtió en fronteras del mar. Sin embargo, cuando regresaba de la campaña, cada uno de sus hijos se iba a algún lugar a un país y de su mano prosperaban las grandes ciuda-

des. Pero, cuando más tarde los siervos de los príncipes se corrompieron, comenzaron a devorar las propiedades, conspiraron constantemente contra sus amos y comenzaron a derramar su sangre.

Cuando Mursili era rey en Hattusa, sus hijos, hermanos, suegros, familiares y tropas estaban todos unidos. Controló la tierra enemiga con fuerza, les quitó su poder y los convirtió en fronteras del mar. Fue a la ciudad de Alepo, destruyó Alepo y se llevó a los deportados de Alepo y sus bienes a Hattusa. Después fue a Babilonia y destruyó Babilonia. También luchó contra los hurritas. Se llevó a los deportados de Babilonia y sus bienes a Hattusa. Hantili era copero y tenía como esposa a Harapshili, hermana de Mursili. Zidanta robó a Hantili y emprendieron una mala acción: mataron a Mursili y derramaron su sangre.

Traducción según Hallo, 1997-2002, volumen 1: 194-195.

Basándonos en estas fuentes, podemos hacer una reconstrucción tentativa de la historia de los antiguos hititas. Un gobernante llamado Hattusili creó el estado hitita a principios o mediados del siglo XVII (para una lista de reyes, véase la Sección 9 de las Listas de Reyes al final del libro). Heredero del trono de Kussara, derrotó rápidamente a sus competidores en el centro de Anatolia. Entre sus conquistas estaba

Hattusa, situada en el centro de la región en un lugar estratégico y bien protegida gracias a su posición en la cima de una colina. Hizo de Hattusa su capital y posiblemente cambió su nombre para que coincidiera con el de la ciudad (sabemos que el nombre de la ciudad existía antes de su reinado). La ciudad estaba en el centro de Anatolia, pero no en el corazón del estado hitita, que se extendía principalmente hacia el sur hasta Siria. Su ubicación en el norte la expuso a ataques de grupos de la costa del mar Negro, especialmente de un pueblo llamado kaska, que a veces la saqueaban. Aunque algunos gobernantes posteriores establecieron temporalmente capitales más al sur, Hattusa siguió siendo el centro político y religioso del estado hitita hasta el final de la existencia de ese estado.

Hattusili inició una política de expansión hacia el sur. Dado que Anatolia está dividida en valles fluviales con una superficie agrícola limitada, la necesidad de obtener acceso a grandes campos de cereales pudo haber impulsado la búsqueda de control sobre el norte de Siria. Hattusili invadió repetidamente el reino de Yamkhad, que para entonces controlaba todo el noroeste de Siria, y saqueó varias de sus ciudades, incluida Alalakh. Sin embargo, Alepo, la capital de Yamkhad, se mantuvo independiente. Hattusili también hizo campaña en el suroeste de Anatolia y, al final de su reinado, había creado un gran estado. Internamente, sin embargo, ese estado estaba en desorden. Los hijos de Hattusili se rebelaron al final de su vida, e incluso el sobrino que había elegido como su sucesor se volvió contra él. Así, en su lecho de muerte, Hattusili nombró heredero a su nieto, Mursili. El reinado del nuevo rey es poco conocido, pero las lacónicas fuentes mencionan dos actos extremadamente importantes: las destrucciones de Alepo y de Babilonia. Sin embargo, sus

operaciones militares no fueron seguidas de una ocupación. Al aniquilar Alepo, Mursili alteró el equilibrio de poder en el noroeste de Siria y creó un espacio para que otras entidades se desarrollaran. La conquista de Babilonia sólo se menciona en fuentes hititas y babilónicas posteriores y no se sabe nada de ella excepto que tuvo lugar. Sólo podemos especular cómo y por qué Mursili llevó a sus tropas tan al sur en lo que seguramente no fue más que una incursión. El resultado fue un vacío de poder también en Babilonia.

La situación que había caracterizado a Mesopotamia y Siria durante dos siglos se invirtió totalmente. Ya no dominaba el escenario un conjunto de gobernantes fuertes, y toda la región quedó reducida a la fragmentación política. Los hititas tampoco se beneficiaron de esta situación: a su regreso a casa, el cuñado de Mursili, Hantili, lo asesinó y se hizo con el trono. Cuando Hantili a su vez fue asesinado, varios grupos impugnaron la sucesión al trono hitita, y la inestabilidad interna impidió que los hititas mantuvieran el control sobre cualquier lugar más allá del corazón de su estado. El estado hitita no resurgiría como un actor importante en la escena internacional hasta el siglo XIV.

La tradición de los escribas hititas no era un vástago de la antigua tradición asiria, a pesar de que ésta fuera la más antigua de Anatolia, pero las prácticas babilónicas estaban en sus raíces. Muchos de los primeros textos eran bilingües, utilizando hitita y acadio. La lengua hitita fue escrita en escritura cuneiforme inspirada en las formas y lecturas babilónicas de los signos, y la penetración de estas prácticas en Anatolia se debe interpretar como una extensión de su influencia en todo el Próximo Oriente. De este modo, Babilonia fue el centro de la cultura alfabetizada de todas las cor-

tes del Próximo Oriente, incluso si hablaban idiomas diferentes.

La naturaleza de las fuentes hititas lleva a una ignorancia casi total sobre el funcionamiento del antiguo estado hitita. No se conocen archivos administrativos de esta época, por lo que la organización de la economía, por ejemplo, es un misterio. Mucho se ha hecho en el estudio de las referencias a una asamblea de guerreros y oficiales en el edicto de sucesión de Hattusili. Se cree que hace referencia a una asamblea de nobles que elegían a uno de sus miembros como rey. A veces se asumen aquí prácticas indoeuropeas, ya que se consideran más democráticas que las de otras partes del Próximo Oriente. Pero tales conclusiones no están fundadas en evidencias y lo más probable es que la antigua corte hitita funcionara de manera similar a las otras de la época. El estado hitita es por lo tanto muy poco conocido más allá de sus éxitos militares. En ese frente tuvo un impacto radical en el Próximo Oriente con la eliminación de Alepo y Babilonia. Pero ni los hititas ni ningún otro poder más antiguo llenaron inmediatamente el vacío que dejaron.

6.4. LA «EDAD OSCURA»

Para 1590 el Próximo Oriente se veía muy diferente de lo que había sido cuatro generaciones antes. Un sistema de estados florecientes, gobernados por cortes en estrecho contacto entre sí, que se extendía desde la costa mediterránea hasta el golfo Pérsico, había sido completamente aniquilado. Algunas casas reales todavía funcionaban en ciudades como Babilonia, Terqa y Hattusa, y la Dinastía del País del Mar continuó gobernando el sur de Babilonia, pero éstos eran pálidos reflejos del pasado. En todo el Próximo Oriente, el urbanismo alcanzó su punto más bajo desde el año 3000. Muchas ciudades, como Mari, habían sido destruidas como

resultado de una acción militar. Otras fueron abandonadas por razones desconocidas: cambios en los cauces de los ríos o en el patrón de precipitaciones, trastornos sociales y políticos que pudieron haber jugado un papel importante. La situación tuvo la consecuencia habitual para el historiador: la falta de poder centralizado llevó a la interrupción de las prácticas administrativas y de escritura a medida que disminuían los niveles de las actividades económicas y culturales. Los textos se escribieron con moderación y, por tanto, no disponemos de datos con los que trabajar. Entramos en una «Edad Oscura». La duración de esta edad es controvertida. Dependiendo de si los especialistas ven continuidad o discontinuidad entre la primera y la segunda mitad del segundo milenio, su percepción de la duración del silencio histórico será más corta o más larga. En mi opinión, duró alrededor de un siglo. Se produjeron algunos cambios cruciales en este paréntesis que llevarían a una situación muy diferente en los siglos posteriores.

El ascenso político de nuevos grupos de población, los casitas en el sur y los hurritas en el norte, parece haber sido el acontecimiento más importante del siglo XVI. Ambos grupos habían estado presentes en el Próximo Oriente con anterioridad, pero sólo en esta «Edad Oscura» pudieron afirmar un claro control político. Los casitas habían vivido en el norte de Babilonia desde el siglo XVIII, reconocibles por sus nombres, que revelan una lengua claramente distinta de las de los demás habitantes de la región. Hay muchos indicadores de que tenían una organización social tribal y de que estaban más estrechamente asociados con el área donde la estepa y las zonas agrícolas colindan entre sí. Pero, al igual que con los grupos seminómadas anteriores, como los guti y los amorreos, algunos casitas fueron miembros sociales plena-

mente integrados en la economía agrícola y urbana desde el momento en que los encontramos. La dinastía de Hana, que había surgido en Terqa río arriba desde Mari, incluía un gobernante con un nombre casita. Por lo tanto, la región del Éufrates Medio pudo haber sido la primera zona en la que los casitas obtuvieran el control político de las ciudades. Después de que Babilonia fuera saqueada en 1595, quedó sin líder, pero en las décadas siguientes la dinastía casita tomó el control allí y en 1475 había incorporado el sur de Babilonia. Sin embargo, sólo podremos estudiar realmente su historia en el siglo XIV.

En el norte de Siria y Mesopotamia, hay evidencias de que personas con nombres hurritas habían estado presentes desde mediados del tercer milenio. Los estados con gobernantes hurritas están atestiguados desde el final del período de Acad. A finales del tercer milenio, había un estado confuso llamado «Urkesh y Nawar», posteriormente dos ciudades en la cuenca norte del Khabur gobernadas por un hombre llamado Atal-shen. Varios de los estados de principios del segundo milenio que conocemos tenían gobernantes hurritas, y en ciertos lugares un porcentaje sustancial de la población llevaba nombres hurritas. Se extendieron por una amplia zona, desde los montes Zagros hasta el Mediterráneo. Cuando el reino de la Alta Mesopotamia se desmoronó, grupos de hablantes hurritas pudieron haber entrado en su territorio desde las montañas hacia el este. Estos inmigrantes probablemente trajeron algunos elementos culturales que normalmente asociamos con los indoeuropeos, aunque el hurrita en sí no es una lengua indoeuropea. Más tarde, los hurritas honraron a los dioses indios Mitra, Varuna y a la pareja divina Nasatya. Se ha especulado mucho sobre si los propios hurritas estaban sometidos a una clase superior

militar indoeuropea: algunos gobernantes de Mitanni, el estado hurrita del norte de Siria a finales del segundo milenio, llevaban nombres que eran indoeuropeos y sus aurigas fueron designados con la palabra *mariyannu*, un término que podría incluir la palabra védica para «hombre joven». Sin embargo, la evidencia no es concluyente en cuanto al carácter de la clase militar, y parece preferible considerar a sus miembros como hombres entrenados para la guerra, especialmente como aurigas. En ese aspecto, los hurritas tuvieron mucho éxito y se convirtieron en formidables oponentes, invadiendo el reino hitita varias veces. Sus movimientos hacia el sur pudieron haber empujado a los habitantes de Siria-Palestina a Egipto, donde formaron las denominadas dinastías de los hicsos a principios del siglo XVI. Los hurritas ciertamente se habían convertido en el grupo de población más prominente en una vasta área para cuando se reanudaron las fuentes históricas. No sólo tenían su propio estado territorial a principios del siglo XV, llamado Mitanni, sino que también dominaban entre los hititas y en Kizzuwatna (Cilicia en el suroeste de Anatolia), mientras varios gobernantes de las cuidades-estado siro-palestinas tenían nombres hurritas.

Mientras que los casitas y los hurritas llegaron a ser políticamente dominantes durante la «Edad Oscura», culturalmente apenas dejaron una impronta en la escena del Próximo Oriente. Aunque muchos nombres personales eran casitas, y los textos babilónicos indican la existencia de un vocabulario casita, no se conoce ningún texto u oración en el idioma casita. Se atestiguan unos veinte nombres casitas de dioses, pero sólo se sabe algo sobre el culto y la construcción de un templo especial dedicado a la pareja divina que

custodiaba a la familia dinástica. Los hablantes del casita fueron totalmente asimilados a la cultura babilónica.

La tradición hurrita era más antigua hasta donde sabemos e interactuaba con una variedad de culturas que no eran tan dominantes como la de Babilonia. Tenemos varios textos en lengua hurrita, algunos del propio estado de Mitanni y otros del estado hitita. El ambiente multicultural de este último permitía la supervivencia de los mitos y rituales hurritas. Sin embargo, en comparación con su importancia política, el impacto cultural que los hurritas tuvieron en la historia del Próximo Oriente no fue tan significativo.

Los hurritas pudieron haber sido responsables, sin embargo, de una importante innovación tecnológica que tuvo lugar durante la «Edad Oscura»: el uso del caballo y el carro. En la segunda mitad del segundo milenio, todos los ejércitos del Próximo Oriente tenían carros de guerra, mientras que anteriormente sólo se había luchado con infantería, con asnos o con asnos como animales de tiro. Un largo manual en hitita para el entrenamiento de caballos de carruaje del siglo XIV comienza con la afirmación: «Así habla Kikkuli, el entrenador de caballos de la tierra de Mitanni», y el texto contiene mucho vocabulario hurrita, así como palabras relacionadas con un antiguo dialecto índico. Las instrucciones son muy detalladas, por ejemplo, «cuando los caballos se inquietan y comienzan a sudar, (el entrenador) les quita los ronzales y las mantas. Luego les pone las riendas y los saca del establo. Se bañan en agua caliente[21]». Los caballos se consideraban claramente muy valiosos en esa época, y los hurritas pudieron haber sido los responsables de la difusión de la equitación en todo el Próximo Oriente.

En este momento pudo haberse producido otro cambio tecnológico relacionado con la navegación marítima. Des-

pués del 1500 observamos un cambio en la atención de las personas del Próximo Oriente de este a oeste: las islas y los países del Mediterráneo se incorporaron a la visión del mundo del Próximo Oriente. Chipre y el mar Egeo se convirtieron en socios comerciales regulares, mientras se intensificaron los contactos comerciales con Egipto. Era un sistema de comercio marítimo desarrollado por el cual los países a lo largo de las costas del Mediterráneo oriental estaban conectados entre sí, visitados por barcos que circulaban por el mar, recogiendo objetos en todas las paradas e intercambiándolos por otros. Aunque las tierras de Mesopotamia estaban demasiado alejadas del mar para participar directamente en este sistema, se beneficiaron de él. El estaño, por ejemplo, que se había importado del este hasta ese momento, ahora probablemente provenía de fuentes occidentales. Si bien los contactos con las islas del mar Egeo, como Creta, ya estaban atestiguados en los archivos de Mari, la masa de mercancías que entraban en el Próximo Oriente desde el oeste fue mucho mayor que nunca en la segunda mitad del segundo milenio. Parece probable que las innovaciones en la construcción de barcos y las técnicas de navegación tuvieran algo que ver con esto, pero los detalles de esos cambios o quién los inició no están claros.

Nuestras dudas sobre los acontecimientos y el desarrollo histórico de los siglos XVI y principios del XV son grandes. Sin embargo, es innegable que se produjeron algunos cambios radicales. El mundo del Próximo Oriente que surgió de la «Edad Oscura» era, en muchos aspectos, un mundo totalmente nuevo.

Debate 6.1. ¿QUÉ ES EL CÓDIGO DE HAMMURABI?

Posiblemente el texto más famoso de la historia de Babilonia sea la inscripción de Hammurabi en la estela de piedra que se encuentra actualmente en el Museo del Louvre, excavada en Susa en 1901 y publicada un año después. Con sus más de 3500 líneas, es el texto conservado más largo de los primeros tiempos de Mesopotamia y el hecho de que sus signos cuneiformes elegantemente tallados cubran la mayor parte de la superficie de una alta estela de piedra negra se añade a su atractivo. La mayor parte de la inscripción es, de lejos, una lista de leyes redactadas en su mayor parte sobre el modelo, «si... entonces...», un formato llamado casuístico entre los eruditos del Próximo Oriente, es decir, un caso específico tras otro. Originalmente había entre 275 y 300 párrafos; algunos de ellos se borraron cuando la estela se llevó a Susa en el siglo XII.

Cuando se publicó por primera vez, los académicos interpretaron la lista como un código de normas jurídicamente vinculantes y aplicables, comparable a códigos europeos como el Código Napoleónico. Se consideraba un documento cuyas prescripciones reflejaban la opinión jurídica de la época y que podía interpretarse de la

misma manera que el derecho romano (Driver y Miles, 1952-1955). Los historiadores legales recolectaron y categorizaron documentos reales del período paleobabilónico de acuerdo con conceptos que ellos basaron en su lectura de las leyes (Kohler y Peiser, 1904-1923). Pero en 1960 un erudito señaló que el formato de los pronunciamientos legales era exactamente el mismo que el utilizado en los textos médicos y proféticos (Kraus, 1960). Esto inspiró una reevaluación total que se centró en la naturaleza científica del texto y su función como monumento que proclama el papel de Hammurabi como «rey de la Justicia», palabras que utilizó repetidamente en el epílogo (Bottéro, 1992: 156-184). Los estudiosos destacaron las deficiencias del texto. Ninguno de los numerosos registros y cartas legales del período hace referencia a la consulta de un código (Veenhof, 1997-2000), aunque algunos subrayan que puede haber algunas excepciones (Roth, 1997: 4-7; Stol, 2004: 656). También es preocupante el hecho de que áreas importantes de la vida babilónica, como la ganadería, no se abordan en absoluto en el texto (Bottéro, 1992: 161).

Mientras que la mayoría de los historiadores ahora aceptan que el Código de Hammurabi no es un código, lo retratan de diferentes maneras. Para algunos es un tratado académico de temática jurídica (Westbrook, 1989), mientras que para otros es una pieza de propaganda real para justificar el gobierno del rey ante las élites de la corte (Wells, 2005: 201). El hecho de que el monumento con las leyes estuviera en un lugar donde la gente pudiera consultarlo es importante —aunque no supieran leer, sabían que Hammurabi garantizaba la justicia en su reino—. La mera existencia de las leyes fue un mensaje al pueblo (Bahrani, 2007). Hammurabi declaró a sus súbditos que había un sistema coherente de leyes y lo demostró enumerando ejemplos de decisiones justas: si alguien es atrapado durante un robo, será ejecutado; si un hombre le rompe el hueso a otro, se le romperá el hueso igualmente; y así sucesivamente. Podían contar con que se haría justicia si algo les sucediera.

PARTE II

ESTADOS TERRITORIALES

7

EL CLUB DE LAS GRANDES POTENCIAS

ca. 1365-1335 Archivo de Amarna
1274 Batalla de Qadesh

Durante los siglos comprendidos entre 1500 y 1200 el Próximo Oriente estuvo unido en un sistema internacional que implicaba toda la región, del Irán occidental al mar Egeo y de Anatolia a Nubia. Algunos estados territoriales grandes interactuaban entre sí como iguales y rivales. Entre ellos, especialmente en la zona de Siria-Palestina, había una serie de estados más pequeños que rendían lealtad a sus vecinos más poderosos y que a menudo eran utilizados como vicarios en sus rivalidades. El sistema se extendía más allá de los confines del Próximo Oriente definidos en este libro: incorporaba el mundo egeo y Egipto, que en estas fechas había alcanzado su mayor expansión territorial y se impli-

caba activamente en el Próximo Oriente al norte y en Nubia al sur. A lo largo de estos tres siglos los principales estados implicados cambiaban en algunas zonas, pero hay una notable consistencia en el reparto de poder en toda el área. Los grandes reinos eran la Babilonia casita, la Anatolia hitita, Egipto y, en el norte de Mesopotamia y en Siria, primero el estado de Mitanni, seguido a mediados del siglo XIV por Asiria. En el confín oriental se ubicaba el poderoso reino de Elam y en la región egea al oeste, Micenas, cuya organización política resulta más difícil de describir. Entremedias, los estados de Siria y Palestina, en su mayor parte ciudades-estado por extensión y organización y siempre dependientes de una de las grandes potencias. Las historias de todos estos estados, grandes y pequeños, pueden escribirse por separado, y eso es lo que haré para aquellos que pertenecen al Próximo Oriente en capítulos sucesivos. Pero el que todos ellos participasen en un sistema común sin que uno solo dominase a todos hace que este período sea algo atípico en la historia antigua. Puesto que sus características rebasaron las fronteras políticas y culturales, los expertos a menudo se refieren al período con la designación arqueológica de Edad del Bronce Final. Aunque no fuesen las condiciones arqueológicas lo que unificara este mundo, el término es útil porque sugiere la existencia de un sistema común por todo el Próximo Oriente y el Mediterráneo oriental. Este sistema será lo primero que examine.

La labor del historiador se ve facilitada en gran medida por la abundancia de fuentes disponibles para todos los estados implicados con la excepción de unos pocos. Aparte del Egeo y algunos estados de Siria-Palestina, todos han aportado una amplia variedad de datos textuales. Inscripciones reales, documentos legales y administrativos, y textos

literarios aparecen por doquier. Además, puesto que las cortes estaban en contacto, sus cancillerías contenían correspondencia diplomática y tratados internacionales. El carácter centralizado de cada estado llevó a un nivel elevado de producción de escribas. La escritura existía también en el mundo egeo, el llamado micénico lineal B, pero su uso se limitaba a documentos económicos y, aunque aportan información histórica, no lo hacen con el mismo detalle que en otros lugares. También la información arqueológica es muy rica por toda la región, ya que la construcción de edificios y la creación artística eran prolíficas como resultado de la riqueza de los estados. Se nos presenta una multitud de fuentes, tanto en número como en variedad, que no derivan de un solo participante en el sistema, sino de muchos de ellos simultáneamente. Nuestra visión del período por tanto no está filtrada por los ojos de uno solo de sus actores.

La mayor dificultad a la que hacer frente es la incertidumbre de la cronología (debate 7.1). Aunque podamos sentir una cautelosa confianza acerca de la secuencia de gobernantes y la duración de sus reinados en ciertos estados, la información sobre otros reyes y reinos sigue siendo vaga. Así, incluso escribir la historia de Mitanni, por ejemplo, presenta grandes dificultades, puesto que no podemos datar los acontecimientos a partir de la evidencia del propio estado. Tenemos que depender de sincronías con Egipto y Hatti para determinar de manera aproximada cuándo y cuánto tiempo reinó un rey de Mitanni. Cuando su nombre aparece en un texto de uno de los estados mencionados, nos hacemos cierta idea de cuándo estuvo activo. Pero las cronologías de todos los estados no son tan firmes como nos gustaría e, incluso cuando se atestiguan contactos, a veces nos vemos incapaces de conectar los acontecimientos, a pesar

de las interacciones estrechas. Por lo tanto, las fechas que aquí ofrecemos son a menudo inciertas.

7.1. EL SISTEMA POLÍTICO

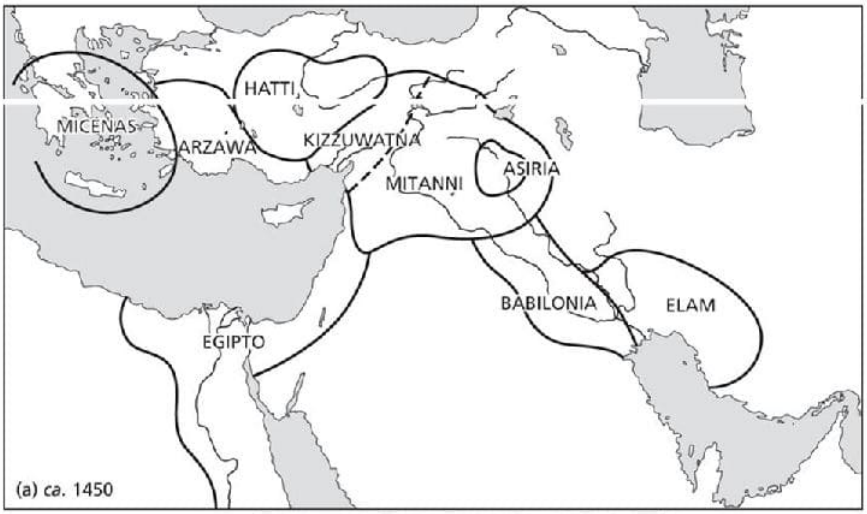
Entre 1500 y 1200 todas las regiones del Próximo Oriente experimentaron un ciclo de creación, apogeo y declive de los estados centralizados. Hubo al menos cinco zonas donde tuvo lugar una unificación política, seguida de un período de prosperidad que concluyó en un colapso relativamente repentino. En cuatro de estas zonas todo el período puede estudiarse como la historia de un estado: el Reino Medio elamita al oeste de Irán; la Babilonia casita al sur de Mesopotamia; el Reino Nuevo hitita en Anatolia (un estado que sus contemporáneos denominaban Hatti); y el Reino Nuevo egipcio en el norte de África. En el norte de Mesopotamia dos estados distintos dominaron sucesivamente, Mitanni y Asiria. El segundo fue en origen una provincia del estado de Mitanni, logró la independencia y luego reemplazó a su amo original como potencia regional. Un ciclo similar de unificación política y disgregación tendría lugar probablemente en la Anatolia occidental y el Egeo, pero la situación es más nebulosa en esa zona, dada la ausencia de fuentes textuales relevantes (mapa 7.1).

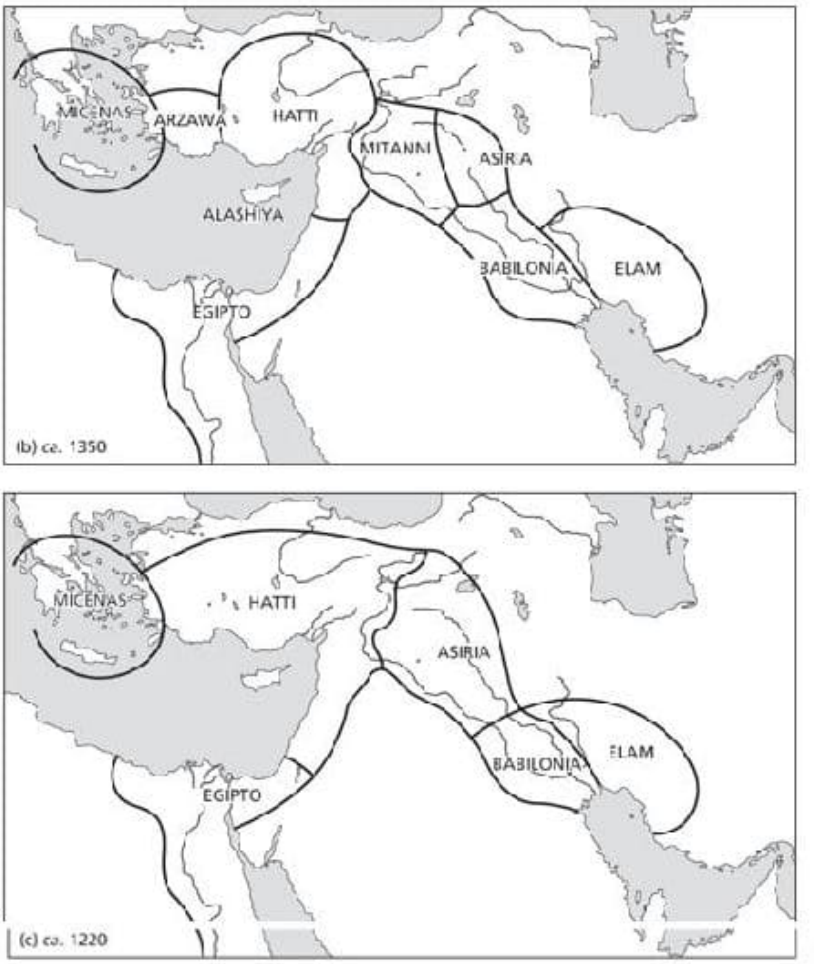
La simultaneidad de estos ciclos por toda la región no puede ser una mera coincidencia. La proximidad de los estados y las estrechas relaciones entre ellos, como atestiguan numerosas fuentes, nos obligan a ir más allá de sus historias individuales para explicar el auge y la mengua de sus fortunas. El final de este período ha sido investigado intensamente y sus causas han sido objeto de numerosos debates. El inicio, sin embargo, ha sido casi siempre retratado como una convergencia accidental de historias individuales en un sistema regional y como el resultado de interacciones entre

cortes que se habían establecido de manera independiente. Las circunstancias locales, ciertamente, fueron responsables en gran medida de lo que sucedió en las distintas áreas, pero también es posible entender mejor el auge de los estados individuales cuando se ve en un contexto regional. Al igual que la desaparición de sistema que los ligaba precipitó el fin de estos estados, el crecimiento del sistema condicionó su auge. Dado que mucho de esto tuvo lugar en la denominada Edad Oscura, el desarrollo del sistema regional es difícil de estudiar detalladamente. Pero al ubicar las historias locales en un contexto más amplio, podemos explicar mejor los desarrollos en estados individuales que si nos limitamos a examinar las circunstancias internas por sí solas.

Gráfico 7.1. Cronología comparada de los grandes estados de la segunda mitad del segundo milenio

Fecha	Mitanni	Babilonia	Asiria	Hatti
1500	Parrattarna			
1450				
1400	Artatama I			
		Kadashman-Enlil I		
1350	Tushratta			Assur-uballit I
		Burnaburiash II		
	Shattiwaza			Suppiluliuma I
		Kurigalzu II		
1300				Mursili II
			Adad-nirari I	Muwatalli II


HATTI
MICENAS
ARZAWA
KIZZUWATNA
MITANNI
ASIRIA
BABILONIA
ELAM
EGIPTO
(a) ca. 1450



Mapa 7.1. Los sistemas políticos del Próximo Oriente en la segunda mitad del segundo milenio. Según Mario Liverani, *Prestige and Interest* (Sargon, Padua, 1990) pp. 299-308.

En el siglo XVI, todo el Próximo Oriente estaba fragmentado políticamente: no vemos estados fuertes en ningún lado y, resultado de ello, la documentación textual es extremadamente escasa. Sólo en Egipto nos hacemos una idea de la situación, pero incluso allí nuestra comprensión es limitada. Desde mediados del siglo XVII, el país se había visto dividido en varios principados, varios de los cuales gobernados por extranjeros denominados hicsos. En el Próximo Oriente, los grandes estados habían desaparecido y por todas partes go-

bernaban dinastías enfrentadas. La casi total ausencia de restos textuales sugiere que sus economías estaban subdesarrolladas y su control político era débil. Mesopotamia, Anatolia y Siria-Palestina experimentaron una drástica reducción de zonas habitadas y un aumento de grupos seminómadas. El número de centros urbanos se había reducido y estaban aislados en un entorno con pocos asentamientos permanentes.

La situación de declive político y económico se invirtió gradualmente a partir de finales del siglo XVI y del siglo XV: a partir de este marco de estados pequeños y débiles se desarrolló un sistema sin precedentes de estados territoriales con un poder más o menos equivalente. Muchos, si no todos, los estados implicados alcanzaron un tamaño y cohesión jamás conocidos en su historia. Los ejemplos mejor conocidos son Egipto, Babilonia y Asiria. Los estados mesopotámicos se volvieron realmente territoriales. Babilonia y Asiria en la segunda mitad del segundo milenio eran entidades regionales, gobernadas desde un centro político por dinastías que se consideraban gobernantes de un país, no de una o más ciudades como sucedía antes. Los territorios incluían varias ciudades y sus *hinterlands*, entretejidas por cierto nivel de integración económica nunca visto con anterioridad. Ideológicamente, la idea de que la ciudad era el centro de la vida cultural y política seguía viva, pero la autonomía política y económica de las ciudades había desaparecido. Egipto, que había sido un estado territorial desde su origen a principios del tercer milenio, se transformó ahora en un gran imperio que se expandía a territorios extranjeros, extendiéndose de Nubia en el actual Sudán hasta el norte de Siria.

También en las otras regiones del Próximo Oriente surgieron estados territoriales donde antes había una multitud de pequeños estados antes de mediados del segundo milenio. El norte de Siria a principios del segundo milenio se dividía políticamente entre estados como Qatna, Yamkhad, Tuttul y Apum. Todos ellos habían experimentado un declive en el siglo XVI y cuando surgió el nuevo estado de Mitanni en el siglo XV, fue como estado territorial que impuso su hegemonía sobre toda la región. Hatti en su Reino Nuevo, del mismo modo, instituyó una integración territorial de la Anatolia central y el noroeste de Siria. La cohesión del estado de Elam Medio y las diferencias frente a lo anterior son difíciles de evaluar, como sucede en el mundo egeo. En este caso, la mención de estados occidentales en los textos hititas (Arzawa y Ahhiyawa) y la homogeneidad de la cultura material en los siglos posteriores a 1500 sugieren un cambio político sustantivo en comparación con épocas anteriores.

La única excepción dentro de esta tendencia generalizada de unidades políticas mayores fue la zona de Siria-Palestina: aquí el sistema básico de pequeños estados con una única ciudad como centro siguió existiendo. Se conocen abundantes ejemplos, como Jerusalén, Damasco, Biblos, y Ugarit. Cualitativamente, no vemos diferencias con la situación en la primera mitad del segundo milenio, aunque la situación más antigua resulte menos clara. Quizá esta excepción a la regla resalte lo sustanciales que fueron los cambios en otras zonas. La región de Siria-Palestina estaba comprimida entre estados territoriales rivales en abierta competencia: primero Egipto y Mitanni, luego Egipto y Hatti, con Asiria acechando en segundo plano. La región actuó como colchón entre estos grandes estados y como lugar donde podían interactuar competitivamente, tanto directa como vicariamente.

Ejercieron influjo político y convirtieron a los gobernantes locales en vasallos, pero la región no se transformó en estado territorial, ni tampoco se integró firmemente en el territorio de ninguno de sus poderosos vecinos. El resto de estados circundantes eran lo suficientemente poderosos como para evitar que eso sucediera. La diferencia entre estados grandes y pequeños quedaba clara en las interacciones formales entre sus cortes. Sólo los gobernantes de los estados territoriales se veían como iguales y se trataban de «hermanos», mientras que los de los estados de Siria-Palestina eran de rango inferior y «sirvientes». Así, los últimos se veían obligados a jurar lealtad a uno de los señores vecinos, cambiando esa lealtad a una potencia más fuerte caso de ser necesario. El nivel de integración en esos sistemas-estado de mayor tamaño dependía de su proximidad al centro político y de las políticas de los soberanos. El control de Siria por parte de Egipto, por ejemplo, era mucho más relajado que el de Hatti. Pero estos últimos también usaban métodos flexibles: administraban directamente regiones importantes como Karkemish en el norte de Siria, mientras que en Amurru, mucho más al sur, por ejemplo, permitían que un rey local gobernase como vasallo. No podemos decir que hubiese estados de Siria-Palestina que llegaran a integrarse en los territorios de sus dominantes vecinos. Continuaron existiendo como entidades políticas separadas, distintas de los soberanos de los grandes estados, que al mismo tiempo impedían que se unieran a sus vecinos.

Podemos buscar explicaciones a estos desarrollos sociopolíticos en las historias de las regiones individuales y de hecho el auge de los estados territoriales durante la primera mitad del segundo milenio ha sido ya estudiada en el capítulo anterior. Pero la presencia de un sistema global en el

que todos participaron conscientemente debe de haber reforzado los procesos locales encaminados a una mayor centralización política. Esto resulta más probable si consideramos lo estrecho de las interacciones entre estos estados, tanto de manera amistosa como hostil, y cómo compartían una estructura social e ideológica. Todos los participantes en el sistema sabían el lugar que ocupaban en la jerarquía política y cómo tenían que interactuar con otros. Se comportaban como si viviesen en una gran aldea donde la comunicación era cercana y los individuos estaban emparentados. Para mantener el sistema, estaban en continuo contacto, mandando emisarios de un lado para otro con mensajes orales y escritos. Todas las cortes tenían una cancillería donde los escribas escribían en babilonio, la lengua internacional de la diplomacia. Con mucho, la mejor evidencia que tenemos de esta práctica viene de Egipto, donde en el siglo XIV el rey Akhenaton trasladó la capital a la nueva ciudad de Akhetaton (la actual Amarna). En sus ruinas se hallaron los restos de su correspondencia internacional y de la de su padre, escrita en tablillas de arcilla. Suelen denominarse Cartas de Amarna (recuadro 7.1). Los vasallos de Siria-Palestina escribieron la mayor parte de las 350 cartas a su señor egipcio, pero hay unas cuarenta cartas de o a los reyes que el gobernante de Egipto consideraba sus iguales, los «Grandes Reyes». Eran los gobernantes de Babilonia, Asiria, Mitanni, Hatti, Alashiya (en Chipre) y Arzawa (en el suroeste de Anatolia). Los dos últimos se incluían probablemente por su control de recursos necesarios para todos los reyes, en el caso de Alashiya, el cobre. Las cartas de Arzawa fueron escritas en lengua hitita en vez de en babilonio, lo que muestra que la corte aún no se había integrado plenamente en el sistema. El que el archivo egipcio no era algo único se ve cla-

ramente en hallazgos menores en ciudades de Siria-Palestina de cartas diplomáticas similares contemporáneas con las de Amarna. También se ha hallado correspondencia internacional del siglo XIII entre reyes de Egipto, Hatti, Asiria y Babilonia, aunque en menor número. El palacio de Ugarit, uno de los estados sometidos a Hatti, también contaba con estos textos y hallazgos aislados en otros palacios por todo el Próximo Oriente muestran que en todas las cortes se practicaba la diplomacia.

Recuadro 7.1. LAS CARTAS DE AMARNA

A finales del siglo XIX e.c., unos campesinos encontraron un grupo de tabillas cuneiformes en la actual localidad de Amarna, donde en el siglo XIV a.e.c. el rey Akhenaton había construido la nueva capital de Egipto, Akhetaton. Contenían la correspondencia diplomática entre los reyes de Egipto y sus iguales y vasallos del Próximo Oriente, un total de 350 cartas escritas en los reinados de Amenhotep III, Akhenaton y dos sucesores, probablemente Smenkhkara y Tutankhamon. La mayoría de ellas se dirigían al rey o a altos funcionarios de la corte por parte de gobernantes de pequeños estados del área de Siria-Palestina y detallaban las interacciones con su señor. Se llamaban a sí mismos sirvientes del rey de Egipto y buscaban congraciarse

con él haciendo que sus vecinos parecieran vasallos poco fiables. Las cartas muestran que Egipto había dividido la región en tres distritos administrativos y la controlaba con una presencia militar relativamente reducida. La región en cuestión se extendía desde el sur de Palestina hasta la Siria central, con el estado de Amurru como el dependiente egipcio más septentrional. La lengua de las cartas es el babilonio, pero son visibles las influencias de las lenguas semíticas locales en el vocabulario y la gramática.

Un grupo de unas cuarenta cartas contiene correspondencia entre el rey egipcio y sus colegas de los otros grandes estados de la época: Babilonia, Asiria, Mitanni, Hatti, Alashya y Arzawa. Estos reyes se veían como iguales y se trataban de hermanos. Discutían asuntos diplomáticos, especialmente el intercambio de bienes preciosos y de mujeres reales, lo que reforzaba los lazos entre ellos. Aunque la mayor parte de las cartas estaban en babilonio, hay dos en hitita, una en hurrita y otra en asirio.

Las cartas de Amarna cubren un período de tiempo breve, como mucho treinta años, entre *ca.* 1365 y 1335, pero está claro que este tipo de corres-

pondencia se mantuvo durante todo el período en distintos lugares. Los archivos estatales de la capital hitita, Hattusa, han revelado cartas similares y se han encontrado unos pocos ejemplos en otros lugares. Todas las cortes debieron de tener el mismo tipo de intercambios internacionales. El uso de la lengua babilonia y sus típicos materiales de escritura muestra como la cultura de esa región continuaba dominando el Próximo Oriente.

Los autores de las cartas representaban el mundo en que vivían como una familia extensa: los reyes del mismo estatus se llaman hermanos; los de rango inferior se llaman sirvientes (documento 7.1). El estatus de cada estado estaba bien definido, pero, como la situación política a veces cambiaba rápidamente, surgían fricciones. Cuando Asiria adquirió importancia política y militar, el rey Asuruballit I envió dos cartas al rey de Egipto como si fuera su igual. Esto enfureció a Burnaburiash II, rey de Babilonia, que se quejó a su colega egipcio: «Acerca de mis vasallos asirios, no fui yo quien te los envió. ¿Por qué fueron a tu país sin la autoridad debida? Si eres leal a mí, no negociarán nada. ¡Mándamelos con las manos vacías!»[22]. Tales disputas eran inevitables puesto que el estatus era muy importante y la realidad política cambiaba más rápido que la voluntad de aceptar a los recién llegados.

Documento 7.1. EJEMPLOS DE CARTAS DE AMARNA

Las Cartas de Amarna aportan un conocimiento sin parangón sobre las relaciones diplomáticas del Próximo Oriente antiguo en la segunda mitad del segundo milenio. Probablemente abandonadas cuando la capital egipcia se trasladó de Akhetaton, las tabillas cuneiformes muestran como la correspondencia entre reyes que se tenían por iguales —los de Mitanni, Babilonia, etc.— tenía un tono y contenido muy diferentes de las cartas que escribían los vasallos. Los iguales llamaban al rey de Egipto hermano y discutían asuntos diplomáticos, mientras que los gobernantes de rango inferior lo llamaban amo y presentaban cuestiones políticas relevantes para su región.

Entre iguales: carta de Tushratta de Mitanni a Amenhotep III de Egipto

Di a Nimmureya, rey de Egipto, mi hermano, mi yerno, al que amo y que me ama: Tushratta, rey de Mitanni, que te ama, tu suegro dice: Todo me va bien. Que todo te vaya bien. Que todo le vaya bien a tu casa, a mi hija Tadu-Heba, tu esposa, a la que amas. Que todo le vaya muy muy bien a tus esposas, a tus hijos, a tus hombres principales, a tus carros, a tus caballos, a tus tropas, a tu país y a cualquier otra cosa que te pertenezca.

Shaushga de Nínive, señora de todas las tierras, dijo: «Quiero ir a Egipto, la tierra que amo y luego volver». Ahora la envío y está en camino.

Ahora, en tiempos de mi padre ella fue... a este país. Y permaneció allí y la honraron antes, que mi hermano la honre diez veces más que antes. Que mi hermano la honre y la haga volver a su placer.

Que Shaushga, la señora del cielo, proteja a mi hermano y a mí 100 000 años y que nuestra señora nos dé gran dicha. Que nos comportemos como amigos.

¿No es Shaushga mi diosa y la diosa de mi hermano?

Traducción según Moran, 1992: 61-62, n.º 23.

2. De un vasallo: carta de Rib-Adda, rey de Biblos, al rey de Egipto

Di al rey, mi señor, mi Sol; Rib-Adda, tu sirviente, dice: Caigo a los pies de mi señor siete y siete veces. Que el rey, mi señor, sepa que Pubahla, el hijo de Abid-Ashirta, ha tomado la ciudad de Ullassa por la fuerza. Ardata, Wahliya, Ampi, Shigata, todas esas ciudades son suyas. Que el rey envíe entonces ayuda a Sumur, hasta que se interese por su tierra. ¿Quiénes son

> los hijos de Abdi-Ashirta, el sirviente y perro? ¿Son los reyes de los casitas o el rey de Mitanni, que pueden tomar para sí la tierra del rey? En el pasado tomaban ciudades de tus intendentes y no hiciste nada. Ahora han expulsado a tu gobernador y han tomado sus ciudades para sí. Han capturado Ullasa. Si no haces nada en estas circunstancias, tomarán seguro Sumur y matarán al gobernador y a la guarnición. ¿Qué puedo hacer yo? No puedo ir a Sumur. Las ciudades de Ampi, Shigata, Ullassa y Erwada son hostiles. Si supieran que estoy en Sumur, estas ciudades estarían con barcos y los hijos de Abdi-Ashirta en el campo. Me atacarían y no podría salir. Biblos se uniría a los *habiru*[23].
>
> Han ido a Ibirta y han llegado a un acuerdo con los *habiru*.
>
> Traducción según Moran, 1992: 177, n.º 104.

En cierto aspecto vemos aquí una continuación de las prácticas de principios del segundo milenio donde las casas reales del Próximo Oriente intercambiaban correspondencia. Una diferencia fundamental, sin embargo, es que los Grandes Reyes jamás discutían cuestiones políticas de manera explícita. Aparecen alusiones a las mismas, pero estos hombres estaban interesados principalmente en el intercambio diplomático de mensajeros, bienes, y mujeres. Lo opuesto era cierto en las cartas de los vasallos a sus señores.

Se concentraban en la situación política cotidiana de sus vecindarios y a menudo acusaban a otros de ser vasallos del rey poco fiables. Estas acusaciones eran maniobras estratégicas en la competición por tierras y por el control de rutas. Sus declaraciones de lealtad y las denuncias a sus vecinos tienen que verse como hipérboles y retórica. Los vasallos intentaban evitar o retrasar el pago de impuestos y tributos y alejaban la atención de ese tema señalando la deslealtad de otros. En contraste, defendían su fiabilidad política, incluso si no obedecían todas las órdenes del faraón En el período de las Cartas de Amarna, Hatti amenazó realmente la extendida influencia de Egipto sobre el territorio de Siria-Palestina e intentó llevarse a sus vasallos septentrionales uno a uno. Los hititas a menudo llevaban a cabo esta política por delegación utilizando a reyes clientes y lo que parecen riñas locales menores eran, de hecho, disputas entre los grandes estados. Disputa y murmuración son características incluso de cartas entre iguales. Los Grandes Reyes se quejaban de la falta de respeto que otros les hacían sufrir. El rey hitita Hattusili III, por ejemplo, se preguntaba abiertamente por qué su «hermano» babilonio le había dejado de enviar mensajes. ¿Era tan débil que no podía imponer un paso seguro por las tierras que los separaban? ¿Lo habían puesto en contra de Hattusili las lenguas malignas de su corte? Puesto que el intercambio de regalos era un aspecto importante para el mantenimiento de buenas relaciones, a menudo se discutían la calidad y cantidad de los mismos. Los reyes no tenían reparos en quejarse y en expresar su desagrado.

Las relaciones entre estados tenían que ser codificadas, especialmente cuando implicaban a los grandes reinos y sus vasallos. Esto se lograba mediante tratados entre sus gober-

nantes. Eran acuerdos entre dos hombres, no entre dos estados, y tenían que renovarse cada vez que un nuevo gobernante subía al trono. Los tratados que se han preservado siempre implican al estado hitita o a Alalakh, pero las referencias en otros textos sugieren que eran comunes en todo el Próximo Oriente. Existían dos tipos: entre potencias iguales y entre un Gran Rey y su vasallo. El primero probablemente sólo se redactaba tras un conflicto grave o para fines especiales, por lo que los ejemplos son escasos. Hattusili III de Hatti y Ramsés II de Egipto firmaron el tratado más famoso del período en 1259, quince años después de que sus dos ejércitos entablasen una batalla importante cerca del pueblo sirio de Qadesh. El acuerdo se esforzaba en lograr una igualdad plena y hermandad entre ambos, reflejando la idea de familia que aparece en la correspondencia diplomática. Prometían no atacarse, prestar ayuda cuando el otro fuera atacado y extraditar a individuos que huyeran de sus respectivos territorios. La única divergencia entre las dos versiones del tratado que tenemos, una para los hititas y otra para los egipcios, estaba relacionada con la cuestión de la sucesión al trono. Puesto que Hattusili había accedido al trono de Hatti como usurpador, le preocupaba que su hijo no fuese aceptado e insertó una cláusula en el tratado por la que el rey egipcio debería garantizar su sucesión. La extradición de personas que huyeran de los estados era una de las mayores preocupaciones de todos estos tratados. Tres de los tratados entre partes de igual poder están dedicados enteramente a este asunto, un reflejo de la situación social de la época, como veremos después.

Los tratados de sumisión conocidos en este período están todos firmados con el rey hitita. Los detalles de los acuerdos variaban, pero todos contenían ciertos elementos esenciales:

los vasallos de Anatolia y el norte de Siria tenían que contribuir con impuestos y contingentes militares, y tenían que renunciar a su derecho a relaciones internacionales independientes. No podían entrar en guerra con otros vasallos hititas ni entablar contacto con otros grandes gobernantes. Tenían que devolver a los fugitivos. La lealtad al rey hitita era su obligación principal y juraban ante numerosos dioses, tanto hititas como de los estados vasallos. Estos tratados legitimaban las relaciones entre los gobernantes de la región, que se mantenían con el intercambio de mensajeros.

Los matrimonios diplomáticos confirmaban aún más las estrechas relaciones de los tratados y a menudo eran motivo de preocupación en las cartas que enviaban los Grandes Reyes. Buena parte de la correspondencia de Amarna entre Babilonia y Egipto trataba de este asunto. Los reyes de Egipto tenían mucho interés en traer mujeres extranjeras a su palacio y demandaban mujeres de sangre real. Tenían, sin embargo, una regla, que ninguna princesa egipcia podía casarse con un extranjero, lo que producía considerable frustración entre los demás reyes. Éstos, a pesar de todo, a menudo enviaban a sus hijas a Egipto, puesto que el precio de la novia incluía el muy deseado oro del que Egipto tenía el monopolio. Los reyes no egipcios usaban a las princesas de manera extensiva para fortalecer las alianzas políticas. Los reyes de Hatti, por ejemplo, a menudo daban a sus hijas en matrimonio a los vasallos tras la firma de un tratado.

Estos matrimonios podían afectar seriamente las historias internas de los estados. El rey babilonio Burnaburiash II (reinó entre 1359 y 1333) se había casado con Muballitat-sherua, hija del asirio Asur-uballit I (reinó entre 1353 y 1318). Cuando su hijo y sucesor Kara-hardash fue asesinado en una sublevación babilonia, Asur-uballit intervino militar-

mente, depuso al rey rebelde y lo sustituyó por Kurigalzu II. El rocambolesco episodio de la recientemente viuda reina de Egipto muestra una insatisfacción similar con la idea de que reinase la descendencia de un rey extranjero. Toda nuestra información proviene de fuentes hititas y la identidad de la reina egipcia en cuestión es objeto de debate. Lo más probable es que fuera la joven viuda del rey Tutankhamon, que pidió al rey hitita Suppiluliuma que le diera a uno de sus hijos como esposo. Tras verificar la petición, que fue recibida con gran escepticismo, Suppiluliuma envio a su hijo Zannanza de Hatti a Egipto, pero fue asesinado durante el viaje. Una alianza con Hatti claramente no interesaba a ciertas facciones de la corte egipcia, que luego consiguieron colocar en el trono a uno de sus integrantes. Lo peculiar de este episodio en las relaciones hitito-egipcias no puede ser subestimado. Primero, los egipcios siempre estaban dispuestos a casarse con princesas extranjeras, pero nunca permitían a una de sus mujeres reales casarse con un extranjero. Segundo, en este caso era el varón quien viajaba a una corte extranjera y no al revés, como era habitual. Se trata de una completa inversión de género: un gobernante hombre invitaba a un príncipe varón a convertirse en su cónyuge en su palacio, en lugar de la petición habitual de que una princesa extranjera fuese la esposa del rey egipcio.

Naturalmente, estos matrimonios reforzaban la idea de que los gobernantes del Próximo Oriente pertenecían en su totalidad a la misma comunidad. Este concepto era crucial para la manera en que percibían sus interacciones, pero todas sabían que en realidad era una pura ficción, puesto que las circunstancias eran muy diferentes de las de una aldea. Por ejemplo, cuando Kadashman-Enlil de Babilonia escribió a Amenhotep III de Egipto para invitarlo a la inauguración

de su nuevo palacio como si fuera un vecino de al lado, este último no podía asistir. ¡El trayecto habría requerido un viaje de varios meses en ambos sentidos! Pero la invitación tenía que ofrecerse igual que se invitaría a un vecino en la aldea. Las distancias entre las cortes eran muy grandes y a menudo llevaban a cuestiones sobre el destino de mensajeros y princesas. Cuando el rey de Babilonia protestó a Egipto porque no sabía si su hermana seguía viva, el egipcio le indicó que no debería quejarse. Nunca había llegado a Egipto un mensajero babilonio cualificado para determinar cuál de sus consortes era la princesa babilonia: «Los hombres que me has enviado no son nadie... No ha habido nadie entre ellos que la conozca, que fuera íntimo de tu padre y que pudiera identificarla[24]». Así, la idea de que todos vivían en una aldea era una ficción deliberada.

El tema de discusión más frecuente en las cartas entre iguales era el intercambio de regalos, otra forma de mantener la cohesión entre estos estados. Las transacciones tenían una función dual. Por un lado, permitían a los gobernantes obtener bienes suntuarios que no podían obtener localmente; por otro, reforzaban un sistema de respeto mutuo, prestigio y hermandad. Las dos funciones no pueden separarse. Los intercambios operaban según un sistema de reglas no escritas. Dominaba la idea de reciprocidad: el regalo de alguien debía ser pagado con otro de prácticamente el mismo valor, aunque la reciprocidad no tenía que ser inmediata. En ciertas ocasiones, como en la llegada al trono de un nuevo rey, se esperaban regalos. Hattusili III de Hatti, por ejemplo, se quejaba al rey de Asiria:

> *Cuando obtuve la soberanía, no me enviaste un mensajero. Es costumbre que cuando los reyes asumen la soberanía, los reyes, sus iguales en rango, les envíen los regalos de bienvenida apropiados, ropas adecuadas para la realeza y buen óleo para su unción. Pero tú hoy no lo hiciste*[25].

También se enviaban regalos a menudo al firmar tratados o cuando se celebraba una victoria militar. Estos intercambios ligaban a los gobernantes en un sistema común.

Por otro lado, el sistema promovía una circulación de bienes preciosos y muy deseados por toda la región. De una manera no comercial, las cortes podían obtener productos que no tenían en casa. El oro era de especial interés para todos como lujo escaso y exótico. Sólo el rey de Egipto podían enviarlo, puesto que sólo él tenía minas de oro en su territorio. Los otros enviaban a Egipto caballos, cobre, bienes de artesanía y similares, entendiendo que recibirían oro a cambio. Entre otros gobernantes tenían lugar intercambios similares. Por ejemplo, Alashiya tenía grandes cantidades de cobre y Babilonia era fuente de lapislázuli, que llegaba desde Afganistán. Los regalos incluían a menudo objetos manufacturados, tejidos nobles o aceites refinados. Todos mantenían la ficción de que se trataba de regalos, aunque sabían que la intención era acceder a bienes escasos. Así, aparecen ciertas prácticas aparentemente irracionales: el rey de Alashiya, por ejemplo, envió una pequeña cantidad de marfil junto con un gran cargamento de cobre a Egipto, tierra donde el marfil era abundante. Lo hizo para indicar claramente a su colega que esperaba recibir marfil a cambio. En general, los gobernantes no tenían reparos en discutir la calidad y cantidad de estos regalos. Lo mencionaban con franqueza en las Cartas de Amarna y las quejas por la cicatería del rey egipcio eran habituales. Por ejemplo, el rey de Babilonia escribió: «Me has enviado como mi regalo de bienvenida, lo único en seis años, treinta libras de oro que parecían plata[26]», mientras que el gobernante de Mitanni lloriqueaba: «En el país de mi hermano el oro es tan abundante como el polvo[27]». No sólo eran los reyes los implicados en este sis-

tema de intercambio de bienes preciosos, sino que también sus esposas tenían contactos similares con mujeres del mismo estatus en otras cortes.

El intercambio de regalos reales se concentraba en los objetos de lujo para una élite diminuta. Era una pequeña parte de una red de comercio extensa que permitía la difusión de materias primas y bienes manufacturados por todo el Próximo Oriente. Esta actividad no está bien documentada en los registros textuales, pero los hallazgos arqueológicos dan testimonio de su extensión y cómo ligaba regiones distantes. Por ejemplo, se hallaron sellos cilindricos tallados en Babilonia en la ciudad griega peninsular de Tebas. El comercio marítimo en el Mediterráneo oriental era intenso e integraba las islas y regiones costeras en un sistema coherente. Los barcos viajaban en sentido antihorario, siguiendo la costa todo lo posible. Los mercaderes recogían nuevos cargamentos en cada puerto a cambio de parte del *stock* a bordo. Los barcos iban cargados con una mezcla de bienes y productos de toda la región. Esto se ve más claramente en los restos de un naufragio hallados junto a la costa meridional de Anatolia en Uluburun y datables a finales del siglo XIV (figura 7.1). Su carga principal eran diez toneladas de cobre chipriota y una tonelada de estaño de origen desconocido, ambos fundidos en lingotes fácilmente transportables. Las cantidades halladas reflejan la proporción de diez a uno adecuada para la aleación del bronce. Estos metales fueron recogidos muy probablemente en Chipre, Anatolia meridional y el oeste de Siria, y estaban destinados a los distintos puertos a lo largo de la ruta marítima. Allí los mercaderes adquirían bienes locales: el barco contenía troncos de ébano, que los egipcios debían de haber obtenido en el África tropical, y troncos de cedro del Líbano. También venían

de Egipto los colmillos de marfil y los dientes de hipopótamo, mientras los caparazones de múrex, valorados como tinte, podrían haber sido obtenidos en distintos puntos del norte de África y en la costa siria y libanesa. Además de estas materias primas, el barco contenía bienes manufacturados, como joyería cananea, cerámica chipriota, cuentas de oro, fayenza, ágata, vidrio y demás, todos de fuentes distintas. Había incluso un tesoro de joyero a bordo con limaduras de oro, plata y electro, un escarabeo con el nombre de la reina egipcia Nefertiti, y sellos cilindricos de Babilonia, Asiria y Siria. La mezcla de bienes era tan heterogénea que es imposible identificar el origen del barco. Su cargamento era ciertamente internacional.

Figura 7.1. Excavación de lingotes de cobre del pecio de Uluburun. Cuando el barco de Uluburun se hundió al sur de la costa de Anatolia, estaba cargado con 10 toneladas de lingotes de cobre bien ordenados en filas para evitar que se deslizaran por las inclemencias del tiempo. Fueron hallados todavía en su orden original durante la excavación y la llamada forma de pellejo de buey hacía más fácil trasportarlos al hombro. Eran parte de una carga muy variada con origen en todas las regiones del Mediterráneo oriental. Puesto que Chipre era la principal fuente de cobre de la zona, es probable que el barco lo obtuviera allí poco antes de hundirse. Créditos: © Institute of Nautical Archaeology.

El comercio también incluía bienes que no han sobrevivido en el registro arqueológico. El vino y el aceite del Egeo y

Siria se exportaban a Egipto, como podemos determinar por los recipientes en que se transportaban. Las drogas, los perfumes y el incienso se transportaban largas distancias, a menudo en recipientes y jarras de formas distintivas que identificaban sus contenidos. El sistema marítimo estaba además conectado a las rutas terrestres y fluviales. Aún más, los marineros del mundo micénico probablemente llegaron más al oeste, hasta España, para obtener bienes como plata y estaño. El ciclo marítimo del Mediterráneo oriental debe verse como el nexo en una red que se extendía hasta muy lejos de sus costas.

Ciertos lugares actuaban como núcleos del sistema. Ugarit es un ejemplo destacado, una ciudad en la costa siria con su propia dinastía, pero vasallo primero de Egipto y luego de Hatti. Se ubicaba en la encrucijada de rutas desde Mesopotamia, Anatolia central y Egipto y tenía un buen puerto. El comercio en Ugarit se llevaba a cabo muy probablemente por emprendedores privados, tanto de la misma ciudad como de otros estados. Residían allí mercaderes de Chipre, Egipto, Anatolia y el norte de Siria y en sus casas se han hallado textos en una multitud de lenguas (ugarítico, babilonio, hitita, hurrita, cipro-minoico). Documentan contactos con otros puertos sirios, con Chipre y Creta, así como con ciudades del interior, como Karkemish y Emar. Su registro arqueológico también contenía muchos bienes extranjeros. La ciudad no sólo actuaba como punto de tránsito, también era un centro de manufactura. Se halló un taller de producción de bronce en su barrio portuario y Ugarit era el origen de tejidos de púrpura afamados por toda la región. Los estados intentaban regular el comercio hasta cierto punto y usarlo en sus rivalidades. Por ejemplo, en su tratado con Shaushgamuwa del estado sirio septentrional de Amurru,

Tudhaliya IV de Hatti (reinó entre 1237 y 1209) afirmaba: «Tu mercader no irá a Asiria y no dejarás a su mercader entrar en tu tierra. No pasará por tu tierra. Pero si viene a tu tierra, aprésalo y envíaselo a Mi Majestad[28]». Parece poco probable, de todos modos, que los embargos comerciales fueran típicos de este período, puesto que todos los estados de la región dependían de este intercambio para acceder a los bienes extranjeros que las élites deseaban.

Comercio y diplomacia estaban por tanto intrínsecamente conectados en ésta era: el intercambio de bienes y materiales muy apreciados cimentaba las relaciones entre los reyes de los grandes estados. Esto se representaba como intercambio de regalos entre amigos, pero también era el único modo que tenían las cortes de obtener objetos prestigiosos de los que carecían en casa. El intercambio real de regalos era sólo una parte de un sistema mucho más amplio de interacciones comerciales entre las diferentes regiones. Los mercaderes viajaban por tierra y mar para hacer circular bienes de todas las partes de este mundo, cruzando fronteras políticas. Mientras que este intercambio seguía siendo patrimonio de las élites de estas sociedades, la presencia de bienes extranjeros por todas partes generaba el conocimiento de que existían otros pueblos y culturas.

7.3. COMPETENCIA REGIONAL: LA GUERRA

Los grandes estados de la región no sólo comerciaban e intercambiaban mensajeros; al mismo tiempo, se hallaban en un estado de rivalidad constante y buscaban extender su influencia territorial a costa de la de sus vecinos. La retórica oficial tanto de egipcios como hititas en las inscripciones reales y los anales se concentraba en gran medida en la guerra y las carreras de muchos reyes pueden esbozarse como una lista de campañas militares. En otros lugares, el foco en

la guerra se desarrolló más tarde: en Asiria la práctica de detallar campañas militares no empezó hasta 1300 más o menos, mientras que en Babilonia nunca reemplazó al interés por las actividades de edificación. Sin embargo, otras fuentes indican que allí también hubo conflictos militares. Las guerras se luchaban de dos maneras: o yendo a por los vasallos del contrario o mediante confrontación directa. La primera opción fue la preferida durante muchos años en la zona de Siria-Palestina. Primero, Egipto y Mitanni compitieron por la región; después de 1340, fueron Egipto y Hatti. Aunque los faraones egipcios sostenían haber realizado campañas por todo lo largo y ancho de Levante, incluso hasta el Éufrates, en la mayoría de los casos se limitaban a enfrentarse a los ejércitos de pequeños estados. Así es cómo, en torno a 1400, fueron capaces de extender su control hasta un punto tan septentrional como la ciudad de Ugarit, cuyo rey se convirtió en vasallo egipcio. Las Cartas de Amarna muestran que los hititas intentaron atraer a algunos de estos vasallos a su bando. Los gobernantes sirios se quejaban incesantemente a los faraones de que sus reyes vecinos actuaban como agentes de los hititas y los conminaban a volverse contra su señor egipcio. Aunque mucho de esto puede haber sido una excusa relacionada con el impago de impuestos, la expansión gradual de la esfera de influencia hitita no puede ser negada. En torno a 1300 los hititas habían extendido su sistema de estados vasallos hacia el sur hasta Qadesh, haciendo que ciudades como Ugarit dependieran plenamente de ellos.

En otras regiones del Próximo Oriente, la falta de zonas-colchón de gran tamaño entre los grandes estados llevó a conflictos más directos. Asiria y Babilonia tuvieron varias guerras fronterizas, pero no hubo intentos de anexionar o

aniquilar al contrario. El único gran estado que perdió su independencia en este período fue Mitanni. Dominante en origen en la Siria septentrional, vio su extensión y poder muy reducidos por los hititas durante el reinado de Suppiluliuma I (reinó 1344-1322), que convirtió a su rey en vasallo, pero permitió que el estado sobreviviera.

A principios del siglo XIII, hititas y egipcios rompieron sus reglas de competición delegada en vicarios cuando sus ejércitos se enfrentaron directamente, fundamentalmente en la famosa batalla de Qadesh en 1274. Los egipcios presentaron esta batalla como una confrontación de importancia entre dos enormes ejércitos. Ramsés II sostenía que Muwatalli había puesto en el campo unos 47 500 hombres en su contra (probablemente una exageración) y que ambos reyes lideraron sus tropas personalmente. La guerra directa era resultado del éxito en la invasión de Hatti de territorio controlado por los egipcios, a la que sólo el ejército real podía hacer frente. Egipto fue derrotado en la confrontación y consecuentemente Ramsés II se vio limitado al control de la zona sur de Palestina, donde fortificó una frontera firme. Parece entonces que la guerra, sostenida aunque de baja intensidad, no buscaba destruir el sistema que caracterizaba la región, sino reajustar las relaciones de poder entre los distintos estados, que seguían tolerando y respetando la existencia de los otros. No fue hasta finales de este período, en las últimas décadas del siglo XIII, cuando este sistema comenzó a derrumbarse y las reglas de competición, junto con los objetivos de la guerra, cambiaron. Analizaremos esto en un capítulo posterior.

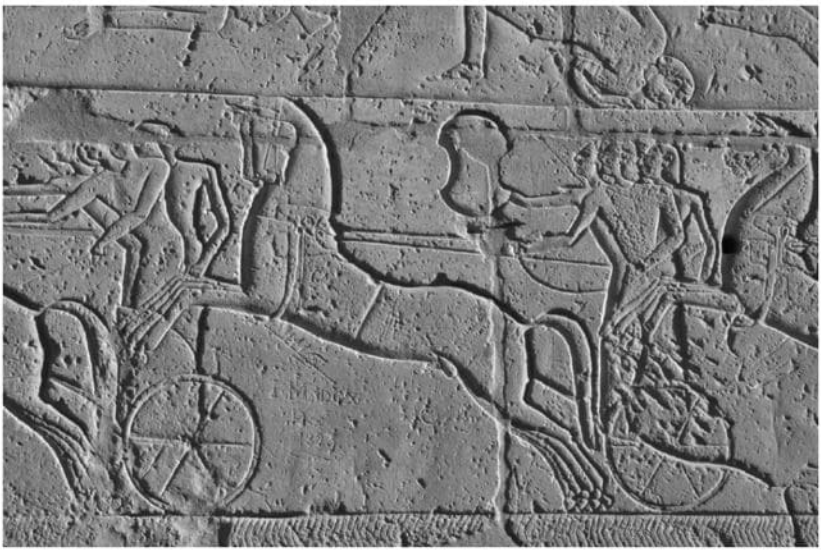


Figura 7.2. Representación de un carro, Tebas, Egipto. Trascurridos pocos siglos del segundo milenio, todos los ejércitos tenían un destacamento de carros, que constituía una de las fuerzas de combate más importantes. Esta escena muestra un detalle de la batalla de Qadesh entre hititas y egipcios. Varios carros se dirigen al campo de batalla. Dos caballos tiran de cada uno de ellos y hay tres hombres en cada carro, un auriga, un portador de escudo y un guerrero. Ramesseum, Tebas, Egipto.
Créditos: akg images/Album/Prisma.

Los «pequeños reyes» del área de Siria y Palestina se implicaban en la guerra tan activamente como sus superiores. Al principio se resistían a los saqueos y a la anexión de sus vecinos poderosos, pero, una vez derrotados, luchaban entre sí en disputas locales cuando la atención de las potencias soberanas estaba en otra parte, como muestran las Cartas de Amarna. Las escaramuzas constantes forzaban a todos los estados a dedicar recursos sustanciales a lo militar y el ejército así asumió un papel protagonista en estas sociedades.

La tecnología militar había cambiado radicalmente desde comienzos del segundo milenio. Todos los ejércitos tenían ahora carros tirados por caballos que permitían a los guerreros avanzar rápidamente contra el enemigo y disparar flechas (figura 7.2). El equipo era costoso, pero de una efec-

tividad tan clara que todos lo adoptaban. Aurigas y guerreros tenían que ser entrenados y adquirían un estatus especial. Se convertían en las élites militares y en la sociedad de Mitanni, por ejemplo, funcionaban como una aristocracia. En todos los estados los hombres que habían seguido una carrera militar alcanzaban prominencia política. Aunque no podemos decir que en fases anteriores y posteriores la historia de la región fuera más pacífica, la segunda mitad del segundo milenio destaca por las grandes distancias geográficas cubiertas por los ejércitos de manera regular y porque no hubo una sola potencia que dominase al resto. El militarismo estaba a la orden del día.

7.4. IDEOLOGÍAS Y ORGANIZACIONES SOCIALES COMPARTIDAS

Los gobernantes de los estados del Próximo Oriente eran muy conscientes de que todos ellos eran parte de un sistema común que englobaba toda la región. Esto queda claro en la manera en que interactuaban entre sí en términos diplomáticos y militares. También compartían una ideología sobre las estructuras sociales dentro de sus estados y sobre el rol de la mayor parte de la población que vivía en ellos. Mientras que la organización política de los estados variaba, una discrepancia enorme en el acceso a la riqueza y el poder entre las élites numéricamente reducidas y la masa de la población los caracterizaba a todos. Emergió una clase de élite internacional, cuyos participantes tenían más en común con sus colegas de otros estados que con las clases bajas del propio. Las élites protagonizaron una acumulación y exhibición de riqueza sin precedentes y al mismo tiempo se distanciaron del resto de la población viviendo en ciudades o barrios separados. En toda la región, éste fue un período de gran actividad de construcción y de producción artística,

una era que produjo algunos de los monumentos más impresionantes de la historia antigua. Egipto presenta tal vez el ejemplo más revelador de esto. Con la excepción de las grandes pirámides, prácticamente todas las tumbas y templos más famosos de Egipto datan de esta época. Sus tumbas reales se llenaron de enormes tesoros: el ajuar funerario de la tumba de Tutankhamon, era, al fin y al cabo, el de un rey menor. En otras zonas de la región podía decirse lo mismo, incluso en los pequeños reinos de Siria-Palestina. Las recientes excavaciones en Qatna, en la Siria central, por ejemplo, han descubierto un mausoleo bajo el palacio. Una rampa conducía a un conjunto de cámaras a doce metros bajo tierra que contenían los huesos de al menos entre diecinueve y veintitrés hombres y mujeres. Habían recibido grandes cantidades de artículos de lujo de oro, marfil, piedras semipreciosas y otros materiales, así como recipientes con comida y bebida que muestran que existía un culto funerario (figura 7.3). También los restos de la Grecia micénica incluyen varias fortalezas monumentales y enterramientos lujosos.

Una característica común en toda la región es que los edificios públicos, incluidos palacios y templos, se situaban a menudo en zonas claramente delineadas y protegidas dentro de las ciudades, y a veces incluso había ciudades enteras que servían como residencias reales. Hattusa se asentaba en lo alto de una peña bien defendida y su palacio en una ciudadela elevada en su interior (figura 7.4). Los palacios de los reyes micénicos, como los de Micenas y Tirinto, se alzaban en lo alto de colinas, reforzadas por murallas ciclópeas. La zona del palacio de Qatna se alzaba sobre la ciudad baja en un risco natural cuyas paredes se habían cortado artificialmente para formar bloques verticales. En Asur la ciudad in-

terior amurallada, donde se localizaban todos los templos y palacios, estaba claramente diferenciada del área residencial. El deseo de las élites gobernantes de separarse del resto de la población se llevó hasta su conclusión lógica con la construcción de nuevas capitales. Vemos la construcción de ciudades enteras de nueva planta en prácticamente todos los estados de esta época: Al-Untash-Napirisha en Elam, Dur-Kurigalzu en Babilonia, Kar-Tukulti-Ninurta en Asiria, Akhetaton y Per-Ramesse en Egipto. Los mismos nombres de estas ciudades muestran cómo estaban conectadas con la persona: con la excepción de Akhetaton, todas incorporan el nombre de un gobernante específico. El nombre de Akhetaton se refiere al dios Atón, la divinidad personal del rey. No eran estas ciudades para el pueblo, sino residencias para los reyes y la corte. La capacidad de construirlas, todas ellas de un tamaño gigantesco, da testimonio de la riqueza de recursos con que contaban los reyes. Psicológicamente, indica un deseo de distanciar a las élites gobernantes del pueblo. Estas ciudades también reflejan los conflictos de poder que habría dentro de y entre las élites. Es probable que en estos lugares se creasen nuevas burocracias, que emplearían a hombres que dependían totalmente del rey y no de sus lazos familiares para conservar su estatus social: Akhetaton fue abandonada tras la muerte de su fundador, mientras que Al-Untash-Napirisha y Kar-Tukulti-Ninurta perdieron su primacía al morir sus fundadores, pero persistieron siglos.

Figura 7.4. Puerta de la ciudad de Hattusa. Una de las entradas a la Ciudad Alta de Hattusa era la llamada puerta de los leones, nombrada por los animales protectores tallados en los enormes bloques monolíticos de piedra que flanquean el pasadizo. En origen había a sus lados dos torres rectangulares y pesadas puertas de madera controlaban el acceso a la ciudad. Créditos: The Art Archive/Collection Dagli Orti.

Estas ciudades, palacios y templos estaban siempre profusamente decorados. La necesidad de mostrar visiblemente indujo las peticiones de oro tan frecuentes en las Cartas de Amarna. Los gobernantes pueden haber intentado superarse el uno al otro, pretendiendo impresionar a los emisarios y visitantes de otros países. En varias de las artes de la época se desarrolló entonces lo que a veces se ha llamado «estilo internacional». La alta cultura de los diferentes estados era un híbrido de tradiciones locales mezcladas con influencias extranjeras. Quizás las élites persiguieran un modo de vida a la moda que pudiesen compartir entre sí y que las distinguiera más de su propia población que de sus equivalentes en otros lugares. Estos préstamos culturales cierta-

mente no se limitaban a materiales que podemos reconocer hoy en el registro arqueológico, sino que tienen que haber incluido materiales más efímeros, como ropas, comida, perfumes, drogas y similares. ¿Pudieron incluir la lengua? Igual que las élites europeas del siglo XVIII e.c. conversaban en francés, las élites del Próximo Oriente del siglo XIV pudieron presumir de su conocimiento del babilonio, no por interés en la erudición, sino para demostrar su identidad social. Bien sabemos que los escribas asociados a los palacios utilizaban esa lengua para la correspondencia internacional con distintos niveles de competencia, pero podemos estar apreciando sus habilidades desde una óptica demasiado utilitaria. Entre las tablillas de las excavaciones de Hattusa, Emar, Ugarit y Akhetaton aparecieron varios ejemplos de literatura babilonia. Un fragmento de la *Epopeya de Gilgamesh* fue hallado en Megiddo, Palestina, y parece seguro que los numerosos palacios de la región aportarán evidencia adicional de que la lengua acadia no se usaba sólo para propósitos puramente prácticos. No podemos determinar quién disfrutaba de la lectura o la audición de estos textos; su presencia sugiere, en cualquier caso, que alguna clase en estas sociedades encontró útil usar una lengua extranjera y su literatura (documento 7.2).

La documentación textual muestra la existencia de una jerarquía social estricta, una que implicaba dos sectores sociales: los dependientes del palacio y la población libre en comunidades rurales. No podemos hablar, pues, de una sola jerarquía basada exclusivamente en la riqueza o el acceso a los medios de producción. Los dependientes del palacio no eran «libres», no eran dueños de su propia tierra, pero si tomamos la riqueza como indicador del estatus social, a menudo estaban en una posición mucho mejor que las perso-

nas libres. Es en el sector del palacio donde vemos el mayor nivel de estratificación social. En la parte más baja de la jerarquía había siervos que trabajaban las fincas agrícolas. Como el estatus dependía de los servicios que uno aportaba al palacio, las habilidades más especializadas otorgaban un estatus superior. Así, los artesanos especialistas, los escribas, el personal del culto y los administradores tenían su propia posición particular.

Documento 7.2. LA LITERATURA BABILONIA A LO LARGO Y ANCHO DEL PRÓXIMO ORIENTE

Las élites del Próximo Oriente en los siglos posteriores del segundo milenio compartían una tradición literaria inspirada fundamentalmente en Babilonia. Por todos los palacios de la época se guardaban tabillas cuneiformes con composiciones en lengua babilonia. Sin embargo, el contenido se adaptaba a veces a los gustos locales. El siguiente ejemplo deriva de una colección de consejos dados por un hombre de nombre babilonio, Shupe-Ameli, a su hijo. La composición se ha hallado en distintas versiones en Emar y Ugarit en Siria y en Hattusa, la capital hitita, donde se le añadió una traducción parcial al hitita. No se conoce una versión de este texto de la Babilonia propiamente dicha, pero encaja plenamente en la tradición cultural de la región, donde este género literario se originó en el tercer milenio.

No abras el corazón a una mujer que te importe,
séllalo incluso si lucha o ataca,
mantén tu regalo en habitación blindada,
que tu esposa no sepa lo que hay en tu bolsa.
Los que antes que nosotros vinieron esto establecieron,
nuestros padres sólo compartieron ingresos con los dioses.
Clavaron una estaca, pusieron una anilla y pegaron arcilla
(es decir, sellaron una puerta).
Guarda tu sello en un anillo.
Rodea el anillo, guarda tu casa.
Que tu sello sea el único acceso a tus bienes.
Todo lo que veas, déjalo.
Sólo cuando lo necesites, gástalo.

Traducción según Foster, 2005: 418.

Durante largo tiempo las élites militares ocuparon el nivel más alto en esta jerarquía: los aurigas especializados de estas sociedades eran muy apreciados y recompensados por sus servicios. En la región de Siria-Palestina eran designados con el término *mariyannu*, que se convirtió en término genérico para el estatus de élite social. Las recompensas otorgadas a los dependientes del palacio se entregaban en varias formas: raciones para los niveles más bajos, pagos y usufructo de campos para los más altos. A cambio se esperaba un servicio; el uso de campos se concedía a individuos, no a familias. A medida que avanzó el período, las élites militares intentaron hacer las tenencias hereditarias y pagaban por ellas con plata en lugar de con servicios.

Los hombres Ubres, de todos modos, no estaban totalmente fuera del control gubernamental: también estaban obligados a pagar impuestos o a integrarse en levas de tra-

bajo cuando se solicitaba. Pero eran propietarios de sus campos, a menudo comunitariamente más que como individuos y de ellos se ganaban la vida pobremente. El palacio les daba cierto apoyo: en las sociedades de agricultura por irrigación de Mesopotamia y Egipto mantenían el sistema de canales, mientras en otros lugares se encargarían de otras infraestructuras. La extensión de los grupos libres de las distintas sociedades es difícil de determinar y variaba de estado a estado. En términos de estratificación social, sus miembros, junto con los siervos agricultores del palacio, estaban en el nivel más bajo. Buena parte de su labor y de las cosechas que producían eran usurpadas por los de arriba, puesto que en alguna parte se había de crear la riqueza de las élites. Hasta cierto punto, la riqueza provenía de conquistas extranjeras —en el caso de Egipto, especialmente de Nubia y sus minas de oro—, pero la gran mayoría de productores de cada estado debió soportar un pesado gravamen. Los gobernantes ya no se veían obligados a restaurar los equilibrios sociales de manera generalizada, como habían hecho en la primera mitad del milenio, y el nivel de servidumbre por deudas aumentó sustancialmente. A individuos y familias este sistema les daba poco respiro, y por lo tanto muchos huían de sus comunidades y buscaban refugio fuera del alcance de los estados. Se unían a grupos en regiones inaccesibles, como las montañas o los desiertos, y cruzaban fronteras políticas para escapar de sus antiguos amos. Este desarrollo explica por qué la devolución de los refugiados era tan importante en los tratados internacionales del período, puesto que los estados no se podían permitir la pérdida de mano de obra. Al final, la erosión social puede haber sido una de las causas principales del colapso de todo el sistema, como veremos en un capítulo posterior.

Debate 7.1. LA SINCRONIZACIÓN DE LA HISTORIA EN EL BRONCE ÚLTIMO EN EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL

Si establecer la cronología de una sola región ya resulta complejo (debate 1.1), integrar los datos de todas las culturas del Mediterráneo oriental en la segunda mitad del segundo milenio en un sistema coherente supone un problema incluso mayor. Es algo necesario, sin embargo, puesto que las relaciones internacionales son el rasgo distintivo del período y sólo pueden entenderse adecuadamente si sabemos qué sucedió simultáneamente en las historias de los distintos participantes. Si la cronología absoluta de todas las culturas fuese segura, todos los problemas quedarían resueltos, pero la situación es la contraria: la información de distintas fuentes y culturas da soluciones que parecen incompatibles. Numerosos proyectos de investigación y congresos se han dedicado a las cuestiones relacionadas con esto (*e.g.*, Bietal, 2000-2007) y las opiniones continúan estando muy divididas. Las discusiones pueden ser muy técnicas y a menudo emplean terminología opaca (*e.g.*, cronología baja, cronología baja

modificada) y a menudo dejan perplejos a quienes no son expertos.

La evidencia de las fuentes textuales deriva casi exclusivamente de Asiria, Babilonia y Egipto, donde las antiguas listas reales aportan secuencias que pueden relacionarse con fechas más seguras del primer milenio. No existe información semejante en estados como Hatti o Mitanni, que no sobrevivieron después de 1200. Afortunadamente podemos establecer sincronías entre varias historias a partir de la correspondencia diplomática y de los tratados. Sabemos, por ejemplo, que los reinados de Burnaburiash II de Babilonia y Akhenaton de Egipto se solaparon porque se escribieron cartas conservadas en Armana. Sabemos que Ramsés II luchó con Muwatalli II de Hatti en la batalla de Qadesh y que cerró un tratado de paz con el segundo sucesor de este último, Hattusili III, quince años después. Existen sincronías similares. Los expertos que se centran en la evidencia textual suelen apoyar una cronología baja (ver Kitchen, 2007, para un estudio).

Los científicos tienen mucho que aportar al debate y pueden basarse en datos que parecen más firmes, como el radiocarbono (^{14}C), la dendrocronolo-

gía (datación de la madera por los anillos de los troncos) y los núcleos de hielo de Islandia. Un suceso natural impactante tuvo lugar en el Egeo en el segundo milenio: la erupción de la isla volcánica de Thera (hoy Santorini), que causó un tsunami que destruyó enclaves costeros y lanzó a la atmósfera enormes cantidades de ceniza que dejaron rastro en los núcleos de hielo de Islandia. El evento debería ser datable en términos absolutos y ofrecer a los arqueólogos un punto firme al que anclar sus secuencias cerámicas, que son especialmente elaboradas en el mundo egeo. Los hallazgos de Thera muestran que la erupción tuvo lugar durante el período arqueológico llamado Minoico Último IA y como los egeos exportaban muchos recipientes al Levante y a Egipto, también debería suministrar información de otras culturas. Existen muchas complicaciones (ver Wiener, 2007, para un estudio) pero esta evidencia apoya una cronología alta, puesto que la erupción parece haber tenido lugar a finales del siglo XVII, cien años antes de lo que permite la cronología baja indicada por la evidencia textual (Manning, 1999; Manning *et al.*, 2006).

El debate parece hallarse en un *impasse* (Wiener, 2003). Cuando alguien sugiere un cambio en una de las piezas del rompecabezas, tiene efectos en toda la estructura, que puede requerir distintas reconstrucciones históricas. Por ejemplo, si aceptamos la cronología ultrabaja de Mesopotamia que sitúa la caída de Babilonia en 1499 (Gasche *et al.,* 1998), el saqueo hitita que la causó, así como el saqueo de Alepo tienen que haber tenido lugar al mismo tiempo que las acciones militares egipcias en el norte de Siria. ¿Cómo encaja el auge del estado de Mitanni en este escenario? En el otro extremo, si la erupción de Thera tuvo lugar a principios del Reino Nuevo egipcio y así tenemos que mover la fecha del inicio de ésa era hasta 1650 (Bietak, 2003), ¿cómo podemos explicar las sincronías más tardías con Babilonia y Asiria?

8

LOS ESTADOS OCCIDENTALES A FINALES DEL SEGUNDO MILENIO

ca. 1500	Parrattarna de Mitanni reina en el norte de Siria y el norte de Mesopotamia
1344-1322	Reinado de Suppiluliuma de Hatti
ca. 1325	Aziru de Amurru cambia su lealtad a los hititas por Egipto
1267	Hattusili III usurpa el trono hitita
1259	Tratado de paz entre Hattusili III y Ramsés II de Egipto

Los estados que componían el sistema internacional del Próximo Oriente en el Bronce Final tuvieron todos ellos historias definidas, que podemos reconstruir en distintos grados de detalle a partir de sus propias fuentes. Un rasgo significativo de este período es que haya tantos lugares que nos aportan información histórica independiente al mismo tiempo, una situación sin precedentes en la historia del Próximo Oriente antiguo. Aunque las relaciones internacionales tuvieran un impacto crucial en lo que sucedía en todos los lugares, los factores internos continuaron dando forma a las historias locales; debemos recordar que cada estado se ubicaba en un marco ecológico distintivo y estaba compuesto por poblaciones distintas, que a menudo hablaban un gran número de lenguas y tenían preferencias culturales y religiosas diversas. En los dos capítulos siguientes nos apartaremos del carácter internacional de la época para contemplar estas historias diferenciadas, aunque en todas ellas tengan parte un buen número de asuntos internacionales. Aquí nos concentraremos en los estados de la zona occidental del

Próximo Oriente; en el siguiente nos dedicaremos a los estados orientales.

8.1 MITANNI

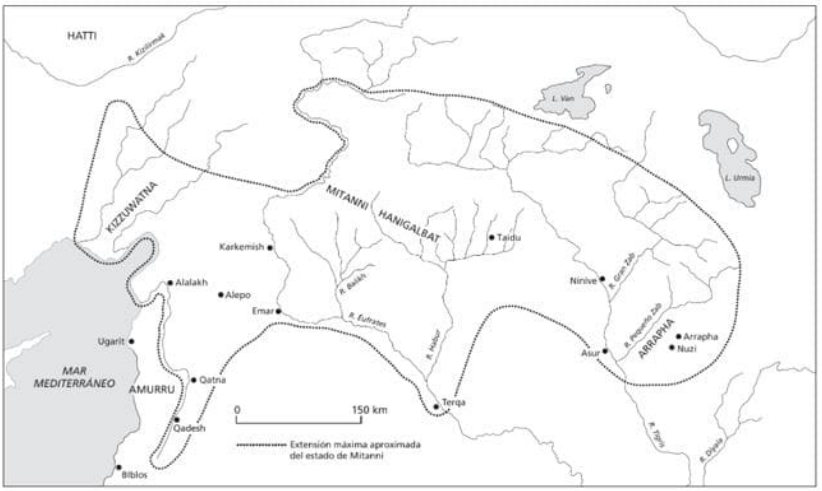
La historia política de Mitanni es mucho más difícil de escribir que la de sus grandes vecinos por la casi total ausencia de textos oficiales del propio estado. Nuestra guía principal son las fuentes egipcias, hititas y asirias, que podemos complementar con textos fundamentalmente legales y administrativos de territorios vasallos. Se conocen muy pocos centros del núcleo del estado; incluyen un puñado de registros de transacciones legales con juramentos prestados ante el rey. Pero hasta ahora no se han hallado archivos reales. El estado era conocido por distintos apelativos: el término nativo era 'Maitanni', luego 'Mitanni', nombre que también aparece en textos de ciudades palestinas y entre los hititas. A la vez, se usaba 'Hanigalbat' en escritos de Mitanni y en textos de Asiria, Babilonia y Hatti. Los hititas también se referían al estado como «tierra de los hurritas», mientras los egipcios usaban también 'Nahrina'. Esta variación en la terminología parece depender de que uno se refiriese al estado como una entidad política (Mitanni, Hanigalbat), como etnicidad percibida de sus habitantes (hurritas) o por su localización en el río Éufrates (Naharina).

El centro del estado de Mitanni era el área septentrional de Siria entre el Tigris y el Éufrates, unos cuatrocientos kilómetros de este a oeste. En su fase de apogeo incorporó territorios más allá de estas fronteras, al este del Tigris y en la costa meridional de Anatolia. Al sur, ejercía influencia por el valle del Éufrates Medio y quizá tuviera frontera directa con Babilonia. No podemos determinar a día de hoy su expansión hacia el norte. Su capital era Washukanni, una ciudad que no ha sido identificada arqueológicamente, pero

que muy probablemente se ubicara en el norte de Siria cerca del nacimiento del río Habur. Una capital secundaria, llamada Taidu, se localizaba más al este, en el actual Tell al-Hamidiya.

Otra dificultad en el estudio de la historia de Mitanni es la incertidumbre cronológica. Las duraciones exactas de los reinados de todos sus gobernantes son desconocidas porque no se ha preservado lista real antigua alguna (para una lista de reyes, véase la Sección 10 de las Listas de Reyes al final de este libro). Tampoco podemos determinar cuándo aparece el estado por primera vez. Las referencias más antiguas se encuentran en los relatos de gobernantes egipcios de la Dinastía XVIII, pero sus campañas pueden asociarse a distintos reyes de Mitanni. Así, no hay un punto cronológico firme que ancle la historia de Mitanni a la egipcia. En particular, la historia más antigua de este estado es un misterio. Sabemos que el norte de Siria en el siglo XVIII estaba formado por pequeños reinos, mientras que en torno a 1500 había un gobernante de Mitanni con gran poder en toda la región. Cómo y exactamente cuándo se desarrolló su estado sigue siendo incierto, pero el vacío de poder resultante de la destrucción de Alepo por los hititas en torno al 1600 probablemente hiciera posible la creación de una nueva entidad. Está claro que ya en la primera mitad del siglo XV el rey de Mitanni Parrattarna tenía control como soberano sobre un área que incluía Kizzuwatna (Cilicia, en el suroeste de Anatolia) al oeste, Nuzi al otro lado del Tigris en el este y Terqa en el Éufrates al sur. Su estado era el más poderoso de Asia oriental y el único obstáculo a la expansión del Egipto de la Dinastía XVIII en esa zona. Estaba compuesto de varias áreas vasallas cuyos gobernantes debían obediencia al rey de Mitanni. Esto se ve claramente sobre todo en una ins-

cripción autobiográfica tallada en una estatua hallada en Alalakh donde el rey local, Idrimi, narra cómo llegó al poder (figura 8.1). Por razones no especificadas, él y su hermano huyeron de su hogar en Alepo a la ciudad de Emar en el Éufrates. Poco satisfechos de permanecer allí como subordinados, Idrimi decidió dejar Emar y vagar por los campos de Canaán, donde se convirtió en un líder de los *habiru*, esto es, proscritos sociales (debate 8.1). Con el apoyo de esta fuerza, tomó la ciudad de Alalakh y sus alrededores. Luego contactó con el rey de Mitanni, Parrattarna, que ratificó el gobierno de Idrimi y lo convirtió en su vasallo. El texto muestra el reino de Mitanni en su apogeo, cuando podía determinar quién gobernaba en zonas alejadas de su núcleo central. También está claro, de todos modos, que era Idrimi quien había tomado la iniciativa y que el rey de Mitanni se vio obligado a aceptarlo como vasallo.



Mapa 8.1. El estado de Mitanni. Según Volkert Haas, ed., *Hurriter und Hurritisch* (Universitätsverlag, Constanza, 1988), p. 295.

Figura 8.1. Estatua del rey Idrimi. Esta estatua de piedra fue excavada en Alalakh en 1939 y puede fecharse en el siglo XVI. La larga inscripción escrita en imperfecto babilonio cuneiforme que cubre su mayor parte describe cómo el rey Idrimi llegó al poder en esa ciudad tras dejar Alepo y usar a fuerzas de *habiru* para hacerse con el control. British Museum, Londres, altura 104 cm.
Créditos: © The Trustees of the British Museum.

El dominio de Mitanni en el norte de Siria continuó hasta mediados del siglo XIV y los primeros reyes egipcios de la Dinastía XVIII que realizaban repetidas campañas en la región

mencionan al estado como un competidor significativo. El conflicto entre los dos grandes estados no era directo; ambos intentaron convertir a los gobernantes locales de la zona costera de Siria en sus vasallos mediante amenazas de acciones militares. Pero, tras unas relaciones inicialmente hostiles, Amenhotep II de Egipto (reinó 1427-1400) comenzó a tratar a Saustatar, rey de Mitanni, como un aliado y poco después vemos como el poder de Mitanni se disipa en un período de tiempo relativamente corto. La historia de este declive es compleja, pero en esencia dos ramas de la familia real se disputaron el trono y renunciaron a su independencia al buscar apoyo exterior para sus respectivas reivindicaciones. Tushratta, que intercambiaba correspondencia conservada en el archivo de Amarna con el rey egipcio Amenhotep III (reinó entre 1390 y 1352), había sido puesto en el trono por el asesino, de quien no se da el nombre, de su hermano mayor. Al principio, Amenhotep no se tomó bien está situación y sólo reestableció las relaciones diplomáticas y pidió a la hija de Tusharatta en matrimonio después de que éste ejecutase al asesino de su hermano. Pero durante el reinado de Tusharatta otro hermano, Artatama, estableció un reino rival con un apoyo inicial de los hititas. Un tratado hitita posterior describe la existencia de dos reinos: uno de Mitanni bajo Tushratta y otro de los hurritas bajo Artatama. El hijo de Artatama, Shuttarna III, pudo haber asesinado a Tushratta y cambió su lealtad a Hatti por el naciente estado asirio al este. Esto despertó la ira del rey hitita Suppiluliuma I, que durante muchos años había saqueado la tierra de Mitanni y arrebatado la mayor parte de sus aliados del oeste de Siria. Entonces tomó partido por un hijo de Tushratta, Kili-Teshub, que había solicitado su ayuda. Suppiluliuma lo puso en el trono de lo que quedaba del estado

de Mitanni y con el nombre de Shattiwaza lo convirtió en su vasallo, casándolo con una de sus hijas. El oeste del estado quedó así bajo control hitita, mientras que en el este dominaba Asiria. Egipto no intervino en absoluto en estos acontecimientos, tal vez porque ya había perdido su control del noroeste de Siria. Entre 1365 y 1335 el estado de Mitanni pasó de superpotencia regional a estado dividido con sus dos mitades sometidas a reyes extranjeros.

Los hititas permitieron sobrevivir a los restos del estado de Mitanni y varios de los descendientes de Shattiwaza ocuparon el trono. Los asirios se aprovecharon de un debilitamiento del poder hitita tras la muerte de Suppiluliuma para continuar presionando en la región. Bajo Adadnirari I (gobernó entre 1295 y 1264) y Salmanasar I (gobernó entre 1263 y 1234) gradualmente convirtieron el núcleo del estado en territorio asirio. Dejaron una dinastía nativa, pero sus gobernantes eran vasallos. Los restos del estado de Mitanni, al que los asirios siempre se referían como Hanigalbat, se resistían regularmente a los asirios, buscando ayuda de hititas y arameos, un nuevo pueblo del norte de Siria que adquiriría gran importancia en el futuro. Tuvieron poco éxito, sin embargo. Los asirios establecieron centros administrativos por todo el territorio hasta la ribera oriental del Éufrates al oeste, frente a las fortalezas hititas de la ribera oeste. Ubicaron estos centros en localizaciones estratégicas para controlar el comercio y el movimiento de tropas. La muerte del último rey asirio fuerte, Tukulti-Ninurta I (reinó 1233-1197) coincidió con las convulsiones que sacudieron el Próximo Oriente occidental en torno a 1200 y la desaparición de un poder político centralizado en la región de Mitanni esté probablemente relacionada con estos acontecimientos.

Hemos de basar el estudio de la sociedad de Mitanni en documentos hallados en ciudades fuera del núcleo central del estado, ciudades que en el siglo XV estaban gobernadas por dinastías locales sometidas al rey de Mitanni: Alalakh en el extremo occidental y Nuzi en el oriental. Los descendientes de Idrimi constituían la casa real de Alalakh, mientras que Nuzi tenía un «alcalde» que dependía del rey de Arrapha, a su vez un vasallo del gobernante de Mitanni. Pero Nuzi tenía un gran edificio central al que sus textos se refieren como «palacio». La estructura política del estado de Mitanni se conoce bastante mal, pero la injerencia del rey en los asuntos locales queda clara por el uso del mismo sello real en documentos de varios lugares y por la referencia a su autoridad real en los contratos. Los distintos territorios del estado compartían ciertos elementos comunes: la agricultura dependía de la lluvia y las comunidades de aldea eran fuertes. Las cortes y otros residentes urbanos dependían de estas aldeas para su subsistencia y, como ya se indicó, la relación entre la ciudad y el campo era de explotación. Los palacios locales realizaban censos para determinar exactamente cuántos impuestos y levas de mano de obra podían imponer. En sus registros dividían a la población en grupos cuyo sentido no nos resulta del todo claro, pero distinguían entre dependientes de palacio y aldeanos libres. Los hombres designados por el término *mariyannu* dominaban el primer grupo. Su función había sido inicialmente la de guerreros montados en carros en el ejército, pero se fueron implicando en todos los aspectos de la vida y parecen haber formado una clase urbana privilegiada. En el campo, los campesinos debían prestar servicios en mano de obra al palacio, al ser propiedad de éste las tierras que trabajaban. La mano de obra era escasa, y el palacio y los terratenientes

privados competían por ella. En Nuzi existía un extraño procedimiento legal que permitía a los individuos con una posición económica desahogada adquirir tierra y mantener a sus propietarios originales como granjeros. En archivos privados de esa ciudad aparece un tipo de contrato denominado 'venta-adopción' donde un comprador era «adoptado» por el vendedor. Un hombre llamado Tehip-tilla, por ejemplo, fue adoptado unas cincuenta veces. Parece que esta ficción le permitía usar a sus nuevos padres como aparceros *de facto*. Del mismo modo, adquiría mano de obra en régimen de servidumbre pagando las deudas de hombres que tendrían luego que hacerse cargo de sus campos y huertos. Estas prácticas eran posibles por el alto nivel de endeudamiento que sufrían los campesinos. Cuando se veían obligados a pedir préstamos, los intereses eran normalmente del 50 por ciento y, al contrario de lo que sucedía en períodos precedentes, el palacio no ayudaba a estas personas mediante la condonación periódica de las deudas no satisfechas. Por el contrario, se sabe que el mismo rey de Arrapha sacó provecho a estas prácticas para tener acceso a mano de obra y tierras. El campesinado estaba a merced de los prestamistas urbanos, que podían fijar los términos que quisieran y asumir el control de sus recursos.

Documento 8.1. ESCRITOS HURRITAS

Existen relativamente pocos textos escritos totalmente en lengua hurrita y provienen fundamentalmente de las ciudades de Ugarit, Emar y Hattusa. Sin embargo, esta escasez no constituye un adecuado reflejo de la importancia de la lengua en el Próximo Oriente del

segundo milenio. Mucha onomástica en una amplia zona de Anatolia, el norte de Siria y Mesopotamia y el área de Siria-Palestina, lo que incluye nombres de reyes, era hurrita. El uso común de la lengua hablada también resulta claro por pasajes de textos hititas, que incluyen regularmente frases o términos hititas. Esto sucede a menudo en las descripciones de rituales, donde se cita al oficiante cultual hablando en hurrita. El siguiente pasaje aparece en una tablilla hitita que describe rituales de un tipo de sacerdote identificado como AZU:

> *Ahora el sacerdote-AZU toma un ganso con la mano izquierda y con la derecha alza la madera de cedro del quemador de incienso. Luego vierte aceite en una copa de agua y realiza el katkisa (término hurrita) de la diosa Hepat. Pone el cedro en la copa de agua, alza la copa de agua y derrama el agua en dirección a la diosa.*
>
> *Dice lo siguiente en hurrita: «asses Hepat suunip siaai ahraai unamaa kešhepwe kelteieni ambassini kelu». Luego derrama el agua en dirección a uno de los que encargaron la ofrenda y deja la copa de agua en la mesa de junco trenzado.*
>
> *Entonces el sacerdote-AZU toma la madera de cedro del quemador de incienso y la arroja al recipiente huprusi (término hurrita) en el brasero y dice en hurrita: «aharreš laplihhineš, etc.». Y presenta el ganso al que encargó la ofrenda y le pone encima la mano. El sacerdote-AZU toma un trozo de la pechuga del ganso, lo moja en aceite del quemador de incienso, lo arroja al recipiente huprušhi del brasero y dice en hurrita: «anahiteneš tatuššeneš kelu».*

Traducción según Salvini y Wegner, 1986: 40-42.

Los hititas se referían al estado de Mitanni como «tierra de los hurritas» y de hecho una de las lenguas oficiales del estado era el hurrita. Hablado en el norte de Siria y Mesopotamia desde un milenio antes, nunca consiguió convertirse en una lengua escrita habitualmente. Siempre dominó el acadio, incluso en la segunda mitad del segundo milenio, cuando los textos administrativos y legales de todo el estado de Mitanni se escribían en el dialecto babilonio. La escasez de textos hurritas puede deberse en gran medida al hecho de que la capital, Washukanni, aún no haya sido identificada y excavada. Una larga carta de Tushratta, escrita totalmente en hurrita, hallada en Amarna demuestra que la corte de Mitanni tenía una cancillería con escribas que podían escribir en la lengua. En contraste, la carta tiene una forma y estructura paralelas a las escritas en babilonio, así que no sabemos por qué su autor usó la lengua hurrita ni quién sería capaz de leerla en Egipto. Otros textos o pasajes en lengua hurrita aparecen en los archivos de ciudades como Ugarit. Qatna y Hattusa, mientras había gentes de nombre hurrita viviendo por toda Anatolia, Siria-Palestina y Mesopotamia oriental (documento 8.1): esto revela la amplia difusión de la lengua hablada fuera del estado de Mitanni.

8.2. EL REINO NUEVO HITITA

El área central de Anatolia en el segundo milenio era el núcleo del reino de los hititas, llamado Hatti en fuentes antiguas. Su capital, Hattusa, es nuestra fuente principal de textos, que contienen mucha información de historia política (recuadro 8.1). Los tratados que los reyes hititas firmaban regularmente tenían introducciones que esbozaban las pasadas relaciones entre los dos estados y esto nos da quizá la

mejor evidencia, aunque muy parcial ideológicamente, de sus historias políticas. Pero escribir la historia de los hititas debe hacer frente a muchas dificultades cronológicas. Muchos de los reyes hititas tenían el mismo nombre, por ejemplo, Tudhaliya o Arnuwanda, y aunque hoy los distingamos mediante los números I, II, etc., esto no se hacía en las fuentes originales. Así, a menudo no podemos determinar a qué gobernante se refiere un texto. La cronología absoluta también es problemática. Los hititas no nos dejaron listas reales; hasta la duración del reinado del fundador del Reino Nuevo, Suppiluliuma I, es incierta y las fuentes sugieren desde veintidós hasta cuarenta años. No hay un solo momento de la historia hitita que pueda fecharse sin recurrir a sincronías con Egipto, Asiria o Babilonia y los puntos de contacto que tenemos son escasos y pertenecen en su mayoría al final de la historia hitita. Aunque en la práctica asignamos fechas absolutas a los gobernantes individuales, siempre son aproximadas y pueden necesitar revisiones, especialmente a medida que cambie nuestra visión de la cronología egipcia.

Recuadro 8.1. HISTORIOGRAFÍA HITITA

La reconstrucción de la historia hitita está en gran medida basada en relatos compuestos por los propios hititas, que cubren acontecimientos en secuencia cronológica a lo largo de varios reinados o en años sucesivos de un mismo reinado. Se hallan en textos independientes o aparecen incluidos en edictos y en tratados internacionales. En el primer grupo encontramos

anales, relatos año por año de campañas militares, sobre todo, que aparecen ya en el Reino Antiguo, cuando Hattusili I dejó un relato bilingüe hitita-acadio de sus logros militares. Este tipo de texto se hizo muy popular en Asiria tras la desaparición del estado hitita en el siglo XII. Es probable que la práctica hitita inspirase el género asirio, una de nuestras fuentes principales para la reconstrucción de la historia del primer milenio.

A partir del Reino Antiguo, los hititas también hacían sumarios, sobre todo militares, de acontecimientos de varios reinos. El Edicto de Telipinu del siglo XVI, por ejemplo, narra campañas de reyes precedentes remontándose al fundador de la dinastía, Labarna (documento 6.2). También en los asuntos internacionales mantuvieron un registro de las pasadas relaciones entre Hatti y otros estados. Los tratados tradicionalmente describían las interacciones hostiles y amistosas previas entre las partes a lo largo de varias generaciones. En este sentido, no fueron seguidos por los asirios, que tanto en sus relatos de anales como en los, ciertamente escasos, tratados se centraban en el presente.

Los hititas no sólo escribieron anales, también conservaron esos textos en siglos posteriores. Buena parte del archivo textual hitita al que tenemos acceso proviene del último siglo de la existencia de Hattusa, siglo XIII, e incluye copias recientes de nueva factura de documentos históricos de muchos siglos antes. Aunque no siempre podamos determinar cuándo fueron compuestos, algunos manuscritos fragmentarios más antiguos muestran que los anales de Hattusili, por ejemplo, se compilaron durante su reinado o poco después.

Por qué los hititas tenían este interés por acontecimientos pasados de reinos anteriores es difícil de determinar. Aunque viesen cierta relación causal entre el pasado y el presente (en oraciones a los dioses el rey Mursili II preguntaba qué actos del pasado habían causado una peste), no buscaban explicaciones más allá de que se trataba de la voluntad de los dioses. En este sentido, participaban de las mismas ideas que sus contemporáneos. Los registros históricos hititas son muy detallados y estructurados, hasta tal punto que los historiadores modernos se ven tentados a usarlos como plantilla para sus reconstruccio-

nes de la historia política hitita, pero han de ser tratados con cautela. A menudo presentan la idea de que las acciones del rey actual llevaban a una situación positiva, mientras que las de sus predecesores causaron miseria. Nuestros relatos de la historia hitita están basados fundamentalmente en esta evidencia muy parcial, ya que a menudo carecemos de datos externos con que verificar sus afirmaciones. Hemos de mantenernos alerta respecto a los fines de los autores.

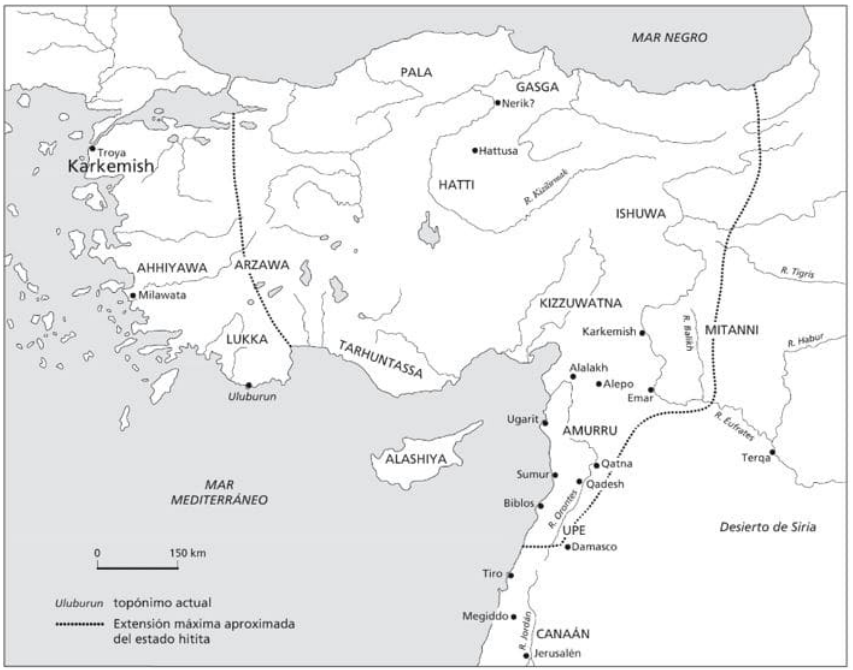
Geográficamente, las fronteras del estado hitita cambiaban constantemente. La capital estaba en la Anatolia central, en la cuenca del río Kizilirmak, y la expansión militar se dirigió especialmente hacia el sur, donde en su punto álgido Hatti llegó a controlar la Siria occidental. No está claro si sus fronteras septentrional y occidental se extendían hasta las costas del mar Negro y del Egeo, más próximas a Hattusa que a Siria (mapa 8.2). Como la estructura política del estado no implicaba un control territorial directo, sino el dominio de vasallos, la dependencia relativa de las regiones dentro de la esfera de influencia hitita determinaba las fronteras más que la hegemonía real. En el período aquí tratado hubo claramente mayor interés por Siria que por las regiones periféricas de Anatolia y el centro político del estado se hallaba en su extremo norte.

El estado hitita existió durante un período de tiempo relativamente breve, entre 1800 y 1200. Conoció dos períodos de gran poder, uno en el siglo XVII conocido como Reino Antiguo, otro entre 1400 y 1200, el Reino Nuevo (para una lista

de reyes véanse las secciones 9 y 11 de las Listas de Reyes al final del libro). A veces se usa el término Reino Medio para referirse al período intermedio, pero, al encontrarse Hatti en declive, los historiadores pueden hacerse muy poca idea de lo que sucedió. Una serie de líderes de los que existe muy poca documentación abrieron camino hacia la recuperación. Reafirmaron el dominio hitita sobre el centro y sur de Anatolia, incluida el área de Kizzuwatna, que antes había gobernado Mitanni. Aún más, Alepo, la principal ciudad del noroeste de Siria y rival en el acceso a regiones más al sur, tuvo que cambiar su vasallaje de Mitanni a Hatti. Los competidores de los hititas en la región eran Egipto y Mitanni, dos estados que habían luchado entre sí anteriormente, pero a principios del siglo XIV unieron fuerzas quizá como reacción a los avances hititas. Egipto también intentó establecer buenas relaciones con Arzawa al oeste de Hatti, lo que incluía un matrimonio diplomático, para contener la potencia emergente. Y en verdad el oeste y el norte suponían dificultades para Hatti: un vasallo del oeste, el rey Madduwatta, conquistó el suroeste de Anatolia y Chipre a mediados del siglo XIV, y los kaska, un pueblo de la costa sur del mar Negro, atacaron y tal vez incluso destruyeron Hattusa.

Suppiluliuma I (gobernó entre 1344 y 1322), uno de los líderes militares más hábiles de los hititas, dio la vuelta a estas derrotas y fue el auténtico fundador del Reino Nuevo hitita. Tras solidificar su control sobre las regiones de Anatolia al sur y al este del núcleo hitita, invadió el estado de Mitanni desde el norte y ocupó su capital, Washukanni. El oeste de Mitanni se convirtió en su vasallo. A lo largo de la costa siria al oeste del Éufrates, extendió el control hitita hacia el sur hasta Damasco, y obligó a los gobernantes de los pequeños estados de la zona a someterse. Niqmadu de

Ugarit fue ante él en Alalakh ofreciéndose como vasallo; Aziru de Amurru cambió su lealtad, abandonando a los egipcios y en Qatna Suppiluliuma puso en el trono un nuevo rey, que estaría de su parte, Idadda. Su principal competidor en la región, Egipto, prestaba entonces menos atención a sus territorios asiáticos y no contrarrestó directamente la expansión hitita.



Mapa 8.2. El estado hitita durante el Reino Nuevo. Según Michael Roaf, *Cultural Atlas of Mesopotamia and the Ancient Near East* (Equinox, Oxford, 1990), p. 139.

La extremadamente infrecuente solicitud por parte de la recién viuda reina de Egipto de que un hijo de Suppiluliuma fuera su marido, mencionada en el capítulo anterior, tuvo lugar en este momento. Si la unión hubiera tenido lugar, le habría dado a Suppiluliuma influencia sobre un área descomunal, pero un grupo de egipcios no identificado lo impidió, asesinando a Zannanza, el hijo que envió.

El reinado concluyó en un desastre, sin embargo. Probablemente el propio Suppiluliuma y su primer sucesor murieron de una epidemia que los soldados habían traído de Siria cuando atacaron en represalia por el asesinato de Zannanza por los egipcios. Otro de sus hijos, Mursili II (reinó entre 1321 y 1295) era joven cuando llegó al trono, pero fue capaz de mantener el control sobre Siria, donde muchos vasallos se rebelaron, y también dedicó atención a las zonas de Anatolia que su padre había ignorado. Derrotó a Arzawa al oeste y atacó a los kaska al norte. Estos últimos, de todos modos, siguieron constituyendo una amenaza e incluso llegaron a tomar la capital de Hattusa durante el reinado de Muwatalli II (reinó entre 1295 y 1272). Esto sugiere que Hatti había dejado su costado septentrional desprotegido por su preocupación por Siria. Y Muwatalli estaba muy concentrado en Siria al punto de trasladar su capital a una hasta entonces oscura ciudad del sur de Anatolia, Tarhuntassa (su localización exacta nos es desconocida).

El resurgir de Egipto durante la Dinastía XIX y sus campañas incesantes en Siria culminaron en la batalla de Qadesh entre Ramsés II y Muwatalli en 1274, estudiado en el capítulo anterior. Los egipcios prestaron enorme atención a este acontecimiento en inscripciones y representaciones, a pesar de haber perdido la batalla, algo que no se reconoce, pero que resulta evidente por la consiguiente expansión del control hitita en el sur de Siria. La batalla constituye el clímax de la rivalidad de siglos entre Egipto y Hatti por Siria, donde los hititas solían llevar ventaja. A fin de concentrarse en Siria, Muwatalli dejó a su hermano, el futuro rey Hattusili III, a cargo de las zonas septentrionales del estado hitita. Éste liberó Hattusa y también el centro cúltico de Nerik, que se había perdido a los kaska muchos años antes. Pero

cuando el hijo de Muwatalli, Urhi-Teshub, llegó al trono con el nombre de Mursili III (reinó entre 1272 y 1267), Hattusili III usó el norte como una base de poder desde la que desgastar al joven rey. Aunque Urhi-Teshub en tanto que heredero legítimo pudo haber tenido el apoyo de Egipto y Babilonia, Hattusili III consiguió desplazarlo tras varios años de intriga. Hattusili siguió siendo rey de Hatti treinta años (1267-1237) y su tratado de paz con Ramsés II de Egipto fue uno de los mayores logros de su reinado. En 1259, quince años tras la batalla de Qadesh, los dos reyes cerraron un detallado acuerdo para dar por terminadas las hostilidades, establecer una alianza defensiva e intercambiar refugiados políticos. La amenaza de Asiria, ahora con control total sobre buena parte del área de Mitanni, fue lo que probablemente inspirase la alianza. También es muy probable que Hattusili estuviera preocupado por las rivalidades dentro de la corte hitita y por su propia sucesión, y los acontecimientos posteriores muestran lo fundado de sus temores. Aunque las relaciones entre las dos potencias pudieron no ser tan cordiales como se esperaba, la disputa por Siria había terminado.

No obstante, Hatti entró rápidamente en declive, por problemas muy similares a los que había hecho frente Mitanni ciento veinte años antes. Internamente, el heredero al trono designado, Tudhaliya IV (reinó entre 1237 y 1209) tuvo que lidiar con una reivindicación sólida por parte de un hijo de Muwatalli, Kurunta, al que Hattusili III había hecho «rey de Tarhuntassa». Es posible que Kurunta depusiera temporalmente a Tudhaliya IV en 1228-1227, cuando apareció como «Gran Rey» en sellos hallados en Hattusa. En cualquier caso, Tudhaliya recuperó el trono. Las presiones externas también eran importantes. Tukulti-Ninurta de Asiria (reinó entre 1233 y 1197) atacó el estado hitita desde el este y hubo

vasallos en el oeste y suroeste de Anatolia que se rebelaron. Los problemas en las regiones próximas al mar Egeo pueden haber sido inspirados por un misterioso «rey de Ahhiyawa», ciertamente un personaje con protagonismo en la zona, pero difícil de localizar en el tiempo y el espacio. Tudhaliya consiguió arrebatarles Milawata (la Mileto clásica), pero al final Hatti parece haber perdido el control de la Anatolia occidental.

Cuando Suppiluliuma II llegó al trono en 1207, la caída de Hatti era inminente. Las causas de su derrumbe como estado territorial no resultan del todo claras (debate 10.1). La arqueología indica que los edificios públicos de la capital de Hattusa fueron incendiados, pero la corte había abandonado antes la ciudad. Otras ciudades importantes bajo control hitita, como Ugarit, Alalakh y Emar, desaparecieron y las fuentes egipcias evocan una idea de devastación general en toda la región de Anatolia y la Siria occidental. Pero algunas ciudades hititas sobrevivieron, donde miembros de una rama de la familia real hitita siguieron autodenominándose «Grandes Reyes» en siglos venideros. El fin de Hattusa ha de entenderse en el contexto del colapso de todo el sistema regional en torno a 1200, que analizaremos en un capítulo posterior, pero en contraste con lo que sucedió en otras áreas, nunca volvería a aparecer un estado hitita en la Anatolia central.

La historia hitita se vio en gran medida determinada por los acontecimientos al oeste y al norte de Anatolia. Está claro que allí había grandes estados, como Arzawa, cuyo rey se escribía con el de Egipto como un igual. El reino más importante al oeste de Hatti en la última parte del período fue Ahhiyawa. Escribir su historia resulta complicado por la cuestión de si tiene o no relación con los griegos micénicos,

que se sabe habían establecido enclaves comerciales en la costa anatolia. Las similitudes entre los nombres 'Ahhiyawa' y 'aqueos', el término con que Homero se refiere a los griegos, ha sugerido esta ecuación desde que el nombre de Ahhiyawa fue descubierto. Está tomando forma un consenso académico de que así fue y de que encontramos evidencia de interacciones políticas y militares micénicas con los hititas en textos de Hattusa. Podemos así conectar esta rica cultura de la Grecia micénica con la historia del Mediterráneo oriental en este momento (figura 8.2). A partir del siglo XV, Ahhiyawa aparece en fuentes hititas, pero mantuvo una importancia menor hasta dos siglos después. Entonces, Hattusili III, intentando devolver el orden a los distritos occidentales, escribió al rey de Ahhiyawa y se dirigió a él como hermano, para convencerlo de controlar a los rebeldes activos en su territorio. Su sucesor, Tudhaliya IV, invadió el territorio de Ahhiyawa, a la que claramente veía como un estado importante. En su tratado con Shaushga-muwa de Amurru, daba una lista de los reyes a quienes consideraba sus iguales: Egipto, Babilonia y Asiria. El rey de Ahhiyawa completaba la lista, pero tras escribirlo, el escriba lo borró. Signifique lo que signifique ese borrado, es evidente que el estado de este último en ese momento había sido el de un Gran Rey. Tras Tudhaliya IV, la información sobre Ahhiyawa desaparece, posiblemente por las perturbaciones en Grecia en esa época.

Figura 8.2. Puerta de los Leones de Micenas. Si realmente los Ahhiyawa de los textos hititas son los mismos que los aqueos de Homero la riqueza de los restos arqueológicos de la cultura micénica de la Grecia continental se convertiría en parte integral de la historia del Próximo Oriente antiguo. Estos restos dan testimonio de una rica sociedad guerrera con fortalezas de poderosas fortificaciones y suntuosas tumbas. Aquí puede verse la puerta de entrada a la ciudadela de Micenas, construida con masivos monolitos en torno a 1250. La escultura que representa leones tiene paralelos en las puertas de entrada halladas en Hattusa y en otras ciudades hititas.
Créditos: akg images/Album/Prisma.

En el área al norte de Hattusa, los kaska tenían el control y los hititas siempre los representaron como tribus agresivas y salvajes que saqueaban y capturaban ciudades. Uno de los deberes de Hattusili III durante el reinado de su hermano había sido recuperar territorios ocupados por los kaska. Estas tribus pueden haber contribuido a los problemas que llevaron al fin de la historia hitita, pero nos falta información sobre los detalles. El oeste y norte de Anatolia entonces nunca se integraron totalmente en el estado hitita, aunque fueran objetivo de múltiples campañas militares. Con todo, sus interacciones con Hatti los ligaban al sistema político del Próximo Oriente.

La estructura política del estado hitita es a menudo comparada con la del vasallaje medieval en la Europa occiden-

tal. El Gran rey de Hatti gobernaba directamente el área central, pero usaba a vasallos para controlar la mayoría de regiones de Anatolia y Siria. Se trataba de personajes locales que le juraban lealtad, pero que podían cambiarla a otras potencias. Aunque los príncipes hititas administraban ciertos lugares clave, como Karkemish y Alepo en puntos estratégicos del norte de Siria, otras regiones mantuvieron sus dinastías indígenas bajo la supremacía hitita. Conocemos bien dos de esos centros por sus propias fuentes —Ugarit en la costa siria y Emar en el reino de Astata en el Éufrates—. Los señores hititas aparentemente siguieron respetando las tradiciones locales y no intentaron unificar toda la región en términos políticos o culturales. En este sentido, la organización del estado hitita resulta paralela a la de Mitanni, y los pueblos del norte de Siria pudieron así mantener sus propias culturas y jerarquías políticas.

El estado supremo del rey estaba más allá de toda duda, sin embargo. Poseía una serie de títulos que claramente así lo identificaban, incluyendo «Gran Rey» y «Sol». También poseía un título háttico antiguo, 'Labarna' o 'Tabarna', que puede referirse al nombre del primer gobernante de la dinastía, mientras que su esposa recibía el título 'Tawananna', probablemente en alusión a la primera reina. Tenía mucho poder, que ejercía incluso tras la muerte de su esposo, y participaba en actividades diplomáticas con cortes extranjeras por su cuenta. La esposa de Hattusili III, Puduhepa, por ejemplo, se escribía personalmente con Ramsés II sobre el matrimonio de éste con su hija. Hubo repetidos problemas con la sucesión real; a menudo la secuencia padre-hijo no era respetada y un hermano llegaba a rey. Esto llevó a uno de los conflictos por el trono mejor documentados en toda la historia del Próximo Oriente, entre el hijo y el hermano

de Muwatalli. Urhi-Teshub, el hijo de éste con una concubina, llegó al trono con el nombre Mursili III, pero Hattusili III, hermano de Muwatalli, se rebeló y derrocó a su sobrino cinco años después. La usurpación del poder fue una infracción legal lo suficientemente grave como para que Hattusili compusiera un largo documento, su *Apología,* donde explicó sus acciones. Describe cómo fue puesto a cargo de los territorios del norte, mientras que su hermano trasladaba la capital a la región meridional de Tarhuntassa, y cómo conquistó con éxito áreas que para su hermano eran periféricas. Cuando el hijo de Muwatalli llegó al trono, Hattusili lo apoyó al principio, pero fue sintiéndose cada vez más frustrado con su sobrino. Para mantener su poder y el de sus amigos, Hattusili se rebeló. Depuso a Urhi-Teshub y lo envió a una región periférica del estado —luego consiguió huir a Egipto— Para justificar este acto, Hattusili hizo acusaciones de que Urhi-Teshub había usado la magia, lo que demuestra lo débil de la base legal de su pretensión al trono.

Figura 8.3. Carta del rey Tudhaliya IV de Hatti al rey de Ugarit. En este breve mensaje en acadio el rey Tudhaliya informa al rey de Ugarit de su decisión de que los caballos de Hatti no pueden llegar a Egipto y viceversa. En el centro de la tablilla el escriba estampó el sello oficial de Tudhaliya, inscrito en las dos lenguas oficiales de la corte. En el borde, el nombre y los títulos del rey están escritos en dos líneas de cuneiforme, mientras que en el centro la información aparece en jeroglíficos luvitas. Museo del Louvre, París, AO20191. Altura 10 cm; ancho 7,8 cm.
Créditos: akg images/Erich Lessing.

La titulatura y los nombres de los gobernantes de Hatti demuestran el carácter multicultural del estado. El título Tabarna y los nombres reales de entronización eran hátticos, es decir, pertenecientes a un grupo de pueblos anatolios que habían dominado tal vez el área de Hattusa muchos siglos antes. Pero los nombres de pila de los reyes tenían un origen diferente: Urhi-Teshub, por ejemplo, era claramente un

nombre hurrita. Pero la lengua oficial de la cancillería en Hattusa era el hitita. Además, los archivos excavados en sus ruinas también tenían textos en otras lenguas anatolias, como el luvita y el palaíta, mientras que allí trabajaban también escribas que podían escribir en lenguas mesopotámicas, acadio y sumerio. Todos estos textos se escribían en cuneiforme. A la vez, se usaba una escritura anatolia jeroglífica en monumentos oficiales y sellos personales. Este sistema de escritura sobrevivió al fin del estado hitita (figura 8.3).

La literatura copiada en Hattusa derivaba de una gran variedad de fuentes. Las tradiciones hurritas aparecen representadas en una serie de mitos traducidos al hitita. Los elementos hátticos aparecen a menudo en relatos más breves, mientras que el material original hitita parece haber sido escaso. Ciertos textos literarios de Babilonia se importaron al completo, traducidos al hitita o adaptados a los gustos locales cambiando las divinidades principales para reflejar las preferencias hititas. Los escribas de Hattusa copiaban listas léxicas de Mesopotamia, a veces añadiendo traducciones hititas y hurritas e información sobre cómo pronunciar los términos sumerios. Muchos mitos anatolios parecen haber tenido una función ritual y los rituales establecidos muestran una gran variedad de lenguas, incluyendo háttico y hurrita. Los hititas también importaron mitología cananea de las áreas de Siria-Palestina que habían conquistado.

Así, Hatti fue ciertamente uno de los estados más importantes del Próximo Oriente en la segunda mitad del segundo milenio y un protagonista en la cultura internacional del período (figura 8.4). Su ubicación en extremos del mundo del Próximo Oriente hizo que se viera expuesto a presiones eternas en mayor medida que sus colegas y su estructura

política interna era relativamente laxa. Consecuentemente, su colapso fue repentino y casi total. La Anatolia central en el primer milenio sería muy diferente de lo que podemos ver en el Período del Reino Nuevo.

8.3. SIRIA-PALESTINA

Ubicada entre los poderosos estados de Egipto, Hatti, y Mitanni, el área de Siria-Palestina permaneció fragmentada políticamente. Fue aquí donde las grandes potencias compitieron por su hegemonía y los habitantes de la zona soportaron lo peor del impacto de las numerosas campañas militares que caracterizaron el período. La región se extendía al sur de Anatolia, entre el Mediterráneo y el Éufrates, hasta el sur de Palestina, con frontera en el desierto del Sinaí. Seguía la costa en una franja que se hacía más estrecha a medida que se bajaba hacia el sur, de unos doscientos kilómetros al norte a unos setenta kilómetros al sur. El desierto de Siria y los montes de Jordania, regiones donde el asentamiento urbano era imposible, delimitaban su frontera oriental.

Podemos reconstruir la historia de esta área no sólo mediante documentos de las grandes potencias vecinas, sino también a partir de un creciente número de textos hallados en excavaciones en la propia región, puesto que cada palacio tenía a su servicio escribas para mantener sus registros y para la diplomacia con líderes extranjeros. La correspondencia de Amarna incluye cartas de unas cuarenta ciudades vasallas de Siria-Palestina al rey de Egipto. Algunas ciudades han aportado una cantidad sustancial de documentos escritos, especialmente tres en el norte —Ugarit, Alalakh y Emar— donde no aparecieron sólo en palacios y templos, sino también en residencias privadas. Se hallaron colecciones más reducidas en Kummidu y Qatna. La lengua de la mayor parte de estos textos es el babilonio, pero los verná-

culos locales a menudo ejercían un fuerte influjo en la obra de los escribas. En la correspondencia de Amarna aparecen múltiples huellas de los dialectos semíticos occidentales que hablaba el pueblo, mientras que en Qatna los escribas insertaban un gran número de expresiones hurritas en sus textos. Al mismo tiempo, se usaban lenguas locales y sistemas de escritura alfabéticos, muy poco atestiguados excepto en Ugarit, donde existía un sistema de escritura cuneiforme alfabético en tablillas de arcilla. Los escribas de la región tenían por tanto que ser capaces de trabajar con múltiples lenguas y escrituras. Claramente, Babilonia aportaba el paradigma de cómo escribir, esto es, cuneiforme silábico en tablillas de arcilla, y mientras que el babilonio parece haber sido la lengua más respetada, los escribas no tenían problema en escribir en otras lenguas.

La fragmentación política de la región la convirtió en presa fácil para la expansión de las grandes potencias que la rodeaban y su riqueza y capacidad tecnológica la convertían en un objetivo apetitoso. A lo largo de todo el período que estamos estudiando, los extranjeros dominaron constantemente la práctica totalidad de la zona y su punto de vista dicta nuestra reconstrucción de la historia política. Al acabar los siglos oscuros de mediados del segundo milenio, Mitanni gobernaba el norte de Siria y controlaba la región al oeste del Éufrates mediante un sistema de vasallos. El control mitannio se extendía hasta Qadesh al sur y hasta Kizzuwatna (sur de Anatolia) al oeste. Pero con la llegada al poder de la Dinastía XVIII, Egipto se expandió rápidamente por la región. Tras conquistar Palestina, a veces causando gran destrucción en las ciudades de la zona, Egipto fue a por los vasallos de Mitanni más al norte, alcanzando Ugarit en la costa y Qadesh en el interior. Las dos potencias lucha-

ron por los estados que tenían frontera con Mitanni. El ejército egipcio llegó a realizar expediciones de saqueo hasta el valle del Éufrates, mientras que Mitanni prestó apoyo a la resistencia local a dichos saqueos.

El control egipcio de la región que había conquistado, bien documentado en las Cartas de Amarna, era más directo que el de Mitanni. Definió tres provincias, Amurru, Upe y Canaán, cada una de ellas con un centro administrativo a cargo de un funcionario egipcio, responsable de la recaudación directa de recursos estratégicos. Los representantes de las dinastías nativas continuaron con su gobierno de los pequeños estados, pero tenía que aportar un tributo anual. Los vasallos escribían numerosas cartas al rey solicitando su ayuda frente a vecinos problemáticos, prometiendo pagos, jurando obediencia, etc. Egipto se mantuvo distante de la mayor parte de los problemas locales y se concentró en la recaudación de tributos, algo que podía hacer sin la necesidad de una presencia militar sustancial. Durante este período encontramos poca evidencia de campañas egipcias en Asia, probablemente porque su control sobre la región era firme, y porque Egipto y Mitanni habían dejado de ser enemigos para convertirse en aliados.

La amenaza a este arreglo vino de Hatti al norte, cuyo rey, Suppiluliuma I, había sometido a Mitanni poco después de 1340 para luego expandirse por territorio que Egipto consideraba propio. Ugarit, Qadesh, Amurru, así como todos los estados del norte de Siria antes dependientes de Mitanni, se convirtieron en vasallos hititas. El rey hitita puso a sus hijos como virreyes en ciudades clave, como Karkemish o Alepo y en otros lugares mantuvo el sistema de vasallaje de Mitanni. Los acuerdos de gobierno están bien documentados en Ugarit en la costa y en Emar en el Éufrates, donde

las dinastías nativas siguieron ocupándose de la mayor parte de los asuntos locales. El virrey de Karkemish resolvía los conflictos entre vasallos, mientras que el rey de Hatti recibía los tributos y llevaba a cabo acuerdos de importancia política y económica para todo el estado. Los tratados entre el señor hitita y los vasallos se expresaban como acuerdos personales entre dos hombres y se renovaban cada vez que un nuevo rey ascendía al trono. A partir de esta información podemos recuperar los nombres de los gobernantes locales, pero poco más sabemos de sus carreras políticas.

La división de Siria-Palestina entre Hatti y Egipto permaneció estable hasta comienzos de la Dinastía XIX en Egipto, cuando los reyes Seti I y Ramsés II intentaron extender su control hacia el norte. Muwatalli de Hatti frustró este intento en la batalla de Qadesh (1274) y quince años más tarde los dos estados cerraron un tratado de paz, probablemente por la presión de la expansión asiria en la zona norte de Siria. Egipto perdió el control del sur de Siria y del norte de Palestina, y Ramsés II construyó una línea de fortalezas próxima a la frontera egipcia, mientras que la administración hitita del norte se mantuvo siguiendo el mismo patrón anterior.

Documento 8.2. EXTRACTOS DEL TRATADO ENTRE TUDHALIYA IV DE HATTI Y SHAUSHGA-MUWA DE AMURRU

Casi todos los tratados de finales del segundo milenio que se nos han conservado provienen de Hattusa, capital de los hititas. Estipulan las interacciones entre el señor hitita y sus vasallos y obviamente se centran en la obediencia,

pero también garantizan a cambio protección. En su competición con los otros grandes estados, a Hatti le resultaba crucial que sus vasallos no asumieran políticas exteriores independientes, y los tratados especifican qué potencias son amistosas y cuáles no. En este caso, Hatti estaba en buenas relaciones con Egipto y Babilonia, pero en guerra con Asiria. Por lo tanto el rey de Amurru tenía que prohibir la presencia de mercaderes asirios en su territorio y reunir tropas para apoyar la guerra de Tudhaliya contra Asiria. Resulta de especial interés en este tratado que originalmente Ahhiyawa fuese listada como igual a Hatti y que luego el nombre fuese borrado de la tablilla.

[Así dice Tabarna, Tudhalilya], Gray Rey, [rey de] Hatti, héroe, amado de la diosa del Sol de Arinna, [hijo de Hattusili, Gran Rey, rey de] Hatti, héroe, [nieto de] Mursili, Gran [Rey], rey de Hatti, héroe, [descendiente de] Tudhaliya, [Gran Rey, rey de] Hatti, héroe:

Yo, mi Sol, [te he tomado a ti], Shaushga-muwa, [de la mano] y te he hecho mi cuñado. Y tú [no cambiarás las palabras] del tratado de esta tablilla.

Cuando [el rey] de Egipto sea [amigo] de mi Sol, también será tu amigo. [Pero] cuando sea enemigo de mi Sol, también será [tu enemigo], Y los reyes iguales a mí en rango son el rey de Egipto, el rey de Babilonia, el rey de Asiría y el rey de Ahhiyawa[29]. Cuando el rey de Egipto sea amigo de mi Sol, también será tu amigo. Pero cuando sea enemigo de mi Sol, también será tu enemigo. Cuando el rey de Babilonia sea amigo de mi Sol, también será tu amigo. Pero cuando sea enemigo de mi Sol, también será tu enemigo. Puesto que el rey de Asiria es enemigo de mi Sol, también será tu enemigo. Tu mercader no irá a Asiria y no dejarás que su mercader entre en tu país. No pasará por tu país. Si entrara a tu país, cógelo y envíamelo a mi Sol. Este asunto te [emplaza] bajo juramento.

Puesto que yo, mi Sol, estoy en guerra con el rey de Asiria, reúne un ejército y una unidad de carros, como ha hecho mi Sol. Igual que es asunto urgente para mi Sol y... será para ti asunto urgente y... Reúne un ejército y una unidad de carros. Este asunto te emplaza bajo juramento.

No le llegará (al rey de Asiria) barco alguno de Ahhiyawa.

Traducción según Beckman, 1999: 103-108.

Amurru, un reino que se extendía desde la costa mediterránea en el norte de lo que hoy es Líbano hasta la llanura de Homs en el interior de Siria, puede servir de ejemplo de cómo los estados de Siria-Palestina interactuaban con sus poderosos vecinos (para una lista real, véase la sección 12 de las Listas de Reyes al final del libro). Conocemos su historia únicamente por textos de fuera del estado, en los registros de Hatti, Egipto y Ugarit. Inicialmente, Amurru pertenecía a la esfera de influencia egipcia, probablemente como resultado de las campañas de Tutmosis III (reinó 1390-1352) y aparece en la correspondencia de Amarna de manera destacada. Las cartas más antiguas de ese archivo revelan que un hombre llamado Abdi-Ashirta se hizo con el control de varias ciudades-estado y que incluso llegó a controlar Sumur, el centro administrativo egipcio de la región. Quería obtener reconocimiento como vasallo egipcio, pero pudo haber sido demasiado ambicioso y los egipcios sospechaban de sus razones. Su muerte, quizá un asesinato por uno de sus propios cortesanos, puso fin a sus logros en torno a 1345. Varios de sus hijos (tres o cuatro) se hicieron con el control del gobierno de Amurru y especialmente uno de ellos, Aziru, luchó duramente para convertirla en la potencia dominante de Siria central. También él capturó Sumur, lo que hizo que el faraón le ordenase venir a Egipto. Al llegar, fue nombrado oficialmente vasallo de Egipto y rey de Amurru —probablemente Egipto prácticamente no tuviera elección en la materia —. Su visita coincidió con el inicio de la expansión de Hatti en Siria bajo Suppiluliuma I y volvió a casa para hacer frente a la amenaza en defensa de Egipto. Pero Aziru se dio cuenta de que Hatti era más poderoso y

firmó un tratado con Suppiluliuma. Sus vecinos se quejaron intensamente al faraón de que amenazaba su independencia y los animaba a traicionar a Egipto. Rib-Adda de Biblos en particular escribió numerosas cartas en las que acusaba a Aziru de intentar derrocarlo. No sabemos cuánto había de cierto en esas alegaciones. Rib-Adda ciertamente usaba la hipérbole, pero cuando la corte egipcia convocó a Aziru para dar explicaciones, rechazó volver. Amurru estaba ahora bien asentada en el bando hitita y estableció sus fronteras con otros vasallos hititas como Ugarit mediante tratados.

El segundo sucesor de Aziru, Tuppi-Teshub, renovó el tratado con el rey de Hatti Mursili II, al que preocupaba especialmente la vigorosa expansión egipcia en Siria bajo los primeros gobernantes de la Dinastía XIX. Pero el siguiente gobernante de Amurru, Benteshina, pensó que podría sacar provecho a los éxitos militares de Egipto y abandonó Hatti. Tras la batalla de Qadesh, Muwatalli II atacó en represalia, derrotó a Benteshina y lo deportó a Hatti, donde lo puso al cuidado de su hermano que gobernaría posteriormente como Hattusili III. Muwatalli II puso a un tal Shapili en el trono de Amurru, que fue un vasallo fiable durante quince años. Pero los cambios políticos en Hatti también tuvieron repercusiones en la política de Amurru: cuando Hattusili III se hizo con el poder, reinstauró a Benteshina como rey de Amurru. Los dos reyes firmaron un tratado y confirmaron su alianza mediante un matrimonio doble: Benteshina con la hija de Hattusili y la hija de Benteshina con el hijo de Hattusili. Benteshina permaneció fiel y su hijo Shaushgamuwa a su vez cerró un tratado con Tudhaliya IV, su cuñado y tío (documento 8.2). El tratado estipulaba que Amurru tenía que seguir la dirección de Hatti en relaciones internacionales. Su actitud hacia Egipto y Babilonia debía depender

de la de Hatti, mientras que Shaushga-muwa tenía que aportar tropas a Hatti en su guerra contra Asiria. Además, se le impedía enviar mercaderes a Asiria, tenía que arrestar y extraditar a los mercaderes asirios e interceptar a los comerciantes en el itinerario de Asiria a Ahhiyawa. Los últimos informes sobre Amurru provienen de Ugarit y tratan del divorcio de su gobernante Ammistamru II de la hija de Benteshina. El asunto preocupó al rey de Hatti lo suficiente como para hacerle intervenir.

La historia de Amurru ejemplifica lo dependientes que eran los estados de Siria-Palestina de sus poderosos vecinos. Tenían que someterse a las realidades políticas y militares de los tiempos, y cambiaban de bando entre Mitanni, Hatti y Egipto según cambiaban las fortunas de estas potencias en la región. Los tratados hititas muestran como los acuerdos diplomáticos se expresaban en términos personales y tenían que reafirmarse cada vez que uno de los gobernantes cambiaba. La supremacía de los grandes estados era evidente, pero también resulta claro que a menudo tenían que limitarse a apoyar situaciones creadas por los propios gobernantes locales.

La región de Siria-Palestina ilustra de una forma muy clara la tensión que existía entre el lujoso estilo de vida de una pequeña élite y la situación empobrecida de la masa de la población. Había menos ciudades en la región que en la época anterior, pero las que quedaban eran más ricas que nunca. Una ciudad como Ugarit tenía varios palacios, grandes residencias y templos. La región era famosa por su artesanía: las pinturas funerarias de tumbas egipcias muestran a menudo a portadores de tributo sirios transportando elaboradas manufacturas, como muebles, recipientes, ornamentos y demás. La producción artística era de una calidad muy

elevada, como documentan los hallazgos arqueológicos: por toda la región aparecen objetos de artesanía en oro, plata y marfil. Los textos atestiguan la existencia de gremios de artesanos, como joyeros, escribas, constructores, etc., y muestran un alto nivel de especialización del trabajo en las ciudades.

El sistema colapsó en torno a 1200 en un proceso que llevó varios años. Muchas ciudades fueron saqueadas no por los ejércitos regulares del pasado, sino por recién llegados a escena. Las fechas de los acontecimientos no son fáciles de determinar. A partir de las dataciones de radiocarbono los arqueólogos proponen que el puerto sirio de Gíbala fue destruido entre 1192 y 1190; la correspondencia de Ugarit con Egipto muestra que esta ciudad seguía existiendo en 1191 y parece haber desaparecido entre 1190 y 1185; Emar, tierra adentro en el Éufrates, dejó de existir en 1185 o poco después. Los documentos muestran que en sus últimos años Ugarit sufrió muchos problemas, incluidos ataques por saqueadores marinos, y las invasiones de los Pueblos del Mar narradas en fuentes egipcias fueron ciertamente en parte responsables de los trastornos generalizados. Otras ciudades, sin embargo, sobrevivieron, aunque en un nivel mucho más pobre, y toda Siria-Palestina se sumió en una oscuridad histórica que duraría varios siglos.

Grupos de hombres bien entrenados fueron responsables también de la composición y la conservación de la literatura de la región. Estas obras son los únicos vestigios extensos de literatura de la zona de Siria-Palestina en la historia del Próximo Oriente antiguo, con excepción de la posterior Biblia hebrea, y, junto con ciertos restos materiales, nos dan una visión de las ideologías religiosas de la época. Ugarit aporta la mayor selección de textos, pero ciudades como

Emar también han suministrado material literario. En Ugarit los escribas compusieron una serie de textos acerca del panteón divino nativo. El dios de la tormenta Baal, una divinidad muy importante en Siria, era el personaje principal de un ciclo de mitos que describen cómo derrotó a las fuerzas del caos y alcanzó la soberanía sobre los dioses. Los actores humanos también eran importantes, no tanto como grandes guerreros, sino como ancestros de reyes actuales. Los cuentos de los reyes míticos Aqhat y Keret narran sus dificultades a la hora de engendrar hijos y la intervención de los dioses al respecto. Los textos no tratan sólo de la creación de una dinastía, sino también del culto a los ancestros, de gran importancia también en textos rituales. Los relatos ugaríticos nos dan el registro más extenso de lo que a menudo se denomina literatura cananea, las tradiciones literarias y religiosas del oeste de Siria y Palestina en el segundo milenio. Estos textos fueron escritos en lengua ugarítica y usando el alfabeto cuneiforme de esa ciudad, sistema relativamente fácil de leer con su reducido número de caracteres (figura 10.3). Pero los escribas también sabían escribir en acadio, hurrita e hitita usando el silabario cuneiforme babilonio. Eran instruidos para ello del mismo modo que los estudiantes del antiguo babilonio, utilizando una serie de instrumentos de dificultad creciente: listas de signos y textos léxicos, a los que a veces se añadían columnas de traducción al ugarítico y al hurrita. Completaban su aprendizaje mediante el copiado de textos literarios. Esta instrucción tenía lugar en las casas de escribas de éxito y a menudo las obras se firmaban, por lo que conocemos el nombre del escritor. Aunque la literatura muestra un fuerte influjo babilonio, está claro que la presencia egipcia en la región también tuvo sus efectos culturales en las artes visuales. Las imágenes de

los dioses locales, por ejemplo, aparecen llevando coronas egipcias.

Las ciudades de Siria-Palestina eran abastecidas por *hinterlands* relativamente reducidas y poblaciones escasas. Su número es difícil de estimar, pero los registros de Ugarit, por ejemplo, sugieren que una población rural de entre 20 000 y 25 000 personas en unas 150 aldeas tenía que abastecer a una población urbana de entre 6000 y 8000 personas. Había por tanto escasez de mano de obra y las políticas de palacio exacerbaban esa situación. Distinguían entre los hombres que empleaban directamente, la «gente del rey», y los que eran teóricamente independientes, los «hijos de Ugarit». Los primeros incluían las élites urbanas, que recibían manutención completa de palacio, una mezcla de pagos y tierras para la agricultura, a veces aldeas enteras. Aunque estas élites en origen sólo disfrutaban de sus propiedades durante el tiempo que desempeñaban sus servicios, algunos pudieron dárselas en herencia a sus hijos y administrarlas prácticamente como una propiedad privada. Aunque probablemente hubiera suficiente tierra disponible, no sucedía lo mismo con la mano de obra y los aldeanos independientes eran alistados al endeudarlos con los residentes urbanos. Estaban obligados a pagar impuestos y levas de trabajadores, pero a causa de su número limitado las demandas eran a menudo excesivas. Para poder satisfacer los impuestos, tenían que pedir préstamos y los contratos de la época a menudo incluyen la cláusula de que a cambio debían prestar servicios. Esto reducía su capacidad de trabajar en sus propios campos y llevaba a una mayor dependencia de los residentes urbanos. Hasta los reyes reclutaban mano de obra de esta forma y no abolían las deudas como había

sido habitual a principios del segundo milenio. La esclavitud por deudas se disparó en esta época.

La única vía de escape que tenían los trabajadores era huir de la tierra y parecen haberlo hecho en gran número. Por toda la zona de Siria-Palestina había una creciente presencia de hombres y mujeres que habían roto sus lazos con sus comunidades políticas y sociales y se unían a grupos de proscritos fuera del alcance de los estados. Vivían en zonas inaccesibles en las estepas y montañas. Los residentes urbanos cuyos textos podemos leer los miraban con desprecio y miedo y los englobaban bajo el término despectivo *habiru*, que puede traducirse como «bandido» o «vagabundo». Todos los estados del Próximo Oriente de este período hacen referencia a ellos. Los *habiru* no eran un grupo étnico o tribal, sino social, compuesto de personas que habían huido de sus estados y comunidades. La actitud de los estados hacia ellos era firmemente hostil y las Cartas de Amarna, por ejemplo, los retratan como una gran amenaza a la estabilidad de la región. Aunque haya aquí cierto nivel de prejuicio urbano, estas descripciones no eran pura retórica. Las relaciones entre los *habiru* y los estados eran de antagonismo, y tenían lugar frecuentes saqueos de aldeas y ciudades. Por otro lado, los estados tenían que acudir a los *habiru* para conseguir mano de obra, y aparecen en los registros como mercenarios y trabajadores, capaces ahora tal vez de hacerlo en sus propios términos. Los intercambios diplomáticos entre estados a menudo discuten este asunto: había que devolver a los refugiados y Hattusili III, por ejemplo, declaró que no aceptaría a ninguna persona de Ugarit como *habiru* en Hatti. La discrepancia entre las altas exigencias de las élites urbanas y lo limitado de la oferta de mano de obra era tan grande, sin embargo, que las tensiones resultantes pro-

bablemente causasen el derrumbe del sistema palaciego que caracterizó la región de Siria-Palestina en la segunda mitad del segundo milenio.

Debate 8.1. ¿QUIÉNES ERAN LOS *HABIRU*?

Cuando se conocieron por primera vez las Cartas de Amarna en la década de 1880, los expertos pronto se dieron cuenta de las repetidas referencias a un pueblo de la zona de Siria-Palestina denominado *habiru*. Con el tiempo, la evidencia acerca de ellos aumentó considerablemente: el nombre aparecía en registros de finales del segundo milenio en Alalakh, Nuzi, Hattusa, Ugarit, Nippur, Babilonia y Egipto. Existen también referencias, aunque muchísimas menos, de períodos babilonios más antiguos (ver Bottéro, 1972-1975 para una lista completa). Con mucho los testimonios más abundantes están en cuneiforme babilonio, bien con escritura silábica *ha-bi-ru*, bien con los logogramas sumerios SA.GAZ; los escribas de Ugarit escribían ʿprm en su escritura alfabética, los egipcios ʿpr.w. Esta evidencia permite identificar distintas lecturas del mismo nombre: *habiru, hapiru* y *ʿapiru*.

¿Quiénes eran los *habiru* (uso esta ortografía para simplificar)? El nom-

bre en sí mismo trae a la mente casi inmediatamente el de otro pueblo de la región, los hebreos (‘*ibri*) de la Biblia. Ya en 1888 un experto sugirió esta ecuación. Abraham, llamado «el hebreo» en el libro del Génesis, podría haber sido un *habiru* del período de Amarna y la evidencia de este pueblo podría servir de complemento a las historias bíblicas sobre los inicios de la historia de Israel. Durante largo tiempo, la cuestión de si los *habiru* y los hebreos eran o no los mismos tuvo ocupados a expertos en Próximo Oriente y en Biblia, con debates filológicos, sociológicos e históricos. Congresos (*e.g.*, Bottéro, 1954), tesis doctorales *(e.g.*, Greenberg, 1955) y monografías *(e.g.*, Loretz, 1984) se ocuparon de la cuestión y gradualmente se estableció el consenso de que la ecuación era falsa (aunque algunos expertos siguen viendo una conexión, *e.g.*, Liverani, 2005a: 27; Milano, 2012: 275).

¿Qué quiere decir entonces el término? Los *habiru* no eran un pueblo claramente identificado. Nadie nacía *habiru*, sino que decidía convertirse en uno como muestra la historia de Idrimi. Venían de comunidades de toda Siria-Palestina y de más allá incluso: cuando los textos dan un lugar de ori-

gen, incluyen muchas ciudades y regiones (Von Dassow, 2008: 345) y sus nombres muestran que hablaban distintas lenguas, entre ellas, hurrita, lenguas semíticas y hasta egipcio. Eran «refugiados» que acabaron en tierras extranjeras (Liverani, 1965). Al contrario que los amorreos, por ejemplo, carecían de estructura tribal o de líderes claramente identificados. Eran temidos y los autores de las cartas sobre ellos siempre los acusaban de agresiones. Cuando escribían el nombre en sumerogramas, en lugar de un reflejo silábico usaban SA.GAZ, un término que significa 'ladrón' en otros contextos. Cuando un vasallo de Siria-Palestina quería que el faraón perdiese la confianza en uno de sus vecinos, lo acusaba de colaborar con los *habiru*.

Al mismo tiempo, sin embargo, estos mismos vasallos tenían *habiru* a su servicio y regularmente hay *habiru* que aparecen en los archivos como dependientes de palacio, frecuentemente como soldados. En una carta al rey de Damasco, el rey de Egipto le pedía un destacamento de *habiru* para estacionarlo en Nubia (Edzard, 1970: 55-56). Encontramos, pues, la misma contradicción que con otros grupos no urbanos: todas las representaciones de es-

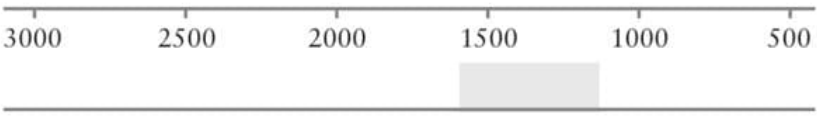
tos pueblos eran negativas, pero también eran considerados útiles en ciertas formas, especialmente como mercenarios. Pero los *habiru* no eran como los amorreos, por ejemplo, puesto que eran mucho más heterogéneos.

El consenso académico actual es que los *habiru* eran habitantes, sobre todo de la región de Siria-Palestina, que habían abandonado sus comunidades por presión política o financiera y formado bandas en áreas fuera del control del estado. En la región había muchas zonas inaccesibles donde los ejércitos regulares no podían funcionar, pero que grupos pequeños de elevada movilidad podían usar como base desde donde atacar comunidades sedentarias *(e.g.*, Rowton, 1965; Bottéro, 1981). Su ferocidad y falta de lazos los hacía ideales para ser mercenarios y hombres como Abdi-Ashirta de Amurru pueden haberse aprovechado de su descontento para sus propios objetivos políticos (Liverani, 2005a: 26-29). Constituían una molestia, pero como en cualquier situación que implicase guerra abundante, también aportaban hombres fácilmente disponibles al mejor postor. Y de acuerdo con ello también podían reintegrarse

en las sociedades urbanas y medrar en otras áreas de la vida.

9

CASITAS, ASIRIOS Y LLAMITAS



1595	Fin de la dinastía paleobabilonia
ca. 1475	Los casitas controlan Babilonia
*ca.*1400	Unificación de las tierras bajas de Susiana y las tierras altas de Anshan
*ca.*1350	Asiria surge como gran estado bajo Asur-uballit I
1305-1207	Continua expansión militar asiria
1225	Tukulti-Ninurta de Asiria saquea Babilonia
1155	Fin de la dinastía casita
*ca.*1110	Nabucodonosor I de Babilonia saquea Susa

La zona oriental del Próximo Oriente y Babilonia en especial habían sido el foco de los desarrollos políticos y culturales durante los siglos anteriores a 1500 y aportaban al historiador las fuentes de estudio más detalladas. La situación cambió en la segunda mitad del segundo milenio, cuando los términos políticos en los estados de esta zona se vieron integrados en el sistema mayor de todo el Próximo

Oriente como iguales a los del oeste y cuando hay mayor disponibilidad de fuentes en todo el Próximo Oriente. Al principio, Babilonia, Asiria y Elam fueron tal vez menos poderosos que sus vecinos occidentales (Hatti, Mitanni y Egipto), pero a partir de 1400 se convirtieron en potencias territoriales significativas, en un proceso de estrecha interacción mutua. Babilonia fue la primera en obtener estatus de gran reino y Asiria la siguió en torno a 1350. Elam, al este, sólo asumió un papel protagonista en el escenario internacional después de 1200, el momento de las grandes perturbaciones en el oeste. Los estados orientales sufrieron el colapso del sistema internacional y en torno a 1100 eran reinos débiles y aislados.

Mapa 9.1. Los estados medioasirio, casita y medioelamita.

9.1. BABILONIA

Del saqueo de Babilonia por los hititas en 1595 resultó un vacío de poder. Las antiguas estructuras políticas desaparecieron y buena parte de la población de Babilonia ya no vivía en ciudades. Un pueblo que usaba el nombre de casitas se aprovechó de la situación y se hizo con el trono de Babilonia tal vez poco después de su saqueo. La *Lista real de Babilonia A* del primer milenio sitúa a sus reyes entre las dinastías que gobernaron en sucesión desde la de Hammurabi hasta el comienzo de la dinastía neobabilonia (en 626 a.e.c.) y asigna a la dinastía casita el período más largo de gobierno: treinta y seis reyes que gobernaron quinientos setenta y seis años y nueve meses. Podemos fechar el fin de la dinastía en 1155. Si sumamos los años que da la lista real a esa fecha, su inicio quedaría ubicado en el siglo XVIII, cuando Samsuiluna controlaba Babilonia con seguridad. Queda claro entonces que en la lista real aparecen también los antepasados de los reyes casitas y que la fecha de su acceso al trono de Babilonia no nos es conocida. Cuando fuerzas externas acabaron con el gobierno casita en 1155, una dinastía que la *Lista real de Babilonia* indica como oriunda de Isin se hizo con el control de la tierra (para una lista de gobernantes, véase la sección 13 de las Listas de Reyes al final del libro). Sus gobernantes vieron como el país derivaba en un declive generalizado que duraría más de cien años. Los casitas eran inmigrantes recientes a Babilonia, diferenciados de la población más antigua, y hablaban una lengua sin relación lingüística con ninguna otra lengua que conozcamos. Hasta el siglo XIII todos sus reyes tenían nombres casitas y luego algunos asumieron nombres acadios. A pesar de la adhesión oficial al casita, esta lengua no ejerció mucha influencia en la cultura babilonia. No se ha encontrado nin-

gún texto entero escrito en esa lengua y sólo unas pocas palabras casitas aparecen en otros contextos. Existen dos listas de vocabulario acadio-casita que indican que la lengua casita tenía interés al menos en círculos académicos, pero estos eruditos no compusieron obras en casita. Igualmente, los casitas tenían su propio panteón, que fundamentalmente conocemos por la onomástica. Sus dioses no adquirieron relevancia en el culto de Babilonia, sin embargo. Los únicos dioses a los que se construyeron santuarios fueron las divinidades patronas del rey, Shuqamuna y Shumaliya. Tenían importancia en los rituales de coronación y una capilla en palacio. Pero por lo demás los reyes casitas honraban a los dioses babilonios antiguos como propios (figura 9.1). Como sucediera antes con los amorreos, los casitas obtuvieron poder político, pero no tuvieron un impacto cultural.

Sin embargo, pueden haber afectado sustancialmente a la estructura social de Babilonia. Los casitas se organizaban en unidades familiares y tribales, y seguían refiriéndose a esas unidades tras haber tomado el control de las ciudades. Identificaban a las personas como pertenecientes a la «casa de Fulano» (en acadio, *bit* + nombre de persona), nombrada a partir de un ancestro, que puede haber sido una persona real o un personaje ficticio. Los hombres eran «hijos» de ese ancestro. Estas casas incorporaban distintas aldeas y zonas agrícolas y se convertían en entidades administrativas. Cuando los casitas perdieron el control político, permanecieron en Babilonia y en las áreas circundantes, y mantuvieron su organización en casas con nombres casitas ancestrales. Siguieron siendo las unidades administrativas en ciertas zonas tras el fin de la dinastía, por lo que la influencia casita en la estructura social babilonia fue duradera. No sabemos cómo se relacionaban estas unidades con el poder del rey en

la capital. Los reyes de otros estados del Próximo Oriente se referían a sus colegas casitas como «reyes de la tierra de Karduniash», siendo lo último un término para Babilonia que puede haber sido casita en origen. En algunas fuentes asirías el gobernante babilonio era llamado «rey de los casitas». Esta dualidad probablemente refleje la realidad política. Los casitas tenían el poder político, pero seguían siendo lo suficientemente diferentes del resto de la población como para ser vistos como un grupo separado. Su falta de raíces en una sola ciudad facilitó el desarrollo de una ideología en la que gobernaban un estado territorial. En el período casita, la idea de la tierra de Babilonia arraigó sólidamente.

Figura 9.1. Estela casita de la diosa babilonia Lama. Aunque los casitas tenían su propio panteón, continuaron honrando a las divinidades babilonias de antiguo y les consagraban objetos cultuales tradicionales. La inscripción sumeria de esta estela afirma que un funcionario con nombre casita erigió la figura de la diosa Lama como ofrenda por la vida del rey Nazi-Maruttash y se la dedicó a la diosa Inanna. Se encontró una copia exacta de la estela con la misma inscripción en Uruk. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Donación de E. S. David, 1961 (61.12). Alabastro. Dimensiones: 83,82 × 30,48 × 20,32 cm.
Créditos: © 2014 The Metropolitan Museum of Art/Art Resource/Scala, Florencia.

La creación de este estado tuvo lugar en los siglos XVI y XV, extremadamente mal conocidos. Los textos de Tell Muhammed, a las afueras de la actual Bagdad, mencionan

los nombres de dos de los primeros reyes casitas en tablillas fechadas entre treinta y cuarenta años «después de que Babilonia volviera a poblarse», lo que sugiere que los casitas tomaron el control poco después del saqueo hitita de 1595. En torno a 1475, un casita llamado Ulamburiash se convirtió en señor del País del Mar y reemplazó a la «Dinastía del País del Mar» que había gobernado el sur de Babilonia quizá desde la desaparición del control por parte de la ciudad de Babilonia en el siglo XVIII. Recreó así la Babilonia unificada de los días de Hammurabi y en el siglo XIII sus sucesores habían extendido el control casita más allá de esas fronteras. La región de Diyala, al este del Tigris, estaba en sus manos y un gobernador casita residía en la isla de Dilmun (la actual Bahréin) en el golfo Pérsico. Así, Babilonia pertenecía por derecho a las grandes potencias de la época y de hecho sus vecinos la reconocían como tal. La correspondencia de Amarna de los reyes de Egipto contiene catorce cartas de o para Babilonia. Dos reyes consecutivos fueron quienes mantuvieron esa correspondencia: Kadashman-Enlil I (reinó entre 1374? y 1360) y Burnaburiash II (reinó entre 1359 y 1333). Sus cartas se ocupaban casi por entero de matrimonios diplomáticos y el intercambio de sustanciosos regalos de boda y dotes. Surgieron ciertos problemas políticos, de todos modos, que demuestran el cambio de relaciones de poder en Mesopotamia. Asur-uballit I de Asiria había establecido contacto con Egipto, lo que llevó a Burnaburiash a quejarse airadamente, diciendo que se trataba de un vasallo de Babilonia que no podía actuar independientemente en tales asuntos (ver capítulo 6).

La reivindicación babilonia de soberanía sobre Asiria era por entonces ciertamente nada realista, si es que alguna vez lo fue. Asur-uballit I (reinó entre 1363 y 1328) había hecho a

Asiría tan poderosa que Burnaburiash tomó a su hija como esposa principal. Cuando el rey de Babilonia murió, su hijo Kara-hardash heredó el trono, pero unos rebeldes lo asesinaron. Asur-uballit no se tomó bien el asesinato de su nieto e invadió Babilonia para poner a Kurigalzu II (reinó 1332 - 1308) en el trono. Era ya imposible dudar de la importancia de Asiria. Babilonia no vivió bajo dominio asirio, sin embargo. Continuó siendo uno de los grandes estados de la época y, como tal, otros reyes que necesitaban legitimar su propio gobierno cortejaban al rey de Babilonia. Así, vemos que Hattusili III de Hatti contactó a Kadashman-Enlil II (gobernó 1263-1255) cuando el segundo ascendió al trono, pidiendo una continuidad en las buenas relaciones.

Nuestra fuente principal para la historia socioeconómica del período es un archivo administrativo de considerables contenidos que fue excavado en Nippur y se dedica en su mayoría a los reinados entre Burnaburiash II y Kashtiliashu IV *(ca.* 1360-1225). Desgraciadamente, de unas 12 000 tablillas halladas tan sólo una octava parte ha sido publicada hasta la fecha. Muestran una administración muy centralizada bajo un gobernador que estaba a cargo de la provincia de Nippur. Dirigía una oficina agrícola que reunía cosechas y productos animales, a menudo en cantidades descomunales. Luego se redistribuían a dependientes institucionales como raciones, cuyas cantidades dependían del rango del receptor en la jerarquía. Los receptores incluían administradores, funcionarios cultuales, personal militar, y trabajadores. Aunque la posición de gobernador era secular, podía haber ostentado también el cargo de sumo sacerdote del patrón de Nippur, Enlil. El templo de este dios parece haber sido una de las instituciones más importantes de la región en la época y el control de sus bienes hacía que el gobernador

de Nippur fuera el segundo en rango, sólo por debajo del rey. El templo ofrecía a quien lo necesitara préstamos y anticipos, posiblemente a cambio de trabajo, lo que puede haber llevado a una situación de endeudamiento similar a la que encontramos en otros lugares del Próximo Oriente en esta época. Hay pocos textos de otras zonas del estado casita y el estudio de su economía y sociedad es difícil. Aunque el nivel de urbanización en la región era inferior al de la primera mitad del segundo milenio, hubo una considerable reconstrucción de ciudades. Los reyes casitas patrocinaban la actividad de construcción por toda Babilonia. Entre estos proyectos encontramos la construcción de una nueva capital, llamada Dur-Kurigalzu, «fortaleza del rey Kurigalzu», muy al norte de la zona de Babilonia. Tenía una extensión de unos cinco kilómetros e incluía un amplio palacio y un templo, con una torre elevada construida con una serie de plataformas de adobe (figura 9.2). Semejante torre es llamada zigurat en la academia actual, por el término acadio *ziqquratu*. El por otra parte apenas conocido Kurigalzu I construyó la ciudad a principios del siglo XIV, lo que muestra que por entonces la corte tenía ya capacidad de controlar por sí misma gran cantidad de recursos.

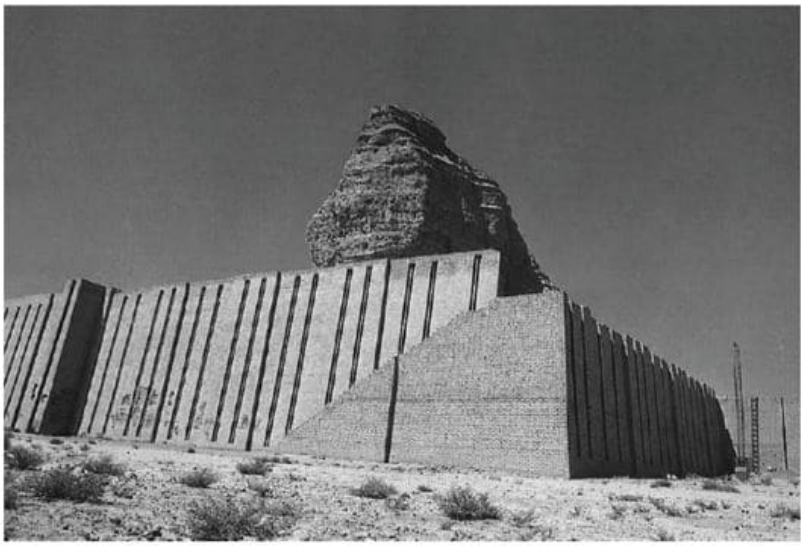


Figura 9.2. Restos del zigurat de Dur-Kurigalzu. El núcleo de la ciudad zigurat de Dur-Kurigalzu, cerca de la actual Bagdad, está relativamente bien conservado porque sus constructores colocaron capas de esteras de juncos empapadas en bitumen a intervalos regulares para drenar el agua de lluvia. Los restos alcanzan todavía los 57 metros de altura y tras la excavación los arqueólogos restauraron los niveles inferiores de esta torre-templo. Créditos: Marc van de Mieroop.

El fin de la dinastía fue resultado de la presión combinada de Asiria y Elam. Tukulti-Ninurta I (gobernó entre 1233 y 1197), continuando una expansión gradual de Asiria que había comenzado a principios del siglo XIII, invadió Babilonia y depuso a Kashtiliashu IV (gobernó entre 1232 y 1225), a quien llevó encadenado a Asur. El final del archivo de Nippur en este momento probablemente no sea una coincidencia. Tras asumir personalmente el gobierno de Babilonia durante un breve tiempo, Tukulti-Ninurta nombró una serie de gobernantes títere, que representaron los intereses de Asiria una década. La presión elamita y el triunfo de una rebelión babilonia devolvieron Babilonia al control casita, pero las depredaciones de Elam acabaron llevando al colapso de la dinastía casita en 1155. En textos literarios posteriores

la captura de la estatua de Marduk y su exilio a Susa simbolizaron el fin de ésta era. Los elamitas no asumieron el control de Babilonia; ese rol fue asumido por una dinastía no casita, a la que listas reales posteriores denominan Segunda dinastía de Isin. Su rey más famoso y enérgico fue Nabucodonosor I (gobernó entre 1125 y 1104), que se vengó de Elam, saqueó Susa y recuperó la estatua de Marduk. Su propio éxito duró poco, sin embargo, y poco después de su reinado Babilonia pasó a la oscuridad histórica. El declive de la región se achaca a menudo a la invasión de los arameos, pero ha de considerarse en el contexto más amplio del fin del sistema global en el Próximo Oriente de la época, que estudiaremos en el siguiente capítulo.

Una práctica de la dinastía casita que continuó durante el segundo período de Isin fue que el rey entregaba considerables cantidades de tierra a miembros de su familia, funcionarios, sacerdotes y personal militar. Estas concesiones eran registradas en estelas de piedra, decoradas con símbolos que representaban a los dioses e inscritas con una declaración en la que el rey exponía en detalle qué tierra era entregada a quién. Las piedras en sí eran denominadas con el término acadio *kudurru*, que también significa 'frontera'. Rara vez se dan las razones de esas concesiones, pero parecen haber sido recompensas a servicios especiales u ofrecidas en apoyo a un culto. Las áreas en cuestión podían ser muy extensas, de media lo suficientemente grandes como para alimentar a doscientas personas. A veces se incluía en la donación el trabajo de los aldeanos o las fincas quedaban exentas de impuestos. Estas propiedades se donaban en perpetuidad a miembros seleccionados de las élites, pero sólo para fines especiales, y parece cuestionable que las estelas documen-

ten las prácticas estándar de la propiedad de tierras de la época.

Aunque los casitas eran en origen extranjeros en Babilonia y mantuvieron su propia lengua, al menos en sus nombres, no ralentizaron el desarrollo de la cultura babilonia. Por el contrario, estos siglos fueron cruciales para la creación de un corpus literario babilonio en lengua acadia, una actividad que la corte casita patrocinó. Los escribas y autores no abandonaron el sumerio como lengua de cultura y de culto, y preservaron una parte del corpus literario del período paleobabilonio en esa lengua. Añadieron a varios de los textos una traducción acadia, puesta por escrito en un formato donde la versión acadia seguía cada línea sumeria. Además, usaron una forma un tanto artificial de sumerio para componer textos literarios y religiosos sumerios adicionales e inscripciones reales e inscribieron muchos sellos cilindricos de la época con oraciones en lengua sumeria. Está claro que una élite letrada llevaba la iniciativa en la preservación del sumerio como lengua de alta cultura.

Es en la literatura acadia donde podemos ver la mayor creatividad del período. Se desarrolló un dialecto literario, que los expertos modernos denominan babilonio estándar, muy inspirado por el acadio del período paleobabilonio. El babilonio estándar siguió siendo el dialecto literario de toda la historia de Mesopotamia restante, tanto en Babilonia como en Asiria y aunque los vernáculos ejercían cierta influencia, conservó una gramática y vocabulario particulares. Buena parte de la literatura de este período se conoce solamente por manuscritos del primer milenio, o bien de finales del segundo milenio de zonas fuera de Mesopotamia. Es evidente, sin embargo, que se compusieron en la Babilonia del segundo milenio y en el primer milenio se reconocía la im-

portancia de los escritores de este período. Los escribas de la Babilonia del primer milenio se agrupaban en «familias», cuyos ancestros epónimos tenían los nombres de Sinleqeunninni, Hunzu'u, Ekur-zakir y Ahhutu, y se ha sugerido que estás familias se remontan al período casita. Sin-leqeunninni recibió también la atribución de haber compuesto la versión de la *Epopeya de Gilgamesh* que se hizo estándar en el primer milenio. Estos hallazgos sugieren la importancia de la producción literaria del período casita, muy variada también en su naturaleza. Reflejan la cultura palaciega de la época y varios reyes son alabados en himnos por sus hechos cultuales y militares. Durante la Segunda dinastía de Isin, hay una sensación de que el individuo disfruta de menor seguridad que en el período paleobabilonio. El ser humano es presentado como víctima de los caprichos de los dioses, por ejemplo, en el *Poema del justo sufriente*. Es un monólogo donde el hablante describe cómo cayó de la fama y la fortuna a la desgracia, la miseria y la enfermedad. No hay explicación para ese sufrimiento, excepto que el dios Marduk lo haya infligido por razones desconocidas.

Los sucesos militares y cultuales inspiraron la composición de algunos textos literarios. En este período, la importancia del dios Marduk en el culto aumentó por toda Babilonia. Durante el festival de Año Nuevo, un ritual de renovación y regeneración, su estatua tenía que volver a ser introducida en la ciudad de Babilonia. La ausencia de la estatua, por lo tanto, tenía un efecto desastroso en el culto y su recuperación fue un notable logro. Distintos textos tratan este asunto: en uno de ellos, la llamada *Profecía de Marduk*, el dios narra cómo dejó Babilonia en tres ocasiones en esta época para ir a Hatti, Asur y Elam. Parecen ser referencia al saqueo de Babilonia por Mursili I, Tukulti-Ninurta I, y Ku-

tir-Nahhunte. Otro texto literario asigna la primera recuperación a un rey casita por lo demás desconocido, Agum, que pudo haber vivido en el siglo XVI. Uno de los sucesores de Tukult-Ninurta parece haber devuelto la estatua voluntariamente a mediados del siglo XII y Nabucodonosor I arrebató la estatua a los elamitas, hecho que fue aclamado repetidamente en la literatura. El logro de Nabucodonosor probablemente llevara a la composición de una de las obras más famosas de la poesía babilonia, el llamado *Poema de la Creación.* Describe cómo Marduk alcanza la realeza entre los dioses tras derrotar a las fuerzas del caos, personificadas por el mar, Tiamat. Luego, organiza el universo y construye la ciudad de Babilonia como residencia terrena de los dioses. El mito refleja por tanto una ideología en la que la ciudad mantenía una posición de importancia universal.

Y en verdad la cultura de Babilonia tuvo un impacto en todo el mundo del Próximo Oriente. En todas las cortes de la segunda mitad del segundo milenio se guardaban, copiaban e imitaban manuscritos de textos literarios y académicos babilonios. Así, el palacio de Hattusa, por ejemplo, poseía copias de textos léxicos, himnos, encantamientos y textos médicos, algunos de ellos en bilingüe sumerio y acadio. Aún más, se conservaron varias versiones de la *Epopeya de Gilgamesh:* una versión babilonia y traducciones al hitita y al hurrita; y había relatos de los reyes acadios antiguos Sarón y Naram-Sin en babilonio. En cortes más pequeñas encontramos la misma situación. En Emar en Siria, el corpus de textos babilonios incluye presagios y encantamientos, listas léxicas y fragmentos de la epopeya de Gilgamesh y de otras obras de literatura sumeria y acadia. Incluso en Egipto, con su propia tradición literaria bien diferenciada, se encontraron manuscritos de textos léxicos y literarios en

Amarna. Incluyen los mitos de Adapa y de Nergal y Ereshkigal, y una historia sobre Sargon de Acad. Eran la producción de unos escribas de palacio adiestrados para mantener la correspondencia en lengua babilonia entre las cortes. Aunque es posible que estos hombres viniesen en origen de la misma Babilonia, al menos en las cortes de mayor tamaño, los nativos aprendían a leer y escribir babilonio y transmitían ese saber a sus hijos. Los vestigios literarios tenían una función práctica para la instrucción de escribas, pero es muy posible que la familiaridad con estas obras fuera una forma de las élites de distinguirse del grueso de la población.

Es en este momento cuando la literatura asiria se vio plenamente inspirada por Babilonia y a partir de este período no habrá distinción clara entre ambas tradiciones. Este influjo fue en parte el resultado de la admiración por la literatura babilonia generalizada en todo el Próximo Oriente, pero las acciones políticas en ocasiones aceleraron este proceso de adopción. Tras el saqueo de Babilonia por Tukulti-Ninurta, por ejemplo, se llevó consigo como botín tablillas literarias y académicas, y así puede haber establecido las bases de una biblioteca real en Asiria llena de manuscritos babilonios. Esto influiría a los autores locales. Las composiciones literarias asirías de la época incluyen géneros desconocidos en Babilonia, como la epopeya real, pero en estilo y lengua seguían el dialecto babilonio estándar.

Las imitaciones locales de los textos babilonios no siempre tenían éxito. Por ejemplo, en Elam se tallaron sellos cilíndricos al estilo casita con inscripciones en sumerio o acadio. La ignorancia de estas lenguas por parte del tallador hizo que se escribiesen líneas incompletas.

Aunque la influencia babilonia fue intensa en todas partes, no reemplazó las tradiciones culturales y literarias locales. Así, por ejemplo, en Ugarit literaturas en ugarítico y en hurrita coexistieron con la babilonia.

El patrocinio de la cultura literaria venía de los palacios. El que la literatura babilonia fuera conocida por todas partes de la región indica la fuerza de la cultura palaciega en este período. En su cuna cultural, Babilonia, esta creatividad fue apoyada por una dinastía extranjera, la casita, a la que se puede reconocer haber dado a la región su era de estabilidad más prolongada.

9.2. ASIRIA

Los propios asirios presentaban su historia como una larga sucesión de reyes — desde un remoto pasado presedentario hasta finales del siglo VII— que gobernaron la ciudad de Asur. El poder real pasó de una familia a otra en muchas ocasiones, pero no podemos, sobre esta base, dividir la historia en una secuencia de dinastías como hacemos en otros reinos del Próximo Oriente. En lugar de ello, los historiadores actuales usan una división tripartita vagamente definida en períodos antiguo, medio y neoasirios, que corresponden a períodos de relativa riqueza textual, reflejando cada uno de ellos una fase de la lengua asiria. La segunda mitad del segundo milenio es a menudo llamada período medioasirio.

La historia de estos siglos se escribe a menudo haciendo particular hincapié en reyes individuales de gran actividad y éxitos militares. Entre los siglos XIV y XI Asiria fue capaz de transformarse de pequeño estado en torno a la ciudad de Asur en un estado territorial de considerable tamaño y protagonista en asuntos regionales. Nuestras fuentes, en su mayor parte anales reales (recuadro 9.1) presentan este logro como resultado de continuas campañas militares. Este

prejuicio se refleja en nuestras obras de historia modernas, pero no deberíamos ignorar los medios diplomáticos con los que Asiria alcanzó su estatus en el teatro internacional, ciertamente respaldados por su poder militar.

El primer gobernante de importancia de este período fue Asur-uballit I (1353 - 1318). Pudo establecer un firme control sobre el corazón de Asiria, esto es, el valle del Tigris y las llanuras al este, de la ciudad de Asur a los montes del Tauro al norte. Previamente, Asiria nunca había sido más que una ciudad-estado, la ciudad de Asur y su *hinterland*, y en el siglo XV la Mitanni del norte de Siria probablemente ejercía dominio sobre ella. Nuzi, al este de Asur, estaba ciertamente bajo el poder de Mitanni y probablemente el rey de Asur fuese también un vasallo. Cuando los hititas atacaron el reino de Mitanni desde el oeste, Asur-uballit consiguió anexionarse sus territorios orientales. Se estableció como una figura de importancia internacional. Se encontraron en Amarna dos cartas que escribió al rey de Egipto, donde pretendía obtener un estatus al menos igual al del rey de Mitanni. Esta maniobra diplomática con Egipto suscitó una reacción airada por parte de Burnaburiash II, que instó a su colega egipcio a considerar Asiria vasallo de Babilonia. Pero la importancia de Asiria no podía ser negada y el propio rey de Babilonia se casó con una princesa asiria, Muballitat-sherua. Cuando su hijo Kara-hardash fue asesinado en una revuelta, Asur-uballit intervino, depuso al aspirante casita al trono y lo reemplazó por Kurigalzu II.

Recuadro 9.1. ANALES REALES DE ASIRIA

A finales del período medioasirio, durante el reinado de Tiglatpileser I (1114-1076), apareció un nuevo género

de inscripción real que aporta relatos de acontecimientos militares con una organización cronológica de gran detalle: los anales reales. Relatos de este tipo se hicieron cada vez más numerosos y elaborados y a finales del período asirio el corpus legado por cada gobernante concreto era extenso. Los anales describen año por año dónde realizó campañas el rey, qué lugares conquistó y qué botín se trajo. Aunque hay textos de anales que describen un único año, la mayoría incluyen varios años hasta el momento de la composición del texto. Cada año se identificaba con una campaña. Versiones de la misma campaña escritas en momentos diferentes a menudo dan relatos distintos de lo sucedido. Esto podría ser una abreviatura del informe original, puesto que se da más importancia y detalles a lo que sucedía justo antes del momento de la composición. Pero también podría tratarse de una reescritura de episodios para reflejar cambios en la situación política. Por ejemplo, el rey Senaquerib (reinó entre 704 y 681) tuvo grandes dificultades con Babilonia y realizó allí repetidas campañas para establecer un gobierno que le fuese leal. Una solución que probó fue poner en el trono a un

hombre local, Bel-ibni, y en los primeros relatos de anales así lo afirmaba. Pero la solución no funcionó y a los tres años Bel-ibni tuvo que ser reemplazado por un príncipe asirio. Los anales escritos tras esa fecha no mencionaban a Bel-ibni, aun cuando hablaban del gobierno de Babilonia, pues el sujeto ya no tenía relevancia alguna. Si bien los anales puedan parecemos factuales, aunque con grandes subjetividades, han de usarse como fuentes históricas de una manera crítica.

Muchos de los textos de anales eran parte de inscripciones monumentales en edificios y se estructuraban en tres secciones principales: títulos y genealogía del rey; relato año por año de sus acciones militares hasta el momento de la composición; y descripción del proyecto de construcción emprendido en ese momento. Como resultado, aportan un marco cronológico para las actividades de construcción. A menudo se escribían en arcilla, en tablillas, tambores y cilindros, y se solían enterrar en depósitos fundacionales o se esculpían en relieves de piedra o estelas. Estos objetos se fabricaban a menudo con esmero (figura 9.3). El foco en la guerra de los anales y la

abundancia de detalles sobre las campañas ha llevado a la situación de que las reconstrucciones modernas de la historia de Asiria son fundamentalmente militares. No deberíamos concluir a partir de ellas que los asirios eran más militaristas en su actitud que sus vecinos, cuyas inscripciones no presentan el mismo énfasis.

Figura 9.3. Prisma octogonal con inscripción dedicatoria de Tiglat Pileser I, de Asur. Este prisma octogonal es un excelente ejemplo de lo elaboradas que podían ser las inscripciones monumentales en Asiria y del esmero en la elaboración de los objetos. Es el primer ejemplo conservado de anales que daban un relato año por año de las campañas militares en el reinado de un rey hasta la fecha de composición del texto, en este caso el quinto año de Tiglatpileser. El texto es conocido por numerosos prismas octogonales y fragmentos que se

La muerte de Asur-uballit causó un retroceso temporal en la dimensión internacional de Asiria, pero poco después tres

reyes de dilatas vidas, cuyos reinados cubren casi un siglo entero, convirtieron el país en una gran potencia: Adad-nirari I (1295-1264), Salmanasar I (1263-1234) y Tukulti-Ninurta I (1233 - 1197). El foco principal de su actividad militar fue el oeste, donde poco a poco transformaron la zona del antiguo estado de Mitanni al este del Éufrates en territorio controlado directamente por Asiria. Al principio, el rey de lo que los asirios llamaban Hanigalbat se convirtió en vasallo. Pero cuando se rebeló, Salmanasar I ocupó las zonas oriental y meridional de su estado y erigió fortalezas y centros administrativos. Una rebelión posterior en zonas del norte y el oeste llevó a Tukulti-Ninurta I a anexionarse la totalidad del norte de Siria al este del Éufrates, donde hizo frente a los hititas, que seguían controlando la Siria occidental. Los dos estados tuvieron una relación conflictiva. Al principio, Tukulti-Ninurta ofreció la paz a su colega Tudhaliya IV, pero al mismo tiempo se preparó para invadir la Anatolia oriental y derrotó a un ejército hitita venido a hacerle frente. También inició maniobras diplomáticas con algunos vasallos hititas en Siria occidental y cruzó el Éufrates al menos en una ocasión. Afirmaba haber «desarraigado a 28 000 hititas», pero no se anexionó ningún territorio.

La aceptación diplomática de Asiria en la liga de los grandes estados fue lenta. Después de que Adad-nirari estableciese un control *de facto* sobre el área de Mitanni, escribió al rey de Hatti llamándolo hermano. El gobernante hitita respondió con grosería: «¿Por qué razón debería escribirte yo de hermandad? ¿Acaso nacimos tú y yo de una misma madre[30]?». Poco después, la realidad de que los reyes asirios estaban entre los grandes gobernantes ya no podía negarse. Sucesivos reyes hititas llevaron a cabo intercambios diplomáticos con Adad-nirari I y Salmanasar I. Usaron tanto

acercamientos amistosos como amenazas, pero probablemente quisieran evitar un conflicto abierto. A veces ambos países estaban oficialmente en guerra. Cuando Tudhaliya IV a finales del siglo XIII cerró un tratado con Shaushga-muwa de Amurru, pidió tropas de apoyo contra Asiria a su vasallo. Como vimos, el tratado también buscaba restringir el acceso comercial de Asiria al Mediterráneo, prohibiendo a Amurru tratar con mercaderes asirios (documento 8.2).

La administración asiria de los territorios occidentales se centraba en torno a asentamientos ubicados en localizaciones estratégicas y conectados por canales y carreteras. Estas últimas a veces cruzaban la estepa y estaban dotadas de pozos a intervalos regulares. Los centros asirios probablemente se situaran en centros donde proteger rutas comerciales y controlar los distritos de su entorno. Los registros hallados en ellos documentan cómo los funcionarios asirios emplazados en ellos gestionaban sus asuntos sin dar mucha voz a las opiniones locales. No se intentó convertir a los sirios en asirios o adaptar las prácticas locales en modo alguno. La preocupación principal de los registros era la producción agrícola. Grupos de trabajadores cultivaban los campos y dependían directamente de la administración asiria, que los sustentaba con raciones. Salmanasar I introdujo un nuevo método de control de la población local: deportaba grupos enteros dentro de la misma Hanigalbat, con sus familias y propiedades. Tukulti-Ninurta I extendió esta práctica, deportando habitantes del norte de Siria a Asiria, donde eran puestos a trabajar en obras públicas y en la agricultura. Así, el norte de Siria se convirtió en una fuente importante de productos agrícolas y trabajadores para Asiría.

La expansión asiria en el siglo XIII no se limitó al oeste. Las campañas se extendieron a territorios al norte de Siria,

en Anatolia oriental, y la presión asiria puede haber movido a los habitantes de esa zona a constituir estados o federaciones. Los relatos comienzan a referirse a regiones como Nairi y Uruatri, donde se desarrollaría en el primer milenio el importante estado de Urartu. Las tribus de montaña del este, a las que los asirios seguían refiriéndose por sus nombres arcaicos, como guteos o de Subaru, eran también objetivo de campañas. Babilonia volvió a estar bajo contro asirio cuando Tukulti-Ninurta I venció a Kashtiliashu IV, un acontecimiento descrito en un largo poema épico. Asumió los títulos de «rey de Asiria y rey de Karduniash, rey de Sumer y Acad, rey de Sippar y Babilonia, rey de Dilmun y Meluhha, rey de los mares Superior e Inferior, rey de las tierras de las gentes de Subaru (y) los guteos, y rey de todas las tierras de Nairi[31]», asumiendo así el control de una gran extensión de territorio. Pero este período de fuerza acabó abruptamente con su asesinato y la consiguiente confusión en Asiria, que dio a los pueblos no sedentarios la oportunidad de obtener influencia política en el este de Anatolia y el norte de Siria. En Siria, los arameos tomaron el control de muchas ciudades. Dos reyes detuvieron temporalmente el declive de Asiria: Asur-resha-ishi (reinó entre 1132 y 1115) estabilizó la región a nivel interno y Tiglatpileser I (reinó entre 1114 y 1076) llevó a cabo agresivas campañas en todas direcciones. Al oeste, luchó con los arameos y los mushku y llegó al Mediterráneo. Al sur, saqueó Babilonia, que, sin embargo, pudo responder y capturar Ekallatum, cerca de Asur. Al norte, Tiglatpileser llegó a las costas del lago Van. Sus éxitos, sin embargo, fueron efímeros y en torno a 1050 Asiría se vio reducida a su núcleo, con los arameos controlando la mayoría del norte de Siria y grandes partes de Mesopotamia. Siguió un período de un siglo de oscuridad total.

Los éxitos militares aportaban los recursos económicos para la actividad de construcción en la propia Asiria. El proyecto de mayor envergadura fue la construcción por parte de Tukulti-Ninurta de una nueva capital, llamada Kar-Tukulti-Ninurta, enfrente de Asur en el Tigris. La construyó tras derrotar a Babilonia y usó para ello el botín de esa campaña. La ciudad fue fundada en suelo virgen y cubría un área enorme, unas 240 hectáreas o más. Su centro contenía una ciudad interior de masivos muros, con un templo al dios Asur y dos grandes palacios. Los documentos revelan que la mano de obra provino de deportados sirios. La vida de la ciudad como capital fue sin embargo breve. Tras el asesinato de Tukulti-Ninurta quedó relegada a un lugar de estatus secundario.

La sociedad medioasiria reflejaba en gran medida el militarismo del estado. En el corazón de Asiria, la corona poseía buena parte de la tierra de cultivo y la otorgaba como concesión a hombres y sus familias a cambio de su trabajo. Cuando alguien era llamado a prestar servicios, se decía que se unía al «ejército», aunque no todos los deberes fueran militares. Por ejemplo, la participación en proyectos de construcción también era requerida. A cambio, el estado daba campos que casi podían tratarse como una propiedad privada. Las parcelas se transmitían de padre a hijo y podían venderse a otra persona sin la interferencia de palacio. Pero cuando el tenedor fallaba en sus obligaciones o no tenía herederos, la tierra volvía a palacio, aunque hubiera sido vendida. Para cumplir con los requisitos de servicio, los propietarios podían emplear a un sustituto, que a menudo había contraído deudas con ellos. Como en otras sociedades del Próximo Oriente de la época, en Asiria el nivel de endeudamiento también era elevado y muchos de los contra-

tos conservados son préstamos avalados por el trabajo del deudor.

Entre los registros oficiales del período hay un grupo de tabillas que llamamos *Leyes medioasirias* y *Decretos de Palacio* (documento 9.1). Indican que las reglas sociales estaban reguladas de una manera muy estricta, especialmente en lo que se refiere a las mujeres, que dependían totalmente de sus maridos y padres para su sustento y sufrían duros castigos ante cualquier transgresión. Una esposa cuyo marido había sido capturado por un enemigo tenía que esperar dos años antes de poder volver a casarse. Mientras, su padre o hijos la mantenían y, si no estaban presentes, la comunidad. Si el primer marido volvía después de los dos años, tenía que volver a aceptarla, aunque los hijos del segundo marido permanecerían con su padre. El castigo por crímenes era a menudo la mutilación corporal. A una mujer que hubiera sido vista robando, su marido le cortaría las orejas o la víctima la nariz. El comportamiento público sufría un rígido control. Aunque las mujeres casadas podían salir solas de casa, tenían que cubrirse la cabeza; pero las mujeres solteras, las esclavas y las prostitutas tenían prohibido hacerlo. Una prostituta que se cubriese recibía veinte latigazos, se le quitaba la ropa y se le vertía pez ardiendo sobre la cabeza. Cualquiera que no comunicase dichas transgresiones también sería castigado severamente. Los *Decretos de Palacio medioasirios* regulaban el comportamiento en la corte y se dedicaban sobre todo a las mujeres. El acceso a las mujeres estaba controlado y se registraba a los extraños, probablemente para ver si estaban castrados. Si una mujer de palacio se reunía con un hombre sin acompañante, ambos serían ejecutados. Si un sirviente hablaba a una mujer de palacio con los hombros desnudos, recibiría cien latigazos. Las *Le-*

yes y los *Decretos de Palacio* reflejan una sociedad con reglas de conducta impuestas por la corte muy duras y estrictas. En la frontera oriental del mundo del Próximo Oriente de la segunda mitad del segundo milenio, el estado de Elam se desarrolló en las mismas líneas que sus grandes vecinos, aunque su rol en el sistema internacional mantuvo una importancia secundaria (para una lista de reyes, ver la sección 14 de las Listas de Reyes al final del libro). Tras la derrota de Elam por Hammurabi de Babilonia en el siglo XVIII, su anterior unidad política probablemente saltara en pedazos. Sólo pudo darse la vuelta a esta situación a partir de 1400 más o menos, pero ya desde 1500 los gobernantes de Susa se referían a sí mismos como «reyes de Anshan y Susa» en elamita. Después de 1400, las tierras bajas de la Susiana al oeste se unificaron con las tierras altas de Anshan, unos quinientos kilómetros al sureste, y la costa de golfo Pérsico, unos cuatrocientos kilómetros al sur. El estado elamita era así una gran entidad geográfica, que unía a poblaciones de entornos culturales diversos. Mesopotamia tenía mucha influencia en las tierras bajas occidentales, mientras que las tierras altas conservaban las tradiciones locales. Esta diferencia resulta clara en el uso de lenguas y en las prácticas religiosas. El acadio de Babilonia había sido usado en fases precedentes de la historia elamita y en ésta fue lengua oficial inicialmente. Después de 1400, la lengua elamita asumió ese papel. Igualmente, en la primera parte del período las divinidades mesopotámicas eran populares en Susa, aunque también se adoraba a dioses elamitas. A partir de 1400, los dioses elamitas acabaron dominando el culto oficial.

A la hora de escribir la historia de este período, dependemos fundamentalmente de inscripciones en edificios y sólo la presencia del nombre de un rey en distintos lugares nos

permite determinar la extensión de su estado. Además, las inscripciones a menudo aportan información genealógica, por lo que podemos reconstruir la secuencia de reyes con cierta seguridad, aunque los expertos siguen sin ponerse de acuerdo en algunos aspectos. Para fechar a cualquiera de estos gobernantes, dependemos de sincronías con Mesopotamia. Las fuentes babilonias a veces dan cuenta de choques militares con Elam y hay algunas cartas que tratan matrimonios dinásticos. En general, con todo, nuestro conocimiento de los hechos es vago.

Tres dinastías gobernaron sucesivamente Elam entre 1500 y 1100. De la primera, que gobernó hasta 1400, disponemos de menor cantidad de información. Todo lo que tenemos es una lista de los nombres de cinco gobernantes, sin su filiación, por lo que ni siquiera podemos saber si formaban una dinastía. Casi todos ellos llevaban el título de «rey de Susa y Anshan». Esto puede haber sido una ficción, de todos modos, porque no tenemos ninguna evidencia de su control fuera de la llanura de Susiana. Es incluso posible que también allí el poder del gobernante fuera limitado. El hecho mejor atestiguado de uno de ellos, Tepti-ahar, fue la construcción de un nuevo asentamiento, Kabnak (la actual Haft Tepe), a unos veinte kilómetros de Susa. Se ha propuesto que el traslado fuese obligado por la pérdida de control de Susa, pero no hay evidencias claras al respecto. En cualquier caso, si los primeros gobernantes medioelamitas tuvieron un dominio geográficamente extenso, no tuvieron la capacidad de dejar huella excepto en las tierras bajas occidentales.

Documento 9.1. SELECCIÓN DE LAS *LEYES MEDIOASIRIAS*

En contraste con el corpus unificado de leyes del Código de Hammurabi, las llamadas Leyes medioasiras *son una serie de tablillas cuneiformes (numeradas de la A a la O en los estudios modernos), cada una de las cuales presenta una colección de cláusulas legales. Sólo la tablilla A está bien conservada, las otras son fragmentarias en su mayor parte. Las* Leyes medioasirias A *se concentran en asuntos relativos a las mujeres como víctimas y actores principales en distintos contextos: herencia, agresión sexual, deudas, etc. Las cláusulas usan el mismo formato que las leyes de Hammurabi: «si... entonces», pero tienden a ser mucho más largas que las de códigos más antiguos. Aunque las colecciones datan del siglo XIV, sólo las conocemos gracias a copias del siglo XI.*

Tablilla A, párrafo 45

Si una mujer está casada y el enemigo captura a su marido y ella no tiene suegro ni hijo, esperará a su marido dos años. Si no tiene qué comer en esos dos años, se presentará y lo dirá. Si pertenece a una comunidad dependiente del palacio, su [¿padre?] la alimentará y ella trabajará para él. Si es esposa de un soldado de rango bajo, [...] la alimentará [y ella trabaja-

rá para él]. [Si es la esposa de un hombre cuyo] campo y [¿casa no pueden sustentarla?], se presentará y dirá a los jueces, «No tengo [nada que] comer». Los jueces interrogarán al alcalde y a los líderes de la ciudad, y de acuerdo con la tarifa en vigor de los campos allí le asignarán un campo y una casa para su sustento durante dos años y se lo otorgarán. Vivirá allí y escribirán una tablilla para registrarlo. Dejará pasar dos años y podría entonces ir y vivir con el esposo de su elección. Le escribirán una tablilla como si fuese una viuda. Si después su esposo desaparecido volviera al país, volverá a tomar a su esposa que se había casado fuera de la familia. No tendrá derechos sobre los hijos que haya tenido con el nuevo marido. Su nuevo marido se los llevará. En cuanto al campo y casa que había vendido por la totalidad de su precio fuera de la familia para su sustento, si no se ha convertido en propiedad real, él tendrá que pagar todo lo que se dio y recobrarlos. Si no vuelve y muere en el extranjero, el rey dará su campo y casa a quien quiera.

Tablilla A, párrafo 47

Si un hombre o una mujer es descubierto practicando hechicería y se es-

> tablecieran y probaran los cargos, matarán a quien hubiese practicado hechicería. Un hombre que oyera de boca de alguien que observase hechicería: «Yo mismo lo vi» irá y se lo dirá al rey. Si el testigo negase lo que le fue contado al rey, el testigo del rumor dirá frente al Buey divino, hijo del dios del sol: «De verdad me lo contó» y quedará limpio. En cuanto al testigo ocular que (primero) lo contó y luego lo negó, el rey lo interrogará como quiera y lo investigará. Un exorcista hará que el hombre hable cuando lo purifiquen y él mismo dirá: «Nadie te liberará del juramento que prestaste al rey y a su hijo. De acuerdo con la tablilla prestaste juramento al rey y a su hijo».
>
> Traducción según Roth, 1997: 170-73.

La formación del estado medioelamita fue obra de la segunda dinastía de este período, cuyo fundador fue Igi-halki. Mantuvo su dominio unos dos siglos. La sucesión de reyes era poco habitual en el período en tanto que el trono iba pasando entre los descendientes de dos hijos de Igi-halki. El primer sucesor, Pahir-ishshan, fue seguido por su hermano Attar-kittah, cuyo hijo y nieto lo sucedieron. Luego el trono volvió a dos hijos de Pahir-ishshan sucesivamente, a los que siguieron descendientes de Attar-kittah. Pudo haber fricción entre los dos brazos de la familia, como vimos en otros estados de la época, pero la situación no está clara. El control de

la dinastía sobre las tierras bajas está bien documentado por sus inscripciones de edificios, sin embargo, e incluía obras en Liyan, un puerto en el golfo Pérsico. Con mucho el mayor proyecto fue la construcción a finales del siglo XIV de una nueva ciudad a unos cuarenta kilómetros de Susa. Al-Untash-Napirisha, nombrada por su fundador, Untash-Napirisha. Su centro era un zigurat descomunal rodeado por un recinto interior con numerosos templos. Dentro de un segundo recinto, había más edificios de carácter secular. El zigurat estaba dedicado a Napirisha, el gran dios de Elam y a Inshushinak, la divinidad patrona de Susa. La construcción era ciertamente monumental: contenía millones de ladrillos, buena parte de los cuales fue cocida con grandes gastos de combustible. Un nivel de ladrillos cocidos de dos metros de espesor contenía el núcleo interno de adobes. Cada décimo nivel de la capa exterior tenía una fila de ladrillos escritos con una dedicatoria de Untash-Napirisha a Inshushinak. Dada la solidez de su construcción, se trata del zigurat mejor conservado de todo el Próximo Oriente. Muchos de los templos del recinto interior estaban consagrados a divinidades puramente elamitas, mientras que algunos de los otros honraban dioses mesopotámicos populares en Susa. Se prestaba, pues, una atención creciente a las costumbres elamitas. Otra maniobra de alejamiento de las influencias mesopotámicas fue el paso a la lengua elamita en los registros oficiales del estado. Con pocas excepciones, las inscripciones de edificios ya no se escribían en acadio. Al-Untash-Napirisha, como muchas de las otras ciudades de nueva fundación de la época, no sobrevivió a su creador como capital. Aunque no fue abandonada, tuvo un estatus secundario frente a Susa desde poco después de la muerte de Untash-Napirisha.

Los últimos gobernantes de esta dinastía se implicaron militarmente en Babilonia. Cuando este estado se hallaba bajo el control de Tukulti-Ninurta I de Asiria, que nombró una serie de gobernantes títere, Kidin-Hutran III atacó la región oriental del Tigris. Entró dos veces en Babilonia, la primera vez conquistando Nippur, la segunda atacando Isin. Poco después de que los casitas recobrasen el control de Babilonia a la muerte de Tukulti-Ninurta en 1197, Kidin-Hutran también murió y un cambio de dinastía tuvo lugar en Elam.

Documento 9.2. INSCRIPCIONES MEDIOELAMITAS

Cuando Shutruk-Nahhunte se llevó un gran número de monumentos de ciudades babilonias a Susa, inscribió en varios de ellos un texto en lengua elamita, que identificaba el patrón original del monumento y dónde lo capturó. Estas inscripciones se colocaban en puntos prominentes de los monumentos y mostraban claramente que pertenecían al rey elamita. Traducimos aquí tres de ellas.

1. En la estela de Naram-Sin, capturada en Sippar (figura 4.1)

Soy Shutruk-Nahhunte, hijo de Hallutush-Inshushinak, el amado sirviente del dios Inshushinak, rey de Anshan y Susa, que ha hecho crecer el reino, que cuida de la tierra de Elam, señor de la tierra de Elam. Cuando el dios Inshushinak me dio la orden, derroté a Sippar. Tomé la estela de Naram-Sin y me la llevé, trayéndola a la tierra de Elam. Para Inshushinak, mi dios, la erigí como ofrenda.

2. En una estatua de Manishtushu, capturada en Acad

Soy Shutruk-Nahhunte, hijo de Hallutush-Inshushinak, el amado sirviente del dios Inshushinak, rey de Anshan y Susa, que ha hecho crecer el reino, que cuida de la tierra de Elam, señor de la tierra de Elam. Cuando el dios Inshushinak me dio la orden, derroté a Acad. Tomé la estatua de Manishtushu y me la llevé a la tierra de Elam.

3. En una estatua de Manishtushu, capturada en Eshnunna

> Soy Shutruk-Nahhunte, hijo de Hallutush-Inshushinak, rey de Anshan y Susa. Cuando el dios Inshushinak me dio la orden, derroté a Eshnunna. Tomé la estatua de Manishtushu y me la llevé a la tierra de Elam.
>
> Traducción según König, 1965: 76-77.

Los detalles de este cambio no nos son conocidos. Las inscripciones de edificios en la Susa de principios del siglo XII hablan de las actividades de un tal Shutruk-Nahhunte, hijo de Hallutush-Inshushinak y podemos documentar que sus descendientes gobernaron Elam durante lo que restaba de siglo. Shutruk-Nahhunte estaba casado con la hija mayor del casita Meli-Shipak (gobernó entre 1186 y 1172), pero las relaciones con Babilonia se tornaron extremadamente tensas. En 1158, Shutruk-Nahhunte invadió Babilonia, saqueó sus ciudades —700 según una inscripción elamita— y apartó del trono al rey casita. Trajo consigo una enorme cantidad de botín de todas las ciudades importantes, incluidos algunos de los monumentos más famosos de la antigua Babilonia, como la estela de Naram-Sin y el código legal de Hammurabi. En varios de estos monumentos Shutruk-Nahhunte inscribió un texto elamita donde conmemoraba su captura, identificaba dónde los consiguió y afirmaba que se los ofrecía al dios Inshushinak (documento 9.2). Esto explica por qué se han hallado tantos monumentos babilonios en Susa. El rey también juntó monumentos de otras ciudades elamitas, incluida Al-Untash-Napirisha y los radicó en Susa.

Debate 9.1. ¿POR QUÉ SE LLEVÓ SHUTRUK-NAHHUNTE MONUMENTOS BABILONIOS A SUSA?

Una de las grandes sorpresas de las excavaciones francesas en Susa en el oeste de Irán en torno a 1900 fue que sacaron a la luz un gran grupo de monumentos que claramente habían sido fabricados en Babilonia. Incluían obras muy famosas que hemos mencionado antes, como la estela de Naram-Sin y el Código de Hammurabi, pero el grupo era mucho mayor (ver Potts, 1999: 235 para una lista). Incluía monumentos que entonces tenían más de mil años de antigüedad, pero también hitos *kudurru* recientes. Todos ellos eran monumentos pesados de piedra y no habrían sido fáciles de transportar. Algunos de ellos eran especialmente masivos, como la estela de Hammurabi de 225 cm de altura, la estatua de tamaño natural de Manishtushu, y una estatua sedente de 89 por 52 cm, todas de piedra maciza (figura 6.2 y Harper, 1992: 165 y 173 para imágenes). No todos ellos tenían inscripciones, pero los que las tenían indican que Shutruk-Nahhunte se los llevó de distintas ciudades de Babilonia *(e.g.*, Sippar, Acad) y áreas en su

zona oriental *(e.g.*, Eshnunna). Aunque puede no haber sido quien se llevara todos los objetos babilonios hallados en Susa, ciertamente se llevó un buen número de ellos durante su campaña de 1158.

¿Por qué se molestó en hacer algo así —el transporte no pudo ser fácil— y qué sucedió después con los monumentos? Es posible verlo como una simple «colección de trofeos» (Carter y Stolper, 1984: 40), similar al saqueo alemán de las colecciones de arte europeas en la Segunda Guerra Mundial. El robo y exhibición de monumentos babilonios podría haber sido un intento de anunciar que Susa se había convertido en una gran ciudad y que sus señores eran herederos legítimos de los casitas (Carter, 1992: 122). También se ha propuesto que Shutruk-Nahhunte quisiera proteger los monumentos de daños futuros y que involuntariamente los expuso a violencia ulterior cuando el rey asirio Asurbanipal saqueó Susa en 646 (Harper, 1992: 161-162).

Estas explicaciones no tienen en consideración, sin embargo, el poder de estas imágenes. Los textos y las representaciones visuales muestran que la abducción de monumentos era un

acto de guerra habitual en el Próximo Oriente antiguo. Cuando Shutruk-Nahhunte se llevó estos objetos no se trataba solamente de recuerdos del pasado, sino que seguían siendo manifestaciones de los gobernantes que representaban. Naram-Sin estaba presente en su estela y aún ejercía su poderío militar en la misma. Hammurabi seguía siendo un gran rey de justicia mediante su código legal. Al tomar el control de estos monumentos e inscribir en ellos su nombre, Shutruk-Nahhunte estaba usurpando los poderes de estos gobernantes del pasado (Bahrani, 1995). No era tímido a la hora de reconocer quién los había erigido, aunque puede haber borrado parcialmente las inscripciones originales, pero afirmaba que ahora era él quien los controlaba. Los exhibió públicamente para mostrarlo y algunos de ellos pueden haber seguido exhibidos durante muchos siglos. Una tablilla de época persa hallada en Sippar afirma que su escriba copió el texto directamente de la estela de Hammurabi que estaba a la vista en Susa (documento 15.2).

Es posible que Shutruk-Nahhunte fuera asesinado por su propio hijo. Kutir-Nahhunte. El nuevo gobernante fue el personaje principal de una serie de textos babilonios, todos

ellos preservados en manuscritos posteriores que data en su mayoría de la época persa. Como hijo de una princesa babilonia, sentía que debía haberse convertido en rey de Babilonia. En una carta tal vez ficticia, se quejaba: «¿Por qué yo, que soy rey, hijo de rey, descendiente, de rey, que soy rey en las tierras de Babilonia y Elam, del linaje de la hija mayor del poderoso rey Kurigalzu, no he tomado el lugar que me corresponde en el trono de la tierra de Babilonia?»[32]. Cuando los babilonios rechazaron sus pretensiones, invadió el país en 1155, saqueó más ciudades y se llevó la estatua de Marduk a Susa. Acabó con la dinastía casita, pero no ascendió al trono de Babilonia, algo que logró la Segunda dinastía de Isin. Su hermano y sucesor, Shilhak-Inshushinak, afirmó haber saqueado Babilonia y Asiria repetidas veces y haber logrado el control del área al este del Tigris hasta Nuzi al norte. El colapso de la autoridad casita y el debilitamiento de Asiria debieron de convertir a la región en blanco fácil y Elam se convirtió en la principal potencia de la región. El reino también floreció económicamente en esta época y desarrolló sus regiones orientales. El resurgir de Babilonia bajo Nabucodonosor I acabó con está prosperidad, sin embargo. El rey babilonio recuperó la estatua de Marduk de Susa y el estado elamita desapareció de nuestra documentación durante tres siglos.

A pesar de que este período sea el mejor documentado de toda la historia de Elam, nuestro conocimiento del mismo sigue siendo limitado. Aunque el estado llegase tarde a la escena y su influjo territorial estuviese restringido a Babilonia y Asiria, no puede ser ignorado como fuerza significativa. El que Elam no figure en la correspondencia internacional probablemente sea resultado de su desarrollo después del período cronológico cubierto por Amarna y de su dis-

tancia de Siria. Los contactos con los casitas de Babilonia serían estrechos, pero no disponemos de los archivos reales de Babilonia de este período, pues no tenemos cartas de Elam excepto en copias tardías que pueden ser ficticias. Elam muestra una influencia cultural babilonia importante, pero también cierta resistencia contra esta influencia. Al principio, los escribas usaron el acadio, pero a partir de 1400 esta lengua jugó un papel menor en comparación con el elamita. Pero, por otro lado, las artes visuales del período imitaban las prácticas y estilos babilonios (figura 9.4). Esta actitud mixta puede ser resultado de la heterogeneidad de las tradiciones culturales en el propio Elam, donde no dominarían totalmente ni las tierras bajas influidas por Mesopotamia ni las tierras altas elamitas.

10

COLAPSO DEL SISTEMA REGIONAL Y SUS RESULTADOS

1209	Merneptah de Egipto lucha con los Pueblos del Mar
ca. 1200	Fin de la cultura micénica
ca. 1190	Saqueo de Ugarit

ca. 1185	Caída de Hatti
ca. 1185	Saqueo de Emar
1177	Ramsés III de Egipto lucha con los Pueblos del Mar
1155	Fin de la dinastía casita
ca. 1120	Fin del período medioelamita
ca. 935	Reaparición del registro textual en Asiria

El siglo XII fue extremadamente agitado en el Próximo Oriente y las áreas circundantes e introdujo cambios radicales en muchos aspectos de las vidas de sus moradores. Hubo mucha destrucción de prácticas culturales largo tiempo establecidas. Pero también son visibles elementos de continuidad y ciertas regiones se vieron menos afectadas que otras por los acontecimientos. A causa de la disrupción de las prácticas estándar de la burocracia y de otro tipo de registros documentales, resulta difícil valorar lo que realmente sucedió en algunos lugares y, adicionalmente, la cronología de los incidentes que observamos es a menudo incierta. La interpretación es todavía más difícil. No hay una causa única que pueda explicar lo que estaba sucediendo en todas las regiones y estados. Las circunstancias locales modificaron el impacto de cambios de gran amplitud regional. El resultado final fue la desaparición total del sistema que había caracterizado el Próximo Oriente en los siglos anteriores. El desmadejarse de ese sistema claramente exacerbó las múltiples dificultades que experimentaban las autoridades locales y, en último término, se convierte en el marco en que este período debe explicarse.

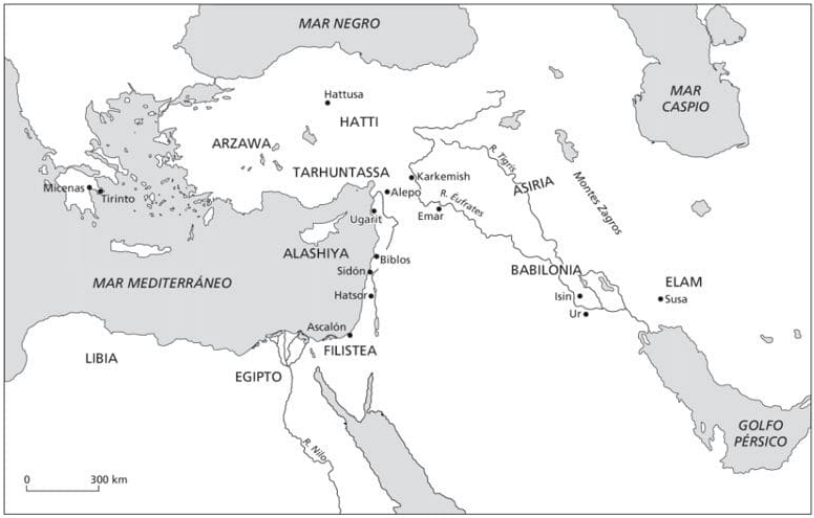
10.1. LOS ACONTECIMIENTOS

La documentación disponible se concentra mayoritariamente en las disrupciones y perturbaciones. Arqueológicamente, el incendio de una ciudad es más visible que su supervivencia y las inscripciones reales, dada la atención que prestan a la guerra, resaltan las batallas y no las situaciones de paz. El relato del siglo XII es por ello principalmente un relato de convulsión, pero también hubo fuertes elementos de continuidad y de cambio gradual. Estos últimos son más difíciles de examinar, pero no deberían olvidarse. Hay una importante discusión académica en torno a la importancia relativa de las fuerzas de continuidad y de cambio. Todos los expertos están de acuerdo, de todos modos, en que el Próximo Oriente de 1050 era muy diferente de lo que había sido en 1250. Lo que sucedió, por qué, y cuándo exactamente, es mucho más discutible.

Observamos que las fuerzas de disrupción fueron más fuertes en la zona del Mediterráneo oriental, esto es, el Egeo y Anatolia, y se extendieron hacia el este con menos fuerza. Las zonas costeras de Siria y el Levante se vieron afectadas más fundamentalmente que las zonas del interior. Los grandes estados de Mesopotamia y Egipto consiguieron resistir las mayores fuerzas destructivas, pero sufrieron las repercusiones de lo sucedido más allá de sus fronteras y acabaron por entrar en declive. La siguiente descripción, por tanto, irá de oeste a este (mapa 10.1).

El mundo egeo de los micénicos estaba en la periferia del sistema del Próximo Oriente que caracteriza los siglos XV a XIII. La naturaleza precisa del sistema político y social micénico sigue estando poco clara, pero las descomunales fortalezas construidas como residencias de las élites ricas en lugares como Micenas y Tirinto sugieren la existencia de poderes centrales fuertes en varias regiones. La influencia

micénica se había extendido por buena parte de la Grecia continental, las islas egeas incluida Creta y la costa anatolia, y hubo mucho comercio con Chipre y el Levante. Ese mundo desapareció a principios del siglo XII: el comercio marítimo cesó; los muertos dejaron de ser enterrados con lujosos ajuares funerarios; y varias de las fortalezas fueron destruidas o redujeron sustancialmente su tamaño. La cultura de los palacios de la Edad de Bronce se esfumó. La destrucción no sucedió de golpe, sino que se extendió a lo largo de varias décadas. Aunque la siguiente cultura arqueológica sigue siendo descrita como micénica en carácter, estaba empobrecida y había perdido su amplitud geográfica. Mientras que el declive y la disrupción son visibles en la mayor parte del mundo egeo, la isla de Chipre parece haberse desarrollado en el sentido opuesto: en torno a 1200, hubo un incremento en la expansión urbana y la producción de metales, así como en los contactos internacionales con Egipto, el Levante y el Mediterráneo central. La desaparición del poder micénico puede entonces haber permitido a los chipriotas llenar un vacío.



Mapa 10.1. El Próximo Oriente y el Mediterráneo oriental *ca.* 1200. Según L. de Blois y R. J. van der Spek, *An Introduction to the Ancient World* (Routledge, Londres y Nueva York, 1997), p. 21.

Anatolia sufrió cambios políticos fundamentales en torno a 1200: el estado de Hatti que había dominado la región durante siglos se desintegró, pero, de nuevo, las circunstancias son misteriosas (debate 10.1). Varios elementos tuvieron su papel. Ya a finales del siglo XIII el rey de Hattusa tuvo que enfrentarse a una casa real adversaria al sur de Anatolia, en la región de Tarhuntassa. Los reyes de este lugar también reivindicaban su descendencia de los primeros grandes gobernantes de Hatti y aseguraron su propio estado casi independiente. Al mismo tiempo, la Anatolia occidental tuvo que ser puesta bajo control militar y el último rey de Hatti, Suppiluliuma II, entabló batallas navales por el reino de Alashiya en Chipre. Basándose en las referencias a entregas de cereal en textos ugaríticos y egipcios, algunos expertos han sugerido que la región padeció una hambruna; la base agrícola inestable de Anatolia con su abundancia de malas cosechas puede explicar estar referencias aisladas mejor que una hambruna continuada, sin embargo. El final de Hatti se

debió a la violencia, pero la destrucción dista mucho de ser uniforme en la región. En la ciudad capital de Hattusa, la fortaleza real fue incendiada junto con algunos edificios públicos de la ciudad baja, aunque las residencias privadas se dejaron intactas. Parece que la corte había abandonado la ciudad mucho antes, como si hubiese recibido una alerta de lo que iba a suceder. Puede verse un patrón similar por toda Anatolia: en los yacimientos donde hubo destrucción, no era completa. Muchos asentamientos quedaron indemnes, pero a pesar de todo fueron abandonados. Como resultado, Hatti desapareció como potencia política. Al sur, el antes dependiente virrey hitita de Karkemish sobrevivió, sin embargo, y reivindicó su descendencia de antiguos Grandes Reyes, prolongando la historia de la casa real hitita. La sucesión de estos gobernantes no pudo mantener la región unida y en torno a 1100 surgió un número creciente de pequeños estados.

Con el fin del dominio hitita, las ciudades sirias se hicieron independientes, pero varias fueron destruidas, especialmente las de la zona costera. Los acontecimientos están muy bien documentados en Ugarit. Su último rey, Ammurapi, fue un vasallo fiel del rey de Hatti y mantenía contacto directo con el virrey hitita de Karkemish. En tal condición, apoyaba a Hatti con envíos de cereal y tropas. También mantenía correspondencia con varios gobernantes de la región, que le advirtieron del peligro inminente de saqueadores del mar. El rey hitita identificó uno de los grupos implicados como «los Shikalayu, que viven en barcos[33]» y encargó a Ugarit que le enviasen a un hombre que habían capturado a fin de poder interrogarlo. El rey de Alashiya aconsejó a Ammurapi que fortificase sus pueblos y reuniese sus guerreros y carros. Pero la respuesta presentaba un cuadro

inquietante: varias aldeas ya habían sido saqueadas y la mayor parte de las tropas de Ugarit estaban en Hatti, mientras que sus barcos estaban en la costa meridional de Anatolia (documento 10.1). El excavador de Ugarit, Claude Schaeffer, afirmaba que estas cartas fueron halladas en un horno, donde habrían sido cocidas antes de su envío, y que la ciudad habría sido saqueada antes de que estuvieran listas. Esto daba un contexto dramático a estos textos, como si hubieran sido escritos mientras las tropas enemigas avanzaban y no llegaran a enviarse porque Ugarit fue saqueada antes. Ahora, parece que esto no es más que un fantasma arqueológico. No había un enemigo a las puertas cuando se escribieron las cartas y aquí tenemos un caso de agrupamiento accidental de textos escritos en fechas distintas. En cualquier caso, sabemos lo que sucedió. Ugarit fue destruida y pasó mil años sin volver a ser habitada. Su puerto, Ras Ibn Hani, también fue saqueado, pero pronto se reconstruyó, quizá por los mismos que lo había atacado. La destrucción de Ugarit tuvo lugar en torno a 1190 o poco después: en sus ruinas se halló una carta del canciller egipcio Bay, que sabemos fue ejecutado ese año tras un breve intento de gobernar. Tuvo que estar vivo y en su cargo durante los últimos días de Ugarit.

Documento 10.1. CARTAS DE UGARIT

La rica ciudad de Ugarit en la costa mediterránea del norte de Siria fue objetivo de fuerzas hostiles procedentes del mar en torno a 1200. Está claro que sus habitantes habían sido avisados como muestra la correspondencia con Chipre hallada en estas ruinas. Toma-

ron parte pequeños grupos de barcos enemigos, pero el ejército de Ugarit parecía haber sido movilizado para defender Hatti. El resultado está claro: Ugarit fue destruida y nunca volvería a renacer.

Carta del rey (de Alashiya) a Ammurapi de Ugarit

Así dice el rey, di a Ammurapi, rey de Ugarit: que estés bien y los dioses tu bienestar guarden.

Sobre lo que me escribiste antes: «¡Se han visto barcos enemigos en el mar!». Si es cierto que se han visto barcos, refuérzate. ¿Dónde están tus carros y tus tropas? ¿No están contigo? Si no, ¿quién te librará del enemigo? Rodea tus ciudades con muros y mete en ellas tus tropas y tus carros. ¡Mantente alerta frente al enemigo y refuérzate bien!

Carta del rey de Ugarit al rey de Alashiya

Di al rey de Alashiya, mi padre; el rey de Ugarit, tu hijo, dice: caigo ante los pies de mi padre. Que mi padre esté bien. Que tus casas, tus esposas, tus tropas y todo lo que pertenece al rey de Alashiya, mi padre, esté bien, muy bien.

Padre, han estado viniendo los barcos del enemigo. Han quemado mis pueblos y han hecho cosas malvadas al país. ¿No sabe mi padre que todas mis tropas [y carros] están en Hatti y que todos mis barcos están en Lukka? Todavía no han llegado, por lo que el país está sin defensas. Que se informe a mi padre de esto. Ahora, los siete barcos del enemigo que vinieron han hecho cosas malvadas. Si aparecen otros barcos enemigos, envíame un mensaje para que lo sepa.

Carta del gobernador superior de Alashiya al rey de Ugarit

Así dice Eshuwara, gobernador superior de Alashiya. Di al rey de Ugarit: que tú y tu tierra estéis bien.

Acerca de las cosas que los enemigos han hecho al pueblo de tu país y a tus barcos, han cometido estas transgresiones contra la gente del país. Así, no estés enojado conmigo.

Ahora, los veinte barcos que los enemigos dejaron antes en las zonas de las montañas no se han quedado atrás. Se fueron repentinamente y no sabemos dónde están. Te escribo para informarte a fin de que puedas protegerte. ¡Queda informado!

Traducciones según Knapp, 1996: 27.

Más al sur en la zona de Siria-Palestina continuó esté patrón de destrucción selectiva. Algunos puertos importantes como Biblos y Sidón quedaron indemnes, pero ciudades como Ascalón y Hatsor fueron destruidas. La devastación no fue simultánea y cubre un arco temporal de varias décadas. En Palestina, la vida de aldea fue reemplazando gradualmente a la cultura urbana que había caracterizado la región. Nuevos pueblos adquirieron importancia en la región, como los filisteos, que asumieron el control de la zona costera meridional hasta la frontera egipcia.

La información de Egipto es la más detallada que tenemos, pero su punto de vista era muy parcial y egocéntrico. Dos reyes egipcios describen en relatos pictóricos y narrativos lo que sucedió en el Mediterráneo oriental. Sitúan los eventos en el contexto de una guerra con invasores externos que siempre incluían a los libios, que venían del oeste. Aunque hay una separación de veinticinco años entre ambos relatos, narran hechos muy similares. El rey Merneptah (reinó entre 1213 y 1203) afirmó haber rechazado con éxito un ataque de libios y diversos pueblos del norte, a los que llamaba «de los países del mar» en 1209. Aunque intentaron entrar en Egipto usando la fuerza militar, traían a sus familias y ganado, lo que indicaba su intención de asentarse. Ramsés III (reinó entre 1184 y 1153) dio más detalles. Tras mencionar ataques del norte en su quinto año de reinado (1180) su relato del octavo año de reinado (1177) pretende dar una visión general de lo que sucedía en el Mediterráneo oriental:

> *Los países extranjeros fraguaron una conspiración en sus islas. De golpe las tierras fueron eliminadas y diseminadas en la refriega. No hubo tierra que pudiera hacer frente a sus armas, desde Hatti, Kode (= Tarhuntassa), Karkemish, Arzawa y Alashiya, que fueron de [una vez] erradicadas. Un campamento [se estableció] en un lugar de Amurru. Desolaron a su gente y*

su tierra fue como lo que nunca ha llegado a existir. Avanzaban hacia Egipto mientras para ellos se preparaba la llama. Su confederación eran los peleset, tjeker, shekelesh, denyen y weshesh, tierras unidas[34].

Figura 10.1. Batalla de Ramsés III contra los Pueblos del Mar, detalle de un relieve de Medinet Habu. Los egipcios describieron sus batallas contra los llamados Pueblos del Mar en inscripciones de los faraones Merneptah y Ramsés III y también las representaron en murales gigantescos. Representan los ataques con grandes ejércitos que se aproximaron a Egipto por tierra y por mar, y tuvieron cuidado en representar las características individuales de las armas y ropas de los enemigos. Los expertos han intentado relacionar las imágenes con los nombres de los Pueblos del Mar de los textos y se suele considerar que estos dos guerreros son sherden. Aunque Ramsés III afirma que atacaron Egipto en grupo durante su reinado, sabemos que habían servido como mercenarios en el ejército egipcio desde Ramsés II en la batalla de Qadesh.
Créditos: akg images/Erich Lessing.

Este relato presenta una imagen clara de una invasión por pueblos isleños de los estados de Hatti y Tarhuntassa, entre otros, y de cómo estos estados supuestamente se derrumbaron de una vez. Los invasores reunieron sus fuerzas en el norte de Siria y marcharon hacia Egipto, donde Ramsés los derrotó tanto en tierra como en mar (figura 10.1). Identificó ciertos grupos explícitamente, incluidos los

Shekelesh, que deben de ser los mismos que los Shikalayu mencionados antes en la carta hallada en Ugarit. Sin embargo, con un examen más minucioso la detallada reconstrucción de Ramsés resulta sospechosa. Karkemish, por ejemplo, no fue destruida. Algo más importante, los nombres de los Pueblos del Mar que presenta como arremetiendo contra la costa siria desde islas lejanas ya habían sido atestiguados décadas antes como presentes en la región, incluso como mercenarios en los ejércitos egipcio e hitita. En otras palabras, Ramsés III convirtió lo que pudieron ser choques recurrentes con grupos de Siria en una gran batalla entre Egipto y un ejército invasor extranjero que había destruido todo a su paso. La interpretación de estos datos es muy complicada. Algunos expertos han llegado a sugerir que Ramsés III se limitó a repetir relatos de batalla de su predecesor Merneptah y que se atribuyó victorias anteriores, algo que no es insólito en Egipto. No tenemos capacidad de confirmar o desmentir esa idea. Sean cuales sean los detalles de lo sucedido, está claro que Egipto perdió la mayor parte de su control directo de los territorios de Asia, aunque aún tenía acceso a las minas del Sinaí. Sobrevivió como estado territorial, pero el siglo siguiente a Ramsés III presenta desórdenes internos y conflictos sociales, una reducción de los contactos con las regiones más allá de sus fronteras y, finalmente, en torno a 1100, una fragmentación política del país.

Pueden verse procesos similares en los estados orientales de la región, que vieron cortado su acceso a la Siria oriental y al Mediterráneo. Asiria, Babilonia y Elam siguieron interactuando entre sí, a menudo en forma de choques bélicos. Los tres siguieron siendo estados territoriales, pero experimentaron conflictos internos y ejercieron poca influencia más allá de sus fronteras. Tras el triunfal siglo XIII en lo que

respecta a lo militar, Asiria abandonó su política de campañas constantes unos noventa años. La causa puede haber sido los problemas internos tras el asesinato de Tukulti-Ninurta I en 1197 y los problemas del oeste de Siria también serían probablemente un factor en este cambio de política, aunque estos disturbios no se extendieron a la región al este del Éufrates. La ciudad más oriental que fue destruida fue Emar, dependiente de los hititas, donde dos textos mencionan, «el año en que las hordas (?) azotaron la ciudad», y el último texto fechado es de 1185. Al este de Emar, los puestos avanzados asirios en Siria no desaparecieron, pero redujeron su tamaño y la actividad de los escribas se detuvo. Los arameos, seminómadas, controlaban el campo y adquirieron importancia en la vida política. El nivel de urbanización en la región decayó. Durante tres siglos, Asiria se vio reducida a su núcleo central, con tal vez algunos puestos avanzados en la región a su oeste.

Los expertos a menudo ven el cambio de dinastía de los casitas a la llamada Segunda dinastía de Isin en la Babilonia del siglo XII como un cambio de poder entre casas reales de importancia relativamente escasa. Pero demuestra cómo en términos políticos se desintegró el poder centralizado que los casitas habían mantenido durante cuatrocientos años. La existencia de una dinastía rival en la Babilonia central, que capturó el trono de Babilonia en torno a 1150, muestra que la fuerza del estado se había disipado. Aún más, el registro arqueológico indica que el urbanismo se hallaba en una situación de acusado declive: el número de centros verdaderamente urbanos se hizo muy pequeño, tal vez sólo Babilonia, Isin y Ur, y la gran mayoría de los habitantes sedentarios vivían en aldeas. Nippur, por ejemplo, había perdido sus características urbanas en torno a 1200 y en torno a

1000 albergaría tan sólo una población reducida que vivía alrededor de su antiguo zigurat. El volumen de la población sedentaria se habría reducido al 25 por ciento del nivel de finales del tercer milenio. Había variaciones locales con, por ejemplo, un declive mucho más acusado en el valle del Diyala que en la región de Ur. Pero no hay duda de que la organización urbana y su infraestructura de canales de irrigación se había colapsado a finales del segundo milenio. Muchos de los ocupantes de la región retornaron a un estilo de vida seminómada. Las causas primarias de este desarrollo pueden haber sido ajenas a la política. El grueso del caudal del Éufrates parece haberse desplazado a los brazos occidentales del río, lo que privó a algunos de los grandes centros urbanos de antaño de la irrigación suficiente para abastecer a una población elevada. Además, un uso excesivo de la tierra que condujo a la salinización probablemente redujera las cosechas. Ciertamente se estaba produciendo una compleja interacción entre factores políticos y ecológicos. El debilitamiento del poder central hizo que la organización de grandes proyectos de irrigación para contrarrestar estos cambios naturales resultase imposible. La injerencia militar exterior de Elam y Asiria pudo haber precipitado el proceso de declive y el estado babilonio perdió el control de sus regiones rurales.

Dado que no conocemos bien la organización del estado de Elam en la época precedente, es imposible determinar cuánto cambió en el siglo XII. Un declive interno anterior pudo haber facilitado el saqueo militar de Nabucodonosor I (reinó entre 1125 y 1104) que desencadenó el fin del período medioelamita. En cualquier caso, el resultado fue similar a lo que sucedió por todo el Próximo Oriente: desaparecía un estado centralizado y nuevos grupos de población se infil-

traban en la región, en este caso, al parecer, procedentes del este.

10.2. LA INTERPRETACIÓN

La academia ha propuesto numerosas explicaciones de estos acontecimientos, la mayoría concentrándose en un único estado o en el Mediterráneo oriental solo. Como causas principales del colapso de los estados se han sugerido invasiones y migraciones, revoluciones sociales y desastres ecológicos. Otros expertos, sin embargo, han subrayado las continuidades visibles y han hecho frente a la idea de que el siglo XII fue un tiempo de cambio radical. Si están en lo cierto, tenemos que buscar una explicación que dé cuenta de las diferencias entre finales del segundo milenio y principios del primero en siglos sucesivos, donde apenas disponemos de datos. Pero parece claro que los cambios que empezaron en torno a 1200 precipitaron el fin del mundo del Próximo Oriente de los siglos XV-XIII y que las causas de este final tienen que buscarse en el siglo XII. Además, tampoco puede haber sido coincidencia que todas las sociedades experimentasen cambios drásticos al mismo tiempo. Puesto que todas ellas habían estado ligadas por un sistema común durante siglos, el fin de ese sistema debió de tener consecuencias de calado. Pero no hay una sola causa que pueda explicar este cambio global.

Al referirse al Egeo, Anatolia y Siria-Palestina, las fuentes antiguas ponen el acento en las invasiones de extranjeros como causa significativa de disrupción. Las más destacadas son las fuentes egipcias contemporáneas. Pero los registros griegos posteriores sobre el desarrollo del mundo clásico y la presentación bíblica de la creación del antiguo estado de Israel también describen invasiones en este período, mientras las fuentes babilonias describen un período de grandes

convulsiones (documento 10.2). Esta imagen general ha inspirado a los expertos a interpretar otros datos a la luz de esta información. Interpretan la aparición de un nuevo tipo de cerámica en los montes Zagros, por ejemplo, como la consecuencia de una invasión de la región por pueblos orientales o consideran que las referencias a los arameos en los textos asirios demuestran que estas gentes intentaban infiltrarse en el estado. Un análisis de la documentación textual de las invasiones muestra que dibujan un cuadro demasiado simplista, sin embargo. Contienen contradicciones internas y otras referencias dan una imagen distinta. Por ejemplo, la afirmación de Ramsés III de que los Pueblos del Mar descendieron desde sus islas y destruyeron los estados de Anatolia y Siria-Palestina en una fatídica embestida, para ser detenidos únicamente por él en la frontera egipcia, se contradice con el que gentes con los mismos nombres apareciesen ya décadas antes en la región. El registro arqueológico no muestra una serie de acontecimientos devastadores en un breve lapso de tiempo, sino un período prolongado en que se destruyeron lugares individuales, mientras que otros sobrevivieron aunque reduciéndose su tamaño. Las confrontaciones militares con tropas no convencionales, incluidos pueblos con orígenes fuera del Próximo Oriente, tuvieron lugar muy probablemente, pero no fueron el resultado de una invasión generalizada.

En la zona oriental del Próximo Oriente, la guerra entre estados es vista a menudo como una causa principal de la disrupción y el declive. Pero esto no era una novedad del siglo XII. Durante toda la segunda mitad del segundo milenio hubo choques entre estados. Así, los efectos de estas guerras por sí solos no dan una explicación suficiente del colapso generalizado.

Otros expertos han preferido concentrarse en los desarrollos internos para explicar el cambio. Una característica importante del sistema de los grandes estados era la existencia de una élite palaciega que explotaba a las comunidades agrícolas bajo su control. Había una enorme asimetría en riqueza y estilo de vida entre los dos grupos. Los ricos ajuares funerarios y restos arquitectónicos que admiramos hoy fueron producidos por los ingresos de granjeros y pastores empobrecidos. Las deudas del mundo rural llevaron a muchos a buscar refugio fuera de las estructuras del estado y convertirse en *habiru* (debate 8.1). El problema de que los dependientes de palacio abandonasen el campo se consideraba una seria amenaza para el sistema palaciego: la mano de obra era escasa y cuantas más personas abandonaban el control de palacio, más difícil se volvía hallar trabajadores. Esto explica las frecuentes referencias en los tratados a la extradición de refugiados. La escasez de trabajadores reducía la productividad agraria de los estados y amenazaba los beneficios. Para compensar la pérdida de mano de obra, los palacios pudieron incrementar las demandas a los dependientes que les quedaban, exacerbando así aún más el problema. Los trabajadores pudieron haberse vuelto contra sus amos, uniéndose a fuerzas hostiles que les hacían frente, lo que incluiría grupos como los Pueblos del Mar. En ese caso, la destrucción selectiva que apreciamos no sería sorprendente. No todas las ciudades fueron saqueadas, pero la infraestructura rural de la mayoría desapareció, lo que llevó a la reducción de su tamaño o a su total abandono.

Documento 10.2. REFLEXIONES POSTERIORES SOBRE LA EDAD OSCURA

Durante los siglos posteriores a los disturbios que invadieron el Próximo Oriente en el siglo XII no se escribieron prácticamente textos o al menos muy pocos han llegado a la actualidad. Varios pueblos del primer milenio, sin embargo, reflexionaron sobre este período, describiendo condiciones de gran desorden. Los griegos clásicos retrataron el período tras la desaparición de la civilización micénica como uno de invasiones de pueblos como los dorios. La Biblia ubicó la conquista israelita de Canaán también en este período. En Babilonia, un posible reflejo literario de este período fue un largo poema escrito probablemente en el siglo VII. Los expertos suelen referirse a él como la Epopeya de Erra. *El autor se identifica al final del texto como Kabtiilani-Marduk de la familia Dabibi y afirma que la obra le fue revelada en un sueño. La epopeya relata cómo Erra, el dios de la peste, se enfureció al sentirse desairado por los otros dioses y desencadenó su ira por Babilonia, dejando una estela de muerte y destrucción. En Babilonia los ciudadanos lo siguieron y quemaron templos hasta que las tropas reales los masacraron. Los nómadas, identificados anacrónicamente con la designación tribal de suteos, asolaron Uruk y acosaron al*

personal del culto de Ishtar. La muralla de Sippar fue derribada y Der fue destruida. Los dioses de estas ciudades estaban horrorizados y sólo entonces Erra se calmó y dio a Babilonia su bendición para que gobernase en toda la tierra. Se consideraba que el texto tenía un valor apotropaico y partes del mismo se copiaban en amuletos para la protección de las casas. El siguiente fragmento es tan sólo una breve parte de una extensa letanía de caos y violencia.

El que no muera en batalla, morirá en la epidemia:

el que no muera en la epidemia, el enemigo lo robará;

al que el enemigo no haya robado, el ladrón lo vapuleará;

al que el ladrón no vapulee, el arma del rey lo vencerá;

al que el arma del rey no venza, el príncipe lo matará;

al que el príncipe no mate, el dios de la tormenta lo arrastrará;

al que el dios de la tormenta no arrastre, el dios del sol se lo llevará;

al que haya dejado el campo, el viento lo barrerá;

al que haya entrado en su casa, un demonio lo golpeará;

el que haya trepado a un lugar alto, se morirá de sed;

el que haya descendido a un lugar bajo, morirá en las aguas;

¡has destruido lugar alto y bajo por igual!

Traducción según Foster, 2005: 905.

Algunos expertos han dirigido la mirada a las causas naturales para explicar el colapso. Ciertos yacimientos arqueológicos muestran evidencia de terremotos, pero esto no explicaría la desintegración regional. Se atestigua falta de comida en algunas fuentes textuales y los expertos han usado esto para sugerir que las hambrunas fueron un gran problema. Se han propuesto tanto una aridificación generalizada del norte como una alteración de los cursos de los ríos en el sur de Mesopotamia como explicación del declive en la agricultura. La evidencia, sin embargo, sigue siendo ambigua. Por todo el Próximo Oriente las bases de la agricultura fueron siempre inestables y las referencias textuales a dificultades con los suministros de alimentos pueden simplemente referirse a casos aislados y no a una hambruna prolongada. Si el clima se hubiese vuelto realmente más seco, ciertamente habría exacerbado los ya grandes problemas de abastecimiento de los estilos de vida lujosos de las élites. No obstante, el estrés medioambiental por sí solo no parece ser adecuado para explicar todos los cambios que apreciamos en el Próximo Oriente.

Puesto que todas estas explicaciones tienen algún tipo de fundamento en el registro histórico, podemos concluir que probablemente hubo varias causas en la raíz de los cambios que observamos, pero en cada caso las circunstancias locales jugaron un importante papel. Lo que sucedió en Hattusa, por ejemplo, no se repetiría necesariamente en otros lugares. Los choques militares y las rebeliones sociales pueden haber sido la principal razón de la destrucción de lugares individuales. Lo que dio más importancia a cada causa separada fue que contribuyera a la desintegración de un sistema entero que había caracterizado a la región y le había otorgado estabilidad entre 1500 y 1200. Los estados no habían

existido de manera aislada, sino que estaban estrechamente ligados entre sí. Los contactos entre ellos habían sido vitales para mantener su organización interna. La disrupción de estos contactos tuvo un impacto fundamental en todos ellos. Cuando el estado hitita desapareció y toda Siria-Palestina estaba sumida en disturbios, Egipto quedó separado de Asia. No tenía otros iguales con los que interactuar, puesto que Asiria y Babilonia habían quedado fuera de su alcance. El comercio y el intercambio diplomático cesaron, dejando ciego a Egipto ante los acontecimientos del norte. El país tenía recursos propios de peso, por lo que pudo sobrevivir, pero el sistema internacional que había mantenido a sus élites palaciegas había desaparecido. Del mismo modo, los estados orientales de Asiria, Babilonia y Elam se vieron reducidos a un sistema internacional pequeño con ellos tres como únicos participantes. El mar Mediterráneo y Egipto ya no eran accesibles y las rutas comerciales quedaron cortadas. La pérdida de la infraestructura regional amplia llevó a la desintegración de estos estados orientales, lo que permitió a nuevos pueblos, especialmente los arameos, controlar zonas entre ellos, lo que los aislaría aún más. Ninguna potencia llenaría el vacío de poder creado por el declive de estos estados, lo que permitió a nuevos grupos y a estratos sociales más bajos adquirir cierto control. Cuando hablamos del colapso de los estados, no deberíamos imaginar que todo el mundo sufrió. Hubo un reajuste de poder y grandes sectores de la población del Próximo Oriente pudieron haberse beneficiado de una libertad recién descubierta.

Figura 10.2. Inscripción jeroglífica anatolia de principios del primer milenio. Tras el derrumbe del Imperio hitita su llamada escritura jeroglífica sobrevivió y gobernantes menores del sur de Anatolia y del norte de Siria la siguieron usando varios siglos más. Esta estela, probablemente de Maras, en Turquía, es un ejemplo típico del uso de la escritura en sus monumentos. Es demasiado fragmentaria para tener una idea clara de sus contenidos. Finales del siglo IX (MMA X.196 altura 27,30 cm; anchura 30,50 cm; espesor 22,90 cm).
Créditos: © 2014 The Metropolitan Museum of Art/Art Resource/Scala, Florencia.

Como puede esperarse, la crisis del sistema palaciego llevó a una reducción acusada en el número de fuentes a disposición del historiador. Las burocracias dejaron de funcionar y la actividad de construcción era mínima. Faltan datos arqueológicos y textuales y la historia del Próximo Oriente entró en una nueva «Edad Oscura». La extensión de este período varió de región a región. La primera en salir de él fue Asirla, pero incluso allí los registros textuales eran extremadamente escasos entre 1050 y 935. Posteriormente su política expansionista atrajo muchas regiones circundantes a su órbita y sus registros cada vez más detallados docu-

mentan algunas de las circunstancias de esas zonas. A menudo el uso de la escritura en esas áreas se vio limitado hasta mucho más tarde, sin embargo. Hasta en Babilonia, la región con la tradición literaria más antigua y poderosa, tenemos que esperar hasta mediados del siglo VIII para encontrar un nivel de actividad de escribas que supere al documento aislado.

Muy poco se sabe de los siglos entre 1100 y 900. Podemos determinar, sin embargo, que en ese tiempo tuvieron lugar importantes cambios tecnológicos y sociales, en gran parte debidos a la desaparición de las estructuras anteriores. La vida social y económica se reformó para adaptarse a las nuevas circunstancias. Los palacios de la Edad del Bronce Final habían apoyado ciertas prácticas tecnológicas y económicas, y cuando dejaron de existir, las infraestructuras se derrumbaron y el cambio era necesario. Podemos ver que las regiones donde los palacios conservaron su fuerza en este período —Asiria, Babilonia y Egipto— experimentaron un retraso tecnológico al continuar con los métodos antiguos. El desarrollo en las prácticas de escritura demuestra bien esta situación. Por todo el Próximo Oriente, los palacios del segundo milenio habían mantenido cancillerías donde los escribas leían y escribían acadio. Para la mayor parte de ellos se trataba de una lengua extranjera y se plasmaba en un sistema de escritura, el cuneiforme, relativamente difícil de dominar. El entrenamiento y mantenimiento de estos profesionales sólo era posible en una institución con suficiente riqueza. Con el fin de los palacios, el mantenimiento de estos especialistas desapareció, a la vez que el sentido de su existencia. Ya no se escribían cartas a otras cortes que requiriesen conocimientos de la lengua diplomática. Aún más, la disrupción de las rutinas económicas llevó a una reduc-

ción de la necesidad de las burocracias. Se interrumpió el comercio, los campos y la mano de obra ya no se administraban de manera centralizada y la actividad económica privada también entró en declive. En los estados donde los palacios retuvieron cierta importancia, las burocracias se conservaron hasta cierto punto. Esto explica la continuidad de la escritura cuneiforme en Asiria y Babilonia. Pero en otras regiones, ese sistema en particular ya no se usaba y la población volvió a las prácticas locales. Egipto, con su palacio aún relativamente fuerte, usó solamente su propia escritura jeroglífica y formas derivadas para escribir la lengua egipcia.

Recuadro 10.1. ESCRITURAS ALFABÉTICAS

En el área de Siria-Palestina en el segundo milenio apareció la primera evidencia de lo que pueden llamarse escrituras alfabéticas. En lugar de indicar logogramas y sílabas de una, dos o tres consonantes, estas escrituras usaban un signo para cada consonante de la lengua, lo que requería menos de treinta caracteres. El sistema de escritura egipcio puede haber inspirado el desarrollo, puesto que incluye un grupo de jeroglíficos para consonantes sueltas que pueden combinarse con cualquier vocal. La evidencia más antigua de escritura alfabética proviene de Serabit el-Khadim, un yacimiento en el Sinaí donde se aprecia un importante influjo egipcio a principios del

segundo milenio. En la segunda mitad del segundo milenio coexistieron varias escrituras alfabéticas. El sistema que sobrevivió en épocas posteriores tenía un grupo de caracteres cuya lectura se basaba en el principio acrofónico: por ejemplo, el dibujo de una casa representaba el sonido /b/, el primero en la palabra semítica que significa 'casa', *baytu*. Se conocen un puñado de inscripciones alfabéticas de ese tipo del segundo milenio, la mayoría tan sólo de unos pocos caracteres de extensión. Las formas de las letras muestran mucha variación, pero puede reconocerse un sistema básico común. Estos textos normalmente se tallaban en piedra y metal o se dibujaban con tinta en fragmentos de cerámica.

En el siglo XIII, los escribas de la ciudad siria de Ugarit y su territorio usaron un alfabeto cuneiforme mucho más atestiguado, con veintisiete letras, junto con el sistema cuneiforme silábico de Babilonia. Escritos en tabillas de arcilla, los signos alfabéticos ugaríticos se parecen a los cuneiformes silábicos, pero no hay una conexión formal obvia entre ambos. Se escribió una amplia variedad de textos en escritura alfabética, incluyendo cartas,

contratos y literatura. Muy pocos son, sin embargo, los textos que no plasman la lengua semítica local. Parece que los asuntos locales se escribían con el sistema alfabético ugarítico, mientras que se prefería el babilonio para los asuntos internacionales. Se han conservado en total unas 1400 tablillas con escritura ugarítica. Es interesante que tanto en el cuneiforme como en los otros sistemas alfabéticos, se hallasen abecedarios de la época que nos indican que el orden de las letras estaba bien establecido (figura 10.3).

Ugarit no sobrevivió después de 1200 no tampoco su escritura. Los fenicios adoptaron el sistema lineal y lo desarrollaron aún más durante el primer milenio para escribir las lenguas semíticas de Siria-Palestina. Con la difusión de la lengua aramea en el Imperio asirio del primer milenio y su adopción como lengua oficial en el Imperio persa en el siglo V, el alfabeto se convirtió en el sistema de escritura dominante en el Próximo Oriente y mucho más allá. La fecha de su transmisión a Grecia es objeto de controversia. La mayoría de expertos creen que tuvo lugar desde la zona de Fenicia o Siria en los siglos IX u VIII, pero

hay quienes sugieren una fecha anterior a 1200. Los griegos reservaron parte de los signos para indicar vocales, permitiendo así el uso de la escritura alfabética en lenguas no semíticas.

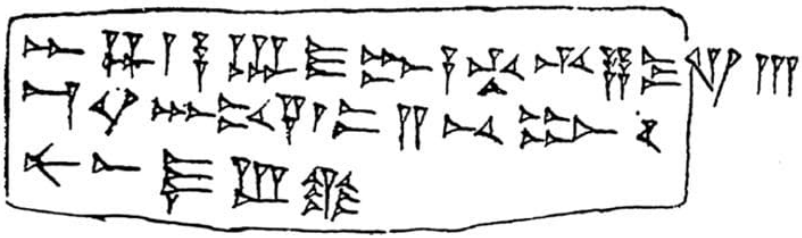


Figura 10.3. Tablilla con un abecedario del sistema de escritura ugarítico. Esta pequeña tablilla lista las treinta letras del alfabeto cuneiforme ugarítico secuencialmente y probablemente tenía una finalidad escolar. Las tres últimas letras no eran necesarias para escribir la lengua semítica, sino para el hurrita, bien como palabras sueltas en textos ugaríticos, bien para textos escritos totalmente en hurrita. Este alfabeto desapareció con el saqueo de Ugarit en torno a 1200. Siglo XIV. 1,3 × 5,1 cm.
Créditos: Villoreaudd, 1957. Reproducida con permiso de Klincksieck, París.

En otros lugares se escribieron muy pocos textos. En el sur de Anatolia y el norte de Siria, los sucesores de los hititas extendieron el uso de lo que llamamos jeroglíficos anatolios con los que plasmaban la lengua luvita. Anteriormente, durante el Reino Nuevo hitita, esta escritura estaba reservada para las inscripciones reales breves y las marcas de propiedad, pero se trataba de un sistema de escritura más indígena y quizá más popular que el cuneiforme. Esta escritura jeroglífica sobrevivió al colapso de la cultura de las élites y se convirtió en la escritura oficial de los llamados estados neohititas. Entre los siglos XII y VIII las cortes del sur de Anatolia y el norte de Siria la usaron para grabar inscripciones reales (figura 10.2). Algunos registros administrativos en tiras de plomo muestran que el uso de los jeroglíficos

también se extendía a la vida cotidiana y es muy probable que se usaran para escribir cartas y contratos en tablas de escritura y pergaminos, que no se han conservado. En la zona de Siria-Palestina la escritura elegida fue el alfabeto lineal. Desarrollado muchos siglos antes, tuvo un uso limitado entre una considerable variedad de escrituras y lenguas (recuadro 10.1). En los siglos XI y XI, se convirtió en el único sistema de escritura de la región. La mayor parte de las inscripciones que conocemos vienen de los puertos fenicios que no habían sido destruidos durante los disturbios en torno a 1200. El alfabeto usaba solamente veintidós letras y el sentido de la escritura se fijó de derecha a izquierda. En el siglo IX también se usó para poner por escrito el hebreo y el arameo y apareció un número creciente de inscripciones en su mayoría breves. Con la extensión del arameo como lengua hablada por todo el Próximo Oriente también se extendió este sistema de escritura. Como sistema más simple que plasmaba la lengua hablada local era mucho más fácil de aprender y los escribas no requerían un entrenamiento tan exigente como los que escribían cuneiforme. Por ello no era necesaria una organización palaciega que los sustentara.

Un cambio tecnológico fundamental también tuvo lugar en la metalurgia. El metal más frecuentemente usado hasta 1200 había sido el bronce, aleación de cobre y estaño. En la mayoría de países del Próximo Oriente, ambos mentales tenían que ser importados de diferentes fuentes y nadie tenía acceso local a ambos. El sistema de comercio internacional de la segunda mitad del segundo milenio había facilitado enormemente la adquisición de estos metales. Esto queda bien ilustrado por uno de los pecios del período (Uluburun), que contenía lingotes de cobre y estaño en la proporción correcta de diez a uno (figura 7.1). Los talleres de palacio al-

bergaban y sustentaban a los artesanos requeridos para la producción del bronce. Después de 1200 el hierro reemplazó al bronce como metal principal y ofrecía varias ventajas. No era una aleación de dos metales que se hallaban en yacimientos distintos, sino que derivaba de una mena única a la que se podía acceder casi en cualquier parte y no tenía que ser importada. Además, en los siglos XII y XI se descubrió la tecnología que permitía alear el hierro con el carbón del horno durante el proceso de fundición, produciéndose así el acero, mucho más duro que el bronce. El hierro se había estado usando desde el tercer milenio, pero sólo como producto secundario de la manufactura del bronce y reservado a objetos especiales. A partir de 1200, su uso se generalizó. Los expertos han explicado su éxito de dos maneras completamente opuestas. Para algunos, fue el resultado de la escasez del cobre y el estaño. A causa del colapso del sistema del Bronce Final, varias ciudades, especialmente en el Mediterráneo oriental, se vieron aisladas de nuevos suministros de metal y sus talleres de bronce no podían seguir funcionando. El hierro pasó a ser un sustituto que encajaba perfectamente en las nuevas condiciones sociales. Un metal barato, de dureza mayor que el bronce, podía producirse sin necesidad de un elaborado sistema comercial. Como en el caso de la escritura, las regiones donde los palacios seguían siendo fuertes, Mesopotamia y Egipto, se quedaron atrás. Allí el hierro sólo empezó a ser común en el siglo IX e incluso entonces estaba restringido en su mayoría a los palacios. Para otros expertos, el éxito del hierro fue resultado de un aumento en los suministros de cobre y estaño en el último siglo del Bronce Final. El valor del bronce se redujo, pero el hierro no perdió su estatus especial. Por el contrario, su atractivo creció y paulatinamente ocupó el lugar del bronce.

Hubo ciertamente un cambio en los comportamientos comerciales que puede haber empezado antes de 1200, pero que claramente se hizo patente una vez desaparecido el sistema de la Edad del Bronce. Los agentes privados, que no dependían de los grandes estados para su sustento, sino que estaban basados en ciudades mercantiles, se convirtieron en los comerciantes principales. Al principio su origen estaba en Chipre y en las ciudades filisteas de la costa, luego a principios del primer milenio en los puertos fenicios, como veremos. Exploraban todo el Mediterráneo y traían bienes de lugares distantes al Próximo Oriente sin la participación de palacio. La desaparición del controlador sistema palaciego proporcionó una apertura para que su actividad pudiese florecer.

Durante la Edad Oscura tuvo lugar una reestructuración social casi completa en la mayor parte del Próximo Oriente. La crisis de los estados permitió a pueblos extranjeros migrar a la región y los movimientos internos de población eran abundantes. Había un flujo entre los pueblos seminómadas y sedentarios. Muchos residentes urbanos pasaron a un modo de vida de pastores, mientras que algunos pueblos antes seminómadas adquirieron poder político en las ciudades. La situación era muy confusa y no es posible seguir estos movimientos con precisión. Vemos, con todo, que cuando los registros del primer milenio dan información sobre la identidad de los pueblos, la composición de la población del Próximo Oriente era muy distinta de la precedente.

Algunos nuevos pueblos venían de fuera del Próximo Oriente. En la Anatolia central, por ejemplo, los frigios parecen haber llegado de los Balcanes en el siglo XII y en el siglo VIII ya habían formado un estado unificado. Algunos de los Pueblos del Mar identificados por los egipcios se asenta-

ron en la zona de Siria-Palestina. Hay mucha especulación académica sobre los destinos de estos grupos, toda ella basada en la comparación de los nombres listados por los egipcios con topónimos y nombres de pueblos en textos posteriores. Muy a menudo se afirma que los peleset de los Pueblos del Mar se convirtieron en los filisteos, que habitaban la zona costera justo al norte de Egipto a principios del primer milenio. Pero, aparte de la similitud en los nombres, no hay nada que confirme la hipótesis. Otras identificaciones son mucho menos claras: los Pueblos del Mar llamados Denyen, por ejemplo, han sido asociados a la tribu israelita de Dan y a la región septentrional de Siria de Danuna, en torno a la moderna Adana. La evidencia, basada puramente en la similitud onomástica, es tenue. Fuera cual fuera el origen y la región de destino final de los Pueblos del Mar, participaron en el movimiento de población general y en la reestructuración de las sociedades. Aunque los peleset no fuesen los filisteos, a partir de la evidencia arqueológica podemos decir que una nueva cultura material apareció en el sur de Palestina, una región que posteriormente se llamaría Filistea.

Los más destacados entre los grupos que adquirieron importancia fueron los arameos. Muy probablemente pastores del norte de Siria mucho antes de 1200, se aprovecharon del debilitamiento de los estados para extenderse por extensas zonas del Próximo Oriente y para adquirir poder político, incluso en las ciudades. Mantuvieron su organización tribal y se subdividían en grupos identificados como pertenecientes a la «casa de Fulano», en acadio *bit* y nombre de persona, considerada el ancestro tribal. Muchos de los estados que fundaron aparecen en el primer milenio con esa designación, por ejemplo Bit-Adini. En el norte de Siria, los ara-

meos se hicieron con el control de la mayoría de las ciudades, incluidas algunas habitadas por grupos que mantenían tradiciones culturales y políticas hititas. En estos lugares algunos reyes tenían nombres luvitas, otros arameos. Otras ciudades eran completamente arameas y se convirtieron en el núcleo de estados, como Aram-Damasco. En el siglo IX este pueblo dominaba políticamente la totalidad de Siria.

En el primer milenio, los arameos aparecieron también en Asiria y Babilonia. En muchos aspectos los procesos que tuvieron lugar fueron los mismos que hemos observado antes con otras culturas de pastores, como los amorreos, y su presencia tuvo resultados similares. Las tradiciones mesopotámicas continuaron dominando en la cultura apoyada por la corte. El acadio siguió siendo la lengua oficial, que encontramos en las inscripciones reales, las cartas, los textos administrativos y demás. Pero una gran parte de la población hablaba arameo y los rastros de su influjo en la gramática y el léxico del acadio son claros. Al contrario que amorreos y casitas anteriormente, sin embargo, los hablantes del arameo introdujeron una tradición escrita paralela. Los relieves asirios del primer milenio representan dos tipos de escribas: los que escriben en tabillas de arcilla y los que escriben en un rollo de piel. La profesión de «escriba en piel» también está atestiguada en los textos. Estos escribas habrían escrito en arameo con escritura alfabética en pergamino, pero este material no ha sobrevivido en el registro arqueológico, por lo que no tenemos evidencias de su producción. Los nombres de persona siguieron siendo predominantemente acadios, pero está claro que los arameoparlantes tomaban nombres acadios o incluso tenían nombres separados en ambas lenguas. Un cuento literario posterior en arameo acerca de un hombre llamado Ahiqar revela esta

práctica. El manuscrito conservado más antiguo es de la Elefantina del siglo V a.e.c., al sur de Egipto, pero ya en textos más antiguos aparecen referencias a Ahiqar. En el cuento, era consejero de Senaquerib y Asarhadón, reyes asirios del siglo VII y ayudaba a sus amos a adquirir una asombrosa cantidad de oro en una competición con el rey de Egipto. Según el relato, el arameo Ahiqar era un miembro de alto rango en la corte de Asiria. Sin embargo, no lo habríamos identificado en el registro contemporáneo como arameo, puesto que también tenía un nombre acadio. Esto lo revela un texto cuneiforme de la Babilonia del siglo II, que lista como consejero del rey Asarhadón a «Aba-Enlil-dari, al que los arameos llaman Ahiqar». Muchos de los altos funcionarios de la corte con nombres acadios atestiguados en los documentos asirios podría así haber sido arameos.

Los arameos empezaron a saquear Babilonia en el siglo XI, pero ocuparon territorios a lo largo del Tigris sólo a partir del siglo IX. Al mismo tiempo, un pueblo llamado caldeos, también con organización tribal pero de distinto tipo, se asentaron principalmente a lo largo del Éufrates y en el sur. Ambos grupos siguieron siendo distintos y usaban designaciones tribales separadas, pero entre los dos controlaban la mayor parte de la Babilonia rural. También en el primer milenio, los árabes de la península arábiga entraron en la zona central de Babilonia, mientras que hasta mediados del siglo IX restos de los casitas permanecieron en el área, especialmente en el valle del Diyala, y mantuvieron su propia organización tribal. A menudo en oposición a estos grupos encontramos a los habitantes de las grandes ciudades del pasado, como Babilonia, Nippur y Ur, que se aferraban a las antiguas tradiciones babilonias. Durante casi cinco siglos, la situación política de la región fue extremadamente volátil y

raro era que una serie de hombres de la misma familia conservase el poder real. Caldeos, babilonios, casitas, elamitas y asirios lucharon sin descanso por el trono, hasta el establecimiento de la dinastía neobabilonia en 626. Así, existía una fuerte oposición entre las ciudades y el campo, donde a menudo las primeras ejercían poca influencia más allá de sus muros. Con frecuencia los residentes urbanos buscaban el apoyo militar de los reyes de Asiria, que tuvieron grandes dificultades en los siglos VIII y VII con el control de Babilonia. Pero en otras ocasiones las ciudades se oponían a Asiría, que a veces aplastaba las rebeliones con gran violencia.

Durante la Edad Oscura también tuvo lugar un cambio tecnológico que puso nuevos pueblos en contacto con los estados del Próximo Oriente: la domesticación del camello. Tuvo lugar en la península arábiga a finales del segundo milenio y ha de relacionarse con el inicio del comercio de incienso a Mesopotamia y al Levante. Consecuentemente, los árabes pasaron a ser parte del mundo documentado del Próximo Oriente. En los bordes de las sociedades sedentarias, eran vistos sobre todo como enemigos. Las coaliciones antiasirias en Siria a menudo incluían guerreros árabes con sus camellos. Sólo en los últimos tiempos del Imperio asirio, cuando experimentó su mayor expansión, los reyes intentaron someterlos en sus propios territorios, pero las técnicas militares asirias no eran adecuadas para el desierto (figura 10.4).

Los camellos abrían la puerta a una nueva forma de nomadismo. En lugar del pastoreo de ovejas y cabras que usaban áreas entre asentamientos permanentes, los nómadas de camellos podían atravesar grandes extensiones del desierto usando los oasis como puntos de descanso. Así, estos últimos se conectaron con las tierras del Próximo Oriente

mejor conocidas y, mucho después, Nabónido, rey babilonio del siglo VI, trasladó temporalmente su capital a uno de ellos.

La Edad Oscura tuvo, por lo tanto, una importancia fundamental en la historia del Próximo Oriente al conectar dos mundos muy diferentes. Los cambios radicales que acontecieron durante este período serán siempre difíciles de estudiar, puesto que hubo tanto caos y por lo tanto ausencia de documentación. En el siguiente punto en que los historiadores vuelven a ser capaces de comprender la situación de la zona, podemos decir que el Próximo Oriente ha pasado a una era de imperios.

Debate 10.1. ¿QUÉ SUCEDIÓ CON EL ESTADO HITITA EN TORNO A 1200?

El reino hitita fue una de las grandes potencias del Próximo Oriente antiguo, pero desapareció en torno a 1200 con el colapso del sistema del Bronce Último. En el primer milenio, la Anatolia central, donde había estado su núcleo, era muy distinta de épocas anteriores. Las grandes ciudades hititas, incluida la capital de Hattusa, apenas tenían habitantes, la lengua hitita escrita en cuneiforme había desaparecido por completo y las gentes que habitaban la región tenían una organización política y prácticas culturales distintas. ¿Cómo pudo semejante potencia disolverse tan rápidamente?

Hasta hace poco se pensaba que la respuesta era simple. Los niveles de destrucción identificados arqueológicamente en ciudades como Hattusa confirmaban lo que Ramsés III decía en sus inscripciones: los Pueblos del Mar habían borrado a Hatti del mapa. Tal vez algunos antiguos enemigos de los hititas habían contribuido al final del imperio, pero la culpa sería de los movimientos masivos de población desencadenados por los Pueblos del Mar. La cultura hitita desapareció, pero algunos aspectos sobrevivieron sorprendentemente al norte de Siria, entre los llamados neohititas *(e.g.*, Gurney, 1990: 38-40).

Un estudio más detallado de Hattusa y otros centros hititas arroja dudas sobre esta imagen. Aunque hubo ciertamente destrucción repentina tras un período que no había visto reducción en la actividad de construcción, se limitaba a los edificios oficiales, es decir, palacios y templos. No había evidencia de un conflicto violento —no se han encontrado cadáveres o armas en las ruinas— ni la arqueología sugiere una conquista por parte de extranjeros. La cultura hitita desapareció y el uso de títulos imperiales a principios del primer milenio se basaba en año-

ranzas de la grandeza de la región en el segundo milenio (Bittel, 1976).

Nuevos hallazgos textuales y una mejor comprensión de las inscripciones jeroglíficas anatolias nos obligan a una interpretación distinta. Resulta ahora más claro que en las últimas décadas de la historia hitita que Hattusa no era el único e indiscutible centro de poder hitita. Tarhuntassa, una ciudad aún sin identificar en el sur de Anatolia, era sede de otra rama de la familia real que actuaba independientemente e incluso a veces hostilmente contra el gran rey de Hattusa. Hattusili III y Tudhaliya IV tuvieron que firmar tratados con uno o varios gobernantes de Tarhuntassa (Beckman, 1999: 107-123). Pero durante el reinado de Tudhaliya, Kurunta de Tarhuntassa llegó al trono de Hattusa un breve tiempo y una inscripción jeroglífica Suppiluliuma II describía acciones militares contra Tarhuntassa. El conflicto interno estaba así en la base del colapso del estado hitita (Hoffner, 1992).

La mayoría de expertos seguían creyendo, con todo, que una conflagración masiva causó el final de Hattusa (e.g., Kuhrt, 1995: 265; Klengel, 1999: 312-313).

Esta idea también debe revisarse. Una investigación más detallada de los edificios oficiales de Hattusa muestra que las fuerzas hostiles —sean Pueblos del Mar, *kaska* o rebeldes locales— no los saquearon repentinamente mientras aún estaban en uso, sino que la corte los había abandonado antes y los había despojado de todo, excepto de objetos demasiado pesados o carentes de interés. Fueron incendiados sólo años después, tal vez por los *kaska* (Seeher, 2001). Esto sucedió en torno a 1185 (Bryce, 2012: 53) o poco más tarde (**http: //www.hattuscha.de/English/cityhistory2.htm**).

El escenario comúnmente aceptado hoy es entonces el siguiente: a finales del siglo XIII las divisiones internas, las rebeliones de regiones sometidas, las amenazas extranjeras incluidos los Pueblos del Mar y momentos de escasez de alimentos hicieron que la continuidad de la vida imperial normal en Hattusa resultara imposible. La corte abandonó la ciudad, que fue presa de los *kaska*, pero éstos hallaron poco que saquear. No sabemos dónde acabó Suppiluliuma II, pero las élites hititas del norte de Siria, al principio especialmente en Karkemish, donde se habían ubicado los virreyes durante si-

glos, se consideraron herederas del imperio. Continuaron con ciertas prácticas, como la elección de nombres reales, pero también realizaron cambios: los jeroglíficos anatolios se convirtieron en el sistema de escritura oficial, para la lengua luvita, y el cuneiforme hitita dejó de existir; y hubo cambios en qué divinidades eran consideradas más importantes. Ya no había estado unificado, y dinastías neohititas paralelas coexistieron en el sur de Anatolia y el norte de Siria. Cuando los asirios hablaban de la «tierra de Hatti» en el primer milenio, no se equivocaban, aunque ya no conocieran el imperio de tiempos antiguos (Collins, 2007: 72-90; Bryce, 2012: 9-31; y Genz, 2013 para relatos algo diferentes).

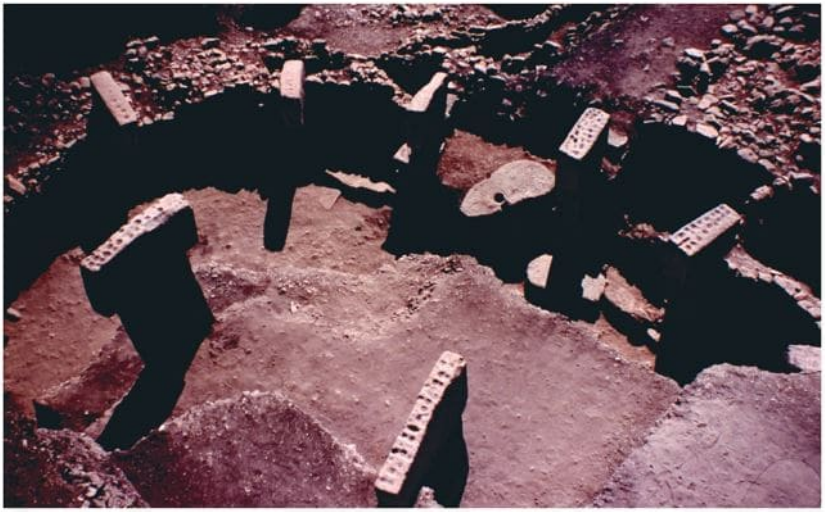


Figura 1.1. Vista de Göbekli Tepe. Los restos de Göbekli Tepe al sureste de Anatolia muestran cómo personas preagrarias construyeron un centro ceremonial circular dentro de un montículo de escombros. Los monolitos de piedra definen la circunferencia y las piedras erguidas de la zona central, decoradas con relieves de animales, tienen 5 metros de altura. Créditos: Deutsches Archäologisches Institut.

Figura 3.3. Carnero en el matorral del Cementerio real de Ur. Este objeto decorativo forma parte de una pareja idéntica que se encuentra en el Cementerio real. Representa a una cabra erguida sobre sus patas traseras para alcanzar las hojas superiores de un arbusto. Esculpida en madera (ahora podrida), la mayor parte de la figura estaba cubierta con pan de oro, mientras el vellón y las orejas de la cabra son de lapislázuli. British Museum, Londres, ME 122200. Altura 45,7 cm; anchura 30,48 cm.
Créditos: © The Trustees of the British Museum.

Figura 5.3. Fragmento de un fresco del palacio de Mari. El palacio de Mari era conocido en toda Siria por su grandeza y opulencia. Sus paredes estaban decoradas con frescos que los arqueólogos pudieron recuperar en cinco salas. Este fragmento muestra a un hombre barbudo guiando a un toro con una cuerda sujeta a un aro de la nariz. Las puntas de los cuernos del toro están cubiertas de metal y una media luna decora su frente. Museo Nacional de Alepo, Siria M10119. Altura 52 cm; anchura 47 cm.
Créditos: akg images/Erich Lessing.

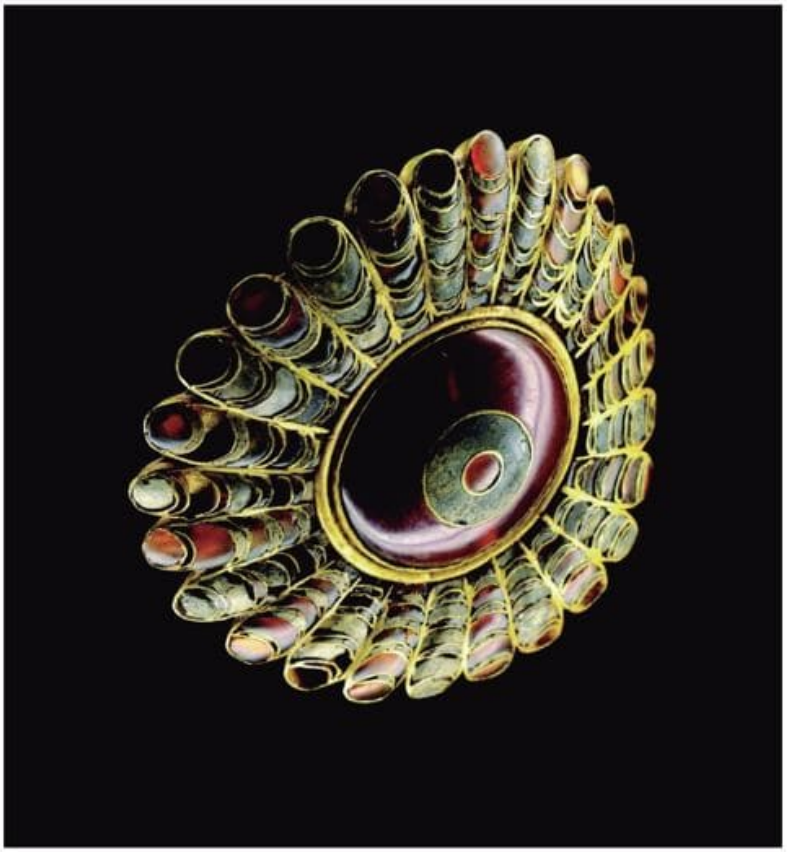


Figura 7.3. Objeto de las tumbas reales de Qatna. Los hallazgos en las tumbas bajo el palacio de Qatna son típicas de la riqueza acumulada por las élites urbanas de la segunda mitad del segundo milenio. Este objeto está fabricado en oro, lapislázuli y cornalina, y tiene un diámetro de 6,9 cm y muestra un notable nivel de calidad artesanal, con cada uno de los veintisiete pétalos cuidadosamente fabricados con nueve compartimentos de oro con piedra incrustada. Créditos: Marc Steinmetz/VISUM Foto.

Figura 8.4. Recipiente hitita en forma de ciervo. Este recipiente de plata con incrustaciones de oro en forma de ciervo es un ejemplo típico de la producción metalúrgica hitita. El pecho del ciervo tiene un agujero por el que podrían verterse líquidos y el friso en el borde del recipiente probablemente refleje el festival en el que se utilizaba The Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Donación del Norbert Schimmel Trust, 1989 (1989.281.10), 18 cm de altura. Créditos: © The Metropolitan Museum of Art/Art Resource/Scala, Florencia.

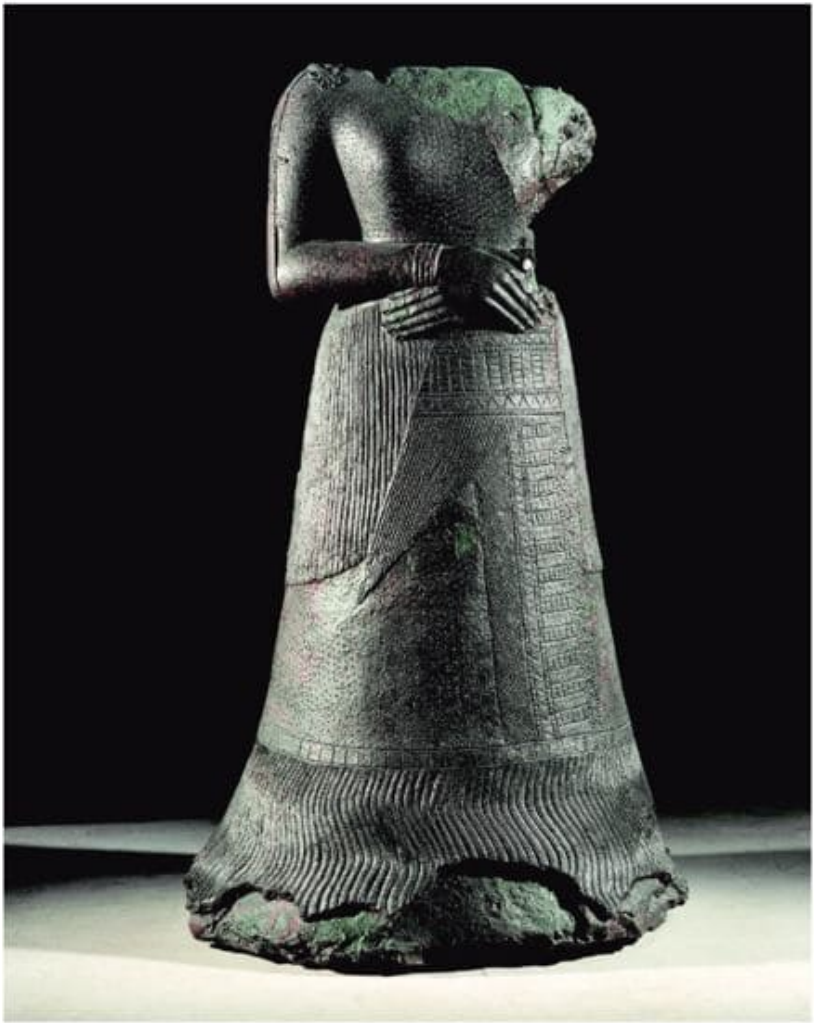


Figura 9.4. Estatua de la reina Napir-asu, esposa de Untash-Napirisha. Esta estatua es una muestra de la gran capacidad de los artesanos del metal elamitas de finales del segundo milenio. Usaron unos 1750 kg de metal para fabricarla y fundieron el objeto en dos partes. La carcasa exterior se fabricó con cobre y estaño por el método de la cera perdida, y el interior se rellenó de una aleación de bronce y estaño. Las dos partes se mantenían sujetas con pasadores. La mayor parte de las decoraciones del exterior iban fundidas, pero la inscripción y algunos detalles adicionales se grabaron y probablemente se adhirieran incrustaciones de oro y plata. El texto en elamita afirma que se trata de la estatua de Napir-asu y maldice a todo el que la dañe. Museo del Louvre, París. Cobre y bronce, 129 cm de altura, hallada en excavaciones en Susa.
Créditos: akg images/Erich Lessing.

Figura 10.4. Relieve asirio con camellos domesticados. Cuando se domesticó el camello en torno al siglo X, el desierto se vio más integrado en el Próximo Oriente, ya que los viajeros podían atravesarlo y usar los oasis como lugares de residencia. A partir de entonces, los árabes aparecen en los textos mesopotámicos, aunque como un pueblo todavía lejano. Cuando la expansión asiria se hallaba en su apogeo, sus gobernantes también quisieron hacerse con el control de los pueblos del desierto y los vemos en representaciones de la guerra. Nínive, siglo VII. British Museum, Londres.
Créditos: Werner Forman Archive.

Figura 12.2. Reconstrucción del palacio de Kalhu. La naturaleza de las ruinas mesopotámicas es tal que puede ser difícil imaginar cómo eran los edificios cuando se usaban. Los primeros exploradores fueron quizás más atrevidos que los arqueólogos actuales en sus reconstrucciones. Este grabado se realizó en 1853 sobre la base de la información que Sir Austen Henry Layard proporcionó tras sus excavaciones en Nimrud (antigua Kalhu). Muestra el salón del trono real alineado con relieves pintados de colores que representan escenas de guerra, caza y acciones de culto. Aunque uno puede cuestionar su exactitud, la escena transmite el espíritu de la realidad del pasado.
Créditos: The Art Archive/Gianni Dagli Orti.

Figura 12.3. Cinturón de oro de las tumbas de las reinas en Nimrud. Esta exquisita pieza pesa más de un kilogramo y fue hecha tejiendo alambres de oro fino en una banda ancha para

encerrar varios adornos de piedras semipreciosas: piezas redondas de ágata rayada y piezas rectangulares de ágata negra. Esta es solo una de las numerosas obras de joyería que se encuentran en estas tumbas y una vívida ilustración de la riqueza de la corte de Asiria. Museo de Iraq 105696. Peso: 1,1027 kg.
Créditos: Barry Iverson/Alamy.

Figura 13.4. Muerte de Sardanápalo, por Eugène Delacroix. Cuando Delacroix realizó esta pintura en 1827, el conocimiento de Asiria se limitaba a la información de la Biblia hebrea y de autores griegos antiguos, como Ctesias, que retrataba el Oriente como la antítesis de la vitalidad griega y como algo decadente. Sardanápalo yace de nuevo en apatía mientras sus mujeres del harén son masacradas y sus tesoros saqueados. La pintura sirve como un ejemplo perfecto de cómo se percibía el Próximo Oriente antiguo antes de que los descubrimientos arqueológicos y textuales revelaran los detalles de su historia. Louvre, París. 392 × 496 cm.
Créditos: akg images/Erich Lessing.

Figura 14.3. La puerta de Ishtar expuesta en Berlín. Los arqueólogos alemanes llevaron en su totalidad a Berlín la puerta mejor conservada de Babilonia. Su superficie está formada por ladrillos vidriados de colores que representan al dragón del dios Marduk y al toro del dios Adad como protectores de la ciudad. Los animales de color amarillo estaban moldeados en relieve sobre un fondo azul oscuro que ofrecía una vista impresionante a cualquiera que se acercara a la puerta. Staatliche Museen zu Berlin. Ladrillo cocido de 14 metros de altura y 30 metros de ancho.
Créditos: © Photo Scala, Florence/BPK, Bildagentur für Kunst, Kultur und Geschichte, Berlín.

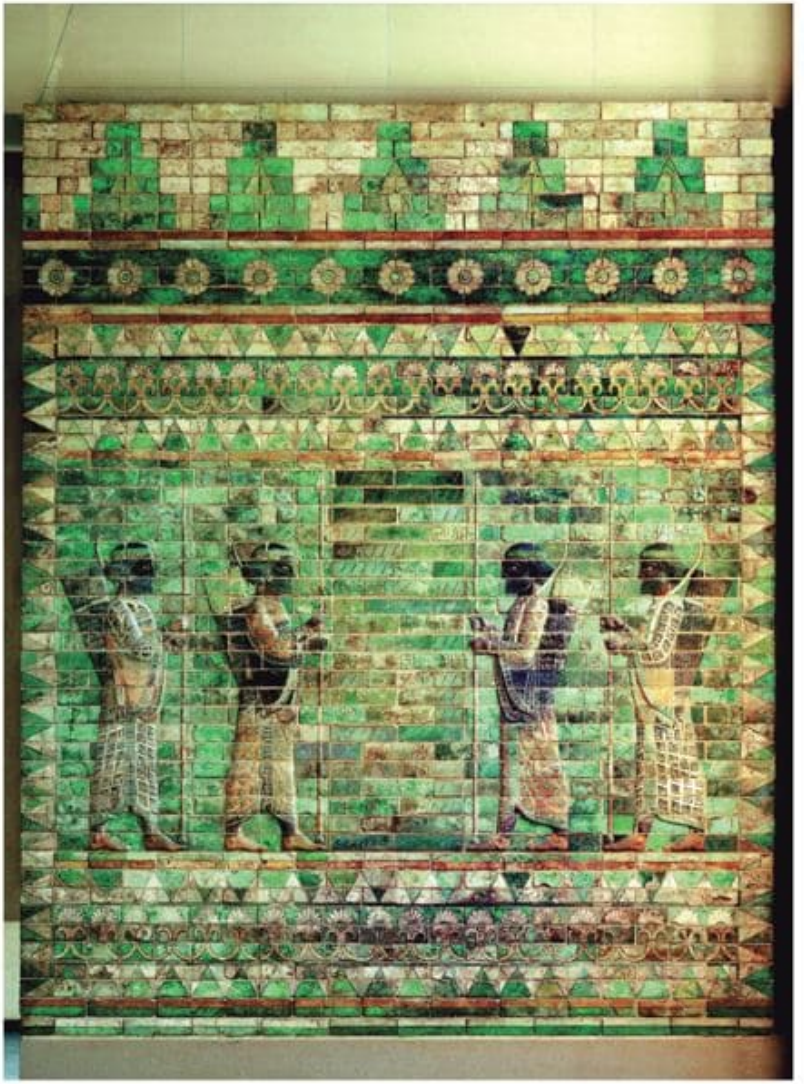


Figura 15.1. Representación de los arqueros persas de Susa. Las paredes del palacio de Darío en Susa estaban decoradas con paneles de ladrillo cocido vidriado, muchos de los cuales representaban a soldados de élite del ejército persa. Los hombres están vestidos con un atuendo militar completo, sosteniendo una lanza, armados con un arco y flechas, y vestidos con una larga túnica. Son de tamaño natural y probablemente estaban destinados a proporcionar una protección constante al rey. Ladrillo silíceo vidriado policromado, H. 4,75 m; W. 3,75 m. Museo del Louvre, París.
Créditos: akg images/Erich Lessing.

PARTE III

IMPERIOS

11

EL PRÓXIMO ORIENTE A COMIENZOS DEL PRIMER MILENIO

853 Batalla de Qarqar entre el rey asirio Salmanasar III y la coalición occidental

ca. **850** Sarduri I unifica el estado de Urartu

ca. **740** Resurgimiento elamita

691 Batalla de Halule entre Senaquerib de Asiria y Humban-nimena de Elam

646 Asurbanipal de Asiria saquea Susa

626 Nabopolasar funda la dinastía neobabilónica

Con el inicio del primer milenio, la situación política en las diversas partes del Próximo Oriente se había asentado y había surgido una red de estados completamente nueva. En consecuencia, los escribas redactaron de nuevo registros, y

los reyes y otras personas encargaron una vez más edificios y monumentos, con lo que la comprensión del historiador acerca de lo sucedido mejora drásticamente. Sin embargo, el proceso llevó su tiempo, y es sólo en el siglo IX cuando las fuentes comienzan a arrojar luz sobre una amplia región geográfica. En este momento, una potencia comenzó a dominar, Asiria, aunque debemos esperar hasta el siglo VII antes de que abarcara tanto que todo el Próximo Oriente se pueda estudiar a través de sus fuentes. A pesar de la preeminencia de Asiria en las reconstrucciones históricas, debemos tener en cuenta que otros estados coexistieron con ella. La evidencia histórica sobre ellos a menudo es escasa, y para estudiarlos debemos considerar también documentación algo anterior y posterior. Estos estados incluían a Babilonia en el sur de Mesopotamia, y Urartu, que se desarrolló en el este de Anatolia a comienzos del primer milenio. Elam, en el oeste de Irán, se convirtió en un actor crucial solamente en el siglo VIII. Fuera del Próximo Oriente, tal y como está definido en este libro, Egipto siguió siendo importante. En la región siro-palestina y el oeste de Anatolia existía una gran cantidad de estados más pequeños. Algunos fueron una continuación de los del segundo milenio (las ciudades portuarias fenicias y los estados neohititas), mientras que otros eran nuevos (los estados arameos en Siria, y los de Israel, Judá estos

11.1. LOS ESTADOS DEL ESTE

En el este del Próximo Oriente, los tres estados que dominaron en el período del Bronce Final, Asiria, Babilonia y Elam, continuaron siendo importantes a principios del primer milenio, mientras que un recién llegado, Urartu, se desarrolló como una potencia internacional a comienzos del primer milenio. Nuestra capacidad para reconstruir sus res-

pectivas historias es desigual y está muy sesgada hacia el punto de vista asirio. Aun así, un estudio del desarrollo del Imperio asirio tiene que tener en cuenta a estos vecinos, y aquí se proporciona una rápida visión de sus respectivas historias.

Todo el período del 1000 al 626 fue muy difícil para Babilonia. Políticamente, la región estaba en desorden, con varios grupos compitiendo por el poder, y económicamente era débil debido a un colapso de la infraestructura agrícola y la pérdida de acceso a las rutas comerciales. En términos políticos, el poder pasó de los casitas a los caldeos a través de un largo período de inestabilidad, lo que se complicó especialmente porque muchas personas, tanto de dentro como de fuera de Babilonia, estaban decididas a tomar el control. La *Lista real de Babilonia A* incluye numerosos nombres reales entre el final de la dinastía casita en 1155 y la pacificación de Babilonia bajo los caldeos en el 626. Aunque los agrupa en una serie de dinastías (Dinastía de Isin II, Dinastía del País del Mar II, etc.), los nombres de los reyes revelan que tenían orígenes diversos, y rara vez se sucedieron dos hombres de la misma familia. Entre ellos hubo casitas, elamitas, babilonios y caldeos, y a partir del 728, los asirios se involucraron directamente. Sus intentos de gobernar Babilonia se describirán en el próximo capítulo. La mayoría de estos hombres logró poco, y una historia política de este período puede leerse fácilmente como una mera sucesión de nombres (para una lista de gobernantes, véase la Sección 15 de las Listas de Reyes al final del libro).

El principal desafío para los reyes de Babilonia era controlar su territorio. Los arameos y los caldeos recién llegados dominaban el campo y ciertas regiones eran *de facto* independientes. Las tribus arameas eran las más prominentes

a lo largo del río Tigris y parecen haberse asentado principalmente en pequeñas comunidades de pueblos en los límites de la zona agrícola. Las narraciones militares asirías enumeran muchos nombres tribales, entre los cuales los más importantes son los pueblos de Gambulu y Puqudu. Los arameos no buscaron la integración en la sociedad babilónica y en su mayoría no tenían ambiciones de poder político más allá de sus propias comunidades. Para el 850, los caldeos se habían establecido firmemente a lo largo del Éufrates y en el sur de Babilonia, incluso en ciudades fortificadas, pero no sabemos de dónde habían venido. Algunos estudiosos afirman que estaban estrechamente relacionados con los arameos, pero las fuentes antiguas siempre los mantienen diferenciados, por lo que esta idea no es segura. Los caldeos se organizaron en tres tribus principales, Bit-Amukani, Bit-Dakkuri y Bit-Jakin, y estas afiliaciones siguieron siendo importantes a lo largo de su historia. Intentaron obtener autoridad política en Babilonia y con frecuencia lograron apoderarse del trono. En consecuencia, lideraron regularmente la oposición a la expansión asiria en Babilonia. Su mayor integración en la sociedad babilónica es visible en el hecho de que frecuentemente adoptaron nombres babilónicos.

Mapa 11.1. El Próximo Oriente a principios del primer milenio.

Los pocos textos que tenemos de este período mencionan la violencia y la guerra, no sólo entre ciudades y grupos tribales, sino también entre diferentes ciudades. Por ejemplo, Nabu-shuma-imbi, gobernador de Borsippa en el norte de Babilonia a principios del siglo VIII, escribió:

> *Hubo desórdenes, disturbios, revueltas y altercados en Borsippa, la ciudad de la verdad y la justicia. Durante el reinado del rey Nabu-shuma-ishkun, los de Dakkuri, los babilonios, los de Borsippa, (la gente de) la ciudad de Duteti (que está en) las orillas del Éufrates, todos los caldeos, los arameos, (y) las personas de Dilbat afilaron (?) sus armas durante muchos días (para luchar) unos contra otros (y) se mataron entre sí. Además, pelearon con los de Borsippa por sus campos*[35].

Las referencias a luchas contra grupos tribales abundan en otros textos. Parte de la retórica antitribal, que los acusa de comportamiento hostil y destructivo, probablemente resultó de la actitud negativa por defecto hacia los recién llegados por parte de los residentes de las antiguas ciudades. Pero no se puede negar la naturaleza altamente inestable del período y su carácter bélico.

Los asirios a menudo agravaron esta situación volátil con sus acciones militares. Ya en la segunda mitad del siglo IX estaban haciendo campañas militares en la región, a veces contra las tribus en apoyo de las ciudades, a veces contra el gobernante de Babilonia. Esta última no siempre fue la parte más débil. A mediados del siglo IX, su rey Marduk-zakir-shumi I (854-819) le pidió a Salmanasar III (858-824) que lo ayudara a sofocar una rebelión de su hermano menor. El hecho de que Salmanasar III lo considerase como un igual se desprende claramente de una representación en la base de su trono en Kalhu, en la que se muestra dando la mano al rey babilonio. Por el contrario, este último apoyó la reivindicación de Shamshi-Adad V al trono de Asiria cuando murió Salmanasar III y le impuso un tratado desfavorable. Pero el poder babilónico fue demasiado efímero para mantener esta actitud por mucho tiempo, de manera que en el 812 Shamshi-Adad V capturó y deportó a dos reyes babilónicos seguidos. Esto parece que dejó al país en total desorden, y es posible que no hubiera reyes en absoluto en Babilonia por un tiempo. Sólo cuando, en el 728, Asiria trató de gobernar Babilonia directamente, el caos disminuyó ligeramente, pero incluso entonces la inestabilidad duró otro siglo, como veremos en el próximo capítulo.

Dentro de esta confusión, las ciudades se destacaron como centros aislados que preservaron la vida política y cultural tradicional. En términos políticos, parecen haber sido importantes como un apoyo para el poder real, que conservó su carácter urbano del pasado. Las antiguas ciudades de Babilonia eran muy reducidas en tamaño y económicamente débiles. Sin embargo, proporcionaron al rey puntos de control para los ingobernables territorios rurales. A cambio, los ciudadanos pudieron exigir privilegios especiales que

parecen haber sido muy amplios, a pesar de que sus características precisas no están claras. A los reyes no se les permitía cobrar impuestos ni exigir tareas forzadas para el trabajo y el servicio militar; no podían arrestar a nadie ni confiscar propiedades. Estos privilegios parecen haberse renovado después del nombramiento de cada nuevo rey como un acuerdo personal y sobrevivieron al período de dominación asiria. La lista de ciudades que los otorgaba incluía Babilonia, Borsippa, Nippur, Sippar y Uruk, todos centros religiosos importantes. Los dioses eran considerados los guardianes del acuerdo, y un texto literario que llamamos *El consejo a un príncipe* (la fecha de su composición es desconocida) establece claramente que el rey sería severamente castigado si él lo rompía. Aunque los gobernadores reales en las ciudades debían lealtad al rey en Babilonia, debieron de haber tenido una autonomía sustancial en muchas ocasiones durante el período.

Estas ciudades continuaron con las tradiciones culturales y religiosas de Babilonia, aunque no se pudo dedicar mucha riqueza a dicha actividad. Hasta la conquista de la región por parte de Asiria, se realizaron pocas obras de construcción, limitadas en su mayoría a la restauración de antiguas estructuras y murallas. En las prácticas religiosas, el papel del dios Marduk había aumentado sustancialmente a finales del segundo milenio, especialmente bajo el rey Nabucodonosor I, quien trajo su estatua desde Elam. A principios del primer milenio, el hijo de Marduk, Nabu, el escriba de los dioses, se hizo prominente, al igual que su ciudad de culto, Borsippa. Su estatua tuvo que visitar Babilonia durante el festival de Año Nuevo, que se había convertido en el ritual real más importante, y en los registros se anotó cuándo la estatua de Nabu no participó en el festival. La actividad de

los escribas también se limitó debido a la falta de actividad económica y constructiva. La cantidad de registros legales y administrativos es insignificante, y las inscripciones oficiales son raras y en su mayoría muy cortas. Sin embargo, se siguieron copiando textos literarios y académicos anteriores. Cuando en el siglo VII el rey Asurbanipal de Asiria compiló su biblioteca en Nínive, ordenó a sus funcionarios que entraran en los templos de Babilonia y en las casas privadas de sacerdotes y eruditos para recolectar tablillas que eran raras y no estaban disponibles en Asiria. Esto sugiere que los templos se habían convertido en los patrones de la actividad de los escribas.

Desde finales del siglo VIII en adelante, el estado de Elam en el este apoyó regularmente la oposición de Babilonia y Caldea a Asiria. Las marismas del sur permitieron a los rebeldes simplemente huir de Babilonia a Elam para escapar del ejército de Asiria. Además, los babilonios persuadieron fácilmente a los ejércitos elamitas para que lucharan contra Asiria y con frecuencia pagaban por estos servicios. Conocemos la historia de Elam en el primer milenio casi exclusivamente a través de fuentes asirías y babilónicas: aunque algunos reyes elamitas dejaron inscripciones, éstas son pocas y contienen poca información. Para el período del resurgimiento elamita en la escena internacional desde aproximadamente 740 hasta 647, sólo conocemos cinco reyes en fuentes nativas, mientras que las fuentes mesopotámicas registran quince hombres que reclamaron el trono. A pesar de la inestabilidad política de Elam —quince reyes en cien años—, el estado pudo causar problemas a Asiria y adquirir una riqueza que la convirtió en la envidia de sus vecinos.

Después del saqueo de Susa por Nabucodonosor I alrededor del 1100, no tenemos casi noticias sobre Elam hasta que

se unió a Babilonia en sus luchas contra Asiria. El primer gobernante atestiguado fue Humbannikash, quien ayudó en la lucha contra Sargon II (gobernó entre 721 y 705). Su sucesor Shutruk-Nahhunte II, en su propio nombre y con el título de «rey de Anshan y Susa», se refirió al glorioso pasado del Reino Medio elamita y dejó inscripciones en Susa y en Malamir, un lugar en el camino a Anshan. No está claro que también controlara esta última área, a pesar de su apelativo oficial. La guerra prolongada con Asiria condujo a victorias y derrotas en ambos bandos, teniendo a menudo un resultado indeterminado. Los distintos testigos difieren regularmente en quién ganó cada batalla. Por ejemplo, después de la batalla de Der en el 720 entre Asiria y una coalición de babilonios y elamitas, el asirio Sargon II y el caldeo Marduk-apla-iddina reclamaron la victoria en sus propias inscripciones, mientras que la *Crónica de Babilonia* la atribuyó al rey elamita e informó de que los caldeos ni siquiera llegaron a tiempo. En el 691, Senaquerib de Asiria se enfrentó a una coalición de estados iraníes liderada por Humban-nimena de Elam en Halule en el Tigris. De nuevo, el asirio proclamó la victoria, mientras que la *Crónica de Babilonia* se la dio al elamita. La batalla no fue decisiva, y no evitó que Senaquerib devastara Babilonia, aunque sí le impidió invadir Elam. Después hubo un período de relativa paz, que sólo terminó en el 664 cuando Elam atacó Babilonia. Diez años más tarde, el asirio Asurbanipal invadió Elam y luchó en una batalla en el río Ulai, que fluye cerca de Susa. El rey de Elam, Te'umman, fue asesinado y decapitado (figura 11.1) y su cabeza fue transportada a Nínive para su exhibición en el jardín real. Cuando Asurbanipal y su hermano se involucraron en una guerra civil en Babilonia desde el 652 hasta el 648, Elam apoyó a Babilonia; Asurbanipal derrotó a su her-

mano y se volvió contra Elam, saqueando la campiña. En el 646 devastó Susa y todos los demás centros elamitas restantes. La destrucción de la capital fue lo más minuciosa posible: los asirlos salaron los campos para inutilizarlos y deportaron a la población en masa a Samaría, en el oeste del imperio. Incluso exhumaron los huesos de las tumbas reales y los aplastaron. Sin embargo, el estado, aunque pequeño y débil, siguió existiendo, y Elam sobrevivió más tiempo que Asiria, hasta que los persas lo integraron en su imperio en el siglo VI.

Figura 11.1. Representación por parte de Asurbanipal de la muerte del rey Te'umman. En un intrincado relieve de pared en su palacio en Nínive, el rey Asurbanipal representó la batalla de Til-tuba en la que mató al rey de Elam. La escena muestra la decapitación del rey elamita y su hijo. El texto superior de seis líneas dice cómo Te'umman fue herido en la batalla y trató de huir al bosque con su hijo Tammaritu. Asurbanipal los mató y los decapitó. Otras partes del relieve muestran cómo se llevó a Nínive la cabeza de Te'umman y terminó colgando de un árbol en el jardín del palacio en el que Asurbanipal y su esposa dieron una fiesta. British Museum, Londres.
Créditos: Werner Forman Archive.

Una gran inestabilidad caracterizaba la vida política interna elamita. Varias familias se disputaron el trono y los que fracasaron a menudo buscaron apoyo en Asiria para sus pretensiones. El poder de los señores locales parece haber sido grande y adquirieron una riqueza que parecía fabulosa a los ojos de los asirios. Dicha riqueza debió de derivarse en parte del control de las rutas comerciales, pero no tenemos documentos para estudiarlo en detalle.

Elam probablemente sólo controlaba la llanura de Khuzestan en el flanco occidental de los montes Zagros. Las tierras altas de Anshan eran el hogar de los persas, y otros grupos que recientemente habían ingresado en el área habitaban los montes Zagros más al norte. Formaron varios estados que al principio fueron coaliciones sueltas de pueblos, con nombres que sólo conocemos por fuentes asirías. Estas mencionan a los medos, maneos, persas y otros, originalmente con un gran número de reyes, pero más tarde como estados consolidados. Es a partir de esta compleja situación política mediante la cual los principales opositores a Asiria se desarrollarán más adelante.

Al norte de Asiria, en el este de Anatolia, existía uno de los estados más enigmáticos e importantes del Próximo Oriente antiguo: lo llamamos Urartu siguiendo la práctica asiria, pero el término indígena era Biainili, es decir, «los de la tierra de Bia». Ese último término ha sobrevivido hoy en el nombre del lago Van. Si bien está claro que Urartu jugó un papel crucial en la primera mitad del primer milenio, y que en un momento fue el estado más poderoso de la región, la reconstrucción de su historia es extremadamente difícil. La mayor parte de la información debe extraerse de los relatos asirios, que también proporcionan el único marco cronológico que tenemos. Estos mencionan a los gober-

nantes urarteos únicamente en situaciones de conflicto. Los mismos habitantes de Urartu dejaron inscripciones, al principio en el idioma, escritura y formulario asirios, y desde finales del siglo IX también en el idioma urarteo. Hay bastantes textos bilingües asirio-urarteos, presentes principalmente en inscripciones de edificios que mencionan campañas militares, y tienden a ser repetitivos; proporcionan poca información sobre la historia del estado. La información textual está, por tanto, sesgada hacia una visión asiria. La exploración arqueológica en Urartu se ha centrado en las fortalezas de las montañas y nuevamente enfatiza los aspectos militares del estado.

Altas montañas y valles estrechos, con ríos que no forman un sistema secuencial, dominaban el territorio de Urartu (documento 11.1). Los nacimientos de muchos ríos se originaron allí, pero fluían en todas direcciones y sólo el Éufrates era navegable. El centro original del estado era el lago Van, cuyas aguas eran demasiado salinas para el consumo humano y para la agricultura. Los habitantes vivían en aldeas en los valles que a menudo no podían abandonar durante el invierno debido a la nieve. El tráfico a través de la región fue difícil, hecho que lo protegió de los avances del ejército asirio, entre otros. El estado se extendió en todas las direcciones y se topó con Asiria en el sur de Anatolia y el noroeste de Irán, donde se acercó al corazón asirio. Sus fronteras norte y éste no quedan claras, pero en su apogeo Urartu incorporó la región del estado moderno de Armenia. La moderna Ereván se encuentra donde antiguamente estaba ubicada la Erebuni urartea. El nombre de la ciudad sigue siendo el mismo después de más de dos mil años.

Documento 11.1. UNA DESCRIPCIÓN ASIRIA DE LOS

MONTES ZAGROS

Para los asirlos que vivían en las tierras bajas, los montes Zagros y Tauro al este y al norte presentaban barreras formidables y un entorno natural desconocido. Las campañas militares con ejércitos regulares eran difíciles allí y la expansión asiria se veía limitada. En esta región se enfrentaron, sin embargo, al estado de Urartu y cuando Sargon II decidió atacarlo en el año 714, tuvo que entrar en las inhóspitas montañas. En su informe sobre la campaña, una carta al dios Asur escrita en un elaborado lenguaje literario que utiliza muchas metáforas del mundo animal, describe los desafíos a los que se enfrentó en estos términos:

> *El monte Simirria, un gran pico de una montaña que apunta hacia arriba como la hoja de una lanza y levanta la cabeza sobre la montaña donde vive la diosa Belet-ili, cuyas dos cimas se apoyan contra el cielo en lo alto, cuyos cimientos llegan al medio del inframundo de abajo, que, como la parte posterior de un pez, no tiene camino de un lado a otro y cuyo ascenso es difícil por delante o por detrás, los barrancos y abismos están profundamente cortados en su costado y visto desde lejos, está envuelto en el miedo, no es bueno subir en un carro o con caballos al galope y es muy difícil hacer que la infantería avance en él; sin embargo, con la inteligencia y la sabiduría que los dioses Ea y Belet-ili me destinaron y que ampliaron mis pasos para nivelar la tierra enemiga, hice que mis ingenieros cargaran pesadas hachas de bronce y rompieran los picos de la alta montaña como si fueran de piedra caliza e*

hicieran el camino liso. Me puse a la cabeza de mi ejército e hice que los carros, la caballería y las tropas de batalla que me acompañaban volaran sobre él como águilas. Hice que las tropas de apoyo y soldados de infantería los siguieran y los camellos y las mulas de carga saltaron sobre los picos como cabras criadas en las montañas. Hice que el aluvión de asirios cruzara fácilmente su difícil altura y en la cima de esa montaña levanté el campamento.

Traducción según Thureau-Dangin, 1912: láms. I-II.

Las primeras referencias a una organización política en esta región se remontan al siglo XIII, cuando los reyes asirios hicieron campaña al norte de Siria y encontraron lo que llamaron Nairi y Uruatri, una variante del nombre posterior Urartu. Las entidades políticas separadas unieron fuerzas muy probablemente como reacción a la agresión asiria. Del siglo IX en adelante, los reyes asirios mencionan menos oponentes, pero más formidables, en la región del este de Anatolia. El gobernante que unificó el estado de Urartu e inició su dinastía real fue Sarduri I, como lo atestiguan los relatos de Salmanasar III (gobernó entre el 858 y el 824). Sus sucesores inmediatos convirtieron el estado en una potencia importante. Hicieron campañas incesantemente en todas las direcciones desde el corazón del lago Van y anexionaron territorios tan al norte como Erebuni; en el oeste llegaron al norte de Siria y en el sureste ocuparon los montes Zagros al este de Asiria. Sin embargo, mantuvieron allí varios estados fronterizos y existieron acuerdos entre Asiria y Urartu sobre el acceso a los mismos. La política expansionista de Urartu se vio facilitada por la debilidad interna de Asiria a finales del siglo IX y principios del VIII. La situación era tan mala que un oficial asirio del norte de Siria, Shamshi-ilu, li-

deró personalmente la defensa contra los ataques de Urartu en lugar de esperar al rey. Los urarteos solidificaron sus conquistas territoriales mediante la construcción de un sistema de fortalezas montañosas, como Rusa-patari, «Pequeña ciudad del rey Rusa», o Teishebaini, «Ciudad del dios Teisheba». Situadas en la cima de elevaciones naturales, controlaban las llanuras agrícolas y las rutas comerciales que las atravesaban. Eran centros administrativos y contenían enormes áreas de almacenamiento de grano y vino. La región debió de tener extensos viñedos, ya que la cantidad de vino consumida era enorme. El estado apoyó el desarrollo agrícola mediante la construcción de obras hidráulicas, incluidos acueductos que parecen haber inspirado proyectos asirios. La tarea requería una gran fuerza de trabajo y es probable que muchas de las expediciones militares estuvieran destinadas a reunir personas para estos menesteres.

A mediados del siglo VIII, bajo el reinado de Sarduri II, Urartu estaba en el apogeo de su poder. Controlaba las rutas comerciales desde el norte de Mesopotamia e Irán hasta el mar Mediterráneo y hasta las fuentes de metal en Anatolia. El norte de Siria estaba a su alcance, con lo que la reorganización de Asiria y su posterior expansión condujo a confrontaciones inmediatas con Urartu. Éstas se detallan en los relatos asirios, naturalmente con un fuerte sesgo proasirio. Tiglatpileser III (gobernó entre 744 y 727) luchó contra los urarteos en el oeste, donde habían hecho alianzas con estados sirios como Bit-Agusi, cerca de Alepo. Sargon II atacó el estado fronterizo entre Asiria y Urartu, moviendo sus tropas a través de los montes Zagros al este de Asiria. Saqueó la ciudad de Musasir, un importante centro religioso del principal dios de Urartu, Haldi, con la intención de interrumpir el culto oficial de ese estado. En el siglo VII, Urartu

ya no era un objetivo de las campañas asirías, pero sus espías lo vigilaban de cerca y enviaban informes a Nínive. La diplomacia reemplazó a la guerra y Asiria contuvo la amenaza de Urartu, pero no tuvo la intención, o fue incapaz, de dar el golpe final.

Figura 11.2. Placa de bronce de Urartu. Originalmente, la pieza estaba unida a un objeto más grande y representa la misma escena dos veces: dos hombres cargando haces de palos seguidos por un carro con un conductor y probablemente un pasajero prominente. La inscripción en urarteo dice: «Propiedad del (rey) Argishti». Una gran parte de la orfebrería urartea como esta fue saqueada de lugares como las modernas Turquía, Irán y Armenia, y la ausencia de un contexto hace que sea difícil decir mucho sobre su función y uso. También existen falsificaciones modernas. Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Bronce, 6,91 × 15,24 cm.
Créditos: © 2014. Metropolitan Museum of Art/Art Resource/Scala, Florencia.

El destino final de Urartu pudo haber estado más determinado por personas del norte cuya identidad no está clara. Los académicos han sugerido a varios grupos como los responsables de su desaparición. Entre ellos se encuentran los cimerios del norte de Anatolia, que a principios o mediados del siglo VII parecen haber controlado los Zagros centrales y pudieron haber aniquilado a Urartu en el camino. También se ha culpado a los medos y a los escitas, pero no hay pruebas sólidas de ello. No obstante, el final de Urartu fue violento y la arqueología muestra que se quemaron muchas de sus fortalezas. Ciertamente, a finales del siglo VI, Armenia había reemplazado a Urartu cuando la región se incorporó al Imperio persa.

La cultura y la religión de Urartu siguen siendo poco conocidas. La lengua no tiene cognados excepto el hurrita del segundo milenio, pero no es una forma posterior del mismo. Las dos lenguas tenían un ancestro común; mientras que sólo tenemos evidencia del hurrita en el segundo milenio, el urarteo también se debía hablar en aquel momento. El registro textual de Urartu consiste principalmente en inscripciones reales, algunas de las cuales también se conservan en versión asiria. Se ha encontrado un pequeño número de documentos económicos y cientos de sellos reales, lo que indica que el estado tenía una administración central. En las inscripciones se atestiguan muchos nombres de dioses, pero

pocos son conocidos. Tres deidades encabezaban el panteón, dos de las cuales también las conocían los hurritas: Teisheba, que era el dios de la tormenta hurrita Teshub, y Shiwini, el dios del sol hurrita Shimiki. El dios más importante en los relatos de batallas era Haldi, probablemente un dios de la guerra y desconocido en otras partes del Próximo Oriente. Su principal centro de culto fue Musasir, que Sargon II saqueó en 714.

Los restos materiales más impresionantes de Urartu son sus trabajos en metal, especialmente el bronce, que se fundía como vasijas, adornos para el mobiliario, armaduras, estatuillas, etc. (figura 11.2). La ubicación del estado le dio acceso directo a las minas y controló las rutas comerciales desde el centro de Anatolia e Irán, donde se encontraban otros recursos minerales. Por tanto, no es de extrañar que se hiciera hincapié en la metalurgia. Desafortunadamente, muchos de los restos fueron excavados ilícitamente y no conocemos su contexto arqueológico. Aunque nuestra comprensión de Urartu sigue siendo débil, es innegable que fue uno de los estados más poderosos del Próximo Oriente en los primeros tres siglos del primer milenio, y que su existencia tuvo efectos importantes en el desarrollo del Imperio asirio. Es una ilustración típica de uno de los principales desafíos a los que se enfrenta el historiador del Próximo Oriente antiguo. Somos conscientes de que fue un actor importante en la escena internacional, pero debido a que sus fuentes nativas son pocas y carecen de detalles, nos vemos obligados a estudiar Urartu a través de los ojos de los asirios —en consecuencia, tendemos a ver el estado como más marginal y menos maduro de lo que realmente era—.

11.2. EL OESTE

Mientras que los grandes estados territoriales dominaban la parte oriental del Próximo Oriente (Asiria, Babilonia, Elam, Urartu), en el oeste la fragmentación política seguía siendo la norma. Habitado y gobernado por grupos que hablaban diferentes idiomas y tenían variadas tradiciones y ascendencias, los estados todavía estaban centrados principalmente alrededor de una ciudad que actuaba como capital política. Podemos distinguir entre aquellos que continuaron con las tradiciones políticas y culturales de finales del segundo milenio, principalmente los estados neohititas y fenicios, y aquellos que eran recién llegados, principalmente los estados arameos. Sin embargo, está claro que el poder político se desplazó cada vez más hacia los arameos, hasta que los asirios conquistaron la región a finales del siglo VIII.

Figura 11.3. Ortostato neohitita de Guzana. La escena muestra a dos hombrestoro sosteniendo un disco solar alado delante de un hombre sentado, probablemente el rey. Losas esculpidas de piedra como esta decoraban los palacios de los gobernantes neohititas en el sur de Anatolia y el norte de Siria, y pudieron haber inspirado el concepto asirio de relieves palaciales del

posterior primer milenio. Metropolitan Museum of Art, Rogers Fund (1943.135.1). *Ca.* siglo IX a.C. Piedra caliza, 68 × 107 × 51 cm.
Créditos: © 2014 Metropolitan Museum of Art/Art Resource/Scala, Florencia.

Los llamados estados neohititas se encontraban en el sur de Anatolia y el noroeste de Siria, desde el valle del alto Éufrates hasta la costa mediterránea. Los relatos asirlos llaman a la región Hatti, reconociendo así una conexión con el estado hitita del segundo milenio. De hecho, había continuidad en la escritura y la lengua que las personas de allí usaban, así como en la ideología política. Como se mencionó antes, los estados neohititas usaron los llamados jeroglíficos anatolios para escribir el idioma luvita, que había sido uno de los medios oficiales de expresión en el reino hitita. Políticamente, los gobernantes de algunos estados se presentaron como descendientes de los reyes hititas. Crucial en esta transmisión fue la ciudad de Karkemish, donde un virrey del rey de Hattusa, a menudo un príncipe, había residido en el segundo milenio. Cuando el estado hitita colapso, Kuzi-Teshub, el hijo del último virrey atestiguado, se declaró a sí mismo «gran rey de Hatti» y llenó el vacío de poder en el norte de Siria. Sin embargo, el estado pronto se fragmentó y se desarrolló un conjunto de reinos sucesores a lo largo del Éufrates y hacia el oeste. El más destacado fue Melid, alrededor de la ciudad de Malatiya en el alto Éufrates, donde los gobernantes afirmaban descender de Kuzi-Teshub. Más al oeste había una serie de estados donde los reyes llevaban nombres como Muwatalli y Suppiluliuma en la tradición del segundo milenio.

Recuadro 11.1. LOS FENICIOS EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL

Las pequeñas ciudades-estado de las actuales costas libanesa y siria —Tiro, Sidón, Biblos y Arwad— tuvieron un alcance asombroso más allá del Próximo Oriente. Como centros mercantiles establecieron colonias en todo el Mediterráneo occidental e incluso, más allá del estrecho de Gibraltar, en el sur de España y Marruecos. Todas las colonias estaban en la costa, estratégicamente ubicadas para adquirir recursos naturales, especialmente minerales metálicos. Los objetivos fenicios más claros son quizá los de la costa atlántica del sur de España. Según los autores griegos y romanos, los mercaderes de Tiro establecieron allí una colonia hacia el 1100 (fecha probablemente demasiado temprana) y la arqueología confirma su presencia como muy tarde a partir del siglo VIII en adelante. Fundaron el asentamiento de Cádiz sobre lo que entonces era un conjunto de islas en la bahía de la desembocadura del río Guadalete. Esta ubicación les daba acceso a las minas inmensamente ricas de plata y oro del interior de España, cuyos ingresos se transportaban a la costa y a Cádiz. Los depósitos más importantes se encontraban en el río Tinto, cerca de la actual Sevilla, una zona que se explotó

hasta el año 1887 d. C. Los restos del refinamiento de mineral del primer milenio a. C. se extienden sobre un área de 1,6 por 0,54 km y sugieren que en aquella época se extrajeron alrededor de seis millones de toneladas de plata. La gente local hacía todo el trabajo, probablemente bajo supervisión fenicia y la plata refinada era enviada desde Cádiz principalmente al Próximo Oriente. Los comerciantes, al parecer, tenían poca interacción cultural con las poblaciones locales. La propia Cádiz tenía una pequeña y compacta comunidad con tres templos dedicados a los dioses fenicios Astarté, Ba'al-Hammon y Melqart, y la arqueología de todo el Mediterráneo occidental muestra que la influencia local sobre los fenicios era limitada y viceversa. Sólo se mezclaron las culturas en Malta, a medio camino entre el Levante y las colonias occidentales. Los fenicios introdujeron así las tradiciones del Próximo Oriente en el mundo Mediterráneo occidental, aunque su impacto se hizo más tangible sólo después de que Cartago, en el norte de África, asumiera un papel protagonista. Sus colonias muestran como los intereses comerciales inspiraban la exploración a larga distancia ya en esta época tem-

prana. La idea de que los marineros fenicios llegaron a América Latina fue popular en los siglos XVIII y XIX e.c. y en el siglo XX algunos expertos muy destacados argumentaron que en Brasil se había excavado una auténtica inscripción fenicia. Sin embargo, resultó ser una falsificación y no existen evidencias fehacientes de fenicios en América.

Sabemos poco sobre la organización política interna de estos estados. Las ciudades tenían ciudadelas con palacios y templos rodeados de enormes muros y en ese sentido continuaron las prácticas del segundo milenio. Aunque no hay registros escritos que demuestren cómo gobernaban las élites, hay indicios de que vivían en un lujo que era la envidia de los demás. Los asirios admiraban tanto los palacios del norte de Siria que imitaban elementos en su propia arquitectura real. Hablaban de un pórtico con columnas como «en el estilo de Hatti» y los relieves de sus palacios pudieron haber estado inspirados por los ortostatos de las ciudadelas reales del norte de Siria. Ésos se colocaban en puertas y muros, tallados con escenas en un estilo típicamente neohitita (figura 11.3), y con frecuencia contenían inscripciones jeroglíficas en las que se celebraban los actos del rey. Las rebeliones sociales que contribuyeron al colapso del sistema del segundo milenio parecen haber pasado por alto a los estados neohititas.

La riqueza de la región neohitita probablemente se deriva de su control sobre las rutas comerciales y las zonas mineras. Varias de las ciudades más importantes, como Karkemish y Malatiya, controlaban pasos sobre el Éufrates, y todo

el tráfico desde Anatolia a Siria también tenía que atravesar la región. La ubicación estratégica y la riqueza de estos estados los convirtieron en blancos atractivos para sus poderosos vecinos. Cuando los asirios se expandieron hacia el oeste, se encontraron con ellos en cuanto cruzaron el río Éufrates. Los estados neohititas se vieron, así, obligados en el siglo IX a rendir tributo a Salmanasar III y a mediados del siglo VIII Tiglatpileser III los incorporó gradualmente a su imperio. En el período intermedio cuando Asiria era débil, Urartu extendió su influencia sobre estos estados. Por otra parte, los arameos fueron capaces de hacerse con el poder político en algunos de los estados neohititas. Por ejemplo, en el siglo VIII gobernaron Hamat, el reino neohitita más meridional de Siria central.

Otra región donde sobrevivieron las entidades políticas de finales del segundo milenio fue la costa levantina. Los puertos fenicios de Tiro, Sidón, Biblos y Arwad no fueron destruidos alrededor del 1200 y continuaron funcionando como antes, a pesar de que sus ricos clientes habían desaparecido. El cambio en el estado de estos últimos se describe vividamente en el *Cuento de Wenamón* egipcio. Relata cómo un sacerdote del dios Amón de Tebas en Egipto, alrededor del año 1100, viajó a Biblos para obtener madera de cedro. Le robaron en el camino, no pudo pagar por la madera y cuando apeló a las costumbres de intercambio de regalos que habían regulado el comercio de artículos de lujo en el segundo milenio, el gobernante de Biblos le dijo que no era sirviente de Egipto y exigió el pago; sólo después de que Wenamón procurara el pago, hicieron que recibiese la madera. Los fenicios fueron famosos por su control de los artículos de lujo, tales como las maderas duras, metales y productos de artesanía, y sus artesanos altamente cualificados.

Por lo tanto, cuando los autores bíblicos quisieron retratar a Salomón como un rey rico y poderoso, lo imaginaron recibiendo madera y constructores especializados de Hiram, rey de Tiro.

El mayor rasgo distintivo de los fenicios, no obstante, fue su capacidad como comerciantes marítimos. Con barcos técnicamente mejorados y con una gran capacidad de carga, navegaron hacia el oeste hasta Marruecos y España, donde establecieron colonias a partir del siglo XI. Se trataba de verdaderos puertos comerciales en los que los comerciantes recogían recursos del interior y los enviaban a casa (recuadro 11.1). Asimismo, en el propio Próximo Oriente grupos de fenicios residían en otras ciudades y estados para realizar negocios. A diferencia de los registros de los comerciantes asirios de principios del segundo milenio en Anatolia, los de los fenicios ya no existen, ya que fueron escritos en pergaminos y papiros perecederos. Al principio, los estados neohititas y arameos aportaron mercados lucrativos, ya que sus élites deseaban bienes de lujo; más tarde, el imperio asirio continuó con la demanda. Cuando los asirios llegaron a controlar Siria en el siglo VIII, exigieron grandes cantidades de tributos, pero dejaron independientes a las ciudades fenicias. Este acuerdo les proporcionó acceso a los bienes foráneos que deseaban sin tener que gestionar una infraestructura comercial en tierras lejanas. La colonización fenicia del norte de África se intensificó con el establecimiento de Cartago en la costa tunecina a principios del siglo VIII. El creciente foco fenicio en el oeste provocó una intensa competencia, al principio con los griegos que fundaron colonias a lo largo del norte del Mediterráneo, y siglos más tarde con la emergente Roma, que saqueó Cartago a mediados del siglo II a.e.c.

A pesar de la fama de los artistas y artesanos fenicios en la Antigüedad, se conservan relativamente pocos ejemplos de sus obras. Esto se debe en parte al hecho de que las ciudades han estado continuamente ocupadas hasta el día de hoy y son muy difíciles de explorar arqueológicamente. Sólo se conocen los artículos fáciles de transportar de fuera de Fenicia, y no siempre se sabe con certeza si se trataba de importaciones fenicias o de imitaciones locales. El arte es más conocido por los marfiles tallados, donde a menudo se empleaban motivos egipcios (figura

. Estos demuestran un nivel muy alto de artesanía, que imaginamos que también era apreciable en las otras obras. Los textiles fenicios eran considerablemente valorados —el nombre griego Fenicia también se usaba para indicar el color púrpura utilizado en el teñido de telas—, pero no han sobrevivido ejemplos. Además, los restos escritos de esta civilización son escasos, aunque fueron de importancia fundamental para el desarrollo de la escritura en todo el mundo antiguo. Debido a que los fenicios utilizaron el alfabeto lineal en papiro y pergamino, todos los registros de las transacciones diarias se han desintegrado con el tiempo, y sólo se conocen unas cuantas inscripciones monumentales talladas en piedra. Las fuentes clásicas hacen referencia a las historias fenicias, pero los relatos griegos y romanos parecen extremadamente confusos. La inscripción fenicia más larga fue encontrada en Karatepe en el sur de Anatolia y tiene una traducción luvita escrita en jeroglíficos anatolios. Es un relato de Azatiwata, un servidor del rey de Danuna, que conmemoró la construcción de una ciudad, llamada Azatiwadaya en su honor. Data de finales del siglo VIII o principios del VII, por lo que podemos estar seguros de que

para entonces la lengua y el alfabeto fenicios se habían extendido por el resto de Siria y el sur de Anatolia.

Figura 11.4. Marfil sirio al estilo fenicio. Esta pieza de marfil tallado muestra una diosa desnuda de frente que sostiene una flor de loto y dos leones en sus manos. La representación contiene muchos elementos decorativos egipcios, pero probablemente fue tallada en Fenicia,

ya que combina elementos iconográficos sirios con elementos egipcios. Fue excavada en la capital asiria, Kalhu, donde fue una de las muchas piezas de artesanía siria de alta calidad importadas. La pieza fue utilizada como testera de un caballo. Metropolitan Museum of Art, Rogers Fund, 1961 (61.197.5). *Ca.* siglos IX-VIII a.C. Marfil, 16,21 × 6,6 cm. Excavado en Nimrud (antigua Kalhu).
Créditos: © 2014. Metropolitan Museum of Art/Art Resource/Scala, Florencia.

El papel de los fenicios en la difusión del alfabeto es su logro cultural más reconocido. Habiendo preservado el uso de la escritura en la Edad Oscura después del 1200, los fenicios inspiraron todos los sistemas de escritura alfabética de sus vecinos. En el Próximo Oriente, las escrituras hebrea y aramea derivan del fenicio. De gran importancia para Europa fue la adopción del alfabeto fenicio por los griegos, ya fuera directamente de ellos o a través de intermediarios en Siria o Anatolia. Las fuentes clásicas fueron claras sobre esta deuda: los griegos llamaban a sus letras fenicias. Sin embargo, la fecha del préstamo es controvertida y los argumentos académicos se basan casi exclusivamente en las formas de las letras individuales, que eran notoriamente diversas. Las primeras inscripciones griegas pueden datarse en la primera mitad del siglo VIII, pero teniendo en cuenta la escasez de inscripciones anteriores en Próximo Oriente, no sería de extrañar que aún no se hayan encontrado las más antiguas. Así que algunos estudiosos han sugerido una fecha de transmisión del alfabeto a los griegos ya en el siglo XIII, lo que parece poco probable.

Las ciudades-estado fenicias fueron, por lo tanto, muy importantes para la preservación en el primer milenio de las tradiciones del segundo milenio, y fueron quizás las menos afectadas por los acontecimientos del 1200. Otros estados del interior también pudieron haberse adherido a las tradiciones cananeas. En Israel y Judá la lengua, el hebreo, era similar a lo que se hablaba en la región en el segundo milenio. Dioses, mitos y prácticas cultuales atestiguadas en los

textos ugaríticos, por ejemplo, encontraron su camino en el relato bíblico, muy probablemente porque en ciertas localidades sobrevivieron al primer milenio. Los dos reinos de Israel y Judá tuvieron historias separadas pero estrechamente relacionadas. Casi siempre se reconstruyen sobre la base de la Biblia hebrea, una fuente muy difícil de utilizar para el historiador (debate 11.1). Fue escrita desde el punto de vista judío y usaba la religión como su principal punto de referencia para representar las acciones humanas. En los tiempos posteriores al exilio, es decir, después del siglo V a.e.c., la ideología religiosa de la zona de Judá era una devoción monoteísta a Yahvé, el dios del Templo de Jerusalén. En ese momento toda la historia anterior fue juzgada por la forma en que los pueblos se relacionaban con él, pero está claro que antes del exilio también se toleraban otros dioses. La arqueología ha revelado, por ejemplo, la existencia del culto a la esposa de Yahvé, Asherah, tanto en Israel como en Judá. El texto bíblico sugiere que los dos estados eran muy diferentes. Los gobernantes de Israel estaban en contacto mucho más estrecho con sus vecinos que los de Judá y estaban más abiertos a las tradiciones y cultos cananeos como los de Baal y El. Por lo tanto, es posible que Israel fuera la superviviente de un estado del segundo milenio, mientras que los testimonios arqueológicos de Judá revelan mayores cambios a principios del primer milenio. Es probable que ese estado se formase por nuevas poblaciones que se habían asentado en la región e introducido nuevas prácticas sociales y culturales.

El texto bíblico y la intensa investigación arqueológica en los territorios del antiguo Israel y Judá pueden sugerir que estos estados eran inusuales para su época; sin embargo, no era así. Como todos sus vecinos, Israel y Judá eran peque-

ños reinos centrados en sus capitales. Según el relato bíblico, que no puede ser cotejado completamente con fuentes independientes, Israel tuvo diecinueve gobernantes en los dos siglos anteriores a la conquista asiria en el 722. Los reyes eran miembros de varias familias, que a menudo dependían del apoyo externo para sus aspiraciones al trono. El reino fue más poderoso en la primera mitad del siglo IX. Omrí (gobernó entre 885-874), el creador de una nueva dinastía, fundó una ciudad capital en Samaría y fortaleció los lazos de Israel con la ciudad fenicia de Tiro. Los asirios se referían a Israel como «la casa de Omrí» incluso después de que su dinastía hubiera terminado. El hijo y sucesor de Omrí, Ahab (gobernó entre 874 - 853), contribuyó con 2000 carros y 10 000 soldados a la coalición que luchó contra Salmanasar III en Qarqar en el 853, siendo el segundo contingente más grande. Doce años más tarde, un hombre llamado Jehú (gobernó entre 841-814) puso fin violentamente a la dinastía de Omrí, masacrando a toda la familia. Más tarde, durante su reinado fue representado en el Obelisco Negro de Salmanasar III como sometiéndose a ese rey, la única representación conocida de un gobernante israelita que existe hoy.

El gobierno en el reino de Judá fue más estable y una dinastía, llamada «casa de David» en una inscripción aramea de finales del siglo IX, parece haber permanecido en el poder desde la creación del estado, probablemente en el mismo siglo IX, hasta su anexión por los babilonios en el 587. La única excepción fue un período de siete años (entre 841-835) cuando Atalía, hija de Omrí y esposa del difunto rey de Judá, gobernó por su cuenta. La Biblia enumera para el período de trescientos cincuenta años de la existencia de Judá a diecinueve reyes, quienes tenían Jerusalén como su capital.

Judá era más pequeña y más débil que Israel y a finales del siglo IX la historia de ambos estados quedó dominada por el reino de Damasco, una situación que duró hasta que Asiria invadió Occidente a mediados del siglo VIII. La historia posterior de Israel y Judá estuvo determinada por los imperios mesopotámicos y será tratada en capítulos posteriores.

Fueron los arameos quienes formaron el nuevo grupo poblacional más importante que detentaba el poder político en el oeste. Durante la Edad Oscura tomaron el control de los estados en toda Siria y ampliaron su influencia política, a expensas de los neohititas y otros, hasta el siglo VIII. Sus estados se denominaban a menudo como la «casa de» un antepasado, y los habitantes eran identificados como sus hijos, reconociendo un trasfondo tribal. Algunos de estos antepasados están atestiguados como figuras históricas. Por ejemplo, Gusu, el antepasado de Bit-Agusi, fue el opositor del Asurnasirpal II asirio alrededor del año 870. Pero el control sobre los centros urbanos llevó a diferentes denominaciones de los estados al mismo tiempo. Cuando los Bit-Agusi convirtieron a Arpad, a unos treinta kilómetros al norte de Alepo, en una ciudad importante, su reino también fue llamado Arpad. Otra denominación de ciertos estados arameos, especialmente en la Biblia, incluía el término Aram, generalmente junto con el nombre de una región o una ciudad, por ejemplo, Aram-Damasco. Cuando ese estado se convirtió en el oponente más fuerte de Asiria en el área, a veces se le dio el nombre de Aram, incluso en los textos de sus vecinos arameos. La multitud de denominaciones muestra que la base ideológica de estos estados era variada. Podrían considerarse como pertenecientes a una tribu (Bit-X), como territorios alrededor de una ciudad (por ejemplo, Ar-

pad), o como gobernados por un pueblo en particular (Aram-X).

A pesar de la variedad de denominaciones de los estados, la idea de que un rey, con el apoyo del dios local, tenía el poder supremo en ellos era preeminente. Cuando Asiria se expandió hacia el oeste, al principio los gobernantes locales permanecieron en el cargo, pero como vasallos asirios. Esto condujo a un doble estatus: para la habitantes de su estado eran reyes, para los señores asirios eran oficiales. Esta dualidad se expresa en la estatua de Hadad-yith'i, gobernante de Guzana en el norte de Siria, probablemente a mediados del siglo IX. En ella se grabó una inscripción bilingüe en arameo y acadio. La primera lo llama «rey de Guzana», la segunda «gobernador» (documento 11.2; figura 11.5).

Las historias políticas de estos estados suelen reconstruirse sobre la base de testimonios foráneos, especialmente la Biblia hebrea y los relatos militares asirios, porque las inscripciones locales son limitadas en número. Todas las fuentes dan fe de un gran número de guerras internas. Mientras que los estados se unían contra el enemigo común de Asiria, cuando no había ninguna amenaza exterior, se volvían unos contra otros. Parece probable que los más pequeños formaran coaliciones para protegerse en estos conflictos, y que en general las unidades políticas más amplias se desarrollasen con el tiempo. El poder parece haber cambiado de los neohititas a los arameos en el norte de Siria, y en el sur Damasco terminó dominando.

Al sur de Siria surgieron nuevos estados, con historias estrechamente relacionadas, bajo personas de origen no arameo. En Israel, los habitantes de Judá, Ammón, Moab y Edom hablaban lenguas cananeas en lugar de arameo. En la orilla sur del Mediterráneo, los filisteos controlaban cinco

ciudades-estado que regulaban el acceso a Egipto y se encontraban al final de las rutas comerciales terrestres desde el desierto de Arabia. Los árabes de la península, que eran nómadas con camellos, estaban en estrecho contacto con la región siro-palestina y proporcionaban artículos de lujo, como incienso de Yemen.

La historia de todo Occidente estuvo determinada por su relación con Asiria, que a partir del siglo IX hizo campañas con gran regularidad, proceso que estudiaremos en el próximo capítulo. Los numerosos estados se aliarían para hacer frente a la amenaza, aunque algunos buscarían apoyo en Asiria para permanecer independientes de sus vecinos. Sin embargo, las alianzas podrían ser masivas. Cuando Salmanasar III cruzó el Éufrates en el 853 y participó en una batalla importante en Qarqar, por su propia cuenta se enfrentó con:

Documento 11.2. LA INSCRIPCIÓN BILINGÜE ACADIO-ARAMEA DE HADADYITH'I

En 1979, un agricultor del norte de Siria encontró una estatua de tamaño natural de un hombre de pie en la que se había esculpido una inscripción bilingüe acadio-aramea. Identificaba al hombre representado como Hadadyith'i, gobernante de Guzana y basándonos en el estilo de la representación y el carácter del lenguaje utilizado, la mayoría de los expertos creen que la estatua data del tercer cuarto del siglo IX. La

inscripción es el texto arameo más antiguo y extenso que se conserva y el único bilingüe acadio-arameo conocido. El texto tiene dos partes escritas por separado. La primera (I) fue escrita originalmente en acadio y la versión aramea es una traducción literal. La segunda parte (II) fue escrita específicamente para esta estatua y las versiones acadia y aramea son más divergentes. La base de la traducción ofrecida aquí es la versión acadia.

(I) A Adad, el inspector del canal del cielo y de la tierra, que hace llover en abundancia, que da pastos bien regados a la gente de todas las ciudades y que provee porciones de ofrendas alimenticias a los dioses, a sus hermanos, al inspector de los ríos que hace florecer el mundo entero, al dios misericordioso al que es dulce orar, el que reside en la ciudad de Guzana.

Hadad-yith'i, el gobernador [«rey» en la versión aramea] de la tierra de Guzana, el hijo de Sassu-nuri, también gobernador [«rey» en la versión aramea] de la tierra de Guzana, ha dedicado y dado (esta estatua) al gran señor, su señor, por su buena salud y sus largos días, por hacer que sus años sean numerosos, por el bienestar de su casa, de sus descendientes y de su

pueblo, por quitarle las enfermedades de su cuerpo, y porque se escuchen mis plegarias y porque mis palabras sean recibidas favorablemente.

Que quien la encuentre en mal estado en el futuro, la renueve y ponga mi nombre en ella. Quienquiera que quite mi nombre y ponga el suyo en ella, que Adad, el héroe, sea su juez.

(II) Estatua de Hadad-yith'i, el gobernador [«rey» en la versión aramea] de Guzana, Sikani y Zarani. Para la continuación de su trono y la prolongación de su reinado, para que sus palabras sean agradables a los dioses y a los hombres, él ha hecho esta estatua mejor que antes. Delante de Adad, que reside en la ciudad de Sikani, señor del río Habur, ha erigido su estatua.

Quienquiera que quite mi nombre de los objetos del templo de Adad, mi señor, que mi señor Adad no acepte sus ofrendas de comida y bebida, que mi señora Shala no acepte sus ofrendas de comida y bebida. Que siembre, pero no coseche. Que siembre mil (medidas), pero coseche sólo una. Que cien ovejas no satisfagan a un cordero de primavera; que cien vacas no satisfagan a un becerro; que cien mujeres no satisfagan a un niño. ¡Que cien panaderos no llenen un horno! ¡Que los

espigadores espiguen de los pozos de basura! ¡Que la enfermedad, la peste y el insomnio no desaparezcan de su tierra!

Traducción según Greenfield y Shaffer, 1983.

Figura 11.5. Estatua de Hadad-yith'i. La estatua está hecha de un tipo de basalto que es común en la región del noreste de Siria, donde fue encontrada. Está casi intacta, pero presenta daños en la nariz. Muestra la figura completa de un hombre de pie, estrechando las manos, probablemente en veneración al dios Adad, al que se invoca en la inscripción. El texto acadio en la parte delantera de la falda está tallado en columnas verticales, lo cual era una práctica muy arcaica en esa época. El arameo en el reverso está escrito en líneas horizontales. Museo Nacional, Damasco, Siria. Basalto; altura total 2 m; altura de la figura 1,65 m.
Créditos: akg imágenes/Erich Lessing.

> *1200 carros, 1200 unidades de caballería y 20 000 soldados de Hadad-ezer de Damasco; 700 carros, 700 unidades de caballería y 10 000 soldados de Irhuleni, el de Hamat; 2000 carros y 10 000 soldados de Ahab, el israelita; 500 soldados de Biblos; 1000 soldados de Egipto; 10 carros y 10 000 soldados de la tierra de Irqanatu; 200 soldados de Matinu-ba'al de la ciudad de Arwad; 200 soldados de la tierra de Usanatu; 30 carros y [ ] 000 soldados de Adon-ba'al de la tierra de Shiannu; 10 000 camellos de Gindibu' de Arabia; [ ] cientos de soldados de Ba'asa de Bit-Ruhubi, el amonita*[36].

Si bien esta coalición logró probablemente frenar a Asiria, no duró mucho tiempo y la competencia local pronto resurgió.

Todo el oeste, desde el sur de Anatolia hasta la frontera egipcia, debe ser visto como una zona multicultural donde gentes con diferentes orígenes interactuaba estrechamente, mezclando idiomas, tradiciones y devoción a varios dioses. Algunos mantuvieron las tradiciones del segundo milenio —los reyes de Hamat tuvieron nombres hurritas hasta el año 800—, pero no hubo resentimiento ni resistencia hacia los nuevos. Un rey podía escribir inscripciones en luvita y en fenicio al mismo tiempo. Los estilos artísticos mostraban sin dificultad mezclas de diversas influencias. La población parece haber mantenido un espíritu internacional y una mirada al exterior; daban la bienvenida a los comerciantes del extranjero. En las ciudades costeras, como Al-Mina en la desembocadura del río Orontes, se permitió a los griegos establecer asentamientos comerciales; los comerciantes de Arabia oriental entraron en las ciudades filisteas; los pueblos del Próximo Oriente también buscaban bienes en luga-

res lejanos, viajando ellos mismos, siendo los fenicios los protagonistas de esta actividad.

No es de extrañar, por tanto, que los contactos culturales entre Próximo Oriente y el emergente mundo griego fueran estrechos. La transmisión del alfabeto ya se ha mencionado anteriormente. Pero muchas obras de arte, especialmente la metalurgia y los marfiles, también entraron en Grecia desde Próximo Oriente e influyeron en la producción local, hasta tal punto que el arte griego del siglo VII se llama 'orientalizante'. Otras influencias, menos tangibles, sobre la cultura griega son claras, pero a menudo es difícil demostrar que fueron directamente tomadas en préstamo y, de ser así, cuándo. El material griego también puede haber conservado rasgos del segundo milenio, cuando el Egeo se integró en el sistema regional del Próximo Oriente. Los elementos en los que se ha sugerido la influencia del Próximo Oriente en la cultura griega incluyen préstamos lingüísticos, motivos literarios, ideales regios, diplomacia, astronomía, adivinación, procedimientos de culto, matemáticas, medidas y pesos, prácticas económicas como los intereses y así sucesivamente. El entusiasmo de los estudiosos por encontrar conexiones depende en gran medida de si ven a Grecia como el comienzo de la civilización occidental o como parte de una evolución cultural que se remonta mucho más atrás en el tiempo. Por lo general es difícil, si no imposible, probar que los griegos eran conscientes de una práctica propia del Próximo Oriente y qué copiaron conscientemente. Por ejemplo, la *Teogonia* de Hesíodo, escrita alrededor del año 700, tiene paralelos cercanos con la mitología hitita del segundo milenio. ¿Conocía Hesíodo personalmente esos textos, que entonces se habrían conservado en Anatolia en el primer milenio, o estaba influenciado por tradiciones que en algún

momento anterior también habían inspirado la tradición hitita? La influencia del Próximo Oriente en la Grecia de principios del primer milenio ha sido ciertamente subestimada en la erudición clásica, pero también es fácil ir demasiado lejos en la otra dirección y encontrar un trasfondo próximo oriental con demasiada facilidad. Sea como fuere, las culturas sirias de principios del primer milenio no eran provinciales ni centralizadas. La región prosperó en muchos aspectos, tanto económicos como culturales. Babilonia ya no era considerada como la fuente de toda vida civilizada, y la población desarrolló tradiciones y gustos culturales locales. El Próximo Oriente occidental tuvo tanto éxito que se convirtió en un objetivo atrayente para la emergente Asiria.

Debate 11.1. ESCRIBIENDO LA HISTORIA ANTIGUA DE ISRAEL

No hay duda de que el texto más influyente producido en la historia antigua del Próximo Oriente es la Biblia hebrea (o el Antiguo Testamento en la tradición cristiana), una compleja mezcla de narraciones en prosa, poesía, leyes, tablillas genealógicas y otros tipos de escritura, a menudo de alto valor literario. Incluye un relato de la historia del mundo desde el momento de la creación, pero pronto se centra en los asuntos de un solo pueblo, el pueblo de Israel. Es esa historia la que más interesa al historiador del Próximo Oriente antiguo. En términos muy simplificados, podemos decir que narra de forma sucesiva la existencia

nómada en la Era Patriarcal, la conquista de Canaán después del éxodo de Egipto, la Monarquía Unida, la división en los dos estados de Israel y Judá, que sucumbieron a los imperios mesopotámicos, el exilio, y un retorno bajo el Imperio persa. Aunque no se indican las fechas, podemos situar estos hechos entre los años 2000 y 400 a. C. Pero la Biblia es mucho más que una antigua narración de la historia de un pueblo. Es uno de los textos religiosos más importantes del mundo de hoy y lo ha sido durante unos dos mil años, y tiene un inmenso valor ideológico más allá de la esfera religiosa como uno de los pilares de la civilización occidental. Es un texto que se interpreta constantemente en contextos en constante cambio.

¿Cómo deben usar el texto los historiadores? ¿Cuánto de su contenido es fiable para el estudio del pueblo de Israel y de aquellos que lo rodean —cananeos, egipcios, asirios, babilonios, persas y otros—? Hay un enorme desacuerdo sobre esta cuestión. Una reciente y seria evaluación dice:

> ***Nadie familiarizado con los estudios puede dudar de que actualmente existe un problema de método en el estudio académico de la historia del antiguo Israel. La profundidad del problema, que algunos incluso calificarían de crisis, puede medirse por***

el hecho de que, en algunos círculos, el debate se ha centrado en cuestiones nominales en lugar de en una evaluación desapasionada de las evidencias y en un debate racional sobre sus implicaciones (Williamson, 2007: XIII).

En esencia, la cuestión es la misma que la de las tradiciones posteriores sobre la dinastía de Acad (véase el debate 4.1). Hay maximalistas que, de forma extrema, aceptan todo lo narrado en el texto bíblico a menos que se pueda probar que está equivocado, y minimalistas que, de forma extrema, consideran todo el relato bíblico como una ficción de la era persa o helenística sin valor histórico. Existen muchas posturas intermedias. Debido a que lo que está en juego es importante —incluye una amplia variedad de sentimientos y actitudes religiosas hacia la situación política en el moderno Oriente Medio— el debate puede volverse desagradable. Uno se da cuenta de ello al examinar tres volúmenes recientemente publicados basados en congresos celebrados entre 2003 y 2005 (Liverani, 2005b; Williamson, 2007; y Grabbe, 2011). No hay necesidad de entrar en detalles, pero una acusación que se hace comúnmente contra los miembros del grupo opositor es que no son historiadores y no saben lo que es la historia (por ejem-

plo, Dever, en Liverani, 2005b, contra los minimalistas, a quienes él llama nihilistas, y Whitelam y Grabbe, en Williamson, 2007 contra los maximalistas).

La crítica del relato bíblico no es nada nuevo y comenzó en el siglo XVIII e.c. cuando se hizo habitual la identificación y el análisis de las fuentes que inspiraron los textos que leímos de las culturas antiguas. Pero hasta los años setenta, la aceptación del esbozo básico de la Biblia relativo a la historia era habitual, aunque la existencia de fuentes diversas y a veces contradictorias era evidente. Para aclarar el texto bíblico, se utilizaron principalmente fuentes extrabíblicas de la arqueología y otras culturas antiguas. En los Estados Unidos, la llamada escuela de Albright dirigió este enfoque y produjo una serie de historias muy influyentes y populares de Israel y Judá, combinando datos bíblicos con material extrabíblico extenso (por ejemplo, Bright, 1959, 1972, 1981, 2000). Pero desde entonces, un número cada vez mayor de estudiosos ha comenzado a rechazar la verdad histórica de las narraciones patriarcales y, algo más tarde, de la Monarquía Unida bajo los reyes David y Salomón, de la cual no

existe ninguna confirmación extrabíblica explícita. Algunos hechos notables dificultan la investigación. Así, a diferencia de la mayoría de sus vecinos, los reyes de Israel y Judá no dejaron inscripciones reales o no se ha conservado ninguna. Es posible que más tarde se borrara intencionadamente la memoria de la realeza (Garbini, 1988: 17-18). Algunas inscripciones que mencionan figuras bíblicas, como la de Baruc, el escriba del profeta Jeremías, han sido acusadas de ser falsificaciones y han causado acaloradas discusiones (cf. Grabbe, en Williamson, 2007: 62-64)

Incluso cuando los reyes bíblicos aparecen en los registros de otros estados —Moab, Aram, Asiria, Babilonia, etc.— la información puede ser tan diferente de lo que encontramos en la Biblia que se necesitan explicaciones complicadas para que las fuentes estén de acuerdo. Por ejemplo, el relato de Senaquerib sobre su campaña en Judá y las historias bíblicas de su ataque son tan poco parecidas que muchos expertos solían sugerir que hablaban de diferentes sucesos. En su opinión, el asirio habría invadido la región dos veces: con éxito la primera vez, tal como lo informa en sus anales,

y con consecuencias desastrosas la segunda vez, tal como lo relata la Biblia, pero ignoradas en sus propios registros (por ejemplo, Grayson, 1991a: 109-111). Sin embargo, hay fuertes argumentos en contra de esta idea (Cogan y Tadmor, 1988: 246-251). Las áreas del antiguo Israel y Judá son posiblemente las más extensamente excavadas en el mundo y los datos arqueológicos pueden verificar algunos datos bíblicos, pero a menudo los arqueólogos interpretan sus hallazgos bajo una luz bíblica, lo que, por supuesto, lleva a un razonamiento circular.

Es imposible para cualquier historiador del Próximo Oriente antiguo ignorar el relato bíblico —en la conciencia cultural, el texto es demasiado poderoso—. Es una fuente importante y única, ya que presenta una reacción a los grandes imperios de Asiria, Babilonia y Persia, incluso aunque fuera redactada o incluso compuesta mucho más tarde. Contiene, pues, una memoria de estos imperios dominantes desde el punto de vista de las víctimas. El texto también nos anima a estudiar cómo las personas del Próximo Oriente antiguo crearon narraciones sobre su pasado y podemos preguntarnos

por qué lo hicieron de las maneras que conocemos (Liverani, 2005b). Es un texto muy significativo, pero también una fuente histórica muy desafiante.

12

EL ASCENSO DE ASIRIA

ca. 880-830	Expansión militar asiria ininterrumpida
ca. 878	Asurnasirpal II elige Kalhu como su nueva capital
827-823	Rebeliones en el interior de Asiria
823-745	Período de declive asirio
717	Sargon II funda una nueva capita el Dur-Sharrukin
704	Senaquerib mueve la capital asiria a Nínive

Una potencia dominó la historia de Próximo Oriente desde los inicios del primer milenio hasta finales del siglo VII: Asiria. A través de su poderío militar, este estado expandió su control sobre una vasta área desde el oeste de Irán hasta el Mediterráneo y desde Anatolia hasta Egipto, y dictó todas las decisiones de la vida política y económica. Este imperio

lo creó una serie de hábiles gobernantes militares que dirigían el ejército en campañas casi todos los años, si bien el ascenso no fue fluido ni lineal. Podemos distinguir dos fases de expansión en la historia de lo que los estudiosos llaman el Imperio neoasirio: una primera en el siglo IX, que esencialmente restauró el territorio de la Asiria de finales del segundo milenio; y una segunda fase, más duradera, que comenzó a mediados del siglo VIII y la convirtió en la primera potencia del Próximo Oriente. Si bien existen muchas similitudes en las acciones de Asiria en estos dos períodos, sólo la segunda fase muestra un enfoque consciente y sistemático hacia la formación de un imperio unificado. Este capítulo destacará algunos de los patrones de comportamiento que caracterizaron a todo el período y se centrará en la primera fase de la expansión asiria. En el siguiente se hablará del apogeo de su imperio.

12.1. PATRONES DEL IMPERIALISMO ASIRIO

Asiria era una sociedad militar. El ejército proporcionaba su estructura y jerarquía básicas. Todos los hombres podían ser llamados al servicio militar y todos los oficios estatales eran designados como militares, incluso cuando tenían funciones no militares. El rey estaba en la cima de esta estructura y su papel principal era dirigir la guerra por el bien del dios Asur y del estado. Por tanto, existía la ideología de que el rey en persona debía conducir a su ejército a la batalla: en teoría, él dirigía cada campaña y cada año de su reinado se identificaba con una campaña. Si bien está claro que la actividad militar era constante, la afirmación de que año tras año se realizaba una gran campaña bajo el liderazgo del rey era una ficción. Lo que sí está claro, sin embargo, es que participaba activamente: el rey Sargon II murió en el campo de batalla y su cuerpo no se pudo recuperar para darle un

entierro adecuado, hecho que traumatizó a su hijo y que vio como un castigo de los dioses. Por debajo del rey había un gran elenco de oficiales organizados jerárquicamente en forma de pirámide que se encargaban de todas las funciones del estado. Los de más alto rango eran también gobernadores de las provincias del interior de Asiria. Por ejemplo, el comandante en jefe era gobernador de la provincia estratégica que se extendía por el norte de Siria desde Harran hasta el valle del alto Éufrates. En su origen estos hombres eran miembros de prominentes familias asirías, pero a mediados del siglo VIII el rey los reemplazó por eunucos, que no podían tener hijos, para evitar que crearan sus propias dinastías.

Al principio, las campañas sólo se realizaban durante el verano, en la época posterior a la cosecha, cuando las tareas agrícolas eran limitadas y los hombres estaban disponibles, y cuando los puertos de montaña estaban abiertos y los ríos se podían cruzar fácilmente. En la última fase, un ejército permanentemente recién formado podía luchar en cualquier momento. El número de soldados se estima a veces en varios cientos de miles, ya que los relatos de muertes entre los adversarios pueden ascender a más de 100 000. Sin embargo, esta cifra parece irrazonablemente alta. En la batalla de Qarqar en el 853, los oponentes de Asiria enviaron unos 50 000 hombres, por lo que el ejército asirio fue probablemente similar en tamaño. En cualquier caso, el número de hombres necesarios para el servicio militar superaba los recursos de la población de Asiria, así que los conquistados tenían que integrarse en el ejército. Los textos de la armería de Kalhu indican, por ejemplo, que poco después de la conquista de Samaría en Israel, sus brigadas de carros fueron incorporadas al ejército asirio. Puesto que Asiria no tenía marina, empleó barcos y navegantes fenicios para diversas batallas y,

en al menos una ocasión, para someter a los rebeldes caldeos en las marismas cercanas al golfo Pérsico. También se utilizaba regularmente a los deportados de las regiones conquistadas, en particular en las fuerzas móviles que podían desplazarse por el imperio a corto plazo. Con lo cual, el ejército estaba formado por un grupo diverso de hombres que hablaban diferentes idiomas y con múltiples lugares de origen.

A pesar de su prominencia en la sociedad asiria, sabemos muy poco sobre la organización y la infraestructura del ejército. No está claro cómo se reclutaban y organizaban exactamente las tropas. Al principio, los gobernadores eran responsables de la contratación, pero con la reorganización del estado en el siglo VIII, estuvo directamente en manos del gobierno central. Los soldados se agrupaban en divisiones de 50 hombres cada una. Sin embargo, no tenemos información sobre cómo se integraban estas divisiones en otras mayores para formar el ejército entero. El aprovisionamiento de los hombres con uniformes y armamento debió haber sido una gran empresa que habría requerido la mano de obra de un número considerable de artesanos. Las ciudades en el corazón de la región tenían grandes arsenales donde se entrenaba a las tropas y los caballos y se almacenaba el equipamiento. Algunos registros nos dan una idea de las cantidades de cebada necesarias para alimentar a las tropas y a sus animales. En la época de Sargon II, los que estaban estacionados en la ciudad oriental de Kar-Asur necesitaban diariamente 70 500 litros de cebada para las raciones y 57 800 litros para el forraje, un gasto mensual de 3 849 000 litros. Y esto fue sólo para una parte del ejército. Los graneros reales proporcionaban la mayor parte de la cebada, pero alrededor

de una quinta parte era responsabilidad de los funcionarios del Gobierno.

A pesar de la retórica real, el ejército rara vez se movía con toda su fuerza o participaba en grandes batallas en campo abierto. Su táctica consistía a menudo en aterrorizar al oponente para que se sometiera. Las fuerzas masivas se acercaban al territorio enemigo y, si éste no se rendía inmediatamente, atacaban ciudades y pueblos que constituían objetivos fáciles. Cuando se los conquistaba, los habitantes eran castigados severamente para que sirvieran de ejemplo: torturados, violados, decapitados y desollados, y sus cadáveres, cabezas o pieles eran expuestos públicamente (figura 12.1). Las casas eran arrasadas, los campos cubiertos de sal y los huertos reducidos. Si esto no convencía a la capital atacada para que cediera, los asirios la sitiaban. Los emisarios se dirigían directamente a la población y la instaban a capitular en contra de la voluntad del gobernante. Como los asedios eran costosos, se llevaban a cabo de forma selectiva. El rey asirio, nunca dispuesto a admitir el fracaso en los registros oficiales, declaraba que había encerrado al enemigo como a un pájaro en una jaula. Los relatos regios describen la destrucción completa después de la conquista de una ciudad tenaz, pero probablemente utilizaban una gran cantidad de hipérboles. El aspecto psicológico del comportamiento de Asiria era importante. A esto se lo ha llamado «terror calculado», con la idea de que los resultados de la derrota serían tan desastrosos que era mejor ceder de inmediato.

Como resultado directo de sus campañas, los asirios adquirieron enormes cantidades de recursos de todo el Próximo Oriente. Las inscripciones reales fueron elocuentes sobre el botín que se llevaban de los tesoros, palacios y templos de las ciudades conquistadas. La afluencia de objetos

preciosos, metales, obras de arte, armamento, etc., era enorme, ya que muchas de las víctimas de Asiria habían sido extremadamente ricas. Ganado vacuno, ovino y caprino, caballos y camellos formaban también parte del botín. En los relatos a veces se jactan de que el resultado produjo un excedente tal que se pusieron artículos exclusivos a disposición de la gente común. Después del sometimiento de un estado extranjero, los asirios establecían un tributo, que se pagaba anualmente y que a menudo incluía productos de la región. Por ejemplo, los fenicios debían proporcionar telas de púrpura y troncos de cedro, y los habitantes de los Zagros, caballos. Las cantidades no vienen fijadas en los pocos tratados asirios que tenemos, por lo que no sabemos su volumen. Pero la carga debía ser pesada, ya que los estados tributarios a menudo se rebelaban a pesar de la clara superioridad militar de Asiria. Los recursos fluían masivamente hacia el corazón de la región.

Lo mismo ocurría con la mano de obra. Asiría tenía una necesidad desesperada de obreros para trabajar en la agricultura y en los grandes proyectos de construcción que emprendía y así reemplazar a los asirios que estaban alistados en el ejército. También requería habitantes para las numerosas ciudades que los reyes fundaron en su tierra natal. A lo largo de la historia del Próximo Oriente antiguo, los ejércitos victoriosos habían deportado a poblaciones enteras, y los asirios del primer milenio expandieron en gran medida esta práctica, especialmente desde mediados del siglo VIII. Una vez más, las inscripciones reales son explícitas sobre el número de deportados. Se ha estimado que fueron deportados 4,5 millones de personas en los tres siglos del Imperio asirio[37]. Comunidades enteras de hombres, mujeres y niños fueron trasladadas por la fuerza de un rincón del imperio a

otro. Existieron diferentes niveles de deportación. Al principio sólo se seleccionaban artesanos especializados para ayudar en los proyectos de construcción, pero si una región permanecía desafiante, la mayoría de la población podía ser trasladada. Esta práctica produjo varios beneficios estratégicos para Asiria: redujo la oposición en los territorios periféricos, ya que las poblaciones rebeldes se reasentaron en entornos extranjeros donde necesitaban protección imperial contra la hostilidad local; además, no huirían, ya que no estaban familiarizados con el país. La amenaza de deportación podía utilizarse cuando el ejército se aproximaba a una zona para alentar la sumisión inmediata.

En los territorios de la población deportada se reasentaban selectivamente otros grupos poblacionales cuando eran cruciales para el comercio o la producción de materiales y bienes. Cuando no había un beneficio claro, se proveían con un mínimo de personas. Por ejemplo, las partes septentrionales del antiguo estado de Israel quedaron casi completamente desiertas tras la conquista asiria. Un efecto secundario de las deportaciones fue una mezcla de poblaciones en todo el Próximo Oriente, incluida la propagación de los arameos y su lengua y alfabeto. Si las estimaciones de la cantidad de población involucrada son correctas, las deportaciones causaron grandes cambios demográficos. Los que fueron sometidos a ello fueron obligados a caminar la distancia completa desde su tierra natal hasta su destino, algunos encadenados, otros descalzos. Parte de la población de Samaría, en Israel, por ejemplo, terminó en los montes Zagros, a unos mil doscientos kilómetros de distancia. La logística de supervisión y alimentación de un gran número de personas durante viajes de varios meses debió de requerir una enorme organización. Los asirios querían que llegaran a salvo a

su destino, así que se ocupaban de ellos. Algunas cartas indican que los gobernadores de los territorios ubicados en la ruta tenían que suministrar alimentos y protección, y comunican que algunos deportados enfermaban. Pero, aunque hay algunas listas administrativas de deportados, esta empresa masiva sigue estando pobremente documentada.

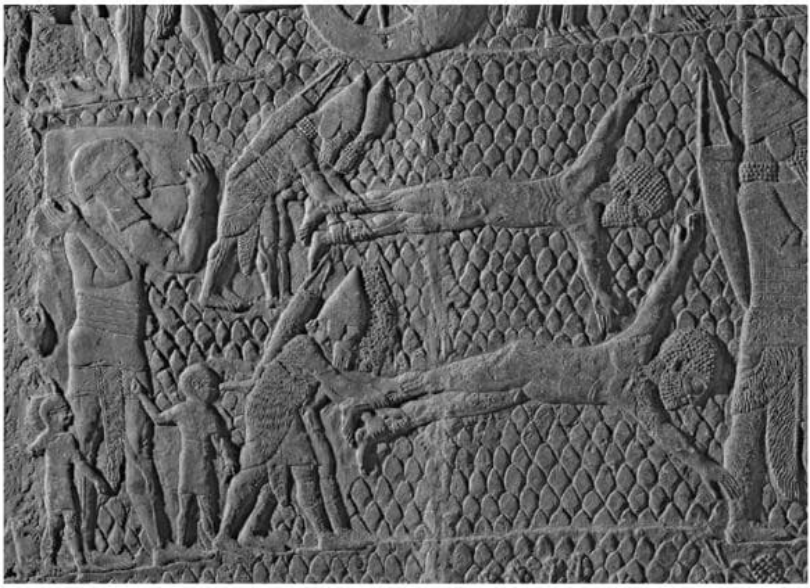


Figura 12.1. Asedio de Laquis. Las representaciones de la guerra en los palacios asirios incluían a menudo escenas de violencia contra los que se atrevían a resistirse. Aquí se muestra un detalle de la representación del asedio de Laquis, que ocupaba una sala completa en el palacio de Senaquerib en Nínive. Muestra dos destinos a los que se enfrentaban los enemigos de los asirios: los hombres de Laquis fueron deportados con sus esposas, hijos y algunas de sus pertenencias, mientras que, lo que es más terrible, los funcionarios locales que organizaron la resistencia fueron desollados vivos. British Museum, Londres. Yeso, altura 256,54 cm; anchura 101,6 cm.
Créditos: © The Trustees of the British Museum.

El corazón de Asiria fue el principal beneficiario de los inmensos recursos de mano de obra y bienes adquiridos. Existía una correlación directa entre las campañas victoriosas y los grandes proyectos constructivos. Los guerreros triunfantes también fueron grandes constructores y emprendieron los proyectos más amplios después de regresar con su inmenso botín. Los proyectos de construcción de es-

te período incluyeron varias nuevas grandes ciudades. Asur, la capital tradicional, se volvió demasiado pequeña para el enorme aparato estatal, así que poco después de que Asiria iniciara su primera fase de expansión la capital fue trasladada. El artífice, Asurnasirpal II (883-859), eligió el emplazamiento de una ciudad asiria media, Kalhu, pero la reconstruyó completamente, una tarea que duró unos quince años. Proyectó un muro para la ciudad de 8 kilómetros de largo que abarcaba un área de 360 hectáreas y encima de la gran ciudadela en la esquina suroeste construyó su palacio, varios templos y un zigurat. El palacio, edificado alrededor de un vasto patio, tenía más de 200 metros de largo y al menos 120 metros de ancho. No sólo su arquitectura era monumental, sino que las estancias también estaban decoradas con relieves murales de piedra que representaban batallas, cacerías reales y escenas de culto (figura 12.2). Enormes toros androcéfalos de piedra protegían las entradas. Un texto conmemora la inauguración del palacio con un banquete de diez días al que asistieron 69 574 personas:

> *Cuando consagré el palacio de Kalhu, 47 074 hombres y mujeres, que fueron invitados de todas partes de mi territorio, 5000 dignatarios y envíos de personas de las tierras de Suhu, Hindanu, Patinu, Hatti, Tiro, Sidón, Gurgumu, Malidu, Hubushku, Gilzanu, Kummu y Musasiru, 16 000 personas de Kalhu y 1500 funcionarios del palacio, a todos ellos —en total 69 574 (incluyendo) aquellos convocados de todos los territorios y el pueblo de Kalhu— les di de comer durante diez días, les di de beber, les bañé, les ungí. (Así) les honré y les envié de vuelta a sus tierras en paz y alegría*[38].

Los reyes posteriores edificaron palacios adicionales y el sucesor inmediato de Asurnasirpal, Salmanasar III, construyó un gran arsenal en la esquina sureste de la ciudad. Kalhu permaneció como capital de Asiria durante ciento cincuenta años, cuando Sargon II (gobernó entre 721-705) decidió construir una ciudad completamente nueva en suelo virgen, a la que llamó Dur-Sharrukin, «fortaleza de Sargon» (docu-

mento 12.1). Fue de nuevo una ciudad inmensa, con una muralla de unos 7 kilómetros que abarcaba 300 hectáreas, y contenía dos ciudadelas con edificios monumentales decorados con relieves y estatuas de toros. La ciudad fue abandonada a la muerte de Sargon II y su sucesor, Senaquerib (gobernó entre 704 - 681), restauró completamente la antigua ciudad de Nínive como su capital. La amplió a 750 hectáreas rodeada por un muro de 12 kilómetros, y construyó dos ciudadelas con edificios públicos, también decorados. Estas enormes ciudades eran claros indicadores de la riqueza de Asiria. Aunque no podemos estimar sus poblaciones con ningún grado de certeza, es probable que superaran con creces lo que el entorno podía soportar y que tuvieran que ser alimentadas y mantenidas con los recursos de todo el imperio. También eran demasiado grandes para ser pobladas sólo por habitantes de la región, por lo que se importaba gente de todas partes para vivir allí y servir a la burocracia estatal.

Documento 12.1. EL REY SARGÓN Y DUR-SHARRUKIN

El principal proyecto de edificación que Sargon II emprendió fue la construcción de una nueva enorme capital, llamada Dur-Sharrukin, «fortaleza de Sargon». Celebró su fundación con inscripciones que destacaban su compromiso personal: él desarrolló la idea, diseñó los planos y supervisó la construcción. De sus cartas oficiales, conservadas en las ciudades de Nínive y Nimrud, se desprende claramente que estaba muy inmerso en el proyecto. Se pue-

den asociar un total de 113 cartas con la construcción de Dur-Sharrukin, una décima parte de todas las cartas conservadas de su reinado. Implican a veintiséis gobernadores provinciales y muestran cómo se utilizaron los recursos de todo el imperio. Seis cartas parecen haber sido escritas por el propio rey, exigiendo materiales y mano de obra; tres de ellas se traducen aquí. El proyecto ejerció tanta presión sobre los recursos de la región que algunos funcionarios se quejaron. La última carta traducida aquí es de un alto funcionario de la corte, que protestaba por habérsele requisado tal cantidad de paja en el territorio que administraba para la construcción de la ciudad —probablemente para mezclarla con arcilla para hacer ladrillos—, que no le quedaba forraje para los animales de carga.

1. *Carta real encontrada en Nínive*

Palabras del rey al gobernador (de Kalhu): 700 fardos de paja y 700 fardos de caña, cada uno más de lo que un asno puede llevar, deben llegar a Dur-Sharrukin a principios del mes de Kislev. Si pasa un día, morirás.

Traducción según Parpola, 1987: n.º 26.

2. Cartas reales encontradas en Kalhu

a. Las 1100 piedras de caliza que Bel-lishir-talaktu está preparando, ¡que me las traigan a Dur-Sharrukin rápidamente! [ ]. (Dirigido al) segundo visir.

b. 700 piedras de caliza que Bel-lishir-talaktu está preparando, ¡rápidamente traédmelas a Dur-Sharrukin! (Dirigido a los) eunucos.

Traducción según Parker, 1961: 37 (ND 2606) y 41 (ND 2651).

3. *Una reclamación oficial encontrada en Nínive*

Al rey, mi señor, tu siervo Gabbuana-Asur. Todo el suministro de paja de mi país lo consume Dur-Sharrukin.

> Ahora mis oficiales de caballería me persiguen porque no hay paja para los animales de carga. Con lo cual, ¿qué manda el rey?
>
> Traducción según Lanfranchi y Parpola, 1990: n.º 119.

Al mismo tiempo, se restauraron y ampliaron los edificios públicos de otras ciudades del corazón de la región y se rediseñaron por completo los centros provinciales del territorio cercano a Asiria, como Dur-Katlimmu. Además, cuando los asirios conquistaron ciudades arameas en el oeste de Siria, por ejemplo, las convirtieron en ciudades asirias. En 856 cambiaron el nombre de Til-Barsip en la tierra de Bit-Adini en el Éufrates por Kar-Salmanasar («puerto de Salmanasar») después de que su conquistador, Salmanasar III, probablemente expandiera la ciudad en tamaño y la dotara de edificios públicos y residencias asirias. El estado mostraba así su poder construyendo símbolos muy visibles de su presencia.

La actividad constructiva requería mano de obra y recursos que sólo el imperio podía proporcionar. Las ciudades y los palacios fueron decorados con gran lujo de detalles y se convirtieron en depositarios de bienes preciosos de todo el Próximo Oriente. El registro arqueológico es mucho menos completo en el caso de los objetos muebles —tapices, alfombras, joyas, etc.—, pero hay algunos indicios de la riqueza que se exhibió en la corte asiria. En Kalhu abundaban las piezas de marfil talladas en los distintos estilos de la parte occidental del imperio (figura 11.4). Lo más espectacular ha sido el reciente hallazgo en la misma ciudad de cuatro tumbas abovedadas de los siglos IX y VIII construidas bajo el suelo del palacio con ladrillos cocidos; dos de ellas no habían sido

alteradas y contenían los restos mortales originales. Las inscripciones indican que entre las personas enterradas había cuatro reinas: Mullissu-mukannishat-Ninua, esposa de Asurnasirpal II; Yaba, esposa de Tiglatpileser III; Banitu, esposa de Salmanasar V; y Atalia, esposa de Sargon II. Sus cuerpos estaban cubiertos con una abundancia de joyas de oro, unos 35 kilogramos en total, lo que demuestra la gran habilidad de los artesanos que hicieron los artículos y da una idea del tesoro que estaba a disposición de la familia real (figura 12.3). Si recordamos que la mayoría de los artículos de lujo se perdieron con el tiempo, sólo podemos imaginar vagamente lo espectacular que debió de haber sido la riqueza que se exhibía en los palacios.

La prosperidad llegó hasta los miembros de la élite de la sociedad asiria, un grupo cuyo tamaño no podemos determinar. El enfoque casi exclusivo de la investigación arqueológica sobre la arquitectura monumental ha llevado a una escasez de detalles sobre lo relativo a los ciudadanos particulares, incluso los de las clases altas. Se han excavado algunas casas, pero hay poca información sobre su contenido material. La información textual de los contratos y las escrituras muestra que los altos funcionarios del estado tenían considerables activos en plata y propiedades de tierra. Desgraciadamente, no es posible reconstruir la extensión de toda una explotación. Se sabe que algunos hombres prestaron grandes cantidades de plata, tal vez más de 500 kilogramos de una vez. El rey también les dio parcelas de tierra por sus servicios, que pudieron ampliar mediante la adquisición de más tierras, pero el tamaño de dichas parcelas es también cuestión de pura conjetura. Las donaciones incluían aldeas enteras, casas, campos, huertos y las poblaciones para trabajarlos, y a menudo estaban ubicadas en diferentes regio-

nes, por lo que no formaban un dominio extenso y coherente. Los reyes concedían regularmente exenciones fiscales a los propietarios de estas tierras, lo que sin duda aumentaba su riqueza disponible. No hay duda, por tanto, de que los estratos superiores de la sociedad asiria se beneficiaron del imperio.

Sin embargo, gran parte de la población no se encontraba en esa situación. Asiria siempre fue una sociedad agrícola y la mayoría de sus habitantes vivían en la tierra que trabajaban. Una vez más, no se nos informa directamente sobre las condiciones en este punto y los académicos no se ponen de acuerdo con la situación de las clases más bajas. La política asiria de desarrollar el campo mediante el establecimiento de aldeas y el asentamiento de deportados debió de llevar a un número considerable de personas a depender directamente del estado. Junto a ellos parece que también existían campesinos libres, pero a menudo se piensa que su grado de autonomía fue tan limitado que no los hacía diferentes de los dependientes del estado. Puesto que se podían vender pueblos enteros, sus residentes probablemente tenían poca libertad.

Un grupo de textos del siglo VII, a menudo llamados listas de censos, aunque su propósito es enigmático, ofrece inventarios detallados de las familias rurales, las cuales parecen formar parte de las propiedades de los hombres ricos. Por ejemplo:

> *Idranu, granjero; su hermano; un hijo; tres mujeres; veinte hectáreas de tierra cultivable; una casa; una era; un jardín. Total en la ciudad de Badani, cerca de Harran*[39].

Las familias registradas eran pequeñas, con una esposa y, de promedio, menos de dos hijos; algunos estudiosos han sugerido que los terratenientes forzaron la disolución de las

familias para hacerlas más controlables. Al servicio de los propietarios, esta gente común trabajaba en pequeñas parcelas, cuidaba las viñas y los huertos, y tenía algunos bueyes, ovejas y cabras. Las listas del censo reflejan probablemente las circunstancias de la mayoría de la población de Asiria. La estructura social del estado presentaba grandes desigualdades, con una clase alta pequeña y extremadamente rica y numerosas familias que vivían a nivel de subsistencia.

Recuadro 12.1. RELIEVE ESCULTÓRICO ASIRIO

Una de las consecuencias de la enorme actividad constructora de los reyes neoasirios es la existencia de un tipo de registro especialmente articulado a disposición del historiador: el relieve pictórico. Todos los palacios de Kalhu, Dur-Sharrukin y Nínive tenían elaborados relieves que representaban algunas de las campañas militares que sus constructores emprendieron. A menudo, las inscripciones cortas identifican a las personas y a las ciudades representadas, de modo que sabemos qué acontecimientos se representan y disponemos de un registro paralelo al de los relatos de anales.

Mientras que el relieve escultórico asirio se remonta al segundo milenio, es con Asurnasirpal II cuando la decoración de los palacios que han sido excavados es más amplia. Losas de pie-

dra caliza talladas de unos dos metros de altura forraban las paredes de los espacios públicos. En la Antigüedad los relieves estaban policromados, pero sólo se conservan vestigios de ello. El palacio de Senaquerib en Nínive tiene el registro conservado más extenso. En él se representaban campañas militares, como el asedio de Laquis en Judá y los ataques a las marismas del sur de Babilonia. No está claro por qué seleccionó estas campañas para exhibirlas, ya que no fueron las acciones militares más importantes de su reinado. Aunque algunas de las imágenes que representan el asedio de Laquis, por ejemplo, se pueden confirmar a través de la información arqueológica que proporciona ese lugar, no podemos considerar los relieves como una forma de presentar un hecho histórico preciso. Al igual que los anales y otras inscripciones reales, proporcionan un mensaje complejo que busca mostrar al gobernante como controlador del mundo entero. Así, el historiador debe interpretar estas escenas con técnicas de análisis similares a las aplicadas a los relatos textuales.

Además de escenas de guerra, los relieves también contienen represen-

taciones de actos de culto y del rey como cazador. La disposición decorativa de las estancias del palacio fue cuidadosamente planeada para presentar al rey como quien garantiza el orden en el universo: derrota las fuerzas del caos —enemigos y animales salvajes— y mantiene las debidas relaciones con los dioses. Además, los relieves tenían la función de proteger las salas del palacio. Integradas en ellas se encontraban enormes esculturas de toros que eran invocadas para protegerse del mal. Para entender las escenas individuales, deben estudiarse en su contexto arquitectónico y en relación con las otras escenas que las rodean.

12.2. EL REGISTRO HISTÓRICO

Dado que existe una correlación directa en la historia de Mesopotamia entre la fuerza del estado y el tamaño del registro documental que este producía, no es de extrañar que las fuentes del Imperio asirio sean abundantes. Proceden casi exclusivamente del palacio y se centran principalmente en las actividades del rey, especialmente como guerrero y constructor. Las acciones militares también ocupan un lugar destacado en el registro visual tallado en los relieves que se exhibían en los palacios (recuadro 12.1), por lo que contamos con muchos datos factuales sobre ese aspecto de la historia. Esto genera la tendencia a subestimar los otros intereses de los asirios y conduce a una historia principalmente militar del período.

Los anales reales, relatos anuales de las campañas militares, proporcionan el registro más detallado (recuadro 9.1). Para cada año presentan una secuencia de oponentes que el rey derrotó, a veces simplemente listando sus nombres, a veces describiendo las acciones asirías con gran detalle. La campaña anual fue un concepto tan fundamental en el período neoasirio que llegó a estructurar la cronología del mandato de un rey. En sus anales, el rey no decía «en mi quinto año», por ejemplo, sino «en mi quinta campaña». Simultáneamente, se continuó con la antigua costumbre asiria de nombrar cada año con un epónimo oficial y se elaboraron listas de estos nombres, algunas de ellas con la indicación de dónde hizo campaña el ejército ese año (documento 12.2). Existe una secuencia completa de epónimos para los años 910 al 649, y hay un ancla cronológica en la afirmación de que «en el año de Bursagale de Guzana, hubo un levantamiento en el centro de la ciudad, y en el mes de Simanu hubo un eclipse de sol[40]». Ese eclipse se puede fechar el 15 de junio del 763 a. C., y por tanto tenemos una cronología absoluta y firme para todo el período.

La burocracia estatal asiria era vasta, y naturalmente produjo numerosos registros. Algunos de los archivos imperiales, aunque sorprendentemente pocos, fueron excavados en las ciudades de Asur, Kalhu y Nínive. Las más de tres mil cartas que los funcionarios de todo el imperio escribieron a los reyes proporcionan una rica fuente de información. Discuten principalmente asuntos administrativos y militares. Es cierto que, además de las tablillas de arcilla inscritas en cuneiforme, los asirios también escribieron sobre papiros y pergaminos en escritura alfabética.

Éstos no han sobrevivido en el registro arqueológico debido al clima del Próximo Oriente, por lo que se nos niega el

acceso a lo que podría haber sido una parte sustancial del aparato burocrático. Además, la naturaleza del registro es casi totalmente palaciega, ya que los arqueólogos se han concentrado en las espectaculares obras arquitectónicas de los reyes. En las ciudades capitales Kalhu, Dur-Sharrukin y Nínive sólo se han explorado las ciudadelas, mientras que las inmensas ciudades bajas han quedado sin tocar. Por tanto, no existe prácticamente ningún conocimiento sobre cuantos habitaban fuera del recinto del palacio. A pesar de que éste era ciertamente dominante, el enfoque exclusivo de nuestra documentación en él es indudablemente engañoso. Los conflictos de los siglos XII al XI habían obligado a Asiria a ceder el control de la zona nordeste de Siria que había colonizado en el Período Asirio Medio. Sin embargo, los centros administrativos que habían establecido entonces no desaparecieron, y los gobernadores locales que mostraban cierta afiliación con Asiria permanecieron en el poder. Cómo de dependientes eran del corazón del imperio es motivo de debate, y muchos expertos argumentan que Asiria había perdido toda influencia. Sin embargo, los arameos sin duda dominaban el campo y ganaron poder también en varias ciudades. Los registros sugieren que, en el siglo IX, el asentamiento permanente en el noreste de Siria era limitado. Cuando los ejércitos asirios hicieron campaña allí, no encontraron prácticamente ninguna aldea, por lo que debieron de ser los grupos tribales los principales habitantes de la región. Pero a lo largo de la Edad Oscura los reyes de Asiria mantuvieron el control sobre el corazón del estado, es decir, las llanuras al este del Tigris desde Asur hacia el norte, algo más allá de Nínive, una región del tamaño de Gales en el Reino Unido en la actualidad. En el último tercio del siglo XI los asirios iniciaron una política de campañas militares re-

gulares para cambiar la situación. Su objetivo principal era el área al oeste, que consideraban que los arameos habían tomado de Asiria. En esencia, su objetivo era restaurar el estado devolviéndole sus rasgos del Período Asirio Medio. Esta reconquista incluyó el reasentamiento de la región. Por ejemplo, Asur-dan II (gobernó entre 934-912) declaró en sus anales:

> *Traje de vuelta a la agotada gente de Asirla que había abandonado sus ciudades y casas ante la miseria, el hambre y la hambruna, y se había ido a otras tierras. Los instalé en ciudades y casas que eran adecuadas y vivieron en paz. Construí palacios en los diferentes distritos de mi tierra. Alcé arados en los diferentes distritos de mi tierra y así amontoné más grano que nunca*[41].

Mediante la construcción de palacios y edificios oficiales, los asirios convirtieron las ciudades que controlaban en centros desde los cuales la región podía ser gobernada permanentemente. Existió una política consciente de desarrollo del territorio sirio septentrional: por ejemplo, se construyeron canales a lo largo del río Habur para facilitar el transporte de mercancías pesadas, y se reparó el sistema de carreteras de Asiria central para mantener contactos directos con el corazón de Asiria.

Documento 12.2. EXTRACTO DE LA *CRÓNICA EPÓNIMA*

Diez manuscritos encontrados en varios lugares de Asiria contienen listas de años identificados por su epónimo, con una nota que resume lo que sucedió en ese momento, que en la mayoría de los casos es el destino de una gran campaña militar. Estas listas nos ofrecen una forma precisa de datar una larga parcela de la historia neoasiria,y nos

dan una idea de las hazañas militares que se consideraban más importantes. En la traducción aquí se añaden los años a.e.c.

719	[En el año de]	Sargon, rey [de Asiria]	se [introdujo
718	[En el año de]	Zer-ibni, gobernador de Ra[sappa]	[a Ta]bal
717	[En el año de]	Tab-shar-Asur, chambelán	[Dur-Sharru]kin fue fundada
716	[En el año de]	Tab-sil-Eshara, gobernador de la cindadela	[a] Mannea
715	[En el año de]	Taklal-ana-beli, gobernador de Nasibina	[ ] gobernadores designados
714	[En el año de]	Ishtar-duri, gobernador de Arrapha	[to Ur]artu, Musasir, Haldi
713	[En el año de]	Asur-bani, gobernador de Kalhu	[los] nobles en Ellipi, él entró a la nueva casa, a Musasir
712	[En	Sharru-	en la tierra

	el año de] emuranni, gobernador de Zamua	
711	[En el año de] Ninurta-alik-pani, gobernador de Si'mme	[a] Marqasa
710	[En el año de] Shamash-belu-usur, gobernador de Arzuhina	a Bit-zeri el rey se quedó en Kish
709	[En el año de] Mannu-ki-Asur-le'i, gobernador de Tille	Sargon tomó las manos de Bel
708	[En el año de] Shamash-upahhir, gobernador de Habruri	Kummuhi conquistada y se nombró un gobernador

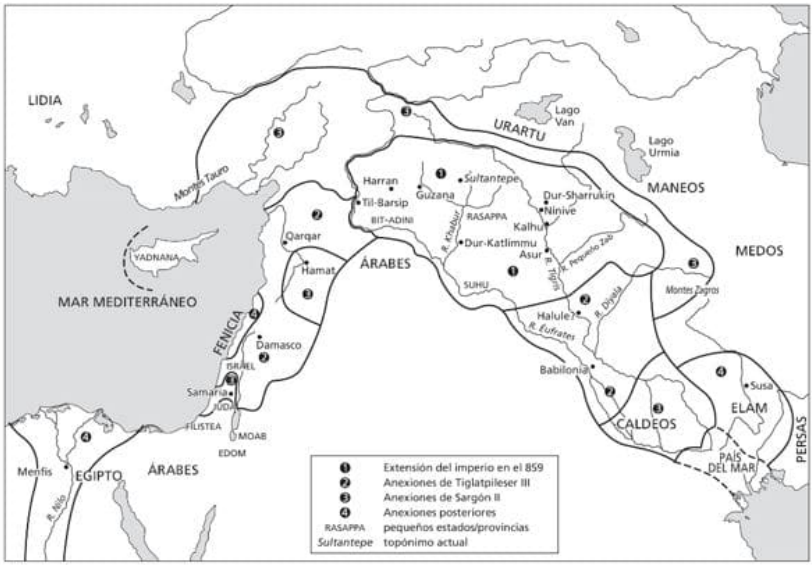
Traducción según Millard, 1994: 46-48, 60.

Esta política culminó con el reinado de dos reyes que sentaron las bases del Imperio neoasirio durante un período de unos sesenta años: Asurnasirpal II (gobernó entre 883-859) y Salmanasar III (gobernó entre 858-824). Ellos consolidaron el control de la región desde los montes Zagros hasta el Éufrates y desde las estribaciones de los montes Tauro hasta la frontera con Babilonia. Esta área se convirtió, así, en la plataforma desde la que se podía hacer campaña en lugares más distantes. El primer gobernante llevó a cabo una conquista sistemática de la zona más contigua en torno a Asiria, apoyándose en las posiciones que sus predecesores habían asegurado. Sus tropas nunca cubrieron la misma zona

dos veces a menos que una rebelión les obligara a hacerlo. Asurnasirpal hizo campaña en los valles superiores del Diyala y el Pequeño Zab, que controlaban el acceso a los montes Zagros y Babilonia en el noreste, hasta los montes Tauro en el norte a lo largo del Tigris, donde construyó una fortaleza en el lugar donde este río entra en Mesopotamia y en el oeste. Desde allí marchó primero por el Éufrates medio, y luego se volvió contra el poderoso estado de Bit-Adini, más al noroeste. Aseguró estas áreas construyendo centros asirios en lugares estratégicos, como cruces de ríos. Al final de su reinado, Asurnasirpal ya había conquistado todas las regiones que habían sido consideradas parte de Asiria en la época asiria media. Sólo cruzó una vez el Éufrates por el oeste para obtener botín.

Su hijo y sucesor, Salmanasar III, ocupó sus treinta y cinco años de reinado con campañas militares, especialmente en el oeste y el norte. En el oeste, cruzaba regularmente el Éufrates para acceder al mar Mediterráneo y a la riqueza de sus pequeños estados. La fragmentación política hizo de Siria un país militarmente débil y, por lo tanto, un blanco fácil, pero bajo el liderazgo de Damasco formó una importante coalición contra las fuerzas de Salmanasar. En el 853, según fuentes asirias, dicha coalición contaba con un ejército de 40 000 soldados de infantería, 2000 de caballería y 4000 carros. Las tropas vinieron de Damasco, Hamat, Israel y las ciudades fenicias, con el apoyo de árabes y egipcios, y parecen haber sido capaces de hacer retroceder a los asirios en una batalla cerca de Qarqar. En los años siguientes, Salmanasar tuvo que reafirmar el control más cerca de casa, pero la coalición de Damasco se desmoronó con la muerte del rey de Damasco, Hadad-ezer, y parece que en el 841 Salmanasar III eliminó toda la oposición del sur de Siria. Esto le

permitió dirigir su atención hacia el norte, donde sometió a los estados neohititas y obtuvo el acceso a las minas del sur de Anatolia. El objetivo de estas acciones militares no fue la incorporación de Siria a Asiria; allí los estados permanecieron independientes, manteniendo a sus gobernantes originales, y sólo tuvieron que rendir tributo. Por lo tanto, en este momento no hubo ningún intento de ampliar los límites del estado asirio.



Mapa 12.1. Fases de la expansión del Imperio asirio. Según Mario Liverani, *Antico Oriente* (Laterza, Roma y Bari, 1988), p. 793.

Al norte de Asiria el estado de Urartu se había desarrollado como un formidable oponente, como vimos en el capítulo anterior. Desde el comienzo de su reinado Salmanasar III había sondeado su resistencia, pero sólo después de haber sometido a occidente le prestó toda su atención, organizando sucesiva y rápidamente cinco campañas entre los años 832 y 827. Salmanasar dejó de dirigir el ejército, relegando ese papel en su más alto oficial militar, el comandante jefe *(turtanu* en acadio) Dayyan-Asur. Las expediciones tenían

como objetivo principal obtener botín y reducir la amenaza militar de Urartu y condujeron a Asiria a tierras lejanas de los Zagros, donde se encontró primero con pueblos que más tarde se convertirían en oponentes importantes, como los medos y los maneos. Del mismo modo, no hubo ningún intento de controlar a los vecinos del sur de Babilonia. Salmanasar hizo campaña allí sólo dos veces para intervenir en una guerra civil que había estallado entre el rey y su hermano.

A pesar del alto nivel de actividad militar, la Asiria de Salmanasar III no era un estado expansionista, pues mantuvo las fronteras establecidas por Asurnasirpal, e hizo campaña más allá de ellas sólo para protegerlas y obtener botín y tributo (figura 12.4). Pero la región al este del río Éufrates se volvió completamente asiria: la ciudad aramea de Til-Barsip fue rebautizada como Kar-Salmanasar en honor al rey y protegió el cruce del río. Treinta kilómetros a través del río hacia arriba un nuevo centro llamado Pitru se convirtió en la plataforma de lanzamiento de las campañas sirias. La frontera estaba bien defendida y claramente delimitada: en la orilla este del Éufrates y en algunas pequeñas islas del río había una serie de fortalezas militares para protegerla.

Figura 12.4. Portadores de tributos. Detalle del Obelisco Negro de Salmanasar III. De alrededor de 2 metros de altura, el obelisco contiene un relato de las campañas anuales de Salmanasar hasta su trigésimo primer año y muestra cinco paneles en relieve en cada una de sus cuatro caras. Estos representan la sumisión de los gobernantes, algunas escenas de la naturaleza y, en su mayoría, extranjeros que traen tributo. Los textos entre los paneles identifican a algunos de los portadores del tributo y lo que traían. Hablan de que los hombres son de «Jehú de la casa de Omrí», es decir, de Israel, y que llevan objetos de plata y oro, así como lanzas y «bastones de la mano del rey». British Museum, Londres. Piedra caliza negra.
Créditos: akg images/Erich Lessing.

Los asirios mantuvieron una clara distinción entre dos tipos de territorios, los de «la tierra de Asur» y los comprendidos bajo el «yugo de Asur», un sistema que heredaron de la época asiria media. Asiria propiamente dicha, la región que se extendía desde los Zagros hasta el Éufrates, era la tierra de Asur y en la época de Salmanasar III estaba de nuevo bajo pleno control asirio. Esa tierra estaba uniformemente organizada bajo una administración provincial: para gobernarla, el rey nombró representantes directos, que residían en palacios construidos en estilo asirio, aunque no eran tan grandes como los de las capitales centrales. El palacio de Kar-Salmanasar, por ejemplo, estaba decorado con frescos que representaban el mismo tipo de escenas que se

encontraban en los relieves de piedra de Kalhu. Las provincias se integraron en un sistema de sustento del dios Asur, cuyo único templo estaba en la ciudad de Asur, y que funcionaba como el dios de toda la tierra de Asiria. Todas las provincias tenían que suministrarle alimentos básicos para mantenerlo. Ésta fue la expresión ideológica del hecho de que las economías de toda la región se integraban en un solo sistema para alimentar a la burocracia central del estado. En términos políticos, las provincias eran equivalentes en estatus, aunque en la práctica los reyes asirios permitían a algunas de ellas un mayor grado de autonomía. Las «dinastías» de gobernadores, con el oficio pasando de padre a hijo, existían, por ejemplo, en la provincia de Suhu, en el Éufrates medio. Mientras obedecieran al rey asirio, no había necesidad de reorganizarlos para que encajaran en el sistema provincial.

Fuera de estas fronteras, los asirios dominaron estados que permanecían nominalmente independientes, pero cuyos gobernantes eran vasallos. Éstos se consideraban bajo el yugo de Asur. Sus deberes incluían la entrega de tributo anual en forma de objetos de valor para el rey, no para el dios Asur, y no hay evidencia de que se impusiera el culto a la deidad. Como vasallos, los gobernantes tributarios tenían que adherirse a los tratados, como en el segundo milenio, y cualquier violación se consideraba una grave transgresión que daba a los asirios el derecho a imponer castigos. La clara distinción entre Asiria propiamente dicha y el exterior muestra que, en la primera fase de su imperio, Asiria sólo quiso recrear el estado que tenía en el Período Asirio Medio. Más allá de las fronteras había un mundo que debía obedecer, pero que no necesitaba formar parte de Asiria.

Incluso dentro de estos límites Asiria era una gran entidad, y el rey, que era personalmente responsable del buen funcionamiento del estado, tuvo que depender de una extensa burocracia para gobernarlo. Los administradores de mayor rango y los oficiales militares tenían un poder considerable y se hicieron más independientes a medida que Salmanasar III envejeció. El comandante en jefe, Dayyan-Asur, dirigió abiertamente campañas militares a partir del 832, y en el 827 estalló una rebelión en el corazón de Asiria. Los príncipes se sintieron ofendidos por la influencia de Dayyan-Asur y también lucharon entre sí por el derecho de sucesión. La confusión duró siete años, incluyendo los tres primeros del reinado de Shamshi-Adad V, quien había ganado el trono en el 823 con la ayuda de Babilonia.

Debido a la estructura altamente centralizada del estado asirio, las luchas dinásticas al final del reinado de Salmanasar III tuvieron un impacto desastroso en todo el sistema. Aunque Shamshi-Adad V gobernó durante trece años (823-811) y se presentó a sí mismo como un guerrero victorioso, el dominio de Asiria sobre Siria se había debilitado y los estados de ésta se abstuvieron de rendir tributo. Al principio de su reinado, los babilonios le obligaron a aceptar un tratado en condiciones desfavorables, una situación que sólo podría revertirse años más tarde. Dentro de Asiria, el poder real también se debilitó, lo cual se hizo más patente después del reinado de Shamshi-Adad, pero el proceso ya había comenzado bajo Salmanasar III. Los gobernadores y funcionarios locales de Asiria se hicieron prácticamente independientes: encargaron inscripciones, algunas de ellas bilingües, asirías y arameas, en las que se presentaban a sí mismos como reyes, aunque seguían rindiendo homenaje al soberano asirio. Entre ellos se incluían gobernadores de pro-

vincias cercanas al corazón de Asiria, como Rasappa y Guzana. Como vimos, Hadad-yith'i de Guzana se describió a sí mismo como rey y reclamó ese título en la versión aramea de la inscripción de su estatua (figura 11.5). El comandante en jefe, Shamshi-ilu, era quizá el hombre más poderoso de su época. Estuvo activo bajo cuatro reyes durante la mayor parte de la primera mitad del siglo VIII y, desde Kar-Salmanasar, hizo campaña al oeste del Éufrates en favor propio. Utilizó su estatus para arbitrar los conflictos entre los gobernantes locales del norte de Siria sin hacer referencia al rey de Asiria. Asimismo, en el Éufrates medio alrededor de la antigua Mari, una dinastía de gobernantes dejó inscripciones de estilo real sin reconocer al rey asirio. En lugar de ello, ¡afirmaban descender de Hammurabi de Babilonia! Los gobernadores y funcionarios de ciudades como Kalhu y Asur se atribuyeron poderes reales. El rey, que era nominalmente dueño de toda la tierra de Asiria, les dio grandes propiedades para mantenerlos a su lado. Incluso en el propio palacio la competencia por el poder estaba muy extendida. En este contexto tenemos que comprender la importancia de la reina Sammuramat, que fue la inspiración de la legendaria Semiramis. Viuda de Shamshi-Adad V, se mantuvo tan influyente en el reinado de su hijo Adadnirari III (gobernó entre 810-783) que las inscripciones oficiales mencionan que ambos actuaban juntos. Para afirmar el estatus del rey, pudo haber sido necesario un énfasis especial en la sucesión dinástica. Estos problemas internos pusieron fin a la eclosión de Asiria como la mayor potencia del Próximo Oriente en el siglo IX. Los éxitos iniciales del estado parecen haber superado sus capacidades administrativas y el centro no estaba lo suficientemente unificado como para funcionar adecuadamente bajo un gobernante que no fuera particular-

mente fuerte. La dinastía sobrevivió con un gobierno que pasó de padre a hijo, pero los reyes tuvieron que comprar los favores de los oficiales para poder permanecer en su lugar.

Lo que logró Asiria en el siglo IX fue la restauración y consolidación del estado territorial que había controlado a finales del segundo milenio. Había empezado a utilizarlo como plataforma para campañas en otros lugares, especialmente en el oeste. No existen declaraciones de los propios asirlos, ni informes de sus víctimas, que expliquen por qué organizaron anualmente operaciones militares tan grandes, a expensas de la mano de obra y los recursos; los reyes asirios sólo declaran que lo hicieron por orden del dios Asur. Los expertos están desconcertados en cuanto a por qué los asirios se comportaban de esta forma y han aludido para explicarlo, principalmente, a razones ideológicas, económicas y defensivas (debate 12.1). Lo más probable es que los motivos del expansionismo cambiasen a medida que evolucionó la naturaleza del estado. La primera fase fue de reconquista para controlar a pueblos como los arameos, que habían tomado el poder político después del 1100, y para acceder a tierras agrícolas. Cuando la expansión asiria alcanzó el Éufrates, Siria occidental proporcionó una atractiva fuente de riqueza para sus élites, que se habían acostumbrado a vivir de los beneficios de las conquistas extranjeras. El oeste de Siria también era un blanco fácil, ya que no había un estado territorial unificado que organizase una fuerte oposición. No hubo ningún intento de integrar estas regiones en Asiria, sólo una demanda de bienes, y los reyes de Asiria toleraban la existencia de vecinos independientes siempre y cuando éstos no amenazaran sus intereses. Los registros oficiales, tanto textuales como pictóricos, pintan una imagen

del rey asirio forzando a los demás a someterse, a través de la batalla o la amenaza de ésta, y luego a presentarse con sus bienes. El conjunto del mundo externo satisfacía sus necesidades y le permitía desplegar sus enormes activos a través de actos tales como grandes proyectos de construcción. El sistema de extracción de recursos del área circundante pudo haber funcionado en el siglo IX, pero cuando el poder central se debilitó, se detuvo, así que Asiria tuvo que desarrollar otro enfoque, la expansión sistemática, que caracterizaría la segunda fase de su imperio.

Debate 12.1. ¿POR QUÉ LOS ASIRIOS CREARON UN IMPERIO?

A pesar de que el Imperio asirio presida toda la historia publicada sobre el Próximo Oriente antiguo en el primer milenio a.e.c., los estudiosos no han prestado mucha atención a las razones de su imperialismo. Han escrito numerosas páginas relatando sus logros militares con gran detalle y exactitud, pero, cuando se trata de explicar por qué se creó este imperio y qué se logró al hacerlo, los estudiosos han sido menos claros; a menudo no discuten el tema en absoluto. La razón de esta reticencia puede residir en el hecho de que una de las primeras discusiones explícitas al respecto estuvo tan ideológicamente inspirada por el nazismo que hizo de la pregunta algo desagradable. En 1937, el célebre eru-

dito de la antigua Mesopotamia, Wolfram von Soden, identificó entre los asirios el júbilo ario por la batalla, que adquirieron de la sangre «nórdica» que corría por sus venas, obtenida a través del contacto con los mitannios indoeuropeos (Von Soden, 1937). Tales teorías raciales son ahora totalmente rechazadas.

Cuando los estudiosos más recientes tratan de explicar por qué Asiria creó su imperio, tienden a centrarse en los factores internos y, dentro de la sociedad asiria, en los reyes cuyas personalidades dominan las evidencias que tenemos. Algunos han acusado a Asurnasirpal II de megalomanía y celos de la riqueza que vio en manos de los gobernantes de Siria y Fenicia (Garelli *et al.*, 2002: 218). Otros afirmaron que la ideología regia exigía que éste hiciera campaña todos los años, y que, como resultado, pusiera orden en una periferia caótica (Grayson, 1982: 280; Cancik-Kirschbaum, 2003: 121-122; Liverani, 2014: 509-511). A veces, la religión es vista como una fuerza motriz: el dios Asur era rey y su equivalente mortal tenía que seguir el mandato divino de ampliar el estado (Garelli, 1980: 33-34; Saggs, 1984: 265-266; Pales, 2010). Un estudio provocado por

la invasión soviética de Hungría en 1956 no encontró razón alguna: los asirios no tenían ninguna misión, ninguna ideología; puede que se inspiraran en la autopreservación, pero la expansión era evidente para ellos (Kraus, 1957 - 1958).

Cuando el foco de atención se traslada de la personalidad del rey a la totalidad de Asiria, la cuestión de la seguridad rige las explicaciones. Al principio, la construcción del imperio fue una reacción defensiva contra los arameos que amenazaban la frontera occidental de Asiria (Garelli *et al.*, 2002: 229; Joannès, 2004: 25). La amenaza no era necesariamente militar, sino que también estaban en juego preocupaciones económicas. Los recién llegados pusieron en peligro el acceso de Asiria a las fuentes de materias primas (Labat, 1967: 16), y los asirios reaccionaron apoderándose ellos mismos de los recursos (Yoffee, 1988: 57). Un académico, examinando en detalle las motivaciones económicas, argumentó que las preocupaciones comerciales presentaban una explicación más amplia que el imperialismo defensivo. Dado que Mesopotamia carecía de muchos recursos naturales esenciales, tanto de productos básicos,

como madera, metales y piedra, como de productos de lujo, y debido a su ubicación en las principales rutas comerciales, los mesopotámicos sintieron la necesidad de controlar estas líneas de comunicación y se apoderaron de ellas a través de la construcción del imperio. Él consideró que esto era una explicación válida para todos los momentos del expansionismo mesopotámico, no sólo del Imperio asirio, sino también de los anteriores períodos Acadio, Ur III, el Paleobabilónico y Asirio Medio, y el posterior Neobabilónico (Larsen, 1979). Sin embargo, esto resta importancia al carácter especial del Imperio neoasirio.

En los últimos años han comenzado a surgir explicaciones más matizadas que se basan en teorías de imperios formuladas en otros campos de estudio y los estudiosos están instando a que adoptemos un enfoque comparativo (Garfinkle, 2007; Cline y Graham, 2011: 42-52). Probablemente también tengamos que dar una dimensión más diacrónica a la cuestión y observar diversas actitudes a lo largo del tiempo. Hubo ajustes tanto en el núcleo asirio, donde las élites y la economía cambiaron sus necesidades a medida que el imperio se desarrollaba, como en la

periferia, que tuvo que lidiar con un agresor con demandas en evolución. Ninguna de las partes en sus interacciones permaneció igual con el paso del tiempo. La presión asiria hizo que grupos discretos unieran sus fuerzas como reacción, sus peticiones de tributo incitaron a las rebeliones y así sucesivamente. La actitud recalcitrante desencadenó una respuesta asiria. Al mismo tiempo, en Asiria las élites llegaron a depender del imperio para prosperar en sus trayectorias, la economía necesitaba activos extranjeros y así sucesivamente. El imperio duró unos doscientos cincuenta años y es inconcebible que sus objetivos y las razones de sus acciones siguieran siendo las mismas durante todo el período. Debemos buscar una explicación más abierta.

13

EL DOMINIO ASIRIO DEL MUNDO

744	Tiglatpileser III inicia cambios estructurales en Asiria
722	Conquista de Samaria
689	Senaquerib saquea Babilonia
671	Asarhadón captura la capital egipcia de Menfis
664-663	Asurbanipal captura la capital egipcia de Tebas
652-648	Rebelión babilónica bajo Shamash-shuma-ukin
626	Dinastía independiente en Babilonia
612	Saqueo de Nínive por los medos y babilonios

Entre el 745 y el 612 Asiria se convirtió en un verdadero imperio. Extendió su dominio militar sobre todo el Próximo Oriente e incluso incorporó brevemente el lejano país de Egipto. Además, eliminó a todos sus rivales e incorporó gradualmente más territorios a un sistema administrativo controlado centralmente. En este último período asirio, el imperio reunió bajo un mismo gobierno un vasto territorio desde el oeste de Irán hasta el Mediterráneo y desde el sur de Anatolia hasta Egipto. Como ocurrió antes, el rey y sus éxitos militares jugaron un papel crucial en las actividades del imperio, y los seis hombres que ocuparon el trono en sucesión fueron gobernantes fuertes y capaces (para una lista, véase la Sección 18 de las Listas de Reyes al final del libro). Sin embargo, el proyecto imperial estaba viciado y las fricciones e inestabilidades socavaron al estado. Aunque los gobernantes pertenecían a la misma familia, casi todas las sucesiones fueron impugnadas y los nuevos reyes tuvieron di-

ficultades para establecer el control total. La debilidad interna de Asiria puede explicar por qué los reyes tras Asurbanipal perdieron el control del estado, y por qué el colapso del imperio asirio fue tan repentino.

13.1. LA CRACIÓN DE UNA ESTRUCTURA IMPERIAL

En la primera mitad del siglo VIII, Asiria había perdido su capacidad de hacer campaña fuera de sus fronteras, e internamente los funcionarios habían usurpado muchos de los poderes reales. Los gobernadores provinciales podían actuar con gran independencia, aunque todavía tenían que reconocer su sumisión al rey. Los especialistas no están de acuerdo sobre el grado de debilidad interna: algunos consideran a los funcionarios regionales casi autónomos, otros los creen plenamente integrados en la estructura estatal asiria y sus actividades coordinadas con las del rey. Su proclamada independencia habría sido entonces más un recurso retórico para las audiencias locales que una falta de obediencia al rey. En cualquier caso, los gobernantes asirios de principios del siglo VIII no eran líderes militares fuertes y el impacto del estado en sus alrededores era mucho menos significativo que a mediados del siglo IX. Además, Urartu pudo extender su influencia sobre el norte de Siria, amenazando así el acceso de Asiria al Mediterráneo. Finalmente, en los años 762 a 759 varias ciudades, incluyendo la antigua capital de Asur, se rebelaron contra el poder real. Asiria había alcanzado un punto crítico.

Algunos reyes poderosos invirtieron esta situación, comenzando con Tiglatpileser III, cuyo reinado (744-727) representó un verdadero punto de inflexión. Él y su segundo sucesor, Sargon II (gobernó en 721-705; figura 13.1), reestructuraron Asiria internamente, hicieron campaña casi

anualmente fuera de sus fronteras y comenzaron a anexionarse vastos territorios extranjeros. La reorganización interna se centró en frustrar los poderes de los funcionarios locales. Así, los reyes dividieron las antiguas provincias bajo fuertes gobernadores en provincias más pequeñas, y aumentaron su número de doce a veinticinco. Del mismo modo, hicieron de las oficinas militares y administrativas más importantes instituciones menos poderosas al asignarlas a dos personas en lugar de a una. Por ejemplo, en lugar de un comandante jefe *(turtanu)*, compartían ese puesto dos hombres, uno «de la izquierda» y otro «de la derecha». A menudo nombraban a eunucos en los altos cargos de gobierno para que no hubiera ninguna posibilidad de que los padres pudieran transferir sus cargos a sus hijos. La «tierra de Asur» se reformó para limitar los poderes de los funcionarios y aumentar el control del rey.

Simultáneamente, Tiglatpileser III inició una política de expansión territorial mucho más allá de las fronteras que se habían mantenido desde la época asiria media. Probablemente reorganizó el ejército y reemplazó la leva anual de tropas de la población asiria por un ejército profesional permanente, utilizando a los conquistados para la infantería y a los asirios como el núcleo de la caballería y de los carros. Tiglatpileser III cruzó el Éufrates, como lo habían hecho sus predecesores del siglo IX, pero la política hacia la región cambió fundamentalmente: en lugar de obligar a los estados a rendir tributo, él y sus sucesores los incorporaron gradualmente al imperio como provincias. Esta política puede no haber sido la intención inicial de Asiria, pero fue forzada por la resistencia de las poblaciones locales.

Figura 13.1. Relieve de Dur-Sharrukin que representa al rey Sargón II y a un oficial. La escultura en relieve de finales de la época asiria se volvió aún más monumental que antes. En particular, las obras que Sargón II encargó en Dur-Sharrukin son de gran tamaño y pueden incluir escenas elaboradas. Aquí se muestra una sobria representación del rey, a la derecha,

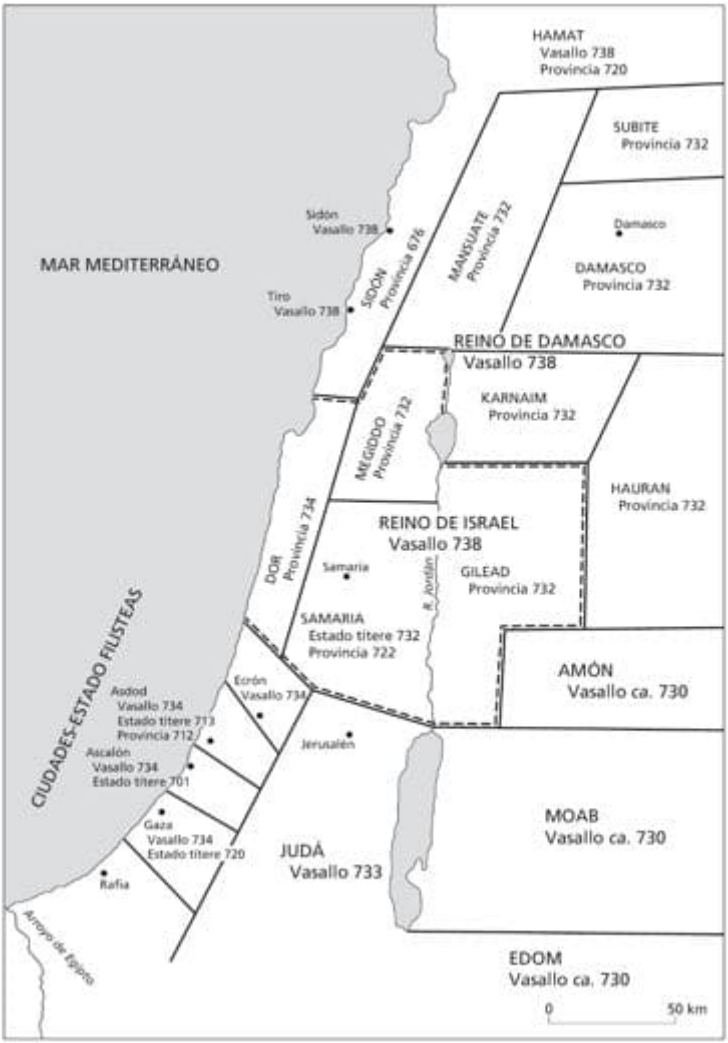
con uno de sus altos oficiales. Museo del Louvre, París, AO 19873-19874. Piedra caliza, 330 cm de alto.
Créditos: akg images/Album/Prism.

En principio, Asiria no quiso ejercer un control directo sobre las zonas situadas más allá de sus tradicionales fronteras. Su intención era exigir tributo y hacer cumplir la obediencia política, y que los gobernantes locales fueran mantenidos en su lugar siempre y cuando cumplieran con las demandas asirias. Pero esta política ya no funcionaba. Podemos distinguir tres tipos de acuerdos políticos con los estados del oeste, que reflejan tres etapas hasta su plena incorporación al imperio: (1) estados vasallos donde el gobernante permanecía en el cargo, pero debía entregar tributo anual; (2) estados títere donde se situaba en el trono al hombre local considerado más fiel a los asirios; y (3) provincias, donde un gobernador mandaba directamente bajo el control de Asiria. Los actos de desobediencia normalmente precipitaban la progresión de una etapa a la siguiente: sólo cuando la solución no generaba los resultados deseados, los asirios reducían aún más la autonomía. Planearon estratégicamente la creación de provincias para maximizar el control y reducir la confrontación directa con los enemigos circundantes. Por ejemplo, Tiglatpileser III en un principio expandió el número de provincias a lo largo de la costa mediterránea y se detuvo en las ciudades-estado filisteas, que dejó independientes. Así pues, había garantizado el acceso al mar y el control de la ruta norte-sur que discurría a su lado, pero todavía existía una barrera con el poderoso estado enemigo de Egipto. Sólo más tarde, como reacción a su desobediencia, convirtió los estados siro-palestinos del interior en provincias, pero la región entera nunca se incorporó plenamente al sistema provincial del imperio (mapa 13.1).

La historia del reino de Israel es un buen ejemplo de cómo funcionaba esta política y muestra las diversas etapas del control asirio, así como la reacción local ante ella. El relato bíblico nos permite ver el punto de vista no asirio, mientras que los anales asirios dan la versión imperial de los acontecimientos. A principios del reinado de Tiglatpileser, el rey israelita Menahem proporcionó tributo voluntariamente y se le dejó en paz. Poco después de su muerte, el rebelde antiasirio Pekah asesinó al hijo y sucesor de Menahem, Pekahiah, en el año 735, y se apoderó del trono con el apoyo de Damasco y de la población de Israel, a la que le molestaba el pesado pago de los tributos. En el 734, Tiglatpileser III hizo campaña a lo largo de la costa siria y convirtió las regiones en provincias; sólo en el 732 avanzó contra Damasco, foco de la oposición a Asiria, que anexionó. Al mismo tiempo, convirtió las zonas septentrionales de Israel en provincias asirías. Tiglatpileser III afirmó que el pueblo de Israel derrocó a Pekah y lo reemplazó por un gobernante proasirio, Oseas; un acto ciertamente motivado por su cercana presencia militar. Cuando murió Tiglatpileser, al principio Oseas permaneció leal a Asiria, pero más tarde, posiblemente como parte de una rebelión general, dejó de rendir tributo. Esto provocó represabas por parte de Salmanasar V (726-722), que sitió la capital de Israel, Samarla, durante tres años y la conquistó justo antes de su muerte. Su sucesor Sargon II reclamó la victoria y convirtió la región en la provincia de Samaria.

Las repercusiones para Israel fueron grandes. Los asirios deportaron a un número considerable de personas —27 290 según Sargon— y se establecieron en el noreste de Siria y el oeste de Irán. Grupos de otras partes del imperio se reubicaron en la región de Samaria, creando una población menos

homogénea y más dócil hacia Asiria. Mientras que las partes septentrionales del estado original, las provincias de Megiddo y Karnaim, quedaron casi despobladas, los asirios promovieron la economía de Samaria mediante la creación de aldeas y fincas agrícolas. Reestructuraron la administración para que se ajustara a las necesidades de Asiria; las transacciones legales se registraban ahora en lengua asiria y escritura cuneiforme. Reconstruyeron la capital que, junto con algunas otras ciudades, llegó a ser la sede de los gobernantes, que vivían en residencias construidas al estilo asirio. Establecieron fortalezas a lo largo de las fronteras para proteger a la provincia de las incursiones del sur y del este. Israel se convirtió íntegramente en parte del imperio.



Mapa 13.1. Anexión asiria de los estados occidentales en el siglo VIII. Según Benedikt Otzen, «Israel under the Assyrians», en M. T. Larsen (ed.), *Power and Propaganda (Mesopotamia 7*, Akademisk Forlag, Copenhague, 1979), p. 252.

Israel es un buen ejemplo de cómo cambió el gobierno asirio en el área siro-palestina, y muchos otros estados se vieron afectados de manera similar. Pero la política de los asirios fue flexible. Mantuvieron a los estados fuera del sistema provincial cuando resultaba mejor para los intereses

del imperio. Los vasallos o gobernantes títere locales continuaron gobernando Judá y todos los demás estados al sur y al este de Israel, aunque sus territorios a menudo eran de tamaño muy reducido. Los asirios adoptaron esta política para crear un estado fronterizo entre su imperio y los egipcios y árabes, y probablemente también para permitir el comercio con estos pueblos. De forma similar, conservaron las estructuras políticas de las ciudades fenicias, ya que su comercio era importante para Asiria. Aprovecharon plenamente los activos económicos de las regiones, incluso de las que no se convirtieron en provincias. En el área filistea, por ejemplo, la influencia asiria cambió la producción de aceite de oliva de una industria artesanal a un sistema centralizado que garantizaba el suministro. Por lo tanto, no se debe considerar que el imperio se impulsara por un mero deseo de adquirir territorios; era una estructura que pretendía maximizar los recursos para su núcleo. Las políticas aquí descritas eran ideales para interactuar con unidades políticas más pequeñas y se aplicaron desde el sur de Anatolia hasta Palestina y en las zonas montañosas al este de Asiria. Sin embargo, en sus interacciones con los grandes estados, Asiria utilizó enfoques diferentes.

13.2. LA DERROTA DE LOS GRANDES RIVALES

En el 744, cuando Tiglatpileser III llegó al trono, Asiria compartía el control del Próximo Oriente con varios grandes estados en sus fronteras: Babilonia en el sur, Elam en el sureste, Urartu en el norte y, en la lejanía más allá de la región siro-palestina, Egipto. Mientras que sus predecesores habían aceptado la existencia de estos estados, incluso cuando se habían producido enfrentamientos militares, todos los reyes desde Tiglatpileser III hasta Asurbanipal, decidieron enfrentarse a ellos y someterlos. Sin embargo, una

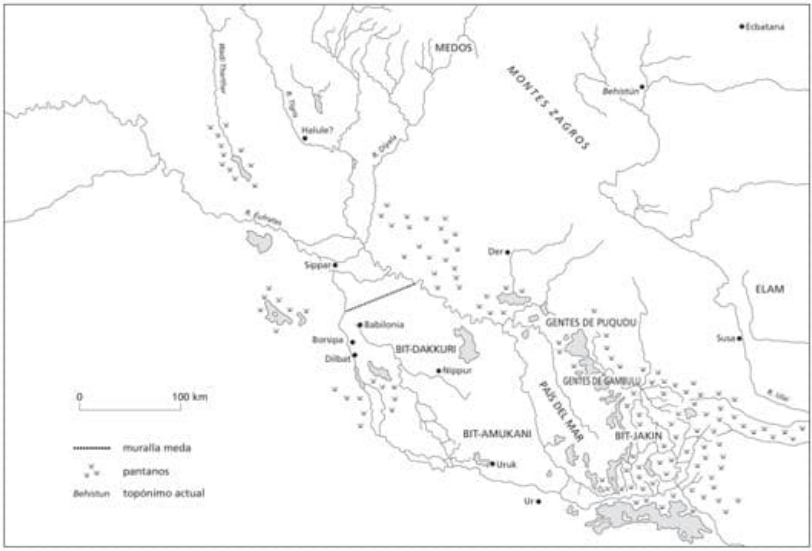
vez más, Asiria necesitó adoptar un enfoque flexible, ya que estos oponentes eran demasiado grandes y poderosos para ser controlados completamente, o, en el caso de Babilonia, algunas consideraciones especiales impidieron la plena incorporación al imperio. La derrota de los grandes rivales preocupó al ejército asirio durante muchas décadas.

Los asirios nunca resolvieron la cuestión de cómo controlar Babilonia. Aunque no podían aceptar la existencia de un vecino desobediente en su frontera sur, parecen haber sido reacios a tomar el control del país abiertamente.

Probablemente el conocimiento de que Babilonia había influido decisivamente en la cultura y religión de Asiria indujo un sentimiento de respeto que impidió un trato similar al que se daba en otras regiones. Además, Babilonia no era un área homogénea: las antiguas ciudades que conservaban las tradiciones culturales y políticas eran como pequeñas islas en un entorno donde dominaban los grupos tribales. Peor aún, el extremo sur de la región era imposible de controlar por medios militares tradicionales, ya que estaba cubierto de marismas donde el ejército no podía emplear sus tácticas habituales. Estas áreas proporcionaron refugio a fuerzas antiasirias como los caldeos, que compitieron con los asirlos por el trono de Babilonia (figura 13.2).

Figura 13.2. Representación asiria procedente de Nínive mostrando refugiados de las marismas del sur. Los relieves de los palacios asirios pueden ser muy detallados en las representaciones del medio ambiente de territorios extranjeros. Las marismas del sur de Babilonia eran un reto para el ejército asirio porque hacían imposible la realización de campañas regulares. Esta representación los muestra como en un refugio y representa de manera poco realista a las tropas luchando en pequeños barcos usando las mismas tácticas que en tierra firme. British Museum, Londres 124774,b. Yeso, altura aprox. 120 cm; anchura aprox. 150 cm.
Créditos: Werner Forman Archive.

Durante los reinados de los seis principales reyes asirios tardíos, tuvieron lugar unas veinte transiciones de poder en Babilonia (para una lista de reyes, véase la Sección 15 de las Listas de Reyes al final del libro). Allí los reyes podían pertenecer a uno de estos cinco grupos:



Mapa 13.2. La región de Babilonia en el primer milenio.

1. el propio rey asirio;
2. un miembro de la familia del rey asirio;
3. un babilonio colocado en el trono por Asiria;
4. un babilonio independiente de Asiria; o
5. un caldeo que fuera antiasirio.

Los numerosos cambios reflejan tanto la incapacidad de Asiria para encontrar una forma eficaz de controlar Babilonia como la fuerza de la oposición local, que a menudo podía contar con el apoyo de Elam.

Las relaciones entre Asiria y Babilonia a lo largo de las doce décadas que van del 745 al 627 son demasiado intrincadas como para discutirlas en detalle aquí. Como buen ejemplo de lo frustrante que pudo ser la experiencia, trataremos a Senaquerib —rey de Asiria entre 704 y 681— y sus diversas y bien documentadas iniciativas para gobernar Babilonia. En esos veinticuatro años el gobierno de Babilonia cambió de manos siete veces, lo que en sí mismo muestra lo

volátil que era la situación allí. Cuando Senaquerib llegó al trono de Asiria, hizo lo que sus tres predecesores más recientes habían hecho: se convirtió también en rey de Babilonia, que siguió siendo un reino separado. Después de dos años perdió ese cargo ante un babilonio nativo, Marduk-zakir-shumi II, quien unas semanas más tarde fue derrocado por el feroz caldeo antiasirio Marduk-apla-iddina II (en la Biblia aparece como Merodach-baladan). Como reacción, Senaquerib dedicó su primera campaña formal a la reconquista del sur en el año 703; expulsó a Marduk-apla-iddina a los pantanos y esta vez puso a un babilonio nativo en el trono, probablemente en un esfuerzo por apaciguar a la población urbana local. Senaquerib describió a éste, Bel-ibni, igual que si hubiera crecido en su palacio «como un cachorro». Así, se trataba de un babilonio preparado en Asiria y se esperaba que su lealtad fuera absoluta. Babilonia fue reducida a un reino títere. Pero los gobernadores asirios tuvieron que ayudar pronto a Bel-ibni a contrarrestar la amenaza caldea, y en el 700 Senaquerib tuvo que organizar otra campaña para tratar de una vez por todas con Marduk-apla-iddina, durante la cual reemplazó a Bel-ibni por su propio hijo mayor, Asur-nadin-shumi. Seis años más tarde, los babilonios aprovecharon una incursión elamita en la región para capturar al hijo de Senaquerib y entregarlo al rey elamita. Se lo llevaron y desapareció para siempre. Un nuevo babilonio nativo se convirtió en rey, pero Senaquerib lo eliminó rápidamente, aunque no pudo tomar Babilonia. Entonces un líder caldeo, Mushezib-Marduk, tomó el trono y formó otra gran coalición antiasiria, que incluía caldeos, arameos, babilonios y elamitas, cuyo apoyo compró utilizando las arcas del templo. En el 691, la coalición se enfrentó a Senaquerib en una gran batalla, probablemente indeci-

sa, cerca de Halule, en la frontera de Asiria. Al año siguiente, Senaquerib comenzó un asedio de quince meses a Babilonia, y cuando finalmente tuvo éxito en el primer día del mes de Kislimu (noviembre-diciembre) en el 689, se vengó de los problemas que le había causado. Sus relatos describen con detalle cómo arrasó los templos y las casas, saqueó los tesoros y deportó a la población. Concluye: «Para que en el futuro no se reconociera el emplazamiento de esa ciudad ni sus templos, la disolví totalmente con agua y la convertí en tierra inundada[42]». Tras haber agotado todas las demás posibilidades, Senaquerib dejó a Babilonia en el caos. Durante los siguientes ocho años tuvo lugar muy poca actividad, y el conjunto de registros preservaron el nombre de Senaquerib o de su hijo fallecido, Asur-nadin-shumi, como rey.

Babilonia era demasiado importante como para dejarla desorganizada por mucho tiempo, así que el sucesor de Senaquerib, Asarhadón, comenzó inmediatamente su reconstrucción e hizo un esfuerzo sistemático para presentarse a sí mismo en el registro oficial como el rey que unificó los dos estados. La idea de que Babilonia y Asiria estuvieran unidas no parece haber sido agradable; sin embargo, antes de morir Asarhadón designó a dos de sus hijos como futuros reyes de los reinos separados. El más joven, Asurbanipal, recibió Asiria; el mayor, Shamash-shuma-ukin, Babilonia. El dominio del primero era claro, y trató a su hermano como un vasallo, aunque favorecido. En protesta, Shamash-shuma-ukin se rebeló en el 652 y, uniéndose a los caldeos, arameos y elamitas, inició esencialmente una guerra civil que agotó los recursos de ambos estados. La resistencia a Asiria al principio fue exitosa y Asurbanipal tuvo que hacer campaña durante cuatro años antes de que Babilonia cayera. El siguiente rey de Babilonia fue Kandalanu; como murió

al mismo tiempo que Asurbanipal en el 627, a veces se piensa que Kandalanu fue el nombre del rey asirio en el trono babilonio. Pero no existe ninguna evidencia sólida para realizar esta conexión y probablemente es mejor ver en este momento a los reyes de Babilonia y Asiria como dos hombres, siendo el primero un gobernante títere bajo el control de Asiria. A pesar de la proximidad de Babilonia a Asiria y de todos los esfuerzos realizados para dominarla, la región nunca se integró plenamente en el imperio. Asiria le dio un trato especial por el respeto que merecía, pero igualmente importante fue la resistencia de Babilonia y su capacidad para mantener su oposición.

El respeto mostrado hacia Babilonia no existió en los casos de Urartu y Elam. Eran enemigos detestables que seguían dificultando la vida en Asiria. Ambos fueron objeto de muchas campañas de gran envergadura, descritas en el capítulo 11, que acabaron reduciendo su fuerza, aunque Asiria no los aniquiló. La incursión de Sargon II en Musasir en el 714 parece que acabó con la amenaza de Urartu, mientras Asurbanipal, exasperado por el apoyo de Elam a la rebelión de su hermano, saqueó Susa en el 647. Sin embargo, los dos estados debilitados sobrevivieron y sólo más tarde perdieron su independencia ante el Imperio persa.

Documento 13.1. ASURBANIPAL Y EGIPTO

Extracto del relato de Asurbanipal escrito después del 664

Egipto fue el objetivo más lejano de las campañas asirías y sólo se alcanzó al final del imperio, en un momento en que el reino de Nubia, al sur, tenía el control del país. Asurbanipal relata

aquí cómo el rey nubio Taharqo regresó a Menfis después de que su padre Assarhaddon allanara el país y cómo los vasallos asirios habían cambiado de bando a Nubia. Entre los años 667 y 666, Asurbanipal envió tropas —no las dirigió él mismo— para recuperar Menfis y luego Tebas, la antigua y muy rica capital religiosa del país. En el camino los asirios capturaron a los vasallos egipcios (Nikkû y Sharru-ludari), y los enviaron a Nínive como castigo. Pero Asurbanipal no tuvo más remedio que devolver a uno de ellos, Nikkû, a Egipto para que gobernase en nombre de Asiria. Poco después, el hijo de Nikkû, Psamético, se declararía rey de un Egipto independiente.

Tarqü[43], el sin dios, salió para tomar Egipto y [ ]. Se olvidó del poder de Asur, mi señor, y confió en su propia fuerza. Las cosas duras que mi padre le había hecho no ocurrieron para él, así que vino y entró en Menfis y volvió a los ciudadanos de su parte. Envió un ejército para matar, destruir y saquear a la población de Asiria que estaba en Egipto, mis siervos, a quienes Assarhaddon, rey de Asiria, mi padre, había confiado la realeza allí.

Un mensajero rápido me halló en Nínive y me informó de esto. Me en-

furecí por estos hechos y me enfadé. Llamé al comandante en jefe y a los gobernadores con hombres a su cargo, mi poderosa fuerza, y les ordené que se apresuraran a ayudar a mis reyes y siervos gobernadores. Les ordené que fueran a Egipto. Marcharon rápidamente y llegaron a la ciudad de Kar-Banite. Tarqû, rey de Kush[44], que se enteró de la llegada de mi ejército a Menfis, alzó su ejército para luchar en campo abierto. Bajo la protección de Asur, Sin y los grandes dioses, mis señores, que iban a mi lado, los derrotaron en campo abierto. Mataron con la espada a las tropas en las que había confiado.

El miedo y el terror cayeron sobre él y se volvió loco. Dejó Menfis, su ciudad real, en la que había confiado y tomó un barco para salvar su vida. Dejó su campamento, huyó solo y entró en la ciudad de Ni'[45]. Todos los buques de guerra que estaban con él y sus tropas fueron apresados. Un mensajero me describió los acontecimientos afortunados que había presenciado. Añadí fuerza a mis tropas poderosas enviando a los capitanes, a los gobernadores y a los reyes de las áreas a través del río, todos ellos mis siervos, y a los reyes de Egipto, mis siervos,

junto con sus fuerzas y barcos, para perseguir a Tarqû desde Egipto y Kush. Fueron a Ni', la fortaleza de Tarqû, rey de Kush, en una marcha de un mes y diez días. Cuando Tarqû se enteró de la llegada de mi ejército, dejó Ni', su fortaleza, cruzó el Nilo y levantó su campamento al otro lado.

Nikkü[46], Sharru-lu-dari y Paqruru, los reyes que mi padre había establecido en Egipto, violaron el juramento de Asur y los grandes dioses, mis señores, y quebrantaron su palabra. Olvidaron el bien que mi padre les había hecho y proyectaron el mal en sus corazones. Dijeron palabras falsas y se aconsejaron mutuamente de una manera contraproducente. «Si persiguen a Tarqû fuera de Egipto, ¿dónde nos quedaremos?». Enviaron a sus emisarios a hacer un juramento de paz, diciendo: «Queremos establecer la paz y estar de acuerdo entre nosotros. Queremos dividir la tierra entre nosotros. Que no haya ningún señor entre nosotros».

Repetidamente planearon el mal contra la masa de las tropas de Asiria, la fuerza de mi gobierno. Conspiraron para quitarles la vida, y se esforzaron por hacer males inauditos. Mis oficiales se enteraron de estas cosas y les

jugaron una mala pasada. Capturaron a sus mensajeros con sus mensajes y descubrieron sus acciones traicioneras. Capturaron a Sharru-lu-dari y Nikkû y encadenaron sus manos y pies. La maldición de Asur, rey de los dioses, vino sobre ellos, quienes habían pecado contra su poderoso juramento. A aquéllos a los que había hecho buenas obras, los llamé a filas. La habitantes de las ciudades, todos los que se habían unido a ellos y habían conspirado contra el mal, grande o pequeño, fueron destruidos con sus armas y no se salvó ni una sola persona dentro de estas ciudades.

A él, a quien me trajeron a [Nínive], mi ciudad real, yo Asurbanipal, rey de Asiria, el de mente abierta, el bienhechor que busca la bondad, a Nikkû, mi siervo, a quien se le había confiado la ciudad Kar-Bel-Matati, le mostré misericordia, aunque él había pecado. Le impuse un juramento de lealtad que era más estricto que el que existía antes. Yo lo animé, le puse vestidos brillantes y le di un azadón de oro, símbolo de su realeza. Puse anillos de oro en sus dedos y le di una daga de hierro con una vaina incrustada de oro en la que había escrito mi nombre. Le concedí carros, caballos y mulas para

> sus viajes reales. Le envié a mis oficiales y gobernadores para que lo ayudaran. Lo envié de vuelta a Sais, que ahora se llama Kar-Bel-Matati, donde mi padre lo había hecho rey. Le mostré bondad aún mayor que la de mi padre.
>
> Traducción según Onasch, 1994: 104-115.

El último rival importante de Asiria fue Egipto, que a partir del siglo IX apoyó a los rebeldes sirios. Su distancia y la debilidad del control asirio sobre las regiones intermedias habían hecho imposible una invasión en la primera fase del imperio. Pero la gran riqueza de Egipto lo convirtió en un objetivo muy tentador. Los nubios de Sudán habían conquistado el país a mediados del siglo VIII y controlaban las minas de oro que abastecían a todo el Próximo Oriente. Su dominio sobre Egipto era probablemente indirecto y los egipcios locales estaban en su mayoría a cargo de la administración. La idea de conquistar Egipto debió de haber atraído a Asarhadón y a su corte, y cuando el rey asirio consolidó suficientemente su dominio sobre el sur de Palestina a través de un sistema de vasallos leales, lo invadió. Ya avanzado en años, organizó tres campañas, derrotó al rey nubio Taharqo y conquistó la capital septentrional de Menfis. El asirio capturó una enorme cantidad de botines, que utilizó en parte para financiar la reconstrucción de Babilonia, pero no pudo imponer un gobierno directo a Egipto, por lo que Asarhadón convirtió en suyos a los vasallos egipcios de Nubla en la zona del delta del Nilo.

No obstante, el control de Asiria sobre Egipto era débil, y para cuando Asarhadón murió, el nubio Taharqo había reafirmado su poder sobre todo el país. Asurbanipal envió una expedición que tuvo que enfrentarse primero a los vasallos del delta, que habían cambiado de bando a favor de Nubia. El ejército asirio los derrotó con la ayuda de un ejército reclutado entre los vasallos siro-palestinos, como Judá, Edom y Moab, y con barcos que obtuvo en Fenicia y Chipre para navegar por el Nilo. Castigó a los vasallos, pero de nuevo, al no poder establecer un gobierno directo, restableció a uno de ellos, Necao, que se convirtió en su representante especial (documento 13.1). Cuando el ejército de Asiria partió, un nuevo rey nubio, Tantamani, regresó a Egipto, lo que desencadenó el ataque final de Asurbanipal entre 664 y 663. Esta vez llegó a la capital de Tebas, en el centro de Egipto, y se llevó un enorme botín. Finalmente, puso fin a la influencia nubia en el país, pero su propio sistema de vasallos duró poco tiempo. En el 656 un hijo de Necao, Psamético, que había sido educado en Asiria e instalado en un trono local, se proclamó a sí mismo único rey de todo Egipto con total independencia. En esta época, Egipto estaba, así, a merced de dos potencias extranjeras que tenían que depender de vasallos locales para gobernar: Asiria y Nubia. Al final, los egipcios ganaron fuerza suficiente como para afirmar su independencia. En los últimos años del Imperio asirio, Egipto comenzó a ayudarlo contra la amenaza del este, y juntos trataron de impedir la conquista babilónica de Siria. Sin embargo, fue en vano y la conquista de Egipto se convirtió en una meta del Imperio babilónico, aunque no se cumplió.

La resistencia de los estados que rodeaban a Asiria muestra que el imperio no era invencible y que la oposición a él pudo tener éxito. Más allá de este mundo de estados anti-

guos bien establecidos, había otras personas, a menudo nómadas, que causaron serios problemas a Asiria. Entre ellos se encontraban los escitas y los cimerios en Anatolia, que tuvieron que ser mantenidos a raya por medios militares y diplomáticos. En el desierto de Arabia, al este de Siria-Palestina, los asirios se enfrentaron repetidamente con los árabes, que podían escapar fácilmente al desierto y que nunca estuvieron completamente controlados. También había una serie de estados fuera del alcance de Asiria, pero en contacto con ella. En el golfo Pérsico, gobernó un rey de Dilmun, pero no conocemos mucho sobre su estado. En el centro de Anatolia estaba el reino de Lidia que, según fuentes griegas, mandó emisarios a Asiria, pero que también ayudó a las rebeliones antiasirias. Los asirios retrataban estos países como subordinados a ellos, pero la realidad de esa afirmación es dudosa.

13.3. LA ADMINISTRACIÓN E IDEOLOGÍA DEL IMPERIO

El vasto imperio que los asirios habían creado requería una administración grande y bien gestionada. Con la expansión del sistema provincial, la distinción anterior entre la «tierra de Asur» y el «yugo de Asur» desapareció, y en todo el Próximo Oriente Asiria ejerció el control directo. Más allá de las provincias se ubicaban los estados vasallos y títere, que fueron administrados indirectamente a través de la diplomacia y la amenaza de la acción militar.

La estructura de la administración asiria es poco conocida, aunque en las fuentes aparece una gran variedad de títulos. Una de sus características básicas era que no había separación de funciones entre los funcionarios: sus cargos eran simultáneamente administrativos, militares y religiosos. Hombres con títulos que traducimos en un sentido mili-

tar también eran gobernadores de provincias, por ejemplo. La sociedad asiria en general puede ser considerada como una estructura piramidal con el rey en su cúspide y la masa de la población en la base. Una multitud de oficiales funcionaban entre ellos y regulaban sus interacciones, pero aún existe una gran incertidumbre sobre la jerarquía de los cargos. Como en todas las otras cortes de la historia, los hombres tenían títulos que decían poco sobre sus deberes. Así, el copero *(rab shaqe*), por ejemplo, era un funcionario de alto rango que dirigía misiones diplomáticas. Un trío de oficiales ayudaba al rey: *turtanu, ummanu* y *rab sha muhhi ekalli*. Nuestras traducciones de comandante en jefe, canciller y mayordomo, respectivamente, probablemente limitan demasiado el alcance de sus funciones. Los expertos a menudo comparan la corte asiria con las posteriores de Oriente Medio, especialmente con la corte otomana, pero tenemos que tener cuidado de no dejar que esta comparación determine los detalles de cómo vemos la estructura administrativa de Asiria.

La lealtad personal era crucial en las interacciones entre el rey y los funcionarios. Los deberes no estaban formulados en términos legales, pero se esperaba que los funcionarios sirvieran fielmente al rey y él confiaba en ellos a cambio. Éste pedía el pago de impuestos y cuestiones similares por carta como si se tratara de un acuerdo privado y concedía exenciones fiscales como si fueran favores personales. Tal sistema llevó a la necesidad de un ejército de escribas para mantener los contactos. La gran cantidad de cartas encontradas en Nínive y Kalhu, unas dos mil trescientas, ciertamente constituye sólo una pequeña parte de lo que se escribió originalmente. Como recompensa a la lealtad, el sujeto permanecía en el cargo, un cargo que era concedido y re-

tirado a voluntad del rey, no sobre la base de derechos hereditarios. En cualquier caso, muchos funcionarios parecen haber sido eunucos, por lo que los cargos volvían a la corona al morir o jubilarse. Los funcionarios también recibían propiedades que podían ser muy extensas como recompensa por sus servicios, pero éstas seguían siendo propiedad del rey.

La idea de que la lealtad se debía al rey se extendía a todo el pueblo de Asiria y a los gobernantes súbditos. A veces se hacía que toda la población jurara ante los dioses que aceptaban una decisión real, o al menos los reyes afirmaban que todos habían hecho el juramento. Esto sucedió, por ejemplo, cuando Asarhadón nombró a su hijo menor Asurbanipal como su sucesor. Según una inscripción posterior de Asurbanipal, «Asarhadón convocó a los pueblos de Asiría, grandes y pequeños, de costa a costa, les hizo jurar lealtad por los dioses y estableció un acuerdo vinculante para proteger su corona y futura realeza sobre Asiria[47]». Si alguien se oponía al nuevo rey, quebrantaría su juramento y desencadenaría la venganza divina. Los juramentos de lealtad también fueron la base de las interacciones entre el rey asirio y sus vasallos. Estos últimos tenían responsabilidades específicas para con la persona del rey, como proporcionar tropas en caso de guerra, y eludirlas significaría el incumplimiento de un acuerdo supervisado por los dioses.

La administración central del imperio fue paralela al sistema de gobierno provincial. Un gobernador *(shaknu* en acadio) encabezaba cada provincia y su residencia era el equivalente al palacio real de Asiria. Los gobernadores eran altos funcionarios de la administración del imperio, comandantes del ejército, coperos, etc., y no está claro cómo dividían su tiempo entre los deberes centrales y provinciales.

Las provincias tenían que generar recursos para el imperio y proporcionar obreros y soldados. A veces la producción de ciertos bienes, como el aceite de oliva en la zona filistea, se reestructuró para aumentar la oferta. Sin embargo, parece que la mayoría de las veces los asirios dependían de las estructuras existentes y no interferían mucho. La administración provincial era la única con la que la población entraba en contacto. Del mismo modo, un funcionario, el alcalde *(hazannu* en acadio), regía ciudades en el corazón del territorio, como Asur y Kalhu, y su deber era representar a las personas que no dependían directamente del palacio. Algunas ciudades grandes tenían más de un alcalde, probablemente para evitar que su poder llegara a ser demasiado grande, pues sabemos que a veces las ciudades se rebelaban contra el imperio.

En estas interacciones, el enfoque completo en la persona del rey fue el resultado de la base ideológica del gobierno. El rey, como agente del dios Asur, representaba el orden. Dondequiera que él tuviera el control, había paz, tranquilidad y justicia, y donde no, gobernaba el caos. El deber del rey de llevar el orden a todo el mundo era parte de la justificación de la expansión militar. Todo lo que era extranjero era hostil, y todos los extranjeros eran como criaturas no humanas. Imágenes de ratas de pantano o murciélagos, solitarios, confusos y cobardes, se aplicaban comúnmente a quienes estaban fuera del control del rey, un mensaje que fue comunicado a través de una variedad de medios. Actualmente, las inscripciones reales son las más elocuentes para nosotros, pero en época asiria eran incomprensibles para una población mayoritariamente analfabeta. Eventos como desfiles de la victoria informaban acerca de estas ideas, y hay evidencias de que ciertos relatos de campañas se leían en voz alta

en las ciudades. Además, las nuevas ciudades, con su trazado planificado y sus grandes murallas y puertas, inculcaron la idea de la seguridad y el orden en sus residentes y visitantes. Cuando Sargon II describió la construcción de su capital Dur-Sharrukin, utilizó un lenguaje que recuerda la descripción de la organización del universo del dios Marduk en el *Poema de la Creación*. Los palacios reales, inaccesibles para la mayoría de la población pero visitados por dignatarios extranjeros, estaban decorados con relieves en las paredes que representaban al rey como amo del mundo. En la periferia del imperio se colocaban estelas y tallaban relieves en la roca que representaban al rey para indicar la misma idea. No había dudas en las mentes de los asirios de que las campañas militares estaban justificadas y eran por el bien de todos.

Los dioses de Asiria se beneficiaron del imperio en que sus cultos estaban bien provistos de tributo y botín. Como sacerdote principal del dios Asur, el rey apoyó ese culto, y otros templos probablemente también dependían totalmente del estado para su mantenimiento. Los impuestos provinciales a menudo se recaudaban como ofrendas para el templo. No existen evidencias, sin embargo, de que los asirios impusieran sus dioses a las poblaciones conquistadas, ciertamente no a expensas de las religiones existentes. Saquearon templos extranjeros por sus tesoros y robaron las estatuas divinas como acto de dominación. No hubo intolerancia religiosa y los tratados de vasallaje, por ejemplo, se juraban en nombre de los dioses de los vasallos y de los asirios.

13.4. LA CULTURA ASIRIA

Muchos estudios sobre Asiria se centran en los aspectos militares de su historia como lógico resultado del dominio de ese tema en los relatos oficiales. Pero los vestigios asirios

también muestran un gran interés en la literatura y la erudición bajo los auspicios del palacio. Lo más revelador a este respecto es la biblioteca que Asurbanipal recogió en su capital, Nínive: allí se encontraron unos cinco mil textos literarios y académicos junto con cartas y documentos administrativos que detallan los asuntos cotidianos del estado. Muchos de los textos aparecen en hasta seis ejemplares manuscritos, y en total la biblioteca contenía entre 1000 y 1200 composiciones. Se estima que son un reflejo exacto del conocimiento y la literatura mesopotámica hasta ese momento. Los reyes sucesivos reunieron la biblioteca conscientemente, pero Asurbanipal fue el más activo en esta empresa. Un catálogo de textos que se adquirieron en el año 648 incluía unas 2000 tablillas y 300 pizarras, es decir, tablillas de madera o marfil recubiertas de cera e inscritas con texto en cuneiforme, que fueron confiscadas en su mayoría de bibliotecas privadas de sacerdotes y exorcistas babilonios[48]. Una carta escrita por un rey anónimo a su representante en la región de la ciudad babilónica de Borsippa (quizá una ficción literaria posterior en lugar de una carta real) dice que debería recoger tablillas de los hogares de los especialistas y de los templos:

> *Nadie debe negarte las tablillas, y si te encuentras con alguna tablilla o ritual que yo mismo no te haya mencionado y que sea bueno para mi palacio, tómalo también y envíamelo*[49].

Los manuscritos no sólo se recopilaban, sino que se copiaban de acuerdo con un formato estándar de biblioteca (figura 13.3). La escritura cuneiforme y la disposición de las tablillas eran uniformes, y una declaración al final de cada tablilla las identificaba como parte de la biblioteca de Asurbanipal. Estos subíndices o colofones podían ser sellos con el breve texto «perteneciente al palacio de Asurbanipal, rey del universo, rey de Asiria», pero a menudo indicaban ex-

tensamente que el escriba había copiado cuidadosamente el texto anterior de una tablilla más antigua, y que había revisado y comprobado la copia. De hecho, los escribas eran cuidadosos en su trabajo. Indicaban si habían encontrado una rotura en la tablilla original, si habían restaurado una laguna, corregido errores y, muy raramente, las variantes que habían encontrado en diferentes manuscritos más antiguos.

Los textos se conservaban para proporcionar versiones autorizadas que pudieran utilizar los adivinos y exorcistas. Muchos de los manuscritos contenían presagios, y era imperativo que hubiera una versión correcta. La biblioteca también contenía textos literarios y académicos, ya que los especialistas cuyo deber era proteger al rey y al estado a veces necesitaban citarlos en sus informes, y la exactitud de estas citas era importante. Asurbanipal se enorgullecía personalmente de su biblioteca; hizo declaraciones como: «la sabiduría de Ea, el arte de los sacerdotes eruditos, el conocimiento de los sabios y lo que da consuelo a los grandes dioses, yo (Asurbanipal) escribí en tablillas de acuerdo con los textos de Asiria y Babilonia y lo revisé y comprobé[50]». El rey quiso distinguirse claramente por su conocimiento de la escritura y de la sabiduría secreta, y presentó la biblioteca como algo que compiló para sus propios intereses (debate 13.1).

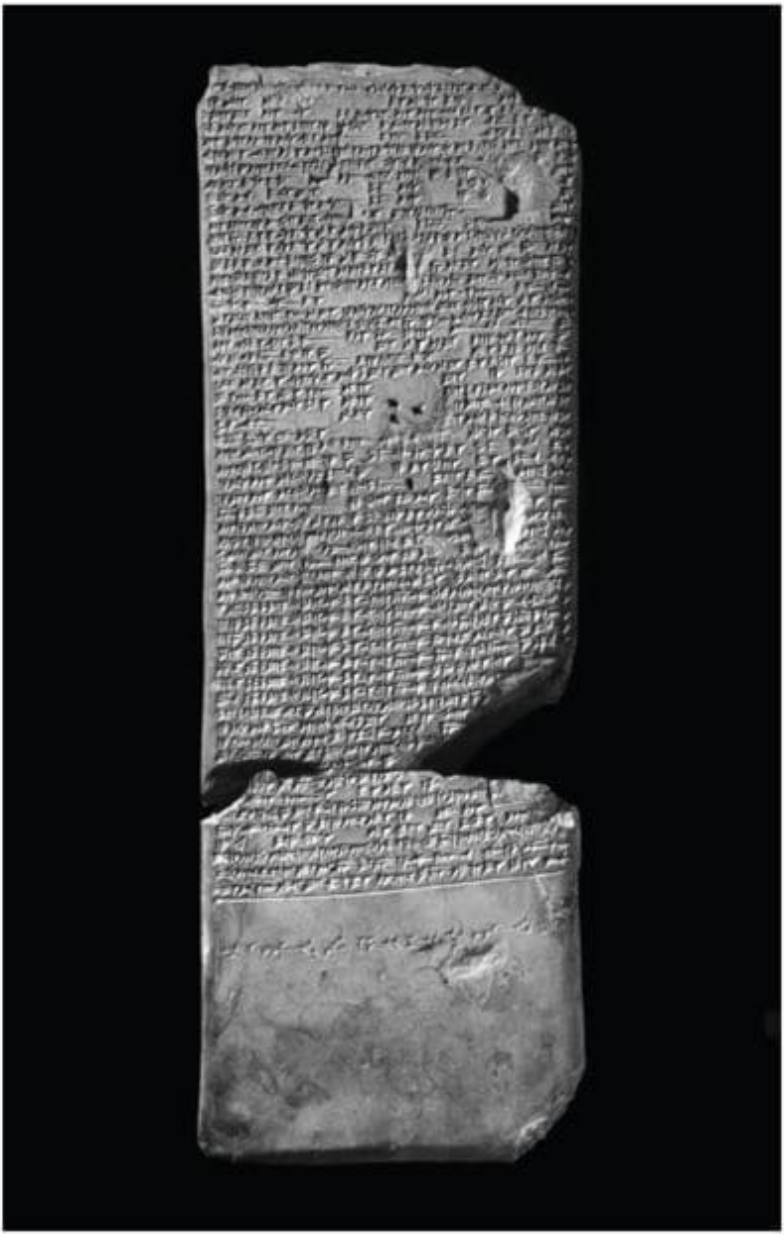


Figura 13.3. Un manuscrito de la biblioteca de Asurbanipal. Esta tablilla contiene el poema del *Descenso de Ishtar al inframundo* y puede servir como ejemplo característico de los

manuscritos conservados en la biblioteca de Asurbanipal. El escriba copió el texto a mano y, después de completarlo, dibujó una línea horizontal bajo la cual anotó: «perteneciente al palacio de Asurbanipal, rey del universo, rey de Asiria». British Museum, Londres, K.162. Arcilla; altura, 16.82 cm; anchura, 8.57 cm; grosor, 2.85 cm.
Créditos: © The Trustees of the British Museum.

Las composiciones conservadas en Nínive eran de una naturaleza muy variada. Alrededor de 300 tablillas contienen presagios, 200 listas léxicas, 100 textos bilingües sumerio-acadios de variados tipos, 60 textos médicos, y sólo de unas 35 a 40 contienen las epopeyas y otras composiciones puramente literarias. El predominio de augurios muestra la importancia que éstos tuvieron en Asiria y en Mesopotamia en general. Se suponía que debían predecir el futuro basándose en la observación de todo lo que existía en el mundo circundante. Al igual que las leyes anteriores, todas las entradas estaban redactadas de acuerdo con el patrón, «si... entonces...». La segunda parte de la declaración, la apódosis, indicaba lo que la observación predecía. La primera parte, la prótasis, puede ser cualquier cosa en el mundo que sea fácilmente observable o realizable a través de procedimientos especiales. Cualquier acontecimiento en el mundo natural era ominoso, como el vuelo de los pájaros o los aspectos físicos de los animales; los acontecimientos inusuales eran, por supuesto, aún más importantes. Había presagios que interpretaban los nacimientos con malformaciones, como los corderos con más de una cabeza. Además de las observaciones de eventos espontáneos, los adivinos especializados abrían ovejas para examinar su hígado, y todas las decoloraciones y anomalías se consideraban significativas. Por ejemplo, «Si el lóbulo izquierdo (del hígado) está cubierto por una membrana y es anormal, el rey morirá por enfermedad[51]». Ellos interpretaban los patrones de humo, las configuraciones del aceite vertido sobre el agua y así sucesivamente. Los escribas crearon listas masivas de presagios so-

bre un tema, explorándolo de todas las maneras posibles. Por ejemplo, dividieron la apariencia de un gato en una lista de buenos y malos augurios dependiendo de su color:

Si se ve un gato blanco en la casa de un hombre - las dificultades se apoderarán de la tierra.

Si se ve un gato negro en la casa de un hombre - esa tierra experimentará buena suerte.

Si se ve un gato rojo en la casa de un hombre - esa tierra será rica.

Si se ve un gato multicolor en la casa de un hombre - esa tierra no prosperará.

Si se ve un gato amarillo en la casa de un hombre - esa tierra tendrá un año de buena fortuna[52].

En el primer milenio, se extendieron cada vez más los presagios astronómicos y las colecciones que describían e interpretaban alineaciones planetarias, eclipses, la aparición de estrellas y muchos otros fenómenos celestiales se hicieron extremadamente largas. Una colección popular, *Enuma Anu Enlil*, fue copiada en 70 tablillas y contenía presagios sobre la Luna, el Sol, el clima y los planetas. Por ejemplo: «Si hay un eclipse de luna en el mes VII en el vigeéimoprimer día y se eclipsa; se llevarán de su palacio con grilletes al príncipe coronado[53]».

Las observaciones no se hacían simplemente para determinar si los presagios eran propicios o no, sino para que se pudieran tomar medidas para cambiar las mentes de los dioses. Sacerdotes especializados recitaban oraciones para instarles a alterar el futuro y los cortesanos tomaban medidas para garantizar que el rey no resultara herido. Una práctica común en el período neoasirio era nombrar a un rey sustituto. Cuando los presagios predecían que la vida del rey estaba en peligro, se seleccionaba a alguien para reemplazarlo temporalmente y el verdadero rey se escondía, para reaparecer sólo una vez que el peligro había pasado (el rey susti-

tuto probablemente era asesinado). La idea no era que el futuro fuera inalterable, sino que se pudieran tomar medidas para evitar el mal que acarreaba o para convertirlo en algo positivo. Los augurios eran importantes para todos los estratos de la sociedad, y muchas personas pagaban a los adivinos para que determinaran el futuro y a los exorcistas para que imploraran a los dioses que eliminaran el mal.

Los textos léxicos de la biblioteca de Asurbanipal también tenían usos prácticos. Contenían un registro completo del léxico sumerio con traducciones al acadio, e incluían listas de signos y combinaciones de signos y de palabras para animales, piedras, maderas, instrumentos, nombres de ciudades, etc. El conocimiento de los términos sumerios era importante para los sabios, que necesitaban leer textos de culto en sumerio y tenían que entender los signos cuneiformes difíciles para su trabajo interpretativo.

El tercer grupo más grande de tablillas de la biblioteca consistía en conjuros y oraciones en sumerio, que había desaparecido como lengua hablada muchos siglos antes. Los textos se tradujeron línea por línea al acadio. Del mismo modo, algunas epopeyas y mitos sumerios se conservaron en traducciones acadias, si bien no necesariamente los que habían sido más populares a principios del segundo milenio, cuando se registró la mayor parte de la literatura sumeria. Los conjuros, es decir, las listas de hechizos para protegerse del mal, y los manuales para exorcistas eran también una parte importante de los textos monolingües acadios.

Los textos médicos eran muy similares en formato a los textos de presagios y se basaban en el mismo concepto de que cualquier observación podía determinar el resultado de una enfermedad. Incluso las cosas que sucedían cuando el médico caminaba a la casa del paciente eran indicativas. Por

ejemplo, «Si el *ashipu* (término acadio para quien diagnosticaba) ve un perro negro o un cerdo negro, el enfermo morirá. Si ve un cerdo blanco, el enfermo se pondrá bien, o será atrapado por la angustia[54]». El diagnóstico también se basaba en si las partes del cuerpo estaban calientes o frías, en el color de la piel y la orina, y en otros elementos que consideramos médicamente relevantes. Pero también eran importantes otros signos que nos pueden parecer triviales, por ejemplo, si el vello del pecho del paciente se ondulaba hacia arriba o hacia abajo.

Por último, los textos literarios acadios constituían el grupo más pequeño de obras de la biblioteca de Asurbanipal. Actualmente, la más famosa es la *Epopeya de Gilgamesh* (recuadro 13.1), pero éste es sólo uno de un grupo de poemas narrativos que giraban en torno a los dioses y héroes de Babilonia. Los dioses eran los únicos personajes de mitos como el *Descenso de Ishtar al inframundo*, un resumen de un largo texto sumerio conocido desde principios del segundo milenio, donde la diosa trata de extender sus poderes sobre el inframundo, pero queda allí atrapada hasta que se puede encontrar a un sustituto. Los mortales jugaron un papel importante en historias como la de *Adapa*, un sabio primigenio que visitó a los dioses en el cielo y no logró obtener la inmortalidad. Se preservó un relato del diluvio en la historia del *Atrahasis*, el hombre a quien el dios Ea salvó para que los humanos pudieran continuar proveyendo ofrendas a los dioses. Se trata de obras cuyos orígenes se remontan a principios del segundo milenio, algunas con antecedentes sumerios. Más recientes fueron las obras acadias como el *Poema de la Creación,* que describe la organización del universo por el dios Marduk, quien en algunas versiones asirías fue reemplazado por el dios Asur. Del primer milenio data la

Epopeya de Erra, que describe la violenta destrucción de Babilonia (documento 10.2).

Recuadro 13.1. *LA EPOPEYA DE GILGAMESH*

Hoy, la composición literaria más famosa de la antigua Mesopotamia es la *Epopeya de Gilgamesh*, una historia sobre la búsqueda de la inmortalidad del héroe tras la muerte de su amigo Enkidu. La búsqueda lo lleva a los confines del mundo, donde conoce al único sobreviviente del diluvio, Utnapishtim, quien le dice a Gilgamesh que nunca conseguirá la inmortalidad física. Pero la versión encontrada en Nínive indica que un rey podía ser recordado para la eternidad a través de sus obras, incluyendo la construcción. El poema comienza y termina con la alabanza a los muros de Uruk, gracias a los cuales Gilgamesh será conocido para siempre:

> *Suba, pasee por los muros de Uruk,*
>
> *estudie la base de cimentación y examine la mampostería.*
>
> *¿No es su albañilería de ladrillo cocido al horno?*
>
> *¿Y no pusieron sus cimientos siete maestros*[55]*?*

En la biblioteca de Asurbanipal se encontraron varios ejemplares de una versión escrita en 12 tablillas, en las que se decía que su autor era Sin-leqe-

unninni. Este nombre lo sitúa en el período casita y muchos escribas babilonios del primer milenio consideraban a Sin-leqe-unninni como su antepasado. La historia de Gilgamesh experimentó un largo desarrollo hasta llegar a la versión encontrada en Nínive. En su base se asientan varios relatos sumerios de principios del segundo milenio y en el período paleobabilónico se atestigua la primera versión en acadio. Fue una de las obras literarias babilónicas conocidas en Siria-Palestina y Anatolia a finales del segundo milenio. La versión de Nínive incorporó obras literarias anteriormente independientes, como el relato del diluvio, también conocido a partir del período paleobabilónico. Después del saqueo de Nínive, la epopeya siguió siendo popular en Babilonia, aunque los manuscritos conocidos son todos fragmentarios. La figura de Gilgamesh sobrevivió en el arameo clásico del primer milenio e.c., y posiblemente en fuentes árabes, pero parece haberse confundido con otras figuras heroicas de entonces.

Documento13.2. COMENTARIOS DE ERUDITOS

En el siglo VII, cuando la biblioteca de Asurbanipal tuvo su mayor crecimiento, la literatura de Mesopotamia eraya muy antigua y muchos textos literarios y académicos tenían una historia de más de mil años. Como sucede con cualquier idioma, la gramática y el vocabulario del acadio habían evolucionado y ciertas palabras y expresiones ya no estaban claras. En la biblioteca de Nínive, y en otras partes de Asiria y más tarde de Babilonia, aparecieron textos especializados que ayudaban a aclarar tales dificultades. En su mayoría explicaban textos de presagios, cuya comprensión era especialmente importante para los eruditos que trabajaban para el rey. También para algunos textos literarios, las palabras difíciles se explicaban con sinónimos: el erudito escribía una línea con un término difícil y luego daba una explicación de ello. Este ejemplo de la biblioteca de Asurbanipal enumera versículos desconectados de una obra que llamamos «El poema del justo sufriente», posiblemente creada en el siglo XIII,y aclara algunas palabras. El ejemplo aquí discute las líneas 11, 21, 24 y 43 de la segunda tablilla de la composición. Indico entre paréntesis las palabras acadias difíciles y sus antiguas explicaciones.

Yo miro hacia atrás: persecución, acoso (*ip-pe-e-ri* en acadio) hostigamiento (*ip-pi-ri* en acadio) = abatimiento (*ma-na-ah-tum* en acadio) = enfermedad *(murṣu* en acadio)

Como un poseído (?) *(im-ḫu-ú* en acadio), que olvidó a su señor: poseído (?) *(im-ḫu-ú* en acadio) = engorroso *(ka-ba-tum* en acadio)

Rezar para mí era el remedio natural, sacrificar mi reino *(sak-ku-ú-a* en acadio): reinar *(sak-ku-u* en acadio) = rito de culto *(par-ṣ i* en acadio)

Lo que (los dioses) quieren para la gente que cambia en un abrir y cerrar de ojos *(ki-$_I$ pi-te-e ù ka-ta-me* en acadio) = el día y la noche (u_4 *-mu ù muši* en acadio)

Traducción basada en Lambert, 1960: lám. 15, y Foster, 2005: 398-399.

Los eruditos de la biblioteca de Asurbanipal también recopilaron comentarios sobre textos literarios y académicos (documento 13.2). Aclaraban términos anticuados y técnicos, enumeraban atributos de los dioses o elaboraban sus actos en textos mitológicos. La función de la biblioteca era práctica. La labor se centró en la comprensión de las señales de los dioses que se podían ver en todas partes en el mundo circundante y que se debían leer correctamente. Con el fin de ampliar sus conocimientos, los eruditos de todo el imperio informaban sobre lo que observaban e interpretaban los acontecimientos basándose en su comprensión de los pre-

sagios. Los archivos del palacio contienen numerosas cartas escritas al rey con el fin de ayudarlo con problemas como la enfermedad, la resolución de ir a la guerra y la sucesión real. El objetivo final de todo este trabajo era proteger al rey y al estado y asegurarse de que no se ignorara ningún peligro inminente.

Aunque la biblioteca del palacio de Asurbanipal era, con mucho, la más amplia de Asiria, no era la única. En Nínive había otra biblioteca en el templo de Nabu, y los templos de otras ciudades contenían colecciones de tablillas literarias y académicas. Además, las casas privadas podían tener bibliotecas. En Sultantepe, en el sur de Turquía, se encontró una en la casa de un sacerdote llamado Qurdi-Nergal y su hijo Mushallim-Baba que contenía conjuros, textos médicos, oraciones, epopeyas y literatura sapiencial. Estas bibliotecas sugieren la importancia de la cultura literaria en Asiria. Había una clara conciencia de que derivaba de Babilonia, lo que probablemente llevó a la posición única de ese país en el Imperio asirio. En claro contraste, los asirios no hicieron ningún intento por incorporar la literatura de ninguna otra región, sino que se ocuparon de su propia cultura.

13.5. LA CAÍDA DE ASIRIA

Para el año 640, Asiria estaba en la plenitud de su poder y controlaba un vasto territorio desde el oeste de Irán hasta Egipto, tras haber eliminado todas las fuerzas de oposición potencialmente significativas. Treinta años después, el Imperio asirio ya no existía. No está claro lo que sucedió: tenemos que reconstruir los acontecimientos principalmente a partir de breves fuentes de Babilonia, mientras los limitados testimonios de nombres reales en los documentos nos informan de cuál de los pretendientes al trono tenía el control sobre una ciudad específica. La cuestión de por qué el impe-

rio se derrumbó tan fácilmente está abierta a varias interpretaciones; lo más probable es que tengamos que buscar las razones dentro de su propia estructura.

Asurbanipal fue uno de los reyes de Asiria que reinó durante más tiempo, pero no estamos seguros de cómo y cuándo terminó exactamente su gobierno y qué sucedió después. Son posibles diferentes escenarios. La última inscripción real de Asurbanipal data del año 639 y la última mención al rey en un documento administrativo es del año 631. Algunos expertos piensan que se retiró entonces y le dio el trono a su hijo, pero la mayoría cree ahora que murió en 631 o 630. El alcance del imperio ya se había debilitado en ese momento y algunas zonas periféricas se habían independizado. Por ejemplo, ya no había presencia asiria en el sur del Levante y los egipcios habían llenado el vacío de poder allí. Asurbanipal había designado a su hijo pequeño Asur-etel-ilani como sucesor, pero varios impugnaron la decisión. Entre ellos se encontraba un eunuco y alto funcionario, Sin-shumu-lishir, que parece haber sido el hombre más poderoso de la corte, y Sin-shar-ishkun, otro de los hijos de Asurbanipal. En un determinado momento, los tres mantuvieron la realeza sobre Asiria y finalmente Sin-shar-ishkun obtuvo el control total y gobernó durante otros quince años más o menos. Los problemas de sucesión no eran inusuales en el Imperio neoasirio; a principios de siglo, Senaquerib había sido asesinado por uno de sus hijos y el legítimo heredero, Asarhadón, tuvo que luchar durante meses para ganar el trono. Pero esta vez la cohesión de Asiria fue más débil y las guerras duraron más tiempo. Durante los disturbios en Asiria, el gobernante designado por Asurbanipal en Babilonia, Kandalanu, murió en 627 y el conflicto se extendió a dicha región. Todos los aspirantes al trono en Asiria aparecen

en las fuentes babilónicas como reyes de allí. Además, en el 626 un antiguo funcionario asirio de Uruk, Nabopolasar, se proclamó fundador de una nueva dinastía nativa, la caldea. Varias ciudades babilónicas no se pusieron de su lado, sino que juraron lealtad a los diferentes asirios que reclamaban el trono, así que los caldeos tuvieron que conquistar varias de ellas, lo que causó grandes penurias entre los habitantes. Pero para el año 616 Nabopolasar había consolidado sus poderes sobre Babilonia hasta tal punto que pudo invadir Asiria.

Simultáneamente, en el oeste de Irán una población de las montañas, los medos, había fortalecido su ejército, probablemente aprovechando el vacío de poder causado por la derrota de Elam por parte de Asurbanipal. En el 615, comenzaron a atacar ciudades en el corazón de Asiria y firmaron una alianza con Nabopolasar, posiblemente vendiéndole sus servicios como mercenarios. En el 612, las fuerzas combinadas, ayudadas por otros grupos como los escitas, atacaron la capital de Nínive y la saquearon. El gobernante asirio de la época, Sin-shar-ishkun, murió en batalla, y su sucesor, Asur-uballit II, tomó una última posición en la ciudad de Harran, en el norte de Siria. Los asirios ofrecieron una fuerte resistencia, contando con el apoyo de Egipto. Durante dos años más gobernaron zonas del oeste de Siria e incluso después de la caída de Harran en 610 continuaron batallando. Los gobernantes locales trataron de influir en la situación. En 609, por ejemplo, el rey Josías de Judá perdió la vida en Megiddo en un intento por detener a un ejército egipcio enviado en apoyo de Asiria. En el mismo año murió Asur-uballit II, pero el desafío local a los babilonios continuó hasta el 605. Fue sólo entonces cuando Babilonia se

convirtió esencialmente en la sucesora de Asiria, tomando el control de la mayoría de sus territorios.

Los conquistadores se dispusieron a destruir las ciudades de Asiria, vengándose de las humillaciones que habían sufrido a sus manos. Por ejemplo, identificaron las representaciones de los reyes Senaquerib y Asurbanipal en los relieves con la ayuda de las inscripciones que los acompañaban, y las destruyeron ritualmente recortándoles los ojos y las orejas. No se trató de actos aleatorios de mutilación: en la descripción detallada de la derrota de los elamitas por Asurbanipal, por ejemplo, sólo desfiguraron al rey y a un soldado al que se mostraba cortando la cabeza del rey de Elam (figura 11.1). Esto fue probablemente obra de los medos, que veían a los elamitas como sus ancestros. Los atacantes quemaron los palacios sólo después de haber completado la tarea de desfigurar las imágenes y destruir los símbolos de sumisión a Asiria, y el rey babilónico regresó a casa con algunas de las cenizas de Nínive para vengar la destrucción de Babilonia por parte de Senaquerib. El corazón de Asiria perdió sus rasgos urbanos y la población restante residía en pequeños asentamientos en la cima de enormes montículos.

Las causas del rápido colapso de Asiria estuvieron probablemente enraizadas en problemas inherentes a la organización del imperio. La concentración del poder en manos de un solo hombre era efectiva cuando había un rey capaz, pero la tarea del gobierno podía fácilmente exceder las capacidades de un individuo. Aunque no sabemos la edad de Asurbanipal cuando ascendió al trono, debió de haber alcanzado una edad avanzada al final de su largo reinado. Además, la lucha entre Asurbanipal y su hermano Shamash-shuma-ukin que condujo a la devastadora guerra de Babilonia debió de ser extremadamente perturbadora para

ambos estados. El funcionamiento del imperio siempre se veía perturbado cuando se producían problemas internos.

De hecho, la actitud voraz de Asiria hacia los territorios que conquistó, con deportaciones y fuertes demandas de tributos, hizo que fuera atractiva cualquier oportunidad de rebelarse. Los estados tributarios se rebelaban constantemente a pesar de las duras respuestas asirias, y en las últimas décadas pudieron haber tenido éxito en la retención de tributos. Aislado el imperio de su base de suministros, el núcleo no podía mantener sus enormes ciudades y su enorme ejército. Además, como muchos de los habitantes de dicho núcleo eran deportados, su lealtad al estado era probablemente mínima y los asirios por sí mismos no podían seguir ejerciendo el control necesario para preservar su imperio. En esencia, dicho imperio siempre se había construido sobre una base débil, y las fisuras podían socavar todo el sistema. La combinación de la presión externa y el conflicto interno llevó al colapso repentino de toda la estructura.

Como no volvió a emerger ningún poder asirio, no existen reflexiones autóctonas sobre estos acontecimientos, como ocurrió, por ejemplo, después del estado de Ur III. Sin embargo, las tradiciones posteriores de los pueblos conquistados por Asiria examinaron la caída del imperio y atribuyeron la destrucción de Nínive, por ejemplo, al castigo divino. Los babilonios atestiguaron que el saqueo de Babilonia por parte de Senaquerib fue vengado en Nínive. Los autores bíblicos vieron la devastación de la ciudad como un castigo por los ataques contra Judá por parte de los sucesivos gobernantes asirios. Asiria había sido arrogante y sus víctimas se deleitaban con su ruina. El historiador griego del siglo iv Ctesias presentó la caída en el contexto de la percibida oposición entre griegos y orientales. Sardanápalo, el nombre

griego para Asurbanipal, estaba condenado a caer debido a su afeminada vida de lujo. Esta tradición inspiró imágenes europeas del siglo XIX sobre el Próximo Oriente que juzgaban a Asiria como el paradigma de la decadencia oriental (figura 13.4). Se trata seguramente de una evaluación inexacta de este poderoso imperio, que tuvo mucho éxito durante unos tres siglos.

Debate 13.1. ¿FUE EL REY ASURBANIPAL UN ERUDITO?

Sólo un conjunto de la larga lista de reyes mesopotámicos que conocemos afirmaron públicamente que sabían leer y escribir (Frahm, 2011). Uno de ellos fue el rey de Ur III Shulgi, que describió su educación en la academia (documento 4.2), otro el emperador asirio Asurbanipal, que escribió más detalladamente sobre su época como príncipe heredero:

> *Aprendí la tradición del sabio erudito Adapa, los secretos escondidos, todo el oficio de escriba. Puedo discernir los portentos celestiales y terrestres y deliberar en la asamblea de los sabios. Soy capaz de* ***discutir la serie «Si el hígado es un espejo del cielo» con eruditos capaces. Puedo resolver recíprocos enrevesados y cálculos que no salen de manera evidente. He leído astutamente textos escritos en sumerio, en acadio oscuro, cuya interpretación es difícil. He examinado inscripciones en piedra de antes del diluvio, que están selladas, tapadas, mezcladas (Livingstone, 2007: 100).***

Sin embargo, ¿era esto cierto? En la misma inscripción decía Asurbanipal: «Ninurta y Nergal me dieron una ap-

titud física, hombría y una fuerza sin igual», así como también afirmó que ya era un gran líder de guerra y que sabía cómo comportarse como rey mientras su padre aún estaba al mando. Era perfectamente apto para convertirse en gobernante desde una temprana edad y la educación avanzada era parte de sus cualidades. Sin embargo, se sabe que pocos gobernantes de tiempos premodernos fueron bien educados y la aparente dificultad de la escritura cuneiforme hace concebir que sus afirmaciones serían un alarde ocioso.

Los expertos solían pensar que la alfabetización era una experiencia limitada en la antigua Mesopotamia (por ejemplo, Beaulieu, 2007: 473-474), pero recientemente muchos han comenzado a argumentar que no era así. A pesar de las apariencias, la escritura cuneiforme no era tan difícil de aprender —en muchos períodos poco menos de cien signos eran de uso común— y hay muchos indicios de que un gran número de personas escribían y leían (Parpola, 1997; Wilcke, 2000; Charpin, 2010: 53-67), incluyendo mujeres (Lion, 2011). De hecho, hay pruebas de que los comerciantes y similares escribían sus propias cartas y contratos,

pero debemos tener en cuenta que existen diferentes niveles de alfabetización. En los lugares donde sólo algunas personas pueden escribir textos sencillos, otras tienen la capacidad de expresar un lenguaje técnico específico, mientras que sólo una minoría tiene conocimientos académicos (Veldhuis, 2011). En su inscripción, Asurbanipal afirmaba tener los conocimientos más avanzados. Podía leer inscripciones de antes del diluvio—también se decía que era algo que Gilgamesh dominaba (Pongratz-Leisten, 1999: 312) —y era capaz de interpretar sumerio oscuro con traducciones acadias difíciles. También sabía matemáticas complicadas. Aún más impresionantes fueron sus talentos para «leer» signos adivinatorios del cielo y la tierra y para debatir sobre textos de presagios hepáticos. Se trataba de ciencias que requerían muchos años de entrenamiento intensivo, que un príncipe heredero no tenía necesariamente, pero hay algunos indicios de que Asurbanipal no mentía. Una carta de un astrólogo dirigida a él sugiere que podía consultar las listas de presagios celestiales (Parpola, 1993: n.º 101; cf. Villard, 1997: 145), mientras que algunos colofones en tablillas especializa-

das de su biblioteca afirman que «Yo Asurbanipal» los escribí. ¿Se habría atrevido un escriba común a hacerse pasar por el rey (Livingston, 2007: 113-114)?

En la biblioteca existen algunas tablillas con textos complicados que destacan por estar mal escritas y hay una carta de Asurbanipal a su padre que es bastante tosca (Luukko y Van Buylaere, 2002: n.º 19), lo que sugiere que fueron obra propia del príncipe heredero (Livingstone, 2007). Puede que no tuviera tanta experiencia como insinuó, pero Asurbanipal era capaz de leer y escribir materiales escolares a un nivel elemental (Zamazalová, 2011). No es de extrañar entonces que hiciera de la biblioteca de Nínive su proyecto personal y podemos concluir que fue un rey inusualmente culto.

14

LOS MEDOS Y LOS BABILONIOS

670s Asarhadón de Asiria consulta al dios solar sobre el gobernante medo Kashtaritu
626 Nabopolasar funda la dinastía neobabilónica
612 Los medos y babilonios saquean Nínive
605 Nabucodonosor II derrota a los egipcios en Karkemish
587 Nabucodonosor II saquea Jerusalén
552 Nabónido se marcha a Teima
539 Ciro captura Babilonia

La derrota militar de Asiria fue principalmente obra de dos pueblos que estaban relativamente recién llegados a la escena del Próximo Oriente y presentaban dos organizaciones políticas y modos de vida muy diferentes: los medos y los babilonios. Los medos eran un pueblo pastoril del centro de los montes Zagros, donde sólo en el siglo VIII aparecieron ciudades fortificadas en lugares estratégicos. Hasta donde sabemos, no tenían una tradición escrita nativa, y su historia se debe reconstruir a partir de referencias en fuentes externas. La dinastía babilónica subió al poder a finales del siglo VII, y se convirtió en heredera de las tradiciones urbanas que habían existido durante mucho tiempo en el sur de Mesopotamia. Sus reyes continuaron prácticas políticas, culturales y administrativas anteriores y enfatizaron las conexiones con el pasado de su país. Dejaron ricos registros de sus logros, pero a diferencia de los asirios, ignoraron mayoritariamente los logros militares para concentrarse en su labor como constructores. Los babilonios gobernaron un imperio tan dominante en el Próximo Oriente como lo había sido el Imperio asirio, pero no estaban solos. Se enfrentaron a un

Egipto emergente, a varios estados de Anatolia y a la naciente Persia en el suroeste de Irán. Además, grupos de saqueadores como los escitas y cimerios entraban en la zona desde el norte y a menudo causaron graves disturbios. Todos estos estados y pueblos determinaron la historia del siglo VI hasta que los persas cambiaron totalmente el mapa político de la región.

Mapa 14.1. El Próximo Oriente en el siglo VI.

14.1. LOS MEDOS Y LOS ESTADOS DE ANATOLIA

A lo largo de su historia, los asirios se habían encontrado con varios grupos de población en el este de los montes Zagros. Sólo conocemos a estas poblaciones a través de fuentes asirias, ya que no existía una tradición escrita indígena,

y la información proporcionada es confusa. A menudo los asirios parecen haber confundido sus nombres y no tenían claro dónde residía exactamente cada grupo. Uno de estos pueblos era los medos, y debido a que derrotarían al Imperio asirio, ganaron una atención especial en la tradición histórica antigua. Sin embargo, deben ser vistos como un ejemplo típico de un pueblo de las montañas que se volvió en contra de sus ricos vecinos de las tierras bajas.

Figura 14.1. Relieve asirio que muestra a medos. Este relieve del palacio de Sargón en Dur-Sharrukin representa a los habitantes de las montañas, probablemente medos, trayendo tributo al rey asirio. Los objetos de tributo reflejaban a menudo las especialidades de la región y en este caso se compone de caballos. Junto a los caballos, dos de los hombres llevan pequeñas maquetas de ciudades, que se ofrecieron como símbolos de sometimiento. Louvre, París. Alabastro y yeso, 165 × 370 cm.
Créditos: © RMN-Grand Palais/Hervé Lewandowski.

Las referencias a los medos aparecen raramente en los registros asirios desde mediados del siglo IX y sugieren que habitaban la región central de los Zagros a lo largo de la vía de Khorasán, al este de las fuentes del río Diyala. Esta vía proporcionaba la principal conexión entre las tierras bajas de Mesopotamia y el centro de Irán, y todos los comerciantes terrestres de artículos de lujo como metales y piedras semipreciosas tenían que utilizarla. El deseo de controlar la

ruta puede explicar por qué los asirios, a finales del siglo VIII, convirtieron la región en tres provincias, a diferencia de otras zonas de los Zagros, donde mantenían vasallos. Establecieron una serie de ciudades fortificadas y recaudaron impuestos, la mayoría de los cuales consistían en caballos. Sin embargo, el control político de Asiria no era completo. Muchos medos se mantuvieron independientes, aunque en pequeños grupos, y Sargon II menciona que recibió tributo de unos veintidós de sus jefes (figura 14.1).

Los asirios y los medos interactuaron de la misma manera que otros pueblos de las tierras bajas y las montañas a lo largo de la historia del Próximo Oriente. Como agricultores asentados y habitantes de la ciudad, los asirios temían a los medos como enemigos indisciplinados, pero probablemente también dependían de ellos para obtener acceso a los recursos. En los archivos del rey Asarhadón (gobernó entre 680-669) en Nínive aparecen unas ciento cincuenta consultas dirigidas al dios sol Shamash, pidiendo consejo sobre cómo hacer frente a las amenazas percibidas. Imploró al dios que respondiera a través de mensajes inscritos en los órganos de los carneros sacrificados, una forma típica de comunicar los presagios. Entre esas preguntas, treinta y tres se refieren a los medos, especialmente a su gobernante Kashtaritu. Pregunta, por ejemplo:

> *Te pregunto, Shamash, si desde este día, el tercer día de este mes, el mes de Iyyar (abril-mayo), hasta el día 11 del mes de Ab (julio-agosto) de este año, o Kashtaritu y sus tropas, o las tropas de los cimerios, o las tropas de los maneos, o las tropas de los medos o de cualquier otro enemigo, capturarán esa ciudad, Kishassu, entrarán en esa ciudad, Kishassu, conquistarán esa ciudad, Kishassu, y si les será entregada*[56].

La derrota por parte de Asurbanipal del estado de Elam en el 646 probablemente dio espacio a los medos para expandir su influencia sobre los Zagros, y en el 614 bajo la

guía de Umakishtar atacaron Asiria y pronto destruyeron su imperio con ayuda babilónica. Umakishtar pudo haber sido nombrado temporalmente líder de los medos, pero no hay indicios de que fuera el rey de un estado unificado. Con el fin del imperio, las fortificaciones asirías fueron abandonadas y los medos y otras poblaciones de los Zagros continuaron asaltando las áreas vecinas. Para contrarrestarlos, los babilonios construyeron una enorme muralla que conectaba los ríos Tigris y Éufrates justo al norte de Babilonia, que más tarde fue llamada la muralla meda. Los persas, que vivían en el sur de Irán, pusieron fin a la situación de fragmentación política e inestabilidad. En el 550, su rey, Ciro, tomó el control de todos los Zagros y los territorios de los medos, usando esto como base para crear el Imperio persa. Los medos habían sido importantes en la historia del Próximo Oriente antiguo debido a su papel en el derrocamiento de Asiria, pero no eran inusuales entre las poblaciones de los montes Zagros.

Sin embargo, desempeñaron un papel muy importante en reflexiones posteriores sobre este período, ya que se conservan en fuentes clásicas, especialmente en las del historiador griego Heródoto (recuadro 14.1). En el primer libro de sus *Historias* escribió un relato de la formación del estado, donde grupos dispares elegían a un rey para que los juzgara y guiara, y como recompensa le construyeron una capital. El nuevo estado medo se convirtió en un gran imperio con la derrota de Asiria y la conquista de Anatolia oriental, donde se enfrentó al poderoso estado de Lidia en el río Kizilirmak. Heródoto describe cómo un eclipse solar completo, que podemos datar el 28 de mayo del 585, detuvo su batalla, y cómo concluyeron un acuerdo de paz negociado bajo los auspicios de los reyes de Babilonia y de Cilicia. Según él, uno

de sus vasallos, el persa Ciro, finalmente derrocó a Media y la integró en su mucho mayor imperio. Mientras que los datos de la historia de Heródoto concuerdan con los fragmentos de información procedente de las fuentes asirías y babilónicas sobre los medos, en conjunto es un relato ficticio. Jamás existió un Imperio medo. ¿Por qué se lo inventó entonces? Heródoto imaginó que había habido una secuencia de imperios mundiales en Asia antes del persa, al que los griegos se enfrentaron. Sabía de Asiria y Persia, pero entre ellos había un vacío, el cual llenó con los medos, y por lo tanto creó un imperio fantasma cuya imagen sigue siendo ampliamente aceptada hoy.

Recuadro 14.1. LAS FUENTES CLÁSICAS Y LA HISTORIA DEL PRÓXIMO ORIENTE ANTIGUO

Con el desarrollo en Grecia de una rica tradición literaria, y especialmente de la historia narrativa, tenemos a nuestra disposición una perspectiva totalmente nueva sobre el Próximo Oriente a través de los ojos de estos forasteros. La más destacada es la obra de Heródoto del siglo V, que trató de explicar los orígenes de las guerras Médicas mediante el estudio de las historias de los pueblos implicados, tanto persas como griegos. Escribió numerosas historias sobre los medos, babilonios y egipcios, así como de otros pueblos con los que los persas interactuaban, como los escitas y los etíopes. Entre otros autores griegos se

incluyen Jenofonte, un comandante de mercenarios que luchó en uno de los bandos de la guerra civil persa en el 401, y Ctesias, un médico de la corte persa más o menos coetáneo, ambos centrados en la historia persa. Un sacerdote babilónico del siglo III, Beroso, escribió una historia de Babilonia en griego para su gobernante griego, pero su texto está mal conservado en fragmentos de épocas posteriores. En conjunto, el registro sigue siendo pequeño. Las evidencias más ricas son sobre los persas, ya que su poderoso imperio y la amenaza que representaba para Grecia incitó a los griegos a escribir sobre ellos. Las referencias a la historia anterior del Próximo Oriente son escasas. Heródoto prestó atención a Babilonia principalmente porque la conocía como una gran ciudad de fabulosas riquezas y proporciones, pero dio muy pocos datos históricos. No cumplió su promesa de escribir una historia de Asiria.

Los relatos que se ofrecen en estas obras tienen un gran atractivo para el público moderno, ya que están concebidas en el estilo de la escritura de la historia contemporánea y ofrecen una narración coherente sobre temas como la historia de los medos. Sin em-

bargo, los acontecimientos deben utilizarse con gran cautela y se deben evaluar críticamente. Una dificultad fundamental radica en el hecho de que los persas eran los archienemigos de los griegos y por tanto el sesgo negativo hacia ellos era muy fuerte. A menudo los griegos retrataban a los persas y a otros pueblos del Próximo Oriente como la encarnación de todo lo malo. Se convirtieron en un espejo que mostraba todo lo opuesto a las virtudes griegas (sobriedad-exceso, masculinidad-feminidad, etc.). Así, en el relato de Ctesias, Sardanápalo — su nombre para Asurbanipal— era un gobernante afeminado cuya decadencia explicaba la caída del Imperio asirio. Además, muchos de los relatos griegos se basaban en rumores y en nombres y acontecimientos confusos. En el siglo V, Heródoto sabía poco de los asirios del siglo VII, excepto que habían gobernado el Próximo Oriente y habían sido muy ricos. Su historia de los medos se lee como un relato fluido y detallado, pero en su mayoría parece ser ficticio y estar basado en relatos persas sobre ellos. Los autores clásicos no son, por lo tanto, una fuente fiable para la historia del Próximo Oriente,

que necesita ser reconstruida a partir de evidencias nativa.

Si creemos a Heródoto, los medos atacaron el centro de Anatolia y amenazaron regiones más al oeste. Los asirios habían anexionado sólo la parte sur de Anatolia y desde allí lanzaron campañas esporádicas hacia el norte y el este. Allí, el principal oponente de Asiria había sido Frigia, un estado central en Anatolia que fue legendario en la tradición griega posterior por la enorme riqueza de su rey, Midas. Sargon II hizo campaña contra Mita de Mushku, que debe de ser el mismo hombre. Junto con el rey de Urartu, Midas apoyó las rebeliones antiasirias en el norte de Siria y el sur de Anatolia, pero finalmente firmó un tratado de paz con Sargon. Su némesis vino del norte. En el 695, los guerreros nómadas cimerios invadieron Frigia y saquearon la capital, Gordion. Junto con otro grupo nómada del norte, los escitas causaron grandes desórdenes en muchas partes del Próximo Oriente. Urartu y Asiria participaron repetidamente en batallas contra ellos o trataron de mantenerlos a raya a través de la diplomacia, mientras que, según Heródoto, los escitas dominaron temporalmente a los medos. Tanto los cimerios como los escitas participaron en la derrota final de Asiria y se quedaron en Anatolia, aunque nunca formaron un estado. La tierra de los escitas parece haber sido la región al norte del mar Negro, y fue allí donde el rey persa, Darío, hizo campaña contra ellos sin éxito.

Después de que los cimerios redujeran drásticamente la fuerza de Frigia, su vecina occidental, Lidia, se convirtió en la principal potencia del oeste de Anatolia. Su rey, Giges, estableció contactos con los asirios (en sus fuentes aparece bajo el nombre de Guggu) y quiso ser incluido entre los grandes reyes de la época. El acceso a las minas de oro y plata

hizo famoso a este estado por su riqueza. En el siglo VI, Lidia, bajo el reinado de Aliates (gobernó hacia 610-560), se expandió en todas direcciones, lo que lo puso en contacto directo con los colonos griegos en la costa oeste de Anatolia. La estrecha interacción entre los dos pueblos llevó a una espectacular extensión del uso de la acuñación de monedas, un invento lidio originalmente fabricado en electro (una aleación natural de oro y plata). Además, los griegos se interesaron por Lidia; Heródoto describe su historia en detalle, viendo el origen de la enemistad entre griegos y orientales en el conflicto de las ciudades griegas con el estado de Lidia. El sucesor de Aflates, Creso (gobernó en 560-547), quiso extender el dominio absoluto desde el mar Egeo hasta el río Kizilirmak, y presionó constantemente a las ciudades griegas del oeste de Anatolia. Su ataque a Persia provocó su propia caída: cruzando el río Kizilirmak con un vasto ejército, fue detenido por Ciro de Persia, quien lo persiguió en su propio territorio y tomó la capital, Sardis, así como todo el estado de Lidia.

En Anatolia existían otros estados, como Cilicia, Caria y Licia, cuyas historias se pueden reconstruir de manera similar a partir de fuentes próximo-orientales y clásicas. Sus vestigios, textuales y arqueológicos, demuestran la supervivencia de algunas de las tradiciones lingüísticas y culturales del segundo milenio y la adopción de influencias del mundo circundante, especialmente de los navegantes fenicios y griegos. Había una gran diversidad de culturas y una intensa interacción y enriquecimiento recíproco en Anatolia occidental. El hecho de que la cultura griega preclásica estuviera muy influenciada por las civilizaciones del Próximo Oriente no debería, por lo tanto, ser una sorpresa. La literatura y las artes de la Grecia de los siglos VIII al VI formaban

parte del núcleo cultural del mundo del Mediterráneo oriental, que estaba impregnado de las tradiciones del Próximo Oriente.

14.2. LA DINASTÍA NEOBABILÓNICA

Una vez que el control de Asiria sobre el sur de Mesopotamia se hubo desvanecido después de la muerte de Asurbanipal y se hubiera producido la consiguiente lucha interna por su sucesión, un caldeo llamado Nabopolasar se hizo con el trono de Babilonia en el 626. Fundó una nueva dinastía (a menudo llamada neobabilonia por la literatura académica moderna) que restablecería la preeminencia política de Babilonia en el mundo del Próximo Oriente durante casi un siglo (para una lista de reyes, véase la Sección 16 de las Listas de Reyes al final del libro). En los escritos oficiales se presentaba a sí mismo como «hijo de nadie», pero sabemos que su padre y probablemente él mismo había sido un alto funcionario de los asirios en la ciudad de Uruk— probablemente no quería hacer público que su familia había colaborado con el enemigo—. En el 616 Nabopolasar unió a toda Babilonia y, como vimos, sus tropas fueron de crucial importancia en el derrocamiento del Imperio asirio. Babilonia fue la sucesora de ese imperio, ocupando la mayor parte de su territorio, pero tuvo que luchar duro para lograrlo, especialmente en occidente. Ya en la última década del reinado de Asurbanipal, el dominio de Asiria sobre el área siro-palestina había desaparecido y Egipto había llenado ese vacío. Así, incluso después de que Babilonia hubiera eliminado la última fortaleza asiria en Harran en el año 610, se enfrentó a Egipto por el control de la región.

Nabucodonosor II dirigió las fuerzas babilónicas, primero como príncipe heredero y luego como rey. Gobernaría durante cuarenta y tres años (605-562), y pasó cerca de treinta

de ellos conquistando y pacificando Siria-Palestina. A diferencia de los asirios, los babilonios no divulgaron sus aventuras militares en anales y relieves murales, y tenemos que reunir información sobre ellos a partir de fuentes externas y de crónicas concisas que sólo cubren una pequeña parte del período. Sin embargo, esto demuestra lo difícil que fue el desafío. Las crónicas cubren los primeros doce años del reinado de Nabucodonosor II; en diez de ellos el ejército babilónico hizo campaña en el oeste. En el 605, justo antes de su adhesión, Nabucodonosor infligió una grave derrota a los egipcios cerca de la ciudad siria de Karkemish, en el norte de Siria. En el 601, los ejércitos de los dos países se enfrentaron en una batalla a campo abierto cerca de la frontera egipcia o incluso dentro de dicho país. Una crónica babilónica afirma que «ambos bandos sufrieron graves pérdidas» y que al año siguiente Nabucodonosor tuvo que permanecer en casa para reequipar sus caballos y sus carruajes[57]. El resultado no fue concluyente.

Incluso aunque la influencia de Egipto disminuyera, las zonas occidentales siguieron siendo rebeldes. Para nosotros, lo más conocido es lo que sucedió en Judá, cuyos últimos años como reino retrata vividamente la Biblia hebrea. Allí los acontecimientos muestran como los babilonios siguieron de cerca los patrones de comportamiento hacia los estados enemigos que Asiria había establecido siglos antes. Posiblemente confundida por las pérdidas militares de Babilonia en el 601, Jerusalén se negó a reconocer su supremacía, así que entre 598-597 Nabucodonosor sitió la ciudad y después de diez meses pudo capturarla y a su rey Joaquín, que sólo tres meses antes había sucedido a su padre Joaquim. Nabucodonossor lo deportó junto con 3000 ciudadanos destacados, y puso a su tío, Sedecías, como gobernante títere en el trono.

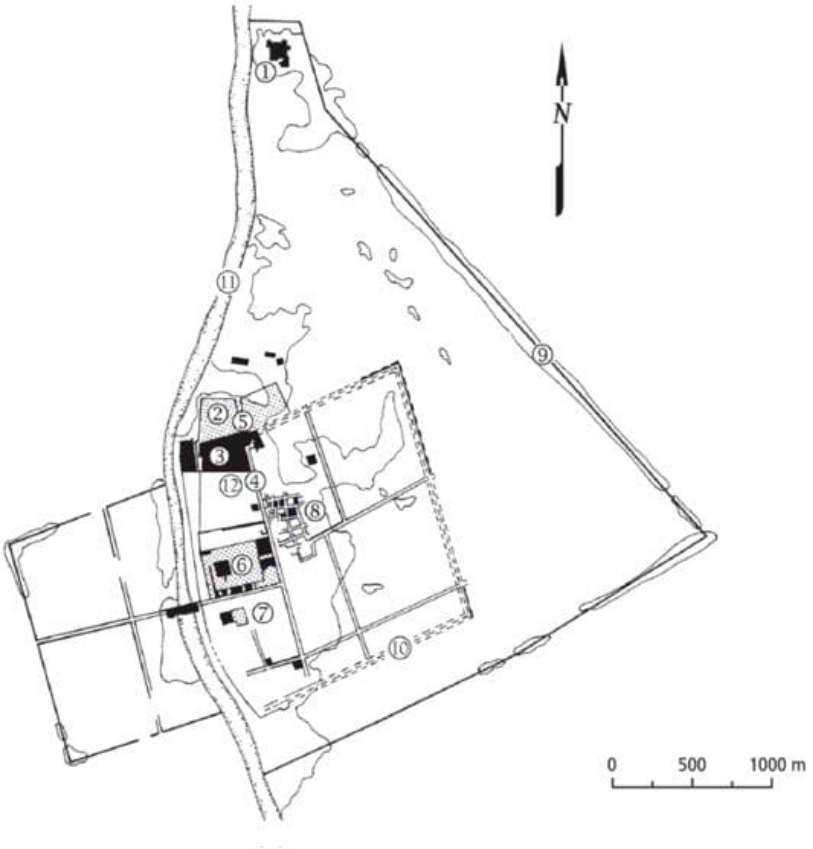
Sin embargo, alrededor del 590 en Judá y en otros estados occidentales el sentimiento antibabilónico era muy fuerte, y el rey recién instalado se volvió contra su amo, posiblemente pidiendo apoyo a Egipto. El ejército de Nabucodonosor regresó y necesitó un asedio de dieciocho meses para tomar Jerusalén. El castigo en el 587 fue severo: los babilonios saquearon su templo y deportaron a gran parte de la población de Judá, estableciéndolos en el corazón de Babilonia. La Biblia hebrea lamenta lo sucedido como uno de los acontecimientos más traumáticos que los judíos experimentaron en su historia. Judá se convirtió en una provincia bajo un gobernador, un hombre local llamado Godolías. Cuando éste fue asesinado en el año 582, Nabucodonosor ordenó una tercera deportación. Mientras todo esto ocurría, tuvo que enfrentarse también a otros enemigos occidentales, algunos de los cuales opusieron una enorme resistencia. ¡La ciudad portuaria fenicia de Tiro resistió un asedio que duró trece años! Fue sólo en el 568 cuando el dominio de Nabucodonosor sobre Siria-Palestina estuvo asegurado y cuando la frontera con Egipto fue firme.

Nabucodonosor se destaca como el gran líder militar de la dinastía neobabilónica, pero probablemente esa imagen es exagerada por la naturaleza de la documentación disponible. Aunque para los reyes neobabilónicos posteriores sólo existen vagas menciones a sus éxitos militares, sus logros en esa área no fueron menores. Neriglissar (gobernó entre 559-556) se anexionó Cilicia, el estado líder en el suroeste de Anatolia, y Nabónido (gobernó entre 556-539) conquistó varios oasis en el desierto de Arabia. Así, los babilonios pudieron expandirse más allá de las fronteras del territorio que habían heredado de los asirios.

En contraste con la situación asiria, prácticamente no tenemos idea de cómo los babilonios administraban su imperio. Nombraban a gobernadores, pero en su mayoría se trataba de personas anónimas. No conocemos la extensión de las provincias, la forma en que se recaudaban los impuestos, etc., porque no se conservan los archivos del estado babilónico. Esta falta de información no debería llevar a la conclusión de que el Imperio babilónico fue fundamentalmente diferente de su predecesor. Por el contrario, es mejor considerarlo como el sucesor de Asiria. Los escribas de la ciudad siria de Dur-Katlimmu continuaron con las prácticas administrativas asirías, ahora con el reconocimiento del rey en Babilonia como gobernante supremo. Como muestra el ejemplo de Judá, los babilonios deportaron a poblaciones enteras, y el hecho de que la la población continuara rebelándose demuestra que el dominio imperial debió de haber sido duro. Se podría decir, incluso, que la actitud babilónica hacia los territorios conquistados fue más opresiva. A diferencia de los asirios, no desarrollaron el Levante meridional después de anexionarlo, sino que dejaron la región deshabitada y las ciudades en ruinas. Esto se debió probablemente al hecho de que el corazón de Babilonia era tan rico que no necesitaba suministros de la periferia.

Las inscripciones reales de la época se centran en la actividad de construcción, y de hecho en esta zona los reyes babilónicos fueron muy activos, como lo confirma la arqueología. Nabucodonosor quería que Babilonia expresara en su disposición estructural y sus monumentos la idea de que era el centro del universo, poniendo orden en un mundo de caos y renovando constantemente el acto primordial de la creación. Su reconstrucción de la ciudad cautivó la imaginación del mundo antiguo (debate 14.1). El temor que inspira-

ba Babilonia se evidencia en la descripción de Heródoto (Libro 1, 178-183). Los expertos no están de acuerdo sobre si el historiador griego visitó la ciudad, una cuestión que nunca se resolverá. La respuesta no es realmente tan crucial; más importante es el hecho de que él y sus contemporáneos vieran Babilonia como el epítome de la riqueza y la majestuosidad. Las excavaciones allí, que comenzaron en 1899, han corroborado esa imagen. De 900 hectáreas, la ciudad tenía un tamaño gigantesco. Las paredes exteriores formaban un triángulo con un perímetro de 18 kilómetros, y el interior de la ciudad era un rectángulo rodeado por tres anillos de muros, dos de ellos de ladrillos cocidos (figura 14.2). Las puertas eran especialmente monumentales. La más famosa es la puerta de Ishtar, una entrada totalmente decorada con azulejos de colores esmaltados que forman imágenes de toros, leones y dragones en bajorrelieve (figura 14.3). El zigurat de Marduk era tan inmenso que inspiró el relato bíblico de la Torre de Babel y, a través de ella, la imaginación occidental hasta hoy. En la inscripción del edificio que conmemora su restauración, Nabucodonosor proclamó que personas de todo el imperio contribuyeron al proyecto: «La totalidad de los pueblos lejanos que Marduk me había dado, los puse a trabajar en el Etemenanki (es decir, el zigurat) y les hice llevar las cestas de ladrillos[58]». Aunque Nabucodonosor no fue el único rey babilónico responsable de estos proyectos de construcción, su amplia participación queda clara en los miles de ladrillos y azulejos de piedra inscritos con su nombre. Muchas otras ciudades de Babilonia fueron igualmente restauradas y sus templos embellecidos. Como en el caso de Asiria, el botín del imperio financió un enorme programa constructivo de obras públicas en el propio territorio.



1. Palacio de verano
2. Palacio del norte
3. Palacio del sur
4. Camino procesional
5. Puerta de Ishtar
6. Zigurat
7. Templo de Marduk
8. Barrio residencial
9. Muralla exterior de la ciudad
10. Muralla interior de la ciudad
11. Río Éufrates
12. Templo de Nabu

Figura 14.2. Plano de Babilonia en el siglo VI. En su trazado los reyes neobabilónicos que reconstruyeron Babilonia querían expresar cómo la ciudad era un lugar de orden que protegía a sus habitantes contra el caos. Todas las paredes eran enormes y el interior de la ciudad en particular fue diseñado como un rectángulo totalmente protegido al que solo se podía entrar a través de un número limitado de enormes puertas.

Créditos: Van de Mieroop, 2003. Reproducido con permiso de la *American Journal of Archaeology*/Arqueological Institute of America.

La sucesión de Nabucodonosor fue problemática; durante un total de seis años, gobernaron solamente tres reyes, y dos de ellos fueron asesinados. Finalmente, un hombre de ascendencia no real, Nabónido (gobernó entre 555-539), subió al trono. Es una de las figuras más intrigantes de la historia mesopotámica y el tema de mucha literatura antigua: dejó varias inscripciones que presentaban sus ideas, otros que se le opusieron escribieron tratados que denunciaban esas mismas ideas, mientras en escritos posteriores se le describió como un loco. Es raro que tengamos retratos tan variados del mismo personaje, y es difícil revelar exactamente lo que hay detrás de ellos. A diferencia de la mayoría de los demás individuos en la historia del Próximo Oriente, sabemos quién era la madre de Nabónido: Adad-guppi, una devota del dios lunar Sin, cuyo centro de culto estaba en la ciudad siria de Harran. Allí se encontró una inscripción que pretende ser su autobiografía y en ella se afirma que nació en el año veinte del reinado de Asurbanipal, cuidó del dios durante noventa y cinco años antes de que su hijo se convirtiera en rey y vivió hasta los ciento dos años de edad (documento 14.1). Ella presentó a su hijo en la corte de Nabucodonosor, y cuando los rebeldes derrocaron en el 556 al gobernante niño Labashi-Marduk, le ofrecieron el trono a Nabónido, que probablemente ya tenía más de sesenta años y era un anciano. Como su madre, Nabónido expresó una gran devoción por el dios Sin, una actitud que causó la enemistad del clero de Marduk. Prestó especial atención a los templos de Sin en Harran y Ur y nombró a su hija gran sacerdotisa en esta última ciudad, reviviendo un oficio que había caducado muchos años antes. En sus inscripciones

proclamó que Sin era primordial y retrató a otros dioses como meros atributos suyos. Lo más perturbador para el clero de Marduk fue probablemente su decisión de abandonar en el 552 la capital para mudarse al oasis de Teima en el desierto arábigo. Dejó a su hijo Belsasar en su puesto en Babilonia, pero la ausencia del rey provocó la suspensión del festival de Año Nuevo en el que él mismo tenía que dirigir las ceremonias. La introducción anual de la estatua de Marduk en su templo, que indicaba el comienzo del año y reafirmaba la condición del dios como creador del universo, no podía tener lugar. Además, cuando Nabónido regresó después de diez años en Teima, convirtió varios templos, incluyendo el de Marduk en Babilonia, en santuarios para Sin.

Documento14.1. EXTRACTOS DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE ADAD-GUPPI

El texto fue encontrado en dos copias en piedras del pavimento de la entrada de la mezquita de Harran, la ciudad conmemorada como el centro del culto del dios de la luna Sin. Comienza con un relato en primera persona de Adadguppi, quien cuenta que sirvió al dios durante noventa y cinco años a lo largo de los reinados de dos reyes asirios y tres babilonios antes de que se convirtiera en rey su hijo Nabónido, que para entonces ya debía de tener más de sesenta años. El texto termina con una descripción de su entierro y es probable que la parte autobiográfica fuera una

ficción que Nabónido creó para justificar su usurpación del trono.

«Soy Adad-guppi, madre de Nabónido, rey de Babilonia, sierva de Sin, Ningal, Nusku y Sadarnunna, mis dioses, cuya divinidad he cuidado desde mi juventud…

Desde el vigésimo año de Asurbanipal, rey de Asur, en el que nací, hasta el cuadragésimo segundo año de Asurbanipal, el tercer año de Asuretel-ilani, su hijo, el vigesimoprimer año de Nabopolasar, el cuarenta y tres año de Nabucodonosor, el segundo año de Mal-Merodach, el cuarto año de Neriglissar —durante noventa y cinco años me preocupé por Sin, el rey de los dioses del cielo y de la tierra, y por los santuarios de su gran divinidad—. Me miró a mí y a mis buenas obras con alegría. Habiendo escuchado mis oraciones y accedido a mi petición, la ira de su corazón se calmó. Se reconcilió con Ehulhul, la casa de Sin, situada en el centro de Harran, su morada favorita.

Sin, el rey de los dioses, me miró. Él llamó a Nabónido, mi único hijo, mi descendiente, a la realeza. Él personalmente le entregó la realeza de toda la tierra de Sumer y Acad, desde la fron-

tera de Egipto y el mar Superior, hasta el mar Inferior.

Cuando, en mi sueño, Sin, el rey de los dioses, puso sus manos sobre mí, dijo así: a través de ti haré volver a los dioses a la morada de Harran por medio de Nabónido, tu hijo. Construirá Ehulhul, completará su trabajo. Él concebirá la ciudad de Harran más grande que antes y la restaurará. Traerá a Sin, Ningal, Nusku y Sadarnunna en procesión de regreso al Ehulhul.

Lo que Sin, el rey de los dioses, no había hecho antes y no había concedido a nadie, por amor a mí que adoraba su divinidad, (que) le suplicaba, el rey de los dioses —levantó mi cabeza—; él me dio una buena reputación en la tierra, largos días y años de bienestar que me concedió. Desde el período de Asurbanipal, rey de Asur, hasta el noveno año de Nabónido, rey de Babilonia, mi descendiente, me otorgó 104 años[59] para la adoración de Sin, el rey de los dioses. Me mantuvo viva y bien. Mi vista es clara y mi mente excelente. Mis manos y mis pies están sanos. Bien escogidas son mis palabras; la comida y la bebida siguen sentándome bien. Mi piel está viva; mi corazón está alegre. He visto a mis pe-

queños viviendo durante cuatro generaciones. He llegado a una edad avanzada».

En el noveno año de Nabónido, rey de Babilonia, ella [murió]. Nabónido, rey de Babilonia, su hijo, su descendiente, enterró su cadáver,..., un fino (vestido), un (brillante) manto, de oro... (brillantes) piedras preciosas, piedras (escogidas), piedras preciosas... colocaron su cadáver untado con aceite refinado en un lugar escondido. Él mató ovejas de engorde delante de ella. Reunió a Babilonia y a Borsippa [con pueblos] que habitaban en regiones lejanas, [reyes, príncipes] y gobernadores, desde la [frontera] de Egipto, el mar [alto], hasta el mar bajo él [causó que se levantara]... el luto y [ ]. Gritaron [amargamente]. Estuvieron [ ] siete [días] y siete noches [ ]. Ellos tocaron; arrojaron sus ropas. En el séptimo día, las tropas de todo el territorio se cortaron el pelo [ ] sus vestimentas [ ] su petate de ropa [ ] en comida [ ] él [re]copiló perfume [ ] él derramó aceite refinado sobre [sus] cabezas. Hizo que sus corazones se regocijaran...

Traducción por Longman, 1991: 225-228, reproducida con el permiso del autor.

Tanto los textos encargados por Nabónido como los escritos sobre él retratan a un hombre que intentó cambiar la cultura babilónica observando las antiguas tradiciones escritas para poner su sello personal en ellas. Estos actos lo desacreditaron mucho entre los sacerdotes y eruditos tradicionalistas de Babilonia, y posiblemente incluso durante su reinado compusieran textos describiendo su comportamiento como un crimen que Marduk vengaría. Un texto escrito cuando Ciro de Persia era rey de Babilonia dice:

> *Conspiró contra el culto a Marduk, el rey de los dioses, e hizo continuamente el mal contra su ciudad. Diariamente, [ ] trajo la ruina sobre su gente imponiendo implacablemente trabajos penosos sobre ellos*[60].

Los expertos han aportado muchas razones por las que Nabónido se pudo trasladar al desierto, y las verdaderas probablemente nunca se conocerán, pero posiblemente se apoyó en una astuta comprensión de la situación política internacional más que en motivos puramente religiosos. El culto al dios lunar era prominente en Arabia, pero no hay ninguna indicación clara en las inscripciones de Nabónido de que lo promoviera allí. Más importante en su decisión de trasladar la corte a Teima pueden haber sido los cambios políticos que estaban teniendo lugar en Irán. En el 559, Ciro se había convertido en el líder de los persas y en el 550 había establecido el control total sobre la región de los Zagros. Los objetivos expansionistas del nuevo rey pudieron ser claros para Nabónido. El norte de Mesopotamia y Siria eran blancos fáciles para los ejércitos que venían de Anatolia, y la pérdida de estos territorios habría aislado a Babilonia del mar Mediterráneo. Nabónido pudo haber explorado nuevas rutas a través del desierto desde Babilonia hacia el oeste para asegurar el acceso a ese mar. Además, el norte de Arabia era conocido por su riqueza, lo cual debió de haber atraído al rey y a la corte. Por tanto, el traslado al desierto no fue

frívolo, aunque pudo haber exacerbado la hostilidad en su tierra de origen.

Posiblemente debido al resentimiento de la población babilónica hacia su rey, la conquista persa de la región parece haber sido sencilla. En el 539, Ciro entró al país por el este. Después de una gran batalla cerca de la confluencia de los ríos Diyala y Tigris, que ganaron los persas, se apoderó de las ciudades sin resistencia. Se convirtió en rey de Babilonia y durante muchos siglos no se sentaría en su trono ningún gobernante nativo. Con la capital, Persia recibió todo el territorio del Imperio babilónico y se benefició de los logros conseguidos por Babilonia en su expansión sin precedentes. Ciro utilizó la imagen negativa de Nabónido en apoyo a su aspiración a la realeza en Babilonia y se retrató a sí mismo como el salvador que Marduk había elegido para restaurar el orden y la justicia. Esta imagen de Nabónido sobrevivió en la tradición judía posterior. En el siglo I a. C., aparece en los manuscritos del mar Muerto como si hubiera sido golpeado por una enfermedad maligna mientras estaba en Teima. En el libro bíblico de Daniel, escrito en el período helenístico, el aura negativa se trasladó a Nabucodonosor, más conocido y odiado en la tradición judía. Dice sobre él: «Fue expulsado de entre los hombres, y comió hierba como un buey, y su cuerpo fue mojado por el rocío del cielo hasta que le creció pelo tan largo como las plumas del águila, y sus uñas eran como garras de pájaro» (Daniel 4: 33).

El período neobabilónico inició doce siglos de gran prosperidad económica para Babilonia, enraizada en sus recursos agrícolas. Las guerras a menudo devastadoras de principios del primer milenio habían llevado a la economía a su punto más bajo durante muchos siglos, pero con el retorno de la paz después de que la dinastía estableciera el control

total, la situación cambió drásticamente, con la ayuda de un aumento de la humedad del clima. Aunque no hay textos oficiales que informen al respecto, la arqueología muestra que el estado financió una expansión masiva del sistema de riego y que llegó a cubrir todo el campo con una red de canales. Ahora se podían cultivar grandes extensiones y también se intensificó el uso de la tierra: en la agricultura de cereal, los arados de vertedera depositaban muchas más semillas que antes en surcos que, a su vez, estaban más cerca que antes, y hubo un desarrollo importante de huertos de dátiles, que proporcionaban rendimientos aún mayores. La necesidad de agua para esas prácticas agrarias era grande, y siguió siendo un recurso costoso y estrechamente vigilado. La mano de obra también era difícil de obtener y los gobernantes neobabilónicos continuaron con la práctica asiria de las deportaciones, asentando a muchas personas extranjeras en la propia Babilonia. Esto puede reflejar una política de colonización interna, el desarrollo organizado, mediante trabajos forzados, del territorio dentro del propio estado.

Había mucho intercambio de bienes, tanto dentro de Babilonia como con otras regiones del imperio y en el extranjero. El uso generalizado de la plata como medio de pago, incluso en el caso de productos relativamente baratos, contribuyó de manera decisiva a que esto fuera posible. Aunque la acuñación todavía no estaba en uso, el estado comenzó a supervisar la pureza de la plata, y también introdujo el metal en la economía, intercambiándolo, por ejemplo, por mano de obra; el botín de las campañas y los consiguientes pagos de tributos le permitieron hacerlo. Además, los canales proporcionaban una manera fácil de transportar los productos agrícolas por barco, y muchos documentos registran los envíos de cebada, dátiles y otros artículos a granel. Las ca-

sas mercantiles financiaron esas empresas, y entre ellas destacó la casa de Egibi de Babilonia. Sus negociantes aceptaban depósitos, otorgaban préstamos, pagaban las deudas de los clientes y otorgaban créditos a otros para que pudieran adquirir bienes para el comercio. La familia tuvo tanto éxito en su negocio de productos agrícolas que pudo adquirir grandes extensiones de tierras y algunos de sus miembros se convirtieron en importantes funcionarios en Babilonia. En las ciudades, los vendedores ambulantes a pequeña escala vendían sal, cerveza, utensilios de cocina, etc. El comercio a larga distancia se llevaba a cabo entre las regiones del imperio y más allá: Egipto, Chipre, Anatolia, Siria-Palestina, Babilonia y el occidente de Irán formaron un mundo en el que se intercambiaban en grandes cantidades productos como hierro, cobre, estaño, lapislázuli, textiles y los materiales necesarios para su fabricación (natrón, tintes, etc.), vino, miel y especias. Los comerciantes estaban vinculados al palacio y a los templos, o podían actuar independientemente, y las fronteras políticas no parecían afectar su trabajo. Cerámica de Atenas, por ejemplo, se enviaba a Babilonia. Además, el cambio de régimen político no afectó negativamente a esta actividad; la casa Egibi continuó su labor sin interrupción cuando los persas capturaron Babilonia.

La extensa actividad económica requería un detallado sistema de registros, así que el período neobabilónico y el comienzo de las siguientes eras aqueménidas nos proporcionan la mayor abundancia de documentos sobre Babilonia después del Período de Ur III. En el período que se ha denominado como el «largo siglo VI», entre la caída de Asiria en el 612 y las revueltas babilónicas contra Jerjes en el 484, se publicaron más de 16 000 tablillas, y se sabe que existen muchas más en los museos. Proceden casi exclusivamente de

archivos de templos y de archivos privados. Por tanto, el papel del palacio en la economía no está documentado debidamente, lo que ciertamente sesga nuestra visión de los hechos. Muchos templos poseían fincas agrícolas grandes y autónomas, con campos, huertos y rebaños de animales. Una parte sustancial de su riqueza provenía de los «diezmos» pagados por todos los que poseían tierras u otra fuente de ingresos y vivían cerca de las posesiones del templo. Aunque la cifra no siempre era exactamente del 10 por ciento, todas las personas, incluido el rey, tenían que dar una parte de los beneficios que obtenían de los campos, huertos, rebaños, etc., al templo. Los funcionarios los recolectaban en especie o en plata, y quien no podía pagar, tenía que pedir préstamos a prestamistas privados o entregar a sus hijos al templo como esclavos. Como la mano de obra contratada era escasa, los esclavos eran muy útiles para realizar tareas serviles. Otra fuente de esclavos eran los prisioneros de guerra, que el rey daba a los templos. Sin embargo, los trabajadores no esclavos cultivaban la mayor parte de las tierras del templo; se les asignaban parcelas de las que debían pagar una parte de la cosecha en concepto de alquiler. El palacio y los terratenientes privados aplicaban el mismo sistema en sus fincas. Proporcionaban semillas de grano, herramientas y animales de labranza cuando eran necesarios, por lo que los agricultores inquilinos invertían poco en la tierra. Sin embargo, no se les permitía salir sin permiso, y los fugitivos eran arrestados y devueltos con grilletes.

La recaudación de rentas y la distribución de semillas y herramientas, así como la comercialización de las cosechas, requería una organización compleja. Los terratenientes, tanto institucionales como privados, eran reacios a emprenderla por sí mismos, por lo que confiaron en los emprendedo-

res, como se había hecho en la historia babilónica desde principios del segundo milenio. Estos intermediarios se organizaban a menudo en casas de negocios que administraban estos asuntos para varios propietarios de la misma región y continuaron haciéndolo bajo diferentes regímenes políticos. Su acceso a la plata les permitía comprar antes de la cosecha, financiar el transporte a las ciudades y otorgar préstamos a los aparceros en estado de impago. También utilizaron sus activos para financiar el comercio. Los archivos privados constituyen la segunda fuente más importante de documentación del período neobabilónico y contienen registros de muchas actividades que van más allá de los negocios de los empresarios. Todo lo que implicaba una transferencia de propiedad se registraba en un contrato detallado atestiguado por varias personas (documento 14.2). Hoy se conservan numerosos archivos familiares privados: documentan todos los bienes, como bienes inmuebles, esclavos y animales, y las deudas pendientes. Los registros se mantuvieron a menudo durante varias generaciones y muestran que los parientes, como los primos y los parientes políticos, trabajaban juntos con regularidad y tenían propiedades en común.

La sociedad neobabilónica estaba muy concentrada en las ciudades. El nivel de urbanización fue sustancialmente más alto que en cualquier otro momento de los siglos anteriores, aunque no alcanzó los niveles de principios del segundo milenio. Lugares como Babilonia se volvieron enormes en términos de tamaño y número de habitantes y tuvieron que ser alimentados por un gran *hinterland.* Probablemente, la producción agrícola estaba parcialmente especializada por regiones para satisfacer la demanda. Las ciudades eran organizaciones autogestionadas centradas en el templo, que es la

fuente de la mayoría de nuestras pruebas documentales; dichos núcleos tenían sus propios tribunales de justicia y los casos se decidían a menudo en asambleas. Sin embargo, no sabemos a quién se le permitía participar en ellas. Los templos determinaban la estructura social de estas ciudades, ya que la posición de un individuo en la jerarquía del templo determinaba su estatus social y su autoridad en el gobierno urbano. Los trabajadores libres, como los expertos artesanos, podían negociar sus derechos como grupo. Las poblaciones rurales no se encontraban en una posición tan privilegiada. Atadas a la tierra que trabajaban, se vieron obligadas a proporcionar trabajo y alquiler a los terratenientes. Los altos funcionarios del estado recibían haciendas, que cambiaban de manos constantemente durante las crisis políticas, como los problemas de sucesión que siguieron a Nabucodonosor II. Los propietarios eran terratenientes ausentes con poca conexión con sus propiedades, cuya administración dejaron a los empresarios locales y sólo estaban interesados en las ganancias. Muchos de los campesinos eran deportados traídos de lugares lejanos del imperio y alojados juntos en aldeas. Otra parte importante de la población siguió siendo la de los grupos no sedentarios, que son mucho menos visibles en la documentación. La casa real era de origen caldeo y debía mantener buenos contactos con las comunidades tribales, aunque su poder se encontraba principalmente en las ciudades. Así, los reyes tuvieron que negociar cuidadosamente entre las diferentes comunidades: las antiguas élites urbanas babilónicas, los funcionarios del estado y las personas no sedentarias. Estas tensiones pudieron haber causado los años conflictivos después de la muerte de Nabucodonosor.

Documento 14.2. CONTRATOS PRIVADOS NEOBABILÓNICOS

El período neobabilónica ha proporcionado uno de los más ricos registros textuales para el estudio de la sociedad y economía del Próximo Oriente antiguo, y se conservan miles de tablillas en cuneiforme con documentos de la vida cotidiana. Entre ellos se encuentra un grupo de contratos matrimoniales que estipulan acuerdos entre el esposo y la familia de su esposa. Los contratos de este tipo a menudo contienen un discurso directo, en el que una de las partes pide a la otra que inicie una transacción.

El señor Dagil-ili, hijo del señor Zambubu, habló con la señora Hamma, hija del señor Nergal-iddin, descendiente del señor Babutu, como sigue: «Por favor, deme a la señorita Latubashshinni, su hija. Déjela ser mi esposa».

La señora Hamma estuvo de acuerdo con él y le entregó a la señorita Latubashshinni, su hija, como esposa. Y el señor Dagil-ili entregó voluntariamente a la señora Hamma, en consideración por la señorita Latubashshinni, su hija, al señor Ana-muhhi-belamur, un esclavo que fue comprado

por media libra de plata, y además otra libra y media de plata.

Si el señor Dagil-ili se casa con otra mujer, el señor Dagil-ili le dará una libra de plata a la señorita Latubashshinni, y ella podrá ir a donde quiera.

(Este acuerdo fue concluido) en presencia del señor Shum-iddin, hijo del señor Ina-teshi-etir, descendiente del señor Sin-damaqu. Los testigos (eran): el señor Bel-ahhe-iddin, hijo del señor Nabu-bel-shumati, descendiente del sacerdote de Ishtar de Babilonia; el señor Marduk-sharrani, hijo del señor Balatu, descendiente del alfarero; el señor Marduk-etir, hijo del señor Nergal-iddin, descendiente del señor Babutu; y el escriba señor Nabu-mukin-zeri, hijo del señor Marduk-zer-ibni, descendiente del sacerdote de Ishtar de Babilonia.

(Escrito en) Babilonia, mes de Marchesvan (octubre-noviembre), día 9, año 13 de Nabucodonosor, rey de Babilonia.

Traducción según Roth, 1984: 42-43.

La política de deportación al corazón del imperio y los extensos contactos con estados extranjeros hicieron que ciudades como Babilonia se volvieran multiétnicas a una escala sin precedentes. Las habitantes de Siria-Palestina, Fenicia, Elam, Persia, Media, Jonia, Cilicia y Egipto vivían muy

cerca y se mezclaban en los mismos espacios urbanos. Los individuos de los estados enemigos también fueron bienvenidos, posiblemente porque eran refugiados políticos. Los egipcios, por ejemplo, están atestiguados en toda Babilonia, a menudo como escribas de tablillas cuneiformes. Uno se convirtió en juez en Babilonia en el reinado de Nabucodonosor. Las listas de raciones muestran que a los miembros deportados de las clases altas se les permitía vivir en la corte. Las personas comunes se asentaban en el campo para trabajar en los proyectos agrícolas que el estado emprendía. Vivían en comunidades en las que se les permitía mantener sus identidades originales y que a menudo llevaban su nombre: poblado de los árabes, según su población; de Judá, por el país de origen; etc. Podían dar a sus hijos nombres en su lengua materna y referirse a sus propios dioses —Isis egipcia, Yahvé judío, Mitra iraní, etc.—, pero el matrimonio mixto entre las diversas comunidades dio lugar a sucesivas generaciones de la misma familia que mostraban diferentes afinidades lingüísticas y culturales. Al parecer, no había aislamiento cultural.

En las calles de Babilonia se debió de escuchar y ver una gran mezcla de idiomas y costumbres. Sin embargo, los reyes siguieron la política de mantener, e incluso revivir, la antigua cultura y tradiciones de la región de Babilonia. El acadio probablemente ya no se hablaba mucho y el arameo lo había reemplazado como la lengua vernácula principal, pero seguía siendo el idioma de la cultura y la administración. Al igual que en el período neoasirio, los escribas altamente cualificados copiaron y preservaron la literatura antigua. Pero la interacción con el pasado fue más allá. Las inscripciones reales utilizaban conscientemente expresiones acadias y palabras sumerias anticuadas, inscripciones ente-

ras estaban escritas en el antiguo dialecto de la región de Babilonia, y a veces la escritura cuneiforme se hacía parecer a la del tercer milenio. El interés en el pasado no se limitaba a los textos, sino que también se valoraban, salvaguardaban y restauraban obras de arte antiguas (figura 14.4). Nabónido informa de que encontró una estatua de Sargon de Acad, la colocó en un templo y le proporcionó ofrendas regulares. En el templo de Shamash en Sippar, los arqueólogos modernos descubrieron objetos que datan de la época de Jemdet Nasr, de Babilonia y de regiones vecinas, incluyendo cuencos de piedra inscritos, estatuas, lápidas, etc. En otras ciudades se conservaron también colecciones similares. Cuando se restauraban los templos, era importante que se encontraran los cimientos más antiguos, por lo que se produjo algo parecido a la investigación arqueológica moderna. Según Nabónido, Nabucodonosor no lo había logrado cuando restauró el templo de Sippar y, como resultado, la obra había sido de mala calidad. Así que repitió las excavaciones hasta que se encontró un depósito de cimientos de la época de Naram-Sin de Acad, y sólo entonces el templo se reconstruyó adecuadamente. Nabónido determinó, incluso, que Naram-Sin había gobernado tres mil doscientos años antes que él, un grave error de cálculo, pero una indicación de que se veía a sí mismo como heredero de una tradición muy antigua. Tal actitud explica por qué pudo revivir el oficio de suma sacerdotisa del dios lunar en Ur, que había sido creado originalmente por Sargon. A pesar de las innovaciones que Nabónido intentó, las prácticas religiosas en el período neobabilónico eran tradicionales y continuaron centrándose en los dioses ancestrales de la región. Como en el pasado, cada ciudad era considerada el hogar de una deidad en particular y el templo principal era la residencia de ese dios. Debido al

papel central de los templos en la economía, muchos de ellos eran muy ricos y los cultos florecieron. Algunos de los cultos más antiguos de Babilonia experimentaron un renacimiento, como, por ejemplo, los de los dioses Anu e Ishtar en Uruk. En la ciudad de Babilonia el dios Marduk era preeminente y su estatus de líder en el panteón era confirmado anualmente en el festival de Año Nuevo. En dicha ocasión las estatuas de otros dioses visitaban al dios y entraban en la ciudad en una procesión pública que conducía al santuario principal, donde se renovaba la soberanía de Marduk sobre ellos. Su hijo, Nabu, el patrón de la cercana Borsippa, se le acercaba en importancia. Tres de los reyes de la dinastía lo honraron en sus nombres (Nabopolasar, Nabucodonosor y Nabónido) y todos ellos dedicaron tanta atención a su santuario como a Marduk. Babilonia y Borsippa eran consideradas ciudades gemelas y la presencia de Nabu en el festival de Año Nuevo era tan esencial como la de Marduk. Cuando Nabónido trató de elevar al dios Sin por encima de los demás, sus maniobras ya tenían precedentes, pero sin duda pusieron en contra a poderosos grupos de influencia.

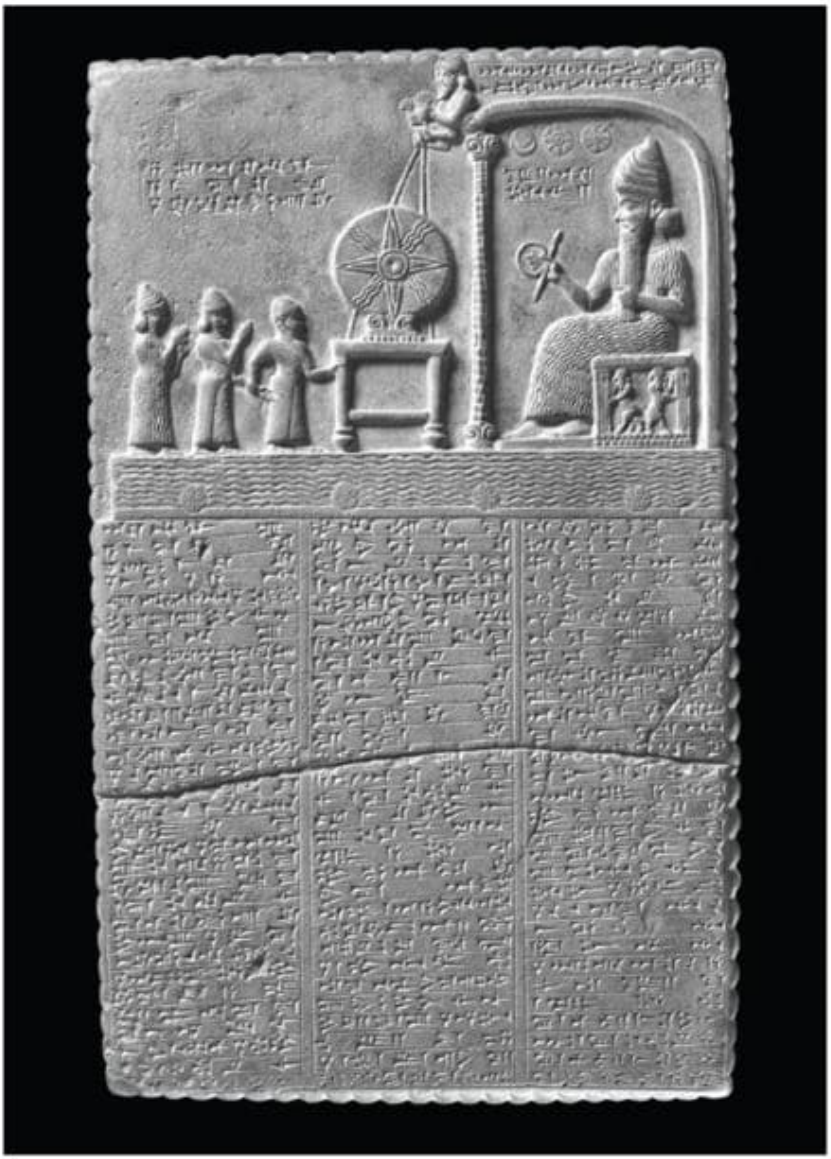


Figura 14.4. Tablilla de Shamash. Esta tablilla de piedra muestra al rey babilónico del siglo IX Nabu-apla-iddina acercándose al dios sol Shamash en compañía de dos deidades intercesoras y su texto describe cómo Nabu-apla-iddina ordenó que se erigiera una nueva estatua del dios. El rey Nabopolasar encontró la tablilla doscientos cincuenta años más tarde y la depositó en una caja de cerámica para su conservación, colocando impresiones de arcilla del panel tallado sobre la piedra para protegerla. British Museum, Londres (ME 91000). Babilónico, principios del siglo IX, de Sippar. Altura 29,210 cm; Anchura 17,780 cm.
Créditos: © The Trustees of the British Museum.

La dinastía neobabilónica fue la última dinastía mesopotámica nativa en la historia del Próximo Oriente antiguo y por tanto podemos considerar su fin como un acontecimiento trascendental, aunque la población en aquel momento probablemente no lo pensó así. Los reyes neobabilónicos se consideraban a sí mismos como parte de una antigua tradición de grandeza babilónica que se remonta al tercer milenio, y promovieron la conciencia de esa tradición. La cultura babilónica era todavía extremadamente fuerte cuando la dinastía fue derrocada, y sobrevivió ilesa en la siguiente etapa histórica.

Debate 14.1. ¿DÓNDE ESTABAN LOS JARDINES COLGANTES DE BABILONIA?

Todo el mundo conoce las Siete Maravillas del Mundo Antiguo, una lista de monumentos que han desaparecido, excepto las grandes pirámides de Egipto. En la Antigüedad la lista al principio variaba en contenido, pero cuando se fijó alrededor del año 1, se incluyeron los Jardines Colgantes de Babilonia. Destacaban incluso entonces, porque, mientras que un viajero de Roma podía visitar todos los demás fácilmente, la maravilla de Babilonia estaba en el lejano oriente fuera del Imperio romano (ver mapa en Finkel y Seymour, 2008: 106). Existen varios relatos griegos y latinos sobre los jardines; sin embargo, todos ellos datan del siglo I a.e.c. y del siglo I e.c., pero ci-

tan a autores anteriores. Entre ellos, Josefo (siglo I e.c.), que cita al historiador babilónico Beroso (hacia 290 a. C.), quien escribió que Nabucodonosor II los construyó para su esposa meda, que añoraba su hogar; en otro lugar, Beroso llama Amytis a la esposa de Nabucodonossor. Diodoro (siglo I a.e.c.), citando a Ctesias (siglo IV a.e.c.), afirma que un rey sirio desconocido construyó los jardines para una concubina persa también desconocida que anhelaba «los prados de sus montañas», y da detalles técnicos sobre su distribución. La historia tiene así un atractivo romántico y los jardines se han convertido en una parte integral de nuestra concepción sobre la antigua Babilonia (para las citas clásicas, ver Finkel y Seymour, 2008: 104-111).

Los primeros visitantes al lugar especularon sobre si los árboles aislados existentes en las entonces tierras áridas descendían de los que estaban en los jardines. Cuando comenzaron las excavaciones a gran escala en 1899, el director alemán Robert Koldewey quiso descubrir todo el plano de la ciudad y, naturalmente, la cuestión de dónde se habían alzado los jardines. Descubrió un complejo de habitaciones abovedadas con paredes muy gruesas en

el lado este del palacio del sur, detrás de la puerta de Ishtar, y sugirió de forma indecisa que habían sostenido los jardines (Koldewey, 1914: 91-100). Más tarde se volvió más firme al respecto, pero había una dificultad obvia con la ubicación tan distante del río Éufrates, que habría proporcionado el agua. Más tarde, cuando se descubrieron en el edificio tablillas que documentaban las raciones de aceite, incluso para el exiliado rey de Judea Joaquín, su función como lugar de almacenamiento estaba clara. Los estudiosos sugirieron lugares alternativos a lo largo del Éufrates (por ejemplo, Wiseman, 1985: 56-60), pero ninguno se basó en pruebas concluyentes.

Las dudas sobre la existencia de los jardines se hicieron comunes (por ejemplo, Finkel, 1988). La falta de pruebas arqueológicas claras se ve reforzada por el silencio de las fuentes escritas más elocuentes sobre Babilonia. Ninguna inscripción de los edificios neobabilónicos menciona jardines, ni tampoco la *Descripción de Babilonia* en texto cuneiforme, un conjunto de cinco tablillas que enumeran los templos, puertas, calles, etc., de Babilonia (George, 1992). Heródoto, el autor griego cuyo relato de Babilonia es

la fuente antigua disponible más detallada, no habla de jardines, ni aparecen en la Biblia hebrea (Van Der Spek, 2008). ¿Eran totalmente ficticios?

No es así, dice la especialista que ha dedicado veinte años a la cuestión y que muy recientemente ha publicado un libro entero sobre ella (Dalley, 2013). Su objetivo es demostrar que los jardines colgantes no estaban en Babilonia, sino en su homólogo ideológico, la antigua capital asiria de Nínive, junto al «palacio sin rival» de Senaquerib. Los asirios tenían la tecnología para elevar el agua del Tigris hasta el nivel necesario para regar jardines a esa altura y hay evidencia visual en los relieves asirios de la existencia de jardines en los palacios. Además, en su opinión una relectura de las inscripciones de Senaquerib confirma que él plantó los jardines. Los especialistas se han mostrado escépticos ante esta sugerencia que mira al pasado (por ejemplo, Van Der Spek, 2008) y es demasiado pronto para saber si el estudio del libro en toda su extensión convencerá a más de ellos. En cualquier caso, el misterio siempre será parte del atractivo de Babilonia, razón por la cual ha despertado la imaginación occidental durante tanto

tiempo (cf. Finkel y Seymour, 2008; Wullen y Schauerte, 2008).

15

LA CREACIÓN DE UN IMPERIO MUNDIAL: PERSIA

559 Ciro llega al poder en Persia
539 Ciro conquista Babilonia
525 Cambises conquista Egipto
521 Darío usurpa el trono
490 Batalla de Maratón en Grecia
480 Batalla de Salamina en Grecia

En algunas décadas de la segunda mitad del siglo VI, los persas del suroeste de Irán crearon un enorme imperio que cubría todo el Próximo Oriente y regiones fronterizas, desde el valle del Indo hasta el norte de Grecia, desde Asia central hasta el sur de Egipto (para una lista de reyes, véase la Sección 17 de las Listas de Reyes al final del libro). Permanecería más o menos intacto durante doscientos años, mucho tiempo en comparación con los imperios anteriores y posteriores de la región. Reunió con éxito zonas con diferentes lenguas, culturas, economías y organizaciones sociopolíti-

cas, y fue el primero en la historia del Próximo Oriente en reconocer la diversidad de sus súbditos. Su rápida expansión terminó poco antes de las guerras entre Persia y Grecia que han dominado las reconstrucciones de la historia de Persia hasta hace poco. La enorme extensión del imperio y su impacto en tantos pueblos y lugares ha dejado un gran registro para que lo estudiemos, y permite un enfoque matizado de lo que se puede llamar el primer imperio mundial de la historia.

15.1. LAS FUENTES Y SUS DESAFÍOS

Las fuentes sobre el Imperio persa presentan un enigma para el historiador, no porque sean escasas, sino porque son muy diversas y encajarlas en un todo coherente es especialmente complicado. El imperio nunca fue olvidado y en la tradición occidental los autores clásicos griegos y romanos y la Biblia hebrea dieron forma a su imagen, y continúan teniendo un fuerte impacto en la erudición histórica y en la imaginación popular. Los griegos se centraron naturalmente en los dos momentos en los que las interacciones con Persia fueron las más intensas: las guerras Médicas de 490 y 480-479 y la conquista del imperio por Alejandro de Macedonia a finales de la década de 330. Ambas fueron un fracaso para Persia y la derrota de los griegos de este gigantesco oponente inspiró conjeturas sobre su superioridad moral y las razones de la impotencia de Persia. En los escritos griegos apareció la idea de que los gobernantes persas estaban condenados, como sucede en la tragedia de Esquilo *Los persas*, que, por otro lado, contiene una representación muy simpática de la reina persa como una madre preocupada. El mayor historiador de las guerras Médicas fue Heródoto (finales del siglo V), que vio sus orígenes en una antigua oposición entre Asia y Europa, y proporcionó el relato más detallado

de los acontecimientos. Alejandro se llevó a escritores con él para registrar sus hazañas militares, y aunque sus informes se han perdido, inspiraron a los historiadores del Imperio romano para crear lo que en esencia fueron hagiografías.

Los griegos trabajaron habitualmente para la corte persa y algunos registraban sus experiencias. A principios del siglo IV, Ctesias, que había sido el médico del rey, escribió una obra en veintitrés volúmenes de *Historia de Persia*, sólo conocida a partir de un resumen del siglo IX e.c. y de diversas citas. Tanto le entusiasmaba contar intrigas de palacio que los historiadores modernos a menudo menosprecian su trabajo. Al mismo tiempo, un líder mercenario ateniense, Jenofonte, luchó en el 401 en el bando perdedor de una guerra de sucesión persa y describió su viaje a través del imperio occidental. También escribió *La educación de Ciro*, presentando al fundador del imperio como un gobernante modelo.

La Biblia hebrea también vio a Ciro bajo un prisma muy positivo, como el rey que liberó a los judíos del exilio y les permitió reconstruir el Templo de Jerusalén. Los libros de Esdras y Nehemías documentan los acontecimientos en la nueva Judá —aunque estos libros presentan numerosos problemas históricos—, mientras que el profeta Isaías en particular anunció a Ciro como un libertador. La imagen positiva, que también influyó en el historiador Josefo (siglo I e.c.), no era absoluta. El libro de Esther, escrito cuando Judá era parte del mundo helenístico, retrata una corte persa plagada de intrigas y asesinatos sin sentido. Estas fuentes antiguas, así como las ruinas de Persépolis descritas en los relatos de viajes, permitieron reconstruir algo de la historia de Persia antes de que se comprendieran los materiales del propio imperio. En general, a pesar de los aspectos positivos, estos es-

critos antiguos presentaban a Persia como una civilización fracasada, gigantesca en tamaño y extremadamente rica, pero paralizada por la decadencia y los caprichos de sus élites. Era la antítesis de lo que la Grecia clásica representaba en la imaginación occidental, es decir, la creatividad y el amor a la libertad. Desde este punto de vista, la batalla de Maratón salvó a Europa del despotismo oriental.

La valoración negativa de Persia continuó incluso cuando nuestra exploración en los países que gobernaba el imperio proporcionó una gran cantidad de documentación. A diferencia de las narraciones de las que se disponía anteriormente, se trataba principalmente de documentos concisos de gobierno y administración. Debido a su gran extensión y a sus interacciones con tantas culturas y pueblos desde el Nilo hasta el río Indo, estos registros son extremadamente diversos. Cuando se trata de fuentes escritas, implican una multitud de lenguajes, escrituras y prácticas administrativas: demótico en Egipto; babilónico en Mesopotamia; elamita y persa antiguo en Persia; griego, frigio y lidio en Anatolia; y arameo en todo el imperio. En cuanto a las arqueológicas, incluyen ciudades, palacios, tumbas, sistemas de riego, canales, una multitud de objetos variados y mucho más. El sesgo de la documentación escrita se encuentra en gran medida en la parte occidental del imperio, donde adoptó prácticas burocráticas bien establecidas, pero el hallazgo aislado en Afganistán de documentos arameos del siglo IV escritos en madera y cuero muestra como la administración se extendía por todo su territorio. Las fuentes producidas dentro del imperio son cuantiosas; sin embargo, la forma narrativa de su historia todavía está basada en escritos griegos, con su actitud negativa. Ha sido sólo en los últimos treinta años cuando los especialistas en la antigua Persia

han llegado a enfrentarse a este prejuicio y han tratado conscientemente de revertir el enfoque helenocéntrico. Han tratado de socavar los estereotipos «orientalistas» y a veces, tal vez, hayan ido demasiado lejos. Persia ya no es considerada como un gigante agotado que esperaba ser revivido por Alejandro y sus seguidores, sino una organización compleja que se enfrentó con éxito a numerosos desafíos durante los doscientos años que gobernó el Próximo Oriente.

15.2. EL ASCENSO Y LAE EXPANSIÓN DE PERSIA

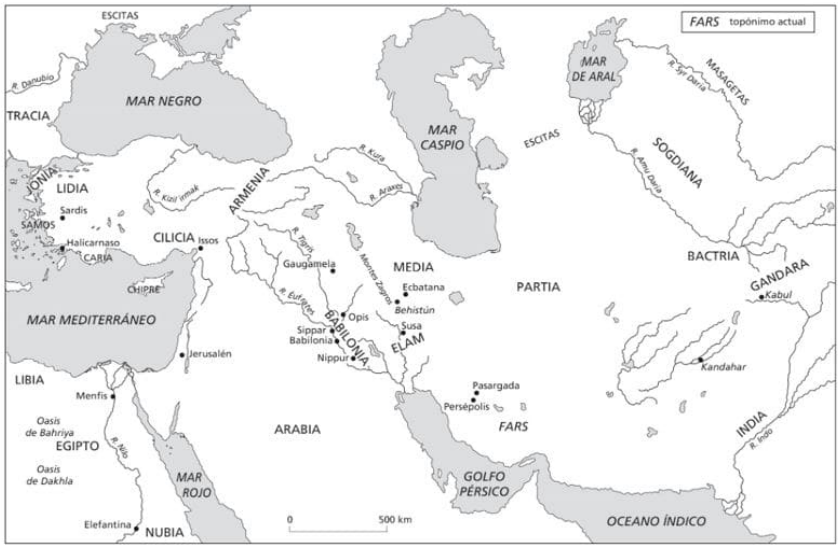
El corazón de Persia estaba situado en el suroeste de Irán, en la región que hoy se llama Fars, la parte oriental del estado anterior de Elam y el sur de Media. Fue el hogar de una dinastía local que usaba el título de «rey de Anshan», recordando así los días de Elam, cuyos gobernantes eran los reyes de Susa y Anshan. Sin embargo, la población no estaba formada por elamitas, sino por persas, un pueblo iraní que hablaba una lengua indoeuropea y que había emigrado a la región a principios del primer milenio. No se sabe prácticamente nada sobre el país hasta que Ciro, el segundo miembro de la dinastía con ese nombre, llegó al poder en el 559. Él se convertiría en el creador del mayor imperio que el mundo había visto hasta ese momento— por eso se le llama a menudo Ciro el Grande—. En el 550 derrotó al gobernante medo Ishtumegu (Astiages en las fuentes griegas). Heródoto afirma que Ciro fue un vasallo que derrocó a su amo, mientras que fuentes babilónicas informan de que Ishtumegu se propuso conquistar Anshan, y que sus tropas se rebelaron y entregaron a su rey a Ciro. Con este acto, el persa se apoderó de todo el territorio que los medos habían controlado, y él y sus sucesores inmediatos prosiguieron con una rápida expansión militar desde esta posición. En el 547 Ciro derrotó al rey Creso de Lidia, llegando así al mar Egeo y a las ciu-

dades griegas de la costa jónica. Del 546 al 540 probablemente hizo campaña en el este de Irán, pero se desconocen los detalles, y en el 539 marchó contra el Imperio babilónico. En septiembre del 539, los ejércitos dirigidos por ambos reyes se enfrentaron cerca de Opis, en la confluencia de los ríos Tigris y Diyala, en el lado este de la muralla meda. Ciro ganó la batalla, saqueó la ciudad y masacró a sus habitantes, lo que asustó tanto a los pobladores de Sippar en el borde occidental de la muralla meda que se rindieron ante él sin luchar. Ciro envió entonces a un general a Babilonia, que tomó prisionero al rey Nabónido y probablemente negoció la capitulación de la ciudad. Sólo después, el 12 de octubre del 539, entró en Babilonia como su nuevo rey. La captura de su trono convirtió a Ciro en el gobernante de todo el Imperio neobabilónico, cuyas diversas poblaciones parecen haberle aceptado sin resistencia. La suavidad de la transición es notable si la comparamos con las dificultades a las que se habían enfrentado los babilonios en el Levante medio siglo antes.

Ciro podía ahora dirigir su atención hacia el noreste y llevar sus tropas al este de Irán y Asia central, donde se anexionó vastos territorios. La organización política anterior de esas zonas no nos queda clara, pero como los nómadas desempeñaban un gran papel en ellas, era sin duda muy diferente del sistema urbano centralizado del oeste. La forma en que Ciro logró imponer su gobierno es un misterio, ya que hay pocos informes sobre sus conquistas en las fuentes escritas, con su sesgo occidental. Según Heródoto, Ciro murió en batalla en el año 530 luchando contra los nómadas masagetas en el Asia central. En veinte años había convertido una pequeña casa real del suroeste de Irán en los gobernantes de un vasto imperio territorial de un tamaño sin prece-

dentes. Se benefició de las centralizaciones previas de poder bajo los medos, los lidios y los babilonios, pero aun así debió haber tenido notables habilidades militares y administrativas para lograrlo.

Su sucesor, Cambises (gobernó entre 529-522), ya había estado activo en campañas en el oeste como príncipe heredero y corregente, y extendió el imperio más lejos en aquella dirección. Capturó Chipre y en el 525 invadió Egipto. Ello no fue una incursión, como había sucedido bajo los asirios, sino una verdadera incorporación del país al Imperio persa. Cambises se convirtió en rey de Egipto y parece que permaneció allí durante el resto de su reinado hasta el año 522. Ordenó a sus tropas marchar hacia el sur, hacia Nubia y hacia el oeste, hacia el desierto libio y a lo largo de la costa norteafricana. Según Heródoto, estas campañas fueron fracasos que terminaron en desastre, pero Nubia era parte del imperio en el año 521. Sin embargo, la expansión no se detuvo allí. Darío (gobernó entre 521-486) llevó al imperio a su mayor extensión. Conquistó Libia, Tracia en Europa, la isla egea de Samos y se anexionó la India occidental. También hizo tributarios a Macedonia y Nubia. Su invasión de Escitia a través del río Danubio fue un fracaso, y puede que fuera una señal de que el imperio había llegado a sus límites.



Mapa 15.1. El Imperio persa.

Darío inició los enfrentamientos militares contra Grecia que preocupan a gran parte de la literatura clásica sobre Persia y a las reconstrucciones modernas de su historia. A pesar de la abundancia de información sobre los acontecimientos, no es tan fácil determinar la importancia de estas guerras para los persas. Para los griegos fueron ciertamente trascendentales y por mucho que lo intentemos, siempre será imposible ignorar su interpretación de las guerras Médicas (debate 15.1). En aquel momento, Grecia no era un país unificado, sino una red de cuidades-estado con diferentes organizaciones políticas. Entre ellas, las líderes eran Atenas con su democracia de ciudadanos varones libres, y Esparta con su oligarquía bajo dos reyes. Ambas ciudades habían extendido su influencia sobre las regiones vecinas. Los llamados tiranos, es decir, los reyes que habían tomado el poder ilegítimamente, gobernaban muchas de las ciudades. La propia Atenas acababa de derrocar a una familia de tiranos que había estado en el poder desde el 545 al 510. El sistema griego de ciudades-estado se extendía hasta la costa de Ana-

tolia, donde se vieron obligadas a aceptar primero la dominación de Lidia y luego la de Persia. En el 499 los jonios se rebelaron contra el imperio, y Atenas, a pesar de su tratado con Persia, les envió ayuda militar. Dichas tropas quemaron accidentalmente un templo en la capital de Lidia, Sardis, lo cual Darío, según cuenta Heródoto, juró no olvidar nunca.

En el año 490 envió a su armada al Egeo, donde saqueó varias ciudades griegas; las tropas persas desembarcaron en la bahía de Maratón, donde un ataque sorpresa de los atenienses les causó grandes pérdidas. La victoria de Atenas fue una sorpresa y seguramente desencadenaría una reacción persa. Sin embargo, Darío estaba preocupado en otro lugar, y no podía tomar represalias, pero su hijo y sucesor Jerjes (gobernó entre 485-465) lo hizo tan pronto como se ocupó de los problemas en el centro del imperio. En el año 481 envió delegaciones exigiendo la sumisión, lo que muchas ciudades griegas aceptaron, pero otras se unieron en torno a Atenas y Esparta, la principal potencia militar de la región. Jerjes reunió un ejército masivo— Heródoto da el increíble número de 2 617 610 hombres (Libro VII, 185)— y la marina. Los griegos establecieron defensas terrestres y marítimas para proteger la Grecia central, pero en el 480 los persas rompieron el paso de las Termopilas a pesar de la ahora mítica resistencia de Leónidas y sus 300 espartanos. El ejército persa saqueó Atenas, que había sido evacuada en un movimiento táctico para luchar en el mar; los atenienses aplastaron a la marina persa en Salamina. Jerjes se retiró y dejó atrás, en el norte de Grecia, un contingente de élite de 10 000 hombres, pero los griegos lo derrotaron en Plataea en el 479, y poco después se apoderaron del resto de la flota persa. Esto puso fin a los planes persas de ocupar Grecia, aunque más tarde siguió entrometiéndose en cuestiones po-

líticas en Grecia. Después de la aventura griega, Persia añadió en otros lugares algunos territorios, aunque su ejército se mantuvo ocupado con rebeliones y luchas internas por el poder.

A pesar de los reveses en Grecia, el ejército persa había sido extremadamente eficaz en la reunión de numerosos estados e imperios anteriores bajo un mismo gobierno y lo había hecho con bastante rapidez. Debió haber estado muy bien organizado y tenía un sistema para reunir fuerzas rápidamente cuando y dondequiera que se necesitaran. Debido a la gran extensión del imperio, no podían ser reclutados cerca de la capital y marchar a la batalla en época de guerra, como había sido el caso, por ejemplo, del ejército asirio. Según Heródoto (Libro V, 54), un solo viajero necesitaba tres meses para llegar a la costa egea desde Susa y un ejército era mucho más lento. Cuando Jerjes invadió Grecia, reunió a las tropas en Sardis, en el oeste de Anatolia, y debió depender en gran medida de la mano de obra local. La principal fuerza de combate persa era la infantería, formada por lanceros y arqueros. La élite era la guardia personal del rey, un cuerpo de 10 000 lanceros, también llamados «Inmortales». Reclutados entre nativos persas, su número permaneció exactamente igual, ya que cada hombre caído era inmediatamente reemplazado. Los arcos y las lanzas eran las armas principales del núcleo del ejército (figura 15.1). La infantería ligera móvil cubría primero al enemigo de flechas y luego lo atacaba con lanzas. Como vimos, los medos eran famosos por sus caballos y ayudaban a la infantería con ataques de caballería. Los persas usaron las habilidades especiales de los pueblos que conquistaban de manera muy efectiva: los camelleros árabes luchaban junto a las cuadrigas libias; los fenicios tripulaban la marina junto a egipcios, chi-

priotas y jónicos. Los persas empleaban las mismas tácticas que sus predecesores en la región, como los asirios, aunque no las detallaron en inscripciones reales. Cuando era necesario, masacraban a civiles y deportaban regularmente a poblaciones de una parte del imperio a otra, aunque aparentemente en menor número que los asirios. Las fuentes griegas indican que trasladaron pueblos de la costa mediterránea a Bactria, a la región de Babilonia, a Elam y a islas del golfo Pérsico. Al igual que los asirios, los persas enviaban habitualmente delegados antes que al ejército para exigir la sumisión, y la amenaza de la acción militar era a menudo suficiente para obtener la rendición. Ciro pudo decir que la región de Babilonia lo acogió con los brazos abiertos como a un libertador, pero no les dio muchas opciones.

La principal fuerza del ejército persa parece haber sido su tamaño, aspecto que los autores griegos exageraron. La cifra de Heródoto de más de dos millones y medio de hombres invadiendo Grecia fue realmente fantástica, pero no hay duda de que los números que los persas podían alcanzar eran muy grandes. Su dependencia del tamaño puede explicar por qué los griegos lograron derrotarlos. Los griegos eligieron campos de batalla donde no se podían desplegar todas las fuerzas: Leónidas tenía un estrecho paso en las Termopilas —y los persas sólo lo atravesaron porque habían descubierto una ruta alternativa— y durante la batalla naval en la bahía de Salamina las naves persas no tenían espacio para maniobrar.

El sistema de reclutamiento militar persa es conocido por las fuentes babilónicas. El estado había confiscado vastas áreas de tierra después de la conquista y asignado campos a grupos de hombres que, a cambio, tenían que prestar el servicio militar, como tropas de cuadrigas, jinetes o, con mayor

frecuencia, arqueros. Los registros identifican explícitamente las zonas como «tierra de carros», «tierra de caballos» y «tierra de arcos», dadas en uso a soldados bajo el control de un superintendente que formaba parte de la administración real. Cuando los soldados pasaron las tierras a varios hijos, las parcelas se volvieron demasiado pequeñas para mantener a una familia y el sistema se convirtió en una ficción administrativa. Por un lado, los pagos en efectivo se convirtieron en una parte crucial de la recompensa de un soldado y, por otro, los soldados ya no trabajaban en el campo ellos mismos, sino que contrataban a otros individuos para que lo hicieran. Pero para entonces la expansión del imperio había terminado y había menos necesidad de hombres que sirvieran en el ejército.

No fue necesario que el régimen de Babilonia se aplicara universalmente a todo el imperio, pero está claro que la vasta mano de obra disponible, así como los recursos para pagar por los soldados, le dieron al rey acceso a un ejército inmenso. Las fuentes clásicas muestran una situación en la que el uso de mercenarios, especialmente griegos y anatolios, aumentó con el tiempo, y sugieren que en el siglo IV ya constituían la verdadera fuerza del ejército. Es innegable que Persia empleaba mercenarios. El autor griego Jenofonte, por ejemplo, era uno de los 10 000 mercenarios griegos que en el 401 lucharon por Ciro el Joven en un intento infructuoso de tomar el trono, y sabemos de colonias de judíos y otros mercenarios en las fronteras de Egipto. Sin embargo, la creciente importancia de las fuerzas mercenarias es exagerada y forma parte de la imagen griega de Persia como una sociedad decadente después de Jerjes. Los mercenarios habían servido a los ejércitos en todo el Próximo Oriente durante siglos y cuando Cambises invadió Egipto, ambos

bandos los utilizaron— Heródoto culpa en gran medida de la derrota de Egipto al hecho de que un líder mercenario desertó en favor de Bactria, a la región de Babilonia, a Elam y a islas del golfo Pérsico. Al igual que los asirios, los persas enviaban habitualmente delegados antes que al ejército para exigir la sumisión, y la amenaza de la acción militar era a menudo suficiente para obtener la rendición. Ciro pudo decir que la región de Babilonia lo acogió con los brazos abiertos como a un libertador, pero no les dio muchas opciones.

La principal fuerza del ejército persa parece haber sido su tamaño, aspecto que los autores griegos exageraron. La cifra de Heródoto de más de dos millones y medio de hombres invadiendo Grecia fue realmente fantástica, pero no hay duda de que los números que los persas podían alcanzar eran muy grandes. Su dependencia del tamaño puede explicar por qué los griegos lograron derrotarlos. Los griegos eligieron campos de batalla donde no se podían desplegar todas las fuerzas: Leónidas tenía un estrecho paso en las Termopilas —y los persas sólo lo atravesaron porque habían descubierto una ruta alternativa— y durante la batalla naval en la bahía de Salamina las naves persas no tenían espacio para maniobrar.

El sistema de reclutamiento militar persa es conocido por las fuentes babilónicas. El estado había confiscado vastas áreas de tierra después de la conquista y asignado campos a grupos de hombres que, a cambio, tenían que prestar el servicio militar, como tropas de cuadrigas, jinetes o, con mayor frecuencia, arqueros. Los registros identifican explícitamente las zonas como «tierra de carros», «tierra de caballos» y «tierra de arcos», dadas en uso a soldados bajo el control de un superintendente que formaba parte de la administración real. Cuando los soldados pasaron las tierras a varios hijos,

las parcelas se volvieron demasiado pequeñas para mantener a una familia y el sistema se convirtió en una ficción administrativa. Por un lado, los pagos en efectivo se convirtieron en una parte crucial de la recompensa de un soldado y, por otro, los soldados ya no trabajaban en el campo ellos mismos, sino que contrataban a otros individuos para que lo hicieran. Pero para entonces la expansión del imperio había terminado y había menos necesidad de hombres que sirvieran en el ejército.

No fue necesario que el régimen de Babilonia se aplicara universalmente a todo el imperio, pero está claro que la vasta mano de obra disponible, así como los recursos para pagar por los soldados, le dieron al rey acceso a un ejército inmenso. Las fuentes clásicas muestran una situación en la que el uso de mercenarios, especialmente griegos y anatolios, aumentó con el tiempo, y sugieren que en el siglo IV ya constituían la verdadera fuerza del ejército. Es innegable que Persia empleaba mercenarios. El autor griego Jenofonte, por ejemplo, era uno de los 10 000 mercenarios griegos que en el 401 lucharon por Ciro el Joven en un intento infructuoso de tomar el trono, y sabemos de colonias de judíos y otros mercenarios en las fronteras de Egipto. Sin embargo, la creciente importancia de las fuerzas mercenarias es exagerada y forma parte de la imagen griega de Persia como una sociedad decadente después de Jerjes. Los mercenarios habían servido a los ejércitos en todo el Próximo Oriente durante siglos y cuando Cambises invadió Egipto, ambos bandos los utilizaron— Heródoto culpa en gran medida de la derrota de Egipto al hecho de que un líder mercenario desertó en favor de Cambises y reveló los puntos débiles de Egipto—. La afirmación de que los mercenarios se convirtieron en el pilar del ejército persa no debe asumirse a la lige-

ra. En efecto, se derrumbó entre el 334 y 330 bajo los ataques macedonios, pero esto parece haber sido el resultado del hábil uso de la falange por parte de Alejandro más que de una disminución gradual del poderío militar persa.

15.3. GOBIERNO DE LOS ESTADOS DOMINADOS

La conquista es el primer paso hacia la creación de un imperio, la pacificación el segundo y más difícil. La pequeña población de Persia se hizo cargo de un enorme conglomerado de estados y pueblos con diferentes prácticas y necesidades políticas y administrativas. A diferencia de los asirios anteriores, no pudieron extender su propio sistema de gobierno a los territorios recién adquiridos. No sabemos nada concreto acerca de la organización preimperial de Persia, pero debió de haber estado poco capacitada para lidiar con las complejidades del imperio. Los persas fueron muy innovadores en este sentido, ya que se insertaron en las estructuras políticas existentes y reconocieron la heterogeneidad de su imperio.

El rey de Persia se hizo cargo, en la cúspide del gobierno, de los tronos existentes, una práctica que para nosotros es más clara en Babilonia y Egipto. Después de que Ciro conquistara Babilonia, comisionó declaraciones oficiales escritas en cuneiforme babilónico tradicional que explicaban su ascenso a la realeza en ese lugar (figura 15.2). El famoso *Cilindro de Ciro* describía cómo el dios Marduk se volvió contra el último gobernante babilónico Nabónido debido al desprecio de dicho rey por su culto y que buscó un sustituto por todo el mundo. Marduk ordenó a Ciro que tomara Babilonia y ayudó al ejército persa a hacerlo. Ciro se convirtió en «rey del mundo, gran rey, rey fuerte, rey de Babilonia, rey de la tierra de Sumer y Acad, rey de las cuatro partes del universo», adoptando todos los títulos tradicionales de la

realeza babilónica (documento 15.1). Poco después hizo a su hijo Cambises rey de Babilonia, pero siguió participando en importantes festivales, como la celebración del festival de Año Nuevo. Reconoció que era extranjero, pero comprendía la importancia de los antiguos rituales. El comportamiento de su hijo Cambises en Egipto fue el mismo. Se hizo cargo de todos los símbolos de la realeza local, e incluso, adoptó un nombre egipcio, Mesutira, «vástago del dios Ra». No conocemos los detalles de cómo los persas hicieron oficial su gobierno en otros lugares, pero cuando Darío afirmó su dominio sobre el imperio, lo hizo como rey de veintitrés estados (documento 16.1).

Figura 15.2. Cilindro de Ciro. En el texto de este objeto babilónico tan tradicional, el persa Ciro explica cómo llegó a ser rey de Babilonia y libertador de los habitantes de la ciudad. El cilindro de arcilla debía colocarse en los cimientos del muro de Imgur-Bel en Babilonia, cuya reconstrucción conmemora. En el fragmento roto se refiere a una inscripción del rey asirio Asurbanipal que se descubrió durante las obras. British Museum, Londres, ME 90920. Arcilla, longitud 22,5 cm.
Créditos: akg images/Album/Prisma.

Con las burocracias existentes se utilizó el mismo criterio. Cuando estaban bien establecidas, los persas no se entrometieron en ellas, sino que les permitieron continuar co-

mo antes. Archivos como el de la familia Egibi en Babilonia no muestran ningún cambio excepto en los nombres de los reyes, que fueron reconocidos de la misma manera que sus predecesores babilónicos. De manera similar, en Egipto el mantenimiento de registros de papiros en el idioma y el alfabeto demótico continuó como antes. Los acontecimientos ocurrieron con el tiempo, naturalmente, lo cual veremos en el próximo capitulo, pero para un habitante medio de estos países, el cambio de una dinastía nativa a una extranjera no debió de haber causado ninguna diferencia.

La llegada de los persas tampoco causó trastornos en la vida religiosa y cultural. Como vimos, en Babilonia Ciro se presentó como el victorioso del dios Marduk que reinstaló las prácticas de culto que Nabónido había interrumpido. Los templos continuaron su papel tradicional en la sociedad, incluso en la esfera intelectual. A lo largo del primer milenio los templos habían sido patrocinadores de conocimiento y apoyaban a escribas, adivinos, astrónomos y otros expertos que preservaban y elaboraban la cultura alfabetizada de la región. Esto continuó ininterrumpidamente bajo el dominio persa. El templo de Marduk en Babilonia empleó a más de una docena de astrónomos simultáneamente en el siglo IV. En Sippar, en el templo de Shamash, los arqueólogos excavaron una biblioteca académica de principios del período persa que contenía unas 800 tablillas apiladas en filas de dos o tres en cincuenta y seis nichos. Incluían todos los géneros de la erudición babilónica alfabetizada: presagios, textos médicos, listas léxicas, material de culto, himnos y oraciones, epopeyas, literatura sapiencial y copias de inscripciones antiguas, incluido el prólogo del Código de Hammurabi (documento 15.2). En Egipto vemos la misma actitud. Los gobernantes persas apoyaron los templos y cultos existen-

tes y aparecieron como faraones tradicionales en representaciones e inscripciones. El ejemplo más citado de respeto persa por las religiones locales es el caso de Jerusalén y su templo. Según el libro bíblico de Esdras, Ciro emitió un edicto que ordenaba la reconstrucción del Templo y prometía fondos para ello. También permitió que los judíos del exilio babilónico regresaran a sus hogares. En el siglo I e.c. el historiador Josefo dedicó un libro entero en sus *Antigüedades judías* (Libro 11) al proyecto y declaró que la lectura del profeta Isaías había inspirado a Ciro. Y de hecho ese libro bíblico (Isaías capítulos 44-55) presenta a Ciro como el elegido por el Dios de Israel para guiar a su pueblo desde el exilio.

Documento 15.1. EL *CILINDRO DE CIRO*

académica de principios del período persa que contenía unas 800 tablillas apiladas en filas de dos o tres en cincuenta y seis nichos. Incluían todos los géneros de la erudición babilónica alfabetizada: presagios, textos médicos, listas léxicas, material de culto, himnos y oraciones, epopeyas, literatura sapiencial y copias de inscripciones antiguas, incluido el prólogo del Código de Hammurabi (documento 15.2). En Egipto vemos la misma actitud. Los gobernantes persas apoyaron los templos y cultos existentes y aparecieron como faraones tradicionales en representaciones e inscripciones. El ejemplo más citado de respeto persa

por las religiones locales es el caso de Jerusalén y su templo. Según el libro bíblico de Esdras, Ciro emitió un edicto que ordenaba la reconstrucción del Templo y prometía fondos para ello. También permitió que los judíos del exilio babilónico regresaran a sus hogares. En el siglo I e.c. el historiador Josefo dedicó un libro entero en sus *Antigüedades judías* (Libro 11) al proyecto y declaró que la lectura del profeta Isaías había inspirado a Ciro. Y de hecho ese libro bíblico (Isaías capítulos 44-55) presenta a Ciro como el elegido por el Dios de Israel para guiar a su pueblo desde el exilio.

> *Conspiró contra el culto a Marduk, el rey de los dioses, e hizo continuamente el mal contra su ciudad. Diariamente, [ ] trajo la ruina sobre su gente imponiendo implacablemente trabajos penosos sobre ellos (líneas 7-8).*

Marduk sintió compasión por el pueblo y buscó un sustituto para su rey:

> *Buscó y miró en todos los países, buscando en su elección al rey recto. Tomó la mano de Ciro, rey de Anshan, y le llamó por su nombre, proclamándolo rey sobre todas las cosas (líneas 11-12).*

Entonces el dios ordenó a las tropas de Persia y Media que marcharan sobre Babilonia y las hizo entrar en la ciudad sin luchar, entregando a Nabónido en manos de Ciro. Los babilonios acogieron con beneplácito su gobierno y Ciro pudo adoptar todos los títulos tradicio-

nales de la realeza de su país. Se puso a restaurar la paz para el pueblo de Babilonia:

> *Busqué el bienestar de la ciudad de Babilonia y de todos sus santuarios. A las personas de Babilonia, que habían llevado sin decreto un yugo, como si estuvieran sin dios, las alivié de su cansancio y las liberé de sus cargas (líneas 25-26).*

Entonces Ciro devolvió los dioses, cuyas estatuas había trasladado Nabónido a Babilonia, a sus casas:

> *De [Babilonia] a Asur y Susa, Acad, Eshnunna, Zamban, Meturnu, Der, hasta la tierra de los guti— santuarios al otro lado del río Tigris que habían estado abandonados durante mucho tiempo— devolví a los dioses y los dejé vivir en lugares permanentes. Reuní a todos sus pueblos y los devolví a sus casas. A los dioses de Sumer y Acad, a quienes Nabónido había establecido en Babilonia, enojando así al señor de los dioses, por mandato de Marduk, los hice residir en paz en sus santuarios y los hice felices (lineas 30-34).*

Pedía bendiciones constantes a los dioses y enumeró los trabajos de restauración que realizó en el muro de Babilonia —el cilindro es una inscripción del edificio—. El pasaje clave de la inscripción es donde Ciro afirma que devolvió los dioses y las personas que habían sido desplazadas a sus hogares. Todos los lugares que menciona se encuentran al este del Tigris y utilizó una imagen de benevolencia real que los reyes mesopotámicos anteriores, incluido Hammurabi, habían invocado. Después de los disturbios de la guerra, los habitantes ne-

cesitaban regresar a sus hogares. En realidad, el pasaje arroja sospechas sobre la afirmación de Ciro de que la conquista de Babilonia no tuvo oposición. Parece que la guerra en cuestión perjudicó a la población y que tuvo que tomar medidas para que la situación volviera a la normalidad.

Traducción según Schaudig, 2001: 551-554.

El respeto y el apoyo general de los persas a las tradiciones existentes y las representaciones bíblicas y babilónicas de Ciro como un libertador han inspirado la idea de que el imperio era extremadamente tolerante o, al menos ése fue el caso en las primeras décadas de su existencia. Es cierto que Persia no impuso prácticas culturales o religiosas a sus súbditos, pero los eruditos se han vuelto más reacios a aceptar esta imagen resplandeciente. En particular, se cuestiona la idea de que Ciro fue un iluminado promotor de los derechos humanos, que sigue siendo fuerte en la imaginación popular. El pragmatismo guiaba la actitud de los persas hacia las tradiciones de sus súbditos. Sabían cómo insertarse en las ideologías existentes para hacer que su gobierno fuera aceptable.

Documento 15.2. LA BIBLIOTECA PERSA DE SIPPAR

La tolerancia de los persas hacia las tradiciones de las regiones que conquistaron es visible de muchas maneras y la cultura babilónica continuó floreciendo bajo ellos. Debido a que el imperio reu-

nió una enorme masa de tierra que previamente estaba dividida, permitió actividades antes imposibles. Esto se demuestra vividamente en los restos de una biblioteca excavada en la ciudad babilónica de Sippar. Estaba ubicada en el templo del dios sol Shamash, y contenía muchos manuscritos de la literatura y la erudición babilónicas anteriores. La mayoría se copiaron de ejemplares disponibles localmente, pero no todos. En su colección había una copia del prólogo del Código de Hammurabi tallado en la famosa estela que actualmente se encuentra en el Museo del Louvre (figura 6.2). Esta estela se había llevado a Susa en Elam en el siglo XII (ver capítulo 9) y, por tanto, había permanecido inaccesible para los habitantes de Babilonia durante muchos siglos. Con la unificación de Elam y Babilonia bajo el Imperio persa, esto ya no fue un problema y alguien habría ido allí para copiar la inscripción de la estela original. Identificó la inscripción por sus primeras palabras («Cuando el augusto dios Anu»), como era la práctica común en la antigua Mesopotamia, y la declaró al final de su tablilla:

> *Primera tablilla de la composición llamada «Cuando el augusto dios Anu», no completa. Escrita según el texto de la antigua estela original que Hammurabi, rey de Babilonia, erigió en Su-*

sa. Una tablilla de arcilla de Marduk-shumu-usur, hijo de Mushallim de la ciudad de Acad.

Traducción según Fadhil, 1998: 726.

15.4. LA CREACIÓN DE UNA ESTRUCTURA IMPERIAL

La retórica oficial afirmaba claramente que el Imperio persa era una entidad heterogénea formada por numerosos pueblos y estados. Pero también era un estado unificado y el rey en persona proporcionaba el vínculo que mantenía unidas las diversas partes. Él fue «rey de reyes» y los fundadores del imperio tuvieron que crear una infraestructura para reforzar su especial estatus. Como un país pequeño, Persia no tenía la parafernalia de un gobierno imperial, así que los primeros gobernantes la desarrollaron tomándola asiduamente prestada de los imperios anteriores. En primer lugar, existía la necesidad de una capital y los primeros persas establecieron varias de ellas en el centro del imperio (recuadro 15.1). Ciro fundó Pasargada a finales de la década del 540, supuestamente en el lugar donde había derrotado al medo Ishtumegu. Darío comenzó a construir Persépolis en el 518, y él y sus sucesores la convirtieron en la expresión más grandiosa del dominio imperial. Su tesorería era tan rica que, según fuentes romanas, se necesitaron 10 000 pares de muías y 5000 camellos para extraer su contenido después de que Alejandro se apoderara de ella. Cerca de estas dos capitales se encontraban las tumbas de la mayoría de los reyes persas —un edificio independiente para Ciro cerca de Pasargada y tumbas excavadas en la roca cerca de Persépolis—, lo que indica que éstas eran consideradas como sus principales residencias. Darío también reconstruyó la antigua ciudad de Susa para albergar un palacio de verano y

otras capitales de los antiguos reinos sirvieron también a los gobernantes persas.

Recuadro 15.1. LAS CIUDADES CAPITALES PERSAS

Antes de la derrota de Babilonia, los persas no tenían grandes ciudades ni una tradición de arquitectura monumental. Una de las necesidades del imperio era una ciudad capital, y los persas construyeron sucesivamente varias de ellas. Ciro construyó la primera capital en Pasargada en la Fars central, la patria de la dinastía. Se trataba de un gran recinto amurallado en el que varios palacios y salas de audiencias estaban situados a gran distancia unos de otros, con amplios jardines entre ellos regados por canales especiales. Los griegos llamaron a esos jardines *paradeisos*, la base de nuestra palabra paraíso. Los jardines eran especialmente populares entre los persas, quienes los distribuyeron por todo el imperio como parte de las fincas agrícolas. En Pasargada había también una ciudadela fortificada y un área de culto que incluía un altar de fuego, mientras que la tumba de Ciro estaba cerca como un edificio separado. Todas las estructuras eran de piedra.

Darío trasladó la capital a Persépolis, a unos cuarenta kilómetros al sur.

La construcción de la ciudad comenzó en el año 518 y continuó bajo sus dos inmediatos sucesores. En su centro había una enorme plataforma, de 450 por 300 metros, en parte excavada en la roca natural, en parte construida con capas de piedras ciclópeas en lugares a 12 metros sobre la llanura. Sobre él se ubicaban varios palacios, salas de audiencias y un tesoro. Estos edificios eran de piedra, y en ellos destacaban altas columnas con capiteles tallados en forma de grifos y toros que sostenían las vigas de madera del techo. Las columnas del edificio más grande, la *apadana* o sala de recepción, tenían casi 20 metros de altura. Otro edificio contenía una sala de 100 columnas. A los lados de la plataforma fue grabada en relieve una gran procesión de sirvientes reales, soldados y representantes de todas las satrapías que llevaban regalos para el rey, a quien se mostraba sentado en su trono. A menudo el disco solar alado, que representaba hábilmente al dios Ahuramazda, se tallaba sobre el rey. Persépolis se extendía mucho más allá de los monumentales edificios de piedra que han sido excavados. Fue uno de los principales centros administrativos del imperio y contenía su mayor

tesoro. Se encontraba en el corazón de una zona agrícola completamente desarrollada con numerosos asentamientos. Las tablillas encontradas en Persépolis provienen de dos lugares. En las fortificaciones se encontraron miles de registros de desembolsos de alimentos a personas de estatus social muy diferente, desde miembros de la familia real hasta trabajadores. En la tesorería, un grupo más pequeño registra los pagos a los trabajadores. Sin embargo, no tenemos los archivos imperiales. Alejandro de Macedonia quemó la ciudad, ya fuera deliberadamente o por accidente cuando estaba borracho.

Junto con Persépolis, Darío también remodeló la antigua ciudad de Susa como capital, porque tenía acceso directo a las partes occidentales del imperio y era más fresca en el verano. La obra consistió en una remodelación completa del trazado de la ciudad con un muro de 18 metros de altura que rodeaba un área de 100 hectáreas que contenía una alta ciudadela, una *apadana* y un palacio, y una ciudad regia. Las construcciones eran de ladrillo de barro y el palacio estaba decorado con representaciones de ladrillos vidriados de soldados y sirvientes persas (figura

15.1). Todas estas construcciones revelan una mezcla de influencias arquitectónicas y artísticas, asirias, babilónicas, griegas, egipcias y locales. Los persas utilizaban materiales de diferentes partes del imperio y empleaban obreros especializados de las diversas regiones, no para trabajar en sus estilos locales, sino para contribuir a una forma imperial de expresión que mostraba a Persia como una unidad multicultural.

En las inscripciones del edificio del palacio de Susa, Darío destacaba que todas las personas del imperio trabajaban en él y que utilizaban recursos de todas partes para hacerlo. Los babilonios moldeaban ladrillos, los jonios tallaban columnas de piedra y así sucesivamente. La madera provenía del Líbano en el oeste y de Gandara en el este, la plata y el ébano de Egipto, el marfil de Nubia, Sind y Aracosia, y otros materiales de otros lugares. Ésta fue una clara expresión de que el edificio era un proyecto imperial. Asimismo, el programa decorativo de Persépolis mostraba que era el centro de un imperio con pueblos y recursos variados. Los relieves representaban a emisarios de todas las provincias que llevaban regalos al rey. Los bactrianos de Asia central trajeron camellos; los jonios las copas, cuencos y telas dobladas del mar Egeo; los nublos de la región al sur de Egipto, colmillos de marfil, y así sucesivamente (figura 15.3). En el centro de estas escenas estaban las imágenes del rey rodeado de cortesanos y soldados, ya fuera sentados en un trono o de pie bajo un parasol, a menudo recibiendo a los emisarios. Muchas representaciones mostraban a los pueblos controlados

por Persia sosteniendo las plataformas bajo el trono del rey (figura 16.2). Las ciudades capitales mostraban el control del rey sobre toda su gente. Sin embargo, a diferencia de los asirios, que demostraron que su poder se basaba en la fuerza militar, los persas retrataban imágenes de paz y orden: todos los sujetos se beneficiaban de ser parte del imperio y contribuían voluntariamente a sus proyectos.

El imperio requería un estilo de arte que expresara también este concepto. Los persas utilizaron a muchos artistas de territorios dominados que habían sido instruidos para crear en tradiciones locales muy diversas y les pidieron que produjeran obras en un estilo imperial que incorporara las múltiples influencias en algo completamente nuevo. Una estatua de bulto redondo de Darío encontrada en Susa muestra el claro deseo de sintetizar (figura 15.4). Según la inscripción, fue esculpida en Egipto y su forma general sigue los principios egipcios: la postura con un pie adelantado y la forma en que el rey sostiene sus manos, así como la base con su símbolo de la unificación del Alto y Bajo Egipto. Pero el rey lleva una túnica y botas persas, tiene una daga elamita, y junto a la inscripción jeroglífica hay textos en otros tres idiomas y dos escrituras (que analizaremos en detalle a continuación). Más comunes en el arte monumental persa eran las esculturas en relieve, que reunían elementos de las tradiciones de Egipto, Babilonia, Asiria, Elam, Urartu, Jonia y otras partes de Anatolia en un todo único. Muchos de estos relieves se encontraban en el exterior de edificios y tumbas, y por lo tanto eran visibles para una amplia audiencia. En los territorios dominados, los persas también encargaron monumentos híbridos que combinaban dos estilos diferentes. En Egipto, por ejemplo, Darío colocó estelas talladas a lo largo de un canal que había cavado desde el Nilo hasta el

mar Rojo. Un lado contenía una representación totalmente egipcia con el símbolo tradicional de la unificación y un texto jeroglífico; el otro mostraba al rey persa en estilo imperial, aunque con detalles egipcios, y una inscripción cuneiforme trilingüe.

Figura 15.3. Portadores de tributos de Persépolis. Varios de los edificios de Persépolis estaban ampliamente decorados con relieves de piedra. Mostraban a los soldados persas vestidos de gala, así como largas procesiones de emisarios de las veintitrés provincias del Imperio persa que llevaban regalos al rey. Estos a menudo pueden ser identificados debido a los regalos que llevan. Los hombres que se muestran aquí trayendo un búfalo de agua al rey eran probablemente babilonios.
Créditos: © 2014 De Agostini Picture Library/Scala, Florencia.

Figura 15.4. Estatua de Darío encontrada en Susa. Esta estatua muestra cómo los persas mezclaban estilos artísticos en las obras producidas para sus reyes. Esculpida por los egipcios, presenta a Darío siguiendo las prácticas escultóricas egipcias pero vistiendo ropa y botas persas. La estatua se debió de enviar ya terminada a Susa para su exhibición en el palacio de Darío, a menos que los escultores trabajaran en ella en Irán con piedra importada de canteras del sur de Egipto. Altura 2.46 m; altura de la base 51 cm, longitud. 104 cm, anchura 64 cm. Grauvaca. Museum of Tehran.
Créditos: Perrot, *Le palais de Darius à Suse: une résidence royale sur la route de Persépolis à Babylone* (Presses de l'Université Paris-Sorbonne, París, 2010), p. 259.

La escritura monumental también era muy importante para el desarrollo de una imagen imperial. Antes de sus conquistas, los persas no utilizaban el alfabeto, hasta donde sabemos, e incluso en las primeras décadas del imperio no tenían medios para inscribir el persa antiguo, la lengua indoeuropea que hablaban. Fue sólo bajo Darío, a finales del siglo VI, cuando desarrollaron una escritura completamente nueva específica para el antiguo persa. Casi todos los textos conservados en esta escritura son inscripciones monumentales y parece que el lenguaje reproducido no era realmente hablado, sino de carácter artificial. La escritura era una forma muy simplificada de cuneiforme con sólo treinta y seis signos básicos que en su mayoría expresaban consonantes para ser leídas con cualquier vocal, algo similar a la práctica de los alfabetos semíticos. A diferencia de estos últimos, también había signos para escribir las vocales a, I y u, mientras que cinco términos se presentaban con signos separados (rey, país, tierra, dios y Ahuramazda). La antigua escritura persa no era un desarrollo de un sistema cuneiforme anterior, aunque incluía elementos propios del urarteo. Casi nunca se usó por sí sola, pero apareció más a menudo con textos paralelos en otros dos idiomas escritos en cuneiforme silábico: el elamita y el babilonio. A veces se añadía una cuarta versión en jeroglíficos egipcios. La mayoría de los eruditos creen que fue un invento del reinado de Darío, quien en la inscripción del Behistún escribió que «hizo una

nueva forma de escritura». Si esta afirmación se refiere al antiguo persa, las pocas inscripciones anteriores de Ciro (no se conserva ninguna de Cambises) serían falsificaciones posteriores. La escritura dejó de utilizarse en el reinado de Artajerjes III (358-338) y nunca se difundió. La mayoría de los textos escritos en ella eran inscripciones reales monumentales, casi todas del corazón de Persia, o textos breves sobre jarrones y sellos. Se usó en un documento administrativo encontrado en Persépolis para escribir lo que normalmente se habría hecho en elamita. Sin embargo, esto pudo haber sido una fantasía de los escribas. Por todas las indicaciones, Darío sentía que el emperador necesitaba una escritura especial para grabar declaraciones reales en el antiguo persa e introdujo el sistema de escritura con ese propósito.

Aunque, como vimos, los persas mantuvieron las prácticas administrativas locales, el imperio también necesitaba un sistema que pudiera utilizar para los asuntos oficiales en todas partes. Para ello seleccionó el arameo, que, con anterioridad, se había establecido como lengua y escritura comunes en las regiones occidentales. Escrito sobre todo en materiales perecederos como el pergamino y el papiro, estaba muy difundido en Siria, Anatolia y Mesopotamia antes de que estas regiones se integraran en Persia. El arameo se convirtió en el idioma de la administración y de la correspondencia oficial en todo el imperio. Cuando el alto funcionario Arshama escribió desde Babilonia al mayordomo de sus bienes en Egipto, por ejemplo, lo hizo en arameo: se han conservado dos bolsas llenas con sus cartas. Hasta hace muy poco tiempo, los materiales arameos sólo se conocían en la parte occidental del imperio. Un grupo de 30 pergaminos y 18 listones de madera con cartas, notas de deuda y registros administrativos que datan del período comprendido

entre el 353 al 324 (es decir, después de la conquista de Persia por Alejandro) y escritos en arameo se ha publicado muy recientemente (figura 15.5). Se encontraron en el norte de Afganistán, la antigua provincia de Bactria, y se ocupan de asuntos locales relacionados con el gobernador persa. El lenguaje y las expresiones utilizados en estos textos son exactamente los mismos que en Egipto, lo que indica que los escribas y burócratas se formaron de la misma manera en todo el imperio.

Figura 15.5. Tarja con un texto arameo, de Bactria. La difusión del arameo como lengua administrativa en todo el Imperio persa queda patente en los pergaminos y listones de madera que se descubrieron recientemente en el actual Afganistán. En esta pieza de madera un contador esculpió sesenta y una muescas y escribió que los objetos no identificados estaban «con Taitaka, de Gauza» en el tercer año del rey Darío. Bactria Khalili Collection, Londres. Créditos: The Khalili Collection of Aramaic Documents, T 1; copyright The Khalili Family Trust.

Un imperio necesita una clase dominante que represente sus intereses en todos sus territorios. En el Imperio persa esa élite estaba formada por verdaderos persas, hombres que pertenecían a familias del país de origen. Los babilonios, egipcios y otros podían tener altas posiciones, pero los persas ocupaban las más altas en el gobierno y el ejército. Formaron así un tipo de aristocracia que estaba instaurada en todo el imperio. El rey fortaleció los lazos personales con ellos concediéndoles privilegios especiales —comían en la mesa del rey— y grandes propiedades. Ser persa era una marca de distinción que abría oportunidades negadas a otros súbditos del imperio.

Un elemento final que era específico del imperio estaba en el área de la religión y el culto. Como vimos, los persas toleraban e incluso promovían dioses locales, pero el emperador tenía una conexión especial con un solo dios: Ahuramazda. Las antiguas inscripciones persas invocaban constantemente a la deidad como la que seleccionaba al rey para gobernar y lo apoyaba. Ahuramazda era el dios personal del gobernante y el rey era el representante del dios en la tierra. En muchas representaciones visuales, la imagen del rey se encuentra debajo de un disco alado del que emerge una figura antropomorfa; los estudiosos la identifican con mayor frecuencia como un símbolo de Ahuramazda. Ese dios no era el único que los persas reconocían, sino que tenía una conexión especial con la dinastía. Inspiró la verdad y el comportamiento correcto contra lo que las inscripciones oficiales llamaban «la Mentira». El culto involucraba altares de fuego al aire libre en lugar de templos cerrados. Debido a que estos elementos también aparecen en la más reciente y bien documentada religión zoroastriana de Irán, es posible, aunque incierto, que los antiguos gobernantes persas ya se adhirieran a esa fe. El zoroastrismo representa las enseñanzas de Zaratustra (Zoroastro en griego), que se documentaron por primera vez en forma escrita en el siglo IX e.c., pero que ciertamente derivan de una época anterior. Las sugerencias sobre cuándo vivió exactamente Zaratustra se extienden a lo largo del primer milenio antes de Cristo y se basan en un análisis del lenguaje utilizado en el Avesta, que registra sus palabras. Debido a que la datación es incierta y no conocemos los detalles de las primeras formas de zoroastrismo, probablemente es mejor concluir que los persas eran seguidores del dios Ahuramazda, a quien veían como el protector de la dinastía, y que varias de sus ideas y prácticas se

convirtieron en el centro de la posterior religión zoroastriana.

Todos estos elementos, que se establecieron durante la creación del imperio, proporcionaron una base práctica e ideológica que presentaba la unidad dentro de una gran diversidad. Los persas tuvieron mucho éxito en esto. Aunque hubo intentos por parte de los territorios dominados de obtener la independencia y luchas violentas por la sucesión al trono como veremos en el siguiente capítulo, el imperio nunca se dividió en partes gobernadas por diferentes miembros de la misma familia o la élite. Esto sucedió regularmente en imperios posteriores, comenzando con la división del imperio de Alejandro entre sus generales. Aunque también pertenecían a la misma pequeña clase dominante, destruyeron el territorio unificado que los persas habían mantenido unido durante unos doscientos años. Es un hecho significativo que los persas lograran mantener esta unidad por sí mismos.

Debate 15.1. ¿CÓMO DE IMPORTANTES FUERON LAS VICTORIAS GRIEGAS SOBRE PERSIA PARA LA HISTORIA UNIVERSAL?

En 1846, el economista político inglés John Stuart Mill comentó: «la batalla de Maratón, incluso como evento de la historia inglesa, es más importante que la batalla de Hastings» (que condujo a la conquista normanda de Inglaterra). La victoria de los griegos en Maratón en el 490 sobre el ejército de Darío y su posterior éxito en la re-

sistencia a la ocupación persa es una historia de David y Goliat que cualquier estudiante de Historia Antigua conoce. Esta hazaña militar tuvo lugar a principios del siglo V de la Grecia clásica, cuando Atenas fue el hogar de la democracia y había dado grandes pasos adelante en los campos de la filosofía y las artes que tuvieron un impacto fundamental en la historia posterior. ¿Habría sido diferente si los griegos hubieran perdido?

La historia alternativa es un negocio peligroso, pero no poco común y recientemente — debido al 2500 aniversario de Maratón— varios especialistas han especulado sobre lo desastrosa que habría sido una derrota griega para la historia universal. Un libro titulado *Marathón: How One Battle Changed Western Civilization* (Billows, 2010) termina con la afirmación de que no habría habido democracia, ni tragedia, ni comedia, ni filosofía, ni artes visuales como las conocemos, porque los hombres que dieron forma a estas disciplinas o sus maestros habrían sido deportados al este. Otros han afirmado lo mismo de todas las guerras persas, sin explicar por qué (por ejemplo, Pagden, 2008: 31) y encuentran evidencias para esta afirma-

ción al comparar la vitalidad de la Jonia prepersa con su vida intelectual (presumiblemente moribunda) bajo el dominio persa (Hanson, 2007: 3). También los estudiantes de Persia han visto la derrota de Jerjes como el comienzo de una larga decadencia: Jerjes se volvió intolerante y egocéntrico, y su asesinato trece años más tarde fue el comienzo de una larga cadena de intrigas palaciegas que hicieron del imperio una presa fácil para Alejandro (por ejemplo, Frye, 1963: 117-123).

El material de referencia sobre las guerras persas es extremadamente sesgado: sólo conocemos su existencia por los testimonios de los griegos, para quienes fueron de enorme importancia. Inspiraron algunas de las más grandes obras de la Antigüedad clásica, incluyendo las *Historias* de Heródoto. La evidencia de Persia está esencialmente ausente. Un documento administrativo de Persépolis que data del 494 puede informar sobre la revuelta jónica que desencadenó los acontecimientos (Briant, 2002a: 148-149), pero las inscripciones reales persas no hablaban de guerras. La derrota de Darío en Maratón pudo haber inspirado rebeliones infructuosas en Egipto (486) y Babilonia (484), pero es

más probable que haya otras razones detrás de ellas. Estos problemas preocupaban mucho más a los persas que los acontecimientos de la periferia y Jerjes se ocupó de ellos antes de vengarse de Grecia. Para muchos estudiosos sus pérdidas no tenían importancia (Briant, 2002a: 542) y la vida continuó como de costumbre en Persépolis (Kuhrt, 2007a: 239). Para los persas no era gran cosa. Los griegos, sin embargo, vieron su victoria como el resultado de su superioridad política y cultural y comenzaron una larga tradición de contrastar el oeste con el este, un proceso de autodefinición a menudo llamado orientalismo (cf. Bridges, Hall y Rhodes, 2007).

¿Podemos decir con seguridad que los persas habrían interrumpido irreparablemente el desarrollo político e intelectual de Grecia? En política, a veces reemplazaron a los tiranos por regímenes democráticos en Asia Menor y no causaron cambios notables en la vida intelectual de Babilonia y Egipto. Su dominio podría haber evitado las devastadoras guerras del Peloponeso que asolaron Grecia cuando los artistas y pensadores atenienses produjeron sus grandes obras. ¿Se habrían beneficiado de la paz? Además,

mientras que filósofos como Sócrates tenían que sobrevivir con los pagos que recibían de sus estudiantes, los eruditos babilónicos de los persas recibían el apoyo total de los templos, que a su vez dependían de la munificencia real. La vida podría haber sido más cómoda para los intelectuales.

Está claro que las ideologías modernas determinan cómo vemos el pasado y la historiografía de la antigua Persia en general es un buen ejemplo de ello (Harrison, 2011). Es difícil no admirar los logros de los griegos de los siglos V y iv y si hubieran vivido en el imperio persa, las cosas habrían sido diferentes. Sin embargo, lo difícil es decir cuánto.

16

EL GOBIERNO DE UN IMPERIO MUNDIAL: PERSIA

521 Darío llega al trono de Persia

484 Rebelión en Babilonia
404 Egipto se separa del imperio
401 Artajerjes II y Ciro el Joven batallan en Cunaxa
343 Artajerjes III vuelve a capturar Egipto
334 Alejandro marcha hacia Anatolia
331 Fin del imperio

16.1. AVANCES POLÍTICOS

Toda la información sobre la historia política de Persia de la que disponemos se refiere a la casa real. El poder político en Persia, como en todos los demás estados de los que hemos hablado, estaba en manos de un único gobernante que basaba su legitimidad en la ascendencia: pertenecía a una dinastía que solía remontarse a tiempos remotos. Las familias reales tendían a aumentar de tamaño, y hemos visto muchos casos en los que la competencia por la sucesión al trono causó grandes trastornos. Éste también fue el caso en la casa real de Persia que condujo al suceso mejor documentado en la primera historia del imperio: la usurpación de la realeza por Darío. Ciro el Grande se había convertido en rey como hijo de Cambises, nieto de Ciro y descendiente de Teispes, todos ellos reyes de Anshan. Muy pronto en su reinado seleccionó a su hijo Cambises como príncipe heredero y le encomendó importantes tareas militares y políticas. Así, la sucesión tras la muerte de Ciro en combate en el año 530 se desarrolló sin contratiempos y, como un adulto bien preparado, Cambises hizo valer su poder inmediatamente.

Documento 16.1. LA INSCRIPCIÓN DE DARÍO EN BEHISTÚN

Esta inscripción, inscrita en tres idiomas (persa antiguo, elamita y acadio)

en el farallón de Behistún, en los montes Zagros, en el camino de Babilonia a Ecbatana, es el texto persa antiguo conservado más largo y el único que comenta acontecimientos específicos. Parece que la versión elamita fue inscrita primero y que la persa antigua fue añadida más tarde. El texto explica cómo Darío llegó a ser rey de Persia y justifica su toma del trono como un retorno de la realeza a la legítima dinastía aqueménida. Las batallas que relata contra muchos rivales en diferentes partes del imperio muestran lo confusa que fue la situación después de la muerte de Cambises. Hay divergencias entre las tres versiones del texto y la presente traducción de extractos se basa en la versión babilónica. Siempre que el texto persa antiguo se refiere al dios Ahuramazda, el texto babilónico utiliza Bel-Marduk.

Yo soy Darío el rey, el hijo de Histospe, el aqueménida, el rey de reyes, el persa, el rey de Persia…

Así dice Darío, el rey: éstos son los países que me escuchan: bajo la protección del dios Ahuramazda, soy su rey: Persia, Elam, Babilonia, Asiria, Arabia, Egipto, el País del Mar, Sardis, Jonia, Media, Urartu, Capadocia, Partía, Drangiana, Aria, Corasmia, Bac-

tria, Sogdiana, Gandara, Escitia, Satagidia, Aracosia y Maka, en total veintitrés países...

Así dice Darío, el rey: esto es lo que he hecho en un año bajo la protección del dios Ahuramazda. Después de convertirme en rey, he luchado diecinueve batallas en un año, y bajo la protección de Ahuramazda las he ganado. He capturado nueve reyes: el mago llamado Gaumata, que mintió diciendo: «Yo soy Bardiya, hijo de Ciro, rey de Persia» y que hizo que las tierras de Persia y Media se rebelaran; un elamita llamado Atrina, que mintió diciendo: «Yo soy el rey de Elam» y que causó que Elam se rebelara; un babilonio llamado Nidintu-Bel, que mintió diciendo: «Yo soy Nabucodonosor, hijo de Nabucodonosor, rey de Babilonia» y que hizo que Babilonia se rebelara; un persa llamado Martiya, que mintió diciendo: «Yo soy Immanieshu, el rey de Elam» y que causó que los elamitas se rebelaran; un meda llamado Parmartish, quien mintió diciendo: «Soy Hashatritu, descendiente de Umakishtar» y que causó que los medos se rebelaran; un sagartiano llamado Shitirantahmu, quien mintió diciendo: «Soy el rey de los sagartianos, descendiente de Umakishtar» y que

causó que los sagartianos se rebelaran; un margiano llamado Parada, quien mintió diciendo: «Yo soy el rey de Margiana» e hizo que Margia se rebelara; un persa llamado Umizdatu, que mintió diciendo: «Yo soy el hijo de Ciro, rey de Persia» y que causó que Persia se rebelara; un urartiano llamado Arahu, que mintió diciendo: «Yo soy Nabucodonosor, hijo de Nabónido» y que hizo que Babilonia se rebelara.

Traducción según Malbran-Labat, 1994: 93-103.

Cambises no tomó precauciones similares, sin embargo, y además pasó los últimos cinco años de su reinado en Egipto, lejos del centro del imperio. Preparó el escenario para una gran lucha de poder, cuyos detalles se tienen que extraer de la descripción obviamente sesgada del vencedor final, Darío. Podemos concluir con seguridad que no fue un sucesor legítimo del trono y que se esforzó mucho por justificar su ascenso, encargando un largo relato apologético de ello. La versión más famosa hoy fue inscrita en tres idiomas (persa antiguo, elamita y acadio) en la fachada de la roca de Behistún, en el valle principal de los montes Zagros, que conecta Babilonia con Irán (documento 16.1 y figura 16.1). El texto también fue traducido a varios idiomas para ser distribuido por todo el imperio: conocemos una versión monumental de Babilonia, escrita en una forma local de acadio diferente de la que se usaba en Behistún, y una versión aramea del sur de Egipto escrita en papiro. Probablemente Heródoto utilizó una de estas traducciones como base para la historia

que contó en sus *Historias*. Tenemos, por lo tanto, una narración muy detallada de los acontecimientos, pero necesitamos una lectura cuidadosa para desentrañar lo que realmente sucedió.

Figura 16.1. Detalle del relieve de Behistún. Tallado en lo alto de un acantilado en los montes Zagros, el relieve muestra al victorioso rey Darío con su pie izquierdo encima del «falso Bardiya», que yace en el suelo, y frente a nueve hombres atados, que son identificados en los epígrafes como reyes rebeldes. El último rey con el sombrero puntiagudo, por ejemplo, es el escita Skunxa. Encima de la fila de cautivos flota la figura del dios Ahuramazda. Debajo y a cada lado del relieve están inscritas las tres versiones del texto.
Créditos: akg images/De Agostini Picture Library/W. Buss.

Cambises parece no haber tenido heredero y cuando se quedó en Egipto después de su conquista, su hermano menor Bardiya pretendió el trono en su territorio. Cambises regresó rápido, pero, según Heródoto, murió en el camino. Bardiya abolió las tasas y los impuestos militares durante tres años con el fin de obtener apoyo popular, pero no logró poner a la élite persa de su lado. Lo mataron y uno de ellos, Darío, se apoderó del trono. No tenía ningún derecho legítimo sobre él e inventó un cuento elaborado para explicar lo que había pasado. Cambises había matado a Bardiya antes de ir a Egipto sin que nadie lo supiera y durante su larga

ausencia un sacerdote llamado Gaumata incitó a la rebelión alegando ser el hijo de Ciro. Debido a que Darío sabía la verdad, mató al falso Bardiya y restauró el orden. Puesto que ni Cambises ni Bardiya tenían un hijo, Darío reclamó el trono y explicó por qué podía hacerlo legítimamente. El dios Ahuramazda le había otorgado la realeza, pero lo más importante es que su linaje le daba el derecho. La inscripción de Behistún comienza con la genealogía de Darío, rastreando su ascendencia hasta Aquemenes, padre de Teispes. Estipula Darío: «Ocho de nuestra familia fueron reyes antes; yo soy el noveno; nueve reyes somos los siguientes[61]». Ignoró la línea dinástica de sus predecesores Ciro y Cambises, que afirmaban ser descendientes de Teispes, y la reemplazó por la de sus propios antepasados, todos ellos descendientes del padre de Teispes, Aquemenes. A partir de entonces, la dinastía persa continuó con esa afirmación, por lo que a menudo se la llama aqueménida. Aunque Darío no estaba directamente relacionado con Ciro, era parte de la dinastía original. Era muy importante que hubiera una sucesión adecuada de reyes y después cada nuevo rey enterraba a su predecesor con todos los honores para mostrar una correcta continuación del poder. Incluso Alejandro de Macedonia lo hizo cuando se hizo cargo del Imperio persa. Cuando el cuerpo muerto del último emperador, Darío III, le fue entregado, lo envió a Persépolis para un entierro real cerca de sus antepasados.

Las luchas dinásticas después de la muerte de Cambises tuvieron consecuencias muy serias para el imperio en el hecho de que muchos países se rebelaron, incluyendo aquéllos en su núcleo: Persia, Media y Elam. Darío dedicó la mayor parte de su inscripción a detallar cómo superó estos problemas. En todo el imperio los rebeldes se proclamaron des-

cendientes del último gobernante independiente de sus estados: en Persia un general se proclamó Bardiya, en Media Fravartish dijo que era descendiente de Umakishtar, el medo que había derrotado a Asiria. En Babilonia, dos hombres sucesivamente se llamaron a sí mismos Nabucodonosor, hijo de Nabónido, y reclamaron la realeza. Darío dijo que los hombres locales eran mentirosos y no de sangre real, ya que él mismo era el heredero legítimo de estos tronos. Las insurrecciones duraron varios años, desde el 522 al 519, y Darío y sus partidarios se vieron a menudo obligados a regresar a una región varias veces para hacer frente a repetidos levantamientos. Cuando estaban preocupados en un lugar, los habitantes de otros lugares reclamaba la independencia y está claro que algunos de los rebeldes tenían apoyo en varios países. Varios de ellos eran nobles persas y medos, y los problemas parecen haber sido una batalla gigantesca sobre el trono imperial. La tarea de Darío era hacerse aceptar como gobernante por todas las poblaciones y élites. Lo logró sólo después de una prolongada acción militar y el relieve en Behistún lo muestra como victorioso frente a más de diez reyes enemigos.

Estos problemas pudieron haber inspirado a Darío a consolidar la idea del imperio usando las herramientas descritas en el capítulo anterior. Desarrolló una escritura oficial para las proclamaciones reales (persa antiguo), construyó capitales en Persépolis y Susa, estableció una firme genealogía de los descendientes de reyes de Aquemenes, e instituyó cambios administrativos, de los que hablaremos más adelante. Darío fue quien convirtió el imperio en una estructura bien organizada.

Para asegurar que la realeza pasara de padre a hijo, los reyes posteriores generalmente nombraban a un heredero

en una ceremonia oficial, pero aun así surgieron las tensiones. Los autores griegos, como Ctesias, a quien le gustaba retratar a Persia como un estado decadente e intrigante, exageraron los problemas y sugirieron que los aspirantes exitosos trataban de ejecutar a todos los posibles rivales. Hay evidencias claras de varias luchas serias. Por ejemplo, cuando Artajerjes II sucedió a su padre en el 404, su hermano Ciro el Joven se rebeló y levantó un ejército de 10 000 mercenarios griegos, entre ellos, el autor Jenofonte. En el año 401 marcharon de Siria a Babilonia y se enfrentaron a las tropas de Artajerjes en Cunaxa, 80 kilómetros al norte de Babilonia. Ciro murió en la batalla, aunque los griegos supuestamente causaron pérdidas masivas al bando persa. Se ofrecieron a establecer otro rey persa, pero todos se negaron porque no eran de sangre real. La línea de Darío continuó así gobernando.

El último rey persa tampoco estaba en línea directa con el trono. Las fuentes griegas afirman que el eunuco Bogoas asesinó a Artajerjes III en el año 338 y que dos años después asesinó a su hijo y sucesor, Artajerjes IV, y luego elevó al poder a un primo de Artajerjes III, Darío III Codomano, antes de deshacerse de él poco después. Esto es probablemente una invención, ya que las evidencias babilónicas sugieren lo contrario, pero Darío III en realidad no fue el heredero elegido. Sufrió la invasión del imperio por Alejandro y, de nuevo según fuentes griegas, se dice que murió en una conspiración de sus propios nobles. Uno de ellos, Bessus, gobernador de Bactria, se declaró rey Artajerjes IV, y Alejandro pudo presentarse ahora como el vengador del rey traicionado y su legítimo sucesor. Sin embargo, para entonces, el Imperio persa había terminado.

16.2. LA ADMINISTRACIÓN DE UN IMPERIO

Heródoto nos dice que Darío organizó el imperio en veinte provincias, a las que dio la etiqueta de «satrapías», un término que todavía utilizamos hoy. La palabra no tiene origen persa, sino que se basaba en la versión griega del término persa antiguo para «protector del reino», un título que ahora vemos como el de gobernador y que se traduce como sátrapa. Heródoto probablemente sólo conocía el sistema administrativo, ya que se había desarrollado a lo largo de varios reinados. Es probable, sin embargo, que Darío tratara de disminuir la autonomía de las élites regionales después de las rebeliones al comienzo de su reinado, imponiendo una estructura de gobierno más centralizada. Los límites de las satrapías coincidían más o menos con las entidades prepersas, pero podían ser redibujadas si el rey así lo deseaba. Jerjes, por ejemplo, dividió la gigantesca provincia de Babilonia en dos e hizo que el área al oeste del Éufrates se convirtiera en un «Más allá del río» separado, con su capital probablemente en Damasco. También redujo el tamaño de Lidia. En el siglo IV, Caria y Licia se combinaron en una sola satrapía.

Los sátrapas eran casi siempre persas o iraníes y eran nombrados por períodos de tiempo indefinidos. Su lealtad tenía que ser absoluta y el rey se mantenía informado a través de agentes de los tribunales locales a quienes los griegos llamaban sus «Ojos y Oídos», y a quienes consideraban una especie de servicio de inteligencia. También colocó guarniciones militares que mantendrían a sus representantes locales a raya en lugares estratégicos. Aunque no ha sobrevivido ninguna correspondencia entre la corte imperial y los sátrapas, hay indicaciones claras en varias fuentes de que los contactos por escrito fueron intensos y el rey debió de haber recibido peticiones constantes. Uno de los mayores

logros del imperio fue su sistema de caminos reales con casas de descanso a intervalos regulares, donde se daba preferencia a los emisarios del rey. El camino más famoso era el de Sardis a Susa, una distancia de unos dos mil quinientos kilómetros, que un hombre podía recorrer en noventa días, según Heródoto. Otras carreteras conectaban Asia central y Egipto con el corazón de Persia. Los viajeros llevaban pasaportes que ordenaban a los funcionarios locales proporcionarles alimentos y forraje para sus caballos.

El sistema satrapal era muy flexible y los persas a menudo adaptaban las situaciones preexistentes para ajustarse mejor a sus propósitos. Ciertas regiones eran muy difíciles de controlar con un ejército regular, por lo que el emperador hizo arreglos con sus habitantes a través de los cuales les daba privilegios a cambio de lealtad. Ése fue el caso, por ejemplo, de la población de los montes Zagros y de los árabes palestinos, cuyos líderes recibieron recompensas financieras por reconocer la supremacía persa. En otros lugares, las dinastías locales se convirtieron en sátrapas del rey persa. En Caria, en la costa suroeste de Anatolia, una dinastía indígena todavía gobernaba en el siglo IV, más de ciento cincuenta años después de que la zona se hubiera incorporado al imperio. Su miembro más famoso fue Mausolo (377-353), quien reconoció en sus inscripciones que era un sátrapa, aunque se comportó en muchos aspectos como un rey. Trasladó su capital a Halicarnaso, en la costa, donde creó una corte con muchos monumentos majestuosos cuya arquitectura y estilo fusionaron las influencias griega, anatolia y persa. Su tumba —el Mausoleo de Halicarnaso— fue una de las siete maravillas del mundo antiguo. Las fuentes griegas afirman que se unió a una rebelión contra Persia, pero no hay pruebas de ello. Por el contrario, promovió los

intereses persas actuando contra los rebeldes vecinos y fomentando la lucha entre Atenas y sus aliados. Obtuvo gran riqueza e influencia territorial, probablemente beneficiándose de su asociación con el imperio.

Figura 16.2. Fachada de una tumba real, probablemente de Jerjes, en Naqsh-i-Rustam. Las fachadas de las tumbas rocosas de los reyes persas mostraban al emperador adorando al dios Ahuramazda mientras estaba de pie en lo alto de una plataforma sostenida por figuras que representaban a los diversos pueblos del imperio. Aquí se muestran treinta hombres, cada uno con características físicas específicas y vestimenta local. La identificación de la tumba no es segura, pero como imita de cerca a la de Darío, los especialistas asumen que pertenecía a su hijo Jerjes.
Créditos: The Art Archive/Collection Dagli Orti.

Persia mantuvo un enfoque pragmático en sus relaciones diplomáticas también más allá de sus fronteras. Como vimos, tenía un tratado con Atenas antes de las guerras Médicas, que consideró roto por los atenienses cuando apoyaron

la revuelta jónica. Antes de que Jerjes invadiera Grecia, ofreció a las ciudades-estado la opción de someterse, lo que hicieron varias de ellas. Además, después de que los persas se retiraran de Europa, mantuvieron una fuerte influencia diplomática. Se refugiaron fácilmente en los políticos griegos que habían caído en desgracia en su país, como Alcibíades de Atenas, por ejemplo. Al final de la existencia del imperio hay evidencias de tratados de amistad y alianza entre Persia y Macedonia, y de griegos, como Demóstenes, que buscaron la ayuda persa para evitar una toma del poder por parte de Macedonia. Las misiones diplomáticas iban y venían. En otras fronteras los persas también llegaron a acuerdos con sus vecinos, como indican las evidencias arqueológicas. Tumbas escitas tan lejanas como el macizo de Altai, cerca de China, contenían alfombras que se elaboraban en Persia y fueron donadas como regalos diplomáticos, y las dinastías locales de Georgia y Armenia imitaron los palacios persas en sus residencias, lo que demuestra los contactos entre el imperio y estas regiones.

Con esta actitud flexible no es de extrañar que los territorios y los pueblos incluidos en el imperio fueran variables. No existe un inventario directo de los súbditos de Persia, sólo un conjunto de listas que enumeran a los pueblos bajo el control del rey — regularmente son representados como soporte de su trono (figura 16.2)—. Desde el reinado de Darío hay por lo menos cinco de estas listas y también se registró quién contribuyó a la construcción de su palacio en Susa (ver capítulo 15). Este último texto incluía dieciséis pueblos, mientras que los enumerados en las listas oscilan entre veintitrés y veintinueve. Una lista de la época de Jerjes da treinta y un nombres. Las regiones centrales permanecen constantes —Persia, Media, Elam, Babilonia, etc.—,

pero las de la periferia varían: Libia, Etiopía (es decir, Nubia) y Caria, por ejemplo, no siempre aparecen. Además, la procesión de tributarios de Persépolis presenta esta idea: veintitrés grupos de delegados están representados cada uno con su traje nacional, y trayendo animales y regalos típicos de su patria. Ningún texto acompaña a las imágenes, y las identificaciones modernas se basan en la naturaleza de su vestimenta y sus dones y en los paralelismos con las imágenes de los portadores del trono. Se trata de visiones idealizadas y no de indicadores ciertos de control administrativo.

Lo más cerca que estamos de un relato sistemático de las provincias del imperio es una lista que Heródoto proporciona como resultado de las reformas de Darío. Identifica veinte provincias, cada una de las cuales tuvo que pagar tributo en cantidades de plata, a veces con regalos adicionales en la forma de una especialidad local: por ejemplo, 360 caballos blancos de Cilicia, uno por cada día del año. Heródoto afirma que los indios eran los más numerosos y tenían que pagar el tributo más alto, excepcionalmente en polvo de oro. La cantidad total recaudada de todo el imperio fue de 14 560 talentos de plata, es decir, 376 522 kilogramos. Además, Heródoto escribe que otras personas proporcionaban regalos; por ejemplo, los etíopes dieron oro, ébano, colmillos de elefante y niños, mientras los árabes dieron incienso (documento 16.2). Ciertamente hay errores en el relato de Heródoto —Persia no estaba exenta de impuestos como él decía, por ejemplo—, pero es difícil dudar de que el imperio extrajera una enorme riqueza de sus súbditos. También recaudaba impuestos de los barcos que fondeaban en sus puertos y del comercio fluvial, y las ventas de esclavos y probablemente de otras mercancías conllevaban un impuesto. Un ac-

tivo importante era su control sobre el agua de riego, que era esencial para la mayoría de los agricultores de sus territorios. Los registros de Babilonia muestran que la población tenía que pagar por ello. Heródoto (Libro III, 117) afirma que el rey persa impidió que los afluentes llegaran a un río en Asia central y sólo abrió las puertas después de haber recibido grandes pagos de los agricultores. Esto era un relato popular, pero sugiere cómo regulaba este recurso.

Documento 16.2. TASAS DE LAS PROVINCIAS PERSAS SEGÚN HERÓDOTO

El Imperio persa ciertamente tuvo que subir los impuestos para poder funcionar y aunque las cantidades extraídas debieron de haber sido enormes, ninguno de los documentos que se conservan de él nos da detalles. Sólo el historiador griego Heródoto proporciona una lista completa, que, como él afirma, refleja la situación de cómo Darío la creó cuando reorganizó el imperio en veinte satrapías. Incluso a pesar de que ciertos elementos son claramente erróneos, la lista da una idea de la extensión del imperio y sus numerosos dominios. Lo que sigue son extractos del Libro III de las Historias *de Heródoto.*

(89) Habiendo hecho estas cosas en Persia, Darío estableció veinte provincias, que ellos llaman satrapías. Estableció las provincias y nombró gobernadores, y fijó el tributo que debían

pagar de acuerdo con los pueblos. Incluía con cada pueblo a los que vivían cerca, y a los que vivían lejos, asignaba a uno u otro grupo. (...)

(90) De los jonios, los magnesios de Asia, los eolios, los carios, los licios, los de Milyas y los pánfilos (que pagaron su tributo como uno solo), llegaron 400 talentos de plata. Éste fue el primer distrito. (...)

(91) Desde la ciudad de Posideo, fundada por Anfileo, hijo de Anfiareo, en la frontera entre los cilicios y los sirios, hasta Egipto, con excepción de los árabes (que no estaban sujetos a impuestos), el tributo fue de 350 talentos. En este distrito estaba toda Fenicia, la llamada Siria Palestina y Chipre - el quinto distrito. (...)

(92) De Babilonia y del resto de Asiria salieron 1000 talentos de plata y 500 muchachos para la castración, siendo éste el noveno distrito. (...)

(94) El número de indios es mayor que el de cualquier otro pueblo que conocemos y ellos trajeron más tributos que los otros - 360 talentos de oro en polvo; éste es el distrito veinte.

(95) Convirtiendo la plata babilónica en talentos eubeos, se llega a 9880 talentos; considerando el oro como trece veces más valioso que la plata, el

polvo de oro vale 4680 talentos eubeos. Sumando todo esto, el total de tributos anuales en talentos eubeos para Darío fue de 14 560. Omito las partes menores a un talento.

(97) Éstas eran las provincias y la fijación de las tasas de tributación. Persis es la única región que no he enumerado como tributaria, porque los persas tenían la tierra libre de impuestos. Los siguientes no pagan un tributo fijo, sino que traen regalos: los etíopes junto a Egipto, sometidos por Cambises cuando hizo campaña contra los etíopes de larga vida (...) Estos dos juntos reúnen cada dos años (y todavía lo hacían en mi época) cuatro libras de oro sin refinar, doscientos troncos de ébano, cinco niños etíopes y veinte grandes colmillos de elefante. (...) Los árabes traían mil talentos de incienso cada año. Éstos eran los regalos que traían al rey por encima del tributo.

Traducción según Kuhrt, 2007a: 673-675.

16.3. LAS FORMAS LOCALES DE LA ADMINISTRACIÓN PERSA

No es de extrañar que el impacto concreto del imperio en sus muchos territorios variara enormemente. Incorporó tierras con ambientes muy diferentes y las prácticas que existían antes del imperio continuaron desempeñando un gran

papel bajo el dominio persa. Todas las provincias y las regiones dentro de ellas tenían sus peculiaridades y se pueden analizar por separado. La naturaleza de las evidencias varía mucho: en algunos lugares hay abundantes datos textuales (por ejemplo, Babilonia y Egipto), mientras que en otros la arqueología proporciona la mayor parte de la información (especialmente en las satrapías orientales). Nos concentraremos aquí en tres regiones del Próximo Oriente que eran parte del imperio en las que la documentación es relativamente rica y es posible reconstruir al menos algunas de las prácticas administrativas y económicas en detalle: Persia, el centro político del imperio; Babilonia, con sus conocidas tradiciones milenarias; y Judá como subdivisión de la satrapía «Más allá del río». La documentación de cada una de ellas se centra en un conjunto limitado de actividades que rara vez se superponen, por lo que es difícil determinar si las prácticas que se han atestiguado eran puramente regionales o si se utilizaban también en otros lugares.

Persia era el corazón del imperio y la patria de su dinastía y de la élite política. Como vimos, la mayoría de las más altas funciones en el gobierno y el ejército estaban en manos de los persas, que debían de haber mantenido contactos con la región, aunque estuvieran destacados muy lejos. Esta parte del suroeste de Irán era montañosa y tenía exuberantes valles y llanuras, y cuando los persas emigraron hacia ella a principios del primer milenio, al parecer la encontraron prácticamente deshabitada. Al principio no se convirtieron en agricultores sedentarios, sino que vivieron como pastores, moviéndose estacionalmente y dejando pocos restos arqueológicos. Eso cambió drásticamente cuando los reyes Ciro y Darío construyeron capitales en Pasargada y Persépolis, ambas grandes ciudades con edificios monumenta-

les y áreas residenciales sustanciales. Sin embargo, el desarrollo no se detuvo allí. La iniciativa del estado convirtió la tierra de Persia en una exuberante campiña con una gran población sedentaria y ricas fincas agrícolas. Eran para el beneficio de los nobles persas e incluían campos, huertos, jardines y terrenos de caza. Eran *paradeisoi* a los ojos de los griegos, trabajados por agricultores locales e importados, silvicultores y otros trabajadores, y el estado promovió activamente su desarrollo. Excavó y mantuvo canales de irrigación y proporcionó, por ejemplo, semillas de árboles frutales para plantar. Un registro de Persépolis da cuenta de 6166 árboles en cinco fincas cercanas, principalmente manzanas, perales y un árbol frutal no identificado. Estas fincas eran la envidia de los viajeros griegos.

Sabemos cómo gestionaba el estado la región a partir de dos archivos excavados en Persépolis: uno de los cerca de cien registros fue encontrado en el tesoro, y el otro, de tamaño masivo, en las fortificaciones. El número exacto de documentos conservados es incierto. Las estimaciones oscilan entre 15 000 y 18 000. Todas ellas son tablillas de arcilla inscritas principalmente con textos elamitas en cuneiforme. Un gran número tiene notas arameas impresas en la arcilla o escritas en tinta, y también se atestiguan otros idiomas: una tablilla en griego, frigio y persa antiguo, y dos en babilonio. También hay varios centenares de tablillas sin escritura pero con entre uno a cuatro sellos impresos en ellas, que debieron de haber servido como una especie de recibo. Aunque los números conservados son grandes, los archivos reales de Persépolis debieron de ser mucho mayores. El Archivo de las Fortificaciones, tal y como lo conocemos, sólo abarca los años del 509 al 494 y la mitad de él procede de los años 500 y 499. Los textos del Tesoro son del 490 al 459, dos

tercios de ellos del año 466 solamente. Sectores enteros de la economía, como la producción textil, no están documentados en ellos. Por lo tanto, deben haber existido grandes cantidades de otras tablillas de arcilla, así como numerosos pergaminos y papiros.

Al igual que en los anteriores estados del Próximo Oriente, como en la Dinastía de Ur III, la contabilidad era extremadamente detallada e incluía pequeñas transacciones individuales, así como resúmenes anuales exhaustivos. El ámbito de las tablillas de la Fortificación era casi exclusivamente local y se ocupaba de la recolección y distribución de productos agrícolas: cereales, frutas, vino, cerveza, ganado mayor y menor, y aves de corral. El hecho de que el estado considerara esto importante se desprende claramente de que el tío de Darío estuviera al cargo entre 506 y 497. El estado usaba un tipo de sistema de racionamiento y muchas tablillas registran la distribución de alimentos a los trabajadores de todos los niveles, así como a los mensajeros reales. El Archivo de las Fortificaciones contenía muchas tablillas escritas en centros regionales y enviadas a Persépolis. Las tablillas del Tesoro se ocupaban de los materiales preciosos e incluían autorizaciones para el pago de la plata a los artesanos, incluidos los extranjeros de Egipto, Babilonia, Bactria, Jonia, etc. Tanto las evidencias arqueológicas como las textuales muestran así que el imperio tuvo un impacto radical en su núcleo. Utilizando una administración centralizada que tomaba prestadas prácticas elamitas anteriores, convirtió una región de pastores en un distrito próspero con fincas agrícolas que alimentaban a los habitantes de aldeas, pueblos y ciudades pequeñas y grandes.

Las condiciones en Babilonia eran muy diferentes de las de Persia antes del imperio. La región había conocido la paz

y el desarrollo económico durante casi un siglo bajo el dominio neobabilónico, y los habitantes de sus grandes y antiguas ciudades satisfacían sus necesidades en las cercanas y ricas zonas agrícolas. Además, Babilonia tenía prácticas burocráticas ancestrales y se conserva un gran número de tablillas cuneiformes del período neobabilónico. Cuando Ciro se anexionó la región, se hizo cargo de una economía bien organizada y floreciente, y no vemos ninguna ruptura en la administración hasta cincuenta y cinco años después. Sin embargo, el imperio intervino y confiscó grandes extensiones de tierra para sus propios fines. Concedió parte de ella como fincas a sus nobles, no sólo a los funcionarios estacionados en la región, sino también a muchos activos en otros lugares. Arshama, el sátrapa de Egipto a finales del siglo V, por ejemplo, tenía varias propiedades en Babilonia, al igual que la reina Parisátide. Por lo tanto, eran propietarios ausentes.

Sin embargo, la corona extendió el uso de la tierra mucho más allá de la nobleza. Numerosos hombres recibieron el derecho a los campos y, a cambio, tuvieron que prestar servicios al estado, especialmente en el ejército. Estos campos se agrupaban en corporaciones definidas en su mayoría por lo que sus titulares hacían por el estado, y un funcionario real supervisaba cada una de estas unidades. Había arcos para los arqueros, carros para las cuadrigas, caballerizas para la caballería y también unidades para los artesanos, y ocupaciones agrícolas y administrativas. Algunas llevan el nombre de las instituciones a las que estaban adscritas las personas o de su patria de origen. Los propietarios podían dividir la tierra entre los herederos, hacerla parte de una dote, o usarla como garantía para préstamos, pero no podían venderla. Sólo tenían derecho a su uso y muchos de ellos no

trabajaban los campos en persona, sino que contrataban a agricultores aparceros para que lo hicieran.

La organización de todo esto era compleja y, a diferencia de lo que ocurría en Persia, donde la corona llevaba la cuenta de todo, en Babilonia era el trabajo de negociantes privados, a menudo activos en empresas familiares. Una de estas familias se llamaba Murashu y su archivo de unas 700 tablillas que databan del 440 al 416 fue excavado en Nippur (figura 16.3). La familia Murashu manejaba las haciendas, tanto de hombres prominentes como Arshama, como de pequeños terratenientes. Encontraron agricultores, recaudaron cuotas, otorgaron préstamos cuando los necesitaban y convirtieron los productos agrícolas en plata. En muchos sentidos actuaron como los emprendedores de los tiempos paleobabilónicos (ver capítulo 5). Debido a que también proporcionaban créditos, los agricultores estaban en deuda con ellos regularmente y, a diferencia de sus predecesores paleobabilónicos, los reyes persas pudieron no haber abolido estas deudas. Sin embargo, los eruditos discuten el asunto, ya que Heródoto dice que Bardiya sí que lo hizo para ganar el apoyo popular para su aspiración al trono al final del reinado de Cambises. Algunos creen que esto era pura retórica, mientras que otros piensan que la condonación de la deuda no fue un hecho inusual en la era persa. En cualquier caso, los negociantes privados fueron cruciales para la gestión de la economía babilónica y, en su mayoría, prosperaron como resultado de ello.

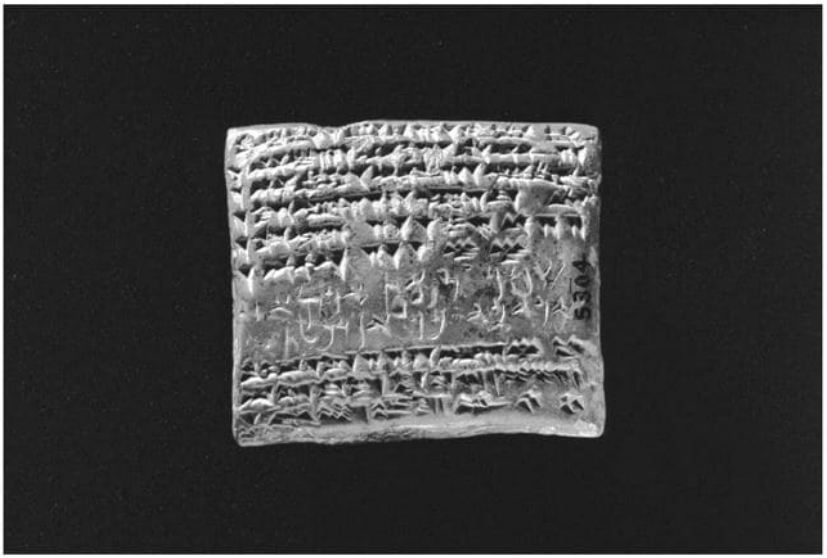


Figura 16.3. Tablilla del archivo de Murashu. Las habilidades de los escribas babilónicos continuaron sin disminuir en la era persa. Esta tablilla fechada en el año treinta y nueve del rey Artajerjes forma parte del archivo de la familia Murashu y contiene un texto cuneiforme cuidadosamente escrito, así como una breve nota en arameo escrita en una zona dejada en blanco por el escriba del cuneiforme. Arcilla, 6.3 × 7.5 × 2.6 cm, de Nippur.
Créditos: cortesía del Penn Museum, número de imagen B5304.

El archivo de Murashu data de la segunda mitad del siglo V y muestra a una familia de babilonios trabajando mano a mano con los persas. Sin embargo, la cooperación no siempre fue tan fluida. Aunque los persas habían adoptado las prácticas y los administradores babilónicos al principio del imperio, tenían que hacer valer su autoridad y romper el poder de las familias establecidas desde hacía mucho tiempo. En el segundo año del reinado de Jerjes (484) se produjo una grave crisis: en ese verano, dos hombres babilonios iniciaron rebeliones en diferentes partes del norte de Babilonia. Bel-shimanni y Shamash-eriba ganaron apoyo en varias ciudades donde los escribas los llamaron «rey de Babilonia» en las fórmulas de fechas de las tablillas que escribieron. El primer rebelde sobrevivió tal vez sólo dos semanas, el segundo tres meses, y terminaron peleándose entre sí o

uniendo sus fuerzas antes de que Jerjes los aplastara. En ese momento un gran número de archivos de las ciudades del norte de Babilonia dejaron de funcionar, lo que indica que las familias a las que pertenecían perdieron su poder económico. Todas eran familias antiguas que tenían fuertes lazos con los templos y obtenían ingresos de ellos, excepto la familia Egibi mencionada anteriormente, que estaba estrechamente relacionada con el gobernador provincial de Babilonia, un cargo que desapareció en esa época. Sin embargo, algunas familias del norte de Babilonia continuaron con sus negocios, al igual que las del sur. Los supervivientes en el norte eran relativamente recién llegados que se habían beneficiado de los persas sirviéndoles como gerentes de la misma manera que lo harían los murashu más tarde. Ellos y las familias del sur no se habían unido a la rebelión, pero Jerjes arruinó a los que lo habían hecho. La revuelta probablemente produjo un control persa más firme que antes sobre Babilonia y que duró ininterrumpidamente hasta la victoria de Alejandro en Gaugamela en el 331.

Posiblemente como reacción a la rebelión, Jerjes dividió la satrapía de Babilonia en dos, convirtiendo el área desde el Éufrates hasta la frontera egipcia en la nueva provincia «Más allá del río». Éste era todavía un vasto territorio que incluía muchas entidades políticas y condiciones económicas diferentes: zonas agrícolas sirias, puertos fenicios para el comercio marítimo, países montañosos y zonas desérticas. Dentro de esta mezcla estaba la tierra de Judá alrededor de la ciudad de Jerusalén, que Nabucodonosor II había saqueado en el 587 y cuya población había deportado a Babilonia. Como vimos, una de las razones de la reputación de Ciro como libertador fue el permiso que dio a los judíos para volver a casa y reconstruir su templo. Para reconstruir la

historia de Judá nos basamos en fuentes muy heterogéneas que están desigualmente distribuidas en el tiempo. Incluyen dos libros bíblicos breves, Esdras y Nehemías, así como breves relatos administrativos escritos con tinta en restos cerámicos —les damos el nombre griego de ostraca— en su mayoría en arameo. Los sellos con inscripciones cortas impresas en los mangos de las vasijas y las monedas también dan una idea de las prácticas administrativas. La arqueología de la región también proporciona información importante.

Judá era una pequeña área localizada en las tierras altas y rodeada por otras subdivisiones administrativas de la satrapía. Al oeste, la costa mediterránea era de gran importancia para los persas debido a sus puertos, y a los líderes fenicios se les había dado autoridad sobre toda la zona. Los puertos daban acceso al comercio exterior y eran cruciales para las acciones militares de Persia en Grecia, las islas del Mediterráneo y Egipto. Sin embargo, las zonas interiores eran de mucho menos interés para los persas, porque los activos económicos eran limitados y la tierra había sido descuidada en la época neobabilónica. La provincia de Samaría, que los asirios habían subyugado en un pasado lejano, aún tenía una población considerable y su capital, Samaría, era una ciudad fortificada. Judá, por otra parte, sólo tenía una pequeña población y su capital, Jerusalén, había sido saqueada a principios del siglo VI. La Biblia sugiere que tres oleadas de exiliados regresaron a Judá desde Babilonia: una inmediatamente después de que Ciro creara el imperio, la segunda a principios del reinado de Darío, y la tercera a mediados del siglo V cuando Esdras y Nehemías dirigieron la comunidad y volvieron a convertir a Jerusalén en una gran ciudad. La arqueología demuestra que esto no es cierto. La población de Judá permaneció limitada, con exiliados que regresaron

como familias individuales, y Jerusalén siguió siendo pequeña incluso cuando sus muros fueron reconstruidos alrededor del 445. No hay tumbas ricas ni otros hallazgos que muestren una gran riqueza, y la mayoría de la gente vivía en aldeas y granjas. Políticamente, Judá pudo haber estado bajo la autoridad del gobernador de Samaria hasta mediados del siglo V y sólo con la misión de Nehemías se convirtió en la capital. Según el libro bíblico de Nehemías, era un cortesano persa de Susa que pidió permiso al rey Artajerjes para reconstruir la ciudad, aún en ruinas, y como gobernador impuso un estricto cumplimiento de la ley judía. La centralización del poder en Jerusalén pudo haber sido un método para fortalecer los lazos entre la comunidad y la jerarquía del Templo.

Existen pocas pruebas concretas de prácticas administrativas hasta el siglo IV, cuando hubo un número significativo de ostraca, algunos de Judá, pero principalmente de la región inmediatamente hacia el sur. Un gran grupo publicado como los ostraca de Idumea y de procedencia desconocida, tal como aparecieron en el mercado de antigüedades, contiene los registros detallados de los pagos, principalmente en cereales, y de la contratación de jornaleros. No hay pruebas de que el Gobierno exigiera tal contabilidad, pero es posible que el hecho de que Egipto fuera independiente en ese momento necesitara un control más firme del imperio sobre esta región. La arqueología muestra que entonces los persas fortificaron la región al sur de Judá.

Algunos de los relatos mencionan los nombres de los gobernadores de Judá y de los sumos sacerdotes de Jerusalén. El hecho de que los judíos de todo el imperio sintieran una relación especial con estas autoridades queda claro en una serie de papiros excavados en Elefantina, en la frontera sur

de Egipto. Allí había habido una colonia de mercenarios judíos desde antes de la conquista persa y sus miembros dejaron tras de sí una rica colección de cartas, contratos, relatos e incluso textos literarios (como la historia de Ahiqar; véase el capítulo 10), escritos sobre papiros en lengua aramea. Un pequeño grupo de ellos documenta una pelea entre esta comunidad y sus vecinos egipcios, que se prolongó durante al menos tres años. Lo más informativo es una larga carta de los sacerdotes de Elefantina a un gobernador de Judá llamado Bagohi. Éste es un nombre persa, pero lo más probable es que fuera judío. Los escritores recuerdan que tres años antes, en el verano del 410, los sacerdotes del dios egipcio Khnum con el apoyo del funcionario persa local habían destruido el templo de Yahvé. Lo hicieron cuando el sátrapa persa Arshama, conocido por nosotros de otra manera por su correspondencia, estaba fuera de la región. Éste, según ellos, era un antiguo santuario que Cambises había respetado cuando conquistó Egipto. Su existencia parece haber sido contraria a la ley judía oficial, pero no era el único templo de este tipo en aquel entonces. Los sacerdotes elefantinos habían escrito antes al sumo sacerdote de Jerusalén y a los notables de Judá para pedir ayuda para su reconstrucción, pero nadie había respondido. Ahora imploraban a Bagohi que usara sus conexiones en Egipto y obtuviera ayuda para un nuevo templo, y terminaron la carta mencionando que también se habían puesto en contacto con los hijos de Sanballat, el gobernador de Samaría. Lo que sucedió exactamente no está claro. Muchos eruditos rechazan ahora la vieja idea de que los sacerdotes egipcios querían erradicar un culto extranjero e imaginan que la fuente de controversia era una disputa más mundana sobre la propiedad. El caso ilustra cómo las comunidades judías de fuera de Judá veían

a Jerusalén y a sus líderes políticos y religiosos como autoridades relevantes para ellos. Otros documentos en el expediente muestran que el sátrapa persa Arshama finalmente resolvió las cosas ordenando que se reconstruyera el Templo. De este modo, se vio involucrado en estos asuntos locales.

Recuadro 16.1. LA MONEDA EN EL IMPERIO PERSA

Una cuestión que los historiadores no han podido resolver es la importancia de la acuñación de monedas en el Imperio persa. Las monedas son pequeños discos portátiles de metal precioso, estampados con un cuño oficial que garantiza su valor, y alrededor de 650 personas de Lidia en el oeste de Anatolia habían comenzado a producirlas. Las primeras monedas fueron hechas de electro, una aleación natural de plata y oro disponible localmente. Algún tiempo después, otros acuñaron monedas de oro puro y plata: cada región o ciudad podía producir sus propias monedas con sellos distintivos. Facilitaron el comercio, ya que proporcionaron un medio de intercambio fácilmente transportable y garantizado. Cuando Ciro conquistó Anatolia, se encontró con el uso de monedas de oro y plata, pero parece que sólo bajo Darío los persas comenzaron a acuñarlas. Las fuentes griegas

se refieren al dárico de oro —nombrado muy probablemente en honor al rey Darío — y a los *sigloi* de plata, una palabra derivada del término semítico siclo (aunque no pesaban un siclo, mientras que sí que era el caso del dárico de oro). De la época persa se ha conservado un número considerable de monedas, pero es evidente que el imperio no las consideraba un instrumento de aplicación sistemática. La producción de monedas ciertamente no era una prerrogativa imperial. Se utilizaban muchos tipos diferentes: monedas reales, que a menudo parecen representar al rey como guerrero (figura 16.4), monedas emitidas por sátrapas y otros funcionarios, y monedas griegas, acuñadas en ciudades griegas bajo dominio persa o en ciudades independientes, como Atenas.

Todas las cecas se encontraban en la parte más occidental del imperio, que era también donde se usaban las monedas con mayor frecuencia. En regiones como Babilonia las monedas no funcionaban como medidas de valor y en Persépolis se contabilizaban por su peso.

Los textos griegos afirman que el salario de un mercenario no oficial era de un dárico al mes y el imperio pare-

ce haber pagado con monedas regularmente, pero nunca las convirtió en la forma de pago exclusiva o siquiera preferida. Las imágenes de las monedas reales sugieren que funcionaban como símbolos de poder, pero esto no condujo a la prohibición de que otros las emitieran.

Figura 16.4. Dárico de oro. La moneda imperial persa a menudo mostraba al rey como un guerrero, una imagen rara en los relieves oficiales que se centran en la paz. Solo el anverso de la moneda tiene una representación; el reverso contiene una marca. Esta moneda se acuñaba en Asia Menor, donde se encontraban todas las cecas regias. British Museum, Londres (CM 1919-05-16-16 [BMC Persia 60]). Finales del siglo V o comienzos del siglo IV. Diámetro 17 mm, grosor 9440 g.
Créditos: © The Trustees of the British Museum.

Los tres casos analizados aquí muestran que los persas adaptaron su administración a las circunstancias locales. En Persia, el nuevo régimen seguía todo de cerca; en Babilonia seguía utilizando intermediarios privados, pero también se aseguraba de hacer valer su autoridad, y quizás sólo tardíamente organizó una centralización del poder en Judá a través de funcionarios locales. Sin embargo, esta flexibilidad no es una señal de *laissez-faire*. Los persas estaban muy ansiosos por desarrollar el potencial económico de sus diver-

sos territorios y financiaron grandes obras de infraestructuras para ello. Construyeron sistemas de riego para permitir la agricultura en la meseta de Irán y en los oasis del desierto egipcio. La mera existencia del imperio debió haber facilitado el comercio, ya que el mundo desde el Nilo hasta el Indo estaba bajo un solo régimen político. Pero las obras públicas lo alentaron aún más. Darío cavó un canal desde el Nilo hasta el mar Rojo para hacer posible el envío de mercancías en grandes volúmenes desde Egipto a Persia. El imperio desarrolló los puertos en el Mediterráneo, lo que le dio acceso a los recursos del oeste, y también conectó toda la zona costera desde Anatolia hasta Egipto. Los barcos de Jonia y el Levante importaban aceite, vino, metales, madera, lana y otros productos a Egipto, por ejemplo, y exportaban natrón, un producto químico necesario para la fabricación de textiles, y otros productos egipcios a cambio. Claramente, el comercio exterior cruzaba las fronteras políticas. Los comerciantes griegos estaban activos en Egipto bajo el dominio persa y los comerciantes siro-palestinos viajaban por todo el Mediterráneo. En los territorios orientales el comercio marítimo también debió de haber existido a través del mar de Arabia y del Océano índico, pero las pruebas disponibles son extremadamente escasas.

Con el tiempo, el dominio persa comenzó a influir en las culturas locales y las costumbres persas se extendieron. Las monedas y sellos locales muestran motivos persas, mientras los altos funcionarios pudieron haber cambiado su vestimenta y hábitos para reflejar la práctica persa (recuadro 16.1). Aunque el respeto por las tradiciones locales era una característica persa, esto no impidió que la población local tratara de imitar los estilos imperiales. Vemos que los dos polos, el local y el central, interactuaron de varias maneras

el uno con el otro a través del imperio. No se erradicaron las tradiciones locales, religiosas o de otro tipo, sino que se respetaron. Por otro lado, la longevidad del control persa sobre la región tuvo sus efectos unificadores con el tiempo.

16.4. EL FINAL DEL IMPERIO

Después del 479, cuando Jerjes abandonó sus intentos de conquistar Grecia, disminuyeron las fuentes de la historia política de Persia. Aunque los escritos del médico griego Ctesias, que residió en la corte a principios del siglo IV, sólo han sobrevivido en breves extractos posteriores, han sido muy influyentes en las consideraciones modernas de la época. Ctesias puso gran énfasis en las intrigas, especialmente cuando se trataba de mujeres de la realeza, y creó una impresión de decadencia dentro de la corte de la que los historiadores han extrapolado a una visión de que todo el imperio estaba en apuros. El relato de Jenofonte sobre la sangrienta guerra de sucesión entre Artajerjes II y su hermano Ciro el Joven, que terminó con la muerte de este último en el año 401, parecía confirmar la imagen de que la inestabilidad caracterizó la historia de Persia desde el reinado de Jerjes hasta la conquista de Alejandro en la década del 330. Sin embargo, este punto de vista es ahora muy discutido (debate 16.1), y los especialistas subrayan, en cambio, los signos de continuidad en las prácticas gubernamentales hasta el final del imperio. Las todavía relativamente ricas evidencias de Babilonia muestran que la actividad cultural y académica continuó allí sin cesar y archivos como el de la familia Murashu ilustran cómo el estado trabajó con éxito junto con la población local para desarrollar la agricultura.

El imperio nunca fue completamente pacificado y hubo rebeliones, especialmente cuando moría un rey y su sucesor tenía que hacer valer su autoridad. Sin embargo, gran parte

de la inestabilidad que esto causó parece haber sido el resultado de las luchas entre las élites persas. La provincia más inquieta fue Egipto, que se rebeló repetidamente, por ejemplo, a finales del reinado de Darío (486). Posiblemente aprovechando la guerra entre Artajerjes II y Ciro el Joven tras la muerte de Darío II en el año 405, el país logró la secesión durante sesenta años (404-343). Curiosamente, la realeza de Egipto en ese período cambió de manos muchas más veces que en Persia (siete veces contra una vez), con varias familias compitiendo por ella, y no todos los egipcios parecen haber preferido las dinastías nativas a los persas. En el año 400 los habitantes de Elefantina aún reconocían a Artajerjes II como su rey. La riqueza de Egipto debió de haber permitido a los diversos contendientes adquirir servicios de mercenarios griegos y los reyes también los utilizaron para asaltar la costa siro-palestina, posiblemente para evitar una acumulación naval persa allí. Sin embargo, en el año 343 Artajerjes III logró recuperar el país, lo que demuestra que el imperio aún podía imponerse.

Tal vez la existencia del Imperio persa alentara a las poblaciones dentro sus fronteras a unirse en estados territoriales más centralizados, y al final de su historia los cimientos del Imperio maurya se desarrollaron en el norte de la India, mientras el reino de Macedonia unió a toda Grecia. Este último estado provocó la caída de Persia. En origen un pequeño reino alejado de los acontecimientos políticos y culturales en Grecia, se convirtió en el poder dominante en la zona bajo el rey Filipo, que reinó del 359 al 336. Impuso el dominio macedonio sobre las cuidades-estado griegas en el año 338 y al año siguiente declaró la guerra a Persia. Su asesinato le impidió iniciar una invasión, pero su hijo Alejandro no tardó en hacerlo. En el año 334 envió a su ejército hacia

Anatolia con mucho coraje. Al principio su situación era bastante precaria, ya que no controlaba el mar y tenía que depender de los suministros locales para rearmar a sus tropas. Sin embargo, su triunfo sobre los puertos de Tiro y Gaza eliminó la potencia naval de Persia y garantizó los contactos con sus territorios. Mantuvo una campaña continua de diez años en la que dirigió a sus tropas por todo el Imperio persa, anexionándose todas sus satrapías. El rey Darío III ofreció una feroz resistencia en las batallas de Issos en el noroeste de Siria (333) y Gaugamela en el norte de Irak (331), pero finalmente fue derrotado. Las fuentes clásicas retratan la conquista de Alejandro como una liberación del opresivo dominio persa, y se supone que los pueblos de Egipto y Babilonia, por ejemplo, lo recibieron con entusiasmo. Sin embargo, esto es en gran medida propaganda macedonia, y la mayoría de la gente probablemente vio poca diferencia entre el antiguo y el nuevo régimen. Alejandro apeló con éxito a las élites políticas y religiosas para ser aceptado como el rey local, tal como lo había hecho el persa Ciro. Promovió los cultos, como lo habría hecho un gobernante anterior. En Babilonia, por ejemplo, inició una extensa reconstrucción del templo de Marduk, incluyendo la (inacabada) reconstrucción del zigurat. También quería ser considerado como rey legítimo de Persia, y enterró a Darío III con una ceremonia completa después de que éste hubiera sido asesinado por sus propios cortesanos. Alejandro se casó con una princesa local, Roxana, e instó a sus generales a encontrar también esposas locales. Cuando en el año 324 sus soldados se negaron a hacer más campañas, regresó a Babilonia, donde estableció su capital. Parece haber adoptado los hábitos ceremoniales de los persas, incluyendo su deber de postrarse ante él. Sin duda le impresionaron mucho

las costumbres y tradiciones del Próximo Oriente y, por ejemplo, se vio a sí mismo como hijo del dios egipcio Amón. Este comportamiento pudo haber llevado al desencanto de sus hombres macedonios y es posible, aunque no ampliamente aceptado entre los historiadores, que su muerte en Babilonia en el año 323 fuera un asesinato.

Poco después, sus generales dividieron el enorme imperio que Alejandro había creado. El Próximo Oriente, Irán y parte de Asia central llegaron a ser gobernados por la dinastía de Seleuco, que utilizó el norte de Babilonia como su centro político y administrativo. La extensión del Imperio seléucida, que debía durar doscientos años, era originalmente similar a la de los persas, exceptuando Egipto. Hasta hace poco, los especialistas suscribían la imagen clásica de un Próximo Oriente cansado y decadente en el siglo IV al que Alejandro y sus sucesores dieron nueva vida. Esta imagen de revitalización proporcionó un ejemplo y una justificación para la empresa colonial europea del siglo XIX en regiones que habían conocido un pasado glorioso, pero que no se habían modernizado. Aunque el helenismo era visto como la fusión de las tradiciones europeas y asiáticas, se pensaba que su vitalidad derivaba de las prácticas culturales y políticas griegas (por ejemplo, la filosofía, la literatura, la ciudad-estado, etc.), introducidas en regiones que se habían estancado a pesar de tener enormes recursos. Hoy, un examen más detenido de las pruebas documentales del Próximo Oriente ha empezado a cambiar esta opinión.

El sistema persa, en sí mismo una amalgama de tradiciones anteriores, persistió en muchos aspectos. Las satrapías y los acuerdos políticos con las poblaciones locales perduraron; los reyes utilizaron los cultos locales y sus rituales para promover sus intereses políticos; las prácticas administrati-

vas sobrevivieron. En Babilonia y Bactria, por ejemplo, el único cambio que vemos en los documentos es el nombre de los reyes. Uno de los pocos textos arameos de Bactria data del séptimo año de Alejandro, el 324. De hecho, se desarrollaron nuevos cargos políticos, nuevas lenguas administrativos reemplazaron a las antiguas, como el babilónico, aparecieron edificios griegos en las ciudades antiguas y se fundaron nuevas ciudades que seguían un esquema griego, pero estos cambios fueron graduales. Alejandro ha sido denominado «el último de los aqueménidas[62]», pero su muerte en el año 323 no representó un final claro ni un nuevo comienzo en la larga historia del Próximo Oriente.

Debate 16.1. ¿FUERON DECADENTES LOS PERSAS?

En 1975, un destacado erudito del antiguo Irán concluyó un artículo que estudiaba una inscripción trilingüe de Anatolia en la era persa con estas observaciones:

> *Éste es sólo un pequeño acontecimiento en el centro de atención cuando se compara con la tragedia de proporciones shakespeareanas que al mismo tiempo se representaba en el escenario más grande del Imperio persa en los últimos años del anciano Artajerjes II, llenos de asesinatos familiares, intrigas y asaltos, y a comienzos del reinado de Artajerjes III, que sólo sabía cómo asegurar su poder como gobernante mediante el asesinato de todos los príncipes. Nuestra inscripción, tan deliciosa para los lingüistas e historiadores de la religión, lleva al historiador a un mundo moribundo y oscuro en el que aún no había penetrado la brillantez de la aparición carismática de Alejandro. Sin embargo, no podemos apartarnos de ella, o por decirlo con las palabras de uno de los pensadores históricos más profun-*

dos: «... también los periodos de decadencia y fracaso tienen el derecho sagrado a nuestra simpatía» (Mayrhofer, 1975: 282, traducción mía).

Estas palabras fatídicas reflejan un sentimiento que estaba lejos de ser inusual hasta hace poco. Los eruditos y la opinión popular veían a los antiguos persas como un pueblo decadente, arruinado por los excesivos lujos, cruel y que infligía lo que Mayrhofer llamaba agonía a sus súbditos, que sólo podían esperar la «primavera» que Alejandro les traería. Encontraron abundante inspiración para estas ideas en fuentes griegas. El filósofo Platón, por ejemplo, vio las raíces de los problemas persas en el desequilibrio entre «servidumbre y libertad» y culpó a la falta de rigor en la educación. Ya no se criaban en el campo, sino en harenes bajo la supervisión de mujeres y eunucos (cf. Briant, 2002b). Debido a que muchos griegos admiraban al fundador del imperio, Ciro, vieron esta debilidad como un desarrollo histórico relacionado con su propia relación con los persas. Después de que Jerjes no pudiera conquistar Grecia, se volvió cada vez más excéntrico y su reinado inició un ciclo de violencia sin sentido e intrigas palaciegas. A este respecto, son especialmente maliciosas las mujeres, cuyo papel prominente en la sociedad persa se opone directamente al de las mujeres griegas. Los argumentos para estos puntos de vista se encontraron fácilmente en los escritos de Ctesias, cuyo supuesto relato de testigos presenciales de la vida en la corte persa revelaba detalles sórdidos (cf. Sancisi-Weerdenburg, 1987).

Debido a que la decrepitud moral no es la explicación histórica más convincente, los eruditos trataron de encontrar elementos más concretos en el comportamiento persa que condujeran a la debilidad del imperio. Lo más importante en sus mentes era el despotismo de los gobernantes, «receptivos a los halagos de cortesanos y funcionarios que sólo decían lo que ellos pensaban que el rey deseaba oír» (Cook, 1983: 132). Persia aplastaba a la población con fuertes impuestos

(Ghirshman, 1954: 200), encima de los cuales exigía regalos humillantes, como los quinientos niños babilonios destinados a la castración (Olmstead, 1948: 289-299). Los súbditos se rebelaron y no estaban dispuestos a defender el imperio. En respuesta, los persas tuvieron que depender más de los mercenarios griegos, pero eran demasiado tacaños para pagarles bien (Cook, 1983: 220). Aun así, el imperio tenía demasiada riqueza y la desperdiciaba en un estilo de vida lujoso.

Los escritos griegos siempre proporcionaron pruebas suficientes para tales afirmaciones y no podemos descartarlas como pura fantasía. Había muchas costumbres persas cuyo pleno significado los griegos no entendían y podían tomar estas diferencias con sus propias costumbres como signos de decadencia. Los banquetes eran un aspecto importante de la ceremonia de la corte que vinculaba al rey con sus nobles, por ejemplo, pero era fácil verlos como extravagancias (Harrison, 2011: 57-72).

Cuando los historiadores de la antigua Persia comenzaron a centrarse más en los materiales del propio imperio y, cuando se volvieron más sensibles a los prejuicios contenidos en las narrativas griegas, fueron capaces de deconstruir muchos de estos elementos negativos. Las debilidades estructurales percibidas en el estado fueron políticas elegidas —como el cuidadoso equilibrio entre las autonomías locales y el control central— o el resultado natural del sistema subyacente: en cualquier monarquía, la muerte de un rey es perturbadora (Wiesehófer, 2007). Pero el Imperio persa no fue un fracaso en absoluto: sobrevivió durante doscientos años, resistió a Alejandro durante más de una década y sus sucesores seléucidas adoptaron muchas de sus prácticas gubernamentales (Kuhrt, 1995: 701). Sin embargo, una de las grandes preguntas sin respuesta sigue siendo: ¿por qué sucumbió al reino menor occidental de Macedonia (Kuhrt, 1995: 675, Briant, 2002b: 210, nota 20)?

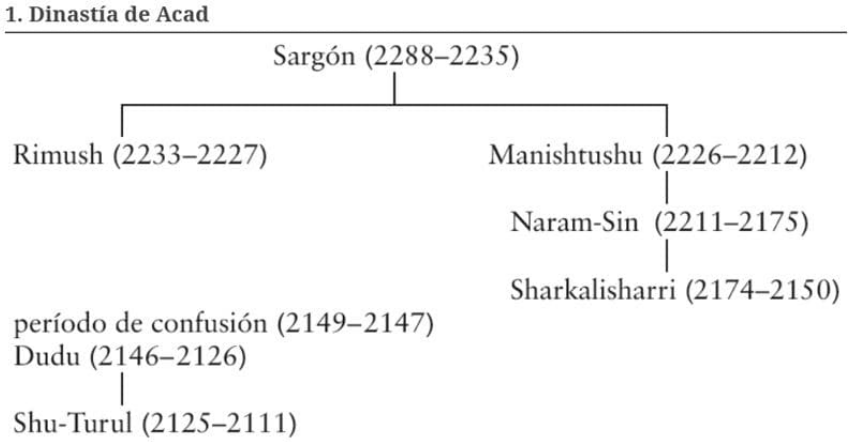
EPÍLOGO

El 15 de febrero de 187 a.e.c. el rey seléucida Antíoco III el Grande (reinó 222-187) visitó la ciudad de Babilonia. Se prosternó en la puerta del templo de Marduk, recibió una corona de oro de 1000 sidos de peso y se vistió con la túnica púrpura de Nabucodonosor, aún conservada en el tesoro trescientos setenta años después de la muerte del rey. Se quedó ocho días en la ciudad, haciendo ofrendas en varios templos, y luego se fue a Borsippa donde hizo más donaciones. Finalmente se fue a Seleucia-en-el-Tigris, que su predecesor Seleuco I habían fundado en torno a 305 como una ciudad real griega, pero que tampoco era ya la capital del imperio — Antíoco gobernaba desde Antioquía, en la costa mediterránea—. Sabemos de la visita de Antíoco porque un erudito babilonio la registró en un diario astronómico, escrito en cuneiforme en una tablilla de arcilla, junto con observaciones de los planetas y otros cuerpos celestes. El erudito era parte de un proyecto de investigación de siete siglos de duración que no tiene paralelo en la historia universal y que duró de mediados del siglo VIII hasta el año 61 a.e.c. Era parte de una tradición intelectual que había sobrevivido muchos cambios de regímenes políticos, que no estarían en manos de nativos de Babilonia desde 539. El griego Antíoco consideró necesario vestir la túnica de su predecesor, muerto hacía mucho tiempo, aunque probablemente no supiese ni una palabra de babilonio y entendiera muy poco de los

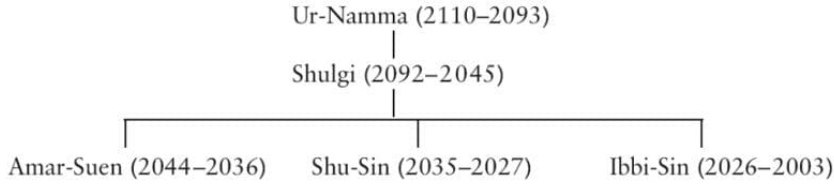
cultos locales. Se veía como parte de una larga secuencia de gobernantes babilonios y estaba dispuesto a ponerse lo que tenía que ser un atuendo mohoso para exhibirse ante un grupo de funcionarios y sacerdotes locales. Esto ilustra lo difícil que resulta poner puntos finales en la historia. La cultura del Próximo Oriente antiguo no cesó cuando Alejandro, educado por el gran filósofo griego Aristóteles, conquistó la zona. La vida intelectual y las tradiciones políticas sobrevivieron. Se fundieron con nuevas inspiraciones y asumieron formas y significados distintos, pero su influjo perduró. Tenemos que avanzar a 74-75 e.c. para ver la desaparición del cuneiforme como sistema de escritura y mucho después todavía se seguía buscando la guía de dioses babilonios como Sin o Ishtar. Hoy seguimos dando por supuestos aspectos de la vida que las gentes del Próximo Oriente antiguo fueron las primeras en desarrollar: vivimos en ciudades, obedecemos leyes, leemos y escribimos, y mucho más. Largos siglos nos separan de ese mundo del pasado, pero sus logros siguen con nosotros.

LISTAS DE REYES

Todas las fechas Indican períodos de reinado y han de leerse como aproximadas, pues a menudo resultan inciertas, especialmente en los primeros siglos. Para los gobernantes de Mesopotamia (sumerios, babilonios, asirios) están basadas en la lista de Regine Pruzsinksky, en Gonzalo Rubio (ed.), *A Handbook of Ancient Mesopotamia* (De Gruyter, Boston y Berlín, en prensa). La filiación o relación familiar no siempre está clara; cuando lo está, los reyes sucesivos están conectados con |; cuando la filiación es posible, con ?; cuando no había conexión familiar directa, los gobernantes sucesivos están separados por un espacio en blanco.



2. Tercera Dinastía de Ur



3. Primera Dinastía de Isin

Ishbi-Erra (2019–1987)

|

Shu-ilishu (1986–1977)

|

Iddin-Dagan (1976–1956)

|

Ishme-Dagan (1955–1937)

|

Lipit-Ishtar (1936–1926)

|

Ur-Ninurta (1925–1898)

|

Bur-Sin (1897–1876)

|

Lipit-Enlil (1875–1871)

Erra-imitti (1870–1863)

Enlil-bani (1862–1839)

Zambija (1838–1836)

Iter-pisha (1835–1832)

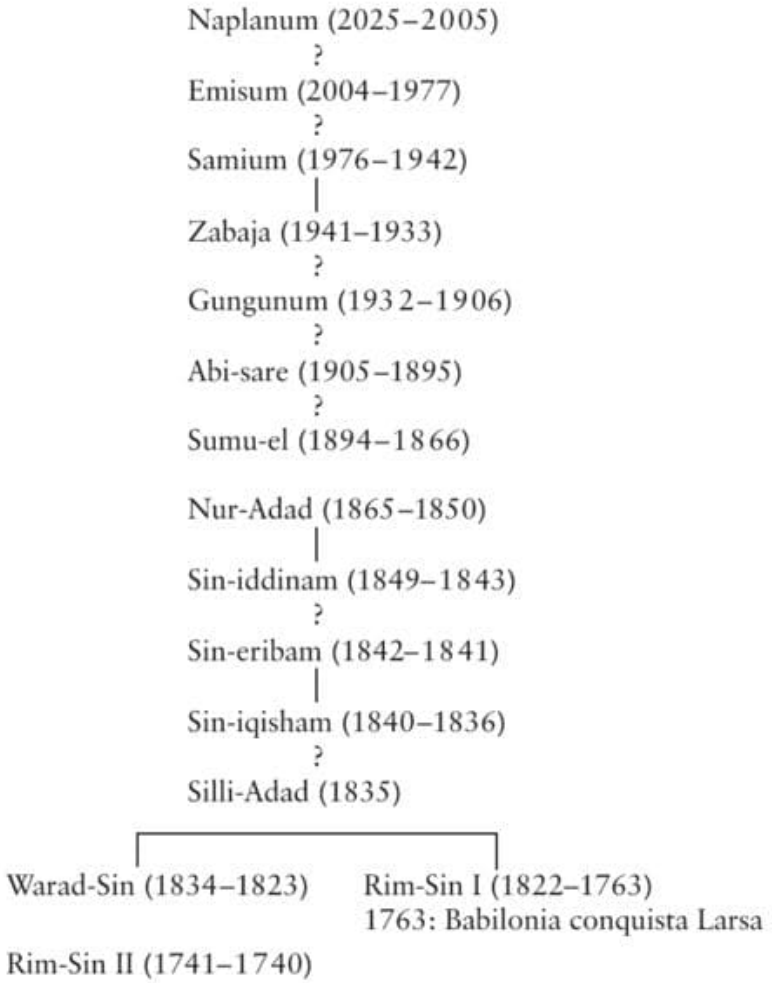
Ur-dukuga (1831–1828)

Sin-magir (1827–1817)

Damiq-ilishu (1816–1794)

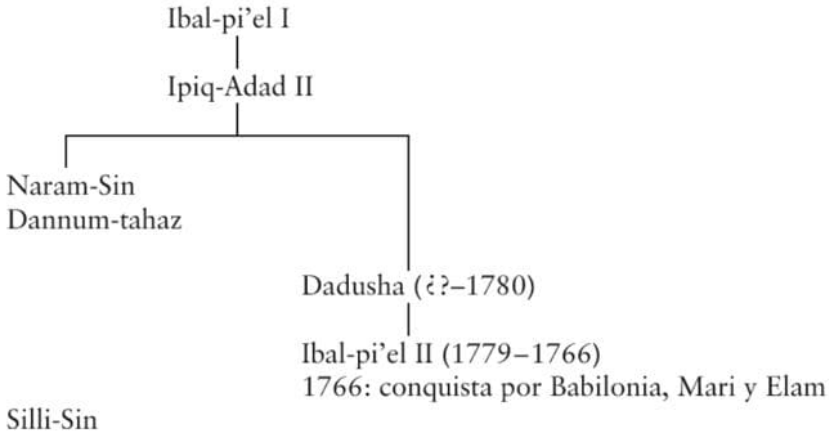
1793: Larsa conquista Isin

4. Dinastía de Larsa



5. Eshnunna

Se desconocen las fechas absolutas de la mayoría de gobernantes.



6. Mari

Yahdun-Lim

|

Sumu-Yaman

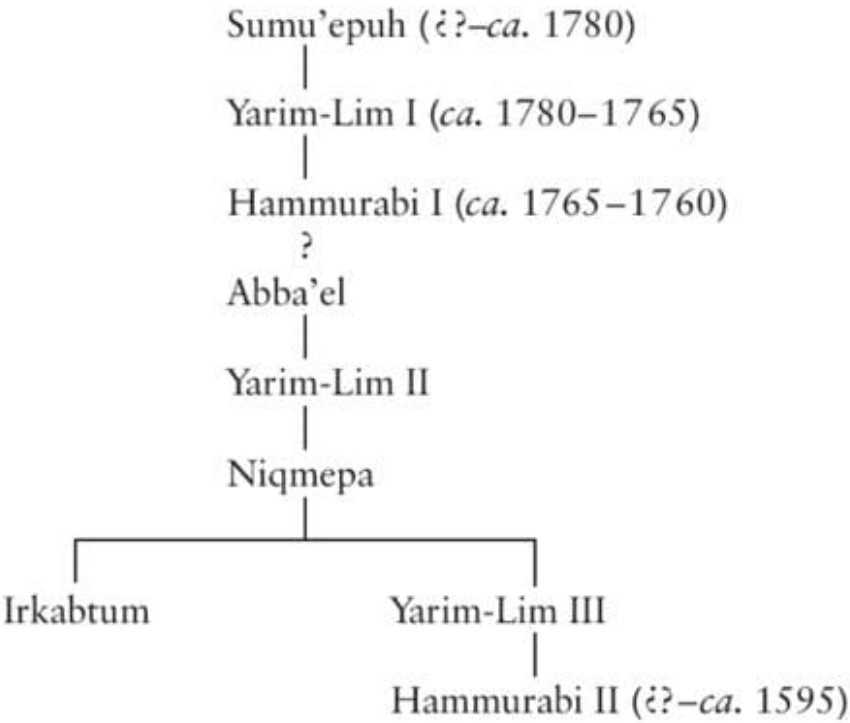
Yasmah-Addu (ca. 1795–1776)

Zimri-Lim (*ca.* 1775–1762)

1761: Babilonia conquista Mari

7. Yamkhad

Todas las fechas son aproximadas.



8. Primera dinastía de Babilonia

Sumulael (1880–1845)
?
Sabium (1844–1831)
?
Apil-Sin (1830–1813)
?
Sin-muballit (1812–1793)
|
Hammurabi (1792–1750)
|
Samsuiluna (1749–1712)
|
Abi-eshuh (1711–1684)
|
Ammiditana (1683–1647)
|
Ammisaduqa (1646–1626)
?

Samsuditana (1625–1595)

9. Reino Antiguo hitita

Todas las fechas son aproximadas.

Hattusili I (1650–1620)
|
Mursili I (1620–1590)

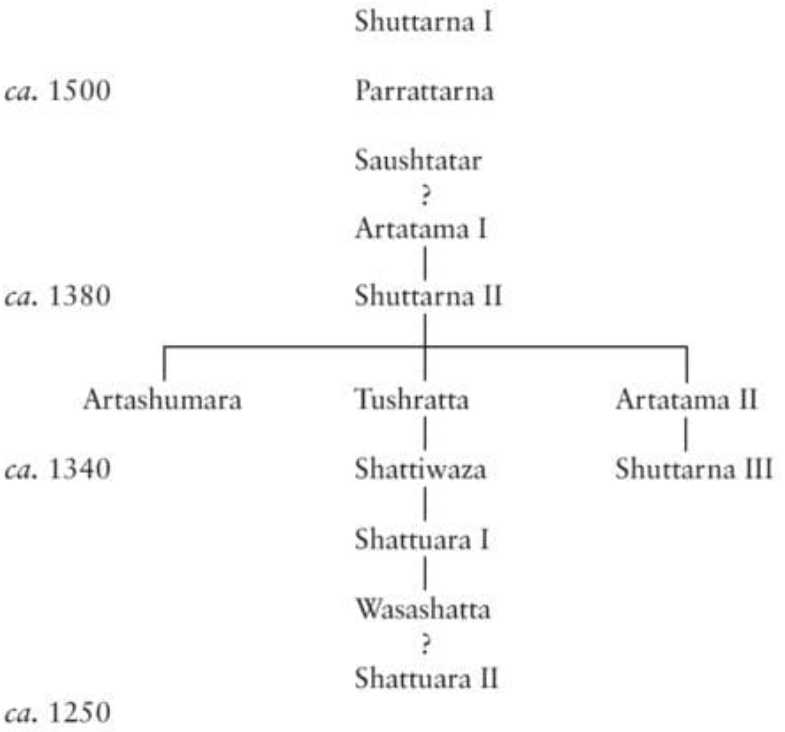
Hantili I (1590–1560)

Zidanta I (1559–)
|
Ammuna

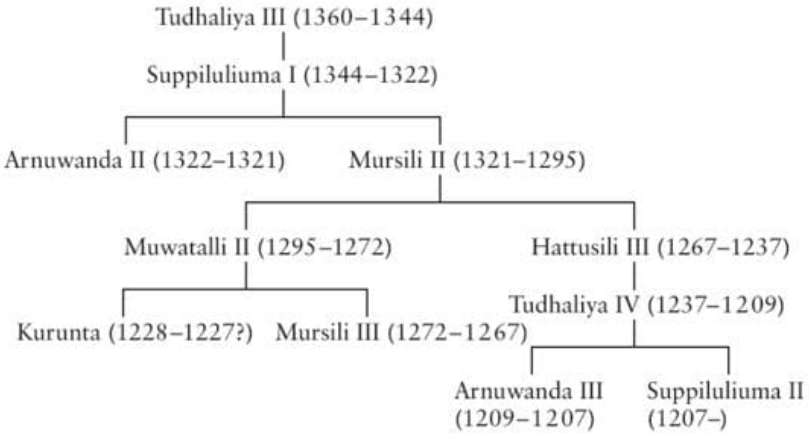
Huzziya I (–1526)

Telipinu (1525–1500)

10. Mitanni



11. Reino Nuevo hitita



12. Lista de una selección de reyes del área de Siria-Palestina

Ugarit

Ammistamru I (¿?–1350)
Niqmadu II (*ca.* 1350–1315)
Niqmepa (*ca.* 1313–1260) Arhalba (*ca.* 1315–1314)
Ammistamru II (*ca.* 1260–1235)
Ibiranu (*ca.* 1235–1225)
Niqmadu III (*ca.* 1225–1215)
?
Ammurapi (*ca.* 1215–1190)

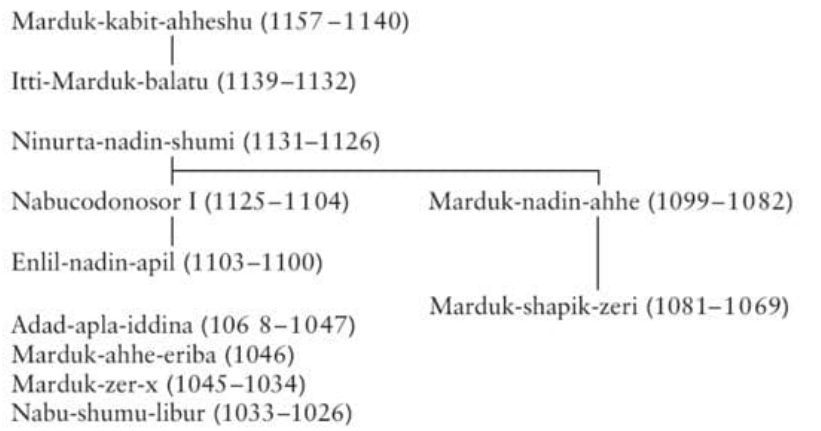
Amurru

Abdi-Ashirta
Aziru (ca. 1340–1315)
Ari-Teshub (*ca.* 1315–1313)
Tuppi-Teshub (*ca.* 1313–1280)
Benteshina (*ca.* 1280–1275; 1260–1230)
Shapili (*ca.* 1275–1260)
Shaushga-muwa (*ca.* 1230–1210)

13. Babilonia a finales del segundo milenio

Dinastía casita

Segunda dinastía de Isin



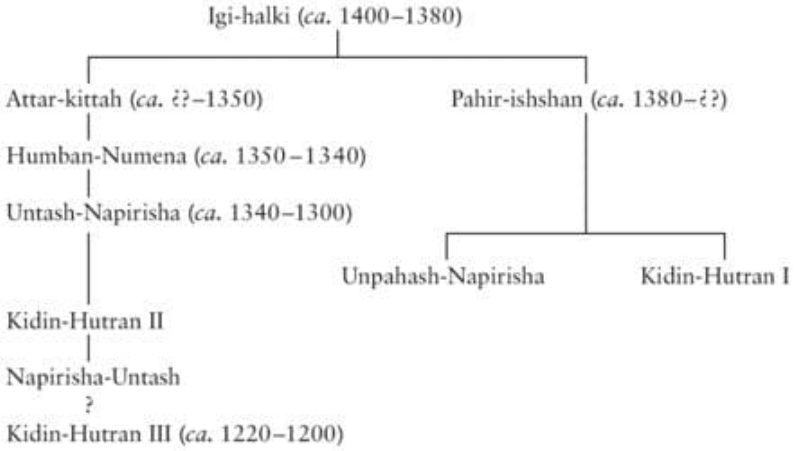
14. Gobernantes medioelamitas

(a) filiación incierta entre 1500 y 1400

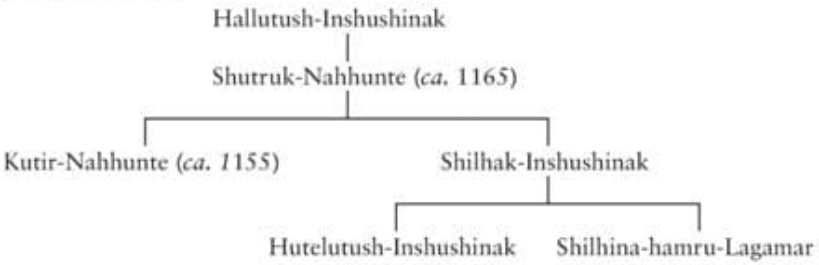
Kidinu
Tan-Ruhurater II
Shalla
Tepti-ahar
Inshushinak-sunkir-nappipir

(b) entre 1400-1200

Todas las fechas son inciertas.



(c) Entre 1200-1100



15. Babilonia a principios del primer milenio

Segunda Dinastía del País del Mar

Simbar-Shipak (1025–1008)
?
Ea-mukin-zeri (1008)
Kashshu-nadin-ahhe (1007–1005)

Dinastía de Bazi

Eulmash-shakin-shumi (1004–988)

?

Ninurta-kudurri-usur I (987–985) Shirikti-Shuqamuna (985)

Dinastía elamita

Mar-biti-apla-usur (984–979)

Dinastías mixtas

Nabu-mukin-apli (978–943)

Ninurta-kudurri-usur II (943) Mar-biti-ahhe-iddina (942–¿?)

Shamash-mudammiq (¿?–¿?)

?

Nabu-shuma-ukin I (¿?–¿?)

Nabu-apla-iddina (¿?–¿?)

Marduk-zakir-shumi I (¿?–¿?)

Marduk-balassu-iqbi (¿?–*ca.* 813)

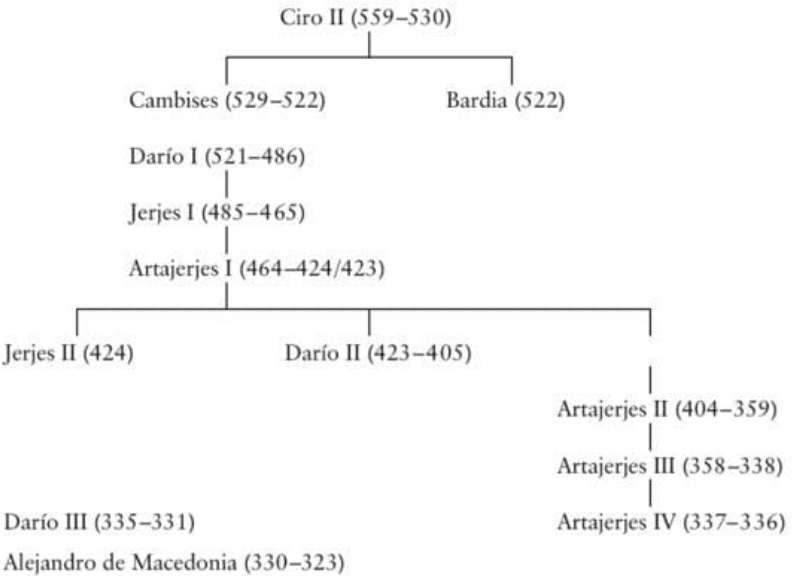
Baba-aha-iddina (812)
Ninurta-apla-[ ] (¿?–¿?)
Marduk-bel-zeri (¿?–¿?)
Marduk-apla-usur (¿?–¿?)
Eriba-Marduk (¿?–¿?)
Nabu-shuma-ishkun (760?–748)

Nabu-nasir (747–734)
Nabu-nadin-zeri (733–732)
Nabu-shuma-ukin II (732)
Nabu-mukin-zeri (731–729)
Tiglath-pileser III/Pulu (728–727)
Shalmaneser V/Ululaju (726–722)
Marduk-apla-iddina II (721–710)
Sargón II (709–705)
Senaquerib (704–703)
Marduk-zakir-shumi II (703)
Marduk-apla-iddina II (703)
Bel-ibni (702–700)
Assur-nadin-shumi (699–694)
Nergal-ushezib (693)
Mushezib-Marduk (692–689)
Senaquerib (688–681)
Esarhaddon (68 0–669)
Asurbanipal (668)
Shamash-shuma-ukin (667–648)
Kandalanu (647–627)
Sin-shumu-lishir (627/626)
Sin-shar-ishkun (627 o 626)

16. Dinastía neobabilonia

Nabopolassar (626–605)
Nabucodonosor II (604–562)
Evil-Merodach (561–560)
Neriglissar (559–556)
Labashi-Marduk (556)
Nabónido (555–539)

17. Dinastía aqueménida



18. Asiria

Aminu
|
Sulili

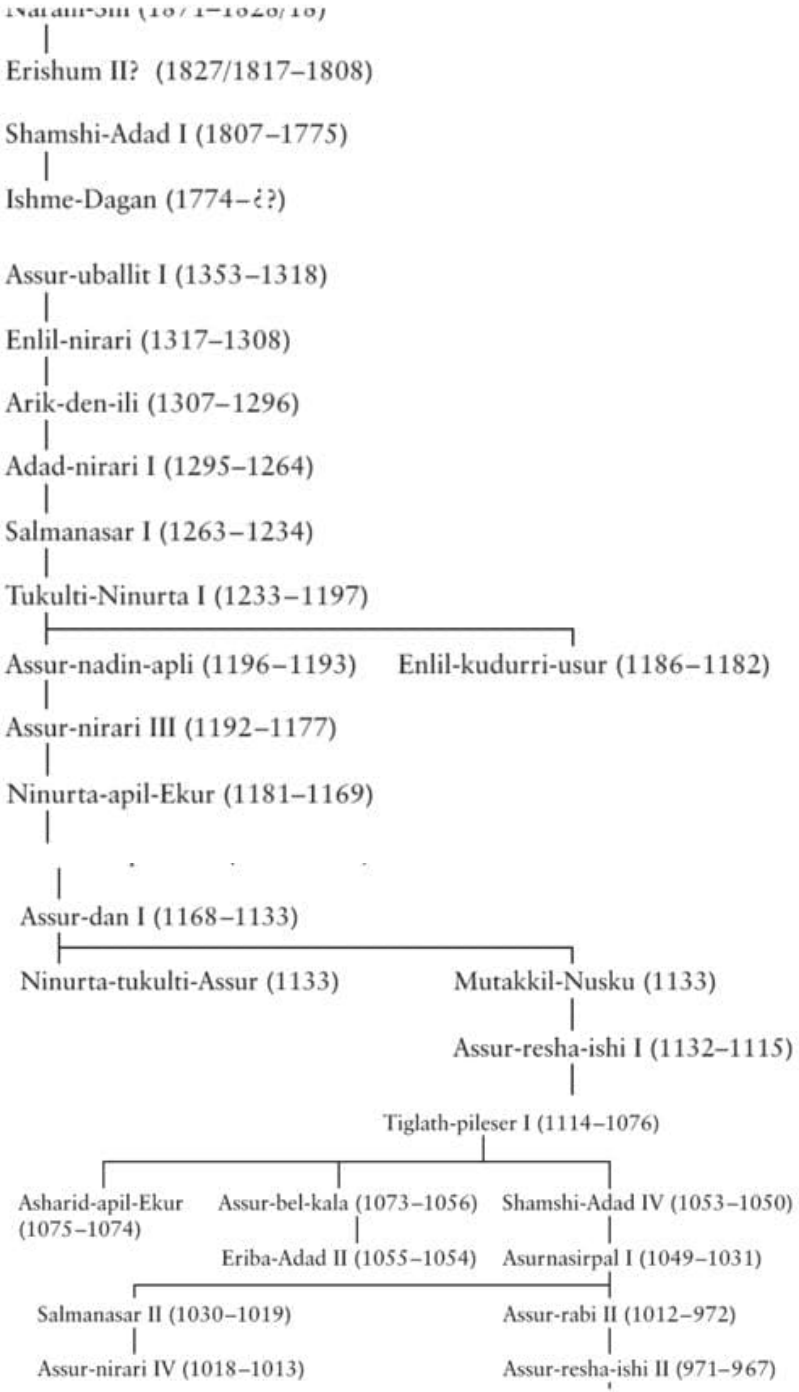
Kikkija

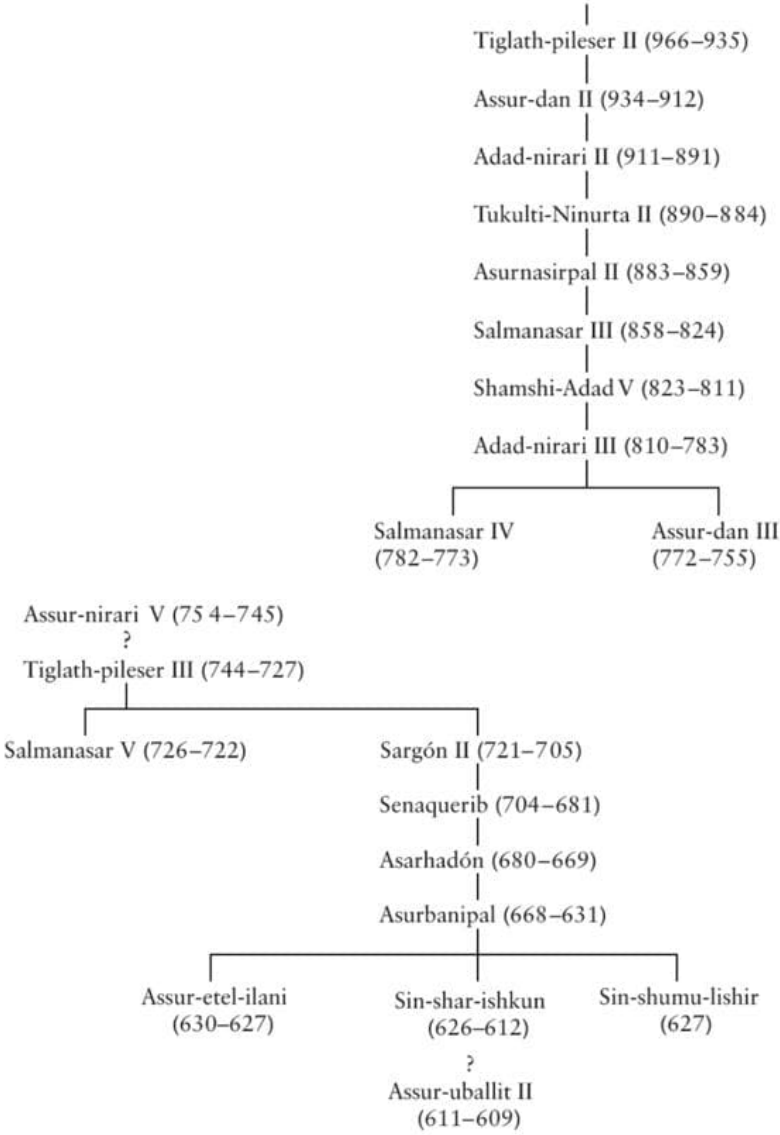
Akija

Puzur-Assur I

Shalim-ahum

Ilushuma
|
Erishum I (1973–1934)
|
Ikunum (1933–1920)
|
Sargón I (1919–1880)
|
Puzur-Assur II (1879–1872)
|
Naram-Sin (1871–1828/18)


Erishum II? (1827/1817–1808)
Shamshi-Adad I (1807–1775)
Ishme-Dagan (1774–¿?)
Assur-uballit I (1353–1318)
Enlil-nirari (1317–1308)
Arik-den-ili (1307–1296)
Adad-nirari I (1295–1264)
Salmanasar I (1263–1234)
Tukulti-Ninurta I (1233–1197)
Assur-nadin-apli (1196–1193)
Enlil-kudurri-usur (1186–1182)
Assur-nirari III (1192–1177)
Ninurta-apil-Ekur (1181–1169)
Assur-dan I (1168–1133)
Ninurta-tukulti-Assur (1133)
Mutakkil-Nusku (1133)
Assur-resha-ishi I (1132–1115)
Tiglath-pileser I (1114–1076)
Asharid-apil-Ekur (1075–1074)
Assur-bel-kala (1073–1056)
Shamshi-Adad IV (1053–1050)
Eriba-Adad II (1055–1054)
Asurnasirpal I (1049–1031)
Salmanasar II (1030–1019)
Assur-rabi II (1012–972)
Assur-nirari IV (1018–1013)
Assur-resha-ishi II (971–967)


Tiglath-pileser II (966–935)
Assur-dan II (934–912)
Adad-nirari II (911–891)
Tukulti-Ninurta II (890–884)
Asurnasirpal II (883–859)
Salmanasar III (858–824)
Shamshi-Adad V (823–811)
Adad-nirari III (810–783)
Salmanasar IV (782–773)
Assur-dan III (772–755)
Assur-nirari V (754–745)
?
Tiglath-pileser III (744–727)
Salmanasar V (726–722)
Sargón II (721–705)
Senaquerib (704–681)
Asarhadón (680–669)
Asurbanipal (668–631)
Assur-etel-ilani (630–627)
Sin-shar-ishkun (626–612)
Sin-shumu-lishir (627)
?
Assur-uballit II (611–609)

GUÍA PARA AMPLIACIÓN DE LECTURA

La literatura académica sobre las historias y culturas del Próximo Oriente tiene un volumen muy notable y abarca desde notas de un párrafo de extensión hasta obras en varios volúmenes. Está escrita fundamentalmente en inglés, francés y alemán, aunque se han publicado obras muy importantes en otras lenguas. Se presenta aquí una breve selección, la mayoría en inglés. He prestado especial atención a las publicaciones más recientes, donde hay todavía más bibliografía actualizada.

En los últimos años varias editoriales han encargado obras de referencia en las que múltiples autores discuten aspectos de la historia y la cultura del Próximo Oriente en tiempos antiguos. Incluyen los *Handbooks* de Oxford University Press sobre *Anatolia* (Seadman y McMachon [eds.], 2011), *Iran* (Potts [ed.], 2013) y *Cuneiform Culture* (Radner y Robson [eds.], 2011); el *Companion to the Ancient Near East* (Snell [ed.], 2005) y el *Companion to the Archaeology of the Ancient Near East* (Potts [ed.], 2012), de Blackwell; y los *Babylonian World* (Leick [ed.], 2007) y *Sumerian World* (Crawford [ed.], 2013) de Routledge. Todavía más amplio sigue siendo el *Civilizations of the Ancient Near East* (Sasson [ed.], 1995), en cuatro volúmenes. Todas estas obras contienen numerosas contribuciones que tratan de un amplio abanico

de temas de historia, arqueología, arte, lengua, literatura, etc., y que van de presentaciones generales a discusiones especializadas. Sus bibliografías actualizadas aportan a los estudiantes la información necesaria para investigar la mayoría de temas. En cuanto a discusiones sistemáticas de materias ordenadas alfabéticamente, encontramos desde el breve *Dictionary of the Ancient Near East* (Bienkowski y Millar [eds.], 2000) hasta el monumental *Reallexikon der Assyriologie* (Ebeling *et al.* [eds.], 1932-), que hasta ahora sólo ha llegado a la letra U. Sus artículos pormenorizados están escritos en alemán, francés e inglés.

Las visiones generales de la historia en inglés incluyen Kuhr, 1995, y las mucho más breves Hallo y Simpson, 1998; Foster y Foster, 2009, y el brevísimo Podany, 2014. Liverani, 2014, es una traducción al inglés y actualización de una excelente historia en italiano (1988a). Un relato de autoridad a cargo de múltiples autores se encuentra en *The Cambridge Ancient History* (Boardman *et al.* [eds.], 1971-1988). Las contribuciones fueron escritas entre los años sesenta y ochenta y algunas de ellas están desfasadas. Sin embargo, siguen dando la presentación de hechos más detallada. En alemán recientemente ha aparecido Frahm, 2013, en italiano Milano (ed.), 2012, mientras que la presentación más reciente en francés es Garelli *et al.*, 1997 y 2002, 2 vols.

Hay varios estudios detallados de regiones específicas del Próximo Oriente a lo largo de períodos de tiempo extensos. Para Siria: Klengel, 1992 y Akkermans y Schwartz, 2003; para Anatolia: Bryce, 2005, y Sagona y Zimansky, 2009; para el Irán occidental: Carter y Stolper, 1984 y Potts, 1999; y para el golfo Pérsico: Potts, 1990.

Roaf, 1990, contiene mapas muy ilustrativos de los distintos períodos de la historia antigua y una buena discusión

general sobre la historia del Próximo Oriente antiguo. El libro también tiene abundantes ilustraciones. Potts, 1997, es un buen tratamiento del mundo material de los mesopotámicos, organizado por temas. Oppenheim, 1977, es la única auténtica historia intelectual de la región, también organizada por temas. Jacobsen, 1976, presenta una historia de la religión de Mesopotamia.

Algunas páginas web con ilustraciones e información general son: **http: //www.mesopotamia.co.uk** del British Museum de Londres; y **http://www.met-museum.org/toah/hi/te_index.asp?i=7** del Metropolitan Museum of Art, Nueva York. La página **http: //www.archatlas.dept.shef.ac.uk/Home.php** contiene interesantes mapas de satélite y discusiones sobre asuntos como los orígenes de la agricultura y las rutas comerciales.

Aparte de los libros mencionados más arriba que contienen información importante sobre casi todos los períodos de la historia del Próximo Oriente. El lector puede consultar las obras que siguen para obtener más información sobre temas discutidos aquí en capítulos concretos. La lista dista mucho de ser completa y constituye una guía resumida.

Capítulo 1: Problemas iniciales

¿Qué es el Próximo Oriente antiguo? Van de Mieroop, 1997.

Fuentes: Van de Mieroop; 1999a; Matthews, 2003; Glassner, 2004 y Zimansky, 2005. Desarrollos prehistóricos: Nissen, 1988 y varias contribuciones en Potts (ed.), 2012.

Para nuevos desarrollos en la investigación, Watkins, 2010 y Pournelle, 2013. Sobre Göbekli Tepe: Schmidt, 2011.

PARTE I: CIUDADES-ESTADO

Para la prehistoria y los primeros períodos de la historia del Próximo Oriente, ver Nissen, 1988 y Pollock, 1999. Muchos aspectos de la sociedad y la cultura son tratados en Postgate, 1992a y Crawford, 2004. El arte del tercer milenio está extensivamente ilustrado en Aruz (ed.), 2003.

Capítulo 2: Orígenes: el fenómeno de Uruk

Fuentes: Bauer, Englund y Krebenik, 1998: 13-233.

Desarrollos de Uruk: Liverani, 2006 y Algaze, 2008.

Orígenes de las ciudades: Van de Mieroop, 1999b: capítulo 2.

Textos y herramientas administrativas: Nissen, Damerow y Englund, 1993 (textos) y

Collon, 1987 (sellos). Para los textos léxicos, ver **http://oracc.museum.upenn.edu/dcclt** y Veldhuis, 2014.

Orígenes de la escritura: Walker, 1987, Schmandt-Besserat, 1992, Glassner, 2003 y Cooper, 2004.

La expansión de Uruk: Moorey, 1995; Rothman (ed.), 2001; Algaze, 2005 y Jennings, 2011: 57-76.

Capítulo 3: Ciudades-estado rivales: el Período Dinástico Arcaico

Fuentes: Cooper, 1983 y 1986; Matthews, 1993; Bauer, Englund y Krebenik, 1998: 237-585 y Frayne, 2008.

Organización política: Steinkeller, 2002. Sobre la democracia primitiva, ver Jacobsen, 1943.

El mundo más amplio del Próximo Oriente: para Ebla, ver Pettinato, 1991; Matthiae, 2010 y Milano, 1995.

Sociedad dinástica antigua: Maekawa, 1973-1974; Visicato, 1995 y Zettler y Horne (eds.), 1998.

Reflejos posteriores en la literatura: Wilcke, 1989; George, 1999: capítulo 5; Foster, 2001: 99-154; Glassner, 2004 y Vanstiphout, 2004.

Capítulo 4: La centralización política a finales del tercer milenio

Fuentes: Sources: Frayne, 1993 y 1997; Edzard, 1997; Michalowski, 1993 y 2011 y Sallaberger y Westenholz, 1999. Sobre los textos de Iri-Sagrig: Owen, 2013.

La dinastía de Acad: Liverani (ed.), 1993b. Sobre Puzur-Inshushinak: Steinkeller, 2013.

El estado de Ur III: Steinkeller, 1987 y 2003; Sharlach, 2004. Sobre el trabajo en el archivo de Garshana: Adams, 2010.

Siria y el norte de Mesopotamia a finales del tercer milenio: Sallaberger, 2007.

Reflejos posteriores en la literatura: Westenholz, 1997; Van de Mieroop, 1999c y 2000 y Potts 2001.

Capítulo 5: El Próximo Oriente a comienzos del segundo milenio

Fuentes: Frayne, 1990; Charpin, Edzard y Stol, 2004; Veenhof y Eidem, 2008.

Nómadas y pueblos sedentarios: Schwartz, 1995 y Fleming, 2004.

Sociedad babilonia en el período de Isin-Larsa: Van de Mieroop, 1992; Renger, 2002 y Goddeeris, 2007.

Historia y comercio del Período Asirio Antiguo: Veenhof, 2003 y Barjamovic, Hertel y Larsen, 2012. Michel, 2001, contiene una amplia selección de cartas antiguoasirias traducidas al francés.

Mari: Durand, 1997-2000, contiene un gran volumen de cartas de Mari traducidas al francés con introducciones muy actuales a muchos temas. Heimpel, 2003, traduce muchas cartas al inglés. Charpin y Ziegler, 2003, es una historia detallada.

Capítulo 6: EL CRECIMIENTO DE LOS ESTADOS TERRITORIALES A COMIENZOS DEL SEGUNDO MILENIO

Fuentes: ver capítulo 5.

Dinastía paleobabilonia: Charpin, 2012 y Van de Mieroop, 2005. Para la rebelión contra Samsuiluna, ver Seri, 2013: 20-54, 238-42. Roth, 1997, aporta traducciones del Código de Hammurabi, así como de los demás códigos legales mesopotámicos e hititas. Para aspectos de economía y sociedad, Stol, 2004.

Pueden encontrarse abundantes traducciones de la literatura sumeria en Black *et al.*, 2004 y **http: //www-etcsl.orient.ox.ac.uk**. Para el currículo escolar, ver Tinney, 1998.

Reino Antiguo hitita: Bryce, 2005: 1-107.

Consecuencias: Van Lerberghe, 1995 y Sassmannshausen, 2004 (casitas); Salvini, 1998 (hurritas) y Podany, 2002 (reino de Hana).

PARTE II: ESTADOS TERRITORIALES

Capítulo 7: El club de las grandes potencias

Fuentes: Moran, 1992, traduce todas las Cartas de Amarna al inglés y Beckman, 1999, contiene traducciones de una amplia selección de tratados y otros materiales diplomáticos hititas.

El sistema internacional: Liverani, 1990 y 2001a; Cohen y Westbrook (eds.), 2000; Bryce, 2003; Feldman, 2005; Van de Mieroop, 2007 y Podany, 2010. Aruz, Benzel y Evans (eds.), 2008, contiene una rica selección de imágenes de objetos yacimientos arqueológicos del período, así como una excelente introducción a muchos temas. Aruz, Graff y Rakic (eds.), 2013, aporta análisis académicos adicionales sobre estos temas.

Capítulo 8: Los estados occidentales de finales del segundo milenio

Fuentes: Hoffner, 1980 y Liverani, 2004, para presentaciones y análisis. Para las traducciones, ver Moran, 1992 (Cartas de Amarna); Beckman, 1999 (tratados y correspondencia diplomática hitita); Hoffner, 2009 (cartas hititas), y Beckman, Bryce y Cline, 2011 (textos sobre Ahhiyawa).

Estado de Mitanni: Wilhelm, 1989; von Dassow, 2008 (Alalakh); Maidman, 2010 y Postgate, 2013: capítulo 7 (Nuzi), y Cancik-Kirschbaum, Brisch y Eidem (eds.), 2014.

Hititas: Presentaciones generales: Gurney, 1990; Klengel, 1999; Bryce, 2005; Collins, 2007; Genz y Mielke (eds.), 2011 y Beal, 2011. Sobre Hattusa: **http: //www.hattuscha.de/English/englishl.htm**.

Levante: Singer, 1991 (historia de Amurru) y Watson y Wyat (eds.), 1999 (Ugarit).

Capítulo 9: Casitas, asirios y elamitas

Fuentes: Kónig, 1965; Brinkman, 1976 y Grayson, 1987.

Casitas: Brinkman, 1976-1980; Balkan, 1986 y Sassmannshausen, 2001.

Asiria Media: Machinist, 1982 y Postgate, 2013.

Elam: Potts, 1990: 188-258.

Capítulo 10: El colapso del sistema regional y sus consecuencias

Numerosos libros tratan del fin de la Edad del Bronce. Muy reciente es Cline, 2014, que contiene la mayor parte de la bibliografía relevante. Ver Liverani, 1997 y Van de Mieroop, 2007: capítulo 10, para la aproximación empleada aquí.

Consecuencias: Brinkman, 1984a; Healy, 1990 y Sherrat, 2003.

Varios artículos en Larse (ed.), 1979 son importantes para el estudio del Imperio asirio. Cancik-Kirschbaum, 2003, es una breve introducción en alemán al mismo.

Joannès, 2004, pasa revista a todos los imperios mesopotámicos del primer milenio.

Capítulo 11: El Próximo Oriente a comienzos del primer milenio

Fuentes: Frame, 1995 (Babilonia); Hawkins, 2000 (neohititas) y Salvini, 2008-2012 (Urartu).

Babilonia: Brinkman, 1984b.

Elam: Waters, 2000.

Urartu: Salvini, 1995; Radner, 2011; Zimansky, 2011 y Kroll *et al.* (eds.), 2012.

Fenicia: Markoe, 2000 y Woolmer, 2011.

Arameos: Niehr (ed.), 2014.

Israel y Judá: Finkelstein, 1999 y 2013, y Liverani, 2005a, 2005b.

Capítulo 12: El auge de Asiria

Fuentes: Grayson, 1991b y 1996. Las cartas, registros administrativos, documentos legales y otra variedad de textos hallados en los archivos de Nínive están volviendo a ser editados por un equipo de Helsinki. Hasta ahora han aparecido diecinueve volúmenes en una serie llamada *State Archives of Assyria*, con Simo Parpola como editor en jefe. Fales, 2001, contiene un análisis de estas fuentes.

Ejército y guerra: Bahrani, 2008 (aspectos ideológicos) y Fales, 2010.

Expansión del imperio: Liverani, 1988b y Postgate, 1992b.

La capital de Kalhu: J. y D. Oates, 2001.

Capítulo 13: Dominación mundial de Asiría

Muchos artículos en Parpola y Whiting (eds.), 1997, son importantes para el estudio de este período.

Fuentes: Tadmor y Yamada, 2011 (Tiglatpileser III y Salmanasar V); Fuchs, 1993 (Sargon II); Grayson y Novotny, 2012 y 2014 (Senaquerib); Leichty, 2011 (Asarhadón) y Borger, 1996 (Asurbanipal). Ver también **http://oracc.museum.upenn.edu/rinap/**. Para las cartas y otros textos, ver *State Archives of Assyria.*

Las áreas occidentales: Stern, 2001: 1-300.

Babilonia: Frame, 1992 y Porter, 1993.

Ideología: Bahrani, 1995 y 2008

Para los contenidos de la biblioteca de Asurbanipal, ver Oppenheim, 1997: 14-23. Para la literatura del primer milenio en general, Foster, 2007. Puedenencontrarse traducciones inglesas de muchos textos acadios en Foster, 2005, con una versión concisa publicada en 1995. El mismo autor tradujo la *Epopeya de Gilgamesh* (2011). Otra traducción reciente de ese poema es George, 1999, que también publicó la edición crítica de referencia, George, 2003. Para la astronomía, ver Brown, 2000 y Rochberg, 2004.

La caída de Asiria: Liverani, 2001b.

Capítulo 14: Los medos y babilonios

Fuentes: Da Riva, 2013 (Nabopolasar, Evil-Merodach y Neriglissar) y Schaudig, 2001 (Nabónido y Ciro). Da Riva, 2008, pasa revista a todas las inscripciones reales y Jursa, 2005, a todos los archivos administrativos.

Medos: Lanfranchi *et al.* (eds.), 2003 y Radner, 2013.

Frigia: **http://sites.museum.upenn.edu/gordion/**.

El Imperio neobabilonio: Vanderhooft, 1999 y Stern, 2001: 310-350.

Gobernantes individuales: Wiseman, 1985 y Sack, 2005 (Nabucodonosor II); Sack, 1972 (Amel-Marduk), Beaulieu, 1989 y Michalowski, 2003 (Nabónido).

La economía babilonia: Jursa, 2010, convenientemente resumido en Jursa, 2013. Sobre la familia Egibi: Wunsch, 2007.

Sobre los deportados en Babilonia: Dandamayev, 2004 y Wunsch, 2013.

La ciudad de Babilonia: Van de Mieroop, 2000.

Interés en el pasado: Winter, 2000.

Capítulo 15: La creación de un imperio mundial: Persia

La *Encyclopaedia Iranica* (**http: //www.iranicaonline.org**) contiene muchos artículos actuales que tratan de la antigua Persia.

Fuentes: inscripciones en persa antiguo: Schmitt, 2009:

http: //www.avesta.org/op/op.htm. Hay traducción inglesa de todo tipo de fuentes organizadas por temas en Kuhrt, 2007a. Para su interpretación, ver Harrison, 2011. Documentos arameos de Bactria: Naveh y Shaked, 2012.

Presentaciones generales: Wiesehófer, 1996; Kuhrt, 2001; Briant, 2002a; Allen, 2005 y Brosius, 2006.

Sobre Ciro: ver Kuhrt, 2007b.

Capítulo 16: El GOBIERNO EN UN IMPERIO MUNDIAL: PERSIA

Estructura administrativa: Wiesehófer, 2009.

El núcleo central de Persia: Brian, Henkelman y Stolper (eds.), 2008; Babilonia: Stolper, 1985; Judá: Grabbe, 2004.

Abusch, Tzvi *et al.* (eds.) (2001), *Proceedings of the XLV Rencontre Assyriologique Internationale*, Vol. 1: *Historiography in the Cuneiform World*, Bethesda, MD.

Adams, Robert McC. (1966), *The Evolution of Urban Society*, Chicago.

— (2010), "Slavery and Freedom in the Third Dynasty of Ur: Implications of the

Garshana Archives": *Cuneiform Digital Library Journal* 2010/2, **http: //cdli.ucla.edu/pubs/cdlj/2010/cdlj2010_002.html**.

Akkermans, Peter M. M. G. y Glenn M. Schwartz (2003), *The Archaeology of Syria. From Complex Hunter-Gatherer to Early Urban Societies (ca. 16,000-300 BC),* Cambridge.

Algaze, Guillermo ([2]2005), *The Uruk World System*, Chicago.

— (2008), *Early Mesopotamia at the Dawn of Civilization*, Chicago.

— (2013), «The End of Prehistory and the Uruk Period», en Crawford, 2013: 68-94.

Allen, Lindsay (2005), *The Persian Empire: A History*, Londres.

Aruz, Joan (ed.) (2003), *Art of the First Cities. The Third Millennium BC from the Mediterranean to the Indus*, Nueva York.

Aruz, Joan, Kim Benzel y Jean M. Evans (eds.) (2008), *Beyond Babylon. Art, Trade, and Diplomacy in the Second Millennium BC*, Nueva York.

Aruz, Joan, Sarah Graff y Yelena Rakic (eds.) (2013), *Cultures in Contact: From Mesopotamia to the Mediterranean in the Second Millennium BC*, Nueva York.

Baadsgaard, Aubrey, Janet Monge, Samantha Cox y Richard L. Zettler (2011), «Human Sacrifice and Intentional Corpse Preservation in the Royal Cemetery of Ur»: *Antiquity* 85: 27-42.

Bahrani, Zainab (1995), «Assault and Abduction: The Fate of the Royal Image in the Ancient Near East»: *Art History* 18: 363-382.

— (2007), «The Babylonian Visual Image», en Leick, 2007: 155-170.

— (2008), *Rituals of War: The Body and Violence in Mesopotamia*, Nueva York.

Balkan, Kemal (1986), *Studies in Babylonian Feudalism of the Kassite Period*, Malibú.

Barjamovic, Gojko, Thomas Hertel y Mogens Trolle Larsen (2012), *Ups and Downs at Kanesh. Chronology, History and Society in the Old Assyrian Period*, Leiden.

Bauer, Josef, Robert K. Englund y Manfred Krebenik (1998), *Mesopotamien. Späturuk-Zeit und Frühdynastische Zeit*, Friburgo y Gotinga.

Beal, Richard A. (2011), «Hittite Anatolia: A Political History», en Steadman y McMahon, 2011: 917-933.

Beaulieu, Paul-Alain (1989), *The Reign of Nabonidus, King of Babylon 556-539 BC*, New Haven.

— (2007), «Late Babylonian Intellectual Life», en Leick, 2007: 473-484.

Beckman, Gary ([2]1999), *Hittite Diplomatic Texts*, Atlanta.

Abusch, Tzvi *et al.* (eds.) (2001), *Proceedings of the XLV Rencontre Assyriologique Internationale*, Vol. 1: *Historiography in the Cuneiform World*, Bethesda, MD.

Adams, Robert McC. (1966), *The Evolution of Urban Society*, Chicago.

— (2010), "Slavery and Freedom in the Third Dynasty of Ur: Implications of the Garshana Archives": *Cuneiform Digital Library Journal* 2010/2, **http: //cdli.ucla.edu/pubs/cdlj/2010/cdlj2010_002.html**.

Akkermans, Peter M. M. G. y Glenn M. Schwartz (2003), *The Archaeology of Syria. From Complex Hunter-Gatherer to Early Urban Societies (ca. 16,000-300 BC),* Cambridge.

Algaze, Guillermo ([2]2005), *The Uruk World System*, Chicago.

— (2008), *Early Mesopotamia at the Dawn of Civilization*, Chicago.

— (2013), «The End of Prehistory and the Uruk Period», en Crawford, 2013: 68-94.

Alien, Lindsay (2005), *The Persian Empire: A History*, Londres.

Aruz, Joan (ed.) (2003), *Art of the First Cities. The Third Millennium BC from the Mediterranean to the Indus*, Nueva York.

Aruz, Joan, Kim Benzel y Jean M. Evans (eds.) (2008), *Beyond Babylon. Art, Trade, and Diplomacy in the Second Millennium BC*, Nueva York.

Aruz, Joan, Sarah Graff y Yelena Rakic (eds.) (2013), *Cultures in Contact: From Mesopotamia to the Mediterranean in the Second Millennium BC*, Nueva York.

Baadsgaard, Aubrey, Janet Monge, Samantha Cox y Richard L. Zettler (2011), «Human Sacrifice and Intentional Corpse Preservation in the Royal Cemetery of Ur»: *Antiquity* 85: 27-42.

Bahrani, Zainab (1995), «Assault and Abduction: The Fate of the Royal Image in the Ancient Near East»: *Art History* 18: 363-382.

— (2007), «The Babylonian Visual Image», en Leick, 2007: 155-170.

— (2008), *Rituals of War: The Body and Violence in Mesopotamia*, Nueva York.

Balkan, Kemal (1986), *Studies in Babylonian Feudalism of the Kassite Period*, Malibú.

Barjamovic, Gojko, Thomas Hertel y Mogens Trolle Larsen (2012), *Ups and Downs at Kanesh. Chronology, History and Society in the Old Assyrian Period*, Leiden.

Bauer, Josef, Robert K. Englund y Manfred Krebenik (1998), *Mesopotamien. Spaturuk-Zeit und Frühdynastische Zeit*, Friburgo y Gotinga.

Beal, Richard A. (2011), «Hittite Anatolia: A Political History», en Steadman y McMahon, 2011: 917-933.

Beaulieu, Paul-Alain (1989), *The Reign of Nabonidus, King of Babylon 556-539 BC*, New Haven.

— (2007), «Late Babylonian Intellectual Life», en Leick, 2007: 473-484.

Beckman, Gary ([2]1999), *Hittite Diplomatic Texts*, Atlanta.

— (2005), «The Limits of Credulity»: *Journal of the American Oriental Society* 125: 343 - 352.

Beckman, Gary, Trevor Bryce y Eric Cline (2011), *The Ahhiyawa Texts*, Atlanta.

Bienkowski, Piotr y Alan Millard (eds.) (2000), *Dictionary of the Ancient Near East,* Londres.

Bietak, Manfred (2003), «Science versus Archaeology: Problems and Consequences of High Aegean Chronology», en Bietak, 2000-2007, Vol. II: 23-34, Viena.

— (ed.) (2000-2007), *The Synchronisation of Civilisations in the Eastern Mediterranean in the Second Millennium BC*, 3 vols., Viena.

Billows, Richard (2010), *Marathon: How One Battle Changed Western Civilization*, Nueva York y Londres.

Bittel, Kurt (1976), «Das Ende des Hethiterreiches aufgrund archäologischer Zeugnisse»: *Jahresbericht des Instituís für Vorgeschichte, Universität Frankfurt a.M.:* 36-56.

Black, Jeremy *et al.* (2004), *The Literature of Ancient Sumer*, Oxford.

Boardman, John *et al.* (eds.) (1971-1988), *The Cambridge Ancient History*, Vols. 1-4, Cambridge.

Borger, Riekele (1996), *Beiträge zum Inschriftenwerk Assurbanipals*, Wiesbaden.

Bottéro, Jean (ed.) (1954), *Le problàme des Habiru à la 4e Rencontre assyriologique internationale*, París.

— (1972-1975), «Habiru»: *Reallexikon der Assyriologie* 4, Berlín y Nueva York: 14-27.

— (1981), «Les Habiru, les nomades et les sédentaires», en *Nomads and Sedentary Peoples*, ed. J.S. Castillo, México DF: 89-107.

— (1992), *Mesopotamia: Writing, Reasoning, and the Gods*, trad. Z. Bahrani y M. van de Mieroop, Chicago.

Bottéro, Jean y Samuel Noah Kramer (1989), *Lorsque les dieux faisaient l'homme*, París.

Briant, Pierre (1982), *État et pasteurs au Moyen-Orient anden*, Londres.

— (2002a), *From Cyrus to Alexander: A History of the Persian Empire*, Winona Lake, IN.

— (2002b), «The Greeks and 'Persian Decadence'», en *Greeks and Barbarians*, ed.

Thomas Harrison, Edimburgo: 193-210.

Briant, Pierre, Wouter Henkelman y Matthew W. Stolper (eds.) (2008), *L'Archive des Fortifications de Persépolis*, París.

Bridges, Emma, Edith Hall y P.J. Rhodes (eds.) (2007), *Cultural Responses to the Persian Wars: Antiquity to the Third Millennium*, Oxford.

Bright, John (1959), *A History of Israel*, Filadelña (2.ª ed. 1972; 3.ª ed. 1981; 4.ª ed. 2000).

Brinkman, J.A. (1976), *Materials and Studies for Kassite History*, Vol. I: *A Catalogue of Cuneiform Sources Pertaining to Specific Monarchs of the Kassite Dynasty*, Chicago.

— (1976-1980), «Kassiten»: *Reallexikon der Assyriologie* 5, Berlín y Nueva York: 464-473.

— (1984a), «Settlement Survey and Documentary Evidence: Regional Variation and Secular Trend in Mesopotamian Demography»: *Journal of Near Eastern Studies* 43: 169-180.

— (1984b), *Prelude to Empire*, Filadelña.

Brosius, Maria (2006), *The Persians*, Londres.

Brown, David (2000), *Mesopotamian Planetary Astronomy-Astrology*, Groningen.

Bryce, Trevor (2003), *Letters of the Great Kings of the Ancient Near East. The Roy al Correspondence of the Late Bronze Age*, Londres y Nueva York.

— (2005), *The Kingdom of the Hittites*, nueva ed., Oxford.

— (2012), *The World of the Neo-Hittite Kingdoms: A Political and Military History*, Oxford.

Cancik-Kirschbaum, Eva (2003), *Die Assyrer. Geschichte, Gesellschaft, Kultur*, Múnich.

Cancik-Kirschbaum, Eva, Nicole Brisch y Jesper Eidem (eds.) (2014), *Constituent, Confederate, and Conquered Space. The Emergence of the Mittani State*, Berlín.

Cárter, Elizabeth (1992), «The Middle Elamite Period», en Harper, Aruz y Tallon, 1992: 121-122.

Carter, Elizabeth y Matthew W. Stolper (1984), *Elam: Surveys of Political History and Archaeology*, Berkeley.

Charpin, Dominique (1988), *Archives épistolaires de Mari*, París.

— (2004), «Histoire politique du Proche-Orient Amorrite (2002-1595)», en Charpin, Edzard y Stol, 2004: 23-480.

— (2010), *Reading and Writing in Babylon*, Cambridge, MA.

— (2012), *Hammurabi of Babylon*, Londres y Nueva York.

Charpin, Dominique, Dietz O. Edzard y Marten Stol (2004), *Mesopotamien. Die altbabylonische Zeit*, Friburgo y Gotinga.

Charpin, Dominique y Nele Ziegler (2003), *Florilegium marianum V. Mari et le Proche-Orient a l'époque amorrite. Essai d'histoire politique*, París.

Charvát, Petr (2002), *Mesopotamia Before History*, ed. revisada y actualizada, Londres y Nueva York.

Cline, Eric (2014), *1177 BC. The Year Civilization Collapsed*, Princeton.

Cline, Eric y Mark Graham (2011), *Ancient Empires. From Mesopotamia to the Rise of Islam*, Cambridge y Nueva York.

Cogan, Mordechai y Hayim Tadmor (1988), *II Kings*, Nueva York.

Cohén, Andrew C. (2005), *Death Rituals, Ideology, and the Development of Early Mesopotamian Kingship: Toward a New Understanding of lraq's Royal Cemetery of Ur,* Leiden.

Cohen, Raymond y Raymond Westbrook (eds.) (2000), *Amarna Diplomacy. The Beginnings of International Relations*, Baltimore y Londres.

Collins, Billie Jean (2007), *The Hittites and Their World*, Atlanta.

Collon, Dominique (1987), *First Impressions. Cylinder Seals in the Ancient Near East,* Londres.

Coogan, Michael D. (ed.) (2001), *The Oxford History of the Biblical World*, Oxford.

Cook, J. M. (1983), *The Persian Empire*, Londres.

Cooper, Jerrold S. (1983), *Reconstructing History from Ancient Inscriptions: The Lagash-Umma Border Conflict*, Malibú.

— (1986), *Sumerian and Akkadian Royal Inscriptions*, I. *Presargonic Inscriptions*, New Haven.

— (2001), «Literature and History. The Historical and Political Referents of Sumerian Literary Texts», en Abusch *et al.*, 2001: 131-147.

— (2004), «Babylonian Beginnings: The Origin of the Cuneiform Writing System in Comparative Perspective», en *The First Writing. Script Invention as History and Process*, ed. S. D. Houston, Cambridge: 71-99.

Crawford, Harriet ([2]2004), *Sumer and Sumerians*, Cambridge.

— (ed.) (2013), *The Sumerian World*, Londres y Nueva York.

Cryer, Frederick H. (1995), «Chronology: Issues and Problems», en Sasson, 1995: 651-664.

Da Riva, Rocío (2008), *The Neo-Babylonian Royal Inscriptions. An Introduction*, Münster.

— (2013), *The Inscriptions of Nabopolassar, Amél-Marduk and Neriglissar*, Berlín.

Dalley, Stephanie (2013), *The Mystery of the Hanging Garden of Babylon*, Oxford.

Dandamayev, Muhammad (2004), «Twin Towns and Ethnic Minorities in First-Millennium Babylonia», en *Commerce and Monetary Systems in the Ancient World: Means of Transmission and Cultural Interaction*, ed. R. Rollinger y C. Ulf, Múnich: 54-64.

Dercksen, J.G. (2005), «Adad Is King! The Sargon Text from Kültepe»: *Jaarbericht van het vooraziatisch-egyptisch Genootschap «Ex Oriente Lux»* 39: 107-129.

Dickson, D. Bruce (2006), «Public Transcripts Expressed in Theatres of Cruelty: The Royal Graves at Ur in Mesopotamia»: *Cambridge Archaeological Journal* 16: 123-144.

Driver, G.R. y John C. Miles (1952-1955), *The Babylonian Laws. Edited with Translation and Commentary*, Oxford.

Durand, Jean-Marie (1997-2000), *Les documents épistolaires du palais de Mari I-III*, París.

Ebeling, Erich *et al.* (eds.) (1932-), *Reallexikon der Assyriologie*, Berlín.

Eder, Walter y Johannes Renger (eds.) (2007), *Chronologies of the Ancient World: Names, Dates and Dynasties* (Brill's New Pauly, Supplement), Leiden y Boston.

Edzard, Dietz O. (1970), «Die Keilschriftbriefe der Grabungskampagne 1969»: *Kamid el-Loz -Kumidu. Schriftdokumente aus Kamid el-Loz*, Bonn: 55-62.

— (1997), *Gudea and His Dynasty*, Toronto.

Fadhil, Abdulillah (1998), «Der Prolog des Codex Hammurapi in einer Abschrift aus Sippar», *XXXIV. International Assyriology Congress*, Ankara: 717-729.

Fales, F. Mario (2001), *L'impero Assiro: storia e amministrazione, 9.-7. secolo a. C.*, Roma y Bari.

— (2010), *Guerre et paix en Assyrie: religión et impérialisme*, París.

Fales, F. Mario y J.N. Postgate (1992), *Imperial Administrative Records, part 1* (State Archives of Assyria 7), Helsinki.

— (1995), *Imperial Administrative Records, part 2* (State Archives of Assyria 11), Helsinki.

Farber, Walter (1983), «Die Vergöttlichung Naram-Sins»: *Orientalia* 52: 67-72.

Feldman, Marian H. (2005), *Diplomacy by Design: Luxury Arts and an «International Style» in the Ancient Near East, 1400-1200 BCE*, Chicago.

Finkel, I.L. (1988), «The Hanging Gardens of Babylon», en *The Seven Wonders of the Ancient World*, ed. Peter A. Clayton y Martin J. Price, Londres y Nueva York: 38-59.

Finkel, I.L. y M.J. Seymour (eds.) (2008), *Babylon*, Oxford.

Finkelstein, Israel (1999), «State Formation in Israel and Judah»: *Near Eastern Archaeology* 62: 35-62.

— (2013), *The Forgotten Kingdom: The Archaeology and History of Northern Israel,* Atlanta.

Finkelstein, J.J. (1963), «Mesopotamian Historiography»: *Proceedings of the American Philosophical Society* 107: 461-472.

Fleming, Daniel E. (2004), *Democracy's Ancient Ancestors: Mari and Early Collective Governance*, Cambridge.

Foster, Benjamín R. (1995), *From Distant Days: Myihs, Tales, and Poetry of Ancient Mesopotamia*, Bethesda, MD.

— (2001), *The Epic of Gilgamesh*, Nueva York y Londres.

— ([3]2005), *Before the Muses. An Anthology of Akkadian Literature*, Bethesda, MD.

— (2007), *Akkadian Literature of the Late Period*, Münster.

Foster, Benjamín R. y Karen Polinger Foster (2009), *Civilizations of Ancient Iraq*, Princeton.

Frahm, Eckart (2011), «Keeping Company with Men of Learning: The King as Scholar», en Radner y Robson, 2011: 508-532.

— (2013), *Geschichte des alten Mesopotamien*, Ditzingen.

Frame, Grant (1992), *Babylonia 689-627 BC. A Political History*, Estambul.

— (1995), *Rulers of Babylonia. From the Second Dynasty of lsin to the End of Assyrian Domination (1157-612 BC),* Toronto.

Frame, Grant y Andrew George (2005), «The Royal Librarles of Nineveh: New Evidence for King Ashurbanipal's Tablet Collecting»: *Iraq* 67: 265-284.

Frayne, Douglas R. (1990), *Old Babylonian Period (2003-1595 BC)*, Toronto.

— (1993), *Sargonic and Gutian Period (2334-2113 BC)*, Toronto.

— (1997), *Ur III Period (2112-2004 BC)*, Toronto.

— (2008), *Presargonic Period (2700-2350 BC)*, Toronto.

Frye, Richard N. (1963), *The Heritage of Persia*, Cleveland y Nueva York.

Fuchs, Andreas (1993), *Die Inschriften Sargons II. aus Khorsabad*, Gotinga.

Garbini, Giovanni (1988), *History and Ideology in Ancient Israel*, trad. J. Bowden, Nueva York.

Garelli, Paul (1980), «Les empires mésopotamiens», en *Le concept d'empire*, ed. M. Duverger, París: 25-47.

Garelli, Paul *et al.* (1997), *Le Proche-Orient asiatique*. Volume I: *Des origines aux invasions des peuples de la mer*, París.

— (2002), *Le Proche-Orient asiatique*. Volume II: *Les empires mésopotamiens, Israël*, París.

Garfinkle, Steven J. (2007), «The Assyrians: A New Look at an Ancient Power», en *Current Issues and the Study of the Ancient Near East*, ed. M. Chavalas, Claremont: 53-96.

Gasche, H. *et al.* (1998), *Dating the Fall of Babylon: A Reappraisal of Second-Millennium Chronology*, Chicago.

Genz, Hermann (2013), «No Land Could Stand Before Their Arms, from Hatti… on…? New Light on the End of the Hittite Empire and the Early Iron Age in Central Anatolia», en *The Philistines and Other «Sea Peoples» in Text*

and Archaeology, ed. A.E. Killebrew y G. Lehmann, Atlanta: 469-477.

Genz, Hermann y Dirk Paul Mielke (eds.) (2011), *Insights into Hittite History and Archaeology*, Lovaina.

George, A.R. (1992), *Babylonian Topographical Texts*, Lovaina.

George, Andrew (1999), *The Epic of Gilgamesh*, Londres.

— (2003), *The Babylonian Gilgamesh Epic: Introduction, Critical Edition and Cuneiform Texts*, Oxford y Nueva York.

Ghirshman, Roman (1954), *Iran. From the Earliest Times to the Islamic Conquest,* Harmondsworth.

Glassner, Jean-Jacques (2003), *Writing in Sumer. The Invention of Cuneiform*, ed. y trad. Z. Bahrani y M. van de Mieroop, Baltimore.

— (2004), *Mesopotamian Chronicles*, Atlanta.

Goddeeris, Anne (2007), «The Old Babylonian Economy», en Leick, 2007: 198-209.

Grabbe, Lester L. (2004), *A History of the Jews and Judaism in the Second Temple Period.*

Volume I. *Yehud: A History of the Persian Province of Judah*, Londres y Nueva York.

— (ed.) (2011), *Enquire of the Former Age: Ancient Historiography and Writing the History of Israel*, Nueva York.

Grayson, A. Kirk (1975), *Assyrian and Babylonian Chronicles*, Locust Valley, NY.

— ([2]1982), «Assyria: Ashur-dan II to Ashur-Nirari V (934-745 BC)»: *The Cambridge Ancient History*, Vol. III/l: 238-281.

— (1987), *Assyrian Rulers of the Third and Second Millennia BC (to 1115 BC)*, Toronto.

— ([2]1991a), «Assyria: Sennacherib and Esarhaddon (704-669 BC)»: *The Cambridge Ancient History*, Vol. III/2, Cambridge: 103-141.

— (1991b), *Assyrian Rulers of the Early First Millennium BC I (1114-859 BC)*, Toronto.

— (1996), *Assyrian Rulers of the Early First Millennium BC II (858-745 BC)*, Toronto.

Grayson, A. Kirk y Jamie Novotny (2012), *The Royal Inscriptions of Sennacherib, King of Assyria (704-681 BC)*, part 1, Winona Lake, IN.

— (2014), *The Royal Inscriptions of Sennacherib, King of Assyria (704-681 BC)*, part 2, Winona Lake, IN.

Greenberg, Moshe (1955), *The Hab/piru*, New Haven.

Greenfield, Jonas y Aaron Shaffer (1983), «Notes on the Akkadian-Aramaic Bilingual Statue from Tell Fekherye»: *Iraq* 45: 109-116.

Gurney, Oliver (1990), *The Hittites*, Londres.

Günbatti, Cahit (1997), «Kültepe'den Akadly Sargon'a áit bir tablet»: *Archivum Anatolicum* 3: 131-155.

Hallo, William W. (1998), «New Directions in Historiography», en *Dubsar anta-men: Studien zur Altorientalistik: Festschrift für Willem H. Ph. Römer*, ed. M. Dietrich y O. Loretz, Münster: 109-128.

— (2001), «Polymnia and Clio», en Abusch *et al.*, 2001: 195-209.

— (ed.) (1997-2002), *The Context of Scripture*, 3 vols., Leiden.

Hallo, William W. y William K. Simpson ([2]1998), *The Ancient Near East: A History*, Forth Worth.

Hanson, Victor Davis (2007), «Persian Versions. Myth and Reality in Wars Between West and East»: *The Times Literary Supplement*, May 18: 3-4.

Harper, Prudence O. (1992), «Mesopotamian Monuments Found at Susa», en Harper, Aruz y Tallon, 1992: 159-182.

Harper, Prudence O., Joan Aruz y Francoise Tallon (eds.) (1992), *The Royal City of Susa: Ancient Near Eastern Treasures in the Louvre*, Nueva York.

Harrison, Thomas (2011), *Writing Ancient Persia*, Londres.

Hawkins, John David (2000), *Corpus of Hieroglyphic Luwian Inscriptions: Inscriptions of the Iron Age*, Berlín.

Healy, John F. (1990), *The Early Alphabet*, Londres.

Heimpel, Wolfgang (2003), *Letters to the King of Mari. A New Translation with Historical Introduction, Notes, and Commentary*, Winona Lake, IN.

Heinz, Marlies y Marian H. Feldman (eds.) (2007), *Representations of Political Power: Case Histories in Times of Change and Dissolving Order in the Ancient Near East*, Winona Lake, IN.

Hoffner, Harry A. Jr. (1980), «Histories and Historians of the Ancient Near East: The Hittites»: *Orientalia* 49: 283-332.

— (1992), «The Last Days of Khattusha», en *The Crisis Years. The 12th century BC*, ed. William A. Ward y Martha S. Joukowsky, Dubuque, Iowa: 46-52.

— (2009), *Letters from the Hittite Kingdom*, Atlanta.

Hunger, H. (1968), *Babylonische und assyrische Kolophone*, Kevelaer.

Jacobsen, Thorkild (1943), «Primitive Democracy in Ancient Mesopotamia»: *Journal of Near Eastern Studies* 2: 159-172.

— (1976), *The Treasure of Darkness*, New Haven y Londres.

Jahn, Brit (2007), «The Migration and Sedentarization of the Amorites from the Point of View of the Settled Babylonian Population», en Heinz y Feldman, 2007: 193-209.

Jennings, Justin (2011), *Globalizations and the Ancient World*, Cambridge y Nueva York.

Joannès, Francis (2004), *The Age of Empires: Mesopotamia in the First Millennium BC*, trad. Antonia Nevill, Edimburgo.

Jursa, Michael (2005), *Neo-Babylonian Legal and Administrative Documents. Typology, Contents and Archives*, Münster.

— (2010), *Aspects of the Economic History of Babylonia in the First Millennium BC,* Munster.

— (2013), «The Babylonian Economy in the Sixth and Early Fifth Centuries BC: Monetization, Agrarian Expansion and Economic Growth», en *L'economia dell'antica Mesopotamia (III-I millennio a. C.) Per un dialogo interdisciplinare,* ed. Franco D'Agostino, Roma: 67-89.

Kitchen, K. A. (2007), «Egyptian and Related Chronologies -Look, no Sciences, no Pots!», en Bietak, 2000-2007, Vol. III: 163-172.

Klengel, Horst (1992), *Syria: 3000 to 300 BC*, Berlín.

— (1999), *Geschichte des hethitischen Reiches*, Leiden.

Knapp, A.B. (ed.) (1996), *Sources for the History of Cyprus*. Volume 2: *Near Eastern and Aegean Texts from the Third to the First Millennia BC*, Albany, NY.

Koch-Westenholz, Ulla (2000), *Babylonian Liver Omens*, Copenhague.

Kohler, J. y F.E. Peiser (1904-1923), *Hammurabi's Gesetz*, Leipzig.

Koldewey, Robert (1914), *The Excavations at Babylon*, Londres.

König, Friedrich W. (1965), Die elamischen Königsinschriften, Graz.

Kraus, F.R. (1957-1958), «Assyrisch imperialisme»: *Jaarbericht van het Vooraziatisch-Egyptisch Gezelschap «Ex Oriente Lux»* 15: 232-239.

— (1960), «Ein zentrales Problem des altmesopotamischen Rechts: Was ist der Codex Hammurabi?»: *Genava* 8: 383-396.

— (1968), *Briefe aus dem Archiv des Shamash-hazir*, Leiden.

Kroll, S. *et al.* (eds.) (2012), *Biainili-Urartu*, Lovaina.

Kuhrt, Amélie (1995), *The Ancient Near East c. 3000-330 BC*, 2 vols., Londres y Nueva York.

— (2001), «The Achaemenid Persian Empire *(ca. 550-ca.* 330 BCE): continuities, adaptations, transformations», en *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, ed. S. Alcock *et al.*, Cambridge: 93-123.

— (2007a), *The Persian Empire. A Corpus of Sources from the Achaemenid Period*, 2 vols., Londres y Nueva York.

— (2007b), «Cyrus the Great of Persia: Images and Realities», en Heinz y Feldman, 2007: 169-191.

Kupper, Jean-Robert (1957), *Les nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari*, París.

Labat, René (1951), *Traité akkadien de diagnostics et prognostics médicaux*, París.

— (1967), «Assyrien und seine Nachbarländer (Babylonien, Elam, Iran) von 1000 bis 617 V. Chr.», en *Fischer Weltgeschichte Bd. 4: Die Altorientalischen Reiche III*, ed. J. Bottéro, E. Cassin y J. Vercouter: 9-111.

Lambert, W.G. (1960), *Babylonian Wisdom Literature*, Oxford.

Lanfranchi, Giovanni B. y Simo Parpola (1990), *The Correspondence of Sargon II, Part II. Letters from the Northern and Northeastern Provinces* (State Archives of Assyria 5), Helsinki.

Lanfranchi, Giovanni B. *et al.* (eds.) (2003), *Continuity of Empire(?) Assyria, Media, Persia,* Padua.

Larsen, Mogens Trolle (1979), «The Tradition of Empire in Mesopotamia», en *Power and Propaganda*, ed. Mogens Trolle Larsen, Copenhague: 75-103.

Leichty, Erle (2011), *The Royal Inscriptions of Esarhaddon, King of Assyria (680-669 BC),* Winona Lake, IN.

Leick, Gwendolyn (ed.) (2007), *The Babylonian World*, Londres y Nueva York.

Lion, Brigitte (2011), «Literacy and Gender», en Radner y Robson, 2011: 90-112.

Liverani, Mario (1965), «Il fuoruscitismo in Siria nella tarda età del bronzo»: *Rivista Storica Italiana 77*: 315-336.

— (1988a), *Antico Oriente. Storia, società, economia*, Roma y Bari.

— (1988b), «The Growth of the Assyrian Empire in the Habur/Middle Euphrates Area: A New Paradigm»: *State Archives of Assyria Bulletin* 2: 81-98.

— (1990), *Prestige and Interest*, Padua.

— (1993a), «Model and Actualization. The Kings of Akkad in the Historical Tradition», en Liverani, 1993b: 41-67.

— (ed.) (1993b), *Akkad, the First World Empire*, Padua.

— (1997), «Ramesside Egypt in a Changing World. An Institutional Approach», en *L'impero ramesside*, Roma: 101-115.

— (2001a), *International Relations in the Ancient Near East, 1600-1100 BC*, Nueva York.

— (2001b), «The Fall of the Assyrian Empire: Ancient and Modern Interpretations», en *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, ed. S. Alcock *et al.*, Cambridge: 374-391.

— (2004), *Myth and Politics in Ancient Near Eastern Historiography*, Londres.

— (2005a), *Israel's History and the History of Israel*, trad. Ch. Peri y P.R. Davies, Londres.

— (ed.) (2005b), *Recenti tendenze nella ricostruzione della storia antica d'Israele: convegno internazionale: Roma, 6-7 marzo 2003*, Roma.

— (2006), *Uruk: The First City*, trad. Z. Bahrani y M. van de Mieroop, Londres.

— (2014), *The Ancient Near East: History, Society and Economy*, Londres.

Livingstone, Alasdair (2007), «Ashurbanipal: Literate or Not?»: *Zeitschrift für Assyriologie* 97: 98-118.

Longman, Tremper III (1991), *Fictional Akkadian Autobiography*, Winona Lake, IN.

Loretz, Oswald (1984), *Habiru-Hebräer*, Berlín y Nueva York.

Luckenbill, Daniel David (1924), *The Annals of Sennacherib*, Chicago.

Luukko, Mikko y Greta Van Buylaere (2002), *The Political Correspondence of Esarhaddon* (State Archives of Assyria 16), Helsinki.

Machinist, Peter (1982), «Provincial Governance in Middle Assyria»: *Assur* 3/2: 1-37.

Maekawa, Kazuya (1973-1974), «The Development of the *é-mí* in Lagash during Early Dynastic III»: *Mesopotamia* 8-9: 77-144.

Maidman, Maynard Paul (2010), *Nuzi Texts and Their Uses as Historical Evidence*, Leiden y Boston.

Malbran-Labat, Florence (1994), *La Version akkadienne de l'inscription trilingue de Darius à Behistun*, Roma.

Manning, S.W. (1999), A *Test of Time: The Volcano of Thera and the Chronology and History of the Aegean and East Mediterranean in the Mid Second Millennium BC,* Oxford.

— *et al.* (2006), «Chronology for the Aegean Late Bronze Age 1700-1400 BC»: *Science* 312: 565-569.

Marchesi, Gianni (2004), «Who Was Buried in the Royal Tombs of Ur? The Epigraphic and Textual Data»: *Orientalia* 73: 153-197.

Markoe, Glenn E. (2000), *Phoenicians*, Berkeley y Los Ángeles.

Matthews, Roger (1993), *Cities, Seals and Writing: Archaic Seal Impressions from Jemdet Nasr and Ur*, Berlín.

— (2003), *The Archaeology of Mesopotamia. Theories and Approaches*, Londres.

Matthiae, Paolo (2010), *Ebla. La città del trono*, Turín.

Mayrhofer, Manfred (1975), «Kleinasien zwischen Agonie des Perserreiches und hellenistischen Frühling»: *Anzeiger der österreichischen Akademie der Wissenschaften. Philosophisch-Historische Klasse* 112: 274-282.

Mebert, Joachim (2010), *Die Venustafeln des AmmÏ-ceaduqa und ihre Bedeutung für die astronomische Datierung der altbabylonischen Zeit*, Viena.

Michalowski, Piotr (1993), *Letters from Early Mesopotamia*, Atlanta.

— (2003), «The Doors of the Past»: *Eretz Israel* 27: 136-152.

— (2011), *The Correspondence of the Kings of Ur*, Winona Lake, IN.

Michel, Cécile (2001), *Correspondance des marchands de Kanish*, París.

Milano, Lucio (1995), «Ebla: A Third Millennium City-State in Ancient Syria», en Sasson, 1995: 1219-1230.

— (ed.) (2012), *Il Vicino Oriente antico dalle origini ad Alessandro Magno*, Milán.

Millard, Alan (1994), *The Eponyms of the Assyrian Empire, 910-612*, Helsinki.

Molleson, Theya (1994), «The Eloquent Bones of Abu Hureyra»: *Scientific American* 271/2 (August): 70-75.

Moorey, P.R.S. (1977), «What Do We Know about the People Buried in the Royal Cemetery?»: *Expedition* 20/1:

24-40.

— (1995), *From Gulf to Delta and Beyond*, Beer-Sheva.

Moran, William L. (1992), *The Amarna Letters*, Baltimore y Londres.

Moscati, Sabatino (1960), *The Face of the Ancient Orient: A Panorama of Near Eastern Civilizations in Pre-Classical Times*, Garden City, NY.

Naveh, Joseph y Shaul Shaked (2012), *Aramaic Documents from Ancient Bactria (Fourth Century BCE)*, Londres.

Niehr, Herbert (ed.) (2014), *The Arameans in Ancient Syria*, Leiden y Boston.

Nissen, Hans J. (1988), *The Early History of the Ancient Near East. 9000-2000 BC*, trad. E. Lutzeier y K. Northcutt, Chicago y Londres.

Nissen, Hans J., Peter Damerow y Robert K. Englund (1993), *Archaic Bookkeeping. Early Writing and Techniques of Economic Administration in the Ancient Near East*, Chicago y Londres.

Oates, Joan y David (2001), *Nimrud. An Assyrian Imperial City Revealed*, Londres.

Oded, Bustenay (1979), *Mass Deportations and Deportees in the Neo-Assyrian Empire*, Wiesbaden.

Olmstead, A.T. (1948), *History of the Persian Empire*, Chicago.

Onasch, Hans-Ulrich (1994), *Die assyrischen Eroberungen Ágyptens*, Wiesbaden.

Oppenheim, A. Leo *(²1977), Ancient Mesopotamia,* Chicago.

Owen, David I. (2013), «The Archive of Iri-Sagrig/Āl-Šarrākī: A Brief Survey», en *From the 21st Century BC to*

the 21st Century AD: The Present and Future of Neo-Sumerian Studies, ed. Manuel Molina y Steven Garfinkle, Winona Lake, IN: 89-102.

Pagden, Anthony (2008), *Worlds at War. The 2,500-Year Struggle between East and West,* Nueva York.

Parker, Barbara (1961), «Administrative Tablets from the North-West Palace, Nimrud»: *Iraq* 23: 15-67.

Parpola, Simo (1987), *The Correspondence of Sargon II*, Part I. *Letters from Assyria and the West* (State Archives of Assyria 1), Helsinki.

— (1993), *Letters from Assyrian and Babylonian Scholars* (State Archives of Assyria 10), Helsinki.

— (1997), «The Man without a Scribe and the Question of Literacy in the Assyrian Empire», en *Ana šadî Labnāni lū allik: Beiträge zu altorientalischen und mittelmeerischen Kulturen Festschrift für Wolfgang Röllig*, ed. Beate Pongratz-Leisten *et al.*, Kevelaer y Neukirchen-Vluyn: 315-324.

Parpola, Simo y Kazuko Watanabe (1988), *Neo-Assyrian Treaties and Loyalty Oaths* (State Archives of Assyria 2), Helsinki.

Parpola, Simo y R.M. Whiting (eds.) (1997), *Assyria 1995*, Helsinki.

Pettinato, Giovanni (1991), *Ebla. A New Look at History*, Baltimore.

Podany, Amanda (2002), *The Land of Hana*, Bethesda, MD.

— (2010), *Brotherhood of Kings*, Oxford.

— (2014), *The Ancient Near East: A Very Short Introduction*, Oxford.

Pollock, Susan *(1999), Ancient Mesopotamia. The Eden that Never Was*, Cambridge.

— (2007), «The Royal Cemetery of Ur: Ritual, Tradition, and the Creation of Subjects», en Heinz y Feldman, 2007: 89-110.

Pongratz-Leisten, Beate (1999), *Herrschaftswissen in Mesopotamien*, Helsinki.

Porter, Barbara N. (1993), *Images, Power, and Politics. Figurative Aspects of Esarhaddon's Babylonian Policy*, Filadelfia.

Postgate, J.N. (1992a), *Early Mesopotamia: Society and Economy at the Dawn of History,* Londres.

— (1992b), «The Land of Assur and the Yoke of Assur»: *World Archaeology* 23: 247-263. — (2013), *Bronze Age Bureaucracy. Writing and the Practice of Government in Assyria,* Cambridge.

Potts, D.T. (1990), *The Arabian Gulf in Antiquity*, Oxford.

— (1997), *Mesopotamian Civilization. The Material Foundations*, Ithaca.

— (1999), *The Archaeology of Elam*, Cambridge.

— (ed.) (2012), *A Companion to the Archaeology of the Ancient Near East*, Oxford.

— (ed.) (2013), *The Oxford Handbook of Ancient Iran*, Oxford y Nueva York.

Potts, Timothy (2001), «Reading the Sargonic 'Historical-Literary' Tradition. Is There a Middle Course?», en Abusch *et al.*, 2001: 391-408.

Pournelle, Jennifer R. (2013), «Physical Geography», en Crawford, 2013: 13-32.

Pritchard, James B. (ed.) ([3]1969), *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament,* Princeton.

Pruzsinszky, Regine (2009), *Mesopotamian Chronology of the 2nd millennium BC: An Introduction to the Textual Evidence and Related Chronological Issues*, Viena.

Radner, Karen (2011), «Assyrians and Urartians», en Steadman y McMahon, 2011: 734 - 751.

— (2013), «Assyria and the Medes», en Potts, 2013: 442-456.

Radner, Karen y Eleanor Robson (eds.) (2011), *The Oxford Handbook of Cuneiform Culture,* Oxford y Nueva York.

Reiner, Erica y David Pingree (1975), *Babylonian Planetary Omens*, Malibú.

Renger, Johannes (2002), «Royal Edicts of the Old Babylonian Period -Structural Background», en *Debt and Economic Renewal in the Ancient Near East*, ed. M. Hudson y M. van de Mieroop, Bethesda, MD: 139-162.

Roaf, Michael (1990), *Cultural Atlas of Mesopotamia and the Ancient Near East*, Oxford.

— (2012), «The Fall of Babylon in 1499 NC or 1595 MC»: *Akkadica* 133: 147-174.

Robson, Eleanor (1999), *Mesopotamian Mathematics, 2100-1600 BC*, Oxford.

Rochberg, Francesca (2004), *The Heavenly Writing. Divination, Horoscopy, and Astronomy in Mesopotamian Culture*, Cambridge.

Roth, Martha T. (1984), *Babylonian Marriage Agreements 7th-3rd Centuries BC*, Kevelaer.

— (²1997), *Law Collections from Mesopotamia and Asia Minor*, Atlanta.

Rothman, Mitchell S. (ed.) (2001), *Uruk Mesopotamia & Its Neighbors*, Santa Fe.

— (2004), «Studying the Development of Complex Society: Mesopotamia in the Late Fifth and Fourth Millennia BC»: *Journal of Archaeological Research* 12: 75-119.

Rowton, Michael B. (1965), «The Topological Factor in the Hapiru Problem»: *Studies in Honor of Benno Landsberger*, Chicago: 375-387.

Sack, Ronald H. (1972), *Amel-Marduk 562-560 BC*, Kevelaer.

— (²2004), *Images of Nebuchadnezzar*, Selingsgrove.

Saggs, H.W.F. (1984), *The Might that Was Assyria*, Londres.

Sagona, Antonio y Paul Zimansky (2009), *Ancient Turkey*, Londres y Nueva York.

Sallaberger, Walther (2007), «From Urban Culture to Nomadism: A History of Upper Mesopotamia in the Late Third Millennium», en *Sociétés humaines et changement climatique a la fin du troisième millénaire: une crise a-t-elle eu lieu en Haute Mésopotamie*?, ed. C. Kuzuzuoglu y C. Marro, París: 417-456.

Sallaberger, Walther y Aage Westenholz (1999), *Mesopotamien. Akkade-Zeit und Ur III Zeit,* Friburgo y Gotinga.

Salvini, Mirjo (1995), *Geschichte und Kultur der Urartäer*, Darmstadt.

— (1998), «The Earliest Evidences of the Hurrians before the Formation of the Reign of Mittanni», en *Urkesh and the Hurrians. Studies in Honor of Lloyd Cotsen*, ed. G. Buccellati y M. Kelly-Buccellati, Malibú: 99-115.

— (2008-2012), *Corpus dei testi urartei*, 4 vols., Roma.

Salvini, Mirjo e Ilse Wegner (1986), *Die Rituale des AZU-Priesters*, Roma.

Sancisi-Weerdenburg, Heleen (1987), «Decadence in the Empire or Decadence in the Sources?», en *Achaemenid History I. Sources, Structures and Synthesis*, ed. H. Sancisi-Weerdenburg, Leiden: 33-45.

Sassmannshausen, Leonard (2001), *Beiträge zur Verwaltung und Gesellschaft Babyloniens in der Kassitenzeit*, Mainz.

— (2004), «Kassite Nomads. Fact or Fiction?», en *Nomades et sédentaires dans le proche-orient anden*, ed. C. Nicolle, París: 287-305.

Sasson, Jack M. (ed.) (1995), *Civilizations of the Ancient Near East*, 4 vols., Nueva York.

Schaudig, Hanspeter (2001), *Die Inschriften Nabonids von Babylon und Kyros' des Großen*, Münster.

Schmandt-Besserat, Denise (1992), *Before Writing*, Austin.

Schmidt, Klaus (2011), «Göbekli Tepe: A Neolithic Site in Southeastern Anatolia», en Steadman y McMahon, 2011: 917-933.

Schmitt, Rüdiger (2009), *Die altpersischen Inschriften der Achaemeniden*, Wiesbaden.

Schwartz, Glenn (1995), «Pastoral Nomadism in Ancient Western Asia», en Sasson, 1995: 249-258.

Seeher, Jürgen (2001), «Die Zerstörung der Stadt Hattusa», en *Akten des IV. Internationalen Kongresses für Hethitologie Würzburg, 4.-8. Oktober 1999*, ed. G. Wilhelm, Wiesbaden: 623-634.

Selz, Gebhard J. (1989), *Die altsumerischen Wirtschaftsurkunden der Ermitage zu Leningrad*, Wiesbaden.

Seri, Andrea (2013), *The House of Prisoners. Slavery and State in Uruk during the Revolt against Samsu-iluna*, Boston y Berlín.

Sharlach, Tonia M. (2004), *Provincial Taxation and the Ur III State*, Leiden.

Sherratt, Susan (2003), «The Mediterranean Economy: 'Globalization' at the End of the Second Millennium BCE», en *Symbiosis, Symbolism, and the Power of the Past: Canaan, Ancient Israel, and Their Neighbors from the Late Bronze Age through Roman Palaestina*, ed. W.G. Dever y S. Gitin, Winona Lake, IN: 37-54.

Singer, Itamar (1991), «A Concise History of Amurru», en Shlomo Izre'el, *Amurru Akkadian*, Vol. II, Atlanta: 134-195.

Snell, Daniel C. (ed.) (2005), A *Companion to the Ancient Near East*, Oxford.

Starr, Ivan (1990), *Queries to the Sungod* (State Archives of Assyria 4), Helsinki.

Steadman, Sharon R. y Gregory McMahon (eds.) (2011), *The Oxford Handbook of Ancient Anatolia, 10,000-323 BCE*, Oxford y Nueva York.

Steinkeller, Piotr (1987), «The Administrative and Economic Organization of the Ur III State: The Core and the Periphery», en *The Organization of Power. Aspects of Bureaucracy in the Ancient Near East*, ed. McGuire Gibson y R.D. Biggs, Chicago: 19-41.

— (2002), «Archaic City Seals and the Question of Early Babylonian Unity», en *Riches Hidden in Secret Places. An-*

cient Near Eastern Studies in Memory of Thorkild Jacobsen, ed. Tzvi Abusch, Winona Lake, IN: 249-257.

— (2003), «Archival Practices at Babylonia in the Third Millennium», en *Ancient Archives and Archival Traditions*, ed. M. Brosius, Oxford: 37-58.

— (2013), «Puzur-Inshushinak at Susa: A Pivotal Episode in Early Elamite History Reconsidered», en *Susa and Elam: Archaeological, Philological, Historical and Geographical Perspectives*, ed. Katrien de Graef y Jan Tavernier, Leiden: 293-317.

Stern, Ephraim (2001), *Archaeology of the Land of the Bible. II: The Assyrian, Babylonian, and Persian Periods, 732-322 BCE*, Nueva York.

Stol, Marten (2004), «Wirtschaft und Gesellschaft in altbabylonischer Zeit», en Charpin, Edzard y Stol, 2004: 643-975.

Stolper, Matthew W. (1985), *Entrepreneurs and Empire*, Estambul.

Tadmor, Hayim y Shigeo Yamada (2011), *The Royal Inscriptions of Tiglath-pileser III (744 - 727 BC) and Shalmaneser V (726-722 BC), Kings of Assyria,* Winona Lake, IN.

Thureau-Dangin, François (1912), *Une relation de la huitième campagne de Sargon*, París.

Tinney, Steve (1998), «Texts, Tablets, and Teaching. Scribal Education in Nippur and Ur»: *Expedition* 40/2: 40-50.

Ur, Jason (2014), «Households and the Emergence of Cities in Ancient Mesopotamia»: *Cambridge Archaeological fournal* 24: 249-268.

Van de Mieroop, Marc (1992), *Society and Enterprise in Old Babylonian Ur*, Berlín.

— (1997), «On Writing a History of the Ancient Near East»: *Bibliotheca Orientalis* 54: 285-306.

— (1999a), *Cuneiform Texts and the Writing of History*, Londres.

— (1999b), *The Ancient Mesopotamian City*, Oxford.

— (1999c), «Literature and Political Discourse in Ancient Mesopotamia. Sargon II of Assyria and Sargon of Agade», en *Munuscula Mesopotamica. Festschrift für Johannes Renger*, ed. B. Bóck *et al.*, Münster: 327-339.

— (2000), «Sargon of Agade and his Successors in Anatolia»: *Studi Micenei ed EgeoAnatolici* 42: 133-159.

— (2003), «Reading Babylon»: *American Journal of Archaeology* 107: 257-275.

— (2005), *King Hammurabi of Babylon: A Biography*, Oxford.

— (2007), *The Eastern Mediterranean in the Age of Ramesses II*, Oxford.

Van der Spek, R.J. (2008), «Berossus as a Babylonian Chronicler and Greek Historian», en *Studies in Ancient Near Eastern World View and Society: Presented to Marten Stol on the Occasion of his 65th Birthday*, ed. R.J. van der Spek, Bethesda, MD: 277-317.

Vanderhooft, David S. (1999), *The Neo-Babylonian Empire and Babylon in the Latter Prophets*, Atlanta.

Van Lerberghe, Karel (1995), «Kassites and Old Babylonian Society. A Reappraisal», en *Immigration and Emigration within the Ancient Near East. Festschrift E. Lipinski*, ed. K. Van Lerberghe y A. Schoors, Lovaina: 381-393.

Vanstiphout, H.L.J. (2004), *Epics of Sumerian kings: The Matter of Aratta*, Atlanta.

Veenhof, Klaas R. (1997-2000), «The Relation between Royal Decrees and Law Collections in the Oíd Babylonian Period»: *Jaarbericht van het Vooraziatisch-Egyptisch Genootschap Ex Oriente Lux 35/36:* 49-83.

— (2002), «Archaic City Seals and the Question of Early Babylonian Unity», en *Riches Hidden in Secret Places. Ancient Near Eastern Studies in Memory of Thorkild Jacobsen,* ed. Tzvi Abusch, Winona Lake, IN: 249-257.

— (2003), «Archival Practices at Babylonia in the Third Millennium», en *Ancient Archives and Archival Traditions*, ed. M. Brosius, Oxford: 37-58.

— (2013), «Puzur-Inshushinak at Susa: A Pivotal Episode in Early Elamite History Reconsidered», en *Susa and Elam: Archaeological, Philological, Historical and Geographical Perspectives*, ed. Katrien de Graef y Jan Tavernier, Leiden: 293-317.

Stern, Ephraim (2001), *Archaeology of the Land of the Bible. II: The Assyrian, Babylonian, and Persian Periods, 732-322 BCE*, Nueva York.

Stol, Marten (2004), «Wirtschaft und Gesellschaft in altbabylonischer Zeit», en Charpin, Edzard y Stol, 2004: 643-975.

Stolper, Matthew W. (1985), *Entrepreneurs and Empire*, Estambul.

Tadmor, Hayim y Shigeo Yamada (2011), *The Royal Inscriptions of Tiglath-pileser III (744 - 727 BC) and Shalmaneser V (726-722 BC), Kings of Assyria,* Winona Lake, IN.

Thureau-Dangin, François (1912), *Une relation de la huitième campagne de Sargon*, París.

Tinney, Steve (1998), «Texts, Tablets, and Teaching. Scribal Education in Nippur and Ur»: *Expedition* 40/2: 40-

50.

Ur, Jason (2014), «Households and the Emergence of Cities in Ancient Mesopotamia»: *Cambridge Archaeological fournal* 24: 249-268.

Van de Mieroop, Marc (1992), *Society and Enterprise in Old Babylonian Ur*, Berlín.

— (1997), «On Writing a History of the Ancient Near East»: *Bibliotheca Orientalis* 54: 285-306.

— (1999a), *Cuneiform Texts and the Writing of History*, Londres.

— (1999b), *The Ancient Mesopotamian City*, Oxford.

— (1999c), «Literature and Political Discourse in Ancient Mesopotamia. Sargon II of Assyria and Sargon of Agade», en *Munuscula Mesopotamica. Festschrift für Johannes Renger*, ed. B. Böck *et al.*, Münster: 327-339.

— (2000), «Sargon of Agade and his Successors in Anatolia»: *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici* 42: 133-159.

— (2003), «Reading Babylon»: *American Journal of Archaeology* 107: 257-275.

— (2005), *King Hammurabi of Babylon: A Biography*, Oxford.

— (2007), *The Eastern Mediterranean in the Age of Ramesses II*, Oxford.

Van der Spek, R.J. (2008), «Berossus as a Babylonian Chronicler and Greek Historian», en *Studies in Ancient Near Eastern World View and Society: Presented to Marten Stol on the Occasion of his 65th Birthday*, ed. R.J. van der Spek, Bethesda, MD: 277-317.

Vanderhooft, David S. (1999), *The Neo-Babylonian Empire and Babylon in the Latter Prophets*, Atlanta.

Van Lerberghe, Karel (1995), «Kassites and Old Babylonian Society. A Reappraisal», en *Immigration and Emigration within the Ancient Near East. Festschrift E. Lipinski*, ed. K. Van Lerberghe y A. Schoors, Lovaina: 381-393.

Vanstiphout, H.L.J. (2004), *Epics of Sumerian kings: The Matter of Aratta*, Atlanta.

Veenhof, Klaas R. (1997-2000), «The Relation between Royal Decrees and Law Collections in the Old Babylonian Period»: *Jaarbericht van het Vooraziatisch-Egyptisch Genootschap Ex Oriente Lux 35/36:* 49-83.

— (2003), «Archives of Old Assyrian Traders», en *Ancient Archives and Archival Traditions*, ed. M. Brosius, Oxford: 78-123.

Veenhof, Klaas R. y Jesper Eidem (2008), *Mesopotamia. The Old Assyrian Period*, Friburgo y Gotinga.

Veldhuis, Niek (2011), «Levels of Literacy», en Radner y Robson, 2011: 68-89.

— (2014), *History of the Cuneiform Lexical Tradition*, Münster.

Vidale, Massimo (2011), «PG 1237, Royal Cemetery of Ur: Patterns in Death»; *Cambridge Archaeological Journal* 21: 427-451.

Villard, Pierre (1997), «L'éducation d'Assurbanipal»: *Ktema* 22: 135-149.

Visicato, Giuseppe (1995), *The Bureaucracy of Shuruppak*, Münster.

Von Dassow, Eva (2008), *State and Society in the Late Bronze Age. Alalah under the Mittani Empire*, Bethesda, MD.

Von Soden, Wolfram (1937), *Der Aufstieg des Assyrerreichs als geschichtliches Problem* (Der alte Orient 37 1/2), Lei-

pzig.

Walker, C.B.F. (1987), *Cuneiform*, Londres.

Waters, Matthew W. (2000), *A Survey of Neo-Elamite History*, Helsinki.

Watkins, Trevor (2010), «New Light on Neolithic Revolution in South-West Asia»: *Antiquity* 84: 621-634.

Watson, Wilfred G.E. y Nicolas Wyatt (eds.) (1999), *Handbook of Ugaritic Studies*, Leiden.

Wells, Bruce (2005), «Law and Practice», en Snell, 2005: 199-211.

Westbrook, Raymond (1989), «Cuneiform Law Codes and the Origins of Legislation»: *Zeitschrift für Assyriologie* 79: 201-222.

Westenholz, Joan (1997), *Legends of the Kings of Akkade*, Winona Lake, IN.

Wetzel, Friedrich y F.H. Weissbach (1938), *Das Hauptheiligtum des Marduk in Babylon, Esagila und Etemenanki*, Leipzig.

Whiting, Robert (1995), «Amorite Tribes and Nations of Second-Millennium Western Asia», en Sasson, 1995: 231-242.

Wiener, M.H. (2003), «Time Out: The Current Impasse in Bronze Age Archaeological Dating», en *Metron: Measuring the Aegean Bronze Age*, ed. K. Polinger Foster y R. Laffineur, Lieja: 363-399.

— (2007), «Times Change: The Current State of the Debate in Old World Chronology», en Bietak, 2000-2007, Vol. III: 25-64.

Wiesehöfer, Josef (1996), *Ancient Persia from 550 BC to 650 AD*, Londres y Nueva York.

— (2007), «The Achaemenid Empire in the Fourth Century BCE: A Period of Decline?», en *Judah and the Judeans in the Fourth Century BCE*, ed. Oded Lipschits *et al.*, Winona Lake, IN: 11-30.

— (2009), «The Achaemenid Empire», en *The Dynamics of Ancient Empires*, ed. Ian Morris y Walter Scheidel, Oxford: 66-98.

Wilcke, Claus (1989), «Genealogical and Geographical Thought in the Sumerian King List», en *DUMU-E_2-DUB-BA-A: Studies in Honor of Åke W. Sjöberg,* ed. H. Behrens *et al.,* Filadelfia: 557-571.

— (2000), *Wer las und schrieb in Babylonien und Assyrien. Überlegungen zur Literalität im Alten Zweistromland.* Bayerische Akademie der Wissenschaften. Philologisch-Historische Klasse. Sitzungsberichte. Jahrgang 2000, Heft 6. Múnich.

Wilhelm, Gernot (1989), *The Hurrians*, Warminster.

Williamson, H. G. M. (ed.) (2007), *Understanding the History of Ancient Israel*, Oxford y Nueva York.

Winter, Irene J. (2000), «Babylonian Archaeologists of The(ir) Mesopotamian Past», en *Proceedings of the First International Congress on the Archaeology of the Ancient Near East*, ed. P. Matthiae *et al.*, Roma: 1785-1800.

Wiseman, D. J. (1985), *Nebuchadrezzar and Babylon*, Oxford.

Woolley, Leonard (1982), *Ur «of the Chaldees»*, revisado y actualizado por P. R. S. Moorey, Londres.

Woolmer, Mark (2011), *Ancient Phoenicia: An Introduction*, Londres.

Wright, Henry T. y Gregory A. Johnson (1975), «Population, Exchange, and Early State Formation in Southwes-

tern Iran»: *American Anthropologist* 77: 267-289.

Wullen, Moritz y Günther Schauerte (eds.) (2008), *Babylon: Mythos*, Berlín.

Wunsch, Cornelia (2007), «The Egibi Family», en Leick, 2007: 236-247.

— (2013), «Glimpses on the Lives of Deportees in Rural Babylonia», en *Arameans, Chaldeans, and Arabs in Babylonia and Palestine in the First Millennium BC*, ed. Angelika Berlejung y Michael P. Streck, Wiesbaden: 247-260.

Yoffee, Norman (1988), «The Collapse of Ancient Mesopotamian States and Civilization», en *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, ed. N. Yoffee y G. Cowgill, Tuscon: 44-68.

— (2005), *Myths of the Archaic State: Evolution of the Earliest Cities, States and Civilization*, Cambridge.

Zamazalová, Silvie (2011), «The Education of Neo-Assyrian Princes», en Radner y Robson, 2011: 313-330.

Zettler Richard L. y Lee Horne (eds.) (1998), *Treasures from the Royal Tombs at Ur,* Filadelfia.

Zimansky, Paul (2005), «Archaeology and Texts in the Ancient Near East», en *Archaeologies of the Middle East. Critical Perspectives*, ed. S. Pollock y R. Bernbeck, Oxford: 308-326.

— (2011), «Urartian and the Urartians», en Steadman y McMahon, 2011: 548-559.

CRONOLOGÍA GLOBAL

Acontecimientos políticos y militares	Desarrollos culturales y tecnológicos
	11000-7000: desarrollo de la agricultura
	ca. 6500: aparición de la cerámica
	ca. 5500: la agricultura por irrigación aparece en Babilonia
ca. 3400: aparición de la primera ciudad: Uruk	ca. 3400: invención de la escritura y los instrumentos de la burocracia en Babilonia; primer uso del bronce
ca. 3100: auge del sistema de ciudades- estado en Babilonia	
2900-2288: Dinástico Antiguo en Babilonia	
ca. 2500-2350: conflicto fronterizo entre Lagash y Umma en Babilonia	ca. 2500: primeras inscripciones reales de Babilonia
ca. 2400: Uru'inimgina de Lagash	ca. 2350: listas léxicas bilingües en Ebla
2288-2111: Período Acadio Antiguo	
2288: ascenso al trono de Sargon de Acad	

2288-2175: acciones militares acadias por todo el Próximo Oriente

ca. 2200: Naram-Sin se proclama dios; uso de la técnica de la cera perdida en la fundición de cobre

ca. 2150: derrumbe de la hegemonía de Acad

2110-2003: Período de Ur III en Babilonia

ca. 2100: Puzur-Inshushinak de Awan unifica el suroeste de Irán

ca. 2070: Shulgi crea la organización estatal de Ur III; unificación de Babilonia

Siglo XXI: creación de la literatura de celebración del rey en sumerio

2003: los elamitas capturan Ur y a su rey Ibbi-Sin

2003-1792: Período de Isin-Larsa en Babilonia

2000-1775: Período Asirio Antiguo en el norte de Mesopotamia

1898: inicio de una guerra abierta entre las ciudades-estado de Babilonia

ca. 1850: Eshnunnna establece su hegemonía sobre la región del Diyala, Mari sobre el valle del Éufratres medio

Siglos XIX-XVIII: los estudiantes del sur de Babilonia copian tablillas literarias sumerias

1793: Rim-Sin de Larsa unifica el sur de Babilonia

ca. 1792: Shamsi-Adad

crea el reino de la Alta Mesopotamia

1792-1595: período paleobabilonio en Babilonia

ca. 1775: Zimri-Lim se convierte en rey de Mari

1766-1761: Hammurabi de Babilonia elimina a sus competidores

1755: Hammurabi promulga su código legal

1712: el sur de Babilonia entra en una Era Oscura

Siglos XVIII-XVII: desarrollo de la literatura en lengua acadia

Inicios o mediados del siglo xvii: Hattusili I crea el Reino Antiguo hitita

1595: El rey hitita Mursili I saquea Babilonia

Siglo XVI: Edad Oscura en todo el Próximo Oriente. Creación del estado casita en Babilonia

Siglo XVI: introducción del caballo y el carro de guerra en el Próximo Oriente

1500-1100: período mediobabilonio en Babilonia; período medioelamita en el suroeste de Irán.

ca. 1500: primera evidencia del estado de Mitanni en el norte de Siria

principios del siglo XV: saqueos egipcios en el norte de Siria

ca. 1450-1200: la literatura letrada de

Babilonia domina en el

Próximo Oriente	
1400-1200: Reino Nuevo en la historia hitita	
1400-1100: período medioasirio en Asiria	
1365-1335: el estado de Mitanni se disuelve en dos partes sometidas a extranjeros	
1353-1318: Asiria emerge como gran potencia bajo Asur-uballit I	
1344-1322 Suppiluliuma I extiende el control hitita sobre Siria	
Siglo XIII: expansión sostenida de Asiria	
1274: batalla de Qadesh entre Ramsés II y Muwatalli II	
1259: tratado de paz entre Ramsés II y Hattusili III	1225: Tukulti-Ninurta I de Asiria trae consigo literatura babilonia como botín
1200-1177: colapso del sistema de la Edad del Bronce Último	
1155: caída de la dinastía casita en Babilonia	1158: Shutruk-Nahhunte de Elam trae monumentos babilonios a Susa
ca. 1100: Nabucodonosor I saquea Susa	ca. 1100: creación de literatura en honor del dios Marduk
1200-900: los arameos ganan poder político en	1200-900: difusión del alfabeto lineal;

Siria

aumento en el uso del hierro; domesticación del camello; desarrollos en tecnología naval

900-612: período neoasirio.

Principios del primer milenio: desarrollo de tradiciones escritas en el Próximo Oriente occidental: neohitita, amareo, fenicio, hebreo

Siglo IX: Asiria recupera su extensión territorial medioasiria

ca. 885-874: Omrí inicia una nueva dinastía en Israel

Mediados del siglo IX: Sarduri I unifica el estado de Urartu

853: Salmanasar III de Asiria lucha con coalición de estados occidentales en Qarqar

823-745: decae el poder de Asiria

Principios del siglo viii: primeros textos alfabéticos conservados en Grecia

745: Tiglatpileser III inicia la reestructuración de Asiria como imperio

740-646: período neoelamita en el suroeste de Irán

722: Salmanasar V captura Samaría

714: Sargon II saquea Urartu

695: los cimerios saquean Gordion, capital de Frigia

689: Senaquerib saquea Babilonia

671: Asarhadón invade Egipto

664-663: Asurbanipal invade Egipto

652-648: guerra civil entre Asurbanipal y su hermano Shamashshuma-ukin en Babilonia

647: Asurbanipal saquea Susa

Siglo vii: biblioteca de Asurbanipal en Nínive

626-539: período neobabilonio

612: saqueo de Nínive y retirada asiria al oeste

605: Nabucodonosor II vence en la batalla de Karkemish

587: Nabucodonosor II saquea Jerusalén

Principios del siglo VI: Nabucodonosor reconstruye Babilonia

559-331: Imperio persa

539: Ciro termina con la independencia de Babilonia

555-539: Nabónido promueve el culto de Sin por encima de otras divinidades babilonias

521: Darío usurpa el trono

Finales del siglo VI: Darío

de Persia	encarga el desarrollo del alfabeto cuneiforme persa
Acontecimientos políticos y militares	Desarrollos culturales y tecnológicos
490 y 480-479: Persia fracasa en su conquista de Grecia	
484: Jerjes aplasta revueltas babilonias	
401: Ciro el Joven es derrotado en la batalla de Cunaxa	
331: Alejandro entra en Babilonia	
323: muerte de Alejandro	

MARC VAN DE MIEROOP (22 de octubre de 1956, Bélgica), profesor, es especialista en la historia del Próximo Oriente antiguo desde el comienzo de la escritura hasta la época de Alejandro de Macedonia. Además de enseñar en la Universidad de Columbia, ha enseñado en la Universidad de Oxford y en la Universidad de Yale. Es director del Centro para el Mediterráneo Antiguo de Columbia y editor fundador del *Journal of Ancient Near Eastern History*.

Es autor de más de cien artículos y reseñas, y ha publicado numerosos libros sobre diversos aspectos de la historia del Próximo Oriente, la historia de Egipto y la historia universal.

Sus intereses incluyen la historia socioeconómica y política, y ha escrito extensamente sobre metodología histórica aplicada a su campo de estudio. Su investigación actual se centra en la historia intelectual de la antigua Babilonia y su repercusión en el Cercano Oriente en general, incluida Grecia y el mundo bíblico. Su libro, *Philosophy before the*

Greeks: The Pursuit of Truth in Ancient Babylonia, escrito mientras era becario Guggenheim en 2013-14, estudia la epistemología babilónica. Más recientemente ha publicado *Antes y después de Babel: Writing as Resistance in Ancient Near Eastern Empires* (2023), que escribió en parte con el apoyo de la ACLS durante el curso 2016-17.

Notas

[1] Las fechas absolutas que uso para la historia de Asiria y Babilonia están tomadas de una lista preparada por Regine Pruzsinszky para Gonzalo Rubio (ed.), *A Handbook of Ancient Mesopotamia*, De Gruyer (en prensa). <<

[2] Algaze, 2013: 78-79. <<

[3] Traducción siguiendo a Glassner, 2004: 120-121. <<

[4] Esto es, entre Lagash y Umma. <<

[5] Se han usado las letras mayúsculas para hacer referencia al nombre KI.EN.GI debido a que no estamos seguros de cómo leerlo. <<

[6] Molleson, 1994. <<

[7] Hay varias designaciones para el estado, más comúnmente Acad o Sargónida. El nombre del trono dinástico, Acad, a veces es anglicizado como Agade o Accad. <<

[8] Frayne, 1993: 31. <<

[9] Frayne, 1993: 16. <<

[10] Traducción según Farber, 1983. <<

[11] Traducción por Jack Sasson, en Sasson (ed.), 1995: 906. <<

[12] Traducción según Bottéro y Kramer, 1989: 434. <<

[13] Mujer de Pushuken. <<

[14] Mujer de Innaya. <<

[15] Traducción según Durand, 1997-2000, volumen 1: 441-442. <<

[16] Durand, 1997-2000, volumen 1: 138. <<

[17] Frayne, 1990: 341. <<

[18] Traducción según Kraus, 1968: n.º 1. <<

[19] Para una traducción reciente del Código de Hammurabi, ver Roth, 1997: 71-142. <<

[20] Traducción de Robson, 1999: 224. <<

[21] Traducción por Gary Beckman en Aruz, Benzel y Evans, 2008: 158. <<

[22] Traducción siguiendo a Moran, 1992: n.º 9. <<

[23] Proscritos sociales seminómadas. Ver capítulo 8. <<

[24] Moran, 1992: n.º 1. <<

[25] Beckam, 1999: 149. <<

[26] Moran, 1992: n.º 3. <<

[27] Moran, 1992: n.º 19. <<

[28] Beckam, 1999: 106. <<

[29] Las palabras «rey de Ahhiyawa» fueron borradas de la tablilla. <<

[30] Beckman, 1999: 147. El nombre del rey hitita no se ha conservado. Los expertos han sugerido a Muwatalli II, Mursili III y Hattusili III. <<

[31] Grayson, 1987: 275. <<

[32] Foster, 2007: 21. <<

[33] Gregory Mobley en Coogan, 2001: 118-119. <<

[34] John Wilson en Pritchard, 1969: 262. <<

[35] Frame, 1995: 124. <<

[36] K. Lawson Younger, Jr., en Hallo, 1997-2002, vol. 2: 263-264. <<

[37] Oded, 1979: 20. <<

[38] Grayson, 1991b: 293. <<

[39] Fales y Postgate, 1995: 138. <<

[40] Millard, 1994: 41. <<

[41] Grayson, 1991b: 134-135. <<

[42] **Según Luckenbill, 1924: 834**. <<

[43] Taharqo, rey de Nubia, gobernó Egipto en 690-664. <<

[44] Nubia. <<

[45] Tebas. <<

[46] Nekau, gobernadora de Sais. <<

[47] Parpola y Watanabe, 1988: XXIX. <<

[48] **Fales y Postgate, 1992: n.º 49**. <<

[49] **Según Frame y George, 2005: 281**. <<

[50] **Según Hunger, 1968: 102, n.º 328**. <<

[51] **Según Koch-Westenholz, 2000: 169**. <<

[52] **Según A. Guinan, en Hallo, 1997-2002, vol. 1: 424**. <<

[53] Brown, 2000: 135. <<

[54] Según Labat, 1951, vol. 1: 2-3. <<

[55] Traducción de Foster, 2001: 3. <<

[56] Traducción por Starr, 1990: n.º 43. <<

[57] Grayson, 1975: 101. <<

[58] Wetzel y Weissbach, 1938: 47. <<

[59] En realidad, sólo vivió ciento dos años (649-547), pero alcanza los 104 si ignoramos la superposición de varios reinados. <<

[60] Véase el documento 15.1. <<

[61] Kuhrt, 2007a: 141. <<

[62] Briant, 2002a: 876. <<

ÍNDICE

Historia del Próximo Oriente antiguo 2
Prefacio 4
Nota del autor 9
1 10
Problemas sociales 11
Parte I 44
Ciudades-estado 45
2 45
Orígenes: el fenómeno de Uruk 45
3 91
Ciudades-estado rivales: el período dinástico arcaico 91
4 153
La centralización política a finales del tercer milenio 154
5 201
El Próximo Oriente a comienzos del segundo milenio 201
6 244
El crecimiento de los estados territoriales a comienzos del segundo milenio 244
Parte II 290
Estados territoriales 291
7 291
El club de las grandes potencias 291
8 333
Los estados occidentales a finales del segundo milenio 333
9 377
Casitas, asirios y llamitas 377

10 416
Colapso del sistema regional y sus resultados 416
Parte III 466
Imperios 467
11 467
El Próximo Oriente a comienzos del primer milenio 467
12 511
El ascenso de Asiria 511
13 546
El dominio asirio del mundo 546
14 592
Los medos y los babilonios 592
15 631
La creación de un imperio mundial: Persia 631
16 669
El gobierno de un imperio mundial: Persia 669
Epílogo 707
Listas de reyes 709
Guía para ampliación de lectura 723
Cronología global 769
Sobre el autor 776
Notas 778